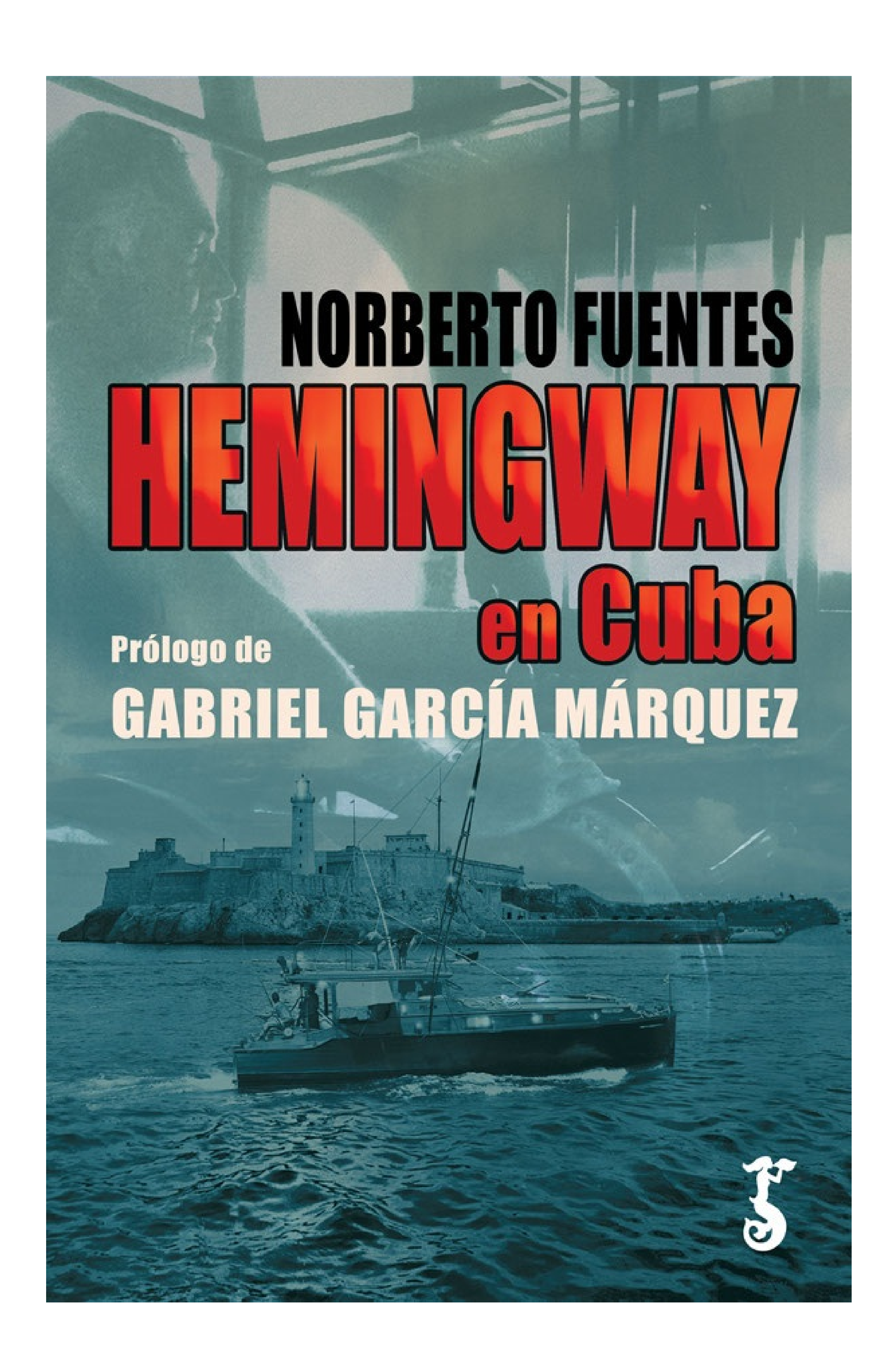
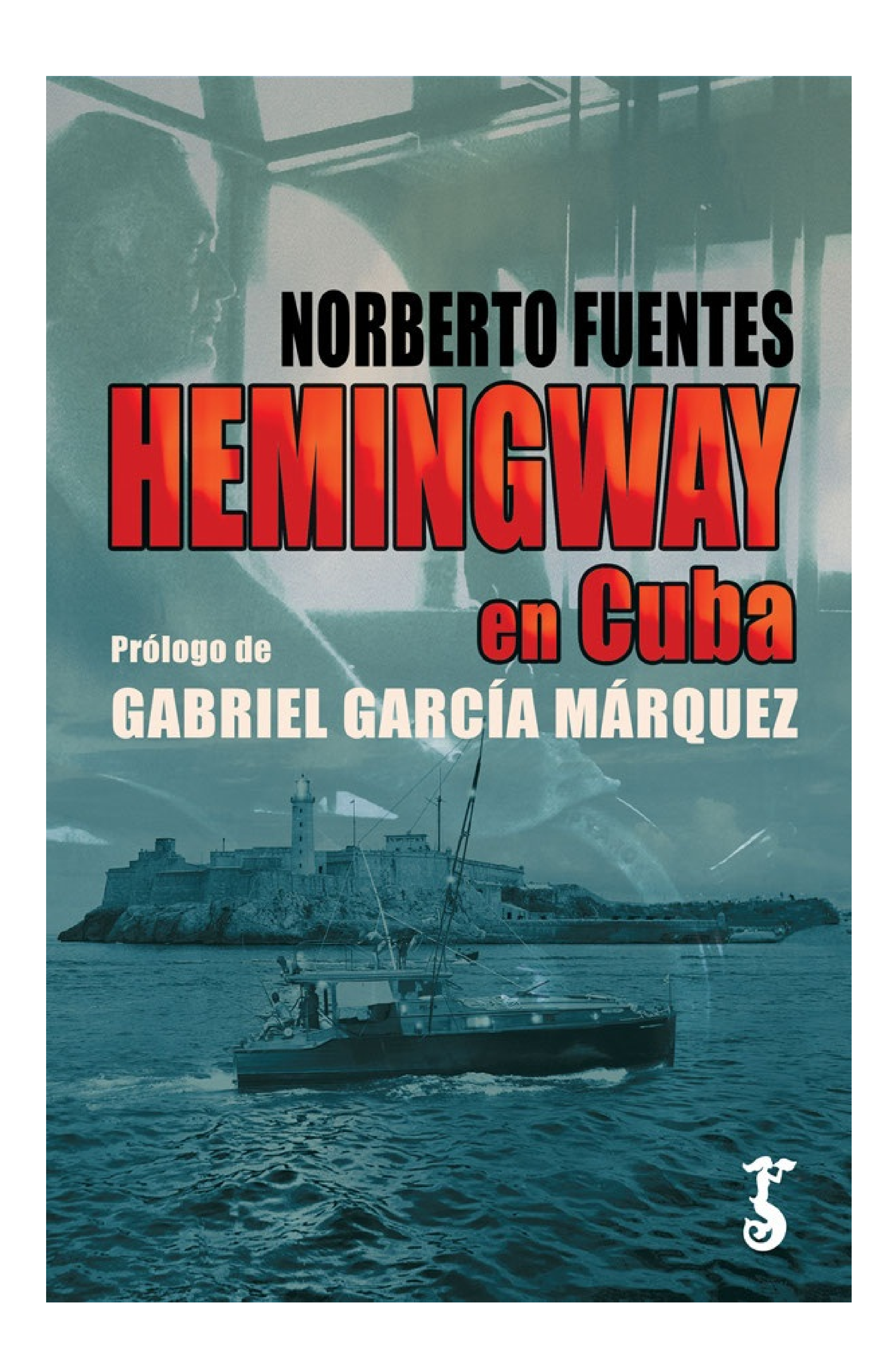

NORBERTO FUENTES
HEMINGWAY
en Cuba
Prólogo de
GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ


NORBERTO FUENTES
HEMINGWAY
en Cuba
Prólogo de
GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ



# NORBERTO FUENTES

Norberto Fuentes (1943), ha vivido en carne propia una auténtica montaña rusa dentro de la Revolución cubana: denostado por su temprana colección de cuentos Condenados de Condado, reconocida como la primera obra disidente de la Revolución; reconciliado gracias a la intervención de García Márquez ante Fidel Castro y vuelto a caer en el ostracismo por los juicios de La Habana de 1989. Fue capturado mientras trataba de huir de la isla en una balsa (1993) y liberado gracias a una huelga de hambre y a la presión internacional de sus compañeros de oficio. Actualmente descansa de su agitada vida y escribe con fruición en su casa de Miami.

También es autor de Dulces guerreros cubanos, El último santuario y de la monumental La autobiografía de Fidel Castro (dos volúmenes), entre otros.

El Premio Nobel de 1954, «el falso hombre duro» de la Generación Perdida, el exponente máximo de una escuela literaria y también de un violento y romántico estilo de vida es el protagonista del presente libro. Hacia su mítica y absorbente personalidad nos llevan estas huellas casi siempre localizadas en los mismos escenarios en que actuaron el Harry Morgan de Tener y no tener, el Santiago de El viejo y el mar y el Thomas Hudson de Islas en el Golfo.

Aquí está la correspondencia inédita, las agresivas anotaciones sobre libros y revistas, los objetos y trofeos de guerra que Hemingway acumuló durante veintidós años y los recuerdos que se mantienen en la memoria de pescadores, contrabandistas y veteranos combatientes de las operaciones antisubmarinas. Personajes y escenarios que antes fueron conocidos como ficción y que ahora han aflorado a la realidad de la mano de Norberto Fuentes, con su pulso narrativo inconfundible y su investigación minuciosa, casi obsesiva.

En palabras de otro Nobel, el prologuista Gabriel García Márquez: «El resultado final es este reportaje encarnizado y clarificador que nos devuelve al Hemingway vivo y un poco pueril que muchos creíamos vislumbrar apenas entre las líneas de sus cuentos magistrales».

Norberto Fuentes

# HEMINGWAY EN CUBA

Prólogo de

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ


ARZALIA
ediciones

*Hemingway en Cuba*



Calle Zurbano, 85, 3º-1. 28003 Madrid

Diseño de cubierta, interior y maquetación: Luis Brea

Mapas: Ricardo Sánchez

ISBN: 978-84-17241-57-5

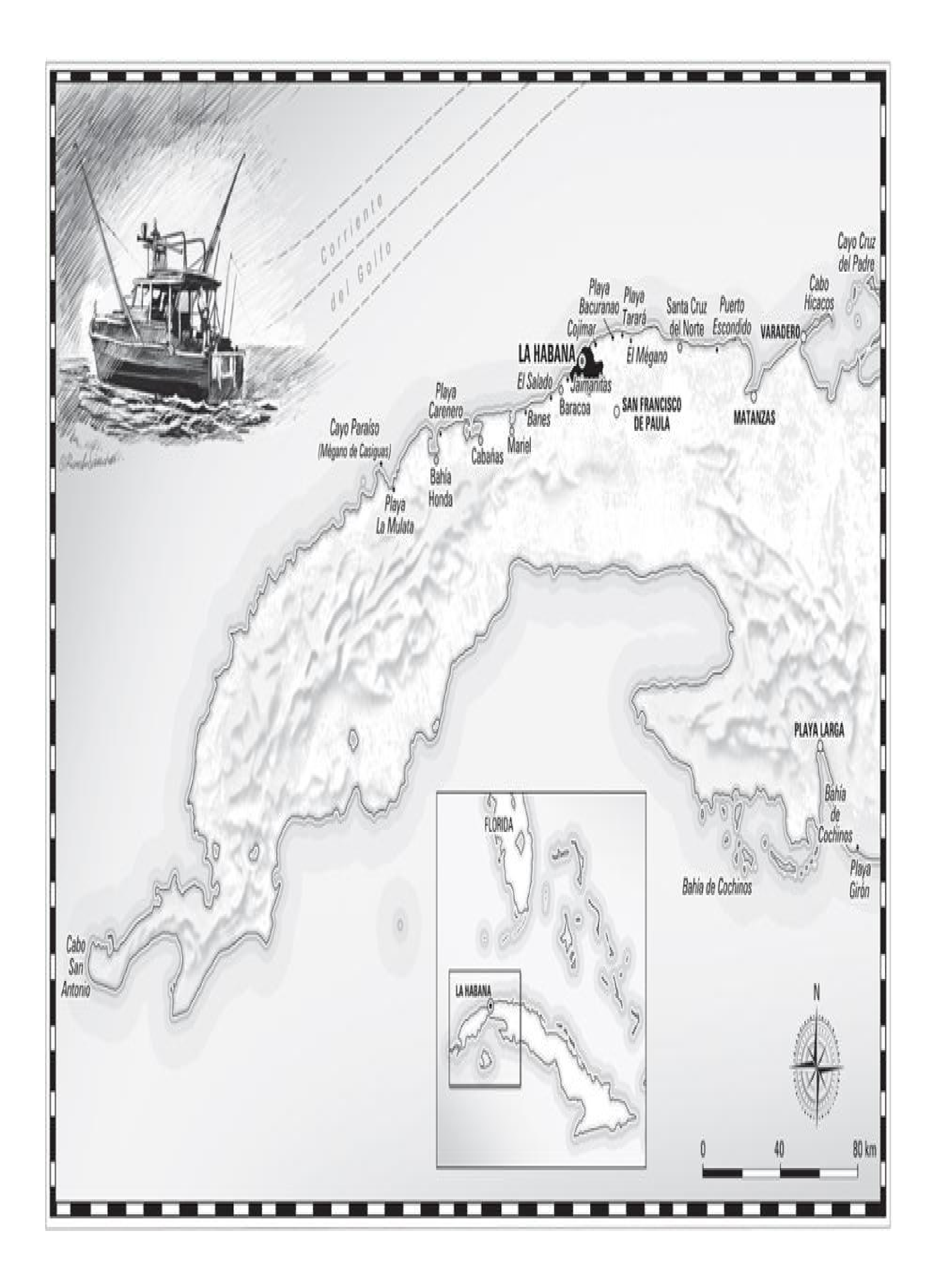
Gracias especiales a Felipe Cunill, Estrella Fuentes, William Kennedy, Pedro Schwarze, Roberto Salas y Enrique de la Uz.

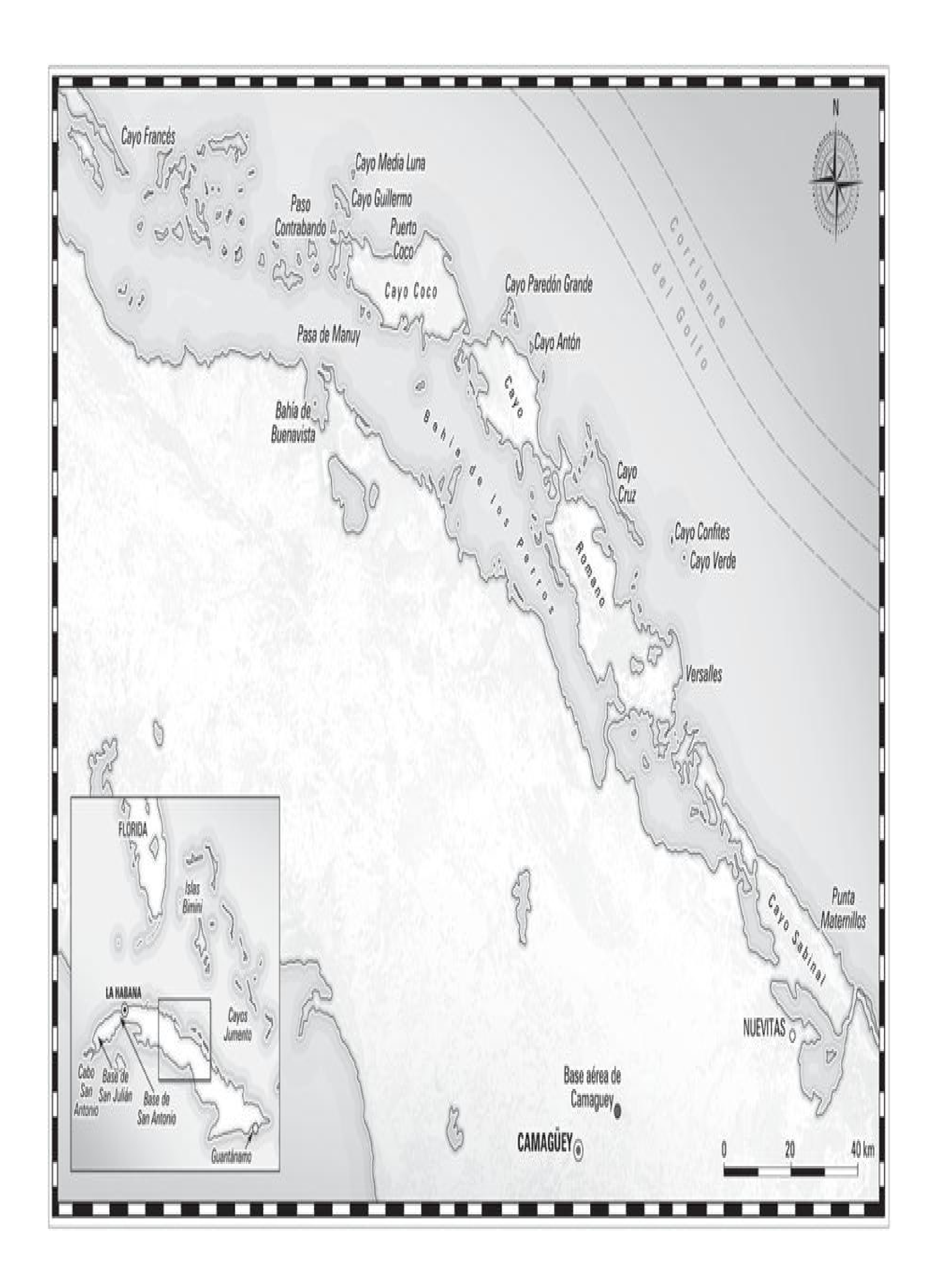


Producción del ebook: booqlab.com

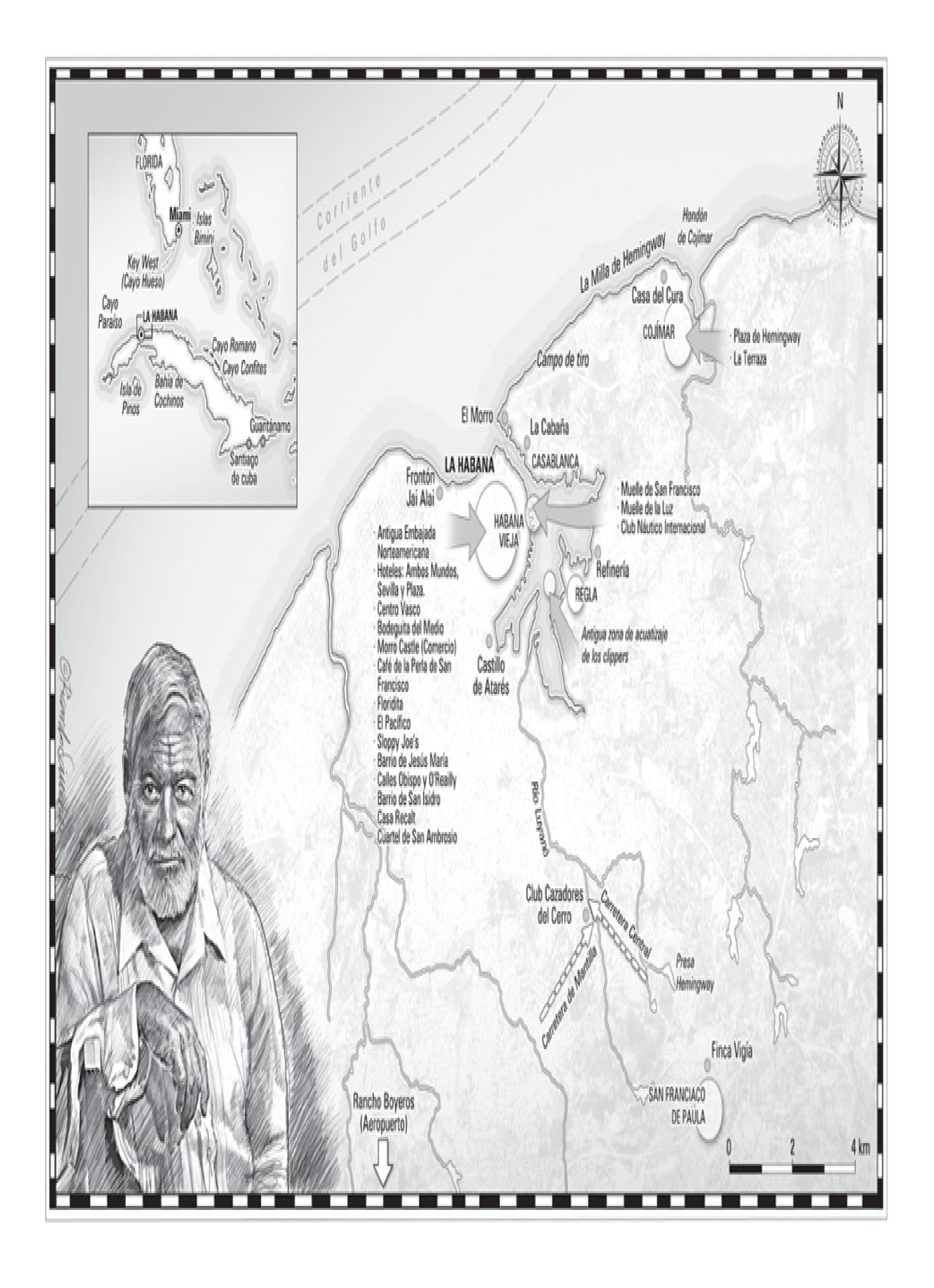
www.arzalia.com

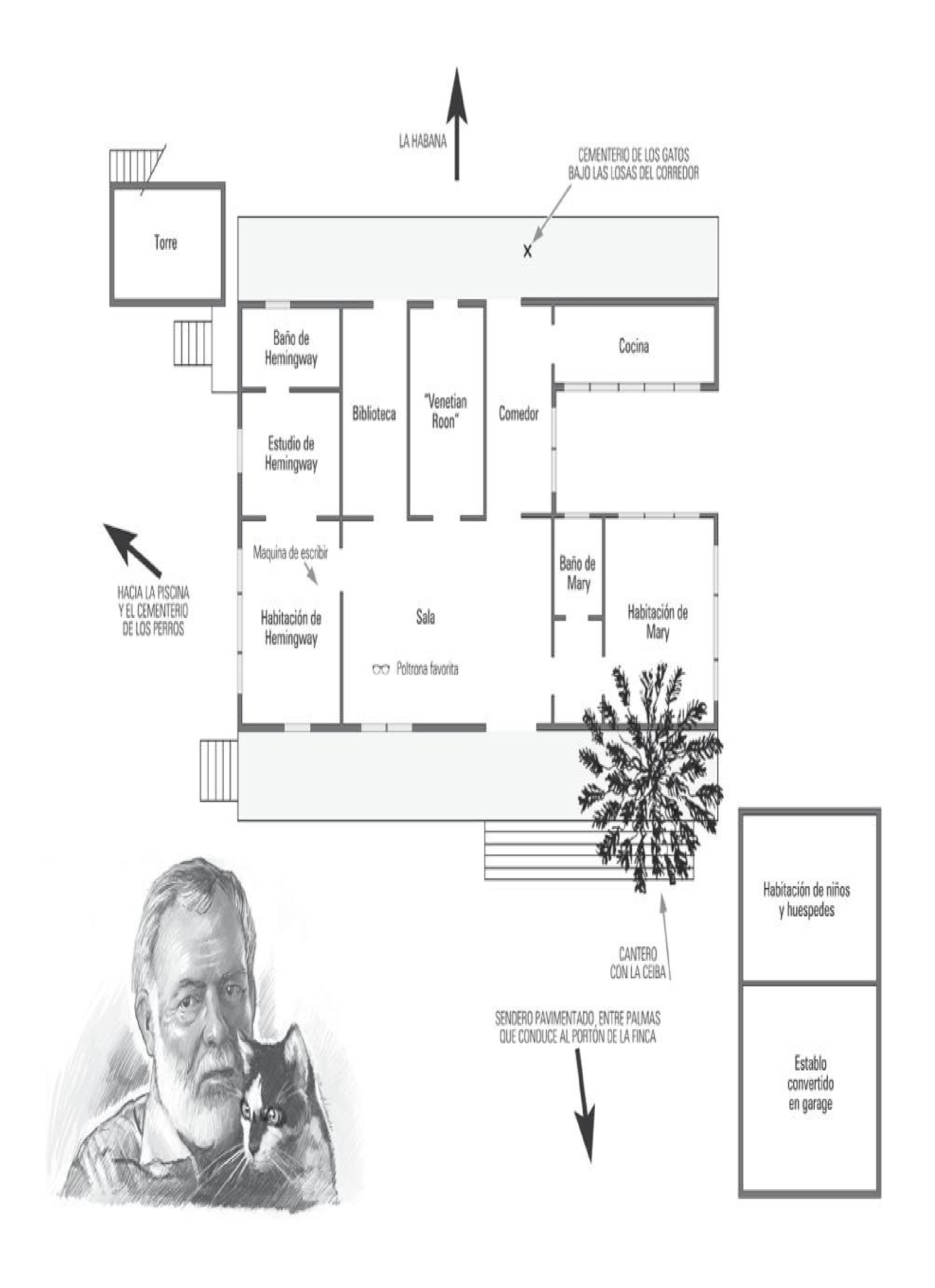
# Índice


Corriente del Golfo
Cayo Cruz del Padre
Cabo Hicacos
Playa Bacuranao
Playa Tarará
Santa Cruz del Norte
Puerto Escondido
VARADERO
Cojímar
LA HABANA
El Mégano
El Salado
Jaimanitas
Baracoa
SAN FRANCISCO DE PAULA
MATANZAS
Playa Caronero
Banes
Cayo Paraíso
(Mégano de Casiguas)
Mariel
Cabañas
Bahía Honda
Playa La Mulata
PLAYA LARGA
Bahía de Cochinos
Bahía de Cochinos
Playa Girón
Cabo San Antonio
FLORIDA
LA HABANA
N
0
40
80 km



N
Cayo Francés
Cayo Media Luna
Cayo Guillermo
Paso Contrabando
Puerto Coco
Cayo Coco
Cayo Paredón Grande
Pasa de Manuy
Cayo Antón
Corriente del Golfo
Bahía de Buenavista
Cayo
Bahía de los Perros
Cayo Cruz
Cayo Confites
Cayo Verde
Romano
Versalles
Punta Maternillos
Cayo Sabinal
NUEVITAS
Base aérea de Camaguey
CAMAGÜEY
0
20
40 km
FLORIDA
Islas Bimini
LA HABANA
Cayos Jumento
Cabo San Antonio
Base de San Julián
Base de San Antonio
Guantánamo


N
FLORIDA
Miami
Islas Bimini
Key West (Cayo Hueso)
Cayo Paraíso
LA HABANA
Cayo Romano
Cayo Confites
Isla de Pinos
Bahía de Cochinos
Guantánamo
Santiago de cuba
Corriente del Golfo
Hondón de Cojímar
La Milla de Hemingway
Casa del Cura
COJÍMAR
· Plaza de Hemingway
· La Terraza
Campo de tiro
El Morro
La Cabaña
LA HABANA
CASABLANCA
Frontón Jai Alai
HABANA VIEJA
· Muelle de San Francisco
· Muelle de la Luz
· Club Náutico Internacional
· Antigua Embajada Norteamericana
· Hoteles: Ambos Mundos, Sevilla y Plaza.
· Centro Vasco
· Bodeguita del Medio
· Morro Castle (Comercio)
· Café de la Perla de San Francisco
· Floridita
· El Pacífico
· Sloppy Joe's
· Barrio de Jesús María
· Calles Obispo y O'Reailly
· Barrio de San Isidro
· Casa Recalt
· Cuartel de San Ambrosio
Refinería
REGLA
Antigua zona de acuatizaje de los clippers
Castillo de Atarés
Río Luyanó
Club Cazadores del Cerro
Carretera Central
Carretera de Mantilla
Presa Hemingway
Finca Vigía
SAN FRANCIACO DE PAULA
Rancho Boyeros (Aeropuerto)
0
2
4 km



LA HABANA
CEMENTERIO DE LOS GATOS BAJO LAS LOSAS DEL CORREDOR
Torre
Baño de Hemingway
Cocina
Biblioteca
"Venetian Roon"
Comedor
Estudio de Hemingway
Maquina de escribir
HACIA LA PISCINA Y EL CEMENTERIO DE LOS PERROS
Habitación de Hemingway
Sala
Poltrona favorita
Baño de Mary
Habitación de Mary
Habitación de niños y huespedes
CANTERO CON LA CEIBA
SENDERO PAVIMENTADO, ENTRE PALMAS QUE CONDUCE AL PORTÓN DE LA FINCA
Establo convertido en garage

# En aprecio

A Ricardo Artola, que se embarcó, ufano y confiado, en lo que al inicio asumió como una labour of love, pero que de inmediato entendió como la ardua tarea de editar un libro conmigo. Si la pesada carpeta de trabajo rotulada por mí mismo como «Finca Vigía o El olvido de Hemingway en Cuba» es ahora un volumen límpido y legible, se lo debo por completo a Ricardo. Él se encargó del rescate.

## Nota técnica

El tiempo presente de muchos de los verbos empleados en estas páginas corresponde a la primera edición de este libro, publicada en 1984. Treinta y tantos años después de realizado el trabajo, mientras prepara y revisa la presente edición (una primera tanda en enero de 2007, otra en octubre de 2008, una más de mayo a septiembre de 2016 y esta última entre julio y octubre del 2019), el autor cree conveniente aclarar que el conjunto principal de su investigación y las entrevistas se realizaron entre el 26 de julio de 1975 y el 8 de diciembre de 1980. El lector queda así en conocimiento de que los diálogos de este libro comenzaron quince años y dos días después de la tibia mañana del 25 de julio de 1960 en que Ernest Hemingway descendió por última vez el sendero de Finca Vigía que lo conduciría a la Carretera Central, para dirigirse de ahí a los espigones en el puerto de La Habana donde atracaba el City of Havana en el que viajaría a Key West. En una tanda de notas al pie del presente volumen, el lector encontrará algunas observaciones y, en términos generales, información no existente (o no accesible para esta autor) tres décadas atrás. Son unas cuantas, pero útiles. Por tanto, nada abrumador.

Esta edición de Hemingway en Cuba es una versión revisada y con formas diferentes —indicadas o dispuestas por el autor— de la primera edición publicada en La Habana en 1984.

## Nota del editor

Aunque todas las llamadas a las notas son con asterisco, las más largas y que amplían información pertenecen al autor, mientras que aquellas que aclaran el significado de términos cubanos poco conocidos en España son del editor. El espíritu de estas últimas ha sido facilitar la comprensión sin desvirtuar el

lenguaje del autor.

# Hemingway, el nuestro

por GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Ernest Miller Hemingway llegó por primera vez a La Habana en abril de 1928, a bordo del vapor inglés Orita, que lo llevó de La Rochelle a Cayo Hueso en una travesía de dos semanas. Lo acompañaba su segunda esposa, Pauline Pfeiffer, con quien se había casado apenas 10 meses antes, y ni él ni ella debían tener por aquella ciudad del Caribe un interés mayor que el de una escala tropical de dos días* después del vasto océano y el bravo invierno de Francia. Hemingway tenía 28 años, había sido corresponsal de prensa en Europa y chofer de ambulancias en la Primera Guerra Mundial, y había publicado con un cierto éxito su primera novela. Pero todavía estaba lejos de ser un escritor famoso, y seguía necesitando un oficio secundario para comer y no tenía una casa estable en ninguna parte del mundo. Pauline, en cambio, era lo que entonces se llamaba una mujer de sociedad. Sobrina de un magnate norteamericano de los cosméticos que la mimaba como a una nieta, lo tenía todo en la vida, inclusive la belleza estelar y el humor incierto de la esposa de Francis Macomber. Pero aquel no era su mejor abril. Estaba encinta y aburrida del mar, y el único deseo de ambos era llegar cuanto antes a Cayo Hueso, donde iban a instalarse para que Hemingway terminara su segunda novela: Adiós a las armas.

La Habana era entonces —y sigue siéndolo hoy— una de las ciudades más bellas del mundo. El dictador Gerardo Machado estaba en el apogeo de sus delirios faraónicos, sustentados por los últimos esplendores de un auge azucarero reciente, y por el padrinazgo de los Estados Unidos. Había roto los vínculos que mantenían los gobiernos anteriores con la Banca Morgan, y vivía en concubinato público con el Chase National Bank de la familia Rockefeller que le negaba muy poco a cambio de todo. Los estragos del progreso material se veían por todas partes, y Hemingway no pudo verlos con indiferencia desde la ventanilla de un Packard alquilado en el Parque Central. El paseo del malecón, cuyas obras de protección y embellecimiento habían sido iniciadas en otra época, estaba siendo

prolongado hasta su dimensión actual, y nuevas avenidas con árboles y mansiones de millonarios surgían al occidente de la ciudad vieja. Pero la obra mayor iba a ser el esperpento neoclásico del Capitolio Nacional —copiado piedra por piedra del Capitolio de Washington—, en cuya cantera trabajaba un picapedrero llamado Enrique Líster, que años más tarde sería uno de los generales legendarios de la Guerra Civil española.

La prostitución frenética que muy pronto iba a convertir a La Habana en el burdel de lujo de los Estados Unidos conservaba todavía la máscara inocente de las escuelas para aprender a bailar. Se llamaban academias de baile, y sus alegres muchachas —medio vírgenes, medio putas— ganaban un centavo por cada cinco que cobraban por bailar, y eran conocidas con un nombre que no podía pasar inadvertido para un escritor: académicas. Sobre las lunetas del honorable Teatro Nacional se había construido un tablado para bailes públicos, cuyo acontecimiento mayor era el concurso anual de danzón. El servilismo del dictador Machado con los Estados Unidos llegó hasta el extremo de manipular al jurado para que aquella competencia de virtuosos en el país más bailador del mundo se lo ganara el embajador norteamericano Harry F. Guggenheim.

De esas 48 horas de Hemingway en La Habana no quedó ninguna huella en su obra. Es verdad que en sus artículos de prensa él solía hacer revelaciones muy inteligentes sobre los lugares que visitaba y la gente que conocía, pero entonces se había impuesto un receso como periodista para consagrarse por completo a escribir novelas. Sin embargo, seis años después escribió su primer artículo de reincidente, y era sobre un tema cubano. A partir de entonces escribió una media docena sobre su estancia en Cuba, pero en ninguno de ellos hizo revelaciones útiles para la reconstrucción de su vida privada, pues se referían de un modo general a su pasión dominante en aquella época: la pesca mayor. «Esta pesca —escribió en 1956— era en otro tiempo lo que nos llevaba a Cuba». La frase permite pensar que en el momento de escribirla, cuando ya Hemingway llevaba 20 años viviendo en La Habana, los motivos de su residencia eran más hondos o al menos más variados que el placer simple de pescar.

No fue un caso de amor a primera vista, sino un proceso lento y arduo, cuyas intimidades aparecen dispersas y cifradas en casi toda su obra de madurez. En 1932, cuando hizo su primer viaje a Cuba para la pesca del pez espada, parecía convencido de que por fin había encontrado un hogar estable en Cayo Hueso, donde había tenido un hijo y había escrito su segunda novela, y donde sin duda había sembrado un árbol para ser el hombre completo del proverbio. Desde entonces hizo un número incontable de idas y regresos en compañía de su compinche Joe Russell, que era el propietario del Sloppy Joe´s de Cayo Hueso, y que al parecer usaba la pesca como pantalla de otros oficios más productivos. «Una vez llevó de Cuba [a Cayo Hueso] el más grande cargamento de licores que se ha conocido», escribió Hemingway. Licores de contrabando, por supuesto, en una época en que los borrachos de los Estados Unidos agonizaban de sed por la ley seca. Pero aquellas excursiones equívocas que de mucho tenían menos de literarias le permitieron a Hemingway ponerse en contacto con la buena gente de mar que habían de ser sus amigos hasta la muerte, y le revelaron también un mundo que había de sustentar su obra futura. El propio Hemingway, en un artículo publicado por la revista Holiday en julio de 1949, reveló quiénes eran sus amigos cubanos de esa época. «Revendedores de lotería a quienes conozco desde hace muchos años —escribió—, policías que me han devuelto con favores los pescados que les he regalado, patrones de botes de remos que han perdido la ganancia de un día sentados conmigo en el juego del frontón, y conocidos que pasan en automóvil por el puerto y el malecón y me saludan con la mano, y a los cuales les devuelvo el saludo aun cuando no puedo reconocerlos a distancia». Es decir, que el propio Hemingway se veía desde entonces como un personaje familiar por las calles de La Habana.

También por esa época conoció el Floridita, un bar con restaurante de mariscos establecido en el siglo anterior, y que existe todavía con los mismos frisos dorados y las mismas cortinas episcopales. Allí se promovió el daiquirí, una combinación feliz del ron diáfano de la isla con polvo de hielo y jugo de limón, que Hemingway contribuyó a divulgar por medio mundo. Pero según él mismo había de escribirlo más tarde, su interés primordial por aquel sitio no se fundaba tanto en la bebida y la comida, como en el deseo de encontrarse con la corriente tormentosa de los compatriotas suyos que pasaban por la ciudad, «Eran gentes de todos los estados de la Unión y de muchos lugares donde uno ha residido —escribió—: marineros de la Armada, navegantes, funcionarios de aduanas y del departamento de inmigración, tahúres, diplomáticos, aspirantes a literatos,

escritores mejor o peor situados, médicos y cirujanos que han acudido a la capital para asistir a diversos congresos científicos, miembros de la Legión Americana, deportistas, individuos que están mal de dinero, sujetos que serán asesinados dentro de una semana o de un año, agentes del FBI, el gerente del banco donde uno tiene su dinero, algunos tipos estrafalarios y muchos amigos cubanos». Esta evocación la hizo Hemingway cuando ya había recibido el Premio Nobel, y más que un recuerdo periodístico parece un directorio telefónico de la nostalgia. Es difícil releer ahora su obra sin reconocer a muchos de los personajes de esta lista, cambiados de lugar y de tiempo y transfigurados por la letra impresa, pero marcados sin remedio por el pecado bautismal del Floridita, donde hay en la actualidad un busto de Hemingway en un nicho del muro, y un viejo cantinero de sus tiempos que no se cansa de indicarles a los turistas cuál era el taburete de la barra donde se sentaba.

Cerca del Floridita está el hotel Ambos Mundos, donde Hemingway alquilaba una habitación cada vez que se quedaba a dormir en tierra, y terminó por hacer de ella un sitio permanente para escribir cuando regresó de la Guerra Civil española. Esa habitación fue siempre la misma: el cuarto sin número del quinto piso de la esquina nordeste. «Sus ventanas —según las describió Hemingway— daban a la antigua catedral, y a la entrada del puerto y al mar por el norte, y daban por levante a la península de Casablanca y a los tejados de las casas que se extienden hasta el puerto y a todo lo ancho de él». Nunca he podido entender por qué Hemingway eliminó de esa enumeración al Palacio de los Capitanes Generales, que es el edificio más hermoso que se veía desde su ventana, y que sigue siendo uno de los más hermosos de La Habana. Años después, en su entrevista histórica con George Plimpton, Hemingway le dijo: «El hotel Ambos Mundos era un buen sitio para escribir». Es probable que esa declaración estuviera ya enrarecida por la nostalgia, pues aquella habitación no era ni mucho menos el lugar limpio y bien iluminado con que Hemingway soñaba para escribir. Era un cuarto lúgubre de 16 metros cuadrados, con una cama matrimonial de madera ordinaria, dos mesitas de noche y una mesa de escribir con una silla. El Ambos Mundos es en la actualidad un hotel estatal para maestros y funcionarios del Ministerio de Educación Superior, pero la habitación del quinto piso de la esquina nordeste está cerrada e intacta en memoria del huésped ilustre, y se conserva inclusive una vieja edición del Quijote en castellano, en dos volúmenes, puesta como al descuido sobre la mesa.

Cuando uno piensa en la meticulosidad con que Hemingway escogía los lugares para escribir, su preferencia por el hotel Ambos Mundos solo podría tener una explicación: sin proponérselo, tal vez sin saberlo, estaba sucumbiendo a otros encantos de Cuba, distintos y más difíciles de descifrar que los grandes peces de septiembre y más importantes para su alma en pena que las cuatro paredes de su cuarto. Sin embargo, cualquier mujer que debiera esperar a que él terminara su jornada de escritor para volver a ser su esposa, no podía soportar aquel cuarto sin vida. La bella Pauline Pfeiffer lo había abandonado en sus momentos más duros. Pero Martha Gellhorn, con quien Hemingway se casó poco después, encontró la solución inteligente, que fue buscar una casa donde su marido pudiera escribir a gusto y al mismo tiempo hacerla feliz. Fue así como encontró en los anuncios clasificados de los periódicos el hermoso refugio campestre de Finca Vigía, a dos leguas y media de La Habana, que alquiló primero por 100 dólares mensuales, y que Hemingway compró más tarde por 18 000 de contado. A muchos escritores que tienen varias casas en distintos lugares del mundo les suelen preguntar cuáles consideran como su residencia principal, y casi todos contestan que es aquella donde tienen sus libros. En Finca Vigía, Hemingway tenía 9 000 y además 4 perros y 57 gatos.

jóven y humilde discípulo:

ahi va el mamotreto. Me reservo el derecho de seguir haciendole retoques hasta el último instante de la impresión. En todo caso, quiero enriquecer más la parte que corresponda al ambiente de La Habana en los últimos años de Hemingway, o sea el tramo de malecón copiado de Miami Beach mientras ya Fidel estaba en la sierra.

Hay otras dudas que dejo bajo tu responsabilidad y que te ruego comprobar muy bien, pues de hacerlo yo tendría que demorar todavía más este prólogo.

Helos aqui:

1 -- No estoy muy seguro del dato sobre su residencia en Cayo Hueso. (pag 4)

2 -- Comprobar si en realidad era el piso quinto del hotel Ambos Mundos, y si la esquina es la correcta.(Pag 7 y otras)

3 ¿Cuántas leguas (no kilométros) hay de Finca Vigía a La Habana? (Pag 9)

4; Verificar en número de gatos y perros, porque ningun biógrafo coincide. El dato que figura aqui es el que tu me diste, pero el del prólogo de Carlos Pujol en la edición de Planeta dice que 17 perros y 52 gatos eran el patrimonio animal del poeta. (Pag 9)

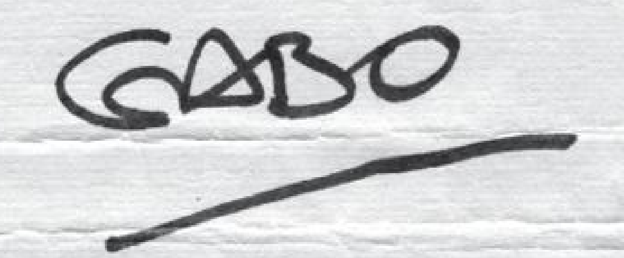
5 -- Verificar que todos estos libros los escribió en efecto en La Habana (Pag 10)

6 --¿Es absolutamente seguro que no visitó H. ningun otro

pais latinomericano, ni siquiera México? (Pag 12)

Es todo: he trabajado como si fuera un prólogo serio, de manera que merece serlo. Acúsame recibo inmediato a México. No iré a La Habana en diciembre, pero iré en enero ~~xxix~~ al Concruso de Casa.

Abrazos,



Este prólogo lo recibí en Luanda a través de la oficina de Raúl Castro, a quien Gabo se lo había dado en La Habana para que me lo hiciera llegar. Me lo llevó el coronel Harry Villegas, Pombo, uno de los tres cubanos sobrevivientes de la guerrilla del Che en Bolivia y entonces enlace del Estado Mayor General (en Cuba) con el Cuarto Ejército, la fuerza expedicionaria cubana en Angola. Eso fue el sábado 23 de octubre de 1982. Poco después, el mismo Pombo me llamó para decirme que a «ese amigo tuyo del documento que te traje» le acababan de dar el Premio Nobel. Pombo lo había escuchado por una emisora europea de onda corta.

Hemingway vivió en La Habana 22 años en total. En una crónica publicada en 1949, él mismo trató de contestar a la pregunta de por qué vivió allí tanto tiempo, y se extravió en una enumeración dispersa y hasta contradictoria. Habló de la acariciadora y fresca brisa matinal en los días de calor, habló de la posibilidad de criar gallos de pelea, de las lagartijas que vivían en el emparrado, de las 18 clases de mangos de su patio, del club deportivo junto a la carretera donde se podía apostar tuerte en el tiro al pichón, y habló una vez más de la corriente del Golfo que estaba solo a 45 minutos de su casa, y donde se podía hacer la pesca mejor y más abundante que habrá visto en su vida. Sin embargo, en medio de tantas justificaciones más bien elusivas, intercaló un párrafo revelador. «Uno vive en esta isla —escribió— porque... se puede tapar con un papel el timbre del teléfono para evitar cualquier llamada, y porque en el fresco de la mañana se trabaja mejor y con más comodidad que en cualquier otro sitio». Al final de este párrafo, que lo mismo pudo escribir por distracción que por coquetería, agregó: «Pero esto es un secreto profesional». No necesitaba advertirlo, pues ya casi nadie ignora que el lugar donde se escribe es uno de los misterios insolubles de la creación literaria.

La Habana, en general, y Finca Vigía en particular fueron la única residencia de veras estable que tuvo Hemingway en su vida. Allí pasó casi la mitad de sus años útiles de escritor, y escribió sus obras mayores: parte de Por quién doblan las campanas, A través del río y entre los árboles, El viejo y el mar, París era una fiesta e Islas en el Golfo. Escribió también muchos artículos de prensa —

incluido «El verano sangriento»— e hizo incontables tentativas de la rara novela proustiana sobre el aire, la tierra y el agua que siempre quiso escribir. Sin embargo, son esos los años menos conocidos de su vida, no solo porque fueron los más íntimos, sino también porque sus biógrafos han coincidido en pasar sobre ellos con una fugacidad sospechosa.

Mientras Hemingway construía letra por letra el mundo propio que había de sustentar su gloria, alcanzó su plenitud el proyecto de sumisión nacional iniciado por el dictador Gerardo Machado y conducido a término infeliz por sus sucesores. La corrupción política y moral logró una dimensión de escándalo babilónico. La sumisión a los Estados Unidos, que se veía a simple vista por todas partes, adquirió visos de novela fantástica: el trasbordador diario de la Florida llevaba a La Habana un vagón de ferrocarril que luego se enganchaba en el tren local para abastecer a la isla de los artículos de primera necesidad producidos en los Estados Unidos, inclusive el pescado fresco pescado en las propias aguas de Cuba.

Se dice con demasiada facilidad que Hemingway no era más que un espectador pasivo, si no un cómplice callado, de aquella gigantesca empresa de desnaturalización cultural. Su pensamiento político, que se había expresado de un modo tan inequívoco y apasionado en la Guerra Civil española, parecía ser un enigma frente al drama de Cuba. No hay indicios de que hubiera intentado alguna vez hacer algún contacto con el ambiente intelectual y artístico de La Habana, que en medio del envilecimiento oficial y la concupiscencia pública seguía siendo uno de los más intensos del continente. Esa indiferencia parecía referirse no solo al ámbito del Caribe, sino a toda la América Latina, a la que nunca conoció, y de la cual no quedó ninguna referencia seria en su obra. Los únicos países que visitó fueron México, en 1942, y el Perú, cuando encabezó la expedición que buscaba un pescado bastante grande para la película de El viejo y el mar, pero apenas si pisó tierra firme. Hemingway resumió así aquella aventura pasional: «Estuvimos 32 días dedicados a la pesca desde el amanecer hasta que las sombras del crepúsculo nos impedían seguir tomando fotografías».

Otro aspecto muy controvertido de Hemingway en sus últimos años fue su comportamiento frente a la Revolución cubana. Si bien no se recuerda una opinión suya de aprobación pública, tampoco se conoce una de desacuerdo, aparte de las poco confiables que algunos de sus biógrafos parciales le han atribuido como dichas en privado. Casi un año después del triunfo de la Revolución, y cuando ya estaba planteada la hostilidad del gobierno de los Estados Unidos, el periodista argentino Rodolfo Walsh le hizo a Hemingway una entrevista instantánea entre los empujones y alaridos de la muchedumbre embotellada en el aeropuerto de La Habana. En esa entrevista, que Rodolfo Walsh recordaba como la más corta de su carrera, y que sin duda fue también la más corta y una de las últimas de la vida de Hemingway, este alcanzó a gritar en su castellano correcto: «Vamos a ganar. Nosotros los cubanos vamos a ganar». Y agregó en inglés sin que nadie se lo preguntara: «I'm not a yankee, you know». No pudo terminar la frase en medio del tumulto. Un año y medio después se quitó la vida todavía sin terminar la frase, que se ha prestado a toda clase de interpretaciones de ambos lados.

La Revolución cubana, sin embargo, parece estar al margen de esta polémica viciosa. Ningún escritor —salvo José Martí, por supuesto— ha sido objeto en Cuba de tantos homenajes a tantos niveles. El propio Fidel Castro, desde el primer momento, ha sido el promotor de los más significativos. Fue él en persona quien se ocupó de la última esposa de Hemingway —Mary Welsh— en las dos ocasiones en que estuvo en La Habana después de la muerte de su marido. Fueron ellos quienes acordaron los términos para que Finca Vigía quedara intacta, como lo está hoy, y convertida en un museo tan vivo que a veces se tiene la impresión de sentir la presencia del escritor deambulando por los cuartos con sus grandes zapatos de muerto. Lo único que la viuda se llevó fueron los cuadros de la estupenda colección particular de los mejores pintores contemporáneos. Durante su última visita, en 1977, Fidel Castro declaró ante un grupo de periodistas norteamericanos que Hemingway es su escritor favorito. Hay que conocer a Fidel Castro para saber que nunca diría una cosa así por simple cortesía, y que en todo caso tenía que pasar por encima de algunas consideraciones políticas importantes para decirlo con tanta convicción. La realidad es que Fidel Castro ha sido desde hace muchos años un lector constante de Hemingway, que lo conoce a fondo, que le gusta hablar de él y lo sabe defender con argumentos convincentes. En sus largos y frecuentes viajes por el interior del país, lleva siempre en su automóvil un montón confuso de

documentos de gobierno para estudiar, y con frecuencia se ven entre ellos los dos tomos de pastas rojas de las obras selectas de Hemingway.

En todo caso no es fácil que alguien trate de terminar ahora la frase que Hemingway dejó trunca en el aeropuerto de La Habana. La realidad es que hubo siempre dos Hemingway distintos y a veces contrapuestos. Había uno para el consumo mundano —mitad estrella de cine, mitad aventurero—, que se exhibía a sus anchas en los lugares más visibles del mundo, que entraba con la vanguardia de las tropas de liberación en el hotel Ritz de París, que apadrinaba a los toreros de moda en las ferias de España, que se hacía fotografiar con las actrices de cine más deslumbrantes, con los boxeadores más bravos, con los pistoleros más tenebrosos, y que mataba primero al león y después al bisonte y después al rinoceronte en las praderas de Kenia, y todavía se daba el lujo de estrellarse dos veces en dos aviones sucesivos. Era el Hemingway de espectáculo público que no había leído un solo libro y que tal vez no quiso a nadie en el mundo, y al que no se le podía quedar ninguna frase sin terminar. Pero había otro Hemingway en La Habana, escondido de sí mismo en una casa rodeada de árboles enormes, en cuyos aposentos se fueron acumulando a través de los años los trofeos de artes viriles que el Hemingway mundano le llevaba como recuerdos de sus navegaciones y regresos. Un artesano insomne que nadie conoció a ciencia cierta, postrado por la servidumbre insaciable de la vocación, y al que no solo se le quedó una sino muchas frases por terminar.

Cómo era ese Hemingway secreto fue la pregunta que se hizo el joven periodista cubano Norberto Fuentes, en julio de 1961, cuando su jefe de redacción lo mandó a Finca Vigía para que escribiera un artículo sobre el hombre que la semana anterior se había volado la cabeza con un tiro de rifle en el paladar. Lo único que Norberto Fuentes sabía de Hemingway en aquel momento era lo poco que su padre le había contado una tarde en que lo encontraron por casualidad en el ascensor de un hotel. En alguna ocasión —cuando no tenía más de 10 años— lo vio pasar en el asiento posterior de un largo Plymouth negro, y tuvo la impresión fantástica de que lo llevaban a enterrar sentado en la carroza fúnebre más conocida en las cantinas de la ciudad. A partir de aquellas vivencias fugaces, Norberto Fuentes se empeñó en la tarea colosal de averiguar cómo era el Hemingway de Cuba que algunos de sus biógrafos póstumos parecían

interesados no solo en ocultar sino también en tergiversar. Necesitó muchos años de pesquisas meticulosas, de entrevistas arduas, de reconstituciones que parecían imposibles, hasta rescatarlo de la memoria de los cubanos sin nombre que de veras compartieron su ansiedad cotidiana: su médico personal, los tripulantes de sus botes de pesca, sus compinches de las peleas de gallos, los cocineros y sirvientes de cantinas, los bebedores de ron en las noches de parranda de San Francisco de Paula. Permaneció meses enteros escudriñando los rescoldos de su vida en Finca Vigía, y logró descubrir los rastros de su corazón en las cartas que nunca puso en el correo, en los borradores arrepentidos, en las notas a medio escribir, en su magnífico diario de navegación donde resplandece toda la luz de su estilo. Estableció por percepción propia que Hemingway había estado dentro del alma de Cuba mucho más de lo que suponían los cubanos de su tiempo, y que muy pocos escritores han dejado tantas huellas digitales que delaten su paso por los sitios menos pensados de la isla. El resultado final es este reportaje encarnizado y clarificador que nos devuelve al Hemingway vivo y un poco pueril que muchos creíamos vislumbrar apenas entre las líneas de sus cuentos magistrales. El Hemingway nuestro: un hombre azorado por la incertidumbre y la brevedad de la vida, que nunca tuvo más de un invitado en su mesa, y que logró descifrar como pocos en la historia humana los misterios prácticos del oficio más solitario del mundo.

Octubre de 1982

* En realidad, el Orita se mantuvo fondeado en el puerto habanero. Para dirigirse al cayo, los Hemingway abordaron al dia siguiente un ferry del servicio regular entre las dos ciudades. El nombre legal del sitio, Key West —puede traducirse como Cayo Oeste—, se ha eludido aquí para mantener la fórmula empleada por García Márquez en su original: Cayo Hueso. Procede de la época de la conquista y de los miles de huesos que poblaban sus desoladas arenas, unos dicen que restos humanos y otros que caparazones y huesos de tortugas y enormes caguamas.

# Introducción

Estoy dando término a la acumulación de papeles mecanografiados que yo llamo un libro el mismo día de la muerte de John Lennon: 8 de diciembre de 1980. A Lennon lo matan a eso de las diez de la noche, pero yo, desde por la mañana, he logrado sentar alrededor de la mesa del comedor en el apartamento de mi madre a Eliseo Diego «Lichi» y a Raúl Rivero (que a su vez trae a rastras a su mujer, Marilyn Bobes), tres poetas en total y los tres con experiencia como periodistas. La meta es terminar en pocas horas mi libro sobre Hemingway, que hasta ese momento se llama Finca Vigía. Presencia de Hemingway en Cuba, después de haberse llamado primero La isla lejos, título que rápidamente el editor americano Lyle Stuart va a podar sin compasión para dejarlo en Hemingway en Cuba. Lyle, además, es el señor que espera con cierta impaciencia ese original en su habitación del Habana Libre. Más impacientes aún están los funcionarios del Ministerio de Cultura que esperan cobrar de inmediato los diez mil dólares de adelanto que ha ofrecido el americano. Ellos agarrarán los dólares y a mí, sin duda, me entregarán el equivalente en pesos. Es el método. Es la costumbre. Y tengo a los poetas tecleando sobre las máquinas de escribir —cada cual ha traído la suya—, al objeto de rellenar las partes de los capítulos que yo he ido dejando en el aire en los últimos siete años. Mi madre nos sirve unos espesos cereales soviéticos de sémola de trigo que en casa denominamos Kasha Mannaya y que, en realidad, se llaman al revés, Mannaya Kasha, y mi mujer Lourdes mecanografía los capítulos con exceso de correcciones a lápiz o bolígrafo, para presentarlos de la manera más limpia posible al americano. A Raúl, por lo pronto, lo tengo en los episodios de la vida de Hemingway en Key West y en la parte de los bares habaneros (se los conoce mejor que nadie) y a Lichi le han correspondido los episodios más líricos de los recorridos de Hemingway por la cayería del norte de Camagüey (yo les cuento o explico más o menos lo que deben poner y el sentido que quiero darle al tópico); y a Marilyn la he puesto a revisar la gruesa sección de cartas y documentos que quiero colocar al final del volumen. Volumen que ya está bastante crecido y que en tres días debe llegar a más de setecientas páginas llenas a dos espacios. Todo bien hasta el martes 9, cuando recibo la noticia de que el hijo de la gran puta de Mark David Chapman ha asesinado a Lennon en la entrada del Dakota, el edificio de millonarios donde John residía. La noticia, sin embargo, al único que parece afectarle

emocionalmente y hacerle bajar el entusiasmo productivo por una buena parte de la mañana es a mí, el único verdadero fan del rock en ese equipo de redactores que he logrado ensamblar para la ocasión. Pero ellos me sacan del pozo. Me animan. Sobre todo, se burlan muchísimo de mí. Raúl, entonces, redacta a toda velocidad un segmento del libro sobre la zona portuaria de La Habana, donde dice que esos sórdidos barrios de prostitutas y marinos yanquis borrachos de la época capitalista que Hemingway conoció habían sido saneados por la Revolución y por la presencia fraternal de los atildados marineros soviéticos. Mi grito de «¡Nooo!» fue seguido de una risotada incontenible y luminosa. Enseguida, el tazón enorme de humeante y espesa Kasha Mannaya —uno por cabeza, y si quieren reenganche, hay más— puso de nuevo la maquinaria del equipo a pleno rendimiento.

El mamotreto llegó a tiempo a manos de Stuart y él dejó su rutilante cheque en manos de Miguel Cossío, un funcionario del Centro Nacional de Derechos de Autor (CENDA). Están ya en los trámites de expedirme, a cambio, un cheque por diez mil pesos —¡pesos!—, cuando les cojo la delantera. Algo que estoy cocinando. Es imprescindible, antes de pronunciarme, consultarlo con Raúl Rivero. «Oye, Gordo, tengo una idea. Mira a ver qué te parece… Donar ese dinero a las Milicias de Tropas Territoriales». Se trataba de una fuerza de civiles voluntarios de reciente creación. El autofinanciamiento era el ideal previsto por Fidel. «¿Qué tú crees, Gordo?». No oculto que él se había hecho sus ilusiones con una parte de esa platica (no recuerdo cuánto) que yo le había prometido. Pero captó de inmediato las posibilidades y me apoyó resueltamente. Tremenda secuencia de jabs que le propinábamos a los funcionarios de Cultura (se quedaban sin mis divisas) y a la gente de la Seguridad (les sacaba de parámetros todos sus argumentos en mi contra). Dos líneas de mi viejo libro de notas: «Y no olvidar que mi primer impulso fue joderle los dólares a Cultura. Y el empingue (molestia) del G-2 por la donación». El caso es que, a quien llamo, para expresarle mi decisión, es a Antonio Pérez Herrero, el secretario ideológico del Partido, un comunista de la vieja guardia con el que he establecido una sólida amistad. Desde luego que se percata de que es una jugada política mía, pero por eso mismo le complace desde el primer momento. Sin embargo, su respuesta es comedida: «Coño, chico, me parece muy generoso de tu parte. Yo voy a consultarlo enseguida con los compañeros de la Dirección. Por lo pronto, yo te felicito personalmente». Al otro día recibí su llamada de vuelta. «En efecto, chico, los compañeros de la Dirección han decidido aceptar tu donación. Y se te

va a hacer un acto público y se le va a dar mucha publicidad a tu gesto». Yo realmente me quedé un poco fuera de balance ante el señorío desplegado a partir del concepto de «aceptación»; lo segundo fue la forma tan descarnada en que me ofrecían la publicidad. Es decir, me habían interpretado correctamente: sabemos que es una jugada política y por esa misma razón es que la apreciamos. Pero las cosas cambiaron, sin lugar a dudas. Fíjense, no porque a nadie en esa Dirección le quitara el sueño un chequecito de diez mil dólares, sino porque asumieron de buen grado que yo quería entrar en el juego y que lo había hecho con sutileza e inteligencia. Tiempo después (para que vean algunos beneficios resultantes) Gabriel García Márquez (que ya ha logrado «colársele» a Fidel) le habla al mismo Comandante con el objeto de que autorice el prólogo que me ha ofrecido para el libro de Hemingway apenas nos hemos conocido. «Me han dicho que ese compañero tiene muy buena actitud», le dice Fidel. Después, a través del mismo García Márquez, manda a pedir el libro. Yo vuelvo a usar la vía de Pérez Herrero para el envío, no al colombiano. Así que (creo recordarlo así) a los pocos días llevé al mamotreto de Hemingway con la cajita de fotos a la oficina del secretario ideológico y se lo dejé en las manos de una de sus secretarias, Ileana Martínez, la trigueñita con la que estoy a punto de iniciar una dulce relación. En fin, es necesario decir ahora que yo había pasado una mala época desde la publicación en 1968 de mi libro de cuentos Condenados de Condado, y luego, en 1971, cuando se me quiso involucrar en el funesto caso de Heberto Padilla (hay bibliografía abundante sobre el tema, no me hagan repetírsela aquí) y respondí con mi rabiosa negativa a hacerme una autocrítica junto a él y a una docena de escritores cubanos en una sesión pública de la Unión de Escritores. Desde ese momento, pues, yo me quedé en una especie de limbo social y laboral, pero también mis represores se quedaron sin argumentos viables en mi contra. Hemingway fue la solución. En algún momento del año 1974 el presidente del Consejo Nacional de Cultura, un personaje que infundía terror entre los intelectuales del patio y que había sido designado por la dirección del Partido para «atenderme», me preguntó si yo estaba trabajando en algún proyecto nuevo o si tenía algo en mente para publicar. Yo me había leído el ejemplar de Islas en el Golfo publicado por Alianza Editorial en Madrid y que no se sabe cómo había aterrizado en la modesta biblioteca de la Unión de Escritores. Ahí estaba el proyecto. No había más que seguir los dos recorridos de esa novela; uno, desde Finca Vigía hasta el Floridita, y el de la persecución de los náufragos de un submarino alemán por el archipiélago del norte de Camagüey. «Hemingway», le respondí. «La presencia de Hemingway en Cuba». A Luis Pavón, un hombre menudo, de mirada bondadosa, diríase que hasta triste, pero reconocido por todos mis colegas escritores como Luis Pavor, y a quien acusaban de instaurar

una férrea censura de corte estalinista, se le iluminó el rostro.

El autor cree necesario decir que nunca tuvo contacto personal con el protagonista de este libro. Vio a Ernest Hemingway en algunas ocasiones. Pero no tuvo acceso a él, puesto que, entonces, no había interés por ninguna de las dos partes. Tampoco motivo, en realidad. El autor era uno de los tantos muchachos habaneros que podían observar desde una posición bastante cercana a aquel gigante tan famoso que bebía en el Floridita en la década de los cincuenta. Pero de esa posición no pasaba. Un poco más tarde, hacia junio o julio de 1960, en uno de los ascensores Westinghouse de uno de los hoteles al oeste de La Habana, donde vivía John Hemingway, el primogénito del escritor*, y donde luego vivieron ingenieros y especialistas soviéticos y de Alemania del Este, el autor y su futuro protagonista fueron los pasajeros.

También se hallaba el padre del autor, un publicitario que corría, entre otros, con los anuncios de los casinos y los hoteles de la mafia en Cuba. Apenas se abrió la puerta y entramos —Hemingway ya se encontraba a bordo, puesto que había ingresado desde el sótano— el rostro de mi padre se iluminó y dijo alegre y amigablemente: «¡Ah, don Ernesto!», y procedió a abrazarlo de la forma más criolla y efusiva posible. Hemingway sonreía cándidamente bajo los ataques amistosos de mi padre que tantas arrugas le proporcionaban a su guayabera. Prodigaba los «Don Ernesto» y los «¡Qué gusto de verle por aquí!» como si fuera un dueño de restaurante. Nos apeamos en la octava planta. Hemingway continuó hacia uno de los tres pisos que quedaban arriba. Mi padre comentó: «Don Ernesto, caramba. Don Ernesto Jemingüey». Hizo el gesto clásico de los aviadores, con el pulgar hacia arriba. «Buen tipo», afirmó. «Yo no sabía que eran amigos», dije yo. «En mi repuñetera vida lo había visto antes», respondió mi padre.

El también futuro autor reparó unos instantes en Hemingway; lo conocía por las veces que aparecía en las portadas de las revistas y porque, de niño, ya lo ha dicho, lo había visto muchas veces cuando ambos, cada uno por su parte, deambulaban por las estrechas y húmedas calles de la Habana Vieja. Y, por su

parte, lo que Hemingway habrá visto —si acaso— en aquel catafalco Westinghouse, sería un jovencito cubano, flaco, de grandes orejas y espejuelos y, si mal no recuerdo, con unos perennes jeans gastados en las rodilleras.

Aquella tarde del ascensor —una de las últimas de Hemingway en Cuba (ahora me doy cuenta, por la fecha)— Hemingway no tuvo la menor intuición de lo que ocurriría una porción de años después, cuando este muchacho de las grandes orejas tuviera franquicia ilimitada para registrar en sus propiedades, dentro de sus papeles. Es totalmente impredecible lo que el americano, celoso defensor de su intimidad, hubiese hecho con este muchacho.

Un año después, Hemingway era el personaje enterrado desde las 10:30 de la mañana del 5 de julio de 1961 en el cementerio de Ketchum, Idaho, de cara a las montañas de Sawtooth, en una tumba que fue abierta entre dos pinos y tapiada al nivel del suelo con una losa de granito, mientras que el autor era ya una especie de exaltado combatiente, militaba en una organización llamada Asociación de Jóvenes Rebeldes y trabajaba en una revista, Mella, de orientación marxista-leninista, que abogaba invariablemente por el triunfo de la dictadura del proletariado. En aquel momento los jeans habían sido sustituidos por un uniforme de milicias y por una enorme, negra, pesada pistola del 38. El primer trabajo que se le asignó entonces, su bautismo de fuego como periodista, fue un reportaje. Sobre Hemingway. El tipo acababa de morir.

Bueno, el trabajo nunca se publicó, por la sencilla razón de que nunca lo escribí. Todavía hoy siento un temor inexplicable por las narraciones ensayísticas y las interpretaciones. No obstante, la tarea asignada me puso en contacto con Tener y no tener y con El viejo y el mar (es decir, me obligó a leerlos) y me permitió entrar en Finca Vigía unos pocos días después de la muerte del americano.

Recuerdo que El viejo y el mar se me convirtió en libro de cabecera, que me enseñó a diseñar un párrafo (al menos a intentarlo) y probar a decir las cosas con claridad. En cuanto a Tener y no tener, donde se nos ofrece esa mezcla de

proletario con tipo duro que es Harry Morgan, y se nos desenrolla ese discursito final contra los ricachones que veranean en la Florida, la consideré como una obra cumbre del realismo socialista, ¡mucho más encomiable al venir de la pluma de un yanqui! ¿Primitivismo político? No, no crean. Léanse las críticas de Edmund Wilson y los demás para que vean. La percepción del joven autor ya funcionaba. Solo que le parecía bien lo que a Wilson y los demás les parecía mal: estalinismo a pulso. Eso es lo que olfateaba Edmund Wilson. También recuerdo la finca en aquel momento: la poltrona, los criados, las botellas todavía llenas alineadas en algún estante y un criado llamado René que me impidió sentarme con todos mis arreos militares en la poltrona. (Sí, el periodista que se presentaba en la puerta con aquel cartel de que no se admitían visitas estaba investido a la usanza de la época con todos los recursos de la próxima guerra de trincheras que se avecinaba, no como si se tratara de un reportaje en la casa de un escritor acabado de morir, sino como si fuera a Fossalta del Piave en la época de Adiós a las armas). En verdad, desconozco por qué se me había asignado esta tarea. Quizá haya sido un destello de intuición del director Carlos Quintela —«vaya, si este quiere Hemingway o va a ser un Hemingway, que empiece pues por la punta del hilo»—.

Pero era poco lo que un hombre sediento de acción podía hallar en aquella casa, solo quizá un reportaje tipo Good Houskeeping and Garden. Por otra parte, luego de un breve intervalo en la campaña de alfabetización —por fin una montaña— se me envió a hacer otro trabajo de corte artístico, este sobre José Venturelli, el pintor chileno, que padecía de alguna enfermedad en los pulmones y hacía un mural en un llamado Edificio Odontológico de La Habana; y no sé si aún ese mural estará allí, pero recuerdo que Venturelli tenía una especie de secretaria también chilena que no me alcanzaban los ojos para mirarla y este sí creo que lo hice o le pedí a un colega, Sixto Quintela, que lo escribiera.

El empleado llamado René esperaba de un momento a otro el regreso desde Estados Unidos de Mary Welsh, «la Señora».

En realidad, no recuerdo haber sentido nunca antes, de una manera tan fuerte,

que estaba cometiendo uno de los grandes sacrilegios de mi vida, y todo eso me lo hizo sentir René con su voz de comprensión por mi tarea, que yo lo que quería era hacer no sé qué clase de trabajo pero que había una especie de pared de fuego que no me permitía alcanzar mi objetivo. Había también que entenderlo: ese diablo de periodista con orejas grandes poco faltó para que se acomodara en la poltrona de Papa. Tiempo después, cuando la finca fue prácticamente mía, comprendí la cosa y, aunque ya René Villarreal no estaba por los alrededores, respeté el lugar y nunca me senté en la poltrona de Papa. Bueno, sí, creo que una vez me recosté allí, creo que también desde entonces, cuando apoyé el cuello en aquellas telas de floripondios estampados y puse mis revolucionarias nalgas a oprimir los mismos muelles que las sagradas nalgas de Hemingway oprimieron, y también con un poco de cojones de ambos depositados sobre los mismos floripondios, mis jugos literarios comenzaron a fluir con mayor intensidad y facilidad. Desde entonces soy un celoso defensor de los párrafos bien cuadrados y de la palabra «bastardo», cuya mejor traducción al español, como ustedes saben, sería «cabrón» o «hijo de puta», pero con nada de esto, no obstante, tenemos solucionado que uno vio a Hemingway en algunas ocasiones, pero no tuvo acceso a él.

En julio de 1973, el autor fue convocado a la presidencia del Consejo Nacional de Cultura, donde el compañero Luis Pavón lo invistió de su nueva tarea revolucionaria. «Norberto, el Buró Político ha decidido que escribas un libro sobre Hemingway». A continuación, recibió una petición de la «Presidencia» para que inspeccionara el Museo Hemingway y recomendara algunas actividades y posibilidades al respecto, señalando qué interés podía resultar de ellos. El primer foco de interés fue que el autor abrió una gaveta de un archivo metálico y encontró el Premio Nobel, el diploma acreditativo de Hemingway de tal galardón, y una docena de fotografías inéditas, cartas, cuentas de banco, las galeras anotadas por Hemingway de A través del río y entre los árboles, un cuaderno de navegación o de bitácora escrito por él y el guion de El viejo y el mar, también con sus anotaciones al margen del puntilloso novelista.

La idea o proyecto de escribir sobre Hemingway surgió entonces con fuerza y de manera inevitable. Por otro lado, la proximidad de un mejoramiento de relaciones entre Cuba y Estados Unidos hacía presumir que pronto

desembarcarían en Finca Vigía los profesores universitarios e investigadores que se habían mantenido, contenido, al otro lado de la corriente del Golfo por razones de fuerza mayor. Más de una década alejados del santuario de Hemingway.

Desde aquellos días el autor estuvo enfrascado, aunque con sus intervalos de refrescamientos en otras tareas, en la misión de reconstruir la vida cubana de Hemingway y glosar unos doscientos documentos seleccionados entre cerca de dos mil papeles que se conservan en Finca Vigía. Pero considera que le ha sacado bastante provecho. Y él que creía que nunca iba a hacer algo semejante, porque la verdadera lección hemingwayana nos muestra que esto no debe hacerse si no quieres caer en la trampa profunda de los biógrafos que finalmente ven cómo sus ansias de novelistas se quedan en el muelle…

Pero había tenido que jugar cabeza porque la verdad era que no resultaba fácil llegar a la papelería. En realidad, en Finca Vigía, la documentación de valor real se encuentra en una, dos o tres hojas en su buró y lo que pueda encontrarse en libros, esencialmente media docena de notas al margen.

El resto del material fue recogido y almacenado en el antiguo archivo metálico Yale, que fuera propiedad de Hemingway, y más de un millar de fotografías conservadas en una caja de madera de casi un metro cuadrado; además, en un pesado baúl de madera que Hemingway debe haber utilizado en algún viaje, este autor halló, junto a algunas baratijas —collares y aretes de imitación y monedas y billetes africanos—, una parte de los documentos más valiosos: una colección de cartas de Ernest Hemingway a Mary Welsh fechadas a fines del año 44, mientras Ernest participaba en la marcha de la Cuarta División de Infantería norteamericana rumbo a Alemania.

Estos documentos, y el baúl, el archivo metálico y la caja con fotografías fueron mudados de la Finca y se encontraban a buen recaudo en las oficinas del Museo Nacional, junto con algunos de los libros importantes de la biblioteca

hemingwayana. Para tener acceso a ellos, es que el autor tuvo que jugar cabeza en frecuentes ocasiones y hacer largos y enojosos periplos. Pero él es un periodista entusiasta y conocía la importancia del material que estaba guardado, así que utilizó todos los medios posibles y salió adelante con su proyecto.

René esperaba la visita de Mary Welsh —«la Señora»—. Y quince años después, cuando regresé para preparar mis trabajos, y con René establecido en Nueva Jersey, donde —me informaron— se ganaba la vida como joyero, yo no podía asegurar que todas las cosas se hallaran en su lugar; puedo, en cambio, decir que se mantenía la misma sensación de humedad constante. No me explico por qué, si la casa ocupa una colina y el aire limpio la bate siempre y tiene grandes ventanas —a lo mejor el exuberante jardín actúa como una especie de invernadero—.

Allí la tierra es bastante seca, y hay canteras de cal por los alrededores, una tierra muy seca en la que suenan los chisporretazos y los bombazos de las canteras cercanas. Veinte generaciones de camiones norteamericanos —y ahora soviéticos— han cruzado frente a la verja de Finca Vigía, con su carga de cal espolvoreando de blanco el camino.

Por supuesto, después fui a los combates, los extraños y silenciosos combates en los que Cuba se vio comprometida en las montañas y en las costas en la década de los sesenta. Y conocí los nombres bíblicos de Lucha Contra Piratas, Lucha Contra Bandidos.

Hemingway no llegó a ver esto. Ni vio cómo sus vecinos se armaban, sus pacíficos vecinos de San Francisco de Paula. En todo este tiempo, como buen periodista, ya me hacía acompañar de Por quién doblan las campanas. Era la época de adorar a Robert Jordan y añorar su muerte abrazado a una ametralladora republicana mientras el teniente Berrendo se acercaba por la ladera.

Pero en aquel tiempo yo no sabía que Ernest había escrito una novela llamada Islas en el Golfo, que había estado guardada en un banco habanero y hablaba de combates en la costa norte de Cuba, y que contenía lo más parecido a las operaciones de Lucha Contra Piratas de las que yo había sido testigo. Era una alegría encontrarse con este libro. Cuando ya uno lo hacía muerto y sin que se fuera a publicar otra novela suya, andábamos otra vez con él, en una nueva aventura. Un libro grueso sobre Cuba. El viejo Papa otra vez. El tipo que lo había enseñado a uno.

El autor guarda un especial recuerdo de Finca Vigía y de la crisis de octubre de 1962. Como corresponsal de guerra viajaba en un Toyota y repartía cartas y cigarros por diversas zonas, cuando ascendió por un costado de Finca Vigía y los oficiales y soldados se movían como sombras por los alrededores, la casa de Hemingway apagada, como flotando en la penumbra, la casa se había perdido en el tiempo y el espacio, como si no tuviera nada que ver con lo que acontecía alrededor.

Ahora he leído en una de sus cartas más pesimistas que Finca Vigía iba a sobrevivir «aunque todo fuera destruido». No podía asegurar semejante cosa en una situación como aquella, de peligro atómico. Pero ya todo ha pasado.

Así que este autor acometió el proyecto de buscarlo después de la lectura de Islas en el Golfo y de la lectura de descripciones de lugares en los cuales se han desarrollado posteriormente algunos combates. El proyecto encontró rápido apoyo oficial, si así se le puede llamar a la facilidad para convencer a viejos conocidos de la frontera marítima cubana, y a pescadores y amigos, de que movilizaran algunos de sus recursos y territorios en pos de las huellas del viejo Mister Way.

* * *

Una señora que se hace llamar directora del Museo Finca Vigía (probablemente lo que en mi época se conocía como Museo Hemingway) insiste en hacernos tragar una píldora del tamaño de una señal de stop. Un Hemingway de cartón de bagazo es lo que tiene para ofrecer. Una de sus declaraciones habituales establece que Hemingway «no era un estadounidense que tomó a Cuba como refugio para descansar, sino que se sentía cubano*». Tamaña tarea. Sobre todo, porque debe empezar por definir qué es «sentirse cubano». Y qué ventajas o estado de gracia le proporcionaba el sentimiento. La directora desenrolla su bulto ante la mirada arrobada y los gestos de complacencia de la última hornada de académicos americanos que alcanzan el portalón de Finca Vigía como si coronaran el Everest. Todos tan ajenos a Hemingway como el papa Pío XII del trasero de Tongolele (para citar una mamboleta de la época). La directora tiene la ventaja de que, entre empujón y empujón, les muestra dos o tres de las viejas cuartillas de Papa que guardan en la casa (que, dicho sea de paso, sobreviven gracias a mis descubrimientos y esfuerzos de clasificación y conservación iniciados en 1975) y los ilusiona con la idea de que todo eso algún día podrá ser de ellos. Descrita por los portales cubanos como «una experta en la vida y obra de Ernest Hemingway», ella tiene esa tarea por delante. Sentirse cubano. Quizá se trata de una especie de superioridad étnica, algo vagamente moral o altruista. ¿Y qué del vaso de guarapo —el prodigioso jugo de caña— con hielito picado y una rodajita de limón? Umm… Difícil. ¿Cómo aceptarlo en la horda si despreciaba el guarapo? Recuerdo que en un episodio de Islas en el Golfo Thomas Hudson, el alter ego de Hemingway, revela el placer que le proporciona el alcohol cubano en cualquiera de sus usos: como bebida o desinfectante. Pero nada de azúcar. Además, comía el aguacate como postre. Ustedes saben, se trata de un imposible entre cubanos. Den por sentado que no puede sentirse definitivamente cubano alguien que se coma un aguacate como si fuese un dulce de guayaba con queso, una timbita, para ponerlo más popular. Pero el momento espectacular, fundamental, insoslayable, es cuando la directora aventura la hipótesis de una suerte de encuentros —ella los llama «privados»— de Fidel con Hemingway. Al parecer, no es suficiente con aquellos quince minutos del 15 de mayo de 1960 en la marina Barlovento en los que solo intercambiaron asuntos sin trascendencia (cuatro boberías, al decir de cualquiera que pueda sentirse definitivamente cubano). «Historiadores en Cuba afirman que ocurrieron otros encuentros entre ambos que no desbordaron el ámbito privado». Compañera directora, por favor, ni lo intente. La creación de una zona de misterio, conspirativa, de reuniones secretas entre los dos personajes es una mentira. Peor

aún, es innecesaria. Y no puedes sostenerla con la más mínima evidencia. Advierto que el mismo Fidel tampoco debió ponerse a echarle maíz a semejante historia. Que recuerde su propio reproche de la noche del sábado 6 de febrero de 1984, cuando produjimos una entrevista sobre Hemingway (que de inmediato se publicó en decenas de periódicos de todo el mundo):

[Norberto Fuentes] ¿No tuvieron oportunidad de ampliar los contactos personales?

[Fidel Castro] Bueno, si tú supieras, no tuve el privilegio ese, porque en realidad aquellos días iniciales de la Revolución eran muy atareados y nadie pensaba que Hemingway se fuera a enfermar y hasta a morir tan pronto, y se creía que había tiempo para conocerlo mejor.

Y cuando le puse mi libro sobre Hemingway delante, ya terminado, y él lo revisó (conservo las cuartillas originales con sus anotaciones, de puño y letra) no puso ningún reparo en mi información sobre su único encuentro con Ernest Hemingway. Hagamos un esfuerzo, no obstante, por descifrar la jugada. Ya todo se dijo, se expuso, se describió, se enumeró en Hemingway en Cuba. Y no quedó documento de relevancia que yo no incluyera en ese libro. Exprimí el museo, para decirlo sin ambages. Debe entenderse pues que, si todo está publicado en un libro desde 1984, entonces qué diablos van a venderle ahora a los americanos, y cómo seguir lloriqueando con el asunto de que el museo se caía a pedazos y que hace falta, incluso, hasta levantar el embargo para poder restaurarlo. Con ese programa por delante es un verdadero escollo mi mamotreto. Advierto ahora que no todos los directores del Museo han tenido esas ínfulas. Luis Fuentes. Me gustaba más Luis Fuentes (ninguna relación de parentesco con este autor), quiero que sepan. Era un viejo loco proveniente de la Seguridad del Estado al que se le asignó la dirección del Museo Hemingway. La lucha contra los elementos adversos al proceso mermaba considerablemente hacia 1975 y no tuvieron mejor lugar para ubicarlo. A partir de su reinado de unos cinco años en lo alto de Finca Vigía, a cualquier visitante que llegara, Luis le espetaba que Hemingway era a todas luces un perverso agente del imperialismo yanqui. Iba a Cuba a

emborracharse, desde luego, y en busca de putas. Y él, investido en sus poderes de interventor revolucionario de lo que se le antojaba entonces un latifundio, los acaso 43 000 m2, aconsejaba a los distinguidos visitantes que dieran media vuelta y se encaminaran, mejor, al Museo Martí. En fin, era un decidido antiimperialista, que nunca olvidaba agregar al final de su diatriba sobre Hemingway que, con toda seguridad, era también maricón. Ven ustedes. Eso sí es un manejo adecuado del lenguaje de combate para alguien que se sienta decididamente cubano. Desde luego, yo nunca logré ensamblar el supuesto carácter putañero de Hemingway con la acusación de homosexualidad. No compaginaba. Lo que sí logré convencerlo fue de que en su discurso de bienvenida no repitiera más el cargo de interventor «de este latifundio» porque no era el caso. El suyo era de director. Y que no siguiera desviando a los visitantes hacia el Museo Martí, porque una institución como tal no existía en La Habana ni en sus alrededores. Ni en el resto de Cuba, según mi leal entender. A menos que estuviera refiriéndose a la casa natal del prócer, en una callejuela olvidada del casco colonial habanero. La directora por su parte, parece, más bien, que se siente decididamente gringa. Vaya, o por lo menos «académica». Fíjense si no, que se apresura en declarar que Hemingway se sintió definitivamente cubano sin dejar de ser —acota— «un estadounidense cabal». Repito: la directora pretende con un trabajo de investigación demostrar que el novelista «se sintió definitivamente cubano» sin dejar de ser un estadounidense «cabal». Y agrega una muy sospechosa nota de rechazo contra Edmundo Desnoes, un favorito del Régimen en los años sesenta: «El eterno “sentimiento antiyanqui” que se atribuye a los cubanos llevó a un intelectual cubano actual a llamar a Hemingway, en su estancia en Cuba, como un Robinson Crusoe que se rodeaba de Viernes». Puro Edmundo Desnoes. Su pecado, sin embargo, no es su retrato de un colonizador americano. Es ser recordado en un tiempo en que lo históricamente adecuado es lamerle las botas a los antiguos hijos de puta. ¿Y qué pensarán esos gringos de la academia y de la familia Hemingway y los asociados oyendo tales babosadas? ¿Se las creen de verdad? Aclaración final para neófitos: timba (o timbita, según las dimensiones) es un par de pedazos (cachos, se diría) de queso blanco que emparedan una barra de guayaba (otro cacho), que uno se zampa junto con un enorme vaso de agua. El vaso de agua te ayuda a no morir ahogado.

Me imagino que quieran saber algunas de las notas de edición que hizo Fidel Castro sobre el original de mi libro. Les puedo decir que habíamos tenido una

larga conversación la noche del viernes 3 de febrero de 1984 en la recepción que ofreció en el Palacio de la Revolución a los miembros del jurado del concurso literario de Casa de las Américas. Yo era jurado de Cuento. No llegaban a cien los congregados en el salón. Poco a poco los dos nos fuimos acercando por un costado de la mesa repleta de golosinas. Por fin la emprendimos a hablar. Encontramos desde luego un punto en común para los dos. Hemingway. La invocación de ese fantasma dio resultado. Sé que al otro día se llevó mi pesado original para Cayo Piedra, el islote privado que tenía frente a Bahía de Cochinos, 40 kilómetros al sur, donde abordó su majestuoso yate Acuarama II decorado con maderas exóticas importadas de Angola y servido por cuatro motores de la marina soviética que llegaban a desarrollar hasta 42 nudos, y se despachó las más de 700 cuartillas entre el sábado y el domingo, recostado en un cherlón de la embarcación que nunca mandó a desatracar. El lunes, a eso de las siete de la noche, me llamó a mi casa. Me dijo que si podía ir a Palacio. Que me esperaba. Todo lo demás que puedo contarles de esa noche es demasiado intenso y me sirvió durante muchos años (aún me sirve) para entender la Revolución cubana y a su jefe. Cuando entré en su despacho, él estaba de pie entre la silla reclinable y su buró y mi mamotreto con tapas de cartón se hallaba sobre el mueble. Aún no me había invitado a sentarme en una de las dos sillas frente a él, cuando me dijo, reflexivo aunque sin preámbulo: «Esto es algo más que un libro sobre Hemingway». Pero, de verdad, demasiado para seguirlo en estas páginas. Por lo pronto, quédense con los apuntes —de su puño y letra y con la fina caligrafía que obtenía de su costosísima estilográfica Montblanc— sobre las tres cuartillas pautadas del Instituto Cubano del Libro del original de Hemingway en Cuba.

En la cuartilla 96, encuentra «un error de cálculo». Lo anota al margen.

Pudo haber meses de menos gastos, quizás de 2 000 pesos. Pero lo usual era que fueran mayores. Significa un aproximado de 2 millones de dólares gastados por Hemingway en sus veinte años de estancia en Cuba.

En la cuartilla 245 quiere aclarar una idea sobre la lucha contra los ejércitos modernos, pero complica la oración y no termina su idea.

na de París, sacaron la conclusión de que resultaba imposible luchar contra un ejército moderno [...] Alguien, creo que Mussolini, dijo que la revolución tenía que hacerse con el ejército o sin él, pero nunca contra él. [Luchaban contra un ejército moderno.] Nosotros nos encontrábamos en la misma situación aquí, en Cuba: luchando contra un ejército moderno que tenía un control absoluto de las armas. Los mé-

Y en la cuartilla 498 no se resiste a verse disminuido por la cantidad de hombres bajo su mando. Desde luego, no es lo mismo una escuadrilla de siete hombres que un pelotón de veintiuno.

era el líder universitario Fidel Castro. Estaba al mando

de una escuadra de ocho hombres. Se destacaba por su aplica-

ción en las clases de infantería y de tiro real y por el buen

Entre 1985 y 1986 yo fui el escritor que más dinero ganó en Cuba. Desde luego, a fines de 1986 todo había sido dilapidado y, si tomamos en cuenta que el único vicio que me dominaba entonces era fumar cigarros Populares (o Montecristo, de exportación, cuando se conseguían), nunca más de una cajetilla diaria, y que era un vicio que yo dejaba y volvía a agarrar de vez en vez, pues no puedo decir con exactitud en qué yo dilapidé mi pequeña fortuna. Por otro lado, en Cuba no se pagaban impuestos y el whisky me lo suministraba Antonio de las Guardia, el poco que tomaba, y los Rolex son eternos y, además, hay que comprarlos en dólares; y si empleaba la bolsa negra, era para los jeans, que te podían salir en la enormidad de ciento cincuenta pesos moneda nacional. ¿Pero cuántos jeans tú gastas en un año? Si acaso dos. Y por último, las compañeras ciudadanas mujeres, que es a lo que más tiempo yo he dedicado en mi vida. Pero en Cuba, realmente, en mi época, lo que atraía a las ciudadanas no era el dinero. Creo que ni la palabra «jinetera» se usaba entonces. El Lada, para que tú veas, sí ayudaba. Era un buen imán. Pero también deben saber, y quiero hacer constar enfáticamente, que mi primer Lada me fue asignado por el compañero Antonio Pérez Herrero, secretario ideológico del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, en 1983, y que hasta esa fecha nunca me faltó una compañerita al lado. Era un Lada 1500 S, color verde pálido, que yo comencé a llenar de los gadgets, o séase tarecos, que me regalaban o que yo traía de mis viajes. Mas aquella época heroica de la infantería es algo para recordar. Un motivo personal de orgullo para Romeo el Peatón. En fin, que toda esta historia es para establecer el hecho de que gracias a Hemingway en Cuba yo fui el escritor más rico de Cuba durante un par de años. Agrego ahora que fue un libro hecho con devoción. Los primeros cincuenta ejemplares de la primera edición me los empaquetó con papel de estraza y cordel encerado, y entregó en la mano, Rafael Almeida, que era viceministro de Cultura, en un llamado Combinado Poligráfico «Alfredo López». Hubo una especie de ceremonia íntima, un ritual, y recuerdo que afuera del combinado llovía a cántaros. Yo extraje dos ejemplares del paquete y firmé el primero. Para Fidel, por supuesto. El segundo tuve la cortesía de dedicárselo al propio viceministro Almeida, a quien también le comisioné que le hiciera llegar su ejemplar al Comandante en Jefe. Tenía que andar ligero, puesto que en un par de horas más tomaba el avión para presentarme con mi cargamento en la feria del libro de Fráncfort. La segunda edición se produjo en el mismo combinado en noviembre de 1986. El único cambio era la cubierta y la foto en las guardas. Busqué una foto diferente para la portada y se me ocurrió la idea de aprovechar el reverso vacío de la chaqueta para incluirle un póster sobre el libro. Alberto

Batista, que era el director de la editorial, compró de inmediato la idea y puse el Departamento de Diseño en función de su desarrollo. También llené las solapas con todos los elogios que pude recoger, sobre todo en la prensa extranjera, sobre el libro y su buena marcha en el mercado. Una tercera edición, planeada por el mismo Batista y por mí como paperback, no pasó de las pruebas de plana. Las razones de peso principales para que las instancias superiores decidieran la supresión de tal modalidad fue que Batista abandonó el país y a mí me capturaron en una balsa. Las numerosas notas y tachaduras en las pruebas de plana atestiguan que la edición iba por el camino de conocer cambios.

Ahora vean esto. De un cable de The Associated Press del 6 de mayo de 2013:

Washington— Cuba y una fundación privada estadounidense colaboran para preservar más de los documentos y pertenencias que quedaron en la casa, cerca de La Habana, desde la partida del novelista, que murió en Estados Unidos en 1961. El lunes en el Capitolio estadounidense, el representante James McGovern de Massachusetts y la Finca Vigia Foundation con sede en Boston anunciaron la digitalización de 2 000 documentos de Hemingway y otros materiales. Las copias digitales serán transferidas a la Biblioteca John F. Kennedy en Boston.

Esta es la primera vez que alguien en Estados Unidos ha podido examinar estas pertenencias del escritor guardadas por años en su casa en Cuba, la Finca Vigía. Los documentos incluyen pasaportes que muestran los viajes de Hemingway y cartas que hablan de obras como El viejo y el mar.

¿Leí bien? Sí, esto es lo que dice.

… es la primera vez que alguien en Estados Unidos ha podido examinar…

La noticia se esparce por los periódicos del mundo y de inmediato aparecen algunas imágenes de la exclusiva y hasta ahora elusiva documentación. El adorno de crema sobre la torta es una foto de dudoso gusto (el encuadre, me refiero, y también el gesto, qué carajo) de un representante americano que parece elevar los brazos al cielo, no tanto como señal de gratitud al altísimo por el logro obtenido como de satisfacción personal por el logro. Me refiero a que el gobierno comunista de míster Castro le haya abierto las puertas del santuario. James McGovern henchido de felicidad, pero yo muy preocupado. ¿Y ahora qué hago con los ejemplares de un libro mío que tuve la audacia de titular Hemingway en Cuba, hace ya casi treinta años, y que está repleto de esos documentos que el gobierno cubano les ha vendido como material inédito? Lo digo no tanto por los cubanos, sino por verme de pronto emplazado ante mis lectores por ser el autor de un libro que oficialmente no existe. Dense por convencidos de que el gobierno cubano, con la mala voluntad que me tiene, no va a atestiguar que antes, hace muchos años, ellos me dieron a mí el mismo acceso. E incluso que los manoseaba y hasta me los llevaba por libras para mi casa, para leerlos con más comodidad. La cantidad de tumbos que dieron en los repletos y asfixiantes ómnibus del servicio público habanero esas pertenencias del escritor que por primera vez alguien en los Estados Unidos ha de examinar. Hay que sacarle las pruebas del ADN a esa papelería. Ahí van a encontrar, seguro, y en este orden, la secuencia genética del perro del FBI asignado a la vigilancia de Hemingway en la embajada americana, al cartero Segismundo Lozano Gómez, de la oficina de correos de San Francisco de Paula, a Ernest Hemingway (desde luego), a Norberto Fuentes y a unos doscientos mil usuarios del servicio público cubano que, por lo menos, rozaron mis atados de documentos en el interior de un ruta 32 de la línea Terminal de trenes-Playa de Marianao. Qué destino, Dios mío. No haberme dado cuenta de que Fidel para quien quería ese tesoro era para los americanos…

Advierto, por último, que este libro fue ideado como readaptación —o refrescamiento— de un texto sobre Ernest Hemingway, publicado originalmente como «Una casa para defender» en la revista Revolución y Cultura de septiembre de 1978. Fue lo primero que redacté referido a mi asignación por el Buró Político de escritor designado a escribir sobre la presencia de Hemingway en Cuba, y la primera señal de que uno estaba sobre el rastro del dueño de Finca Vigía. Allí desarrollaba, en apenas quince cuartillas, casi toda la sustancia empleada luego en el más voluminoso de mis libros (hasta que se enredara en

otros proyectos más pesados). Debido al material acumulado a continuación del primer texto, le resultó necesario producir las casi mil cuartillas largas a dos espacios del original de Hemingway en Cuba. Estábamos a principios de los ochenta y la oportunidad de publicar una considerable cantidad de material absolutamente inédito debía ser aprovechada. Todo había permanecido sin tocar en las gavetas de Finca Vigía durante veinte años. Veinte silenciosos años. Es fácil, ahora, comprender la razón por la que el autor se propone lograr una media para la presente edición, y aligerar su entrega, ya que las urgencias son otras. También se ofrece la oportunidad de incorporar materiales de reciente adquisición. Además de que al más sediento de los consumidores de documentos siempre le queda la posibilidad de encontrar ejemplares de la anterior versión en las librerías de viejo o a través de Internet. Revisar la experiencia esencial de dureza y de humor —en igualdad de proporciones— con que Hemingway y su generación enfrentaron un mundo al borde de la destrucción, no una sino casi tres veces en el transcurso de su sola vida, es el propósito de la presente edición. Me refiero a las dos guerras mundiales y el inicio de la Guerra Fría. Está claro que la crisis de octubre de 1962 y todo lo que se descolgó después, empezando por Vietnam, y luego Nicaragua y Afganistán y el Medio Oriente, se entiende como un asunto de la generación posterior, la nuestra. Hemingway y los suyos hubiesen reconocido de inmediato el territorio. Pareciera que la historia no se proyecta en un movimiento de espiral ascendente, como reclamaron nuestros padres marxistas, sino en líneas paralelas uniformes. En su primera versión de trabajo, apenas los primeros esbozos, el manuscrito se llamó —como ya he dicho — La isla lejos (bueno, fue el rótulo que le puse a la carpeta de trabajo); luego, en su versión avanzada, Finca Vigía: La presencia de Hemingway en Cuba. El editor gringo cortó las primeras cinco palabras y de esa manera ha sido conocido hasta ahora.

*La isla lejos. Un título que he arrastrado durante otros libros. El homenaje a Isak Dinesen, implícito en dicho título, era una necesidad del autor. Aunque Hemingway se los prodigó mejores —en París era una fiesta («Ella escribió quizá el mejor libro sobre África que yo haya leído») y en la entrevista telefónica con Harvey Breit al conocerse que había recibido el Premio Nobel («… me hubiese sentido feliz… hoy sí le hubieran dado el premio a esa magnífica escritora Isak Dinesen, a Bernard Berenson… a Carl Sandburg…»)— y está mencionada —una explicación de su juicio— en una carta al general Charles T. Lanham escrita en Finca Vigía el 10 de noviembre de 1954: «La esposa de*

*Blickie (Dinesen) es una escritora endiabladamente mejor que cualquier sueco que recibió el premio y Blickie (Barón Bror Von Blixen-Finecke) está en el infierno pero se sentirá feliz si yo hablo bien de su mujer». Un título nuevo alternativo para nuestro trabajo de revisión —con una proporción aceptable de broma— había sido I had a farm in Havana (‘Yo tuve una finca en La Habana’, que al final he empleado para el capítulo del cierre). Es una conversión de la primera línea de Memorias de África que Meryl Streep repite con excelencias de pronunciación en la versión fílmica del realizador Sidney Pollack. Un dato pasado por alto en el presente texto, cuando me iba acercando a su final, es que el greater kudu cuya cabeza disecada adorna la pared sudoeste del comedor de la finca fue cazado en la tarde del 15 de febrero de 1934. En Las verdes colinas de África está descrito como un animal todavía caliente y rápidamente desollado por el cuchillo de M’Cola. Pocas semanas antes, el 20 de diciembre de 1933, Hemingway y la cohorte de cazadores de su grupo de safari se prepararon en Nairobi para remontar más de 300 kilómetros hacia el sur por el camino de Ciudad de El Cabo a El Cairo. Los montes Ngong, donde Isak Dinesen había vivido y sostenido su granja cafetalera, les quedaban al oeste de la ruta. La Fuerza de Tarea Hemingway eludió los vigilantes fantasmas de Denys Finch-Hatton y de Karen von Blixen y de los leones en alerta de caza sobre la tumba de Denys, desde la que dominaban la lejana y neblinosa planicie, y la Fuerza de Tarea no se detuvo y dejó las colinas Ngong a la derecha para hacer noche en Arusha.*

NORBERTO FUENTES

Doral, Florida

*25 de octubre 2019*

*   Era un corredor de la bolsa, más o menos afortunado, con oficina en las cercanías de la bahía habanera.

*   Cubadebate, 22 de junio, 2011.

# Finca Vigía

**San Francisco de Paula, Cuba**

**17 de mayo de 1939 – 25 de julio de 1960**



El sendero de acceso a Finca Vigía el 31 de octubre de 1949.

(Roberto Herrera Sotolongo)

«Espero pasar un buen tiempo en África cuando
las cosas se despejen, y tú podrás venir cuando ya
no consideres que este lugar es un albatros».

DE UNA CARTA A MARTHA GELLHORN

# 1

## Santuario

Una de las ironías empleadas por Gertrude Stein en su guerra particular con Hemingway fue decir que él tenía un olfato especial para encontrar buenos lugares donde vivir y comer. Había algo de cierto en esto. Finca Vigía, la quinta rústica de las afueras de La Habana donde el novelista tuvo su residencia más prolongada, es un buen lugar para vivir. Es un lugar maravilloso para las cosas que constituían la felicidad hemingwayana: escribir por las mañanas, tener estantes llenos de libros y una poltrona para sentarse a leer por las tardes, recibir amigos, criar gatos y experimentar con los cruces (sostenía la convicción de que había fomentado una nueva raza de estos animales) y ser dueño de dos o tres perros y de una cría especial de gallos de pelea. Las bondades de Finca Vigía están descritas en algunas de las crónicas periodísticas de Hemingway de los años cincuenta, y en una porción de párrafos de la novela Islas en el Golfo se reseñan con satisfacción evidente —a través del protagonista, Thomas Hudson— los interiores de la casa.

«Esta finca es un lugar espléndido... o lo era», dijo Hemingway en 1958, en una entrevista con George Plimpton. La alternativa de emplear el verbo en pasado significa que para esa fecha, y en particular después de recibir el Premio Nobel y de la filmación en Cuba de El viejo y el mar, Finca Vigía se había convertido en un centro de peregrinaje. Fue una dirección conocida de sobra por toreros, magnates de Hollywood, boxeadores, soldados, artistas, periodistas y otras muchas clases de personas que aterrizaban en La Habana.

Hemingway había abandonado su primer refugio cubano por esta misma razón: el hotel Ambos Mundos, de la Habana Vieja, le había servido como base

operativa de tierra en la década de los treinta, al inicio de sus campañas de pesca mayor en la corriente del Golfo. Pero diez años más tarde, a su regreso de la Guerra Civil española, en la época de su romance con Martha Gellhorn, necesitaba otro lugar donde guarecerse. El hotel había perdido privacidad, se había complicado, porque Ernest Hemingway era ya un escritor famoso y todo el mundo sabía su dirección. Fue así como dijo adiós a la zona de La Habana que en otros tiempos había utilizado como escenario para una novela y media docena de crónicas para Esquire y se trasladó a la finca que Martha Gellhorn había encontrado en las colinas al sudeste de la ciudad. Justo a tiempo, porque, con excepción del Ambos Mundos, el antiguo escenario de Harry Morgan y Tener y no tener iba a ser demolido y luego transformado. Martha Gellhorn conoció de la existencia del inmueble a través de los clasificados. Sin embargo, no fue un lugar que se aceptara sin reservas. Hacia mediados de abril de 1939, ella, que estaba en Cuba por primera vez, llevó a Hemingway a la finca, pero él dijo que se hallaba demasiado lejos de sus lugares favoritos en La Habana —a unos 15 kilómetros de distancia— y que el alquiler resultaba muy caro: cien pesos mensuales. Hemingway se fue de pesquería y, al regreso, Martha Gellhorn lo volvió a llevar a Finca Vigía, que había sido remozada por albañiles y carpinteros pagados por ella misma, y presentaba un aspecto mejor. Logró persuadirlo. Ella fue la del olfato especial en este caso. Hemingway se dejó guiar simplemente. Martha Gellhorn se salió con la suya y la pareja tuvo un sitio donde establecerse. Pero Hemingway era quien estaba más necesitado, porque traía a medio camino un borrador importante sobre la Guerra Civil española, una novela comenzada en el Hotel Sevilla Biltmore, cuya terminación exigía un rincón tranquilo: una finca limpia y bien iluminada. La alquilaron por un año; después la compraron. No pasaría mucho tiempo, sin embargo, para que Martha Gellhorn sintiera que el paraje comenzaba a serle opresivo, mientras Hemingway dejaba que le creciera un sentimiento de amor por Finca Vigía. El inmueble conquistó su entusiasmo. En Islas en el Golfo, Thomas Hudson compara su casa en Bimini con un barco. Es el símil más encomiástico que podía encontrar el escritor para describir una casa. Pero Hemingway nunca tuvo residencia fija en Bimini. Sin duda, a través de su alter ego, estaba pensando en Finca Vigía, de la que más de una vez, mirando sus paredes blancas, dijo: «Parece un barco viejo».

El recinto va a adquirir la fama que surge de una estrecha asociación hogar-escritor. Si Somerset Maugham tenía su Villa Mauresque en la Riviera Francesa, y Voltaire su Fernay en Suiza, y William Faulkner su mansión señorial de

Oxford, Misisipi, el lugar donde Hemingway vive y donde elabora una parte considerable de su producción, Finca Vigía, San Francisco de Paula, será también un hito reconocido en las letras universales.

Mas a fines del otoño de 1943 la inmortalidad estaba lejos de los pensamientos de Martha Gellhorn. Había descubierto Finca Vigía, pero un día decidió —el 20 de septiembre de aquel año— que el lugar la hacía sentirse mal y que había llegado el momento de la retirada. Una retirada definitiva. Se encontró con el doctor José Luis Herrera Sotolongo, uno de los grandes amigos de Hemingway desde la Guerra Civil española, en un sendero del jardín: «Me voy a despedir de usted, doctor —dijo—. Me voy a Europa». Y comentó, refiriéndose a Hemingway: «Yo no vuelvo más con este animal». «Ella es de San Luis, Missouri», dijo crípticamente Hemingway a Herrera cuando este entró a la casa en busca de una explicación. «Su padre era un médico famoso». No pasaría mucho tiempo, sin embargo, para que el escritor hiciese sus maletas y viajara a Europa; algunos dicen que para reportar la invasión de Normandía; otros, que detrás de Martha. Cualquiera que haya sido el motivo, el resultado fue que, apenas terminada la contienda europea, Finca Vigía adquiriría su segunda señora: Mary Welsh.

Nuestras simpatías pueden estar a favor de Martha Gellhorn, la mujer independiente, tan atractiva como indomable, que escribía novelas y había participado como periodista en la Guerra Civil española. Pero no era la mujer idónea para Finca Vigía. El lugar fue bueno mientras sirvió de abrigo y escenario para una historia sentimental. No pudo adaptarse cuando se convirtió en el refugio del escritor. Según parece, ella estaba poco interesada en las cosas hogareñas y ponía más atención a la práctica de determinados deportes. Se pasaba el tiempo en las casas de sus amistades en la Quinta Avenida de Miramar, al oeste de La Habana, donde residían los millonarios cubanos y norteamericanos. Se ocupó de la cancha de tenis y de la piscina mientras estuvo en Finca Vigía, y delegaba otros menesteres en empleados como el jardinero Pichilo y el carpintero Francisco Castro. Tampoco pudo adaptarse a la instalación dentro de sus predios del Estado Mayor de una agencia de operaciones secretas. En eso se había convertido cuando Martha Gellhorn decidió que no regresaba más. Se aburrió de la finca y se fue.

Cuando Mary Welsh llegó aquí, después de la Segunda Guerra Mundial, se ocupó firmemente de la casa. Un ciclón había azotado la zona el 18 de octubre de 1944, mientras Hemingway se hallaba en los frentes europeos; y, entre otros desastres, había estropeado la cancha de tenis que, a partir de entonces, se fue marginando; la nueva pareja casi no se volvió a ocupar de ella. Se le llamaba cancha, aunque era solo una extensión de tierra apisonada que se dividía en dos mitades con la net.

Mary Welsh, afable en el recuerdo de la mayoría de la gente de la localidad, con sus esfuerzos por pronunciar y escribir el español, simpática, laboriosa, quizás excesivamente, va a ser al final la mujer representativa de este lugar. Vamos a recordarla cuando regresaba por el sendero de piedras hacia la casa, luego de una jornada de trabajo intenso junto a sus rosales. «Salía de allí sudando mucho», dice Pichilo, el antiguo jardinero. «Y llena de fango», afirma el médico Herrera Sotolongo.

Cuidó a Ernest Hemingway y «lo ayudó mucho», según las opiniones recogidas. Y la verdad parece ser que, en las desavenencias que surgieron, él la trató mucho peor que ella a él, también según el recuerdo de algunos amigos.

Finca Vigía, que el lenguaje oficial describe como «quinta rústica» o «de recreo», va a convertirse con Mary Welsh en el puesto de mando permanente y soleado del escritor. Una buena posesión en la cima de la colina, con una vista lejana sobre la corriente del Golfo, donde el personaje de apariencia nórdica, intelectual, bien alimentado, de destino trágico, va a estar sumido en la vegetación exuberante; Ernest Miller Hemingway entre los mangales y las cañabravas y las plantas trepadoras de una colina del sudeste habanero. Y bajo los aguaceros interminables, los huracanes y las sequías. Y junto a una tropa de vecinos y amigos, excelentes jugadores de béisbol y de gallos.

Algunos han querido ver un símbolo en la casa de Hemingway: una hacienda omnipresente dominando las humildes casas de San Francisco de Paula*. Pero no es así como piensan los vecinos del pueblo. Hemingway es para ellos, allí, un recuerdo grato siempre.



FINCA VIGIA, SAN FRANCISCO DE PAULA

Se alquila del mes de Mayo hasta Octubre. Luz, teléfono, agua, etc., tren cada hora, a unos minutos de la estación. Carretera adoquinada hasta la entrada de dicha finca. Una de las más hermosas residencias de la Habana. Le puede ver, previa citación. Teléfonos 1-2047 e 1-1815.

Informan:

J. R. D'ORN Y Cía.

Calles de Concha y Marina.

Anuncio de Finca Vigía en la edición de febrero de 1921 de la revista habanera Social. Faltan diecinueve años para que Martha Gellhorn descubra la propiedad (a principios de marzo de 1939) y diecinueve años y dos meses para que Ernest Hemingway acceda a mudarse con ella (el 17 de mayo) y a compartir los gastos, incluidos los 100 pesos mensuales de renta.

**[2]**

Las piezas de caza y los pequeños souvenirs se encuentran en los lugares de costumbre, y adquieren, cada vez con mayor celeridad, el aspecto de cosas viejas e inútiles. Con toda probabilidad, a Hemingway le hubiese irritado que sus zapatones y sus libros fueran puestos en exhibición, pero se trata de un hecho consumado, y Finca Vigía se conserva en estado de congelación. Allí están, a la vista de todo el mundo, los zapatos y las sandalias del número once, las botas de infantería, los espejuelos de armadura metálica, la colección de dagas nazis y las escopetas y cañas de pescar. «Todo se encuentra en el mismo sitio que lo dejamos [en 1960]», declaró Mary Welsh en su viaje a La Habana de julio de 1977; y agregó: «Pero el lugar no vale nada sin Ernest».

A los visitantes se les permite husmear a través de las ventanas abiertas de la casa y caminar a lo largo de los corredores que la rodean. El acceso al interior está prohibido. Se alega que es una medida administrativa «para proteger los bienes museables». Algunos objetos se han perdido. Es auténtica la historia de cierto ministro extranjero que fue descubierto en el acto de sustraer uno de los proyectiles de ametralladora de la Segunda Guerra Mundial que estaban sobre el buró de Hemingway. Nadie supo qué hacer en ese momento. No hay fórmulas de protocolo para decirle a un ministro que no se robe un proyectil calibre 30.

De cualquier modo, Finca Vigía, debido a ese respeto quizás sobredimensionado

que los latinos profesan por los muertos y la «gente importante», se ha convertido en un museo. Pero los visitantes tienen acceso a casi todas las estancias a través de las ventanas, excepto la cocina, la habitación de miss Mary y el sótano. Algunos periodistas, investigadores e invitados especiales reciben autorización para pasar al interior, aunque, en definitiva, lo que queda fuera del campo visual desde las ventanas es de importancia secundaria. Solo en el sótano, donde una vez hubo barricas de vino y cajas de whisky, vale la pena hacer una incursión. Un sótano húmedo y oscuro como suelen ser los sótanos. Cinco baúles cubiertos de calcomanías reposan allí, y un estuche vacío de catalejos, un morral de cazador y una faja deportiva, quizás utilizada alguna vez por Hemingway para sus dolencias de columna. Los baúles aparecen regularmente en las fotografías que le tomaban al escritor al desembarcar en puertos y aeropuertos en los años cincuenta. Los llevó cargados de medicinas, desinfectantes, anestésicos e instrumental quirúrgico en su segundo safari africano, cuando se propuso abrir un dispensario en territorio masái y realizar prácticas de cirugía menor.

Otra zona que guarda un interés relativo como «historia» y que permanece fuera de la vista del público es lo que Hemingway llamaba «el cementerio de los gatos» y que algunos denominan «cementerio de los gatos y los perros». Se encuentra bajo la puerta del comedor; Hemingway enterraba sus animales domésticos allí. Pero debe ser solo el de los gatos, porque el escritor había colocado cuatro lápidas (que han sido restauradas) al lado de la piscina, con los nombres de los perros Blackie, Negrita, Machakos y Black Dog. Los restos mortales de un personaje literario, el gato Boise, se encuentran debajo de esa puerta del comedor. El gato no adquiere la estatura de un Rocinante, pero ocupa una porción de páginas de Islas en el Golfo.

Graham Greene, el novelista inglés, estuvo aquí en un par de ocasiones después del triunfo de la Revolución. Es evidente que no experimentó la misma oleada de entusiasmo por el lugar que su propietario y colega norteamericano. Greene, claro, tenía una cuenta que saldar con Hemingway desde que este le dedicara un párrafo burlón en su entrevista con George Plimpton para The Paris Review: «El señor Greene tiene una facilidad para hacer afirmaciones que yo no poseo. A mí me resultaría imposible hacer generalizaciones acerca de una colección de novelas, los colores del arcoíris o una manada de gansos», fue lo primero que

dijo Hemingway al ser consultado por la afirmación del autor de El poder y la gloria de que una pasión dominante le da a una colección de novelas la unidad de un sistema. Greene revisó la casa y dijo con fuerza suficiente como para que lo escuchara un periodista que lo acompañaba: «No sé cómo un artista puede escribir con tantas cabezas de animales muertos a su alrededor». Insistió: «Demasiadas cabezas». Cuando René Villarreal, el fiel sirviente de Hemingway, mencionó la cantidad de whisky que entraba normalmente en Finca Vigía —cajas y cajas de la casa importadora Recalt—, Greene dijo: «Ahora comprendo por quién doblan las campanas». Una frase ácida y en apariencia inocua como aquella que Gertrude Stein le dedicara a Hemingway.



Entre el 1º de abril de 1928, que desembarca por primera vez en Cuba, luego de una travesía desde Francia a bordo del vapor Orita, y el 24 de diciembre de 1939, ya con todos los matules restantes que le quedaban de su matrimonio con Pauline Pfeiffer en la casa de Key West, Hemingway realizó 12 viajes a Cuba. Martha Gellhorn se convertiría en su tercera esposa y desde marzo habitan en Finca Vigía. Hoy comparten el borde de su piscina. (Colección de Norberto Fuentes)

**[3]**

Una de las colectas clásicas tenía por objeto recaudar fondos para la conmemoración de las fiestas patronales de San Francisco de Paula, el 2 de abril de cada año. Hipotéticamente, esa era la fecha de fundación del pueblo. Cada paisano —Hemingway incluido— hacía su aporte en metálico. La ocasión se podía celebrar de muchas maneras, pero lo que nunca faltaba era una misa y luego la venta de cerveza en las calles. Invariablemente, el 3 de abril por la mañana, en una página interior de la crónica social en los periódicos de La Habana, aparecían las fotos del alcalde y el cura de la localidad en alguno de aquellos actos callejeros.

Este pueblo había crecido lentamente desde su fundación a finales del siglo XVIII. En el Relicario histórico de Guanabacoa, de G. Castellanos, en las páginas 205-206, se dice que en 1774 «el isleño de Canarias Agustín Francisco de Arocha favoreció la construcción de la ermita de San Francisco de Paula». Lo que existe allí en ese momento son algunos hatos, fincas, con propietarios en litigio constante, según puede verse en los documentos más tempranos. La ermita va a ser el centro alrededor del cual surge el pueblo, como era usual en las poblaciones fundadas por los españoles. La ermita se alza todavía en una de las colinas aledañas a Finca Vigía.

En su Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba, editado en cuatro volúmenes entre 1863 y 1866, Jacobo de la Pezuela ubica a San Francisco como «aldea y parte adjunta a la ciudad de Santa María del Rosario con una población de solo 141 habitantes», y dice:

San Francisco de Paula (aldea de). Está situado a 4 ½ leguas casi al oeste de Santa María del Rosario, en terreno quebrado y elevado en la falda septentrional de la loma del Bacalao, hacia los nacimientos del río de Luyanó. Su aspecto es risueño y la forman 26 casas con 141 habitantes de toda edad, sexo y color. Tiene una ermita de mampostería, que se construyó en 1795 con limosnas recogidas por Don Francisco Arocha, el que para sostenimiento de su culto donó tres estancias. El cuadro estadístico de 1846 la señala con 7 casas y 53 habitantes y el de 1841 con 57. Dista por la calzada del S.O. a orillas de la cual se halla, ¾ de legua de Santa María del Rosario, a cuya jurisdicción pertenece, y dos y media de La Habana.

Las informaciones más antiguas que pueden encontrarse en Cuba se hallan en el Fondo Realengos del Archivo Nacional, en folios que han sido plastificados para su conservación, muchos de los cuales son ilegibles en su casi totalidad. Dos botones de muestra pertenecientes a los años 1711 y 1775. El primero:

… sobre las denuncias de un paño de tierra realenga, sobre la cual han poblado sin justo título los corrales «El Brujo», «San Blas», «San Francisco de Paula» y «San Joseph de [ilegible]» y «La Seiba» hecha la denuncia por Don Lázaro Medina, vecino de esta ciudad de San Cristóbal de La Habana.

El segundo:

Testimonio de la escritura de venta que hace Da. María Isabel González de Carvajal, viuda, albacea y tenedora de bienes del tte. coronel Dn. Lope Nicolás

de Morales, al convento de Santo Domingo Orden de Predicadores de esta ciudad, de una Hacienda nombrada Sn, Francisco de Paula, alias el sitio de Herrera, con dos anexos titulados Nuestra Señora de la Soledad y el Rosario.

Ambas menciones a nuestra localidad aparecen en esos legajos amarillentos y a duras penas descifrables, y ambas son anteriores a la llegada de don Francisco de Arocha, y, por supuesto, a su decisión de soltar el dinero para construir la ermita.

En el primer caso se trata del litigio por un realengo (la tierra que quedaba disponible en el linde de las grandes mercedes que se entregaban a los conquistadores, llamadas así porque eran propiedades del rey); el segundo documento es solo la certificación del pago de un acto de altruismo hacia la Iglesia, pero en este texto el nombre de la localidad surge investido de toda personalidad, y hasta de peso jurídico, aunque compita con un alias.

Es una suposición generalizada que, en los terrenos de la actual Finca Vigía, a fines del siglo XIX, hubo un fortín español. Una edificación de madera que fue utilizada como puesto de vigilancia y que disponía de un sistema de comunicación por heliógrafo. De ahí una de las explicaciones para el origen de su nombre: La Vigía. Pero no es el único caso. Resulta frecuente encontrar en Cuba otros lugares llamados así. En rápido repaso, en una elevación cercana al puerto del Mariel, otro en una colina de Trinidad, no menos de tres «vigías» en la Sierra Maestra y otra más a la vera de la ciudad de Holguín.

Una de las misiones que pudieron entretener a los soldados españoles acantonados en La Vigía fue perseguir a un insurrecto cubano que operaba hacia 1895 en los maniguales próximos a San Francisco de Paula. Los españoles afirmaban que era un falsificador y que había quemado la casa de sus padres como primera acción de guerra. Propaganda colonialista, sin duda. Lo cierto es que el cubano se desplazaba por la zona, realizó con moderado éxito algunas emboscadas, incendió propiedades españolas y nunca mostró preocupación, descontento o indignación por el apodo con que podía pasar a la historia:

Manolito el Chivo.

Una ceiba, a la entrada de la casa, luego apreciada como una de las máximas dignidades del jardín hemingwayano, constituía todo un símbolo de la estancia y se consideraba como un inmutable testigo de la historia de Finca Vigía, la única presencia verificable en el lugar. Su edad, a fines de los setenta, se calculaba entre los ciento cincuenta y los doscientos años. La casa, por su parte, debe haber sido construida en 1887 —ya en presencia de la joven ceiba— por el maestro de obras de origen catalán Miguel Pascual y Baguer, según indica la documentación consultada. Él mismo levantó la casa que ha llegado a nuestros días y se sabe que vivió en ella desde 1887 hasta 1903, cuando decidió regresar al bullicio de La Habana. Es impreciso el uso que le asignó a la propiedad hasta 1916, aunque probablemente se alquilaría, hasta que la vendió a un francés llamado Joseph D’Orn Duchamp, dueño de una firma de bienes raíces y que manejaba otras propiedades en los alrededores. Hay anuncios de Finca Vigía en la prensa cubana —al objeto precisamente de alquilarla— desde los años veinte. Hemingway, según explicación de sus íntimos, desconocía los orígenes históricos de su propiedad y tampoco manifestó interés en conocerlos. Por lo demás, si la información resulta borrosa y difícil de obtener es porque el juzgado de Guanabacoa, donde se conservaban los documentos de la región, se incendió en 1940 y se perdieron las placas de amillaramiento.

Un dato curioso. Joseph D’Orn Duchamp es recordado por algunos paisanos de San Francisco de Paula como «míster Don», acorde con la costumbre cubana de considerar a todos los extranjeros ricos como norteamericanos.

El precio de Finca Vigía convenido con Hemingway —según el acta de compraventa— era de 18 500 pesos cubanos. Hay un error en la biografía de Hemingway de Carlos Baker, en la cual afirma que el coste fue de 12 500 pesos. Baker dice que Hemingway le regaló la finca a Martha Gellhorn, y que Otto Bruce, el antiguo ayuda de cámara de Key West, llevó las negociaciones de compraventa. El dinero provenía de los royalties pagados al novelista por la adaptación cinematográfica de Por quién doblan las campanas. (Gregorio

Fuentes, el patrón del Pilar, recuerda que él estaba con Hemingway a bordo de la lancha, atracada a un muelle del puerto habanero, la mañana que llegó el cheque de la Paramount. Gregorio dice que la cifra ascendía a cien mil dólares y que Hemingway enarboló el cheque como una bandera por encima de su cabeza y exclamó: «Tenemos asegurada la vejez»).

Lo que sigue es un fragmento del acta de compraventa de Finca Vigía, localizado entre toneladas de legajos y documentos en un almacén de La Habana. Sin duda, el arcaico lenguaje oficial de este texto debe haber exasperado a Hemingway. Soportó estoicamente que un notario le diera lectura. Todavía hoy puede ser consultado en el almacén de documentos de la Avenida del Prado, en los llamados Libros del Registro de la Propiedad Unificada de Guanabacoa; en el Tomo 239, folio 41, donde se asienta.

El referido señor Roger Joseph D´Orn Duchamp de Chastaigne, natural de Francia, ciudadano francés, con carnet de extranjero número cien mil cuatrocientos noventa y siete, mayor de edad, casado con la señora Angele D ´Orn, del comercio y vecino de La Habana, en la calzada de Concha número tres, segrega de dicha finca la porción de terreno descripta al objeto de formar una distinta y solicita su inscripción con la descripción consignada al principio de este asiento y al propio tiempo la venda [sic] al señor Ernest M. Hemingway, que no usa otro apellido por su nacionalidad, natural de los Estados Unidos de América, ciudadano americano quien carece de carnet por ser turista, mayor de edad, casado con la señora Martha Gellhorn, escritor y vecino de San Luis, Estados Unidos de América del Norte, por el precio de diez y ocho mil quinientos pesos [subrayado en el original] en moneda que el vendedor recibió en el acto del otorgamiento de la escritura, de que da fe el notario por medio de un cheque número F-doscientos cincuenta y siete mil seiscientos setenta y seis contra The Trust National Bank of Boston, Sucursal de Aguiar y Lamparilla en La Habana, suscripto en la fecha de la escritura por el comprador a la orden del vendedor. En su virtud el señor Ernest M. Hemingway, que no usa otro apellido, inscribe a su favor esta finca, por título de compra-venta previa la segregación antes expresada. Todo lo referido consta del Registro y de una primera copia de la escritura número mil ochenta y tres, de veinte y ocho de diciembre de mil novecientos cuarenta, otorgada ante el Notario de La Habana, Doctor Mario

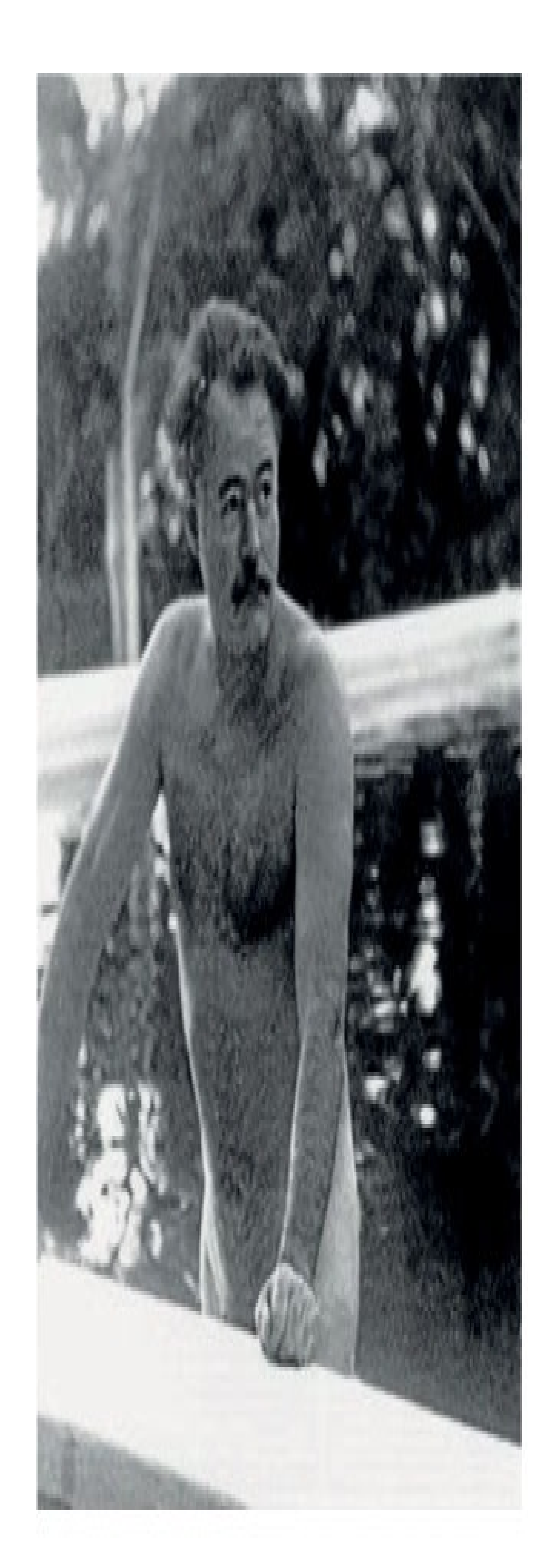
Recio y Forns, que ha sido presentada en este Registro a las nueve de la mañana del día de ayer, según el asiento número novecientos sesenta y ocho, al folio doscientos treinta y cinco vuelto del tomo cuarto del Diario Pagado por Derechos Reales, la suma de trescientos setenta pesos, según Carta de Pago número quinientos cincuenta y uno expedida en el día de ayer por el Distrito Fiscal de esta Villa, la que dejo archivada con el número treinta y dos en el legajo de los de su clase. Siendo todo conforme con los documentos a que me refiero firmo la presente en Guanabacoa a veinte y dos de enero de mil novecientos cuarenta y uno.

[Hay una firma ilegible].

En total Hemingway estaba adquiriendo 43 345 metros cuadrados de territorio cubano.

El primer cambio sustancial se produjo de inmediato: Hemingway mandó retirar los grandes perros de presa de míster Don que impedían el acceso a la finca de los muchachos de San Francisco de Paula*. Esto lo recuerda con precisión Luis Villarreal, un hombre de 48 años (en 1977), vecino de Finca Vigía desde su nacimiento: «Se acabó la guerra entre nosotros y los perros de míster Don, para siempre». La guerra era motivada por los hermosos y suculentos mangos que había en la finca y que, siguiendo una ancestral costumbre cubana, los muchachos entraban a robar durante la temporada. La presencia de Ernest Hemingway como inquilino —y luego propietario— de la finca significó un beneficio para los muchachos del pueblo. Ellos —muchos años después, ya hombres hechos y derechos— aún se lo agradecerán. Y hay una importante carga emotiva en su recuerdo de la primera vez que Hemingway vino al lugar, en un Cadillac negro (otros dicen que en un Lincoln del mismo color). Los muchachos se reunieron a la entrada de Finca Vigía para ver al sustituto de míster Don cuando se apeaba del carro. Lo que vieron fue un «hombre rojo»*, corpulento, que vestía de manera bastante estrafalaria: un short color caqui y una guayabera «algo» sucia y sudada.







*(Roberto Herrera Sotolongo/Norberto Fuentes)*



Estamos en 1939. Ernest comienza en el hotel Sevilla Biltmore de La Habana el borrador final de su novela de la Guerra Civil española. Aún no sabe que se llamará Por quién doblan las campanas. Ahora es The Undiscovered Country. Escribe en el Sevilla Biltmore, pero duerme en el Ambos Mundos. Martha llega a La Habana el 18 de febrero. El plan de Ernest es instalarla en el Ambos Mundos mientras él escribe y se exhibe en el Sevilla Biltmore. La Habana como cómplice. Pero ella rechaza permanecer en cualquiera de los dos hoteles. Martha encuentra el anuncio del alquiler de la Finca en los anuncios clasificados. Es una casona construida a principios de siglo y se alquila, en principio, de mayo a octubre. Tiene luz, teléfono y agua. El tren de La Habana pasa cada hora y la casa está a unos minutos de la estación. Hay una carretera adoquinada hasta la entrada de la finca. 18 de marzo. Martha, empecinada aristócrata, se empeña en su proyecto y ya en esta fecha le escribe a su amiga Eleanor Roosevelt desde la Finca de la que dice haber tomado posesión. Ernest rechazó la Finca en su primera visita. La renta de 100 dólares mensuales le pareció excesiva. En abril ya está cediendo y logra a instancias de Martha que el dueño —Joseph D'Orn— le alquilen la finca por un año. El 18 de mayo, Ernest y Martha se mudan juntos para la vieja casona española y Ernest accede a compartir los gastos. Por último, dos años después, el 22 de enero de 1941, adquisición de los 43 345 metros cuadrados de territorio cubano que se encuentran dentro de los límites cercados de Finca Vigía. Los 18 500 pesos cubanos son sufragados por Ernest Hemingway en su totalidad como un regalo a Martha.



La Finca Vigía en mayo de 1947. Adentro de la casona administra ya otra doñita: Mary Welsh. (Roberto Herrera Sotolongo/Norberto Fuentes)

**[4]**

Finca Vigía se encuentra en una de las cotas de la región. La de mayor altura está a poco menos de un kilómetro de allí, al norte, y tiene dos nombres, Loma del Bacalao o Loma del Yoyo, con un acceso abierto y no limitado como el de la finca, ya que es una zona urbanizada, de estrechas callejuelas —o caminos de tierra donde las calles no se terminaron de pavimentar—. San Francisco de Paula semeja una de las barriadas pobres de La Habana. Una franja de terreno dedicado a la agricultura (de unos 10 kilómetros de ancho) lo separa de la gran ciudad. A principios del siglo XX se construyeron las quintas como Finca Vigía. Por un momento pareció que esta iba a ser una zona residencial de la naciente burguesía nacional. Pero no fue una ambición sostenida por la demanda. Ahora, la mayoría de sus casas son pequeñas, algunas de madera y techo de cinc, aunque casi todas lo tienen de tejas rojas. Solo hay media docena de casonas, entre las que se encuentran Finca Vigía, la antigua casa de los Steinhart y la llamada El Castillito.

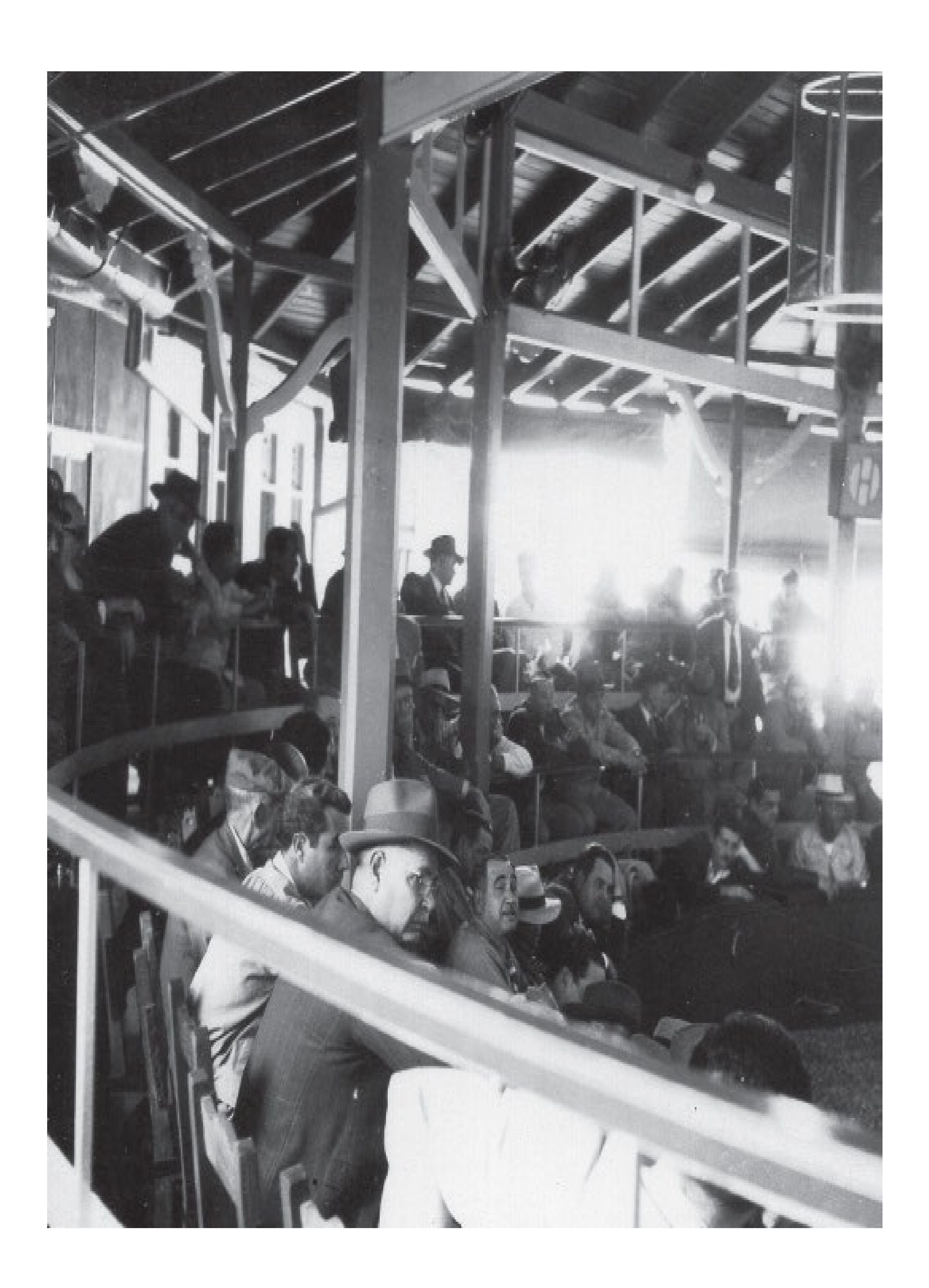
Lo que se hizo de nuevo en la finca, con Hemingway, en el transcurso de su vida aquí, fue la torre y la casita de madera para los invitados. La cancha de tenis existió siempre y el garaje se remodeló de una caballeriza. Al otro lado estaba la lechería La Vigía, de Julián Rodríguez, aunque de esto hace mucho tiempo. Julián distribuía su leche en unos pomos largos que decían La Vigía, leche grado A. La misma entrada servía para la lechería y para la casa de Hemingway hasta que este lo compró todo.

Luis Villarreal también recuerda que habían sembrado millo para consumo del

ganado desde el sendero hasta la arboleda, al fondo de la finca, y que después de la arboleda había unas edificaciones destinadas a vivienda. Por allí se encontraba la valla* de gallos que pertenecía a Gerardo Dueñas, un potentado y habilidoso político de la zona.

Al comprar el terreno que ocupaba la vaquería, a un costado de la finca, prácticamente la colina completa quedó en manos de Hemingway: la cumbre y casi todas las laderas circundantes, excepto la del nordeste, en la que se encontraba la quinta de Frank Steinhart —que había llamado Finca Happy Hollow—, con su enorme casona. Hemingway en la cima, Steinhart en una ladera y las pequeñas casitas al borde de Finca Vigía, que lindaban con el cercado de «malla de puercos»**.

Finca Vigía ocupa un costado —al nordeste— de San Francisco de Paula; en ciertas partes su cerca bordea el pueblo, las casas y otros edificios, pero después conduce a un campo abierto. Hay dos caminos que circundan la propiedad: el conocido callejón de La Vigía y una calle asfaltada llamada Steinhart; las dos forman una V cuyo vértice se encuentra frente al portón de la estancia. Por el costado izquierdo, más allá de la propiedad de los Steinhart, solo se hallan el campo y las fincas ganaderas que pertenecían al prócer de la política local, el representante Gerardo Dueñas, ya mencionado, propietario además de una vaquería y una lechería. En el callejón de La Vigía, Hemingway tenía los siguientes vecinos: en la primera casa, Diego del Otero, jefe de turno de una hojalatería; Carlos Medina en la segunda, comunista, mecánico de tranvías; José Gutiérrez, propietario de un solar cuando el escritor llegó aquí y que solo muchos años después reunió el dinero suficiente para hacerse una casa; David Fernández en la cuarta vivienda, obrero de la fábrica de cerveza (Hemingway le consiguió este trabajo); y, en la quinta, Manuel Antonio Angulo, oficinista en un juzgado. A continuación vienen edificios de minúsculos apartamentos que también pertenecían a Gerardo Dueñas; y un poco más al este había solares vacíos y una valla de gallos semiclandestina.



Al fondo de la finca, después de la arboleda y de unas casas de vivienda, se encontraba la valla de gallos que pertenecía a Gerardo Dueñas, un potentado y habilidoso político de la zona, y la que Hemingway frecuentaba. El escritor se va a convertir en un aficionado de las lidias y va a compartir en plano de igualdad el ámbito de estos personajes tan escandalosos —los jugadores de gallos cubanos eran los tipos más ruidosos del mundo— y disfrutar junto a ellos el espectáculo de dos animales que, para empezar su macabra pelea, pretenden mutuamente sacarse los ojos. (Roberto Herrera Sotolongo/Norberto Fuentes)

En las casas cercanas de la calle de enfrente, sus otros vecinos eran un hilandero, un torcedor de tabaco, un sereno, un tractorista, un mecánico, una viuda y un pensionista. Veinte años después de la muerte de Hemingway seguían viviendo y trabajando en los mismos lugares.

Más allá están los pequeños comercios sobre los cuales Hemingway nunca escribió, y un pueblo de calles torcidas, a veces empinadas, adaptándose a la topografía del terreno; ninguna de estas calles está completamente asfaltada, excepto, desde luego, la Carretera Central, a 50 metros del portón de la finca, que fue durante cincuenta años la vía más importante para el transporte automotor en Cuba. Las calles comienzan con un buen asfalto y de pronto se convierten en caminos de tierra, terraplenes en el mejor de los casos. En algunas ocasiones Hemingway se perdió por esos callejones después de haber empinado el codo un rato en compañía de sus alegres vecinos. La bodega de Víctor, la bodega de Ignacio, la bodega de Aníbal, nombres de los establecimientos donde se podía comprar un ron barato y la excelente cerveza cubana que entonces valía entre diez y veinte centavos la botella.

Las fuentes de trabajo eran una cervecería en el Cotorro, el pueblo cercano, una fábrica de géneros textiles llamada Facute y una siderúrgica, Antillana de Acero. La cervecería fabricaba Hatuey, la cerveza de la que Hemingway habló un par de veces en sus libros, para grata satisfacción de sus propietarios, quienes, aprovechando el revuelo publicitario alrededor del Premio Nobel concedido a

Hemingway —la primera y única vez que un Premio Nobel con su medalla, diploma y dinero, aterrizaba en Cuba—, le organizaron un homenaje al escritor. Los periódicos del martes 14 de agosto de 1956 reflejaron el acontecimiento:

En horas del mediodía de ayer tuvo lugar en los jardines de la Cervecería Modelo, en el Cotorro, el homenaje de simpatía que las instituciones culturales cubanas rindieron a Ernest Hemingway, el gran escritor norteamericano autor de El viejo y el mar, quien desde hace años reside entre nosotros.

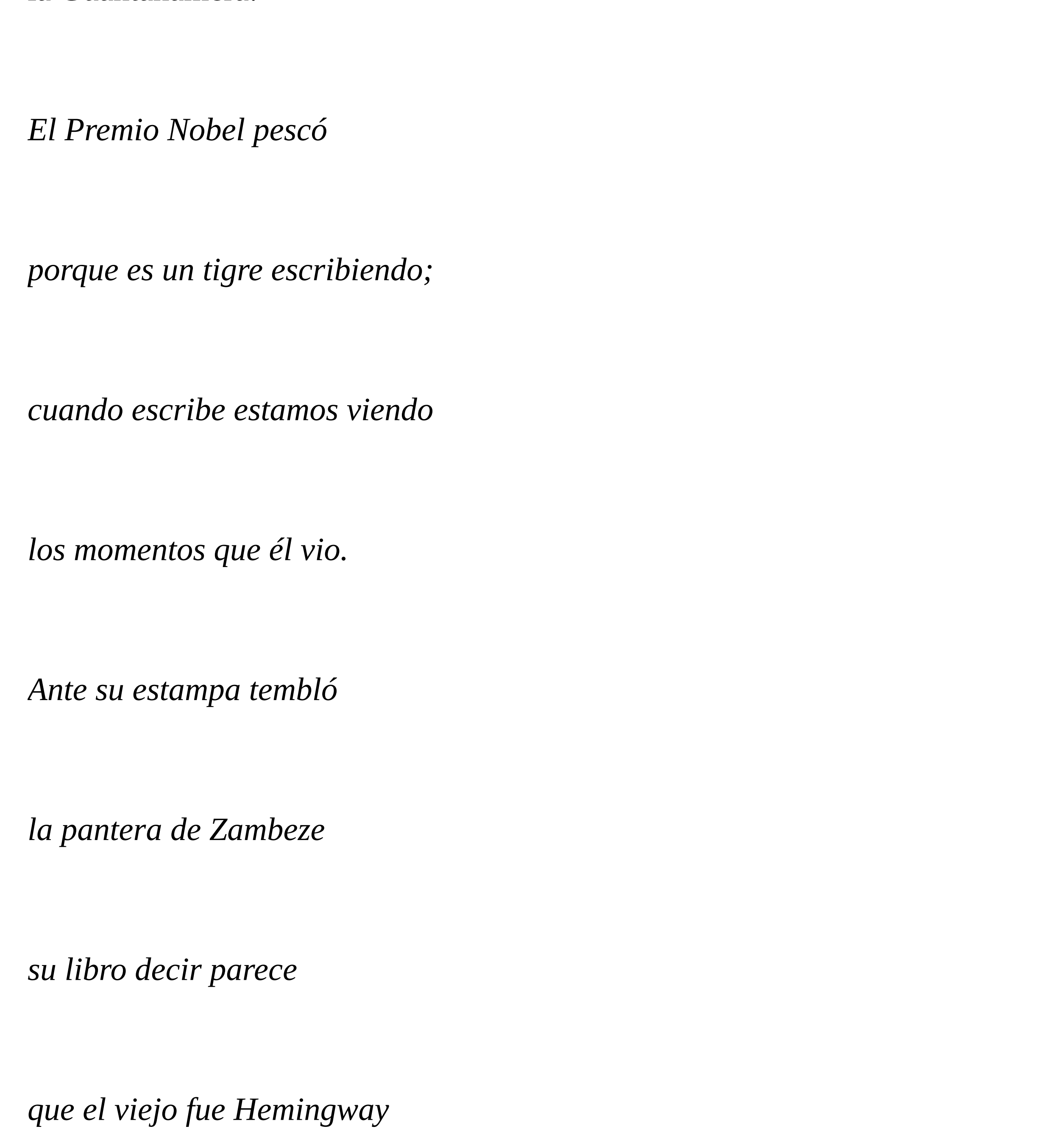
Pero, según lo expresado por un testigo, «los periódicos no lo dijeron todo»*.

El almuerzo se sirvió a la hora de la merienda y Hemingway, vestido con una guayabera blanca, parecía, en las palabras de uno de los invitados, «abatido por el tiempo» y «prematuramente envejecido». Una numerosa tropa de fotógrafos, periodistas y aprendices de escritores, todos habaneros, se apretaban junto al escritor que «quizás por primera vez en su vida estaba realmente asustado». El homenaje se ofreció en un jardín inmenso al aire libre donde se repartían gratis cervezas Hatuey y daiquiris, y un almuerzo que consistió en piernas de lechón asado, plátanos y arroz, todo lo cual se sirvió frío. Rodeado de pescadores, que llegaron en grupo a última hora y con los que se retrató, Hemingway dijo: «Para ser un hombre solitario, tengo bastantes amigos».

Había un gigantesco cartel que expresaba: «La cerveza HATUEY saluda al viejo ERNESTO HEMINGWAY». Cuando los pescadores de Cojímar llegaron al lugar, el maestro de ceremonias dijo: «¡Aquí están los humildes pescadores de Cojímar, grandes amigos del gran escritor y amigos de Hatuey y Bacardí, que se complacen en tenerlos en su casa! ¡Bienvenidos, pescadores de Cojímar!».

Otro cartel desplegado decía: «El ron Bacardí da la bienvenida al autor de El viejo y el mar». El acto comenzó con el himno nacional cubano, y alguien

preguntó por qué no «ponían también el himno americano». Le explicaron que Hemingway «se había hecho ciudadano cubano». Luego tríos típicos interpretaron un chachachá llamado Viva Hemingway, y una guaracha sin título, cuya letra consistía solo en: «¡Hemingway! ¡Campoamor! ¡Pessino!». Fernando G. Campoamor era el organizador del acto y un íntimo de Finca Vigía (aún en 1980 se le podía encontrar en los puntos favoritos de Hemingway en La Habana, especialmente el Floridita), y Pessino, el administrador de la cervecería. Uno de los números que suscitó emoción fue cantado por Amelita Frade, con música de la Guantanamera:



*El Premio Nobel pescó*

*porque es un tigre escribiendo;*

*cuando escribe estamos viendo*

*los momentos que él vio.*

*Ante su estampa tembló*

*la pantera de Zambeze*

*su libro decir parece*

*que el viejo fue Hemingway*

*pero que el mar es de Hatuey*

*¡porque él se la merece!*

*Le gusta sentir bravío*

*el viento sobre El Pilar*

*y de noche conversar*

*con la selva y con el río.*

*Le gusta este suelo mío*

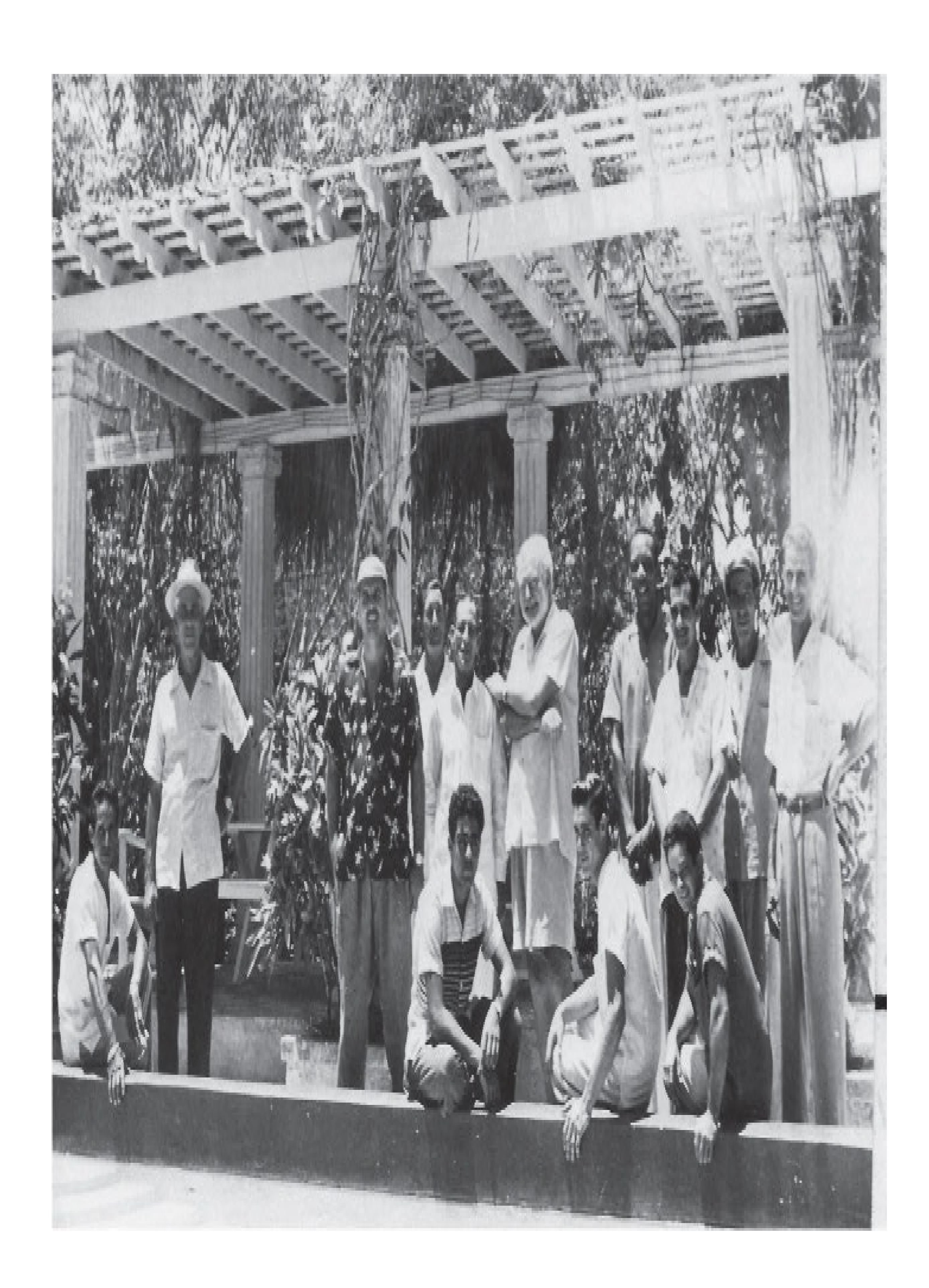
*y nuestro mar antillano*

*le gusta estrechar la mano*

*de los humildes de aquí*

*y le gusta el daiquirí*

*sano, sabroso y cubano.*



Hemingway recibe en Finca Vigía a los pescadores de Cojímar, que le entregan una medalla conmemorativa por la publicación de El viejo y el mar. Aquí están los grandes pescadores de la costa norte de Cuba: el Sordo, Cachimba, Cheo López, Arsenio, Ova Carnero, Tanto, Quintín y, el del sombrero, Gregorio Fuentes, ¡por supuesto! (Colección de Norberto Fuentes)

Finalmente llevaron a Hemingway a la tribuna, donde dijo: «Un hombre que no sabe hablar un idioma no debe hablarlo ni en su casa». Luego pronunció un discurso «en perfecto español aunque con fuerte acento», según uno de los cronistas. Hemingway repitió su vieja máxima de que un escritor no debe hablar, sino escribir, y anunció su decisión de donar la medalla del Premio Nobel a «Nuestra Señora de la Caridad del Cobre». Campoamor agradeció estas palabras con un: «Hemingway, Cuba te quiere como una madre». Al otro día el reaccionario Diario de la Marina recogía el ofrecimiento de Hemingway con júbilo, y en la columna diaria del Padre José Rubinos, se decía: «Hemingway… ahora ha embarcado con todos nosotros en la barca de la Virgen de la Caridad... El gran novelista va rumbo a la Gran Iluminación... Yo me hago la ilusión de que sus novelas, en adelante, tendrán la perspectiva de lo infinito del alma cristiana».

Como souvenir de este homenaje a Hemingway, se publicó un folleto en papel estraza, en el cual se reproducían las menciones a la cerveza Hatuey que aparecen en El viejo y el mar y Tener y no tener, con la siguiente nota adicional:

Recuerdo

Almuerzo celebrado en los jardines de la Cervecería Modelo, en el Cotorro, Habana, el lunes 13 de agosto de 1956.

Página de la edición de Tener y no tener (To Have and Have Not) con el sello editorial de Charles Scribner’s Sons, de New York, USA, donde el genial novelista alude en sus diálogos a la cerveza Hatuey.

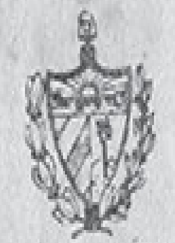
En el reverso del folleto se incluía el mismo texto respecto a El viejo y el mar.

Por la Carretera Central, el Cotorro queda a poca distancia de San Francisco de Paula. Por allí continúan pasando grandes camiones llenos de cal; hay unas canteras cercanas, en constante movimiento, que envían material de construcción a La Habana. (Es otra de las fuentes de trabajo donde se desenvuelve la vida económica de esta región en la que el Dios de Bronce de la Literatura norteamericana fijó su residencia). Como la cal se extrae con dinamita, cada explosión significa que Finca Vigía se conmueve; se ve a los lejos la blanca columna de humo y parece que se está próximo a un campo de batalla. Los cristales tintinean en el interior de Finca Vigía.



En los Jardines de la Cervecería Modelo, en El Cotorro, el lunes 13 de agosto de 1956. Es el homenaje que le ofrecen vecinos y empresarios de la zona a Ernest Hemingway por el Premio Nobel. Fernando G. Campoamor, un bon vivant amigo de la casa, toma el micrófono y exclama, conmovido: «Hemingway, Cuba te quiere como una madre». El escritor, por su parte, en el fragor de los abrazos y cumplidos, apenas atina a considerar, en perfecto español: «Para ser un hombre solitario, tengo bastante amigos».

S. T. No. 2



REPUBLICA DE CUBA
MINISTERIO DE COMUNICACIONES

Answered 29th -

TELEGRAFO DEL ESTADO

T E L E G R A M A

2 5 H SJ CHM- 70 PI VIA RADIO CORPORATION RG 31307
STOCKSOLM OCTUBRE 28 DE 1954        11. AM

MR ERNEST HEMINGWAY
SAN FCO PAULA-

-ATITS SESSION TODAY THE SWEDISH ACADEMY DECIDED TO AWARDXXX -
-YOU THE 1954 NOBEL PRIDE FOR LITERATURE AND I WOULD ACCORDINGLY
- REQUEST YOU TO NO TIFY MEIF YOU ACCEPT THE AWARD AND WHETHER
-INTHAT CASE ITWOURD BEPOSSIBLE FOR YOU TO BE PRESENT AN STOCKSOLM
-ON NOBEL DAY DECEMBER 10 TO RECEIVE THE PRIZE FROM THE HANDS -
-OF HIS MAJESTY THE KING-
ANDERS OSTERLING PERMANENT
SECRETARY OF THE SWEDISS ACADEMY-

7 PM

San Francisco de Paula
(Habana)
1954
TELEGRAFOS

DR. ANDERS ÖSTERLING
Permanent Secretary of the Swedish Academy
Stockholm
SUECIA.

**[5]**

En la calle de acceso a la Finca —que se considera como una extensión del callejón de La Vigía— se encuentra la farmacia que Hemingway evitaba mirar cada vez que pasaba. Un resentimiento crónico hacia todas las medicinas. Ya en la Carretera Central, en dirección a La Habana, aparece el conocido cafetín El Brillante: un gran brillante que centellea está pintado en la pared. El paisaje que aparece a continuación fue descrito por Hemingway en la segunda parte —«Cuba»— de Islas en el Golfo; Thomas Hudson lo recorre en su automóvil cuando se dirige a la embajada norteamericana y al Floridita:

Avanzaron a través de la miseria de una calle lateral del pueblo y doblaron para coger la Carretera Central. Dejaron atrás las casas del pueblo, las dos grandes tiendas que daban a la calle, con sus bares y sus hileras de botellas flanqueadas por las estanterías de productos envasados, y pasaron el último bar y el inmenso árbol de laurel español, cuyas ramas se extendían sobre todo el ancho del camino, y se encontraron corriendo loma abajo por la vieja carretera de piedra.

Era una costumbre cubana que las tiendas de víveres tuvieran un bar anexo. El laurel español todavía existe a la entrada de San Francisco, pero la carretera no es de piedras, solo su basamento. Está cubierta por una capa gruesa de asfalto.

**[6]**

Frente a Finca Vigía, en lo que antes era una plazoleta enorme donde se acostumbraba a organizar fiestas y homenajes, instalaron una unidad militar de los anillos de defensa de La Habana. En su época de esplendor el lugar se

alquilaba para un sinfín de celebraciones, sobre todo para los pomposos banquetes de los políticos y otros personajes de los alrededores. No podemos imaginar lo que Hemingway hubiese pensado sobre un local para fiestas de este tipo convertido en guarnición de un ejército revolucionario. Pero, eso sí, podemos calcular con aproximación suficiente el placer que le hubiese causado conocer el cambio registrado al otro lado de su propiedad, donde Frank Steinhart vivía. Steinhart, el millonario, al cual Hemingway se empeñó en hacerle la vida imposible durante muchos años.

De todos los vecinos, Frank Steinhart era el de mejor situación económica. Su padre había sido el propietario de la Havana Railway Co., la compañía de tranvías de la ciudad. El nombre de Steinhart padre se hizo célebre al inicio de la República. El primero de los grandes escándalos en los tiempos del presidente José Miguel Gómez —hacia 1912— lo originó el préstamo que Magoon, antiguo gobernador norteamericano en la isla, concertó con Speller y Compañía, los banqueros alemanes representados en La Habana por el hermano del presidente Taft y por Steinhart; el jaleo estalló cuando ese dinero, que debía ser invertido en obras públicas de primera necesidad, fue a parar a los bolsillos de Gómez y sus consejeros alemanes y norteamericanos, incluidos los del señor Steinhart padre.

Apenas una década después, el 6 de enero de 1921, Crowder, un enviado plenipotenciario de Washington, desembarcó en La Habana. Su viejo amigo y colaborador en tiempos de Magoon, Frank Steinhart, aún era el director de la Havana Railway Co. Fue él quien escribió el 28 de abril al secretario de Estado, Charles Hughes, para decirle que era absolutamente necesario que Crowder se quedara «para el mejoramiento y la estabilización de las condiciones comerciales de Cuba». En realidad, Crowder, apoyado por la escuadra norteamericana, debía impedir que una de las tantas situaciones explosivas de la política cubana de entonces se convirtiera en una revolución.

Su nombre y su utilidad como mensajero de alto nivel salen a flote de nuevo dos años después. Hugh Thomas, en su voluminosa historia Cuba: La lucha por la libertad, describe así la situación política a finales de agosto de 1923: «la

revolución… parecía otra vez estar a la vuelta de la esquina; por lo que el general Gerardo Machado, futuro dictador, telefoneó a Frank Steinhart para pedirle que Estados Unidos iniciara una acción preventiva…».

Hemingway no estaba al corriente de estos hechos, y las acciones comando que llevaba a cabo contra su vecino Steinhart nada tuvieron que ver con ellos. «Eran —según José Luis Herrera Sotolongo— chiquilladas de Ernesto»; él gozaba de manera insistente y sistemática con esa guerra no declarada. Hubo grandes luchas y combates en la frontera de las dos fincas. Herrera Sotolongo recuerda que ellos lanzaban bombas pestilentes y petardos cuando Steinhart hacía sus fiestotas. Hemingway era el de la idea y arrastraba con él a los hermanos Herrera Sotolongo y a cualquier otro amigo que quisiera seguirlo; la hora propicia para el operativo era la medianoche y Hemingway dirigía a sus hombres por la oscura arboleda que conducía a la cerca del enemigo. Reclamaba silencio de sus seguidores y se le veía excitado y feliz, muy feliz, mientras se aproximaba al lugar de la acción. Estaban armados con cañabravas ahuecadas que se utilizaban como bazucas para disparar fuegos artificiales. Después de la andanada, Hemingway siempre se iba el último «para cubrir la retirada», pero, según cuenta Herrera Sotolongo, era para contemplar cómo saltaban las copas y platos de los comensales cuando estallaban los petardos, o ver a las señoronas excusarse y retirarse cuando el aire traía lo que soltaban las bombas pestilentes. La acción se ponía sabrosa porque Steinhart soltaba sus perros. En una ocasión interrumpieron con fuego graneado de cañabravas otra fiesta de los Steinhart, y este se enfureció tanto que respondió disparando con una pistola cuatro o cinco veces hacia la casa de Hemingway. Pero dice Herrera Sotolongo, «como estábamos echados en el suelo, en la oscuridad, no nos vio y no logró hacernos nada».

Mary Welsh desaprobaba estos juegos. Gracias a su mediación, Hemingway y Steinhart llegaron a algún acuerdo, porque —recuerda Herrera Sotolongo—, las acciones fueron suspendidas a principios de los años cincuenta. Además, ya había ocurrido el golpe de Estado de Batista, y la lucha clandestina contra este se había intensificado; todo tipo de explosión se convirtió en un acto subversivo. (A partir de 1955 decayó la distribución y venta de los pequeños cohetes y voladores que se fabricaban en el barrio chino de La Habana). Mary menciona a

los Steinhart en su libro de memorias, pero como vecinos amables y distinguidos. No hace alusión a estas luchas en las que su marido hacía de capitán de guerrilleros*.

La casa de los Steinhart —mientras se mantuvo en pie— evocaba las construcciones típicas de los millonarios de los años veinte y, en comparación, Finca Vigía parecía apenas la morada de un granjero de medianos recursos. La mansión de los Steinhart, con su estilo arquitectónico ecléctico, muestra del neoclasicismo criollo para uso de un magnate radicado en La Habana, fue convertida, en los avatares revolucionarios de los años 1961-1962, primero en un emplazamiento de artillería antiaérea**§. Después los militares se retiraron y se arregló el lugar como escuela de secundaria básica para casi todos los adolescentes de San Francisco de Paula. Se llamaba Fernando Chenard Piña, en honor a un revolucionario, fotógrafo callejero, muerto en el asalto al cuartel Moncada —la acción comandada por Fidel Castro con el objetivo de derrocar a Fulgencio Batista— el 26 de julio de 1953. Estamos viendo el paisaje de los años setenta. La cerca que protege la antigua casa de los Steinhart es de piedra y más alta que la de Finca Vigía. La piscina no tiene agua. El antiguo callejón se ve repleto de muchachos a la hora de entrada o salida de la escuela. Hay un cartel colocado en el portón de la vieja residencia de los Steinhart: «Si yo muero y esto se salva vístete de rojo, que se ha salvado la patria», palabras del revolucionario Chenard Piña.

Las acciones de los comandos guerrilleros con voladores no se limitaron a la frontera entre las fincas del magnate y el escritor. A Hemingway le gustaba gastar dinero en estas correrías; sus cohetes favoritos eran los de veinte centavos, que hacían mucho ruido, y las llamadas bombitas, más baratas (dos por cinco centavos), que se expendían envueltas en papel de aluminio y se hacían estallar lanzándolas contra el piso. También había cohetes de a medio (cinco centavos) y de cuarenta centavos. Los más corrientes eran los primeros, de color rojo y con una mecha amarilla, que tenían el grosor de un cigarrillo.

Varias veces, sobre todo en época de Navidad, Ernest Hemingway, rodeado de

una veintena de muchachos, recorrería San Francisco de Paula tirando voladores. Pero mantenía una reserva de cohetes en la casa para su guerra particular con los Steinhart. Uno de los muchachos que perteneció a la pandilla de Hemingway era Gilberto Enríquez. Él recuerda:

Los cohetes se vendían al menudeo, o por ristras, y Hemingway, en sus correrías con nosotros, llevaba su ristra en los bolsillos y colgándole del hombro, en bandolera. Los cohetes se prendían con cigarros y, como él no fumaba, todos nosotros queríamos llevar el cigarro prendido. Unos Partagás fuertes, inmensos. Se podían prender con fósforos, pero el cigarro nos confería el carácter de zapadores auténticos. La cosa se hacía en comandos siempre. A Hemingway le gustaba asustar. Por ejemplo, había una barbería a la cual nos acercábamos sigilosamente y colocábamos una seguidilla de cohetes. Aquello sonaba como un ametrallamiento y la gente de la barbería se echaba al piso. Luego alguien decía: «No, si fueron los muchachos con los cohetes». A veces veían que era Hemingway y se enojaban: «Coño, tan grande como está el americano ese», pero no pasaban de ahí. En primer lugar, Hemingway era un tipo muy alto y fuerte y había que saber medirse con él. En segundo lugar, porque realmente era un tipo muy simpático y la gente tenía que perdonarle las chiquilladas. Claro, él no se detenía, para que lo vieran. Se mandaba a correr junto con los muchachos. Pero uno puede imaginarse lo que parecía ese hombre grandulón acompañado de 15 o 20 muchachos corriendo cuesta abajo o cuesta arriba por una de esas calles de San Francisco. Y la gente decía: «Pero... si es Hemingway», y entonces se escuchaban las explosiones: «Hemingway poniendo cohetes...». Y Hemingway, excitado, se reía y luego enviaba a uno de los muchachos a ver qué había ocurrido en la barbería o en el lugar que fuese, y cuando regresaba lo interrogaba, como si se tratara de una verdadera operación guerrillera: «¿Así que se echaron al piso?», preguntaba. Y el explorador hacía su narración. Cuando una cosa le hacía gracia, Hemingway se viraba para el resto del grupo buscando aprobación.

Para los muchachos lo más divertido eran las guerras de voladores. Hemingway colocaba a las «tropas» en dos trincheras diferentes, en cualquiera de los declives que hace el terreno de la finca, y él se situaba en un bando como capitán, y le decía a alguno de sus amigos, de los visitantes de la casa, que se

colocara en el otro. Los muchachos estaban armados de verdaderas rampas de lanzamiento de madera; «con ellas nos apuntábamos». Así comenzaba la guerra de voladores. «A cualquiera le arrancaban allí la cabeza», añade Gilberto, uno de los sobrevivientes. «Había que andar ligero». José Luis Herrera Sotolongo cuenta que un día Hemingway y otro amigo, quizás Paco Garay o Sinsky, le hicieron una encerrona. Herrera Sotolongo «no estaba armado» y lo ametrallaron con las cañabravas dentro de la casa. El médico tuvo que escaparse a la carrera porque le dispararon a los pies, a boca de jarro. Querían hacerlo bailar.



Villa Steinhart año 2003. (Colección de Norberto Fuentes)

---

* Lo que años después resultaría común catalogar como algo políticamente incorrecto. La visión de un Hemingway imperial, para describir de la manera más gráfica posible a un literato de la gran potencia que acechaba a Cuba, surgió a partir de un ensayo del escritor cubano Edmundo Desnoes («El último verano», en Puntos de vista, Instituto del Libro, La Habana, 1967) que de muchas maneras, traídas a veces por los pelos, presentaba a un Hemingway opulento y alejado de los males sociales del momento y a salvo en su remoto baluarte de los trópicos: Finca Vigía. Pese a su valoración tan desfavorable, en su ensayo Desnoes popularizó una frase de Fidel Castro sobre el novelista: «Toda la obra de Hemingway es una defensa de los derechos humanos». Hemingway sería un representante del imperialismo yanqui, pero Desnoes nunca dejó de ser un oportunista. La cita de Fidel es su ofrenda de protección ante la duda del aprecio que el líder revolucionario podía profesar por la obra del americano.

* No existen testimonios ni constancia de cómo fueron «retirados»: si fue el caso que el francés se los llevó consigo, o hubo alguna sesión de eutanasia. La primera opción, dadas las características de la personalidad de Hemingway, debió ser la empleada.

* Debemos entender el calificativo como una distinción o muestra de respeto hacia su antiguo vecino, al que no llaman explícitamente colorado, o en el más llano de los castellanos que se emplea en Cuba, colorao, que es la descripción popular de la piel sanguínea en un blanco bien alimentado, del tipo rubicundo.

* Lugar público donde se llevan a cabo peleas de gallos.

** Un tipo de alambrada baja y tupida para que los cerdos no escapen.

* Guillermo Cabrera Infante en su divertida crónica sobre el festejo, «El Viejo y la Marca», en Ciclón, Vol. 2, No. 5, La Habana, septiembre de 1956, parcialmente glosada aquí.

* Mary Hemingway: How It Was, Alfred A. Knopf, Inc., Nueva York, 1976.

** Como es de suponer, los oficiales y sus dotaciones de artilleros dispusieron a su antojo de la sombra y el fresco de la amplia arcada de estilo neocolonial que bordeaba la casa y —entre columnas rematadas por capiteles dóricos sobre las que se apoyan los arcos de medio punto y el arco carpanel de la entrada— procedieron a colgar hamacas y situar las mesas de mapas, cajas de municiones y plantas de radio.

## 2

## Las Estrellas de Gigi

Andaba por la finca en short y sin camisa, sobre todo en los largos veranos. A veces con una pistola calibre 22 al cinto. Les decía a los muchachos de San Francisco de Paula: «Cojan mangos y llévenlos a su casa, pero no tiren piedras a las matas». Tenía la obsesión de que no maltrataran sus árboles y, sobre todo, insistía en la prohibición de arrojarles piedras. Claro, eso es muy difícil, porque, para un niño, la mejor manera de coger mangos es a pedradas. Una vez alguien le dijo: «Bueno, ¿pero usted no quiere que estos muchachos sean peloteros*? La forma que tienen de aprender a pitchear es tumbando mangos con piedras». Hemingway se quedó pensativo al oír esto, pero luego dijo que no, que aprendieran a pitchear con pelotas y guantes y no con piedras y mangos. Que él pagaba los equipos. Así que les compró trajes de peloteros y guantes y esa fue la época en que los niños de San Francisco de Paula tuvieron su club de béisbol. Las Estrellas de Gigi, en homenaje a su hijo menor, Gregory.

Muchas veces, en el pisicorre** de Hemingway, los integrantes de Las Estrellas de Gigi fueron a competir con clubes de otros lugares. A Hemingway le entusiasmaba llenar el susodicho vehículo con los muchachos y los equipos, y sentir el olor del cuero de los guantes y hacer el papel de mánager de este team de grandes bateadores. Después de constituir Las Estrellas de Gigi, vio que se hacía imprescindible formar otro equipo de béisbol, porque había muchachos suficientes para eso y porque se necesitaban buenos rivales, así que sacó más plata del bolsillo y equipó otra novena. Dos teams de béisbol en su nómina. Quizás una descripción del sentimiento que experimentaba Hemingway hacia estos niños y de su presencia entre ellos se halle en la escena de Islas en el Golfo en la que un Roger paternal y feliz se encamina hacia la playa rodeado de los hijos de Thomas Hudson.

Pero había ocasiones en que Hemingway «iba a lo suyo» y bajaba por el sendero de la finca, generalmente en el mismo station wagon, y los muchachos lo veían pasar, taciturno, solo en el carro, y todos tenían un sentimiento indefinido, entre nostalgia y celos, porque no iban con él. Así lo confiesan ahora. Y recuerdan que en esas ocasiones Hemingway iba casi siempre sentado atrás, con su acostumbrado vaso de bebida en la mano, o con un termo en el que dos o tres grandes trozos de hielo navegaban en un mar de whisky.

**[2]**

Los muchachos podían entrar en la finca sin zapatos y sin camisa, y entonces Hemingway practicaba boxeo con ellos. Se ponía a enseñarles a esquivar los golpes. Recibía, pero nunca devolvía. Aquel hombrón, sonriente, bonachón, muy fuerte, muy saludable, pero sudoroso, animaba a los contrincantes a lanzarle el jab*, mientras les decía que él aguantaba cualquier cosa. Los otros muchachos del barrio se mantenían a su alrededor y gritaban, y él, sonriente, era el sparring.

Una tarde, Félix Sosa, que ya estaba un poco crecido, hizo guantes con Patrick, el hijo mediano de Hemingway. Todos vieron cómo Félix golpeaba con la rodilla. Hemingway detuvo el round, los separó y le dijo al tramposo: «Así no se boxea. Te voy a enseñar cómo se hace». Cuando Hemingway comenzó a ponerse los guantes, Félix Sosa se quitó los suyos y huyó corriendo de la finca. Unos días más tarde Hemingway lo mandó llamar y le dijo que lo hacía para «pasarle la mano», es decir, para que no se sintiera agraviado. «Lo cierto —dice Gilberto Enríquez— es que no se recuerda que tuviera un gesto malo».

Luis Villarreal es el hermano mellizo de René, y René es un personaje imprescindible en la vida cubana de Hemingway. La familia, que tenía una desvencijada cabaña de tablones cerca de la finca, se vinculó de manera trágica

con el escritor. Los recuerdos sobre Hemingway que Villarreal cuenta están relacionados con la infancia; Hemingway organizando una guerra de voladores o jugando a la pelota con ellos: «Papa nos decía: “Yo dirijo el juego, lo veo desde afuera, porque soy muy grande y puedo golpear a un niño sin querer”».

«Papa». Aparece ahora este mote en nuestro relato. Pero lo utiliza Luis Villarreal que, en cierto modo, era uno de los íntimos de la familia cubana de Hemingway. No todos lo van a llamar así aquí. Otros prefieren utilizar la retórica del respeto: «Jemingüey» o «Míster Wey».

Añade Luis Villareal:

Nosotros nos pegamos a Papa por medio de una curiosa circunstancia, que también puede servir para revelar una faceta de su carácter. El caso es que estábamos nosotros, los niños del barrio, jugando, cuando un hermano mío y de René se cayó de una carreta cargada de yucas. Las ruedas le pasaron por encima. Este hermano mío se llamaba Rodolfo, y, reventado, comenzó a agonizar. Nosotros no sabíamos qué hacer con él tirado en la calle. Había una enorme gritería, figúrese, y la noticia llegó a oídos de Hemingway, allá arriba en la casa: a Rodolfo lo había arrollado una carreta. Fue Hemingway quien lo recogió y llevó en su máquina a la clínica. Le dijo a los médicos (era una institución privada): «Sálvenle la vida a este muchacho no importa lo que cueste, yo lo pago». Desde luego, todos los esfuerzos resultaron inútiles. Era una carreta que pesaba varias toneladas y mi hermano murió. Ahora yo podría intentar una explicación del comportamiento de Papa, y es que él era muy sentimental; como la carreta se hallaba en el callejón de La Vigía, pudo sentirse aludido o responsable de alguna forma. No sé, él era un hombre sentimental...

Mario es el nombre con que Hemingway designa a René Villarreal en Islas en el Golfo. Hay una escena en que hace una alusión al difunto Rodolfo. Thomas Hudson y su chófer cruzan la verja de la finca con destino a La Habana y, como no tiene portero, se presenta el problema habitual: ¿quién se apea del carro para

cerrar la gran puerta de madera?

En el automóvil Thomas Hudson y el chofer descendieron por el camino, y el chofer bajó un momento y quitó la cadena del portón; luego volvió a subir y pasó el portón con el automóvil. Un muchacho negro se acercaba por la calle y le pidió que cerrara el portón. El muchacho sonrió y dijo que sí con la cabeza.

—Es un hermano menor de Mario.

—Lo sé —dijo Thomas Hudson.

La muerte de Rodolfo impulsó a Hemingway a llevarse a uno de los hermanos a su casa y adiestrarlo como secretario o mayordomo. Desde entonces René vino a ser un segundo al mando de Finca Vigía, y el hombre que atendía la casa en ausencia de Hemingway.

René Villarreal emigró hacia Estados Unidos, con ayuda de Mary Welsh, a fines de los años setenta. Se hizo orfebre, maestro de joyería, y en 1977 trabajaba en un establecimiento de Nueva Jersey.

El resto de su familia se quedó a vivir en Cuba. Otro de sus hermanos es un importante dirigente sindical, Óscar Villarreal. Después de la muerte de Hemingway, en 1961, René se hizo cargo de la administración de la casa, esta vez como museo. Atendió el lugar con cuidado y esmero. Es probable que adquiriera algunos vicios retóricos de los guías, pero era capaz de dedicar largo rato a un visitante inteligente o que conociera el tema. En 1966 un escritor cubano habló con él. René extrajo del bolsillo de su camisa una carta que había sido doblada y desdoblada centenares de veces. Pese a que tenía que saberse de

memoria su contenido, se le aguaron los ojos mientras leía. René Villarreal, solemne y lloroso, dijo que era «la última carta enviada por Hemingway». Habrá querido decir la última carta enviada por Hemingway a él. Hemingway le hablaba de una enfermedad y de una considerable pérdida de peso, y le decía que «Old Papa no era ya el mismo de antes» y que no se engañaba respecto al futuro, pues no volvería a ser nunca más el Hemingway de siempre.

Como una de sus últimas voluntades, el escritor le encargó a Mary Welsh que entregara su carabina Winchester a René Villarreal. Un regalo espléndido, la Winchester de Hemingway. En la actualidad no se encuentra entre los objetos del museo.

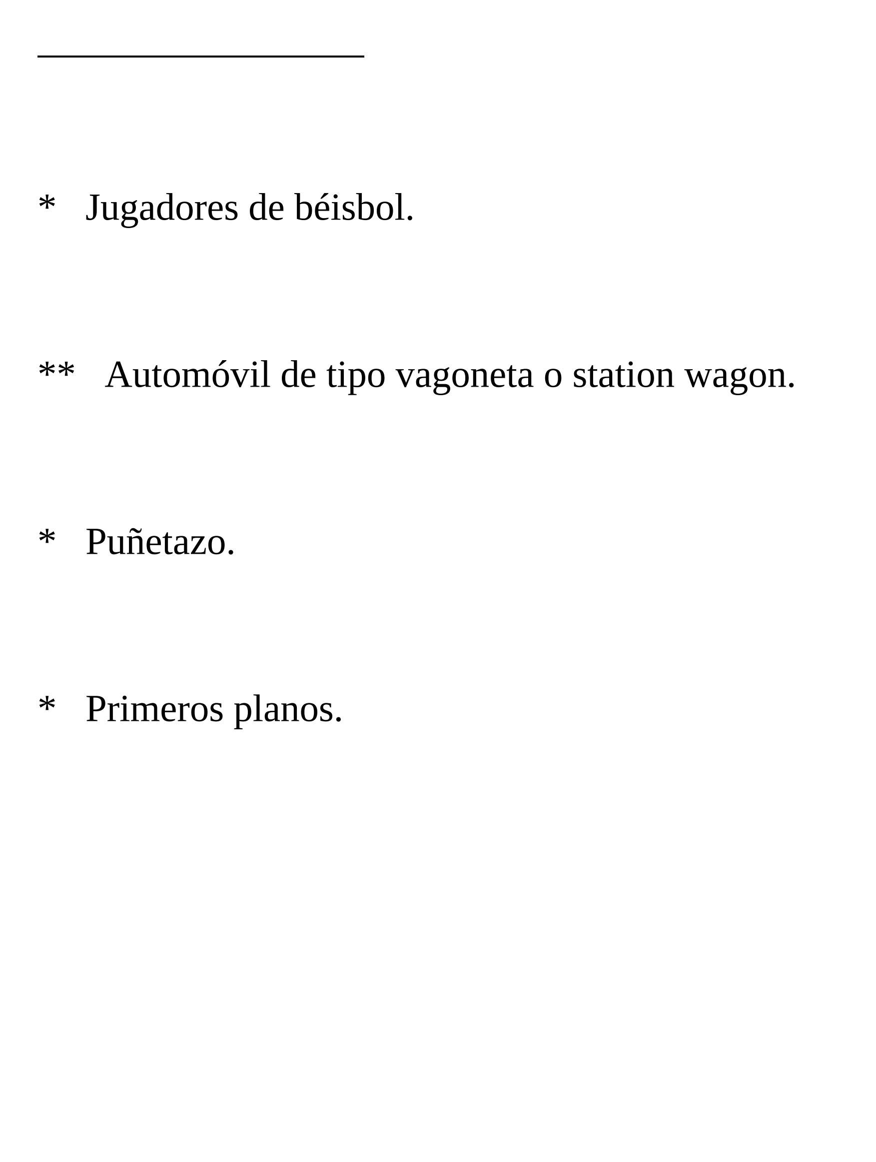
A René Villarreal se le puede ver y escuchar en Memorias del subdesarrollo; en este filme la voz en off del protagonista, refiriéndose a René Villarreal, dice que es «un esclavo», entre otras cosas. Esta parte de la película está basada en el citado ensayo El último verano, de Edmundo Desnoes, que es también coguionista de la película. Un fragmento de ese texto:

«Yo era la única persona que podía entrar en su cuarto mientras escribía», nos explicó con orgullo René Villarreal, el hombre de confianza de Hemingway, mientras recorríamos su casa ya convertida en museo. El famoso escritor norteamericano había recogido al pobre niño negro muchos años atrás, creo que por las calles de San Francisco de Paula, lo protegió, lo amoldó a su personalidad, a las necesidades de la casa. Cuando Hemingway escribía, René podía entrar en la habitación porque no hacía ruido, caminaba sigilosamente como una pantera africana, silenciosamente; cuando Hemingway se iba de viaje quedaba cuidando la finca.

«Comíamos todos juntos en esta mesa», explica todavía René para demostrar que Hemingway lo trataba como a uno más de la familia.

Esta idea se vierte en el filme mientras la cámara recorre las habitaciones de la finca y hace close-ups* de los trofeos de caza. «El hombre parece que no entendió que se trataba de una obra de ficción», relata Tomás Gutiérrez Alea, el director. «Cuando la película se puso en exhibición, se agenció un revólver. Estuvo buscándonos para matarnos, a Edmundo y a mí».

Luis Villarreal fue entrevistado en la finca una tarde de noviembre de 1977. Era la primera vez en muchos años que, pese a vivir a escasas cuadras del lugar, se decidía a visitarlo. La tarde estaba cayendo. Al pasar frente a la antigua caballeriza, que luego se convirtió en el garaje, dijo: «Él tenía un Plymouth y un Chrysler, y el station wagon era un Buick». La noche se cerró por completo. La casa, a casi veinte años de la muerte de Hemingway, estaba a oscuras, y la majestuosa silueta de la ceiba imponía su presencia en la escena. Solo un par de faroles daban una luz amarillenta bajo la que flotaban los insectos. Luis Villarreal dijo que recordaba las veces que Papa se había ido de viaje, «a veces hasta un año fuera, y mi hermano René se quedaba al frente de la casa. Cuando Papa regresaba, todo estaba en orden, y yo venía a saludarlo. Una buena parte de sus vecinos de San Francisco venía a saludarlo. Pero, decididamente, no me gusta venir ahora porque parte de mi vida la he pasado aquí, junto a un hombre que nos amó mucho».



* Jugadores de béisbol.

** Automóvil de tipo vagoneta o station wagon.

* Puñetazo.

* Primeros planos.

3

## El circo Miguelito

Era usual, aún a mediados de los setenta, que muchos de los vecinos de San Francisco tuvieran para contar algún episodio en el que aparecieran al lado de «Míster Güey», como en las fotos. Uno de los episodios tiene que ver con un par de leones viejos, tres o cuatro payasos y una carpa de lona remendada; el pequeño circo Miguelito. Este relato pertenece a Kid Mario, un antiguo boxeador, masajista de Hemingway. Dice que el circo «manigüero» se instaló por un par de días en San Francisco y que Hemingway, siguiendo una costumbre suya, fue a ver los animales en sus jaulas y a «conversar con ellos». Allí dijo delante de algunos curiosos que él podía domar a aquellos leones, o que era capaz de meterse en la jaula a domarlos. Quizás nunca lo haya dicho realmente, y alguno de los presentes lo imaginase. De cualquier manera, corrió la noticia: Hemingway iba a domar a los leones. Hemingway tenía la experiencia de África e iba a hacerlo. Y el propietario lo tomó en serio. Y lo anunció. A la noche San Francisco entero estaba en las gradas esperando por la actuación de Jemingüey, quien, efectivamente, llegó con su traje de cazador africano, silla y látigo en mano. Estuvo bregando dos horas con las fieras. Al día siguiente por la mañana, cuenta Kid Mario, «yo estaba dándole mis masajes al señor Güey, cuando mandó a buscar al dueño del circo Miguelito. El hombre llegó al rato. El señor Güey ordenó al criado que le sirviera un trago y le dijo: “¿Usted sabe por qué yo actué ayer en su espectáculo? Lo hice porque no me gusta defraudar al pueblo, y porque usted había anunciado que yo iba a domar leones”. “Fue una buena función”, dijo el dueño. “Usted no se preocupe por mis honorarios”, le dijo el señor Güey. “Me he puesto en comunicación con mis abogados de New York, que se encargarán de cobrar. Mi precio es de 10 000 pesos por función”. En ese momento tuve que abandonar los masajes que le daba al señor Güey para ayudar a revivir al dueño del circo, mientras un criado recogía los cristales del vaso que había caído en el piso. El señor Güey le advirtió que lo iba a “perdonar” porque el hombre, revivido, aseguró que nunca había visto 10 000 pesos juntos, “ni

siquiera 1 000”. “Espero que no vuelva a utilizar mi nombre sin la debida autorización”, fue la advertencia final del señor Güey».

4

## Vida cotidiana en el Paraíso

El compinche de Hemingway en el negocio de los gallos era Pichilo, tal como llaman a José Herrera en San Francisco de Paula.

Muchos pueden decir que conocieron a Hemingway. Pero lo cierto es que hay una foto de Pichilo, en la pequeña valla de gallos que construyó en Finca Vigía, en la que Hemingway mira atentamente hacia su trabajo y en la que también aparece un juvenil René Villarreal.

A Pichilo le gustaban los gallos más que cualquier otra cosa, y así lo confiesa: «Yo era jugador. Lo era de veras». Su negocio de gallero con Hemingway resultó afortunado. Dice que comenzaron en 1942 con «un gallo especial, un jerezano español», un hermoso ejemplar de peleador, famoso por su fortaleza, cuya adquisición se hizo a un precio elevado. Pero el favorito de la sociedad Hemingway-Herrera era un malatobo coliblanco que a fines de la década de los cuarenta, en la valla de gallos de Guanabacoa, ganó una pelea sangrienta. «Mal herido, pero ganó», recalca Pichilo. La ganancia inmediata de Hemingway fue de ochocientos pesos, una suma considerable para su época. «Él lo mandaba a uno a jugar. Siempre apostaba».

El negocio comprendía unos veinte gallos. Cuando estaban de pelea, o sea, cuando eran «pollones», se les ponían botas de tela a sus espuelas para que no se hirieran entre sí con sus afilados espolones naturales. «Uno ve el que se destaca, lo va comprobando en su comportamiento, y en las primeras peleas», le

explicaba Pichilo a Hemingway, quien se acostumbró a tener la cría en el patio de la finca. «Me gusta tenerlos aquí en la casa», le confirmaba Hemingway a Pichilo. Gallo bueno es el que «se demuestra», el que hiere mucho en el combate; «el gallo heridor es un fenómeno», fenómeno quiere decir excelente, bueno, «un negocio, un cheque al portador», según la descripción del gallero. «La ejecución del gallo nace con él, es un problema de vocación natural, digamos, como un buen boxeador, o un corredor de fondo». Pero nada mejor que los gallos heridores, esos que colocan con rapidez una herida en el gallo contrario, una herida «noble», como le llaman los galleros veteranos a la producida en la vena del cuello del contrario, el «venazo» que provoca su caída inmediata. Hay otra herida terrible, el «cielazo», que es cuando uno de los gallos hace un giro rápido y le saca un ojo al contrario; este se queda con la cuenca vacía «mirando» hacia arriba, hacia el cielo. Hemingway preguntaba siempre qué clase de herida era el «cielazo». Nunca entendió bien el término y lo que significaba. «Sus gallos le salían peleadores», dice Pichilo, rememorando. «Él no era fatal para el Juego. No, no lo era, y sacaba plata».

«Claro, en este deporte, como en otros, cualquiera pierde», razona Pichilo. «Hemingway tenía buen perder; esa es la pura verdad. “Apuesta lo que quieras”, me decía, porque me dejaba que lo guiara en ese sentido. A veces perdíamos, pero no me lo reprochaba. Tenía esa confianza en mí. Claro, yo compartía con él lo mismo la pérdida que la ganancia en las apuestas. En eso del dinero, ni él ni yo éramos agachados». De estas circunstancias y de estas amistades, tipos escandalosos, auténticamente criollos, el escritor va a obtener una experiencia diferente. Hemingway va a compartir en plano de igualdad el ámbito de estos personajes ruidosos —los jugadores de gallos cubanos eran los tipos más bulliciosos del mundo— y a disfrutar junto a ellos el espectáculo de dos animales que pretenden mutuamente sacarse los ojos.

El propio Hemingway se lo decía a los galleros: «A mí lo que me gusta es ver la pelea». Así que le entregaba una cantidad de dinero a Pichilo y lo dejaba apostar, que era el incentivo fundamental de estos combates antes de que fueran prohibidos en Cuba. Aquellos galleros, sudorosos, en guayaberas y pantalón duro de trabajo, con sombreros, joyas de oro macizo, fumando, gritando que apostaban tantas monedas a un gallo* y Hemingway entre ellos viendo la pelea.

En la década de los cincuenta se hicieron algunos intentos para que los turistas norteamericanos asistieran a las vallas habaneras. Incluso se construyó una en el patio del sofisticado cabaret Sans-Souci. Pero todos los proyectos culminaron en fracaso, por la extraordinaria crueldad de la oferta. El público norteamericano no acabó de acostumbrarse. (Las leyes revolucionarias prohibirían las lidias de gallos a principios de los años sesenta).

Después de ganada una pelea, Hemingway invitaba a los concurrentes a la cantina de la valla, donde se consumían varias cajas de cerveza y botellas de ron mientras se conversaba a viva voz. Más de una vez los parroquianos escucharon esta admonición de Hemingway, no exenta de cierto alarde: «Tome lo que usted quiera, pero no se convierta en un borracho comemierda. Yo tomo y me emborracho todos los días, pero no molesto a nadie».

Dice Pichilo que Hemingway era capaz de pasarse un largo rato, en silencio, mirándolo preparar las espuelas de un gallo que iba a luchar. Había espuelas de nácar, o de acero, según el caso, ya que las espuelas naturales se le cortaban, dejando un muñoncito para adaptar los espolones de combate. Estos detalles relacionados con las lidias de gallos eran lo que Hemingway podía contemplar durante horas enteras, lo mismo que hacía con los pescadores cuando los observaba preparar sus artes o con los guerreros masái, en África, para aprender a cazar con lanza.

El Vietnamita es el mote de Rafael Romero. Era uno de los pocos combatientes del Ejército Rebelde que en el año 1975 llevaba el uniforme verde olivo de campaña y una pistola Colt calibre 45, con cachas doradas, de las que abundaron en una época en Cuba, casi siempre capturadas a los batistianos. Nadie sabe el porqué de su mote: el Vietnamita. Tampoco él lo sabe. Un día, al principio de la guerra en el sudeste asiático, comenzaron a llamarlo así, pero no era seguramente por su aspecto. No se parece en absoluto a un vietnamita: bajo, sólido como un roble, trigueño. Debe haber cambiado poco desde el día en que Hemingway le hizo una de sus habituales apuestas, en noviembre de 1959. «Fue,

desde luego, un lío relacionado con gallos de pelea», dice el Vietnamita.

El teniente Romero estaba con un inmenso tabaco en una valla de San Francisco de Paula, cuando comenzaron las apuestas. Se jugó cincuenta monedas a un gallo patinegro que estaba dispuesto a echar una buena refriega. Hemingway aceptó la apuesta. Le dio un codazo a Pichilo, quien, en medio de los gritos en la valla, dijo que aceptaba. Ganó el gallo de Hemingway y el Vietnamita tuvo que pagar 250 pesos. El patinegro estaba muerto en medio de la valla y los jugadores se iban retirando, cuando se escuchó la voz de Hemingway, fuerte, sonora, que decía: «¡Mala suerte, teniente!». El teniente Romero se encogió de hombros: «Sí, mala suerte».

Esa fue una de las últimas veces que el Vietnamita vio en vida a Hemingway, pero también fue su última apuesta. «Ese día de diciembre de 1959 decidí que había terminado mi vida de gallero. Me jodió tanto que Hemingway hablara de mi mala suerte, que cogí mi automóvil y me dirigí a la pagaduría de la Fuerza Aérea Rebelde —yo estaba destacado allí— y fui a ver al pagador, que era un antiguo oficial del ejército batistiano, y le dije: "Perdí un gallo y 250 pesos en una apuesta con Hemingway". "Yo no juego gallos, no conozco a Hemingway", dijo el pagador. "Ese dinero yo lo tenía para pagar la casa y la fiesta de Nochebuena de la familia", dije. "El juego es malo, el juego corrompe", me dijo. En aquel momento estaba ciego, y, sin pensarlo, había sacado la 45 y la había puesto en la ventanilla de pagaduría. No la tenía en la mano ni nada, pero él me dijo: "Bien, lo que podemos hacer es un préstamo personal". El hombre así lo hizo, y yo, una semana más tarde, fui a San Francisco de Paula y busqué al americano y le dije: "Se acabó mi mala suerte porque yo no vuelvo a jugar gallos. Solo me queda una maldita deuda, para terminar para siempre con los gallos". Entonces fue cuando Hemingway me dijo que lo mejor que podíamos hacer era tomarnos un trago».

Manuel Hernández, 65 años (en 1977), que se ganaba la vida como «gallero de los Dueñas», recuerda que se tropezaba con Hemingway en algún cafetín de San Francisco y este le preguntaba: «¿No hay batalla hoy?». Se refería a las lidias de

gallos. «A mí lo que me gusta es presenciar la batalla», explicaba Hemingway a Manuel. «Lo que me gusta es ver». Manuel, un tipo seco y taciturno, afirma que sus recuerdos están narrados con precisión. «Parece que [Hemingway] se armaba sus líos con las expresiones. Cuando comenzaba la pelea, le gritaba a los gallos: ¡cógelo! Pero esto no es lo que se grita en una pelea. Uno en la valla lo que hace es apostar, proponer sus apuestas. Se grita así: voy tantas monedas a tal gallo, y también malas palabras, pero no se dice cógelo, por nada del mundo se dice cógelo».

**[2]**

La presencia de Hemingway en San Francisco de Paula era motivo de satisfacción para los vecinos del pueblo por otras razones también. Hizo contribuciones generosas, como los dos mil pesos que dio para la construcción del acueducto.

Las colectas eran frecuentes entonces en San Francisco de Paula; la habitual para dotar de un equipo de bombeo de agua al pueblo, o dinero para alguna fiesta o para algún funeral. Y en Navidad se hacían colectas de todo tipo. Hemingway siempre se mostró generoso y su buena disposición esta testimoniada en innumerables artículos. Se ha señalado en crónicas y notas biográficas su costumbre de enviar coronas a cada paisano de San Francisco que moría.

También podía haber colectas o «picadas» por motivos particulares, cosa habitual en Cuba antes de la Revolución. Si alguien tenía un enfermo, iba a casa de los ricos a pedir. Si se trataba de alguien como Hemingway, las visitas resultaban frecuentes. Luis Villarreal recuerda que el americano se dirigía a su hermano René y preguntaba: «¿Conoces a esta persona?». Cuando René asentía, Hemingway hacía otra pregunta (la persona estaba delante): «Dice que tiene un familiar enfermo y que necesita ayuda económica. ¿Eso es cierto? ¿Tú sabes si tiene algún familiar enfermo?». Las respuestas eran afirmativas regularmente y

Hemingway sacaba cierta cantidad de su bolsillo, de acuerdo con el caso. Pero si la respuesta era negativa, si Hemingway veía que había sido objeto de un intento de engaño, su actitud podía ser realmente peligrosa. «Si había un enfermo, él se desprendía rápidamente de 15 o 20 pesos, pero si habían tratado de estafarlo, se ponía furioso y blasfemaba como un demonio. Una vez hubo un personaje de aquí, de San Francisco, que le dijo que estaba haciendo una colecta para comprar unos equipos de pelota para un team local. Era una estafa. Cuando Papa lo supo, había que oír los gritos que daba: "Me cago en la puta madre, estafador", uno de los insultos más violentos que se dicen aquí».

**[3]**

Para mantenerse en forma, Hemingway contaba en Finca Vigía con Kid Mario, el masajista. Kid Mario es, desde luego, el apodo profesional. Mario Sánchez Cruz, según su propia explicación, se llama en realidad Agustín Sánchez Cruz, pero desde pequeño le dicen Mario, y cuando comenzó a boxear lo apodaron Kid Mario. Uno de sus orgullos es la media docena de carnés, casi todos ya en desuso, ajustados con una gruesa liga, que invariablemente abultan uno de los bolsillos de su camisa; con ello puede demostrar en cualquier momento que es una persona «integrada», esto es, en uso de la terminología cubana, un hombre integrado a la Revolución, un revolucionario. Uno de sus carnés dice lo siguiente: «Por medio de la presente estoy comunicándole un HAGO CONSTAR que el cro. [compañero] de Ref. [referencia], perteneciente al territorio de ese sector 18, desempeña un cargo en este sector 17. Dicho cargo es que dicho compañero pertenece a la Sección de Servicios Técnicos».

Fue campeón de los pesos welter en los años treinta y cuarenta; después comenzó a ganarse la vida como masajista a domicilio. Iba a casa de los Steinhart tres veces a la semana, cuando Mary Welsh, que tenía cierto problema en el coxis, requirió de sus servicios. Así comenzó su trabajo en Finca Vigía en días alternos. Se ganaba cinco pesos por sesión, que duraba dos o tres horas. Hemingway fue el último en interesarse por sus servicios. Se fijó en él cuando le escuchó decir una vez, de pasada, que había hecho guantes con Gene Tunney.

Finalmente, fue el masajista oficial de Ernest Hemingway. Cuando Kid Mario comenzó su trabajo en Finca Vigía, el escultor Boada estaba modelando el busto del escritor. Fue el mismo boceto en barro que sirvió de base para el busto de bronce que actualmente se encuentra en el Floridita. «Se demoró bastante», comenta Kid Mario. «Yo le daba mis masajes al señor Güey y el hombre hacía su busto. Bien, cada cual se busca la vida como puede».

En agosto de 1961, cuando Mary vino a La Habana a recoger las pertenencias de Hemingway y se entrevistó con Fidel Castro, le dijo al dirigente cubano: «Lo único que yo quiero es que me envíe a Mario de vez en cuando a Estados Unidos. Eso es lo que yo más quiero, que, si necesito sus servicios, usted me lo mande. Es el mejor en su especialidad, aunque es miliciano». Se supone, según relata Mario, que la respuesta de Fidel fue: «Mucho mejor si es miliciano». En julio de 1977 Mary le trajo un regalo, un juego de chaqueta y pantalón de mezclilla Levi’s. No vio a Mario, pero se lo envió a través de unas amistades.

Según Kid Mario, Hemingway era un cliente dócil y amable. Un día le dijo: «No me llames más por el apellido. No me digas más Güey ni Jemingüey». Otra vez le sirvió un trago y le dijo: «Puedes sentarte en mi butaca». Intercambiaban golpes con guantes Everlast de cerca de medio kilo. Pero no hacían sacos ni pesas, pues en Finca Vigía no había esos equipos. Jugaban a lanzarse una pelota de casi cinco kilos y medio para activar los brazos y el pecho. Hacían calistenia porque Hemingway se lo pedía a Kid Mario. Su cliente pesaba alrededor de 90 kilos y tenía barriga, que Kid Mario achacaba a la cantidad de bebida que Hemingway ingería. «Después que pasó de los 50 se puso barrigón cantidad, pero esto no le impedía hacer flexiones y tocarse la punta de los dedos doblándose por la barriga. Estaba en forma. Tenía un porte derechito».

En julio de 1960, Hemingway se despidió de él con las siguientes palabras: «Cuando uno llega a los 60 debe apurarse con lo que está haciendo para no quedarse a mitad de camino. Pero yo he pasado de los 60. Ya nada me apura».

Kid Mario es un tipo afable, entusiasta. Veinte años después de su despedida de Hemingway continúa trabajando como masajista a domicilio. Y fue a este hombre de sólidos brazos, ancha y firme quijada, a quien Ernest Hemingway le desveló el gran misterio de su vida. Una biografía de Ernest Hemingway debe incluir, probablemente, la revelación de este secreto. Y Kid Mario, entrevistado en el verano de 1977, relata que, en cierta ocasión, mientras untaba aceite en el cuello y los hombros de Hemingway, este se lo había confiado.

El entrevistador lo escuchó con atención, pero como entendió que era un secreto auténtico, no hizo ningún comentario al respecto y continuó su interrogatorio, porque quería saber qué había ocurrido en un circo llamado Miguelito en el que Hemingway había domado leones. Kid Mario hizo el relato del circo y, al final, como de pasada, dijo que recordaba perfectamente el día aquel en que Ernest Hemingway le reveló el gran secreto. El entrevistador, desde luego, volvió a asumir la misma actitud de reserva anterior. Kid Mario dijo entonces que aquel era realmente el secreto de la vida de Hemingway. Antes de despedirse, cuando el periodista cerraba su libreta, agradecía la hospitalidad y se hallaba cerca de la puerta de la calle. Kid Mario hizo un tcht con la boca y dijo: «Aquel secreto lo atormentaba mucho». Días después y a horas diversas en el transcurso de algunas semanas, este hombre recibió en su casa diversas llamadas telefónicas de Kid Mario, en las que el masajista y antiguo boxeador se interesaba por la salud del «compañero escritor» y por el curso de su trabajo e informaba de que solo él conocía el gran secreto de la vida de Hemingway.

**[4]**

Gilberto era uno de los tantos niños del pueblo que se confundía entre la tropa de compañeros de Gigi. Pero a mediados de 1950 era algo más que un adolescente y se podía adivinar bajo su ropa el peso sólido de una pistola calibre 45. Para entonces ya todo el mundo sabía en San Francisco de Paula que con Gilberto Enríquez «no se jugaba».

Hemingway, con su agudeza, tiene que haberse dado cuenta del cambio que había operado la personalidad de este niño en su paso a la adolescencia, y luego a la juventud. Se convirtió en un hombre de pocas palabras, taciturno, hosco. Había formado parte habitual de la pandilla de Gigi y tomó activa participación en las guerras de voladores «que se formaban en la finca». Por otro lado, a Gilberto Enríquez le costó trabajo reconocer a su antiguo compañero Gigi en la foto de la carátula del libro Papa Hemingway. Un amigo le enseñó el volumen y Gilberto vio un médico envejecido que había escrito sus memorias. No preguntó por los otros hijos de Hemingway. Aquí en San Francisco de Paula nunca se habla de ellos, ni de Jack ni de Patrick.

Gilberto fue jefe de una de las células clandestinas de la Juventud Socialista, pero tuvo que alzarse y se integró en una de las columnas guerrilleras bajo el mando de un comandante legendario: Camilo Cienfuegos. Cuando triunfó la Revolución, le entregaron las llaves de San Francisco de Paula en un acto público y se le reconocieron sus méritos como combatiente clandestino de la zona. Un día del invierno de 1959 Gilberto se encontraba en El Hoyo, un pequeño y apartado bar de la localidad. Como había una disposición que prohibía a los militares de uniforme ingerir bebidas alcohólicas en lugares públicos, Gilberto estaba algo retirado, semioculto. Cuando fue a pagar la cuenta, le dijeron que Hemingway ya lo había hecho. Hemingway se encontraba allí y se le acercó. «¿Cómo está, teniente?», dijo. «Yo quisiera que usted ahora me aceptara un trago a mí», respondió Gilberto. «Con mucho gusto», aceptó Hemingway.

Y se pusieron a hablar de un enemigo común.

El enemigo no era ninguno de los pacíficos parroquianos de una barbería de San Francisco de Paula, ni los muchos jugadores de gallos y bebedores que se gastaban su sueldo en el cafetín El Brillante cuando Hemingway y su pandilla aparecían por una esquina cargados de voladores. El enemigo era un hombre alto, de rostro aguileño, de cabeza grande y cargado de hombros.

Hemingway, a fines de los años cincuenta, renovaba su interés por los toros y había vuelto al ruedo, pero en ese momento lo que estaba ocurriendo en «su barrio» era grave. El enemigo andaba siempre en un jeep Willys, vestido con su uniforme de la Guardia Rural, de color caqui, sombrero alón con barboquejo y gafas calobares*. De sargento fue promovido a teniente cuando se destacó en unas acciones de represalia contra unos huelguistas. Mató a «cuatro o cinco muchachos», entre ellos a uno llamado Guido Pérez, que, con toda probabilidad, era uno de los que participaba en los juegos de voladores y boxeaba en casa de Hemingway. Maldonado es el apellido del asesino: no debe confundirse con otro, con el teniente Correa, que fue el que practicó un registro en la finca en otra época y bajo otro gobierno, el de Ramón Grau San Martín. Este es el teniente Maldonado, jefe batistiano del cercano puesto de Santa María del Rosario, bajo cuyo mando, sin duda, estaba la patrulla que merodeaba la finca en busca de armas y mató una noche a culatazos uno de los perros de Hemingway; algunos dicen que la víctima fue Machakos (Mary Welsh, Carlos Baker), otros, que Back Dog (Hotchner, José Luis Herrera Sotolongo).

Carlos Baker afirma en su biografía, Ernest Hemingway. A Life Story, que el jefe de esa patrulla —Baker no cita nombres— fue ajusticiado:

Desde luego, hubo un gran derramamiento de sangre. La docena de jóvenes de San Francisco de Paula y del vecino pueblo del Cotorro habían sido arrestados y arrojados a las cunetas por la policía secreta de Batista. Por otra parte, algunos muchachos del Cotorro habían ahorcado en noviembre «con las mutilaciones habituales» al sargento batistiano que había matado a tiros en agosto al perro Machakos.

Pero hay otros errores en su texto. Ninguno de los batistianos ajusticiados en Cuba en el transcurso de la insurrección fue mutilado. Se les ajusticiaba sin miramientos, desde luego, pero no se conocen casos de mutilación. Y la realidad es que Maldonado no solo escapó a la mutilación, sino que, en 1980, veintiún años después del triunfo revolucionario, estaba vivo, y parecía que iba a seguir estándolo. La historia es bastante curiosa porque todo el mundo en San

Francisco consideraba a principios de 1959 que había llegado la hora para el último esbirro de la localidad. En el juicio público estuvo llorando todo el tiempo, hasta que su ayudante, otro asesino, de rostro cetrino, se levantó de la silla y le dijo: «Compadre, no llores más como una puta, que tú mataste y yo también». Se encontraba en el juicio otro viejo batistiano al que llamaban Caballo Loco. Había sido capitán, jefe del puesto de la Guardia Rural del Cotorro y, por tanto, jefe directo de Maldonado, que se desmayó cuando oyó decir esto. Todo indica que Caballo Loco no había cometido ningún crimen, pero «estaba impresionado en el juicio». La condena para Maldonado fue de treinta años. El hecho de que no lo fusilaran motivó una reacción de protesta general en la localidad, incluso hubo manifestaciones públicas para exigir una revisión del juicio y la aplicación de la pena máxima, como se había procedido con otros asesinos batistianos en el resto del país. Pero en esos momentos ya se había ordenado que cesaran los fusilamientos de esbirros.

«Ese es un hombre que hay que matar», le dijo Gilberto Enríquez a Hemingway aquella tarde de invierno mientras se tomaban el trago en El Hoyo. «Un mal hombre, una hiena, ¿no cree, teniente?» —dijo Hemingway—. «Mi problema no es pensar que él esté vivo, sino en los que él mató... Mis compañeros muertos por sus manos». Hemingway, dice Gilberto, comenzó a escucharlo en silencio. La conversación había caído de manera inevitable en este tema. «Se va a morir de viejo, coño. Eso es lo que va a pasar con él. Y para este pueblo lo que tiene que ocurrir es que Maldonado esté enterrado».

El tono de complicidad entre Gilberto y Hemingway se había establecido por hechos como los ocurridos una noche, tres años antes, a principios de 1957.

Gilberto Enríquez ya disponía de una pequeña tropa de luchadores clandestinos: «Revolvito a revolvito había logrado armar a 18 hombres». Revolvito es su diminutivo de revólver. En cierta ocasión detectaron y se propusieron ahorcar a un chivato y a uno de los soldados involucrados en una acción de represalia contra los revolucionarios que atacaron el cuartel Goicuría de Matanzas. Estos proyectos se frustraron por falta de coordinación. Pero, de alguna manera, la

noticia llegó a lo alto de Finca Vigía, y tuvo su respuesta. René Villarreal conversó con Gilberto sobre unas armas que estaban en poder de Hemingway y que este quería entregarle. «Papa tiene unas armas ahí... y quiere hacérselas llegar a ustedes». Convinieron una hora y un lugar fuera de la finca, en el callejón de los Steinhart; de noche, desde luego. Según recuerda Gilberto, él, acompañado de José Rabaza y Alfredo Sumí, se apareció en un viejo Ford. René Villarreal estaba reunido con ellos en el lugar convenido, cuando una luz de linterna los alumbró. El hombre de la linterna era Panchito, el guardajurado de la finca de los Steinhart; vestía un uniforme amarillo y polainas, y llevaba un revólver calibre 38 de cañón largo a la cintura. Panchito, sosteniendo la linterna, dijo: «¿Qué hacen ustedes aquí?». Luego, en tono paternal, les aconsejó que se retiraran: «Ustedes saben que la cosa está mala, muchachos». Fue una operación frustrada.

Al día siguiente Gilberto fue herido en un encuentro con la policía. Se repuso de las heridas y se alzó.

**[5]**

Un día, a mediados de 1939, Pichilo había terminado uno de sus trabajos por ajuste* en Finca Vigía y el nuevo inquilino, un norteamericano corpulento y joven, llamado Ernest, lo mandó a buscar. Le preguntó si sabía pintar. Pichilo respondió que sí. Entonces Hemingway le dijo que quería que trabajara fijo allí. «Lo he visto desenvolverse y puedo decir que usted es un hombre responsable. Me gustaría que trabajara para mí». Según el recuerdo de Pichilo, cuando Hemingway adquirió Finca Vigía, el lugar no se hallaba en las mejores condiciones. Dice que muchas partes, especialmente los pisos, necesitaban una reparación capital. Pero Martha se enamoró del lugar y buscó gente para arreglarla. Pichilo dice que Martha era una mujer emprendedora y, según sus palabras, le gustaría saber qué fue de ella y por qué no regresó nunca más por aquí. Cuando se le explicó que la señora Gellhorn estaba viva y que compareció el 6 de noviembre de 1975 en un programa de la BBC-1 Television, de Londres, en donde se discutía la autenticidad de una famosa fotografía de Robert Capa —

la instantánea del miliciano que cae herido de muerte en Somosierra—, Pichilo se muestra contento y dice: «¿En televisión? ¡Ah, qué bueno!».

Pichilo entró en Finca Vigía ganando setenta pesos quincenales. Tenía derecho a que su ganado pastara en la propiedad de Hemingway, lo cual representaba un ahorro para él, y luego aumentó sus ingresos con el negocio de los gallos de pelea. Asegura que Hemingway trataba de pagar con justeza el trabajo de los demás.

Su labor consistía en cuidar los jardines y ocuparse de las hortalizas. Casi todas las que consumían en la finca procedían de su propio huerto. Pichilo vive orgulloso de haber ostentado la jefatura de este jardín y de ser él quien distribuyera su mantenimiento a los otros empleados.

Unas notas dejadas entre la papelería de la finca demuestran la preocupación de Hemingway por las labores de jardinería. Algunos de estos papeles, redactados en un español bastante deficiente pero esforzado, están mecanografiados y firmados por Mary Welsh. En otros casos se pueden encontrar minúsculas notas manuscritas con la inconfundible caligrafía de Hemingway, en las que ordena hacer algún trabajo específico en el jardín. En una de las más graciosas le dice al jardinero que «no debe molestar al señor de la casa con los problemas del jardín», porque estos problemas deben tratarse con la señora Mary, que es la indicada para eso. «Él tiene bastantes ocupaciones con su trabajo de escritor», apunta el mismo Hemingway en español. Las notas escritas a máquina fueron conservadas de un año a otro para observar el estado del jardín. Además de los trabajos al inicio de cada temporada, se ve la preocupación especial de Mary por tener sus propias hortalizas y la atención que dedicaba a sus flores.

Pedro, jardinero de la finca en los tiempos del señor D’Orn, tuvo un final en el que Hemingway se vio implicado de manera directa, y que provocó que en la propiedad se consumiera agua de un pozo donde se descomponía un cadáver.

La versión más difundida es que Hemingway acababa de adquirir su finca, o todavía la tenía alquilada, cuando llamó al viejo Pedro y le preguntó si él era el jardinero. «Sí, señor», respondió Pedro. «Bien, usted es el jardinero y soy el nuevo dueño. Lo único que voy a decirle es una cosa. Yo no quiero que me pode las matas. Yo no quiero que aquí se corte nada, ni la hierba. Y mucho menos que los muchachos tiren piedras. De ahora en adelante su trabajo aquí es no cortar nada». Pedro, se dice, tragó en seco y exclamó: «Pero yo no trabajo de guardajurado. Yo no voy a estar vigilando a los muchachos para que no tiren piedras». Hemingway repuso: «No le he pedido eso. Usted es el jardinero. Pero su trabajo es no cortar, no podar». «Pero, señor, el trabajo de un jardinero es podar». «Sí, pero el trabajo de jardinero, en mi jardín, es no podar». Pedro, cuyo apellido nadie recuerda, se supone que no resistió esta conversación y pidió que se le liquidaran sus haberes porque él se iba. Desde luego, se afirma que esta no fue la conversación exacta, pero concuerda con el hecho de que Hemingway era remiso a que se podaran las plantas; sustentaba la teoría de que había que dejarlas crecer «hasta donde ellas quieran», aunque en realidad los jardineros —con su autorización— podaban matas en la finca y cortaban la hierba, y en todo eso interviene la tijera.

Pedro cobró su liquidación y salió a buscar trabajo, pero es evidente que no lo encontró en otro lugar, y desanduvo el camino al cabo de las dos semanas y le dijo a Hemingway que tenía razón; si en definitiva él era el dueño y decidía no podar las matas, pues cumpliría sus órdenes «y sanseacabó». Hemingway lo escuchó, se cruzó de brazos y le dijo, con todo respeto, que lo sentía mucho pero que ya tenía otro jardinero y que no podía darle trabajo. El final es conocido: Pedro, desconsolado por lo que había perdido, se lanzó en uno de los pozos de Finca Vigía. Se dice que pasaron algunos días antes de que descubrieran su cadáver, alertados por el número de auras que revoloteaban alrededor del pozo. Una de las versiones asegura que en ese tiempo el agua de consumo de la casa provenía de allí.

La anécdota, en boca de Pichilo, tiene sus variantes. Sea como fuere, hubo un jardinero llamado Pedro que se arrojó a uno de los pozos de la casa de

Hemingway y pasaron días antes de que se descubriera el cadáver. Esos son los hechos.

Pichilo dice que la historia del «agua del muerto» —así la titula su versión— ocurrió en 1941, y que Pedro, debido a su avanzada edad, «se trastornó de la cabeza y sé suicidó lanzándose al pozo». Pichilo aclara que lo hizo en un pozo cubierto por cañabravas, que, en aquel entonces, le daba agua solo a la piscina. Lo único que ocurrió, según él, fue que el agua se puso como si se hubiese endulzado. Como a los dos o tres días, corrió la voz de que Pedro se había perdido: no aparecía por ningún lado en el pueblo. Alguien dijo que lo había visto merodeando por el pozo de las cañabravas, y cuando se acercaron al lugar, vieron las auras.

Cuenta Pichilo:

A la piscina, que tiene una capacidad de 90 000 galones [341 000 litros], siempre se le administraban pastillas desinfectantes. Pero lo cierto es que el señor Hemingway nunca entendió qué fue lo que ocurrió y me preguntaba: “Explícame, Pichilo, ¿por qué este hombre ha venido a matarse a la finca mía?”. Yo, realmente, no tenía qué explicarle. Tampoco le podía decir que Pedro no era propietario de ninguna finca, así que se podía matar en cualquiera... Pero, bueno, ¿qué culpa tenía el señor Hemingway de que Pedro no tuviera finca? Era muy complicado. Y sí puedo asegurar que Hemingway no comprendía ni cojones.

**[6]**

La ceiba a la entrada de la casa es el símbolo de Finca Vigía. Quizás —desde el establecimiento del poder revolucionario— el árbol más mimado del país*. «Aquí estuvo un señor —dice un jardinero, Gabino Enríquez, apodado el Negro,

aunque es blanco, quizás llamado así por su bigote trigueño, tupido y bien cuidado—, un científico de esos, que dijo que la ceiba tenía como mínimo 90 años. Examinó la mata, y las raíces, y los nudillos, como si fuera un anciano, y dijo: “No menos de 90 años”. Pero todo el mundo aquí dice que la ceiba tiene por lo menos 150 años. Yo, como jardinero oficial del Museo Hemingway, lo que hago es sellarle los gajos secos para que dure un poco más».

La ceiba se menciona de pasada en Islas en el Golfo, cuando Thomas Hudson, abrigo en mano, sale a esperar su automóvil. Aguarda junto al árbol y observa las hojas y los gajos partidos que cubren el suelo. La ceiba, el árbol sagrado de Cuba, está ahí; el árbol más que centenario, con sus ramajes desnudos durante casi todo el año, y que le costó a Mary Welsh, según se cuenta, un enojoso problema conyugal; provocó que su esposo, Ernest Hemingway, le cayera atrás a un jardinero con una escopeta de dos cañones. Una escena digna de las comedias del cine silente.

De esta historia también existen versiones diferentes. De nuevo en este caso Pichilo tiene su interpretación, también atenuada, como la del «agua del muerto». Según el resto de los informantes que uno puede encontrarse en San Francisco, una de las raíces de la ceiba comenzó a crear un «estropicio», un problema a los habitantes de la casa, porque afectaba al piso de las habitaciones. Las raíces de una ceiba son fuertes y se alargan en busca de agua. Esta cruzaba por debajo del piso de la vivienda y había comenzado a levantar las losas. Hemingway dio una de sus órdenes terminantes de acuerdo con la teoría suya de que las plantas debían crecer sin limitaciones. En este caso, dijo Hemingway, la raíz retrocedería cuando no hallara agua, y las losas regresarían a su lugar. Se les echaría un poco de cemento y finalizado el incidente.

Pero hubo una mujer (la mayoría dice que Mary Welsh; Pichilo afirma que Martha) que pensó de manera distinta a su marido y contrató a un jardinero «de afuera». No llamó a Pichilo ni a ninguno de los conocidos, porque con estos sabía de sobra que no podía contar. Esperó una mañana a que Hemingway saliera para La Habana y, cuando el automóvil dobló la esquina, la esposa, en este relato

Mary Welsh, le dio órdenes al jardinero de que pasara, y este, que había sido informado muy a la ligera de que «había un marido malcriado que no quería que se cortara una raíz particularmente molesta», puso manos a la obra: levantó las losas del llamado Cuarto Veneciano, desplazó la tierra alrededor de la raíz, sacó sus instrumentos, dio un poco de machete, luego un par de hachazos, y la raíz estuvo en sus manos. La ceiba quedó mutilada. Y Ernest Hemingway, por su parte, parado en la puerta, mirando al jardinero y a la esposa, que estaban absortos en su tarea. ¿Regresó a la casa por intuición, la intuición del «viejo león en alerta permanente»? Cualquiera que haya sido el motivo, cuando el jardinero y Mary sintieron su presencia y levantaron la cabeza y él pronunció el consabido «¡Ajá!», lo que tenían delante era a Hemingway con una de sus Rémington de dos cañones, calibre 12. Se dice que Mary se quedó en el cuarto, que el jardinero saltó por la ventana y salió corriendo, aún con la raíz en la mano, y que no la soltó hasta la mitad del jardín, al tiempo que trataba de ganar la puerta. Mientras tanto, Hemingway, que le pisaba los talones, hizo los primeros disparos al aire.

Según Pichilo, el personaje femenino de la historia es Martha Gellhorn. Y no hubo tanta violencia. Quizás haya sucedido dos veces lo mismo, dos raíces, y la que Pichilo recuerda es la primera historia. La de Mary tiene un final religioso, simpático, porque recibió un castigo. Estuvo obligada, durante cierto tiempo, a permanecer arrodillada ante la ceiba pidiéndole perdón, en una especie de rezo. Esto ocurría todos los días por la mañana durante un buen rato. Y Hemingway permanecía vigilando que se cumpliera la penitencia. Es muy difícil imaginar a una aristócrata como Martha Gellhorn aceptando una sanción semejante; Martha nunca se hubiese arrodillado delante de ningún árbol.

Hay una prueba de que algo ocurrió con la ceiba. Al menos, en el Cuarto Veneciano se encuentra todavía hoy un trozo de raíz, colocado como un trofeo encima de la puerta.

**[7]**

Pichilo trabaja en Antillana de Acero, como fundidor, desde 1962, un año después de la muerte de Hemingway. Su vida ha sufrido una auténtica transformación: abandonó los gallos y el juego, pero sigue siendo un hombre sólido, fuerte, de vientre protuberante, necesariamente buena persona, tabaco en mano, sin camisa mientras se mece en un sillón en el portal de su casa y con un casco de plástico de minero por sombrero. Nacido y criado en San Francisco de Paula, Pichilo es bien conocido allí.

Conserva una colección de cincuenta fotos de Hemingway —casi todas del safari de 1953-1954— que constituye una valiosa posesión. Con otras pertenencias no ha tenido igual suerte. Pichilo explica que, de las cuatro vacas que el escritor le dejó en herencia, solo una le quedaba viva en 1978. La res tenía veinticinco años de edad cuando se le cayeron todos los dientes. Pichilo se la vendió «al gobierno en 120 pesos para llevarla al matadero». Las vacas eran la Josca, la Amarilla, la Negriblanca y la del Pisicorre. Todo puede ser utilizado como nombre. Josca se llamaba así por su pelaje; los campesinos cubanos designan por «josca» a las vacas de color carmelita amarillento o «quemado». Las otras también habían recibido sus nombres por su coloración: Amarilla y Negriblanca, excepto la vaca del Pisicorre. Parece ser un enigma para el que Pichilo no tiene respuesta. ¿Por qué Ernest Hemingway tendría un animal llamado la Vaca del Pisicorre?

Pichilo afirma que la leche que se producía era de buena calidad y las vacas eran Holstein, buen ganado lechero. «Una pena —dice— que Hemingway no tomara leche».

Parte del resultado del trabajo de Pichilo y de los jardineros que allí tuvieron contratas puede constatarse en que hoy día hay más de cien matas de mangos que todavía paren y constituyen un atractivo para las nuevas generaciones de muchachos de San Francisco de Paula. Mangos de las mejores clases: chino high (los cubanos lo llaman «jay»), filipino, criollo, amarillo y el suculento mango melocotón. Hay matas de tamarindo (Mary Welsh recuerda la primera mata de tamarindo que Hemingway le mostró en Finca Vigía: «¿Verdad que es un

nombre romántico?» —le dijo a Mary—), de mamey de Santo Domingo, de laichi, el mamoncillo chino que Pichilo sembró y que comenzó a parir a principios de los años setenta. «En hortalizas teníamos de todo: habichuelas, tomates, ajíes, lechugas, brócoli, acelga, maíz, perejil, calabaza, yuca, zanahorias, rábanos, remolacha, col, plátanos, berenjena, cebollas. Había que tenerles hortalizas muy variadas, porque ellos son amantes de las ensaladas. Y de las comidas chinas, que llevan muchas hortalizas. Mi trabajo eran las flores, pero, como decimos aquí, el que siembra flores, siembra hortalizas».

También son de apreciar, asegura el jardinero, las matas de almendras en el área de la piscina. «¡Unas almendras grandes, tiernas, que paren esas matas!».

El producto del huerto que no se iba a consumir de inmediato se lo regalaban a los amigos y empleados o lo guardaban en un freezer, donde también conservaban mangos y pulpa de tamarindo.

El «delirio» de Mary eran las flores, principalmente los rosales que había plantado en la parte de abajo de la casa. «Habíamos sembrado ixoras, que son muy resistentes, y rosas, las favoritas de esta casa y las que más se sembraban». Y añade Pichilo: «Los rosales siempre había que estar ayudándolos con abono químico y vegetal. Pagó esas rosas muy caras, como oro. Pero tenía rosales, que eso era lo que la señora Miss Mary quería».

Cuando Mary Hemingway regreso en 1977 comprobó que la mayoría de las plantas sembradas por ella estaban aún en su lugar; del mismo modo encontró los flamboyanes, palmas reales, plátanos y las dieciocho variedades de mangos distribuidos en el centenar de robustas matas que Hemingway mencionó con satisfacción en una de sus crónicas. Y la ceiba intacta, desde luego, con sus raíces desafiantes.

«La tierra no es buena —insiste Pichilo—, muy arenosa y pedregosa abajo, lo que nosotros llamamos piedra de cachimba, una piedra muy sólida». Sembrar cada árbol suponía una pequeña gesta, y había que profundizar y dar barreta*, y gastar mucho dinero en abono y en camiones cargados de capa vegetal; «el agua de lluvia se lleva la capa vegetal y la arrastra por las laderas. Lo peor de la finca es la falta de agua. Hay que profundizar mucho para obtenerla; parece que uno está buscando petróleo. Tuvimos que abrir un pozo de 98 pies [casi 3 metros], y un pozo artesiano de 380 [más de 11 metros]. No hay manantiales dentro de la finca». Por esta razón se instaló un sistema de canales que recogía el agua de lluvia y la depositaba en el hermoso aljibe de losetas azules frente a la casa. Pichilo aclara que el agua del aljibe no se utilizaba para el consumo humano: «La falta de agua potable la resolvimos con esos pozos y con un motor que impulsaba el agua a los dos tanques instalados al fondo de la casa. Esos tanques garantizan el suministro del líquido. Agua buena de manantiales que se encuentran fuera del lindero de la finca».

Sembraban enseguida que terminaba la temporada de lluvia, en noviembre, y así tenían flores y vegetales desde Navidad hasta junio o julio.

En cuanto a los rosales de Mary, elogiados por Hemingway en una de sus crónicas cubanas, se trataba, en una época, de rosales viejos y mal atendidos. Algunas de las plantas tenían quince o veinte años cuando Mary Welsh comenzó a trabajar en el jardín en 1945. Realizó una limpieza total, una poda y un programa de alimentación de las plantas viejas; en el transcurso de los años siguientes trajo nuevas plantas, rosales finos de Estados Unidos. Pero comprobó que sin un cuidado constante y excepcional solo vivían aproximadamente dos años en el clima de calor y humedad de la finca, así que desistió de los rosales norteamericanos. Probablemente desde principios de los años cincuenta todos los rosales que hubo en Finca Vigía, y que hay todavía, fueron cubanos.

Para la siembra y el cuidado del terreno había que tomar en cuenta las condiciones climatológicas de la isla, aunque la tierra de la finca —muy seca y de poca grasa— no guarda necesariamente similitud con otras tierras del país.

Cuba está situada en el paralelo 23, un poco al sur del trópico de Cáncer. Las temperaturas, estables, varían entre los 20 y los 26 grados centígrados, y las estaciones se diferencian más por contrastes de humedad que por cambios de temperatura. En el verano hay lluvias fuertes, pero el invierno es relativamente seco. El promedio anual de lluvia es de 66 litros. La tierra es alcalina.

Hemingway vino caminando desde la finca hasta la casa de Pichilo, apenas unas tres cuadras de recorrido, un caluroso día de julio de 1960. Le dijo: «José, dicen que el que mucho se despide, acaba por no irse nunca. No obstante, nos hemos despedido muchas veces. Pero ahora estoy preocupado. Yo no creo que esto dure mucho porque me siento enfermo. Y los médicos en Cuba no me han descubierto el mal». José tuvo una extraña intuición cuando Hemingway, de manera intempestiva, le contó cómo había muerto su padre, y terminó diciéndole: «José, los animales y los seres queridos no deben morir en la cama, ni hacer sufrir a los demás, ni se les debe dejar sufrir».

**[8]**

Fue una vida de verdadera intimidad porque las amistades que se hacen en la guerra son profundas. Tuvimos, eso sí, choques y contradicciones por diferentes cosas, más o menos violentos algunas veces, pero nunca lograron interrumpir ni atenuar la amistad en ningún momento. El carácter de Ernesto era bastante difícil, en el sentido de que con sus amistades más cercanas tuvo problemas, quizás por el mismo afecto que les profesaba. [«Qué mierda», dice Willie, en la línea final de Islas en el Golfo, recriminándole a Thomas Hudson lo que parece ser su incapacidad afectiva. «Jamás comprendes a los que te quieren».]

Quien habla es el citado José Luis Herrera Sotolongo, español, veterano de la Guerra Civil, uno de los jefes de sanidad de la XII Brigada Internacional bajo el mando del general Lukacs. Un tribunal franquista lo condenó a muerte, pero, sobreviviente, se exilió en Cuba y se hizo amigo de Fidel Castro en la época en

que este era estudiante universitario. Participó en la insurrección contra Batista. Herrera Sotolongo había conocido a Hemingway en el transcurso de la guerra española y reanudó su amistad al venir a Cuba.

Herrera Sotolongo nos restituye una imagen humana y poco legendaria de Hemingway. Tiene todos los elementos para hacerlo: fue su médico personal durante más de veinte años y conocía todos sus padecimientos, su psicología, el funcionamiento de su organismo. Herrera Sotolongo es auténticamente de los íntimos y no de los personajes que se agregan a la comitiva.

Podemos reconstruir con él cualquiera de las noches que se sucedieron desde el año 1945 hasta el verano de 1960, cuando ningún extraño alteraba la tranquilidad hogareña. Se ven luces en el interior y afuera de Finca Vigía. Después de la cena, Ernest Hemingway lee algún libro y toma el vino sobrante de la comida, mientras Mary juega canasta con Herrera. Hemingway no va a estar mucho rato levantado: habitualmente se acuesta a las once. Desde luego, no se dirige a su habitación, a la de la cama repleta de cartas, sino en dirección opuesta, a la de miss Mary. Deja al lado de su poltrona una botella vacía de vino. Ha hecho lo mismo en la cena: otra botella vacía debajo de su silla. Esos son los pequeños hábitos. Si es miércoles (según la costumbre establecida, Herrera Sotolongo iba a Finca Vigía todos los miércoles) o uno de los fines de semana en que Herrera Sotolongo se lo pasa allá, el médico juega a las cartas o conversa con Mary, pero Hemingway se retira sin problema, dice «buenas noches» en español y sigue su camino. En definitiva, Herrera es de la casa. Un rato más tarde el médico regresa a La Habana. Todas las luces de esta estancia apacible se apagan. Sin embargo, si Hemingway está solo, primero hace un recorrido alrededor de Finca Vigía. Se echa la pistola calibre 22 a la cintura y con una estaca a modo de bastón emprende una caminata nocturna antes de irse a dormir. Lo acompaña, olisqueándolo todo, a unos pasos detrás, Black Dog. Los empleados están abajo, en sus casas del pueblo. Mary, probablemente con sus parientes en Estados Unidos. Hemingway hace su patrullaje nocturno. Sin novedad en el frente y a dormir. Herrera Sotolongo dice:

Aunque parezca mentira ese hombre estaba solo allá arriba con frecuencia... Sin embargo, él va a tener una serie de problemas que surgen con el éxito, tanto por los libros que produce como por la adopción de esos libros para películas, lo cual le crea una fama grande en Cuba. Con una particularidad: que hay un poco de fantasía siempre; la fantasía popular que se produce cuando hay una persona de realce que se convierte en un personaje: se le encumbra, o se cuenta acerca de él una serie de historias que no son objetivas. En fin, hay un poquito también de eso. Hay algo de leyenda con respecto a Hemingway.

Inicialmente fondeaba el Pilar en Cojímar; entonces traba amistad con los pescadores y esto le va a ir dando una personalidad aquí en Cuba. Pero no es todavía un hombre famoso en el país.

Posteriormente, desde principios de los años cincuenta, él toma parte en los concursos de pesca, e incluso se instituye un premio con su nombre, y frecuenta el Club de Cazadores del Cerro. En fin, el se va creando aquí un núcleo de amistades que son las que poco a poco lo van rodeando y van aumentando su esfera de relaciones.

Su vida cubana adquiere auge cuando recibe el Premio Nobel. Empiezan a partir de entonces los agasajos oficiales, a los cuales renuncia casi siempre.

Una de las pocas condecoraciones que acepta es la Orden de San Cristóbal de La Habana. Se le condecoró después, en 1954, con la Orden Nacional «Carlos Manuel de Céspedes», que él consideraba como un legitimo orgullo porque era un reconocimiento de Cuba. Pero la Orden de San Cristóbal de La Habana fue la condecoración que le causó verdadero placer; le fue entregada el 17 de noviembre de 1955, en el antiguo Palacio de los Deportes de La Habana. Una condecoración perdida, olvidada entre los vaivenes de la política oficial cubana de entonces. Habitualmente se entregaba a los choferes que cumplían un largo período —un cuarto o medio siglo— de conducción en la ciudad sin tener accidentes. Hemingway decía, con auténtica felicidad, que le habían concedido

una condecoración que era para los choferes. Como quiera que sea, las condecoraciones contribuyeron a cimentar una reputación y su leyenda.

Ninguna de las dos órdenes existe ahora. Pero la prensa habanera el 18 de noviembre de 1955 incluyó la foto de Hemingway junto al gobernador de la provincia de La Habana, Francisco Batista, Panchín, hermano de Fulgencio Batista. Con ellos aparecía el alcalde de la ciudad, un viejo político llamado Justo Luis del Pozo. Salvaba el honor de la fotografía la estampa de Adolfo Luque, una luminaria del béisbol cubano, condecorado también, que recibe un homenaje modesto en Islas en el Golfo.

Juan David, el caricaturista cubano más popular de los años cincuenta, se encontró con Hemingway en el Palacio de los Deportes cuando el escritor recibió la medalla de San Cristóbal de La Habana. Fue un encuentro curioso, atropellado. En la puerta del Palacio, Hemingway tenía agarrado por el cuello a otro famoso caricaturista criollo, Conrado Massaguer. Este había hecho una caricatura del escritor y, evidentemente, Hemingway no estaba contento con la visión que el artista tenía de él. Sostenía a Massaguer por el cuello con la mano izquierda y con el puño derecho estaba a punto de golpearlo en pleno rostro. Hemingway exclamaba: «Goddam it!»*. Juan David, corpulento, más de metro ochenta de estatura, se interpuso y logró sacar a Massaguer de la llave hemingwayana. El escritor preguntó: «¿Y tú quién eres?». «David, el caricaturista». Hemingway se puso en guardia. David también enarboló sus puños. Así, continuaron el diálogo. Hemingway preguntó con un jab en el aire: «¿Tú me vas a hacer otra caricatura?». David le respondió: «No, yo venía a saludarte».



El Club de Cazadores del Cerro, una cota importante en la topografía hemingwayana, estaba enclavado en las cercanías de Finca Vigía. El Cerro era el barrio preferido de la aristocracia criolla en la década del 20. Hemingway solía visitar el club con sus amigos desde los años 40. Allí organizaba almuerzos campestres con abundante cerveza y participaba en interminables concursos de caza de pichones. Era uno de los sitios de La Habana en que afloraba el Hemingway de buen humor, campechano («y también un poco pendenciero», en la opinión de algunos), que no obstante aprovechaba la presencia de cualquier fotógrafo para enarbolar su Remington de dos cañones y asumir la pose adecuada, con su gorra de visera y el adusto rostro del cazador veterano que solo está calentando el brazo a 11 000 kilómetros de la costa africana tirándole a unos pichoncitos desorientados, acabados de sacar de la jaula y rápidamente desintegrados por los efectos de un par de cartuchazos del calibre 12. El tirador certero y el elegante club desaparecieron en 1961. La Remington y la gorra de visera son piezas de museo. (Roberto Herrera Sotolongo/Norberto Fuentes)

**[9]**

Durante la Segunda Guerra Mundial —cuenta Herrera Sotolongo— Hemingway «prestó servicios» en Cuba. Estuvo a cargo de una serie de trabajos que se hicieron por aquí con los cazasubmarinos americanos. Era un enlace fundamental entre las fuerzas navales y el gobierno norteamericano. En aquella época adquirió muchas relaciones. Después, se marcha temporalmente y va a Inglaterra, y toma parte en la invasión del continente europeo, el desembarco de Normandía, y en una serie de acciones en las que se destaca como combatiente y no como corresponsal de guerra, que era el cargo oficial de él. Participa como guerrillero. Estuvo unido a grupos partisanos que iban delante del ejército norteamericano, y cuando regresa a La Habana le conceden una condecoración de Estados Unidos, la Estrella de Bronce (la recibió el 16 de junio de 1947 en la embajada norteamericana).

Esas eran las cosas que lo iban convirtiendo en personaje. Nadie que no sea un personaje va a recibir tanto enchape*. Un día Ernesto se colgó de la solapa las tres medallas y dijo que era así como iba a aparecer en los billetes. Una broma de él. No es que fuera vanidoso u orgulloso, todo lo contrario. Es que no le gustaban estas cosas. En aquella oportunidad la prensa cubana hizo comentarios desfavorables. Se le criticaba haberse presentado en la embajada norteamericana con una guayabera sucia. Pero esto no es cierto. Yo conducía el coche ese día. Él sudaba mucho porque era un hombre muy corpulento, y recuerdo el siguiente detalle: cuando llegó al parqueo de la embajada, se cambió de guayabera. Llevaba una limpia en el coche. Sin embargo, se dijo que había recibido la medalla en esa situación, con una guayabera sucia. Claro, lo que ocurrió es que volvió a sudar estando dentro de la embajada y de ahí surgieron los comentarios de los periodistas.

A veces, en los años cuarenta o cincuenta amanecen en la finca algunas celebridades, una luminaria de Hollywood, un torero, o una pieza exótica, como una condesa italiana. Incluso puede ocurrir que estas personalidades pasen una temporada al abrigo de Hemingway.

Pero las cosas finalmente toman su cauce: las maletas se hacen, los señores invitados abordan el Chrysler descapotable o el station wagon (depende de la cantidad de equipaje) y salen rumbo al aeropuerto de Rancho Boyeros. Hemingway y sus amigos pueden volver a reunirse los días indicados y reanudar el cauce de la costumbre.

Herrera Sotolongo va a sostener su visión de un Hemingway solitario y tranquilo, al menos durante un largo período de su vida en Cuba.

**[10]**

Había proyecciones privadas de filmes en Finca Vigía. Entre los espectadores se hallaban los visitantes asiduos de la casa: el médico Herrera Sotolongo y su hermano Roberto, Sinsky, el cura don Andrés y algunos otros habituales. Se arrellanaban en los butacones de la sala y un proyector de 16 mm lanzaba sus imágenes sobre la pantalla.

Hemingway alquilaba el material a diversas compañías distribuidoras. Se trataba casi siempre de documentales de boxeo. Había uno que les interesaba particularmente: mostraba la pelea de Rocky Graciano y Tony Zalet por el campeonato mundial de los pesos medianos, celebrada en Nueva York el 27 de septiembre de 1946 (una de las tres que sostuvieron en esa época, entre 1946 y 1949). «Muy buena pelea», comentaba Hemingway en español.

En cierta ocasión obtuvieron de la embajada norteamericana la serie completa de Victoria en el mar, que narra las operaciones navales norteamericanas en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial. Es una excelente serie de veinte capítulos, de una hora de duración cada uno, realizada con los materiales tomados por camarógrafos de la Marina norteamericana. Pero había una escena que llamaba la atención de Hemingway. La pasaba una y otra vez y siempre ordenaba detener el proyector en cierto cuadro: en uno de los islotes del Pacífico, los marines han obtenido la victoria y la defensa nipona es casi nula. Hay un blocao que ya no hace resistencia. Los japoneses se ven obligados a salir de su prisión de concreto. Afuera, un sargento de los marines espera a los japoneses con un lanzallamas en las manos y los «fusila» uno a uno quemándolos vivos. Los prisioneros se hinchan y arden. La toma está hecha desde atrás del sargento. A ratos este se vira hacia la cámara y sonríe.

—Yo dudo que esta escena aparezca en todas las copias de Victoria en el mar —afirmaba Hemingway.

—Chicos —preguntó una vez el cura don Andrés—, ¿por qué se detienen siempre en esta dichosa escena?

—Hemos jurado matar a este tipo dondequiera que lo encontremos —explicó el médico Herrera Sotolongo—. Ernesto quiere que nos aprendamos su rostro de memoria.



Cuatro alistados de la Fuerza Aérea americana obtienen la distinción Aircraftsmen of the Month. Una parte del reconocimiento consiste en visitar a Hemingway en su casa de Cuba. Mary, laboriosa, prepara los refrescos. Finca Vigía, 1954.



Desde la izquierda: el doctor José Luis Herrera Sotolongo, Juan Duñabeitía, Ernest Hemingway y el cura Don Andrés. La conferencia etílica entre los cuatro amigos habituales. Duñabeitía —más conocido por sus seudónimos de Sinsky o Simbad— es el encargado de preparar los llamados «compuestos químicos», casi siempre con ginebra, una especialidad suya. (Colección de Norberto Fuentes)

**[11]**

Aparece ahora nuevamente, envuelto en las sombras de la noche, la silueta del teniente Maldonado, proyectándose cerca de la finca con su jeep y acompañantes. Las reuniones de amigos íntimos de Hemingway van a traer complicaciones por la suspicacia de un gobierno ilegítimo que se ha instituido por medio de un golpe de Estado. En Finca Vigía, semanalmente, se suceden reuniones.

Herrera Sotolongo dice que Hemingway tuvo problemas en la finca durante el período de la tiranía. Incluso intentaron practicar registros allí, mas Hemingway lo impidió. No dejó que entraran. «Lo último que le hicieron a Ernesto fue matarle a Black Dog. Ese perro está enterrado al lado de la piscina. Lo mataron a culatazos los guardias rurales de Santa María del Rosario que estaban al mando del teniente Maldonado».

Pero las reuniones que despertaban las sospechas del teniente Maldonado no tenían nada que ver con una conspiración.

El teniente se apareció un día que estábamos nosotros allí, pero no era una reunión política, aunque siempre se hacían comentarios sobre la situación. La

Revolución era el tema del día en todos los sitios. En realidad, lo que hacíamos en la finca era ver películas y charlar. Un miércoles, la guardia rural pensó que algo extraño ocurría; como ellos habían notado la frecuente entrada y salida de coches, pensaron que había una conspiración en Finca Vigía. Allí no había tal conspiración. Oíamos las emisiones de la Sierra Maestra, pero eso lo hacía todo el mundo. Además, esto ocurría solo a partir de 1957, porque antes no había ese tipo de emisora clandestina.

Cuando Maldonado quiso entrar en la finca aquella noche, Ernesto se lo impidió. Bajó por el sendero desde la casa hasta el portón de la finca y se enfrentó a Maldonado y a media docena de guardias rurales. Les dijo que aquello era una propiedad norteamericana y que la única conspiración que había allí era con un litro de whisky. Fue resuelto y valiente. Los rurales optaron por retirarse.

**[12]**

Según Herrera Sotolongo, Hemingway no era un bebedor extraordinario. Hemingway tomaba, pero «para los que estamos habituados a la vida del bebedor en países donde se empina el codo de verdad, él no era tan bebedor». El doctor afirma que cuando se le iba un poco la mano «ya no servía para escribir».

El motivo principal de conflicto entre Hemingway y su médico fue precisamente la bebida. Pero ocurrió una sola vez, cuando aquel se enamoró de Adriana Ivancich, la condesita italiana que había conocido durante una cacería en Tagliamento, Italia, en 1948. Hemingway la invitó a que lo visitara en Cuba.

Empezó a tomar y no servía para escribir. Yo le dije: «Si tú sigues bebiendo así no vas a poder escribir ni tu nombre». Fue la temporada en que se alcoholizó, la temporada nefasta para él; fue cuando tuvimos nuestro problema. Le dije:

«Chico, tú te has transformado en un borracho habitual y yo repudio esa clase de gente. Tendremos que romper nuestra amistad si tú no te modificas. He procurado, en la medida de mis posibilidades, que dejes eso, pero si no lo he conseguido, será mejor que cada uno siga por su lado.

Ocurre entonces el problema entre Mary Welsh y Hemingway, del cual Herrera Sotolongo es testigo:

Yo tuve que intervenir y en un momento incluso irme a las manos con él. Me marché de la finca a las cuatro de la mañana, cuando ya consideré que no había ninguna dificultad grave por parte de ninguno de los dos, pues allí se amenazaron con armas y demás: cada uno cogió un rifle. Tuve que quitarles las armas y meterlas en mi máquina. Traje todas las armas para mi casa. Resultó riesgoso porque era la época en que no se podía andar por ahí con armas, la policía de Batista practicaba registros constantemente. Cuando llegué a mi casa le escribí a Ernesto una carta en términos enérgicos y se la envié al día siguiente con mi hermano Roberto. Al otro día él recibió la carta y enseguida me llamó por teléfono y me pidió por favor que fuera a verlo. Cuando estuve en la finca me dijo que yo tenía razón y que él lamentaba mucho que yo me sintiera tan ofendido, pero que iba a tratar de rectificar y que yo tratase de ayudarlo. Así fue como no llegamos al rompimiento definitivo y se arregló la cosa.

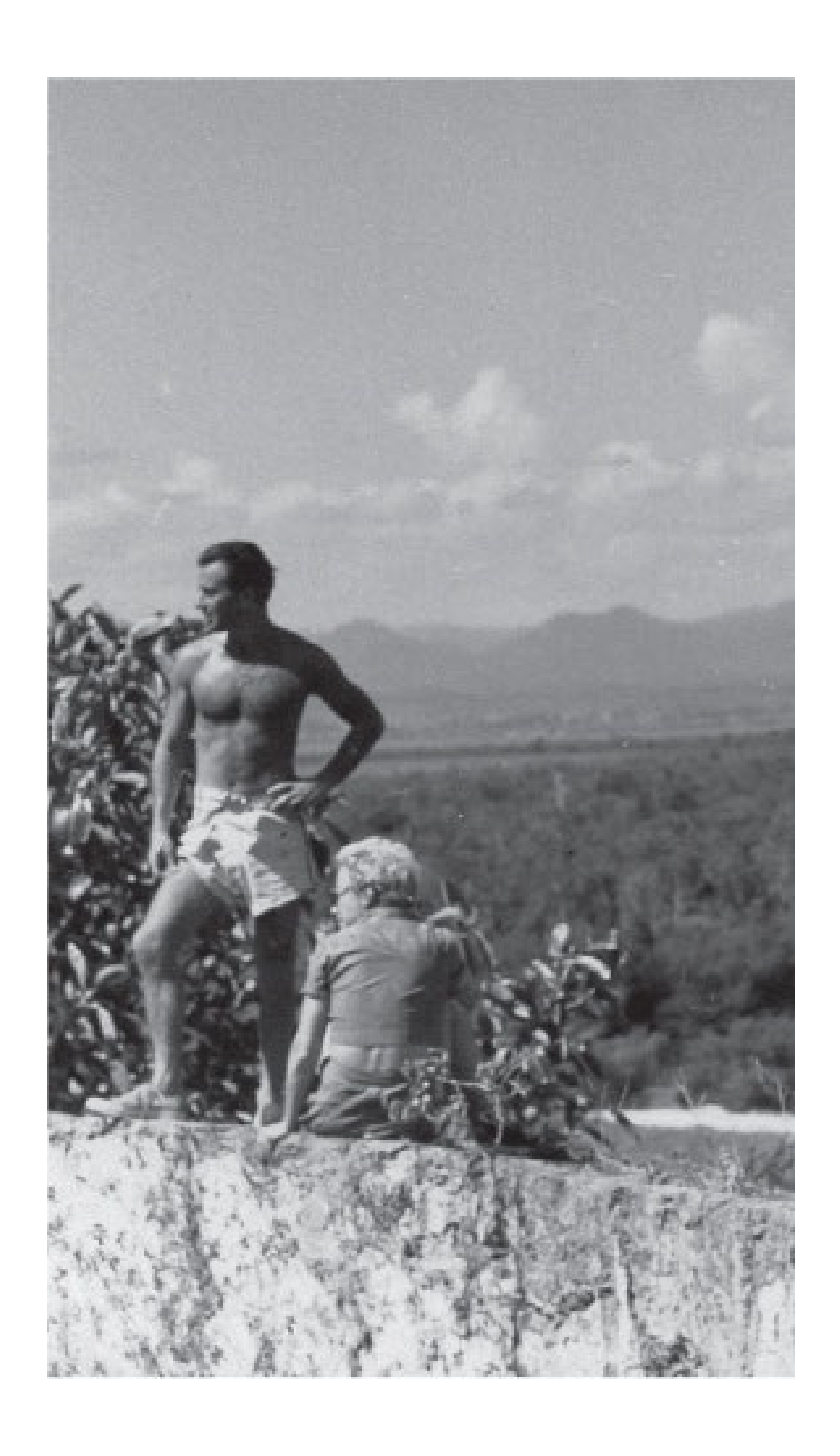
La carta se ha extraviado. Después de la muerte de Hemingway todas las cartas que Herrera Sotolongo le había enviado aparecieron en el archivo del escritor, excepto esta del rompimiento. Mary Welsh, en su viaje a Cuba en julio de 1961, pocos días después de celebrarse los funerales de su esposo, le devolvió al médico las pertenencias suyas que estaban en la casa. Le entregó un file que, al parecer, había organizado el propio Hemingway con las cartas de Herrera Sotolongo. Mary le dijo que sería mejor si él mismo las conservaba.



Cortina d’Ampezzo fue el escenario de un desastre literario y del romance con la condesa Adriana Ivancich, de 19 años. A través del río y entre los árboles sucumbe desde sus primeras páginas. No logra alcanzar el atractivo ni la lozanía de la muchacha.



Adriana, invitada en Finca Vigía. El hermano Ianfranco y luego la madre se incluyen en el paquete. Comienzan los conflictos matrimoniales en la casa Hemingway. El escritor se refugia en el alcohol. Las discusiones se desarrollan a gritos, y hasta salen a relucir las escopetas de caza, que el médico Herrera Sotolongo decide meter en el maletero de su coche y desaparecerlas de Finca Vigía por varios meses. Aunque no lleguen a separarse ni se maten, el daño de cualquier manera es permanente en ese matrimonio. La condesita, por su parte, solo sabe decirle «a Papa» lo maravilloso que él es. Ah, Papa. (Roberto Herrera Sotolongo/Norberto Fuentes)



Ianfranco como interés romántico. No escapa al ojo de Mary. La lógica femenina indica que Papa es merecedor de una venganza. (Roberto Herrera Sotolongo/Norberto Fuentes)

**[13]**

Hemingway intentó explicar su afición por el alcohol. En la segunda posdata de una carta manuscrita dirigida a Iván Kashkin (el favorito de los estudiosos soviéticos de su obra), fechada en agosto de 1935, Hemingway hace una entusiasta defensa de la bebida.

P:D: Seguramente que usted no bebe. He notado que habla con desprecio de la botella. Yo bebo desde los 15 años y hay pocas cosas que me hayan producido tanto placer. Cuando la cabeza ha trabajado intensamente todo el día y sabe que al siguiente le aguarda una labor igualmente intensa, ¿qué puede distraer el pensamiento mejor que el whisky? Cuando se ha calado uno hasta los huesos y tiembla de frío, ¿qué hay mejor que el whisky para reanimar y confortar? ¿Es que hay otra cosa mejor que el ron para sentirse bien antes del ataque? Prefiero renunciar a la cena que a un vaso de vino tinto a la hora de acostarme. Solo en dos ocasiones es malo beber: cuando se escribe y cuando se combate. Eso hay que hacerlo estando sereno. Pero el vino me ayuda a tirar cuando voy de caza. La vida moderna ejerce a menudo una presión mecánica, y el alcohol es el único contraveneno mecánico. Dígame si tengo algún dinero que cobrar por mis libros [editados en la Unión Soviética] e iré a Moscú [subrayado en el original manuscrito]; allí elegiremos a unos cuantos que entiendan de vino y nos beberemos mis honorarios para vencer la presión mecánica.

Thomas Hudson, en Islas en el Golfo, desde el asiento posterior de su automóvil combate la «presión mecánica»: bebe mientras contempla la miseria de La

Habana de los años cuarenta. En la vida real, para empezar el día, Hemingway se tomaba en la piscina dos jaiboles* o Tom Collins, un whisky con soda o un whisky a la roca. Después, vino en el almuerzo. Como dormía la siesta hasta las 4 o las 5, y más tarde leía en espera de la cena, lo más probable es que no volviera a beber hasta sentarse a la mesa. Había una segunda sesión de lectura entre la cena y la medianoche, pero esta sí iba sazonada con un poco de vino.

En un día promedio en Finca Vigía, tres o cuatro amigos podían consumir tres o cuatro botellas de whisky. Hemingway tomaba la mayor cantidad. Nunca era mucho para él, atendiendo a su alimentación y su corpulencia.

A veces cambiaba de bebidas. Tenía la costumbre de ir variando. Whisky, ginebra, Campari, Tom Collins, tequila. También cambiaba de vinos. Rosé francés, luego Chianti, de paja, cuatro o cinco litros en cualquier comida. Él lo servía. Cogía la botella por el cuello y lo iba distribuyendo. Era más trabajoso, pero se disculpaba con una frase: «Las botellas, por el cuello. Las mujeres, por la cintura».

Él lo consideraba su escape a la «presión mecánica». Pero el médico Herrera Sotolongo no se preocupó por estos detalles semánticos aquella tarde del 17 de noviembre de 1955. Recuerda que Hemingway recibió la Orden de San Cristóbal de La Habana esa jornada. Se habían citado en el Floridita después de la ceremonia de condecoración. Allí lo encontró. Le vio la cara y los ojos amarillos. El médico dijo: «Dile a Juan el chofer que te lleve a casa ahora mismo. Acuéstate y espérame». Al otro día Hemingway estaba posando para Boada en el último piso de la torre cuando Herrera Sotolongo se apareció y llamó a un especialista, el doctor Infiesta. El diagnóstico fue inmediato: hepatitis. Esto provocó una restricción en el consumo de bebida; el máximo que Herrera Sotolongo le permitió tomar a Hemingway era media copa diaria, un período denominado por Hemingway «la nueva ley seca». He aquí una contingencia, la única, quizás, para la cual Hemingway no pudo acudir al alcohol. Un litro de cualquier cosa destilada le servía para enfrentarse a tormentas, combates y momentos de soledad. Pero no a la hepatitis. Hemingway

tuvo que guardar cama.

Ernesto presentaba una tendencia a la hipertensión, pero se la teníamos controlada. Sin embargo, tardamos mucho en normalizar su afección en el hígado. En esa época ya había algunos autores que no atribuían determinadas enfermedades del hígado, como la hepatitis, a la bebida, y yo compartía ese punto de vista: de que con una buena dieta y reposo se evita la cirrosis o fibrosis. Sobre esa base le puse el plan, y, en efecto, esta hepatitis viral —la segunda en su vida— no llegó a la cirrosis.

La hepatitis infecciosa de Hemingway, aunque tardó varios años en curársele, no volvió a aparecer de manera intensa. Hubo momentos de gran satisfacción para Herrera Sotolongo en el transcurso de la enfermedad de su amigo, al que solo le permitía ingerir un dedo de whisky por la mañana y otro por la tarde. El médico logró que Hemingway fuera obediente y este incluso bebió menos de lo permitido. Cuando Herrera Sotolongo llegaba a Finca Vigía para hacerle el chequeo diario, el escritor le mostraba el pequeño vaso de cristal grueso que aún conservaba intacta la medida autorizada de whisky y decía: «Mira, la toma de la mañana sin probar todavía».

Fue esta una de las pocas ocasiones en que Hemingway se plantó largas jornadas frente al aparato de televisión para ver el desarrollo de un campeonato de béisbol. Era fanático de uno de los clubes profesionales de aquella época, el Habana, cuyos uniformes de color rojo llevaban estampados un león. La pasión por la televisión y sus acaloradas discusiones en defensa del Habana le hicieron temer a Herrera Sotolongo por la salud de Hemingway. Había en particular un pitcher norteamericano, Wilmer Mizel (al que llamaban Vinagre Maicel), que apasionaba al escritor. Ese año Vinagre batió el récord de ponches*.

Medía 1,8 metros, pero debido a su corpulencia, casi todos afirmaban que era «un hombrón de más de metro ochenta». Para Gregorio Fuentes la explicación es clara: «Era ancho de hombros y tenía los pies demasiado grandes». Por cierto, solía andar descalzo. «Esos cascos no aguantaban zapatos», afirma Herrera Sotolongo. Llevaba medias en pocas ocasiones y su calzado favorito eran los mocasines. «Se ponía un par de mocasines viejos que parecían barcos», añade el médico. No usaba calzoncillos, una actitud de sacrilegio, desafiante, en un país hispánico.

No se preocupaba por la ropa. Vestía con frecuencia el mismo pantalón gris claro de lonilla y su camisa de guingam** azul.

A cada rato se estaba peinando. Es una de las costumbres suyas que más se recuerdan. Un pequeño peine de nailon en el bolsillo y el gesto de acomodarse el pelo con las manos y peinarse. También se le recuerda cuando salía de la cancha de tenis con una gorra de visera y la raqueta recostada al hombro como una carabina. Pero permanecer tanto tiempo al sol le hace daño. Tiene el rostro y las manos afectadas por un cloasma melánico, que él insiste en considerar «un cáncer benigno».

«Ernesto estaba bien cuidado», declara orgulloso José Luis Herrera Sotolongo. «Bien paradito. Padecía de una hipertensión de tipo esencial, aunque controlada. Nunca pasaba de 160. Estaba su problema de la vista, miopía y astigmatismo. Yo le recetaba vitamina A. Y le iba bien, porque se quitaba los espejuelos para tirar y las palomas no se le escapaban. Hubo una época en que se cansaba mucho y le indiqué un tónico cerebral de la CIBA. Dio resultado porque se lo suministraba con reserpina, por su hipertensión. A decir verdad, era un poco cobarde para las enfermedades. Surgían en algún lugar inaccesible del organismo y no podían controlarse, según su teoría. Le ocurría lo contrario con las heridas. Aseguraba tener no menos de 200 cicatrices en su cuerpo y que era capaz de relatar la historia de cada una».

Parecía saludable cuando partió de Cuba en 1960. Herrera Sotolongo recibió una carta suya desde España: «Estoy OK», le escribió después de ser examinado por el doctor Madinaveitia, que lo atendía en Madrid. «De pronto se enferma y sale para Estados Unidos, donde lo ingresan en la Clínica de los Hermanos Mayo. A partir de ese momento perdí el contacto. Mary no me dio ninguna explicación cuando ella vino después de la muerte de Ernesto, en agosto de 1961. Lo habían obligado a adelgazar hasta los 68 kilos. Lo deshicieron con los condenados electroshocks en esa Clínica Mayo».

La alternativa del suicidio se convirtió en una obsesión. En más de una oportunidad, en Finca Vigía, dijo que iba a matarse con sus propias manos, y llegó a ensayarlo en presencia de algunos amigos: «Miren cómo lo voy a hacer». Hemingway se sentaba descalzo en su poltrona, colocaba la culata de la Mannlicher Schoenauer 256 sobre la alfombra de fibra de la sala y se inclinaba hasta apoyar el cielo de la boca en el cañón del fusil. Oprimía el gatillo con el pulgar de un pie. Se escuchaba un chasquido seco. Hemingway levantaba la cabeza y sonreía. «Esta es la técnica del harakiri con fusil», decía. «El paladar es la parte más blanda de la cabeza».

«Papa no entraba mucho en cosas de relajo», dice Gregorio Fuentes, el patrón de su yate. «No podía contarse con él para chistes gruesos ni conversaciones sobre aventuras amorosas»*. Sin embargo, un visitante ocasional de Finca Vigía, Ángel Martínez, un personaje legendario de La Habana, dueño de La Bodeguita del Medio, recuerda otra cosa. Dice que una mañana de los años cincuenta visitó al escritor. «Iba con unos amigos, unas guitarras y unas botellas». Y decidieron pasar la mañana con Jemingüey. El autor de Los asesinos y de Las nieves del Kilimanjaro los recibió en la piscina. «Señores —dijo—, hagan el favor de quitarse los zapatos y meter los pies en el agua de esta piscina donde Ava Gardner se ha bañado desnuda hoy».

Herrera Sotolongo afirma que Hemingway «tenía la vanidad de seguir siendo hombre a pesar de la edad». Es decir, aún estaba en capacidad de consumar el

acto sexual. «Era un hombre fuerte, que llegó a pesar más de 200 libras [90 kilos]. Practicaba gimnasia y boxeo y fue sparring de Carpentier [a quien Hemingway se complacía en confundir con el novelista cubano Alejo Carpentier]. Boxeaba bien y pegaba duro».

Pero existe la tendencia a identificarlo con sus alter egos y atribuirle las aventuras y dolencias de sus personajes. Por ejemplo, está la cuestión del protagonista de Fiesta: Jake Barnes, herido de guerra, es impotente, aunque lo es de una manera muy especial, según las propias declaraciones de Hemingway y lo que se describe en la novela. Sin embargo, Hemingway nunca presentó problemas de impotencia. Al menos Herrera Sotolongo asegura que «no hubo presencia de eso» y añade que «jamás me vi en la necesidad de ponerle tratamiento en tal sentido».

Era diferente la opinión del doctor Frank Stermayer, uno de los más prestigiosos psiquiatras cubanos, del que Hemingway fue paciente y amigo durante largos años. Cuando en La Habana se supo la noticia del suicidio del escritor, Stermayer se mostró quejoso y amargado de que a Hemingway le hubiesen dejado armas a su alcance «conociéndose sus depresiones y desequilibrios». Hubo advertencias reiteradas de Stermayer en este sentido desde los años cuarenta. Al contrario que Herrera Sotolongo, consideraba que los electroshocks fueron inevitables, debido a que los psicofármacos aún no habían alcanzado el nivel de desarrollo actual. Cuando Stermayer murió, a mediados de los años setenta, uno de los tópicos de su agonía fue Hemingway, un largo monólogo sobre sus recuerdos del escritor, y contó algunas anécdotas inconexas respecto a su amigo muerto quince años atrás.

Frank Stermayer nunca hubiese dicho una palabra al respecto, pero se sabe que le había hecho un test de Rorschach, y había sacado sus conclusiones. Entrevistada la viuda de Stermayer en 1976, se le preguntó, quizás brutalmente, si Hemingway había padecido de impotencia. Ella dijo que este era un secreto profesional de su marido. Pero otro prestigioso científico cubano, Gustavo Torroella, tuvo conocimiento de la enfermedad de Hemingway a través de

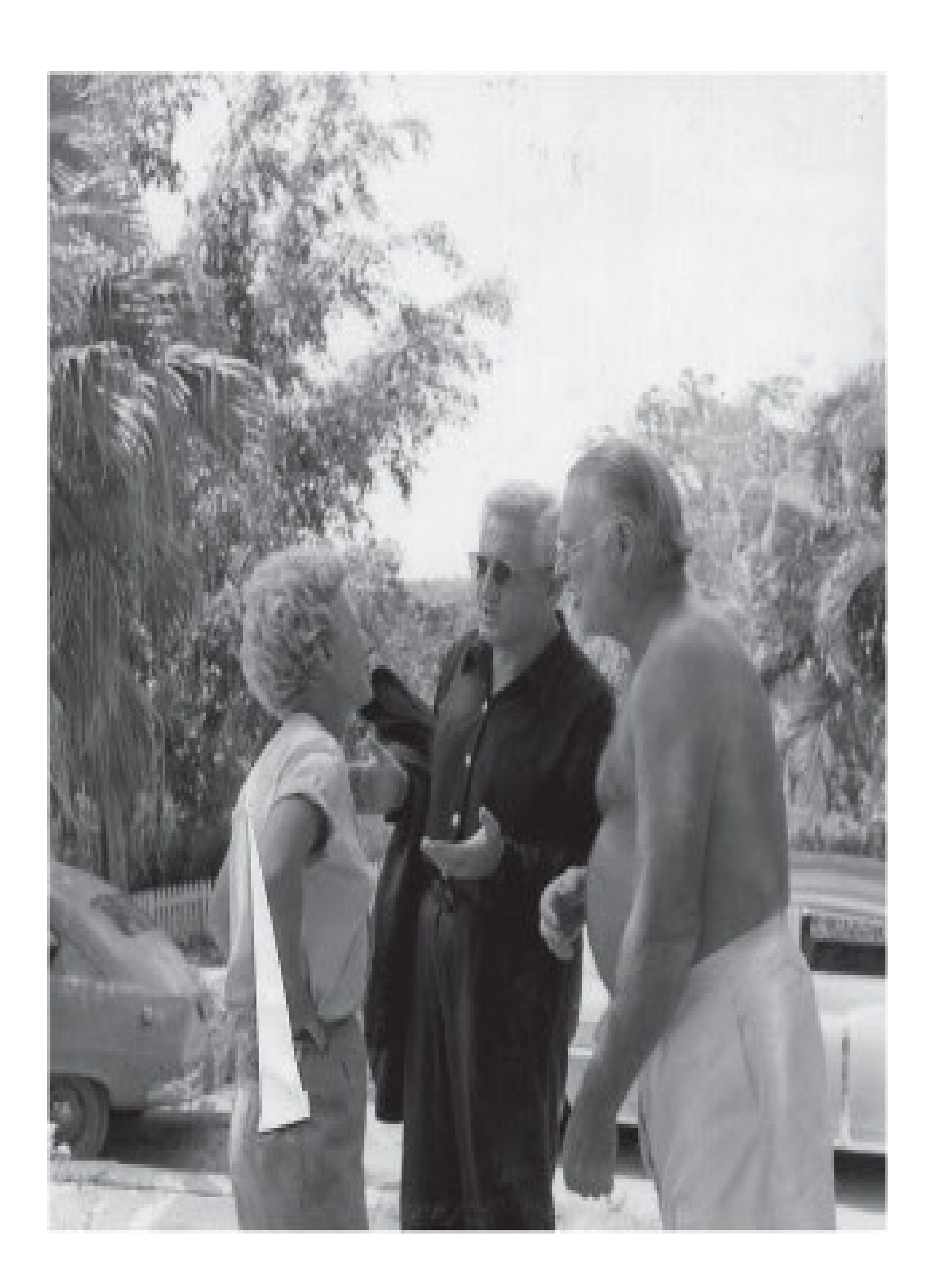
algunos intercambios profesionales sostenidos con Stermayer. Sufría períodos de impotencia, «una enfermedad crónica», que iba y venía. «Eran esos períodos de agresividad y de matanzas de animales en los que daba rienda suelta a problemas profundos de su personalidad. El mismo sentimiento que mostraba hacia las armas; la representación fálica del cañón es bien evidente en su caso».

**[15]**

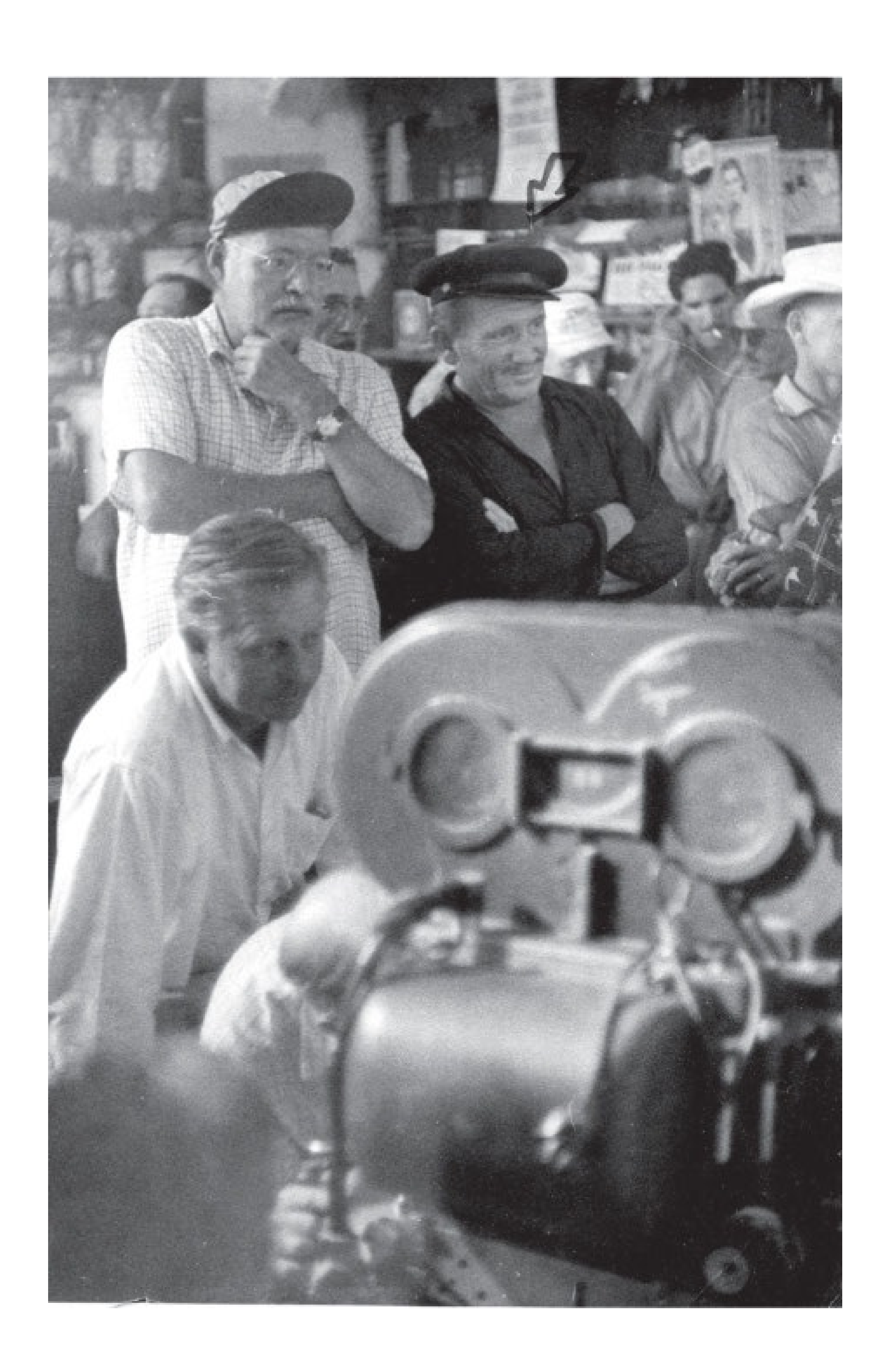
Jamás hablaba de literatura. Solo decía: «Estoy trabajando bien». A ratos informaba: «Hoy hice tantas palabras». En otras ocasiones admitía que estaba «escribiendo malo». Entonces se pasaba tres o cuatro meses sin utilizar un lápiz, ni la máquina de escribir, y eran las épocas en que confesaba estar «aburrido» y bebía en cantidades considerables. Así que aquello de que «la inspiración debía cogerlo trabajando» es solo una frase para la galería.

Su horario, un día de trabajo en Finca Vigía, podía ser de seis horas, desde el amanecer hasta un poco antes del mediodía. De pie frente a su máquina portátil Royal. Cuando terminaba, colocaba un trozo de mineral de cobre sobre las cuartillas escritas y se iba a la piscina o a la cancha, o se cambiaba de ropa y se trasladaba en máquina hasta Cojímar, donde fondeaba el Pilar. Pero si se quedaba en la finca, permanecía en la piscina, nadando, leyendo The New York Times o The New Yorker, tomando los primeros tragos —la pareja de Tom Collins, o el «ginebrazo», o whisky con soda— hasta que René Villarreal venía por el sendero de piedras y anunciaba que el almuerzo estaba servido.

Entonces llegaba Ava Gardner, o Spencer Tracy con Katherine Hepburn, o Jean Paul Sartre (que no era santo de la devoción de Hemingway), o el general Buck Lanham, o los toreros Dominguín y Ordóñez, o el campeón Rocky Marciano, y esa era la circunstancia que obligaba a Hemingway a reducir su jornada de trabajo para dedicar tiempo a las actividades sociales y a la atención de sus visitantes. Días de poca producción, pero de muchas sesiones etílicas.



Spencer Tracy llega a La Habana para comenzar el rodaje de El viejo y el mar. Se va a hospedar con los Hemingway. Finca Vigía, abril 1953. (Roberto Herrera Sotolongo/Norberto Fuentes)



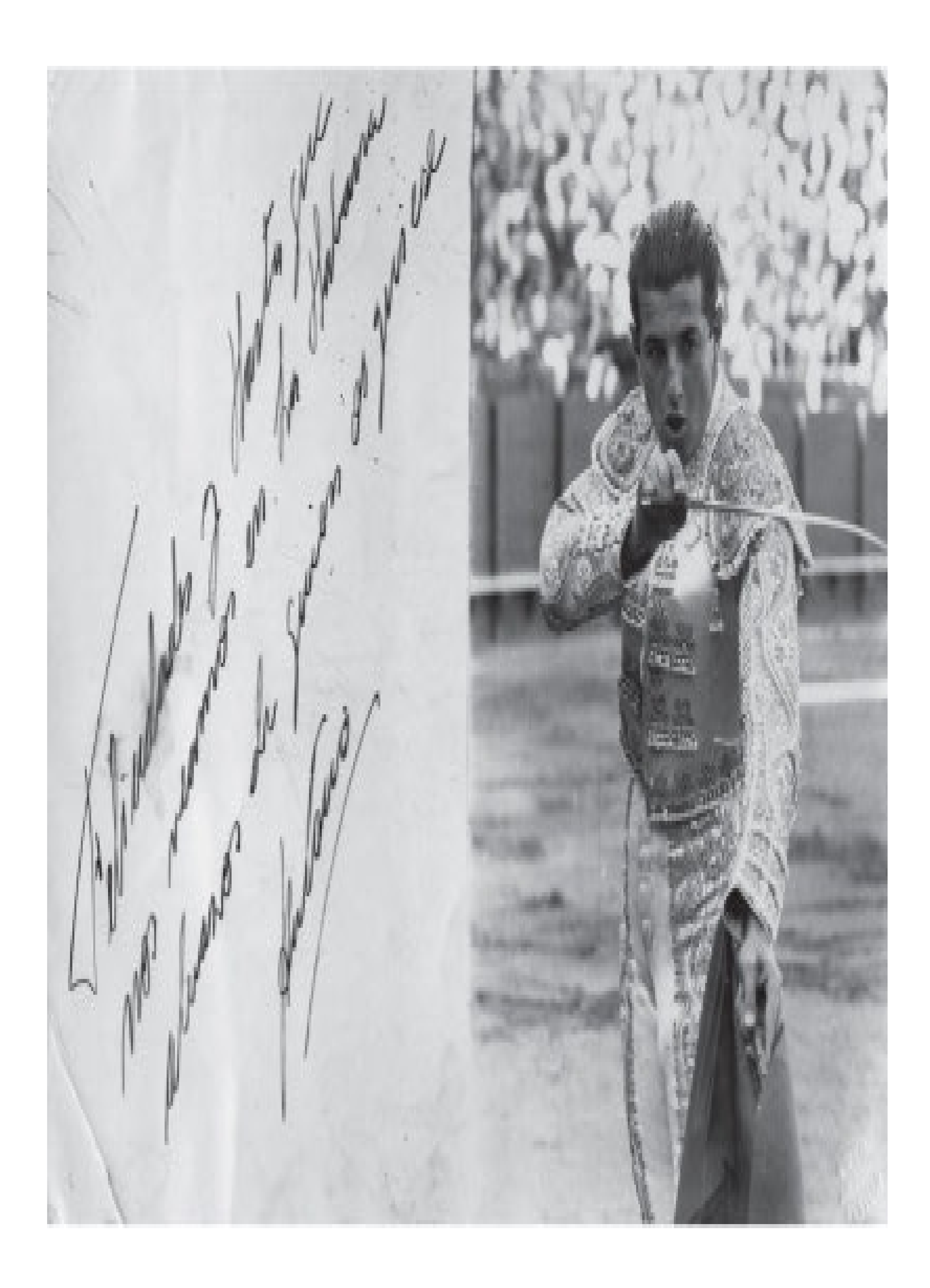
Ernest y Spencer Tracy en Casablanca, en la orilla este de la bahía habanera, durante la filmación de El viejo y el mar. Ernest trae consigo a todos los pescadores de Cojímar y sus alrededores, distante apenas a 7 kilómetros, para que sirvan como extras. Los humildes pescadores de la villa van a ganar buen dinero proveniente de Hollywood. (Roberto Herrera Sotolongo/Norberto Fuentes)

Muchas felicidades

Luis Miguel Dominguín

Madrid 1954

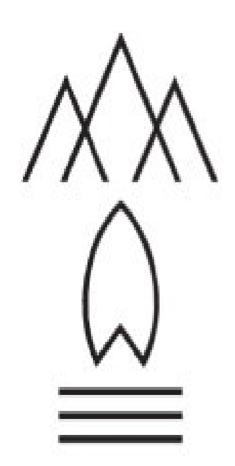
Felicitaciones de Dominguín (probablemente por la obtención del Nobel) en el interior de una tarjeta.



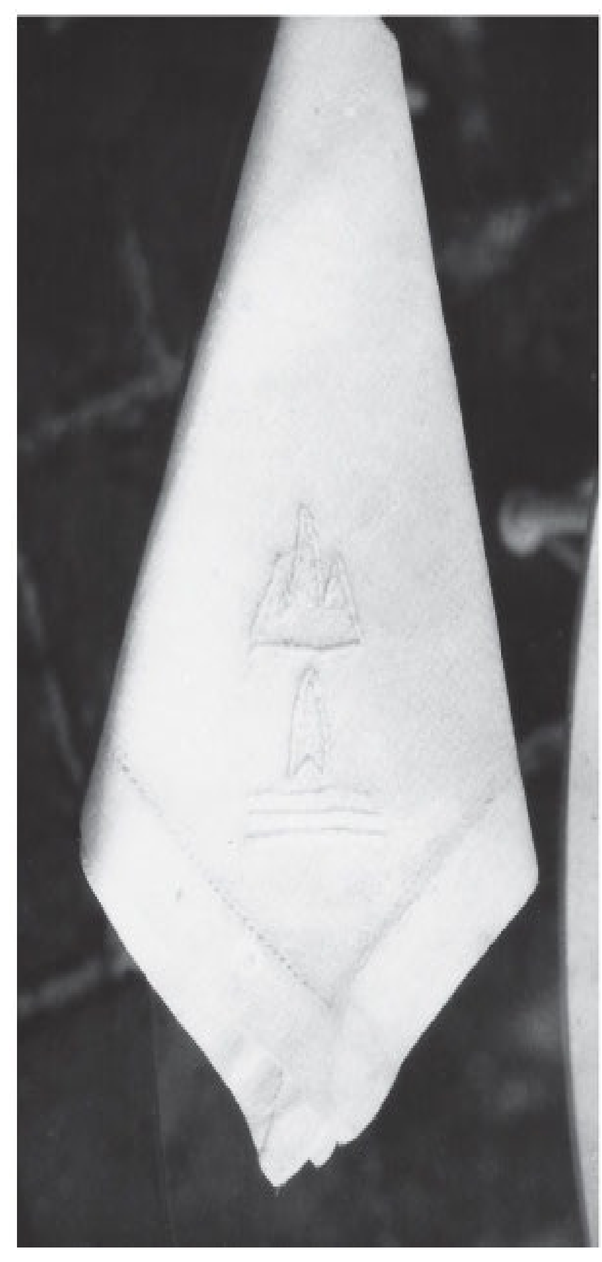
De Antonio Ordoñez sin fechar: «Felicidades y hasta que nos veamos pronto en La Habana».

**[16]**

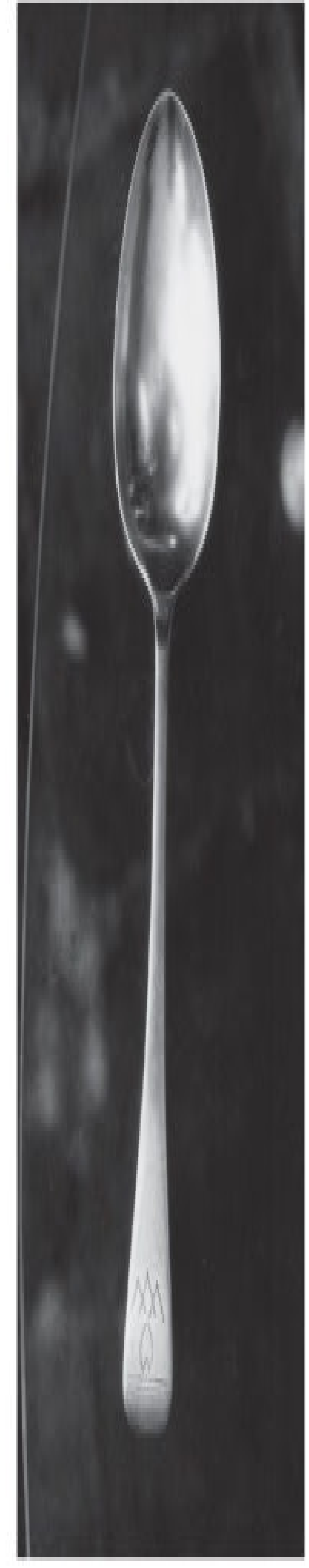
Ernest Hemingway era un anfitrión refinado. Al oficiar una mesa en Finca Vigía no había nada en él que recordara el hosco carácter de sus personajes de ficción. Cuando venían invitados especiales o gente que quería agasajar, Hemingway se ocupaba de seleccionar la vajilla y los cubiertos. Se había mandado hacer una mantelería que tenía bordado en cada pieza el símbolo de la finca: tres colinas, una punta de flecha y las tres barras del grado de capitán. Este motivo se hallaba también grabado en las copas y en los cubiertos de plata e impreso en la loza. Al término de una cena y una buena botella de vino, Ernest Hemingway se ponía a cantar, en castellano o en vasco, canciones como la del Quinto Regimiento, pero era realmente desafinado, como recordarán sus antiguos comensales. Ninguna de las clases de contrabajo que le proporcionó la señora Grace Hall Hemingway logró hacerlo más musical a la hora de vocalizar.







El símbolo de Finca Vigía representa los tres monts de París: Montparnasse, Montmartre y St. Cenevieve, así como las tres colinas que se levantan en el terreno de Finca Vigía. La punta de flecha es de la tribu Ojibway, radicada al norte de Michigan y Minnesota, donde Hemingway pasó su infancia y parte de su juventud. Las tres barras simbolizan el grado de capitán, que ostentaron Hemingway y Mary durante la Segunda Guerra Mundial, así como el hijo mayor del escritor, John, en el cuerpo de paracaidistas. (Enrique de la Uz)



Hemingway presidía sus sobremesas con gracia y sentido del humor, y él mismo se preocupaba de ciertos pormenores, aunque Mary Welsh era eficiente y capaz, como antes lo fue Martha Gellhorn.

Hemingway, según recuerdan sus invitados, era atildado a la hora de sentarse a la mesa; se peinaba, trataba de estar limpio, aunque con su acostumbrada ligereza al vestir: una camisa de guingam y un short, en las ocasiones informales, por ejemplo, los almuerzos de una tarde de verano. Pero en las cenas de gala se ponía su saco de cuadros, su corbata y camisa blanca, y el eficiente René Villarreal debía servir con una filipina* blanca y guantes.

Mary, como anfitriona, tenía sus veleidades románticas que a veces molestaban a Hemingway. Gustaba de comer a la tenue luz de velas en sus fanales. Hemingway protestaba porque no veía lo que ingerían: «Cualquier día nos vamos a comer un cucaracho».

Un motivo adicional de queja por parte de su esposo era la frecuencia con que había espaguetis en la mesa, a pesar de estar servidos con apetitosas salsas. Sin embargo, Hemingway se los comía en silencio, al igual que los espesos caldos de hueso que Mary demoraba cinco o seis días en hacer.

La despensa de los Hemingway nunca dejó de estar bien abastecida. En el sótano había cuatro o cinco congeladores que mantenían numerosos alimentos a 30 grados bajo cero, especialmente mariscos y carne de tortuga. La carne de res se guardaba en paquetes y la de tortuga, en papel parafinado blanco.

Se envolvía y se le ponía su fecha. «Hoy vamos a comer una aguja que tiene ocho meses», le dijo un día Hemingway al cura don Andrés. Hemingway cortaba

los bistés de tortuga y los empaquetaba; guardaba las patas y las colas del animal para hacer sopas. Siempre se iba sacando la carne congelada por las fechas más antiguas.

«Allí no se comía nada fresco», dice Herrera Sotolongo, aunque indudablemente una parte de los vegetales sí lo eran. Esto era responsabilidad de Pichilo. Pichilo recuerda que Mary, para que se preocupara aún más por su trabajo, le insistía: «Al señor Ernesto le gustan los vegetales frescos».

Los Hemingway tenían el hábito de consumir sopa de tortuga, pero helada. Hacían la sopa y la congelaban. Podían conservarla así unos meses. Luego la ponían en una batidora y la servían como si fuera un daiquirí. Sopa frapé de tortuga. Otras veces la servían caliente. La descongelaban y la ponían al fuego.

Pese a las ocasionales protestas, Hemingway aprendió a no desdeñar la sabia dirección culinaria de Mary Welsh. Hubo allí algunos gazpachos memorables y también una serie de platos preparados con bacalao que hicieron relamerse de gusto a más de un comensal.

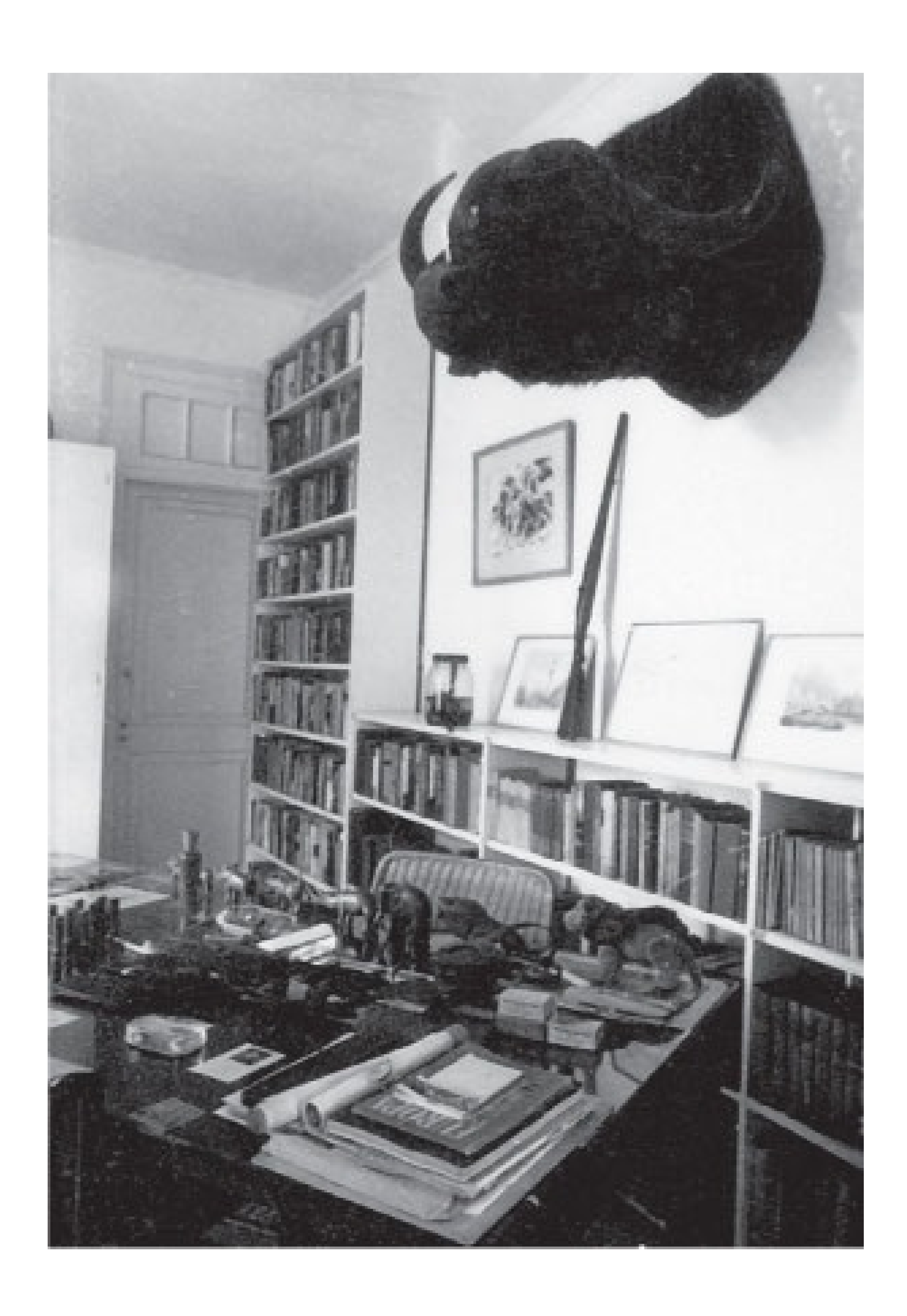
Había pocas contradicciones entre los hábitos de los dos norteamericanos y la comida cubana. El tamaño, por ejemplo, parece haber sido uno de los escasos puntos de objeción. En la finca se conservan notas dirigidas a los criados en las que se ruega que corten las frutas en trozos «mucho más pequeños». Hay una indicación en la que se distingue la caligrafía de Hemingway, que solicita le sirvan los aguacates en pedazos más pequeños, que se reduzca el corte de la masa. Además —y esto era una especie de sacrilegio para los cubanos de la servidumbre—, consideraban el aguacate como fruta y no como vegetal. No lo incluían en la ensalada.

En Finca Vigía había dos cocinas instaladas, una eléctrica y otra vieja de carbón,

grande, fuerte, típicamente criolla; una ancestral cocina cubana que con toda seguridad había sido construida junto con la casa y donde, claro está, prefirió trabajar el cocinero chino. Se recuerda solo su nombre: Ramón. Hemingway disfrutó mucho de los manjares de este cocinero, que empezó a trabajar para él durante el reinado de Martha Gellhorn. Pero Ramón combinaba raras virtudes con peligrosos defectos. La cocina era su reducto inexpugnable y no permitía que nadie entrara ni interfiriera en sus asuntos. Preparaba lo que él quería y hacía postres todos los días, pastelería casi siempre, excelente, desde luego. Mostraba gran paciencia cuando los tres invitados se convertían en seis sin previo aviso. «Oye, Chino, son seis», le decía Hemingway. Y Ramón respondía: «Chino no tiene problemas».

Pero el Chino sí tenía problemas: las botellas no podían entrar mediadas en la cocina. Ramón, el Chino, era un borracho y se tomaba cualquier clase de bebida, vino, ginebra o lo que fuera. «Se murió de un reventón de alcohol, cinco o seis años después de abandonar Finca Vigía», dice Pichilo; «probablemente a fines de la década del cuarenta».

Herrera Sotolongo lo recuerda como un hombre «muy nervioso», que, en cierta ocasión, salió de la cocina con ojos desorbitados y un cuchillo inmenso en la mano, buscando a Juan, el chofer, que le había jugado alguna broma pesada. Parece que era habitual que Ramón saliera de la cocina con ese cuchillo cada vez que algo le salía mal. No asimilaba los contratiempos. Dice Herrera Sotolongo que podía ocurrir que estuvieran almorzando, Hemingway en la punta de la mesa, Martha en otro lado, los invitados en su lugar, y todos saboreando un plato de chop-suey, cuando, de repente, se escuchaba un grito en la cocina y, un segundo después, aparecía Ramón con el cuchillo en la mano diciendo que «él sí que mataba a cualquiera». Bastaba que le ocurriera la cosa más tonta para que se pusiera así. Hasta que un día se escuchó el grito, se abrió la puerta, apareció Ramón con su cuchillo y no pudo articular palabra, «porque fue Ernesto el que soltó su blasfemia cubana habitual: “Me cago en la puta madre”. Y dio un sonoro manotazo sobre la mesa». Hemingway tumbó copas y vasos, y miró a Ramón firmemente. Se acabó el problema. Y se acabó Ramón, porque pidió que le liquidaran los haberes.



Tres protagonistas de las narraciones de Hemingway tuvieron en sus manos la carabina Mannlicher que se conserva sobre el librero. Mary Welsh se la ofreció a Fidel Castro como un recuerdo personal, en agosto de 1961, pocas semanas después de la muerte del escritor. Encima, el búfalo que Hemingway cazó en su safari de 1954. (Enrique de la Uz)

**[17]**

El hogar del matrimonio Hemingway seguía una especie de ritual para su limpieza y cuidado al igual que la mayoría de las casas cubanas. El procedimiento se complicaba debido a las características de los dueños de Finca Vigía y a la diversidad de objetos que tenían allí. Había instrucciones precisas para la conservación del lugar. Revelan la minuciosidad con que se atendía habitualmente la casa.

Los animales disecados y las pieles de todo tipo debían limpiarse con un cepillo de cerdas —nunca de nailon— para quitarles el polvo. No podían lavarse. Los cuernos eran sacudidos y luego se les aplicaba cera de pulimento. Se permitía usar cualquier limpiador para muebles que llevara cera en su composición; si se utilizaba alguno a base de aceite, los cuernos criaban moho. Esta limpieza, tanto de pieles como de cuernos, se efectuaba dos veces al año.

Hemingway compró la alfombra de fibras vegetales de la sala en 1941 en Filipinas. Se conservó reparándola y renovándola con la misma fibra, que es de la planta pandamos; hay dos grandes plantas de este tipo en la finca. René Villarreal sabía cómo cortar y procesar las hojas de pandamos para preparar las cintas y trenzarlas en las partes gastadas de la alfombra. La pieza se hallaba en mal estado en 1961, pero fue reparada una vez más cuando la finca se convirtió en museo.

Muchos de los marcos de las pinturas eran invadidos por el comején. Para matarlo se quitaban las obras de la pared, se colocaban boca abajo sobre una base bien protegida, se cubría la tela con varias capas de papel y se rociaban el marco y los tensores con un spray de veneno contra comejenes. La pintura descansaba boca abajo hasta que el líquido se secara lo suficiente para que no se corriera y manchara el cuadro por la parte posterior, ya que esas manchas no pueden eliminarse.

Los dueños de la casa acostumbraban a quitarle el polvo a cada libro dos veces al año. También rociaban con Flit o un spray similar aquellos ejemplares que tuvieran polillas. A los que no conocían esta labor, era necesario mostrarles cómo abrir los libros, cómo buscar las huellas de las polillas, yendo cuidadosamente de la cubierta anterior a la posterior, aguantando el lomo del libro con la mano izquierda para evitar así que se rompiera. Cuando Hemingway trabajaba en su cuarto, estaba prohibido sacudir los libros cerca de él. Eso le molestaba. Así que existía la posibilidad de que algunos de los libros se quedaran sin desapolillar.

En cuanto a los muebles, la caoba de las mesas de la sala, del comedor y del cuarto de Mary y la majagua* de la biblioteca, se cubrían con un líquido plástico que normalmente se aplicaba cada dos años. De esta forma, la superficie resistía las manchas de vasos o de cualquier otro desecho. El plástico se había deteriorado en 1960 y las mesas se cuarteaban más de lo debido. Razón por la que el líquido plástico de color claro, que permitía que los matices verdaderos resaltaran, debió ser eliminado y vuelto a aplicar.

Los desniveles de los pisos, en especial el de la sala, son consecuencia de las raíces de los árboles cercanos, ya sea de las diez variedades de plantas trepadoras que hay alrededor de la casa o de la ceiba. Para eliminar los desniveles, se quitaban cuidadosamente las maderas del piso y se iba cavando la tierra hasta encontrar la raíz, que se cortaba (si el señor Hemingway no se encontraba en casa); luego se rellenaba el hueco con tierra y se reponían las maderas, que

tenían alrededor de sesenta años en 1961. Era importante que no se rompieran al quitarse, ya que era muy difícil encontrar otras iguales.

Cuando Mary Welsh entregó la casa al Gobierno Revolucionario, se disculpó por el mal estado en que esta se hallaba. Dejó la excusa siguiente por escrito: «Estuvimos demasiado tiempo en España en 1959 y la salud del pobre Ernest me hizo olvidarlo todo en este año que pasó». Y añadió la nota siguiente:

La casita situada a un lado de la residencia era para los invitados y en ella permanecieron en diferentes momentos una gran variedad de personas, incluyendo a Jean Paul Sartre, de París, y Charles Ritz, de París, Gianfranco Ivancich, el poeta y artista de Venecia, Alan Moorehead, el autor de Londres, Fernanda Pivano, la filósofa, y Ettore Sottsass, el artista de Milán, Alfred Vanderbilt, el deportista de Estados Unidos Denis Zaphiro, jefe de partidas de caza y gran cazador de Kajiado, Kenia, los hijos de Ernest y sus esposas y varias bellas muchachas de diferentes lugares.

En la casa principal, la casita y el garaje hay extinguidores que se cargaron por última vez en junio de 1960. Este trabajo lo realizaban los bomberos de la estación de la calle Montserrate, cercana a la tienda de víveres Morro Castle. Unos bomberos viejos y aplicados que no cobraron un centavo por llenar los aparatos. Pero Hemingway los gratificaba siempre (un billetito de cinco o diez pesos resultaba una excelente propina entonces). Se convirtieron por extensión en parte del dispositivo cubano del escritor.

**[18]**

Sonia, la hermana de Ana Tsar, sustituyó al imprevisible cocinero chino y parece que no se presentaron más dificultades en la cocina, aunque desconocemos si la

repostería siguió igual. Hoy nadie sabe a ciencia cierta dónde pueda encontrarse Sonia. Ana Tsar, de ascendencia serbia, era la lavandera y la última sirvienta que trabajó bajo las órdenes de Hemingway. Cuando Mary visitó de nuevo Cuba en 1977, vio a Ana, que había sufrido una trombosis. Probablemente no reconoció a miss Mary. La familia la arregló lo mejor que pudo; la vistieron y la enviaron a la finca a saludar a la viuda del señor Way. Ana estuvo todo el tiempo con una sonrisa hierática, mirando en torno a ella el incomprensible despliegue de los funcionarios y de las grandes limusinas negras del protocolo cubano.

Ana fue testigo de la ejecución de Bigotes, uno de los gatos asesinos que convirtieron temporalmente en una jungla africana los plácidos jardines de Finca Vigía. Bigotes se había aliado con gatos extraños para constituir un sindicato del crimen que liquidó a algunos desprevenidos felinos de la familia Hemingway. Bigotes ya estaba muerto en el corredor, con el hocico cuajado de sangre, y Hemingway, gimoteando, escopeta en mano frente al animal, cuando apareció la lavandera y le preguntó: «¿Por qué llora por un gato si usted ha matado tantos leones?». La respuesta de Hemingway carece de una lógica convincente. Le dijo a Ana: «Porque allá es la guerra y aquí es la paz».

Había dos hermanas de apellido Richard, una de las cuales, Lola, también sirvienta, se suicidó dándose candela* porque, según dejó escrito en un papel, «estaba aburrida de la vida». Mary Welsh consigna con asombro en How It Was esta forma tan cruel de suicidio y el argumento tan insólito para hacerlo.

Mary Welsh también se refiere en su libro a algunos de sus otros empleados, aunque no los menciona a todos. El más famoso, claro está, es René Villarreal, que aparece en todas las biografías en su papel de sirviente fiel.

El chofer Juan Pastor López está descrito en Islas en el Golfo con el nombre literario de Juan. El autor describe a Juan con bastante animadversión. Incluso para sus adentros Thomas Hudson lo llama «hijo de puta», mientras Juan conduce el automóvil desde la finca hasta la embajada norteamericana. Mary

Welsh en How It Was ofrece una imagen diferente: en cierta ocasión Juan encontró una cartera perteneciente a Adriana Ivancich, que se había perdido en un resquicio del garaje. La cartera contenía veintisiete mil dólares, suficiente dinero para resolver todos los problemas en la vida de varios Juanes. Nadie lo hubiese descubierto, pero Juan la devolvió.

Arnoldo es uno de los plomeros mencionados por Mary Welsh, pero la información es insuficiente y hoy nadie puede decir cómo era ni dónde está. Había otro plomero, el pequeño Anchía, al que Hemingway una vez le jugó una broma pesada tirándolo a la piscina en un día de intenso invierno. Estaba también Roberto Herrera Sotolongo, otro personaje importante, hermano del médico José Luis, quien tuvo a su cargo la administración de la finca casi desde principios de la década de los cuarenta; fue uno de los integrantes de la operación de persecución de submarinos alemanes a bordo del Pilar. Después de la muerte de Hemingway tuvo tiempo de graduarse de médico, con casi cincuenta años de edad, gracias a un plan de estudios del gobierno revolucionario, pero siguió manteniendo una estrecha vigilancia sobre la finca, aunque ya Hemingway no se encontrara en ella y la casa estuviera convertida en museo. Falleció a causa de un infarto el 13 de octubre de 1970.

Uno de los antiguos vecinos de San Francisco revela una faceta doméstica de Ernest Hemingway: el hombre preocupado por construirse un santuario inexpugnable. En 1979 Francisco Castro tenía 76 años de edad y llevaba 39 viviendo en el pueblo. Pancho Castro, el ebanista, cuenta:

Vine a vivir aquí por Ernest Hemingway. Yo trabajaba en el hotel Ambos Mundos y él me veía allí a menudo. Cuando se mudó para acá, necesitó de un carpintero ebanista. Fue a buscarme al Ambos Mundos, donde me encontraba construyendo las ventanas giratorias del hotel, y me dijo que quería invitarme a una cerveza. Fuimos a la Casa Recalt que estaba frente al hotel y me dijo: «Tome una cerveza y vaya a trabajar a mi casa. Solo me tiene que decir cuánto es lo que quiere ganar». Hicimos trato porque él era un hombre recto y muy buena persona. Estuve con él hasta 1952. Para entonces ya había hecho mi vida en este

pueblo, hacia donde me había mudado, y aquí me quedé.

Pancho Castro, un hombre de baja estatura pero de sólida musculatura, habla con un inconfundible acento español; fue uno de los personajes de los que Hemingway se rodeó para mantener a flote su hogar y facilitarse la vida y disponer de sus comodidades. Pancho construyó casi todos los muebles de la casa de Hemingway: el revistero en una esquina de la sala, que aparece en muchas fotos de los años cincuenta, y la mesa redonda, blanca, que se encuentra en el centro de la sala, y el mobiliario completo de esa estancia, la mesa-bar que quedaba a la izquierda de la poltrona de Hemingway y los mobiliarios completos del comedor, la biblioteca y la habitación de miss Mary. Hoy día estos objetos son considerados valiosas piezas de museo. «El diseño regularmente lo hacía Miss Mary, aunque yo siempre le ponía algo mío. Los muebles había que hacerlos cómodos y funcionales, y la madera que se encargaba era la mejor: caoba y majagua, las maderas preciosas cubanas. En cierta ocasión Hemingway me pidió que realizara un trabajo en el Pilar. Pero tuve que negarme. Yo no soy carpintero de ribera, sino de tierra firme».

Pancho entró a trabajar en la época de Martha Gellhorn, de quien dice «tenía otro carácter»; esta le ordenaba otras labores, Martha no se ocupaba de diseñar muebles. Muchas veces, incluso tiempo después de que él dejara Finca Vigía, Hemingway le enviaba a Pancho Castro el producto de sus pescas.

A fines de los años cuarenta contribuyó como carpintero a la construcción de la torre de mampostería de tres pisos situada en la parte más elevada de Finca Vigía.

Cecilio Doma fue el carpintero que sustituyó a Francisco Castro a principios de los cincuenta. «Cecilio es ya difunto» es la única explicación que se puede obtener de él en San Francisco de Paula*.



La biblioteca fue originalmente una habitación para invitados. Mary la transformó en 1949 debido a la acumulación progresiva de libros. Mary diseñó el mobiliario y Francisco Castro, un carpintero de la localidad, lo construyó con majagua, una de las maderas preciosas cubanas. El león en primer plano fue cazado por Hemingway en 1934, en su primer safari. (Enrique de la Uz)


207-A

Ernest Hemingway mató su primer león africano en enero de 1934. Este león, adulto, pesado, que convertiría en su más preciado trofeo, extendido como una alfombra, en Finca Vigía. Para el crítico literario Edmund Wilson, sin embargo, la aventura merecía poco y la foto, menos. «Se parece demasiado a Clark Gable —dijo Wilson— para ser un buen escritor».



En la sala, la poltrona favorita. La de las lecturas en la tarde. Durante muchos años conservó el molde de su cuerpo. A la izquierda la mesa-bar que él mismo diseñara para tener sus tragos a la mano. (Enrique de la Uz)



El escenario desde su poltrona. (Enrique de la Uz)

**[19]**

Según el censo particular de Hemingway, año 1957, la población felina de Finca Vigía constaba de 57 gatos —43 grandes y 14 pequeños—. Vivían en la gatera, en el primer piso de la torre. Hemingway creía que había logrado una raza original a partir de los gatos criollos (cubanos) y de angora. Fomentó la tradición de ponerles nombres que incluyeran siempre la letra ese. Estaba convencido de que a estos animales les atraía esa consonante al ser alargada su pronunciación. De ahí, Boise, Missouri, Spendy.

El más viejo de los gatos se llamó Ambrosy y sobrevivió ocho años a Hemingway, hasta 1969. Vivió en total dieciséis años y los empleados cubanos de la finca lo llamaban por su nombre español: Ambrosio. Era un animal blanco y negro, que es recordado por sus ataques de neurosis y su costumbre de registrar la alacena de Finca Vigía.

El más famoso fue Boise, el personaje de Islas en el Golfo; en la novela se dice que fue un regalo del propietario de La Terraza, de Cojímar, pero, en realidad, Gregorio Fuentes se lo obsequió al escritor. Boise era un gato viejo y mal educado. Consentido por su dueño, se subía a la mesa a la hora de las comidas. El cura don Andrés tenía esta imagen fija: al fondo, La masía, de Miró, Hemingway presidiendo la mesa y dándole comida y vino al animal.



*La granja, de Joan Miró, el kudú de Las verdes colinas de África, y el gato Boise de Islas en el Golfo conjuran la sobremesa de un comedor cubano.*

El gato Bigotes tiene también su leyenda en la finca. Ya se ha mencionado su ajusticiamiento. Se había aliado con un gato rubio, forastero y agresivo. Una noche, en un rincón de la finca, mataron a la gata favorita de Mary. «Ellos han sido», dijo Hemingway, cuando René Villarreal trajo al mediodía la noticia de que el cadáver había aparecido. Hemingway almorzó tranquilo. Después fue a su cuarto y regresó con el Winchester 22. En el pasillo, Bigotes se frotaba los pies. «Está ajeno y distante —dijo Hemingway—, pero tengo que hacerlo porque se ha acostumbrado y a partir de ahora seguirá matando». Un crimen es solo el inicio de un asesino. Desde el umbral de la puerta le apuntó a la cabeza y apretó el gatillo. El animal fue proyectado como un balón de fútbol. Con un solo disparo Hemingway cerraba el caso Bigotes.

Después surgieron otros dos rebeldes que fundaron un nuevo sindicato para matar por envidia: Fatso y Shopsky, una abreviatura de Barber Shop. La tragedia comenzó la mañana que Spendy apareció muerto. Luego Ecstasy, sin salvación, el pecho desgarrado y la cuenca del ojo derecho vacía. Hemingway sorprendió a Shopsky mientras vivaqueaba en el patio, atento a los movimientos de un sinsonte*. Hemingway lo llamó a sus pies y Shopsky, obediente, se le acercó. Hemingway apoyó el cañón del Winchester 22 en la cabeza del animal. El plomazo lo aplastó contra la tierra. «Ahora tengo que matar al otro». Lo vio a lo lejos, bajo el sol. Montó otra vez la carabina y casi al unísono con el estruendo del disparo Fatso dio su última pirueta.

La sangre continúa en este relato. Sangre de gato. Fue en el verano de 1960, cuando una gatita de Hemingway (el nombre no se ha conservado) se enamoró de un felino negro residente en las afueras de la finca. La gata hacía excursiones frecuentes al exterior en busca de su pareja cuando una mañana no tomó el debido cuidado al cruzar la Carretera Central. Un vehículo la atropelló. Herida de muerte, arrastrándose, llegó hasta la puerta de la casa. Hemingway escuchó

los maullidos y le dijo a René Villarreal que trajera el Winchester. René se acercó con el arma, la montó y preguntó: «¿Le disparo, Papa?». La respuesta de Hemingway, con los dientes apretados, fue arrebatarle el Winchester de un manotazo y decirle en un español sonoro: «Dame acá, que a los míos los mato yo».

**[20]**

Los costes de Finca Vigía —según cálculos aproximados— fluctuaban entre dos mil y cuatro mil pesos mensuales. Este era el precio de la estancia de Hemingway en Cuba. Con ellos cubría los impuestos de su propiedad, el sueldo de nueve empleados (el número podía variar de acuerdo con los trabajos que se realizaran), la compra de víveres y bebidas, abonos y camiones de tierra para las plantas del jardín y el mantenimiento de la piscina, a la que hubo que instalarle una planta purificadera de agua. Herrera Sotolongo y Juan Duñabeitía, Sinsky, ayudaron muchas veces a preparar los estados de cuentas de la casa, y el primero afirma que cuatro mil pesos es la cifra aproximada de sus gastos mensuales, una suma apreciable. Casi cincuenta mil al año (el peso cubano a la par del dólar), o un mínimo de veinticinco mil o treinta mil, de cualquier manera, una suma muy elevada entonces. En los gastos hay que incluir la cuenta del Floridita —se le enviaban mensualmente los vales con su nombre; Hemingway los revisaba someramente y firmaba el cheque—, el mantenimiento del Pilar y el pago de los clubes y sociedades a los que pertenecía, como el Club de Cazadores del Cerro y las asociaciones de yatistas*.

El dispositivo cubano era extenso. Además del Floridita, había otros lugares de los que era habitué y donde su firma estaba autorizada. Como es de suponer, no era un hombre que llevara dinero encima. Su firma era aceptada en La Terraza de Cojímar, en el Centro Vasco, en La Zaragozana y, según algunos, en La Bodeguita del Medio. Entre los papeles de la finca pueden hallarse remisiones* de estos lugares —ninguna de la Bodeguita— y, especialmente, las liquidaciones de color amarillo impresas en papel cebolla de la Casa Recalt, donde Hemingway adquiría las bebidas que se consumían en Finca Vigía; asimismo,

otras cuentas procedentes de la tienda de víveres Morro Castle. (Algunos de estos establecimientos han desaparecido). Hay montañas de remisiones originadas en Florida y Nueva York, casi siempre dirigidas a Mary Hemingway, relativas al envío de abonos, semillas y componentes químicos para la siembra. Estos desembolsos pueden confrontarse en parte con algunas libretas de banco vencidas que aún se encuentran en Finca Vigía.

Pudo haber meses de menos gastos, quizás los de dos mil pesos. Pero lo usual era que fueran mayores. Si todos los argumentos de los informantes son ciertos, eso significa aproximadamente, tomando la cantidad mayor, un millón de dólares gastados por Hemingway en sus veinte años de estancia en Cuba**.

Hemingway —una vez al año, hacia diciembre— dedicaba un tiempo a los cobradores norteamericanos de impuestos. Aunque vivía en Cuba, continuaba siendo ciudadano de su país. Pero alimentaba un rencor especial por estos funcionarios y por el desempeño de sus labores. En una carta de 1935 a Iván Kashkin, decía del Estado: «Hasta ahora no ha significado para mí más que impuestos arbitrarios». En algunas de las biografías de Hemingway se informa de que al final de su vida —y como consecuencia de su paranoia o semilocura— la emprendió contra los cobradores de impuestos. Veía a estos agentes por todos lados. Sin embargo, cierta base real alimentaba este delirio de persecución. Según contaba Roberto Herrera Sotolongo, cada año él lo ayudaba a preparar sus estados de cuentas y a aumentarlos artificialmente con el deliberado propósito de burlar el fisco.

**[21]**

Hemingway era un poco maniático en cuanto a los papeles, especialmente las cartas. Es increíble la fijación, que podemos considerar una tendencia profesional, de ciertos escritores con los papeles, cualquier clase de papel. Hemingway guardaba todo material impreso, incluso periódicos y revistas. Hay

un par de escaparates en su casa repletos de viejas revistas norteamericanas (a pesar de las que Mary quemó en agosto de 1961). En su archivo se pueden encontrar los recortes de las críticas que aparecieron en Estados Unidos cuando se publicó su primer libro. Suman centenares, y a veces es la misma reseña que fue reproducida en una docena de periódicos norteamericanos. Algunas de las pocas personas que tenían acceso a Finca Vigía vieron una misma carta durante años encima de su cama. José Luis Herrera Sotolongo, filatelista, tenía la autorización de Hemingway para arrancar los sellos, pero no para mover las cartas del lugar que ocupaban en la cama. De cualquier manera, el médico no despegaba los sellos. «A él le gustaba tener las cartas como las había colocado en el momento de recibirlas, y algunas podían pasarse años en la cama donde él dormía, donde se supone que él dormía. En realidad, no dormía casi nunca en esa cama, sino en la habitación de su esposa».

Es evidente que había un orden dentro del desorden. La correspondencia llegaba a cubrir el lecho, pero estaba colocada de acuerdo con un sistema que solo Hemingway era capaz de entender.

En cierta época el volumen de estas misivas llegadas a Finca Vigía fue tan grande que se creó la necesidad de buscar un secretario. Roberto Herrera Sotolongo era la persona indicada. Roberto organizó el archivo y la correspondencia de Hemingway. Algunos años después de la muerte del escritor, en las últimas semanas de vida del propio Roberto, su máxima preocupación era saber el paradero de la nutrida papelería de Finca Vigía. Faltan muchos documentos y cartas. Pero, lamentablemente, Finca Vigía fue tierra de nadie desde la noticia del suicidio de Hemingway hasta que Mary Welsh hizo entrega oficial de la propiedad al gobierno cubano en agosto de 1961. Amigos y empleados tuvieron libre acceso a la casa y la papelería durante casi un mes. Y, después, Mary Welsh no ofreció detalles de los papeles que se llevaba. El gobierno revolucionario le había autorizado el traslado de documentos y objetos de todo tipo a Estados Unidos. Lo que ha llegado a nosotros es el contenido de un archivo metálico, un baúl de madera y algunas cajas repletas de fotografías, así como una docena de viejas cuartillas manuscritas.

Hubo pérdidas, al menos temporales, en vida del propio Hemingway. La medalla del Premio Nobel se extravió en cierta ocasión. Estuvo bastante tiempo perdida y los hermanos Herrera Sotolongo, especialmente José Luis, fueron los que más influyeron sobre Hemingway para que tomara medidas. Él decía: «No, vamos a dejarlo, vamos a dejar eso así... Eso no significa nada». Pero la insistencia fue tal, que Hemingway inició algunas gestiones y obtuvo su devolución. Aunque nunca reveló quién la sustrajo.

En la actualidad la medalla del Premio Nobel de Literatura concedida a Hemingway se encuentra en la Capilla de los Milagros de la Basílica de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, cercana a Santiago de Cuba. El escritor la entregó al periodista Fernando G. Campoamor en el homenaje organizado por la cervecería Hatuey. Tiempo después llegó a manos del arzobispo de Santiago de Cuba, monseñor Enrique Pérez Serantes, quien la envió a este santuario. En la basílica hay una foto tomada de la revista Life donde aparecen en el acto de entrega Fernando G. Campoamor, Hemingway y la medalla en su estuche. Ese fue el destino que el escritor le dio. «Pero ha habido falsas interpretaciones también respecto a este gesto de Ernesto», dice José Luis Herrera Sotolongo. «Él se la regaló al pueblo de Cuba. Hemingway estaba pensando que los gobernantes de Cuba en aquella época eran unos ladrones, y calculó, con razón, que el único sitio seguro donde podía estar la medalla era en el santuario del Cobre».

Hemingway tenía muy en cuenta ciertos hechos que habían ocurrido en el país, especialmente el robo de un fabuloso diamante bajo la cúpula del Capitolio Nacional que marcaba el kilómetro cero de la Carretera Central. Había desaparecido y al poco tiempo volvía a aparecer ¡en una gaveta del buró del presidente de la República!

---

* Una moneda equivalía a cinco pesos; el término procede de una costumbre española.

* Gafas de sol.

* Por encargo.

* Considerado como el principal hito vegetal en el terreno, la atención que se le dispensó tiene un claro origen: el empeño de Fidel Castro por mantener a flote la memoria del ilustre novelista y, sobre todo, hacer valer su promesa a Mary de que todo «se mantendría igual en la finca», según lo pactado en agosto de 1961. Más adelante se describe el encuentro.

* La barreta es una barra de madera con punta de hierro en un extremo que se utiliza para abrir agujeros en la tierra para sembrar.

* ¡Maldita sea!

* Galardón.

* Combinados.

* El ponche es el punto que el lanzador gana al bateador.

** Tela de algodón de estampado con cuadrículas blancas y oscuras intercaladas (del inglés ginham).

* Para el común de los cubanos, sin embargo, constituye una de sus más divertidas y atractivas costumbres. En todo su espectro, las cosas de relajo van desde los chascarrillos de tono grueso y con abundancia de las palabras más sucias del idioma para designar los órganos sexuales, hasta el chismorreteo sobre la conducta de alcoba de sus vecinos o conocidos.

* Chaqueta de hombre con cuello de estilo chino, sin solapas.

* Madera del árbol del mismo nombre, propio de terrenos anegadizos de la isla de Cuba.

* Quemándose a lo bonzo.

* El personal que en Finca Vigía y a bordo del Pilar le facilitara la vida al escritor estuvo presente en las disposiciones finales del matrimonio Hemingway. Información sobre los herederos cubanos (y sus herencias) aparece más adelante, en el capítulo 33, titulado «El último americano».

* Pájaro de plumaje pardo, con las extremidades de las alas y de la cola, el pecho y el vientre blancos, cuyo canto es muy variado y melodioso.

* Deportistas y aficionados a la navegación.

* Pagarés.

** Ernest Hemingway dejó en herencia una cantidad bruta de 1 410 310 dólares, de la que su única beneficiaria, su viuda Mary Welsh, debió recibir cerca de un millón. El resto se perdió en impuestos, varias deudas, gastos legales y derivados de su funeral. Las propiedades del escritor fueron divididas en tres categorías: bonos y depósitos (418 933 dólares), propiedades diversas (801 766 dólares) y acciones, hipotecas y efectivo (189 611 dólares). La cantidad bruta de su fortuna quedó finalmente ajustada en 1 289 336 dólares después de la deducción de 62 545 por el funeral y gastos administrativos y 58 529 de deudas. La viuda debió recibir la mitad del resultado neto de los bienes (644 618 dólares), puesto que la otra mitad fue para impuestos estatales y federales. Hemingway tenía propiedades en 36 compañías, en acciones y valores, que le proporcionaron los mayores ingresos de su vida, justo cinco años antes de suicidarse. Parte de su fortuna estaba invertida en Eastman Kodak, General Motors, Bethlehem Steel y American Telephone and Telegraph Company. Por otra parte, Charles Scribner & Sons, editores de Hemingway por 36 años, le pagaron al autor 179 135 dólares en conceptos de royalties en los cinco años previos a su muerte, de los cuales 61 429 dólares fueron por El viejo y el mar.

## 5

# Padrino

La crítica cree ver una metáfora: Ernerst Hemingway buscaba el Ngàje Ngài, La Casa de Dios. Son críticos severos y se pronuncian a distancia. El esqueleto seco y helado de un leopardo en las proximidades del monte Kilimanjaro simbolizaría el propósito del escritor. Se trata, en todo caso, de un interés habitual en la literatura al que Hemingway no se refirió jamás en broma. No le dedicó una sola de sus famosas boutades: la inmortalidad.

Mas había otras posibilidades de obtener ese estado de laxitud inmemorial a la que han aspirado tantas generaciones (no solo de poetas) y que ciertas informaciones recientes nos permiten decir que fueron tentadas por el a todas luces duro Hemingway. Tienen relación con los múltiples amuletos africanos que se encuentran en Finca Vigía, y que Mary, su mujer, comedida y anglicana, describía a sus visitantes como souvenirs de los safaris.

Lucía Castillo Cabrera, 69 años (en mayo de 1987), afirmaba otra cosa mucho más categórica. Que Hemingway «creía». En el habla popular cubana, significa que una persona se ha iniciado en alguna de las religiones sincréticas que pululan en la isla. Con fuertes ingredientes católicos, las deidades y ritos cristianos sucumben, no obstante, a las motivaciones y necesidades culturales de la masa de esclavos negros traídos a Cuba durante cuatro siglos. Despreciados y hasta perseguidos por el fariseísmo de las clases dominantes, los santeros cubanos debían refugiarse en una actividad semiclandestina.

Juan Pastor López Gómez, que murió exactamente a las doce de la noche del 7 (¿o el 8?) de septiembre de l967, decía haber conocido dos afectos verdaderos en su vida: el de Lucía Castillo Cabrera, su mujer, y el de Ernest Miller Hemingway, su patrón. Lucía declara que fue la muerte de Hemingway la que provocó la de su marido. Juan Pastor nunca fue el mismo desde el fallecimiento del americano. Antes, según la descripción de Lucía, había sido «un negro hermoso, de cachetes rosados, muy elegante con su traje gris y su corbata negra». Conoció la noticia de la muerte de Hemingway y le entró una especie de estado depresivo permanente. Luego lo agarró un cáncer. Hemingway había dejado en herencia a su antiguo chofer dos auténticos tesoros: su Buick y su Chevrolet pick-up.

En cierta ocasión, hacia los años cincuenta, cuando la muerte aún no asomaba por los vergeles de Finca Vigía, cuando las fiestas parecían interminables y las guerras eran cosas remotas y ajenas y se vivía para escribir y para recibir los homenajes y Mary cuidaba los rosales, Hemingway creyó reconocer la primera señal, apenas perceptible, subyacente, silenciosa. Llamó a su chofer y preguntó, con la voz paternal de estas situaciones:

—Juan, tengo entendido que su señora está enferma y que no encuentra alivio. ¿Es cierto?

Juan dijo que sí. Lucía estaba enferma, pero «solo un poquito». Estaba yendo al médico. Nada grave. Bueno, pensaba que no era nada grave. Cierto que nadie descubría el origen de la enfermedad. Pero las cosas seguían su curso.

—No, Juan. No es así. Debes llevarla a una persona. Yo no tengo que decirte quién.

Era Arsenio, uno de los santeros residentes en la villa de Guanabacoa, tirando al

noroeste de San Francisco de Paula, ahí cerca. Su reputación como santero que obraba auténticos milagros llega a nuestros días. Anteriormente había atendido al mismo Hemingway y lo había sacado de algunas depresiones. Hemingway, a su vez, en agosto de 1954 había puesto al torero Luis Miguel Dominguín en manos del mismo sacerdote y curandero para que (sic.) le «devolviera los cojones», es decir, lo ayudara a recuperar el antiguo valor que lo acompañaba en el ruedo. Pero un «tratamiento» de la clase requerida por Lucía solía ser caro, máxime para gente de tan escasos recursos; se trataba de una secuencia de ceremonias para iniciados que incluye llevar durante varios meses ropa y calzado blancos y que en la Cuba de entonces salía en unos mil pesos, una verdadera fortuna.

La suma es considerable todavía hoy. Hemingway lo desembolsó todo. Debía aceptarse como un regalo a Juan y su familia. No le afectó el modesto salario a su chofer, ciento veinte pesos mensuales. Solo le dijo, en el estilo habitual: «Ella ha visto a quien tenía que ver. Ha hecho lo que tenía que hacer».

Para los probables escépticos, Lucía tenía algunas preguntas. Era de su máximo interés que se transmitieran. ¿Por qué la casa llena de amuletos africanos? ¿Por qué la devoción hacia la ceiba que crecía en el jardín de su casa? ¿Por qué escribía descalzo sobre una piel de lesser kudú*?

La ceiba se convirtió en una especie de símbolo de Finca Vigía por cerca de un siglo, como se ha indicado; aparecía en todas las fotos, robusta y chaparra, justo a la izquierda de la puerta revestida de tela metálica. La ceiba es el árbol sagrado de las religiones afrocubanas, en la que se le llama arabba. Hemingway había dicho a sus amigos en muchas ocasiones que le gustaría que lo enterraran al pie de este árbol. Consideraba que era un sitio apropiado para su tumba, sin lápidas ni túmulos. Solo la ceiba y él.

Una noticia de alguna manera imprescindible en este contexto es que en 1983 la administración socialista del Museo Hemingway de La Habana se vio en la

penosa necesidad de talar la ceiba debido a que se encontraba «enferma». Un doctor en botánica determinó que tenía más de ciento cincuenta años y que ya no aguantaba más. Era una especie de ceiba melancólica y solitaria que estaba pudriéndose. A la administración se le ofreció la gran oportunidad. Se acababan los problemas de rehabilitación de los cimientos y pisos de la instalación. Las raíces nunca encontraron agua, pero tampoco retrocedieron. Una ceiba joven y de escaso metro y medio de estatura fue plantada en el mismo lugar. De esta forma se transfirió a la administración del año 2120 el problema de las raíces y las losas.

Sin embargo, una cosa a seguir de cerca será el destino de los cinco fornidos, saludables y despreocupados taladores de la Empresa de Jardinería y Botánica H-17, perteneciente al Poder Popular de Ciudad de La Habana, que tuvieron a su cargo la tarea de convertir en leña el árbol bajo cuyos ramajes desnudos Hemingway quiso dormir el sueño eterno.

Una pesquisa en profundidad permite inventariar los siguientes objetos conservados en Finca Vigía: entre la sala y el comedor, en una repisa, hay varias tallas africanas en madera. En otra repisa, un pájaro tallado en cuerno de antílope africano. En la biblioteca, frente a la sala, candelabros dorados con forma de cabezas de ángeles. En la misma biblioteca, la alfombra del sofá es una pieza auténtica usada para sus oraciones por los musulmanes en Mombasa, África. En la habitación de Hemingway, colocada sobre el escritorio, una piel de kudú. En la misma habitación, frente al buró, cuchillos y bastones regalados a Hemingway por jefes de tribus masái y wakamba. Entre los objetos sobre el buró se encuentran tallas religiosas de Machakos, África oriental. En el Cuarto Veneciano, encima del librero de los bolsilibros, hay una máscara ritual de ceremonias de los wakamba, otra máscara tallada en madera, un colmillo de jabalí, brazaletes de cuentas regalados por las mujeres wakamba cerca de los pantanos de Kimana, Kenia, un tocado ceremonial de cuentas de los masái y un cuerno en forma de riñón que se usa para transportar fuego en la estación lluviosa.

Todo esto era símbolo inequívoco de una filiación para Lucía Castillo Cabrera. No solo enaltecía ante ella al padrino-escritor, sino que le servía para identificarse con él. Y dondequiera que Hemingway se encuentre ahora (que, por cierto, no es entreverado en las raíces de su vieja y robusta ceiba) debe saber que siempre hay un vaso de agua fresca y una plegaria a su nombre en la casa y en los labios de una humilde negra cubana. Humilde, pero a la que no se le hacen cuentos.



El reposo del guerrero. En el llamado Cuarto Veneciano, un nombre quizá en exceso delicado para una habitación tan desordenada (al menos hoy). Aquí alojaba el matrimonio a algunos de sus invitados. Al mobiliario, que fue construido con maderas cubanas, Ernest incorporó dos banquetas del Floridita. (Roberto Herrera Sotolongo/Norberto Fuentes)



Lucía Castillo en su casa, circa 2001. (Enrique Serbeto) ¿Un iniciado se comunica con su amuleto? En realidad, se trata de un recipiente hecho de un cuerno labrado en forma de riñón que los masai usan para transportar fuego en la estación lluviosa. (Roberto Herrera Sotolongo/Norberto Fuentes)

* El kudú es un antílope africano. El adjetivo lesser (‘menor’) se utiliza para establecer la comparación con otra piel semejante que, adornando una de las paredes, procedería de un animal idéntico pero de mayor tamaño y que se denomina más adelante greater kudú.

## 6

## El exorcista

«Hemingway no tenía religión», dice José Luis Herrera Sotolongo, y añade un elemento curioso: «Mas tenía una protección por parte de los jesuitas. No sé por qué, pero una cosa que, al parecer, venía de los ancestros familiares». De acuerdo con esto, Hemingway estaba bajo el amparo de los jesuitas. Podía contar con la ayuda de esta orden en un momento determinado, o esconderse en uno de sus conventos, o hacer uso de ellos. Hemingway recibía por correo una publicación norteamericana de la orden.

Desde luego, aunque no fuera religioso, esto no quiere decir que no fuera supersticioso. Lo era, y bastante. Llevaba una luckystone en el bolsillo. Él mismo la llamaba así. «¿Tienes la tuya?», me preguntaba. En realidad, era una piedra cualquiera. En Cuba las llaman chinas pelonas. Para algunos, estas poseen propiedades magnéticas. Yo llevaba una en el bolsillo para complacerlo.

Hemingway tenía predilección por el número 13, ya que lo interpretaba como de buena suerte (para casi todo el mundo significa lo contrario), y las matrículas de todos sus automóviles llevaban un 13 en algún lugar. Las obtenía con facilidad porque nadie las quería. Pero sus manías iban más allá de su fascinación por este número y de la costumbre de obligar a sus amigos a llevar una china pelona en el bolsillo. En una oportunidad Hemingway quiso ponerse aretes. «Tienes que hacerme los agujeros en el lóbulo de las orejas», le dijo a José Luis Herrera Sotolongo. «Tengo que hacerlo antes de que nazca el muchacho, allá en África». El propósito de colgarse unas argollas en las orejas era garantizar el feliz nacimiento de un supuesto hijo que Hemingway iba a tener en África de una muchacha wakamba llamada Debba.

Mary le pidió a Herrera Sotolongo que no lo hiciera. Un día Hemingway se molestó con el médico por su persistente negativa de hacerle los orificios. «No me da la gana de hacerlo», le contestó tajante Herrera Sotolongo. Hemingway se había «casado», probablemente en 1953, en el transcurso de su segundo safari a África, según los ritos wakamba, que establecen que el padre debe colgarse unos aretes para que el niño nazca vivo.

Es de desear que el niño, que en 1980 tendría veintisiete años, goce de buena salud, a pesar de que su padre nunca llevó aretes para protegerlo.

Hemingway, sin duda, era amigo de blasfemar. Según pueden atestiguar sus antiguos conocidos, sus expresiones favoritas en español eran las blasfemias más retumbantes del idioma. Por ejemplo: «Me cago en Dios y en la puta madre». Todo junto y de un tirón. A veces solo empleaba la última parte, porque le agradaba su sonoridad: la puta madre. Y si acortaba la frase aún más, se quedaba con la palabra puta. La empleaba como adjetivo: «el puto frío» o «la puta mar». Su gusto por las blasfemias no tomaba en cuenta necesariamente el significado que tenían; lo que le fascinaba era la resonancia.

¿Blasfemo y agnóstico? Hubo una oportunidad en que Hemingway casi clamó por un exorcismo.

En abril de 1947, el hijo mediano de Hemingway, Patrick, sufrió una prolongada crisis nerviosa desencadenada por un accidente automovilístico. El doctor José Luis Herrera Sotolongo calificó su estado de «predemencial», motivado por unos exámenes de ingreso en una universidad para los cuales se estaba preparando y por una crisis de conciencia que, al parecer, surgió cuando comenzó a dudar de las creencias católicas que compartía con su madre hasta entonces.

El resultado fue que Hemingway montó un campamento en la finca, con todos los amigos que pudieran servirle para la ocasión: especialmente José Luis, Sinsky y el cura don Andrés. Este sacerdote, que visitaba asiduamente la casa de Hemingway, era un caso especial. Don Andrés era un exiliado español y, como dice Herrera Sotolongo, «tuvo hechos que comprobaron perfectamente la posición tan correcta de este hombre». Don Andrés era un religioso liberal, que se consideraba a sí mismo anticlerical. Pero Patrick los aceptaba a todos, excepto al cura, que le provocaba accesos de histeria, porque decía que don Andrés «era el diablo en la tierra». Por tanto, don Andrés se veía obligado a retirarse de la habitación; después, cuando lograban hacer dormir a Patrick, empezaba la conferencia etílica entre los cuatro amigos habituales. Hemingway, con el rostro preocupado, el médico Herrera Sotolongo, el cura don Andrés y Sinsky, que preparaba los llamados compuestos químicos, casi siempre con ginebra, una especialidad suya. «Creo que va a ser necesario llamar a un exorcista», decía Ernest, mirando de soslayo a don Andrés.

7

## Tener yudas

La mayor parte del tiempo habla en español: su servidumbre no conoce otro idioma; a bordo del Pilar se comunica en español con Gregorio; en el Floridita, si no se encuentra con alguno de sus compatriotas, lo que escucha es la ruidosa jerga habanera. Tal vez, como máximo, intercambie algunas palabras en inglés con Mary.

«Yudas», decía para pronunciar la palabra española dudas, «Tengo yudas». Era una de sus equivocaciones habituales. Pero empleaba el español con frecuencia y había algunas frases de este idioma que llamaban su atención. A José Martí, el héroe cubano del siglo XIX, lo llamaba «el general Martí», lo cual es inusual en el país. Es cierto que Martí fue nombrado mayor general por un consejo de oficiales revolucionarios en 1895, pero en Cuba se le venera como el Maestro. A Hemingway le gustaba destacar el grado militar de Martí y afirmaba haber leído su obra literaria: «He leído textos martianos, los conozco». (Sin embargo, el inventario de los libros de Finca Vigía arroja un resultado inquietante: no hay un solo ejemplar de los veintiocho tomos de la obra martiana).

También podía repetir de memoria un parte militar español que por alguna razón especial le producía placer: «Nuestras tropas siguen avanzando sin perder una pulgada de terreno». Lo pronunciaba lentamente y con una ancha sonrisa, cuando, en la práctica de algún deporte, él estaba, desde luego, perdiendo. Es probable que disfrutara de la retórica que intentaba ocultar la verdad contraria. En Por quién doblan las campanas hay una cita de ese parte de guerra extraordinario: «Nuestra gloriosa tropa siga avanzando sin perder una sola palma de terreno», dice Karkov en su español pintoresco.

Otra frase española de origen militar que Hemingway utilizaba era «estamos copados». El verbo estar no tenía importancia, lo que le gustaba era el «copados». «Estamos copados... Muy copados».

Otra expresión española de su agrado era «la pepa», que él interpretaba como una forma contundente de referirse a la muerte. Hemingway, irreverente, se expresaba así sobre el fallecimiento del presidente Roosevelt: «A Franklin Delano lo cogió la pepa».

También había una cancioncilla —el cura don Andrés se la había enseñado— que a Hemingway le complacía cantar:

*No me gusta tu barrio*

*Ni me gustas tú*

*Ni me gusta tu puta madre.*

## 8

## Después de la tormenta

Finca Vigía, a los ojos de Hemingway, asumía el aspecto de un barco veterano cuando se cernía sobre ella una tormenta tropical.

En septiembre de 1950 un ciclón cruzó por La Habana, y Hemingway se encontraba en la finca. Las notas que dejó en su libreta demuestran, primero, que había asimilado los frecuentes y violentos cambios de presión en la isla, y, segundo, que había aprendido que el mejor modo de pasar un ciclón es teniendo el oído atento a un radio de batería y las manos ocupadas con una botella de ron y un martillo, para clavetear un poco puertas y ventanas. El documento es precioso. Las notas de Hemingway aparecieron entre sus papeles y están escritas en un bloc de tamaño de bolsillo que tiene en el lomo la siguiente inscripción impresa: BLOCK PARA CÁLCULOS No. 4036 ½. Hemingway empieza sus notas por la fecha y datos técnicos. Es evidente que apenas ha descorchado la primera botella, aunque no va a tardar mucho en coger vapor. La fecha, con su inconfundible caligrafía: «September 1». Los primeros datos: «0900 Temp 76 F.» Debajo: «Viento ESE Fuerza 5». Y el resultado de su primera observación: «Cielo nublado hacia el E. Al S. altos cirros con algunos aglomeramientos al N».

Hay testigos de cómo Hemingway, al mando de Finca Vigía, «capeaba» estas tormentas. El médico José Luis Herrera Sotolongo no recuerda todos los ciclones a los que se enfrentó en aquella colina, aunque afirma que el comportamiento de Hemingway debió ser «por el estilo» casi siempre. «Estas cosas entusiasmaban mucho a Ernesto. Cuando se enteraba que venía un ciclón enseguida el rostro se le iluminaba. Si yo estaba a mano me exigía que me quedara para “organizar juntos la defensa”». Desde luego, cuando el ciclón pasaba, mientras afuera se

hacía el recuento de los estragos, en Finca Vigía Hemingway mostraba estragos de otro tipo.

¡Ese Ernesto! La casa llena de víveres, y él empeñarse en pasar el ciclón sin alimentos, solo con alcohol. A veces se ponía majadero y decía que la cosa era sin ropa. Desde luego nos quedábamos en short o bermuda. Lo de la ropa era por si había que salir afuera y uno se empapaba. Salir afuera para arreglar algo que el viento o la lluvia hubiera tumbado. De cualquier forma, él, con la botella en la mano, se ponía a dirigir la operación anticiclónica, reunido con dos o tres amigos en la sala de la casa. Parecía un capitán de nave en medio de una tormenta.

Parecía un capitán realmente, y este texto, humorístico a ratos, sugiere exactamente eso: el cuaderno de bitácora del capitán de un buque de guerra, que se refiere a «enemigos», «capacidad de destrucción» y utiliza otros términos semejantes.

«Presión barométrica 29,45 (no corregida por el nivel del mar)». A partir de esta anotación sus comentarios comienzan a hacerse más nutridos y son el resultado de sus observaciones y de la escucha del radio Zenith de baterías. El Centro de Huracanes de Miami informa —y Hemingway anota— que el huracán debe encontrarse a unos 40 kilómetros al oeste de Guadalupe, con vientos de 140 MPH en su centro, y un curso oeste-noroeste. El final del párrafo: «Otro reporta rumbo O. Avanza a 10 MPH. Distancia de Hab. con este rumbo 1400 M a esta velocidad alcanzará Hab. en 140 horas a las 2300 31/8/50».

A partir de este párrafo —apenas comenzadas las notas— se evidencia el tono que van cogiendo el informe y su autor. Hemingway ha comenzado a jugar. La redacción se torna incomprensible a veces y las fechas pierden su secuencia.

Un momento de particular interés para Ernest Hemingway se produjo a

principios de la década de los cincuenta, cuando José Carlos Millás, el controvertido director del Observatorio Nacional de Cuba, protagonizó lo que pudiera registrarse como uno de los más catastróficos equívocos de todos los tiempos al anunciar que un huracán especialmente peligroso cruzaría unos 100 kilómetros al este de La Habana. Los habaneros se apresuraron a clavetear puertas y ventanas, limpiar alcantarillas y pegar papel engomado a sus cristales. Pero los matanceros, cuya ciudad se encuentra cerca de 100 kilómetros al este de La Habana, siguieron el curso de su vida normal. El ciclón, en efecto, devastó la ciudad de Matanzas mientras que en La Habana reinó la calma. Las protestas fueron múltiples y Millás obtuvo el permiso del Estado Mayor de la Marina para explicarse en una comparecencia por televisión. Ni corto ni perezoso, dijo que no era su responsabilidad que la gente tuviese tales desconocimientos de geografía y no supieran que Matanzas se halla alrededor de 100 kilómetros al este de La Habana. «No es culpa mía que el observatorio se encuentre en La Habana. El punto de referencia de esta institución, como todos debían saber, es la capital». Esta fue una de las pocas noches que Hemingway se detuvo cerca de media hora delante de la pantalla del televisor.

Otro acontecimiento al que Hemingway tuvo acceso por medio de la televisión cubana:

Era la época de oro de los platillos voladores, y en los terrenos donde se construía la Ciudad Deportiva —frente por frente a la fuente más pretenciosa de la capital, llamada El Bidé de Paulina por los habaneros, que honraban así a Paulina de Grau, «Primera Dama de la República», esposa del hermano del expresidente Ramón Grau San Martín— amaneció uno de esos artefactos interplanetarios. Era el martes 28 de diciembre de 1954. El ingenio, redondo, plateado y enigmático, alzaba un periscopio, que fue descrito por los periodistas como «escalofriante». Pero no daba otras señales de vida. Movilizó a la policía de la ciudad con su Estado Mayor, a un batallón blindado del Ejército Nacional y al cuerpo de bomberos. La isla había sido agraciada —o desgraciada— con la primera visita pública de seres extraterrestres. En presencia de un acontecimiento de esta dimensión, el avezado periodista Ernest Hemingway accedió a sentarse delante del televisor Admiral de Finca Vigía. Acababa de ganarse el Premio Nobel de Literatura y no paraba de dar entrevistas y recibir

homenajes, pero un acontecimiento de tal magnitud imponía su total concentración. Se armó con una botella más grande que las de costumbre y puso en la pantalla sus endurecidos ojos de corresponsal de guerra. De repente, hacia las cuatro de la tarde, luego de medio día de expectación, se abrió, lenta, amenazadora, una escotilla de la nave y, ante el espanto general de los televidentes (a esa hora ya habían huido todos los que estaban en los alrededores, y el jefe de la policía, brigadier Rafael Salas Cañizares, pistola en mano, se parapetaba tras su Mercury de matrícula oficial), surgió una modelo, actriz y bailarina muy famosa (todo junto, reunía todas las cualidades), ataviada con un ajustado traje de navegante cósmica, sobre todo ajustado en lo que respecta la zona de las caderas y el busto, y desplegando una radiante sonrisa. Por la misma escotilla, detrás de ella, emergieron otros cuatro integrantes de un popular programa de televisión, que enarbolaban unas apacibles botellas de cerveza Cristal. Los instrumentos de una orquesta —procedentes de una grabación en cinta, que se escuchaban a través de los altavoces del ingenio— daban pie a que los cinco supuestos invasores corearan, en tiempo de chachachá, este estribillo contagioso: «Hasta los marcianos toman Cristal»*. Demasiado para Hemingway. Terminó de beberse su litro de ginebra Gordon. Sin hielo, sin agua, sin agua tónica, sin limón. Sus empleados lo estaban observando. Hemingway se levantó y fue directamente hacia su cama, no a la de miss Mary, y se durmió sobre la montaña de cartas, los ojos tapados con una estrujada edición dominical de The New York Times.

Los asombros no terminaban para Hemingway en Cuba. En uno de los pasajes de Islas en el Golfo, Thomas Hudson desciende desde su casa hasta La Habana por la Carretera Central y menciona uno de los episodios que mantuvo en jaque a la opinión pública. Ocurre en 1939, la misma época en que Hemingway compró Finca Vigía. En el relato de Hemingway (que es el recuerdo de Thomas Hudson), un policía descuartizó en seis partes el cuerpo de su amante; envolvió los trozos en papel y dispersó los paquetes a lo largo de una carretera. En el caso verdadero, los pedazos no fueron tantos (la distribución, al final, fue en cuatro paquetes y no en los seis de la novela), aunque ciertamente el descuartizador era un policía y la cabeza de la víctima apareció en Batabanó. El policía se llamaba René Hidalgo Ramos. La joven, Celia Margarita Mena. Los dos pasan por el episodio sin ser nombrados. Tampoco dice que se habían conocido en una academia de bailes llamada Galatea y que aún Celia Margarita estaba viva cuando René comenzó a descuartizarla.

Hudson llama la atención sobre la manera curiosa en que los cubanos sentenciaron que la difunta debía ser una turista norteamericana. Uno de los trozos hallados correspondía al pecho y, sin duda alguna, una cubana no podía tener senos tan pequeños. Hudson se vio obligado a suspender sus sesiones de trote por la carretera «porque cualquiera que fuera visto corriendo, aun caminando apurado, corría el peligro de ser perseguido por el populacho al grito de: “¡Allí va! ¡Es él! ¡Es el hombre que la cortó en pedazos!”».

Cuando Hemingway escribió este fragmento de Islas en el Golfo, a principios de los años cincuenta, René Hidalgo, antiguo estudiante de medicina y expolicía, cumplía prisión en el penal de Isla de Pinos*.

Hemingway no conoció el final de la historia. Hidalgo fue puesto en libertad al cumplir su larga condena. A principios de los años setenta era un anciano que trabajaba en la estación de ómnibus de Santiago de las Vegas, a unos 30 kilómetros de la capital. Sus compañeros aceptaban su grave y retraída presencia. Hidalgo no mostró interés alguno en saber que había sido utilizado como modelo por Hemingway en uno de sus libros. Ya la prensa le había conferido suficiente celebridad. Y tampoco sabía quién era Hemingway, ni le interesaba.

* * *

«El señor Ernesto era muy generoso», dice Sergio Anchía González, el plomero ya citado que tiene ahora —mediada la década de los setenta— más de setenta años.

En su afán de mejorar la imagen del escritor, el viejo y laborioso cubano habla

de un Hemingway de corazón noble, permanentemente preocupado por el destino de los pobres. Cuenta Anchía que Hemingway le decía a Manolo Asper, dueño del hotel Ambos Mundos: «Manolo, por favor, que ningún pobre se me quede sin medicinas».

Recuerda que después de concluir algún trabajo de plomería en la finca, Hemingway le decía: «Anchía, tú no sabes cobrar tus trabajos, coge unos pesos más para los tragos». Según relata, Hemingway salía a cazar palomas y después le enviaba todas las presas capturadas para que las repartiera entre los vecinos pobres de la calle Tejadillo, donde aún reside el plomero.

Un día de invierno crudo me citó en Finca Vigía. Me dijo que había un salidero en la piscina porque se veían unas burbujas. Hacía un frío cortante y era uno de esos días grises que se dan en este país. Me acerqué a la piscina y pregunté: «Bueno, ¿dónde está el salidero?». Cuando estaba concentrado mirando hacia el agua, Hemingway me dio un puntapié y me lanzó de cabeza a la piscina. Caí como un ladrillo, con mi maletín de herramientas y mi overol*.

El señor Ernesto estaba muerto de risa por lo bien que le había salido la broma. Mandarme a buscar con el chofer Juan, solo para tirarme con ropas al agua. Después se lanzó él mismo. Era muy democrático. Al salir, mandó traer dos tragos y dos payamas**. Como la ropa era de él, a mí me quedaba enorme, y él se reía muchísimo. El chiste le costó 100 pesos, mis herramientas y la ropa.

Quizás estos recuerdos de Anchía estén motivados por el agradecimiento. Hemingway le dio al plomero una carta de recomendación para Howard Soler, vicepresidente de la Compañía Cubana de Teléfonos, solicitándole un empleo para su sirviente. Gracias a este gesto el pequeño Anchía tuvo trabajo seguro y estabilidad económica para el resto de su vida.

(—Los ricos son diferentes a nosotros —dijo Scott Fitzgerald, en un diálogo famoso de la bibliografía sobre Hemingway y él.

—Sí, ellos tienen más dinero —respondió Hemingway).

CARTELES

17 de julio de 1954

ERNEST HEMINGWAY DE NUEVO ENTRE NOSOTROS

Texto: Lisandro Otero

Al atardecer, el barco italiano enfiló el estrecho canal de la bahía de La Habana y fondeó en medio de ella un momento más tarde. Alrededor del barco rondaban seis o siete lanchas esperando que el médico ordenara bajar la bandera amarilla de sanidad, permitiendo el acceso a bordo. Arriba, en el puesto de mando, junto al capitán, un hombre de anchas espaldas y barba gris saludaba con la mano y respondía gritando estentóreamente a las preguntas que le hacían desde las lanchas…

Ahora Hemingway vuelve a su hogar cubano, «el lugar que más quiero en el mundo después de mi patria»…

Cuando por fin las autoridades portuarias permitieron el acceso a bordo, más de

cincuenta personas entre periodistas, fotógrafos y amigos subieron por la escalerilla. Hemingway los esperaba en el comedor del barco. Allí charló con todos, bromeó, rio y tomó varios tragos. Finalmente, desembarcó. En el muelle lo esperaba otra ola humana. Abriéndose paso llegó hasta la aduana donde fue recibido por una nueva batería de fotógrafos y público. Hemingway reía satisfecho del cálido recibimiento.

Su equipaje constaba de más de cuarenta bultos: cajas de madera con animales disecados, cajas de acero con armas de fuego y largos sacos de tela con cañas de pesca. Todo fue cargado en un camión rápidamente prescindiendo del trámite aduanal. Unos minutos más tarde el camión se alejó rumbo a la finca «Vigía» seguido por el pisicorre del novelista.

Ernest Hemingway estaba de nuevo entre nosotros.

¿Hemingway entre nosotros? ¿De verdad?

Sí, con toda seguridad se sentía a sus anchas en esta isla, que siempre se mostró hospitalaria con él y que lo rodeaba de una troupe de amigos, simpatizantes y aduladores ninguno de los cuales (por sorprendente que parezca) se había tomado el cuidado de leerse uno de sus libros. Y había jolgorios y banquetes y homenajes y fiestas, muchas fiestas, en su honor, con abundancia de cerveza, cerdo asado y abrazos, estruendosos abrazos, aunque nunca como el que tuvo lugar aquel borrascoso 28 de octubre de 1954, cuando un batallón de cubanos invadió Finca Vigía. Hacia las once de la mañana, las emisoras de radio habían interrumpido sus programas habituales para anunciar que «un hijo predilecto de Cuba» había ganado una competencia de relieve internacional y se le galardonaba con la medalla de oro, el diploma iluminado y los 36 000 dólares contantes y sonantes del Premio Nobel de Literatura. Hemingway le dirigió la palabra a la exaltada muchedumbre que se reunió en sus predios:

Señoras y señores:

Como ustedes saben, hay muchas Cubas. Pero, al igual que la Galia, se pueden dividir en tres partes: los que pasan hambre, los que subsisten y aquellos que comen demasiado. Después de este magnífico (y burgués) almuerzo, sin duda pertenecemos a la tercera categoría, al menos por el momento.

En ese mismo tono burlón se refirió a su apoliticismo y a sus amistades cubanas. Afirmó que Antonio Maceo era un general superior a Montgomery (el héroe de la Segunda Guerra Mundial, vencedor del mariscal Rommel, el Zorro del Desierto), le deseó la muerte al dictador dominicano Trujillo y expresó su decisión de entregar la medalla del Premio Nobel a la Virgen de la Caridad del Cobre. Y explicó que los 36 000 dólares no habían llegado aún, y que por tal razón era improbable que se los robaran.

---

* Se trataba de una broma con motivo del Día de los Santos Inocentes. La idea de que uno de estos artefactos (entonces no eran conocidos como ovnis) amaneciera en la plazoleta donde se construía el Palacio de los Deportes fue de un productor de la naciente televisión cubana: Joaquín M. Condall. Los fabricantes de la cerveza Cristal rápidamente le compraron la propuesta y contribuyeron al montaje. Los cinco fueron arrestados de inmediato y subidos a empellones en los coches policiacos y tuvieron que pasar la noche en los calabozos del Servicio de Inteligencia Militar, a donde los condujeron. De conquistadores del espacio a carne de presidio. Logró sacarlos de allí, ya en la madrugada, Julito Blanco Herrera, uno de los grandes tycoons criollos, dueño de la cervecería La Tropical, fabricante de Cristal.

* Otro tipo de truculencias poblarían la mente de Hemingway en el período de incubación de Islas en el Golfo. Los fantasmas de la Segunda Guerra Mundial estaban demasiado frescos en su memoria para estar ocupándose de la sangre derramada por manos ajenas. Una carta incriminatoria —¿autoincriminatoria?—, que según el periodista alemán Reiner Schmit no recibió la atención que hubiera merecido, es la que Hemingway le escribió el 27 de agosto de 1949, cuatro años después de la finalización de la guerra, a su editor, Charles Scribner: «Una vez maté a un kraut de los SS particularmente descarado. Cuando le advertí que lo mataría si no abandonaba sus propósitos de fuga, el tipo me respondió: "Tú no me matarás. Porque tienes miedo de hacerlo y porque perteneces a una raza de bastardos degenerados. Y además, sería una violación de la Convención de Ginebra". "Te equivocas, hermano", le dije. Y disparé tres veces, apuntando a su estómago. Cuando cayó, le disparé a la cabeza. El cerebro le salió por la boca o por la nariz, creo». Pocos meses después, el 2 de junio de 1950, Hemingway regresa a su baño de sangre particular. Evoca su experiencia bélica en una carta a Arthur Mizener, profesor de literatura de la Universidad de Cornell. «He hecho el cálculo con mucho cuidado y puedo decir con precisión que he matado a 122 [alemanes]». Uno de ellos, prosigue, era «un joven soldado que intentaba huir en bicicleta y que tenía más o menos la edad de mi hijo Patrick». Le disparó a la

espalda con un M-1. La bala, de calibre 30, le dio en el hígado. Lo asombroso de esta declaración, el detalle que debemos hacer sobresalir para los estudiosos, es que en ese mismo momento de la guerra el hijo al que hace referencia ha sido capturado por los alemanes y su paradero se desconoce. Sin embargo, lo que se le ocurre hacer es matar al soldado alemán. Recuerda a su hijo prisionero y mata por la espalda a otro muchacho que se le parece. Por lo pronto no existen estudios sobre esta conducta, criminal, creo. Las cartas están citadas (o publicadas en extenso) en: Was geschah mit Schillers Schädel?: Alles, was Sie über Literatur nicht wissen (¿Qué pasó con el cráneo de Schiller? Todo aquello que no sabes de literatura) de Rainer Schmitz. Eichborn, Fráncfort, octubre de 2006.

* Traje de faena (del inglés overalls, ‘mono’).

** Pijamas.

# 9

## Vista del amanecer desde el trópico

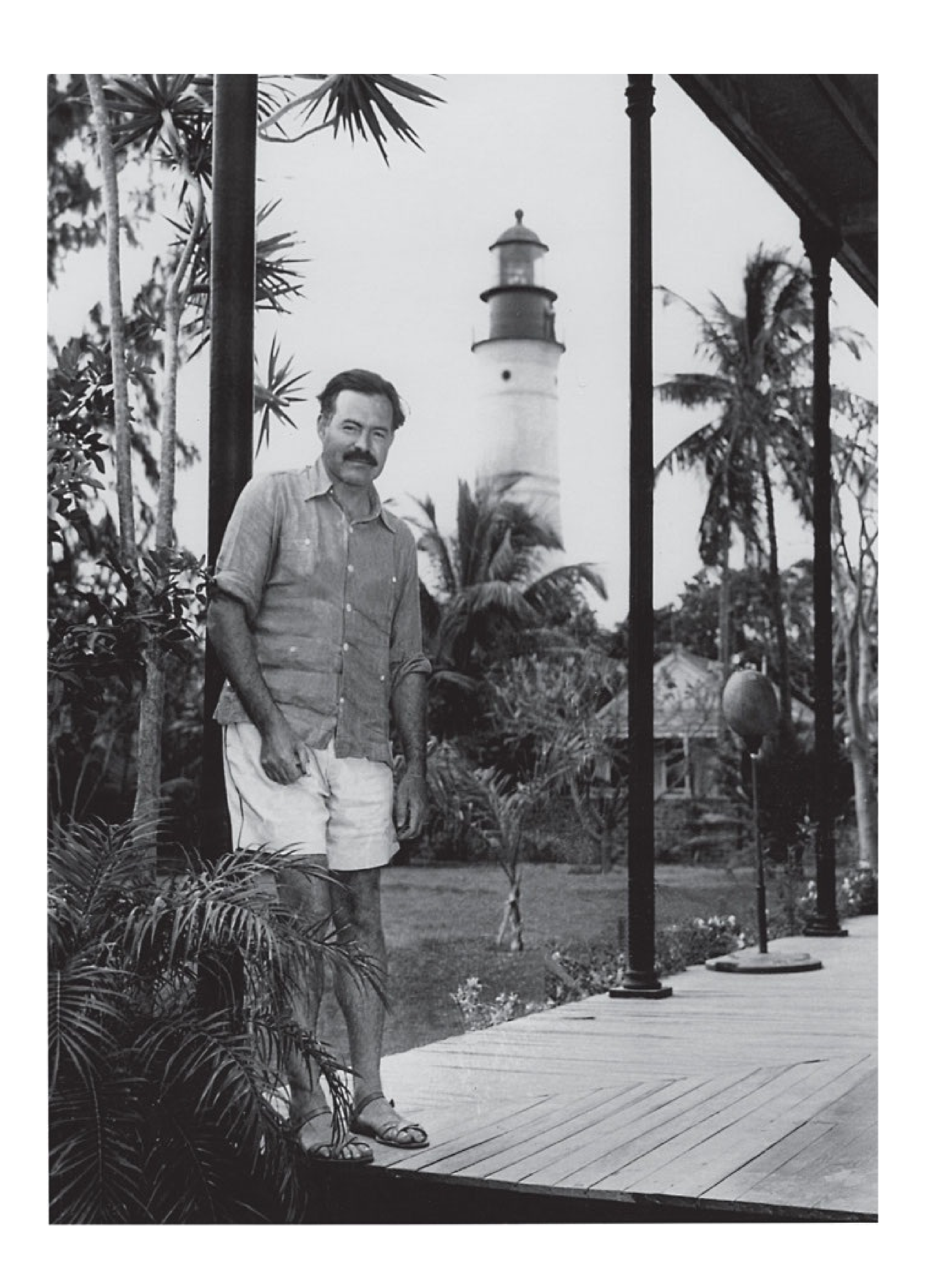
*A menudo me he preguntado qué debo hacer con el resto*

*de mi vida y ahora lo sé: debo tratar de alcanzar Cuba.*

17 de marzo de 1928. A bordo del vapor de bandera inglesa Orita Ernest Hemingway con su mujer Pauline parten del puerto francés de La Rochelle rumbo a La Habana, aunque el destino final es Key West. Un viaje tedioso y lleno de incomodidades y de las quejas de Pauline; la más dramática es que al cuarto día de navegación nadie le había ofrecido aún la posibilidad de bañarse. Ernest asume las penurias con compostura y hasta deja por escrito el 22 de marzo en un amoroso intercambio de notas con Pauline una frase cargada de ironía pero que deviene premonitoria: «I have often wondered what I should do with the rest of my life and now I know — I shall try and reach Cuba». El Orita arriba a La Habana a las 10.50 p.m. del primero de abril, según el registro de incidencias de la Capitanía General de La Habana. Una noche nublada y de horizonte brumoso, según la prensa. Pasan la noche (o parte de ella) en el Ambos Mundos, un hotelito de segunda categoría cercano al muelle del desembarco. Al otro día, a las 5:29 a.m. abordan uno de los ferries de la naviera Peninsular and Occidental —probablemente el Joseph R. Parrot, el barco insignia de la flota— que cubre la ruta entre la capital cubana y Key West.

Si Ernest y su quejumbrosa mujer traspasaron los servicios migratorios y de aduana cubanos y no se limitaron a chequear en el Ambos Mundos y se decidieron a estirar las piernas un rato en tierra firme no está consignado en ningún sitio. Una zona muy peligrosa los muelles habaneros, y peor entonces.

Las 6 horas y 39 minutos de los Hemingway desembarcados del vapor fondeado junto a un espigón rodeado de fleteras* baratísimas y estibadores con cuchillos a la cintura han producido, no obstante, prodigios de propaganda. Este es el testimonio de Claudio Izquierdo Funci: «Solo pasó allí unas pocas horas, pero fueron suficientes para que se enamorara de Cuba… en la mañana, partió hacia la Habana Vieja envuelta por la leve bruma del puerto, a hacer un largo paseo, su mirada encantada…». ¿En la mañana? ¿No quedamos en que el ferry de Key West zarpó a las 5.29 a.m.?



El 19 de diciembre de 1931, Ernest y Pauline se mudan para esta casa de la calle Whitehead, Key West. El matrimonio feliz de un escritor con la adinerada sobrina de un fabricante de cosméticos. Hasta cinco años después, quizá un día o dos antes del 25 de diciembre de 1936. Es una tibia tarde de invierno frente a la corriente del Golfo y Ernest conoce a una linda rubia en un vestido negro mientras bebe en la barra Sloppy Joe's, de Key West. Ella es Martha Ellis Gellhorn, de Saint Louis, Missouri, educada en la John Burroughs School, de Saint Louis, y (aunque sin graduarse) de Bryn Mawr College, de Pennsylvania. Tiene una novela, What Mad Pursuit con un exergo de Adiós a las armas («nothing ever happens to the brave») y un libro de cuentos, The Trouble I´ve Seen, y acaba de regresar de Alemania, donde ha estado trabajando en un tercer libro. Vivió con un periodista francés, el barón Bertrand de Jouvenel. Martha es nueve años más joven que Ernest. Pronto será su tercera esposa. Ella va a descubrir la Finca Vigía. Ocurre el 26 de diciembre de 1939. Ernest sale de la casa número 907 de la calle Whitehead, de Key West, Florida, tras un estruendoso portazo. Según sus propias palabras (en altas todas) ENOUGH IS ENOUGH! El matrimonio con Pauline ha sucumbido. 1940. Noviembre 4. Divorcio de Pauline. Noviembre 21. Matrimonio con Martha en Cheyenne, Wyoming.

* Prostitutas.

10

## Hemingway a bordo

El archipiélago cubano está a caballo entre el océano Atlántico y el mar Caribe. Tiene más de 7 000 kilómetros de costas, una plataforma insular de alrededor de 70 000 kilómetros cuadrados que comprende 1 600 cayos, isletas e islas, más de 165 lagunas, 290 ríos y 100 presas o embalses. La velocidad media de sus vientos —de 9 a 19 kilómetros por hora—, sus pequeñas oscilaciones de marea —menos de un metro entre la bajamar y la pleamar—, su flora y fauna marinas reúnen las condiciones para todas las modalidades de pesca deportiva.

La pesca de altura o pesca mayor (Big Game Fishing) cuenta en Cuba con un escenario ideal. El plato fuerte de este deporte son las especies de pico, conocidas como agujas o merlines. Las aguas adyacentes a la isla se llenan de estos peces en ciertas estaciones del año. Practican hábitos migratorios y se desplazan con las corrientes, acorde a requerimientos biológicos y otros factores.

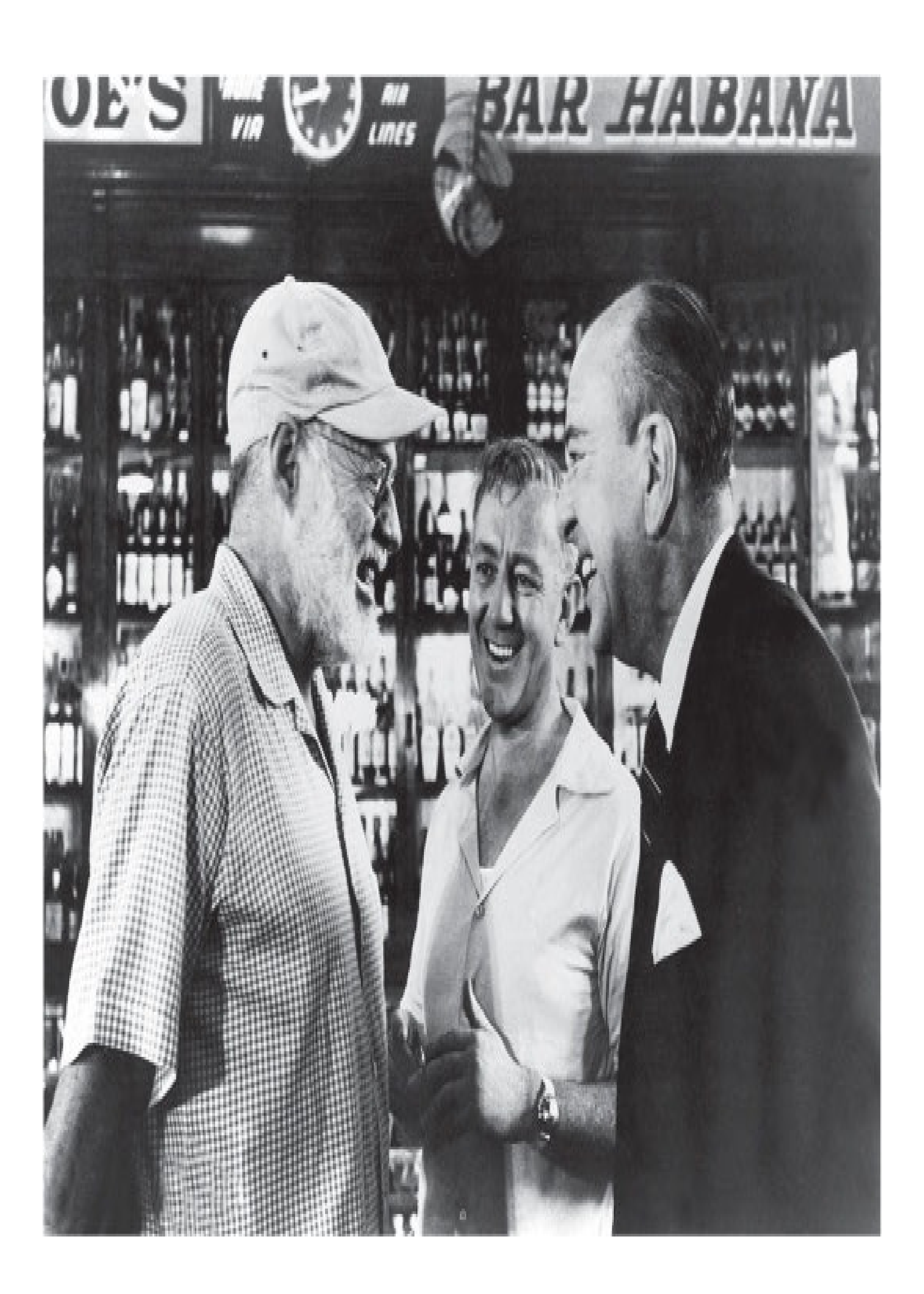
Procedente del norte, de su antiguo hogar, Ernest Hemingway exploraba estas costas en 1932. Primero, se mantenía a la vista de Key West. Luego —todo en ese mismo año— comenzó a aventurarse hasta Dry Tortugas e incluso a pasar sus sofocones en las fuertes marejadas invernales. Hasta que puso proa rumbo a La Habana. Sábado 23 de abril de 1932 es la fecha del primer amarre de Hemingway a un muelle habanero durante una campaña de pesca. Un contrabandista de Key West le había facilitado la embarcación y había puesto en sus manos los primeros rollos de pita catalana. Joe Russell, apodado Josie Grunts*, se convirtió en el maestro de navegación y comercio de rescate** y en el fiel acompañante que se daba gusto retratándose al lado de su mejor alumno: Ernest Hemingway. No contento de tenerlo de cliente en su barra de Duval

Street, en Key West, el mítico Sloppy Joe’s donde se violaban todos los capítulos de la Ley Seca, lo convenció de la magnificencia de la pesca de agujas a la altura de las costas cubanas y puso su lancha Anita a disposición del escritor (diez dólares diarios, por tratarse del amigo Ernest). Fue él quien le presentó a un enigmático pescador habanero llamado Carlos Gutiérrez, primer patrón del Pilar. Por tanto, el mes de abril de 1932 devino la fecha del inicio de los trasiegos cubanos de Ernest Hemingway.

En Finca Vigía quedaba el testimonio de esa amistad. Varias fotos movidas y gastadas donde aparecen, entre otros, Hemingway y Josie Russell en los muelles habaneros de Luz y San Francisco. Estas fotos son también el testimonio de los primeros viajes de Hemingway a Cuba. A Josie lo veremos complacido, con su apretada sonrisa y sus dientecillos de ratón, y siempre con un recipiente en las manos. No en balde se decía entonces que el señor Russell ingería un alto porcentaje del alcohol que originalmente estaba destinado al contrabando o la venta clandestina en el Sloppy Joe’s.



Primeras incursiones de pesca en la costa norte de Cuba, probablemente a la altura de Jaimanitas, al oeste de La Habana, hacia 1932. Hemingway es el segundo desde la izquierda y Joe Rusell el segundo desde la derecha. El juerguista ataviado de blanco bajo el brazo de Ernest ha sido identificado como George Grant Mason, el representante de la Pan American en la época en la que los «grandes clípers» acuatizaban en el puerto de La Habana, y la pizpireta rubiecita al centro como Jane Mason, su mujer, y ya en estos momentos disfrutando de un afear con el escritor. Están a bordo de la lancha Anita, propiedad de Rusell, que es además el dueño del Sloppy’s Joe, la barra emblemática de Key West, pero que tomó el nombre del establecimiento de La Habana. (Colección de Norberto Fuentes)


OE'S
VIA
AIR
LINES
BAR HABANA

Una mañana de diversión en septiembre de 1959 con el actor Alec Guinnes y el autor Noel Coward en el Sloppy Joe’s Bar de La Habana, convertido en uno de los sets de Nuestro hombre en La Habana.

Pero el maestro habría de convertirse en discípulo al cabo de diez años, y Hemingway llevaría a pasear entonces al jubilado corsario. Un abuelo venerable viajaba a bordo del Pilar a principios de los años cuarenta. Tomaba limonada «con una gotica de ron» y un té tibiecito que Gregorio le preparaba. Hemingway le preguntaba ocasionalmente: «¿Está viajando cómodo, Mister Russell?». Y Josie respondía con una triste sonrisa. Sería devoto de Ernest, su ahijado, hasta el fin.

El Anita cabeceaba junto al muelle de San Francisco aferrado a sus dos cabos luego de la travesía desde Key West, y Harry Morgan bajaba a tierra y se encaminaba al Café de la Perla de San Francisco, una cuadra enfrente de la instalación portuaria. Tener y no tener, la novela nerviosa y dura que presenta al más confuso de los héroes hemingwayanos —por su empeño de convertir a un contrabandista en un carácter proletario—, comienza con un tiroteo frente a este café de la Habana Vieja.

Hemingway había sido testigo de una masacre el 7 de agosto de 1933, mientras esperaba en la bahía de La Habana al buque Reina del Pacífico que lo llevaría a Santander, España, de donde pensaba seguir viaje a África*. Pero como suele ocurrir con él, la palabra testigo puede superar con creces lo acontecido en la realidad. La manifestación de referencia había comenzado como un estallido de júbilo popular. El dictador, general Gerardo Machado, hizo propalar la falsa noticia de que había sido derrocado y esperó a que se compactara la masa de los que en un baile callejero salieron a festejar su abdicación. Entonces ordenó a la policía abrir fuego. En la calle quedaron tendidos veinte muertos y ciento treinta heridos. La emboscada principal tuvo lugar en el Paseo del Prado, a no menos de un kilómetro de distancia en línea recta del muelle donde atracaba el Reina del Pacífico. Así que lo que escuchó Hemingway fueron unas ráfagas lejanas de

ametralladoras Thompson, a las que los esbirros cubanos estaban dándole un uso más prolífico que los pandilleros de Chicago. Seis días después, el 12 de agosto, vestido de frac, sombrero de copa y gafas de piloto, Gerardo Machado escapó rumbo a Nassau en el Sikorski N. M.11 de la Pan American Airways. Esta vez las masas fueron mucho más cautelosas a la hora de lanzarse a la calle. Hemingway, por su parte, se encontraba ya en mitad del Atlántico.

Bien, pues, la historia no registra ningún atentado semejante al de Tener y no tener en las inmediaciones de la plaza de San Francisco ni frente a su emblemático café, aunque nadie le quita que tuviese conocimiento de cualquiera de las acciones similares ocurridas en cualquier punto de aquella ciudad convulsa anterior a la caída de Gerardo Machado, y fue de esa exótica experiencia que tomó los datos para —luego de su memorable descripción de la plaza— entrar de inmediato con la acción en las páginas de apertura de su novela, en las que, por cierto, no se describe una masacre, sino el típico atentado desde coches con uso de ametralladoras y escopetas recortadas contra unos individuos perfectamente ubicados. Unos individuos que aún no lo sabían pero que estaban muertos desde que los estudiaron.

Hemingway eligió un amanecer, un mendigo sediento y el ruido de los del trasiego inicial de los bares del puerto, para componer el párrafo con que inicia su primera novela cubana.

¿Saben ustedes cómo es La Habana a primeras horas de la mañana, cuando los vagabundos duermen todavía contra las paredes de las casas y ni siquiera pasan los carros que llevan hielo a los bares? Bueno, pues, veníamos del puerto y cruzamos la plaza para tomar café en el Café de la Perla de San Francisco. En la plaza no estaba despierto más que un mendigo que bebía agua en la fuente…

El señor Antonio Rodríguez murió a los 86 años, en 1951. Le llamaban el Káiser Guillermo. No había leído más libros que los de las cuentas de su negocio. Usaba lo que él definía como bigotes asturianos —que le hacían parecerse al

belicoso monarca alemán— y se vanagloriaba del sitio apacible que, en la calle Oficios número 32, su talento de comerciante había ofrecido a los habaneros. Era el propietario de un cafetín en el que se vendían horchatas, naranjas y piñas. Además de ofrecer un blue plate* de veinticinco centavos. Su establecimiento también contaba con diecisiete habitaciones, y a los huéspedes se les servía desayuno, almuerzo y comida.

El mostrador del bar era de vitrolite —otro de sus orgullos—, más fino que el mármol, y poseía una nevera de diez puertas. El negocio valía treinta mil pesos en 1930, pero entró en pérdida y quebró a fines de los años cuarenta. Fue demolido en 1953.

El Káiser Rodríguez nunca supo que Hemingway había visitado con frecuencia su café y mucho menos que este había aparecido en una novela. Como no se interesaba por la literatura, perdió una buena oportunidad. El propietario de La Terraza de Cojímar actuó con más habilidad. Pero, de cualquier manera, había un hermoso letrero en la fachada del edificio. Fue la última huella del café, lo último que se mantuvo en pie.

**HOTEL LA PERLA DE SAN FRANCISCO**

Oficios No. 32

Habana

de los Sres. Rodríguez y Fernández

▪

Otras locaciones originales de Tener y no tener, enclavadas en la zona portuaria de La Habana, oponen una resistencia casi femenina al paso del tiempo. Solo algunas nuevas capas de pintura y atrevidas y extemporáneas ventanas tipo Miami desafían la autenticidad de las fachadas.

Pero en realidad han cambiado muchas cosas desde que Harry Morgan bebía una cerveza en el bar Donovan. En este escenario se nota, sobre todo, la ausencia de marinos yanquis y de los aventureros del corte del héroe hemingwayano. En lugar de esos personajes se mueven ahora alrededor del puerto marinos rusos y griegos, italianos y españoles, japoneses y panameños que, por lo pronto, hacen más cosmopolita el paisaje.

Además del Café la Perla de San Francisco, había un restaurante chino donde Morgan almorzaba por el módico precio de cuarenta centavos. Después, una cerveza fugaz en el Donovan y una visita a otro bar, el Cunard, para pagarle a Frankie un par de tragos.

Finalmente, la mujer, Marie, recuerda que la primera vez que se tiñó el pelo fue en un salón del Prado.

El salón de belleza y el restaurante chino no se pueden localizar porque en el libro no aparecen sus señas. El restaurante chino favorito de Hemingway en La Habana era El Pacífico, que estaba cerca de un mercado popular muy barato. Los regalos que Harry Morgan compraba a su mujer los adquiría en unas tiendas que tenían siempre los mismos letreros en inglés: «Alligators Goods – Souvenirs». El Prado habanero, versión caribeña del madrileño, está intacto, con su gran parque y su hotel Sevilla. Está en la actualidad lleno de salones de belleza y pizzerías y siempre a punto de encontrar el mar.

El bar Cunard, a tres puertas del Café la Perla de San Francisco, es hoy un taller de reparaciones de automóviles. Ángel Martínez, el antiguo dueño de la Bodeguita del Medio, y César Novoa Esperanza, un mitológico personaje capitalino, cajero de profesión, a quien llaman Varilla, recuerdan que frente al Cunard estaba la vidriera de tabacos del «gran» Generoso.

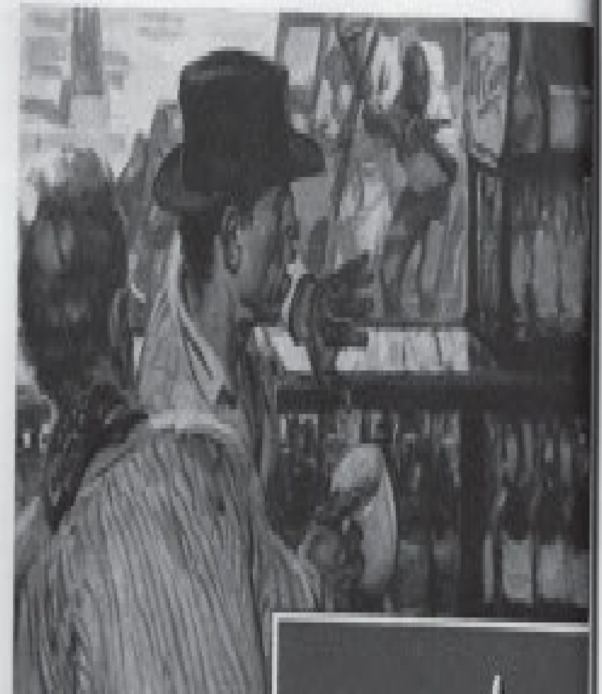
Allí se especializaban en hacer buen café, afirma Martínez. Lo tostaban a la vista del público.

El bar Donovan, a juicio de Novoa Esperanza, era «un tugurio, un sitio de mala muerte, en el que uno se tomaba nada más que el del estribo». Los habaneros llaman «el del estribo» al trago final de una noche de parranda. El edificio donde estaba el Donovan fue destruido. «Había mucho bisne*, pasaban fleteras. Definitivamente no me gustaba el Donovan», dice Novoa.

En efecto, parecía no cerrar nunca, así que se le requería como una tabla de salvación para la última ronda de la madrugada. Al igual que La Perla de San Francisco, fue demolido a principio de los cincuenta (no se disponen de datos más precisos). Es extraña la pose adoptada por Novoa Esperanza para calificarle. A medio camino del moralista y él mismo, Novoa Esperanza, eterno tabernero de esos cuchitriles de marinería abocados a la bahía.



Antonio Rodríguez murió a los 86 años, en 1951. Le llamaban Kaiser. No había leído más libros que los de las cuentas de su negocio. Usaba lo que él definía como bigotes asturianos —que lo hacían parecerse al belicoso monarca alemán— y se vanagloriaba del sitio apacible que su talento de comerciante había ofrecido a los habaneros. Era el propietario de un cafetín en el que se vendían horchatas, naranjas y piñas, además de ofrecer un blue plate de 25 centavos. Su establecimiento también contaba con 17 habitaciones, y a los huéspedes se les servía desayuno, almuerzo y comida. El mostrador del bar era de vitrolite —otro de sus orgullos—, más fino que el mármol, y poseía una nevera de 10 puertas. El negocio valía 30 000 pesos en 1930, pero entró en pérdida y quebró a fines de los años 40. Fue demolido en 1953. El Kaiser Rodríguez nunca supo que Hemingway había visitado con frecuencia su café y mucho menos que este había aparecido en una novela llamada Tener y no tener.





[illegible]

*by* Ernest Hemingway



# ONE TRIP ACROSS

[illegible]

Complete in this issue: a short novel with excitement written in every line

*Tener y no tener, la primera novela de Hemingway con tema cubano, comienza con un tiroteo entre grupos revolucionarios rivales frente al Café de la Perla de San Francisco. Hemingway había sido testigo de una acción parecida el 7 de agosto de 1933, mientras esperaba en la bahía de La Habana el buque que lo llevaría a Europa y de ahí a África. Aunque la historia no registra ningún hecho semejante en las inmediaciones del Café de la Perla de San Francisco, el escritor pudo haber sido testigo de situaciones en cualquier punto de aquella ciudad que ya en esa fecha conocía los rigores de una revolución. Este es el escenario de ese capítulo de apertura según la óptica de la revista Cosmopolitan, que publicó el segmento en abril de 1934 como la narración independiente «La travesía» (One Trip Across).*

**[2]**

En el año 1928 Hemingway entraría en contacto con uno de los personajes que durante más tiempo permanecieron a su lado. Nada de piratas ni de contrabandistas. Un mal tiempo de los buenos obligó al Anita a buscar amparo en Dry Tortugas. Un viejo velero aguardaba en el improvisado refugio del islote por el fin de la tormenta. Su capitán observaba con aire profesoral la maniobra del Anita. Vestía una camisa de cuadros rojos y negros que recordaba los banderines de señales que usan los prácticos de puerto a la entrada de las bahías. A Hemingway y sus amigos los invitó a bordo de su barco y allí los agasajó con vino y cebollas. Seis años más tarde, Gregorio Fuentes se convirtió «en el pilar del Pilar», como Hemingway dijo una vez. La descripción de Gregorio que aparece en «El Gran Río Azul»:

Gregorio Fuentes es el piloto del Pilar desde 1938. Ha cumplido los cincuenta este verano [1949], y vino de la isla de Lanzarote a la edad de cuatro años. Nos conocimos en Dry Tortugas en 1928; entonces era patrón de una lancha pesquera; allí corrimos una tempestad con fuerte nordeste. Estuvimos a bordo de su embarcación con objeto de comprarle unas cebollas. No quiso cobrárnosla y

nos agasajó con ron. Recuerdo que su embarcación era la más limpia que he visto. Después de haber transcurrido tantos años me doy cuenta de que para él había dos cosas fundamentales: ejercer la pesca y mantener limpia, pintada y barnizada su lancha pesquera.

Anteriormente tuvimos un buen piloto llamado Carlos Gutiérrez; pero me lo quitaron mientras estuve de corresponsal en la Guerra Civil española. Y fue una gran suerte encontrar a Gregorio, pues sus conocimientos náuticos salvaron el Pilar en el transcurso de tres huracanes. Hasta ahora, el seguro marítimo no ha tenido que compensarnos ninguna pérdida fuera de la avería en el timón. Gregorio fue el único que a bordo de una embarcación chica luchó felizmente al ancla contra el huracán de octubre de 1944, cuya velocidad fue de ciento ochenta millas [290 kilómetros] por hora, y llevó las embarcaciones de pesca y otras menores al malecón y al pie de las colinas cercanas a él.



Están en el Club de Cazadores del Cerro, donde, ya saben, Hemingway solía practicar el tiro de pichones. Finales de los 40. Ernest y Juan Pastor siguen a través del receptor transoceánico del escritor las peripecias de un huracán que se aproxima a Cuba. Es otro «deporte» aprendido por Ernest en la isla: perseguir huracanes. El hombre de poderosas manos que sostiene un habano, es Gregorio Fuentes, el más importante miembro de la empleomanía cubana de Hemingway. Gregorio es el patrón de su yate Pilar. La ingestión de grandes cantidades de alcohol comenzará pronto. (Roberto Herrera Sotolongo/Norberto Fuentes)

El hombre descrito por Hemingway es ahora un patriarca apacible, pero se mantiene activo como pescador. Vive en la misma casa de Cojímar que adquirió con el salario que le pagaba Hemingway (doscientos cincuenta dólares mensuales). Sentado en la sala de su casa, con una gorra de pelotero en la cabeza, sus manos deformadas por el trabajo, los pies muy limpios, envuelto en un leve olor a alcohol, frente a una mesa de cristal, Gregorio sigue fuerte como un roble. Espera lo que él llama «la última afeitada» en compañía de una familia numerosa que lo venera como su auténtico jefe. Dolores, la mujer, le prepara los copiosos desayunos estilo norteamericano que Hemingway le enseñó a consumir: avena Quaker, grandes cantidades de pan con mantequilla, tortillas y queso, leche y café. Media hora en el portal de su casa basta para entender su relación con los vecinos de Cojímar. Todos lo saludan. Es uno de los verdaderos personajes de la pequeña ciudad pesquera. Lo respetan como al viejo patrón de Hemingway y por su experiencia como pescador.

Cuando aquello de Dry Tortugas —recuerda Gregorio—, Papa no era Papa, sino un atleta joven y simpático, apenas tenía 27 o 28 años, muy sonriente y dispuesto, conversador, trigueño y honesto.

Estaban allí, atrapados por la tormenta. Querían comunicarse con Key West y entonces yo me lo llevé al faro. Llené las bodegas para lastrar mi velero y poder llegar. Se impresionó con la maniobra.

Cuando llegamos, le dije a los fareros que le prestaran a mi amigo el teléfono que se comunicaba por cable submarino con Key West. Él no sabía que eso existía, y se quedó asombrado. Todavía le faltaban algunas cosas por conocer. Tampoco sabía que los fareros eran amigos míos, y que yo siempre que pasaba por ahí les dejaba botellas de coñac.

Gregorio transportaba pescado fresco de Cuba a Estados Unidos en el decrépito velero Joaquín Cisto. Ninguno de los otros pescadores, también atrapados por la tormenta, se atrevió a llevar a Hemingway hasta el faro situado a casi 5 kilómetros del lugar. Gregorio se decidió.

Años después, Gregorio navegaba en el Atlanta, un barco científico de la Universidad de Massachusetts que estudiaba la flora y la fauna de la plataforma insular cubana. Julio Hidalgo, viejo amigo de Hemingway, práctico del puerto de La Habana, recomendó a Gregorio. El escritor lo encontró en un cafetín de Casablanca, al otro lado de la bahía. Habían pasado los años, pero se reconocieron enseguida. Gregorio aceptó trabajar como patrón del Pilar.

En cuanto al ciclón narrado por Hemingway en su crónica, Gregorio dice que la operación le resultó fácil. En aquella ocasión el patrón fondeó en unos manglares de muy poca agua en un recodo de la bahía habanera y amarró el barco «a cuanto palo tuve cerca; a mangles, troncos y piedras. Cuando lo dejé listo parecía un yate atrapado en una telaraña». Puso a su abrigo a varios pescadores y sus pequeños barcos; a los que estaban en peores condiciones, con botes en mal estado —media docena de pescadores—, los subió a bordo. «Después vino el ciclón y el viento comenzó a soplar y las ráfagas de agua a batirnos y los barcos a querer soltarse de las amarras y las amarras a crujir y las tablas del Pilar a crujir también». Gregorio Fuentes preparaba un arroz con pollo y tomaba scotch. Animaba a los otros pescadores: «Ahorita se cansa». Se estaba refiriendo al ciclón. «Amainó por la tarde. Los pescadores que estaban a mi abrigo me ayudaron a sacar el barco de aquel manglar. Para eso los monté, para eso el arroz con pollo, para que me ayudaran».

Gregorio explica así su destino de marino. Cuando tenía cuatro años su padre lo llevó ante «los jerarcas del puerto», en Lanzarote, España («ante los generales», añade, y señala imaginarios entorchados en el hombro). Allí le preguntaron: «Ven acá, mijito, ¿dónde quieres servir al rey? ¿Por la vía del agua o de la tierra?». La tierra quería decir soldado y el agua, marinero. «Me caso con la mar», respondió. «Y así me matriculé».

Gregorio es el único pescador del mundo que posee fotos originales de Robert Capa y de Karsh. En la sala de su casa está el retrato famoso que este último le hizo a Hemingway. Las demás fotos las conserva en un sobre.

El expatrón del Pilar tiene cuatro hijas: una soltera, en la casa, Elvira, y otras tres casadas, América, Blanca y Aurora, las cuales le han proporcionado siete nietos. Se casó con Dolores Pérez en 1922; cincuenta años juntos y —bromea—: «¡Cómo le he soportado yo cosas a esta Dolores…!». Ella se defiende: «Lo malo es que Gregorio nunca se ha querido ir». Al viejo marino no le gusta el cine y opina que a su edad la lectura le «trastorna» el cerebro.

Algunas desgracias personales se han abatido sobre los Fuentes, pero solo recientemente la muerte ha rondado por esta casa de pescadores. Rafael, un yerno, fue el primero —un infarto lo mató en 20 minutos. Poco después le tocó a una hermana de Dolores. Se roció alcohol y se prendió fuego. Aquí mismo, en el patio de la casa. «Ella estaba mal de la cabeza, pero era muy fuerte», explica Dolores. Hemingway bendijo hijos y nietos y apadrinó todos los matrimonios, en ceremonias ruidosas, llenas de amistad, cariño y cerveza.

«Yo trabajaba a gusto con Papa. Era el patrón del barco, pero también cocinaba y preparaba los tragos. En ese tiempo un buen patrón ganaba un sueldo superior al mío. Pero a mí me complacía andar con él; era un verdadero amigo».

El Pilar estaba bien abastecido: algún «fresco»*, laterías, sopas norteamericanas, puré, frijoles y tamales picantes. En materia de bebidas, Hemingway le había entregado el mando a «Grigorine». Le decía invariablemente al pasar navegando frente al Morro de La Habana o el torreón de Cojímar: «Capitán Grigorine, hágase cargo del Departamento Etílico». Gregorio recuerda estas combinaciones, tragos e insumos habituales a bordo:

Tónico: Dos dedos de ginebra, agua tónica a llenar el vaso, y un poco de limón. Nunca azúcar.

*Whisky con soda: Dewards´s White Label, Haig and Haig o Johnnie Walker.*

Vino italiano: En garrafas; a veces chileno o español.

Daiquirís: Sin azúcar... Ron Bacardí con hielo y limón.

Gregorio advierte que un vaso puede tenerse en la mano media hora «más o menos». Hay que dejarlo si se pone tibio.

«Papa no repetía una botella. Cada día inauguraba una. La ginebra Gordon era su favorita, pero a bordo había toda clase de bebidas porque él era un hombre de muchas visitas». Y se tomaba «lo que apetecía cada cual».

Había una patente de uso exclusivo para Gregorio: «Tú coges un vaso limpio y le pones dos cucharadas de miel de abeja, cucharadas grandes, con una cuchara

de sopa, y exprimes dos limones y echas una hojita de hierbabuena, y hielo, dos piedrecitas de hielo, y ron a gusto. Y nunca te entra catarro», afirma el viejo lobo de mar.

**[3]**

Hemingway trajo a bordo del Pilar a Charles Ritz, propietario del Hotel Ritz de París, y le dijo: «Yo tengo un cocinero que tú no tienes en el hotel», y, dirigiéndose a Gregorio, le preguntó: «Grigorine, ¿cómo vamos a recibir a este señor?». La respuesta de Gregorio fue que iba a preparar durante tres días consecutivos «tres platos que este paisano nunca ha probado en su vida». Charles Ritz se mostró curioso: «¿Qué clase de platos serán esos?». El patrón del Pilar respondió: «Se llaman Come y Calla».

De los espaguetis, según la versión de Gregorio, el señor Ritz dijo:

—No los había comido así antes.

—Todo tiene su camino —aseguró Gregorio.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Charles Ritz.

—Pues quiere decir que todo lo bueno tiene su incógnita... cómo se hacen y no se hacen las cosas.

Pero he aquí una excepción, porque Gregorio nos revela sus tres secretos:

Yo cogía el espagueti entero; el rollo de fideo lo partía a la mitad antes de echarlo al agua hirviendo. Primero cocinaba el pollo en una cazuela que tenía un caldo especial, un caldo de hueso de res y hueso de puerco. Sacaba el caldo y lo colaba; en el colador quedaba una boronilla* que se la ponía al pollo; después le añadía un punto de sal y lo molía en una maquinita. Entonces cogía sobreasada gallega, jamón gallego y un chorizo gallego y los batía bien con lo que había quedado del pollo. Todo eso lo ponía a fuego lento y le echaba un pimentón también gallego**. Luego sacaba el fideo del agua, lo servía aparte con una gota de azúcar, y colocaba la salsa en otro plato. Y lo servía. Oiga, mientras más comían, más querían. «Ese es un plato cubano», le decía yo. Y él le advertía a Papa: «Si no fuera tan amigo tuyo, me llevaba a este hombre para el Ritz».

Al otro día regresaron y yo les dije: «Bueno, ahora viene el otro episodio». Papa me había puesto por las nubes y, para darme aliento, por las noches me llamaba a Cojímar y me decía: «Tenemos que ganar la apuesta. Este es un problema moral».

Pues bien, ese segundo día cogí un emperador fresquecito, le saqué dos ruedas, le eché un poquito de sal y de pimienta molida y las puse a secar con el adobo arriba. Mientras, iba preparando unos traguitos, y ellos pescaban o hablaban. El Pilar estaba fondeado frente a Bacuranao. Al rato derretí media libra [unos 225 gramos] de mantequilla en la sartén y empecé a freír el emperador con candela bajita; exprimí un limón y le fui dando vueltas a las ruedas para que cogieran su color parejo por los dos lados. Pero ellos tenían que estar ya sentados a la mesa cuando yo llegara con los dos platos acabados de sacar de la sartén. «¿Cómo es esto?», preguntó el señor Ritz. «Fácil», dije yo: «Solo con un poquito de sal».

La otra salsa que hice fue más sencilla. Había comprado dos o tres dorados en playa Mégano. Cogí el pescado y le saqué su par de filetes. Dorados de invierno, con una masa muy buena. Le hice una salsa verde encajonada. Salsa verde con

ají, perejil, mucho perejil, pimienta negra, pasas y alcaparras. Bastante perejil y espárragos, y todo para la sartén, aparte del pescado, para echárselo por arriba. Pero los espárragos tenían que estar bien picaditos. «¿Y esto cómo es?», volvió a preguntar el señor Ritz. «¡Ah! —le dije—, con perejil, el gran asesino de las cotorras».

Claro, había otros platos de mariscos que yo le preparaba a Papa y que a él le gustaban, sobre todo el pulpo en vino, y también el pulpo en fricasé, pulpitos que pescábamos ahí mismo, desde la borda del Pilar —y sin escala para la sartén—. Pero lo que más le gustaba era el cangrejo salcochado con limón. Yo le machacaba las patas al cangrejo y se lo sazonaba con limón y sal. ¡Cómo a Papa le gustaba eso! Y la langosta enchilada. Pero nunca tanto como ese cangrejo que yo preparaba.

**[4]**

Sigue relatando Gregorio Fuentes:

A puerto Escondido fuimos cuatro personas, Adriana Ivancich, la madre de ella, un hermano y yo. A mí me atraía la condesita italiana, me llamaba la atención hasta la manera que tenía de hablar en español. Pero yo no me metía con ella porque era la invitada de Papa. Después tuve necesidad de amarrarla, pero lo hice para salvarla de irse al agua por un bandazo del bote auxiliar. Había mal tiempo, estábamos en medio de un ciclón y no quería perder a ninguno de los pasajeros.

La aventura había comenzado una tarde que Hemingway llamó a Gregorio y le dijo que fuera con el Tin Kid —ese era el nombre del bote auxiliar del Pilar— a buscar a unos invitados en Santa Cruz del Norte:

Mientras Papa nos esperaba a bordo del Pilar, fondeado en Puerto Escondido, yo bregaba a la vez con el bote, los invitados y los primeros golpes de un ciclón. El capitán del puerto de Santa Cruz me lo había advertido: «Ten cuidado con el tiempo que amenaza». Yo le dije: «Voy a tener el cuidado que haya que tener». Nos habíamos demorado tomando unos tragos en Santa Cruz. Nos hicimos a la mar y navegamos un par de kilómetros cuando ya teníamos el tiempo arriba y la noche había caído. Les dije a mis tres pasajeros: «Debo amarrarlos para que no se caigan. A lo mejor viene una mar y me los saca por la borda, y después quién se lo explica a Papa». Empecé por la mamá de la italiana. Le pasé una soguita, le di una palmada y le dije que no se preocupara. «Gracias, gracias, señor», dijo. Al hermano le alcancé un cabo que llevaba allí, un poco grasoso, y le dije: «Amárrate ahí, mi hermano, y no te muevas mucho para que esto no se hunda». Este hermano sonreía tranquilo, sin entender nada. Cogí una soga nueva que estaba en el cuartel de proa y le dije a la condesita que me permitiera amarrarla para que viajara más segura. La estuve amarrando un rato. Ella dijo: «Yo creo que nos vamos a hundir». Y yo la calmé: «No te preocupes, fíjate qué bien vamos».

Pero tuve que abandonar a los invitados para afincarme al timón porque el tiempo se estaba poniendo malo de verdad. Yo veía a lo lejos las bengalas que lanzaba Papa desde el Pilar. Sabía que se iba a tranquilizar si le respondía, pero no podía soltar el timón. Aquello se estaba poniendo feo. Fui acercándome poco a poco al Pilar, pero el viento soplaba tan fuerte que Papa no oyó nuestro motor. Yo lo veía a él en la penumbra, de pie sobre el puente, tratando de localizarnos. Los chubascos habían ido y venido sin dar chance a que la ropa se secara. Ahora nos acercábamos bajo el viento y la lluvia. Tiré un cable al yate y Papa escuchó el latigazo sobre la cubierta. Dijo: «Ah, qué bueno, Grigorine ha llegado». Fue a buscar una botella de champaña para recibir a sus invitados. Los ayudó a subir al Pilar después que yo los desamarré. Enseguida me alargó la botella. «Ábrela, Grigorine. Ese honor es tuyo».

Él vio que yo me resistía a entrar en la fiesta. Hicimos un aparte y preguntó: «¿Qué tú piensas hacer?». Le dije: «Estoy pensando en el barco». Él sabía lo que

yo quería decir con eso. Así que me dejó solo y se fue a atender a sus invitados mientras yo movía el barco hacia una zona que ofreciera mayor seguridad y tiraba cuatro cabos, dos a unas boyas, y dos a tierra, y me preparaba a esperar la tormenta.

Se fueron a dormir temprano, excepto yo, desde luego, y Papa, que dejó a todo el mundo y vino a donde yo estaba en el puente; yo solo, con mi botella en la mano, y él me preguntó: «¿Cómo ves la cosa?». «Aquí estoy, con el compás», le dije mostrándole la botella. «Esperando que este cicloncito se canse». «Pero no se preocupe y váyase a dormir, Papa». «No, yo me voy a quedar contigo velando toda la noche». «No vamos a tener problema». «Ah, bueno, bueno», decía él.

A los dos les dio el amanecer sentados en aquel puente batido por la sal y el viento. Un amanecer lento, gris, lluvioso.

**[5]**

Solos, al pairo en la corriente del Golfo y frente a La Habana, esperando el chasquido de los outriggers*, chasquido improbable a esa hora, pero con más de media botella entre pecho y espalda, Gregorio y Papa hablaron de la muerte y la amistad. Este es el diálogo reconstruido a base de los detalles que memorizaba Gregorio, aún en 1975. La tendencia de este octogenario a compactar sus recuerdos en episodios únicos y aislados puede estar presente en su evocación.

—Viejo, ¿tú sabes lo que es un amigo?

—Usted y yo somos amigos.

—Viejo, un amigo es más que un padre y un hermano. Una amistad significa las cosas pasadas. Tú y yo llevamos más de 20 años juntos, a bordo del Pilar. ¿De dónde veníamos los dos? No importa, un día nos encontramos, tú con tu historia, yo con la mía. Dos amigos equivalen a dos historias que se unen.

—Un amigo es una cadena, Papa.

—Hemos tenido un buen barco, Grigorine. Un barco de gasolina, de los que ya no se fabrican. Pero nunca ha presentado un incendio a bordo. Con este barco enfrentamos las tormentas y capturamos los peces de la corriente del Golfo. Con él estuvimos en la persecución de los lobos alemanes.

—Ah, yo tengo una idea; Papa. Tengo una idea.

—¿Qué idea puede ser esa, Grigorine?

—Vamos a ver quién se muere primero. Si le toca a usted, me hago cargo del barco. Pienso ponerlo en Finca Vigía, en una casa que sea de cristal: el barco lo voy a preparar como siempre, con la caña de pescar, un vaso de ron, un libro abierto y las hojas para escribir y su pluma, y con una estatua suya.

—Está bien, Grigorine. Good. Me gusta esa idea. No sabes cuánto me gusta*.

En efecto, Papa pasó primero. Le dejó a Gregorio el Pilar, valorado posteriormente en medio millón de dólares, pero —asegura Gregorio— con un

precio sentimental que no puede pagar ningún banco del mundo. «No hay dinero para eso».

Mantener la embarcación era demasiado para un humilde pescador. Decidió donarla al gobierno revolucionario. Fidel Castro tuvo conocimiento de la decisión de Gregorio y ordenó que se le entregara una lancha en la cual pudiera seguir pescando para su disfrute personal. Le entregaron el Hill-Noe, de unos 7 metros de eslora, con un motor soviético de veinticinco caballos. Gregorio salvó del Pilar los dos outriggers y la cocina de kerosén. Desde mucho antes ya guardaba en su casa la tabla rotulada que emplearon en la Segunda Guerra Mundial y que enmascaraba el Pilar como una embarcación científica.

Una tarde Fidel Castro visitó a Gregorio en Cojímar y le agradeció la donación del Pilar. Pero le dijo que ese yate seguía siendo suyo y que podía reclamarlo cuando quisiera.

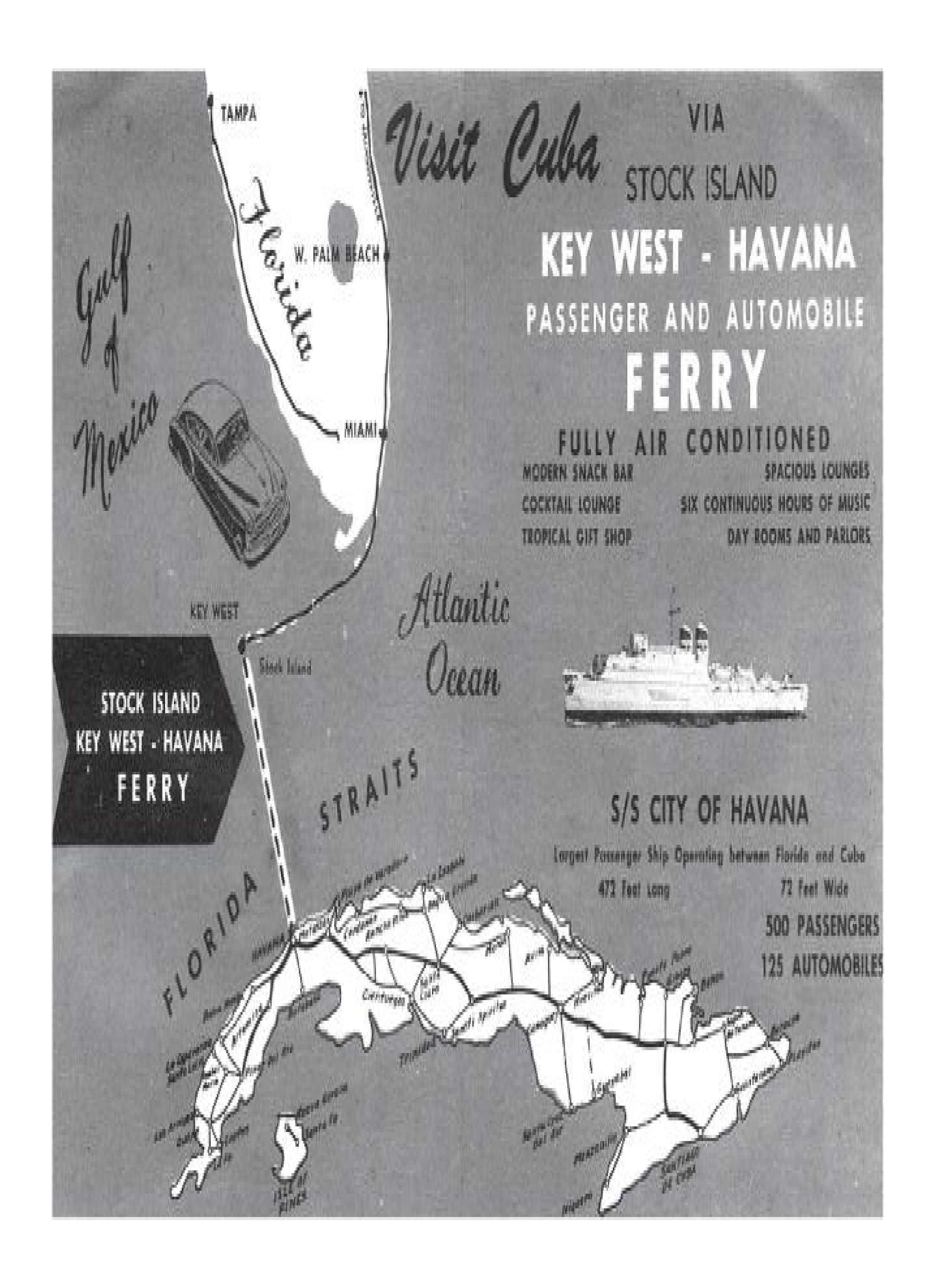
Ahora, cuando Gregorio sale a pescar, lo hace en el HilI-Noe, pero con la cocina y los outriggers del Pilar, y una autorización especial que le permite obtener vituallas y artes de pesca a cuenta de una cooperativa. Puede pescar cuando quiere y con las condiciones que él mismo establece. Pertenece a la Cooperativa de Pesca de Cojímar, pero existe una disciplina en exclusiva para él.

Gregorio se encontró con Mary Welsh diecisiete años después de la muerte de Papa, durante la visita de ella a La Habana en 1977. Fue un encuentro rápido y cordial. Gregorio la recibió en su casa. Después del abrazo, Mary le dijo: «Te conservas igualito. No has cambiado nada». Gregorio sonrió y tuvo una frase de la vieja cortesía familiar: «Aquí estamos; a su disposición». No se veían desde 1961, cuando Mary vino a Cuba, semanas después del suicidio de Hemingway. El diálogo había sido entonces bien distinto: el patrón del Pilar había subido a Finca Vigía la noche en que Mary leyó la parte «del testamento» de Hemingway concerniente a sus empleados cubanos. «Perdimos a Papa», le dijo ella, y agregó: «¿Qué le vamos a hacer?». Aquella noche Mary le propuso a Gregorio

que hundiera el Pilar: «No debe caer en manos ajenas». Después la viuda le ofreció la alternativa de llevar la embarcación a Key West.

**[6]**

Los recuerdos de Gregorio se encaminan hacia su última conversación con Papa. No atina a precisar la fecha, pero sí que fue el día antes de su salida de Cuba. Se trata necesariamente, pues, del domingo 24 de julio de 1960, porque al otro día Hemingway, en compañía de Mary, abordó el ferry City of Havana para el viaje de unas ocho horas hasta el muelle de Stock Island, Key West, de donde continuaría por carretera hasta Nueva York.



Visit Cuba
VIA
STOCK ISLAND
KEY WEST - HAVANA
PASSENGER AND AUTOMOBILE
FERRY
FULLY AIR CONDITIONED
MODERN SNACK BAR
SPACIOUS LOUNGES
COCKTAIL LOUNGE
SIX CONTINUOUS HOURS OF MUSIC
TROPICAL GIFT SHOP
DAY ROOMS AND PARLORS
S/S CITY OF HAVANA
Largest Passenger Ship Operating between Florida and Cuba
472 Feet Long
72 Feet Wide
500 PASSENGERS
125 AUTOMOBILES
STOCK ISLAND
KEY WEST - HAVANA
FERRY
TAMPA
Florida
W. PALM BEACH
MIAMI
Gulf of Mexico
KEY WEST
Stock Island
Atlantic Ocean
FLORIDA STRAITS
HAVANA
Cienfuegos
Trinidad
ISLE OF PINES
SANTIAGO DE CUBA

Vino a mi casa un día de aquel verano de 1960 como a las 10.30 de la mañana. Estaba vestido como de costumbre, con su bermuda, camisa blanca, sin camiseta, chancletas. Lo recuerdo parado en esa puerta. Esa que está ahí. Fue la última vez que lo vi. Nos habíamos tomado unos tragos, un jaibolito, un Tom Collins. Él se preparó los suyos. Yo los míos. Con agua mineral, un pedacito de hielo. Pero nada de azúcar. No tomaba nada con azúcar. Me dijo: «Mire, viejo, yo estoy bien. Ya me hice un chequeo y tengo la presión bastante regular. Estoy en 190 libras [86 kilos]. Eso es un buen peso. Como tengo que decepcionarme del libro que estoy haciendo, voy a España, a eso».

Así que él se sentía en perfectas condiciones. «Tú cuídate y chequéate», fue su recomendación. «Bueno, hasta la vuelta», me dijo como tantas otras veces. Siempre se despedía así.

Me enteré que había muerto por el periódico. No me sorprendió su muerte. Me sorprendió su enfermedad. ¿Para qué yo quiero seguir en el mundo si soy un estorbo? ¿Para qué si era verdad que tenía leucemia en la sangre? «Ahora peso 140 libras [63 kilos]», me escribió. ¿Cómo quedaría? Me informaba que estaba reponiéndose en Sun Valley después de salir de los Hermanos Mayo. Pero no era una carta pesimista. Simplemente me hacía saber el estado en que se encontraba.

Ojalá hubiera podido hacer las gestiones para ir a verlo.

**[7]**

Los antiguos empleados de Hemingway suelen referirse a él en términos elogiosos; mas Gregorio llega a decir que «Papa era mi hombre», lo cual es una

declaración bastante difícil de asumir para el machismo cubano.

No obstante, también se conocieron algunos diferendos. No todo fue camaradería y dulzura entre los curtidos navegantes. La más destacada de sus desavenencias es la historia del día —el día completo— que Hemingway por poco pierde a Gregorio, porque este había sostenido una discusión con el patrón de otro yate que estaba amarrado a la borda del Pilar, y la intervención de Hemingway, agresiva y desatinada, la consideró Gregorio como «una falta de respeto entre los hombres». Gregorio se sintió ultrajado y le pidió a Hemingway que «arreglara la cuenta», es decir, le liquidara su salario. Hemingway se retiró airado, aunque después regresó con el propósito de solucionar el agravio. Volvió tres o cuatro veces. Cada vez que volvía se tomaba unos tragos con el ofendido Gregorio, quien finalmente decidió quedarse en su trabajo «para que Papa no se fuera de Cuba y no quemara la finca y el yate y todo lo que iba a quemar él». Gregorio hace su relato. Es un recuerdo amargo, aunque fugaz. Como era de esperarse, «el viejo [Ernest Hemingway] de vez en cuando tenía sus cosas». Esta vez se le fue la mano en la amonestación y provocó una reacción defensiva en Gregorio.

Estábamos atracados en el muelle del Club Internacional de La Habana y yo había regalado unos peces que habíamos capturado. Cuando subió a bordo del Pilar, Papa tenía algunos tragos de más. La cuestión es que al lado había otra lancha, de unos ricachones, tipos de plata, y ellos le habían ido con el chisme a Papa de que yo había regalado esos peces a unos pescadores. Esto es algo que yo hacía habitualmente porque el mismo Papa lo quería así, por filantropía él, y yo por conveniencia, porque esa gente era amiga nuestra. Los pescadores, me refiero. Pero los de la lancha me vieron regalando la captura y le fueron con el chisme, y Papa viene y me pregunta de mala forma: «¿Tú regalaste un pescado?». «Sí, y usted sabe que yo nunca he hecho nada en su perjuicio ni en el mío. Así que esto de la única manera que se resuelve es que usted me arregle la cuenta, que yo me voy de este trabajo». Parece que Papa se irritó y salió del muelle después de decirme que estaba bien, que podía abandonarlo. Se fue a eso de las 11 a.m., y regresó a la 1 p.m., más o menos. «Vamos a tomarnos un trago», me dijo. «Vamos», respondí. Yo estaba esperando en el Pilar a que él me trajera la liquidación de mi salario. Bajamos del yate y fuimos a la barra del Club

Internacional. Nos tomamos los tragos. Me preguntó: «¿Tú insistes en tu decisión?». «Insisto». «Bueno, tú sabes, tú eres responsable...». Y se fue. Regresó a las 3 p.m. Otros tragos. Preguntas similares. Y respuestas idénticas. Vuelve a irse. Regresa a las 5.30. Nos tomamos unos tragos en la barra, sin decirnos nada. Nuevos tragos en el Pilar. «¿Tú te vas definitivamente?». «Mira, Papa, yo me tengo que ir. Me duele lo que me has hecho». «No me digas así, no me hables más de eso». Preparamos otros dos traguitos. «Bueno, Papa, estas cosas son pequeñeces», le digo. «Sí, lo son», me dijo. Y agregó: «Fíjate lo que te digo. Te pido perdón. Pero si tú no me perdonas y te vas, entonces yo quemaré el Pilar y quemaré la finca y me voy de Cuba y no regreso más».

En este punto de su relato, Gregorio dice que a Papa se le saltaron dos lágrimas «que parecían dos frijoles». Había llegado el momento en que aquellos dos amigos se reconciliaran y se tomaran otro par de traguitos.

«Siempre nos ponemos de acuerdo, tarde o temprano», dice Thomas Hudson (Hemingway) de Antonio (Gregorio) en Islas en el Golfo, la más autobiográfica de sus novelas.

**[8]**

Después de Finca Vigía y de la hospitalaria barra del Floridita, el ámbito natural de Hemingway en Cuba era el Pilar. Si el autor de Tener y no tener había comparado su casona colonial de San Francisco de Paula con un barco, con su barco, no hay que poner en duda que —lo dijo muchas veces— se sentía mejor en el yate que en ninguna otra parte.

Lo adquirió a mediados de 1934, cuando regresó de Europa y recibió del banco una agradable sorpresa: tres mil dólares por sus crónicas africanas en la revista

Esquire, que le sirvieron de adelanto para comprar el yate. Contribuyó con el diseño y le pidió a la compañía Wheeler Shipyard de Nueva York que se lo construyera. Se lo enviaron por ferrocarril a Miami. Hemingway rompió una botella de champaña contra el casco y lo botó al agua. Tenía matrícula de Key West y estaba registrado en el puerto de La Habana.

El Pilar es de una construcción sólida. Hoy tiene un evidente sabor de antigualla, pero en su tiempo fue un barco extraordinario. Estrecho de proa y espacioso de popa.

En su interior, entrando por el centro, después del puente de mando, hay tres compartimentos escalonados. El primero, con dos literas, dos clósets, gavetas debajo de las literas inferiores y un estante; el segundo es para la cocina y el baño; el tercero tiene otra litera y dos espacios abiertos, llamados el Departamento Etílico, según la clave hemingwayana. Allí se guardaban las bebidas.

La antigua pizarra se conserva con todos sus instrumentos. Detrás del timón hay cuatro relojes y la inscripción siguiente: NORSEMAN POWERED. Dos relojes marcan el nivel de aceite y la temperatura del motor, y los otros dos corresponden al amperímetro y al tacómetro; a la izquierda del timón está la pizarra para las luces, con botones colocados de arriba abajo:

- ANCHOR LIGHT

- RUNNING LIGHTS

- BILGE PUMP

- WIPER

- SEARCH LIGHT

Atrás, en el mostrador, las dos palancas del control de aceleración o cambio de marcha, y una placa de bronce colocada por el fabricante:

▪

HULL 576

WHEELER SHIPYARD

BOAT MANUFACTURERS

1934

BROOKLYN. NEW YORK

▪

Otros dos instrumentos están colocados en una columna de la cabina: un barómetro y un reloj horario.

El Pilar podía maniobrar en un radio de acción de algo más de 925 kilómetros con siete o más personas a bordo. Sus depósitos poseían capacidad para más de 1 135 litros de gasolina y unos 570 de agua potable. En el popel cargaba en torno a 375 litros más, en bidones. Se podían almacenar otro tanto en damajuanas y aproximadamente 1 100 kilos de hielo. Tenía un pequeño refrigerador doméstico.

Este yate se construyó para navegar en mar gruesa y su dueño lo consideraba una gran embarcación, a pesar de estar dotado con motores de gasolina. Podía alcanzar una velocidad de unos 15 kilómetros por hora. Uno de los orgullos de Hemingway era que nunca se hubiese producido un incendio a bordo.

El Pilar gastaba entre trescientos cincuenta y cuatrocientos dólares mensuales. Se fondeaba en Jaimanitas y Casablanca. A veces también en Cojímar, el Club Internacional y la playa de Tarará. A lo lejos se podía identificar por los enormes outriggers que Hemingway había hecho colocar en cubierta.

Gregorio Fuentes dice: «Lo tenía que brillaba como el oro. Yo limpiaba a ese roble negro americano todos los días».

Como el barco fue la herencia que Papa dejó a su viejo amigo, es Gregorio quien padece ahora la larga travesía en seco que ha cumplido el yate después de la muerte de su dueño.

El Pilar está intacto, pero esto no quiere decir que dejara de sufrir sus avatares. Hacia mediados de los años cincuenta Gregorio lo había tenido en el astillero para una reparación general. Hubo que carenar el yate para sustituirle el maderamen de la quilla. A Hemingway le resultó difícil conseguir roble negro en Estados Unidos. No obtuvo todo el que necesitaba y accedió a que algunas piezas fueran reconstruidas con caoba cubana. En esta oportunidad se le

ajustaron sus motores Universal y Chrysler; Ricardo, el mecánico de los prácticos del puerto habanero, volvió a poner sus manos en ellos. Antes, este mecánico había sido contratado por Gregorio para que acondicionara el barco en la Segunda Guerra Mundial.

Los carpinteros del río Almendares trabajaron como verdaderos artesanos y Ricardo demostró que él era «el mejor afinador de motores del Caribe y del mundo», según declarara con sinceridad, llevado del entusiasmo por una labor bien hecha. Gregorio dirigió toda la operación. «Cuando ya estuvo listo. Papa subió a bordo, y vio aquel barco reluciente, que parecía nuevo, el mismo barco de su juventud, y exclamó: "¡Qué agradable es esto, qué satisfecho me siento!". Se le aguaron los ojos, por supuesto».

Pero el Pilar no puede estar fuera del agua.

Lo cierto es que esta nave magnífica, al no tener la presión del mar, libera sus cuadernas, que tienden a abrirse y a desarbolar la embarcación. Primero, después de la muerte de Hemingway, Gregorio lo tuvo en Cojímar, hasta que decidió entregarlo al gobierno cubano. De Cojímar lo trasladaron a Finca Vigía como pieza capital del Museo Hemingway. Fue su primer viaje por carretera. Allí permaneció varios años, hasta que se decidió enviarlo a los astilleros de Casablanca. Otro viaje sobre el asfalto. Y de ahí lo llevaron a los astilleros de Cárdenas, unos 100 kilómetros al noroeste de La Habana. Tercera travesía en tierra firme. Se le hizo una reparación general para devolverlo, doce años después de la muerte de Hemingway, en 1973, a Finca Vigía. ¿Habrá que decir cómo lo trasladaron de Cárdenas a Finca Vigía? Fue necesario detener el tráfico por tramos porque la ancha manga del Pilar desbordaba la rastra* militar —zorra le llaman los cubanos—, que ocupaba dos tercios de la estrecha Carretera Central. Fue una fiesta la entrada de aquel barco en San Francisco de Paula. Allí estuvo hasta 1975, al sol y al sereno, montado sobre bancos de madera y bajo la protesta de Gregorio Fuentes que lo visitaba a ratos. En 1975 una compañía norteamericana pensó en la posibilidad de filmar la vida de Hemingway en Cuba, y se volvió a trasladar el yate a Casablanca, por carretera, desde luego,

para iniciar una reparación capital. Pero de repente los norteamericanos, sin que se sepa por qué, decidieron suspender la filmación. Entonces la reparación capital se redujo a un trabajo superficial, y de nuevo a Finca Vigía, por carretera. Gregorio hizo una breve visita de inspección al astillero antes de que devolvieran el yate a Finca Vigía. Ver el Pilar a medio reparar sin que él estuviera dirigiendo la obra le provocó una depresión de algunas semanas. Devuelto a Finca Vigía, el yate permaneció allí, perdiendo porte y pintura, navegando en un mar de helechos y matas de mangos, hasta noviembre de 1979, en que volvieron a cargar con él, por carretera, claro, rumbo a Casablanca para lo que promete ser la «reparación definitiva». Gregorio se negó, esta última vez, a tener noticias de lo que se hacía con su embarcación.

La accidentada historia que siguió el Pilar, sin capitán, sin dueño y sin el fragor del agua caribeña, comenzó mucho después a ser compartida. En los famosos astilleros Chullima de la ribera capitalina construyeron una réplica del yate de Hemingway. El trabajo es tan preciso y de tal nivel que el mismo Gregorio Fuentes ya no acierta a identificar el verdadero. Con anterioridad solo se había hecho en Cuba la réplica de otro barco, del yate Granma que en un viaje de Tuxpán, México, a Playa Coloradas, Cuba, trajo a Fidel Castro y sus hombres para empezar la Revolución. Pero esta nueva réplica no se la explica ni Gregorio ni nadie. En su portal de Cojímar el capitán del Pilar suele preguntar a sus amigos: «¿Para qué un doble de mi barco, para qué?».

**[9]**

La Terraza de Cojímar está descrita en El viejo y el mar y en Islas en el Golfo. Es uno de los escenarios terrestres más importantes de la primera de las obras citadas, y en la segunda Thomas Hudson elogia este restaurante instalado en una vieja casona al lado de la playa, al decir que es «muy agradable estar allí».

La Terraza se ha conservado casi igual que en época de Hemingway, cuando el

antiguo propietario supo dirigir su publicidad teniendo en cuenta la presencia del escritor. Una terraza de utilería* aparece en la versión fílmica de El viejo y el mar. La original es de mampostería, y la del filme, un bohío. El antiguo dueño hizo pocos cambios y la diferencia con el restaurante actual es que a las paredes se le han añadido medio centenar de fotografías de Hemingway, casi todas del rodaje de la película, aunque las fotos seleccionadas, seguro que por desconocimiento de los decoradores, corresponden a la captura del gigantesco castero en Cabo Blanco, Perú, y no hay ninguna de las muchas imágenes auténticas de Hemingway en Cojímar. En Islas en el Golfo Hemingway recuerda La Terraza como el «bar de Cojímar, construido al borde de las rocas que dominaban el puerto». Describe su primera visita:

Había llegado al bar una luminosa mañana de primavera... El viento fresco soplaba desde el este a través del restaurante abierto y el bar, y la luz era tan brillante y el aire se sentía tan nuevo y refrescante que no era mañana para borrachos... A través de la terraza abierta miró el mar, de un azul profundo y con crestas blancas, entrecruzado por las barcas pesqueras que curricaneaban* en busca de dorados.

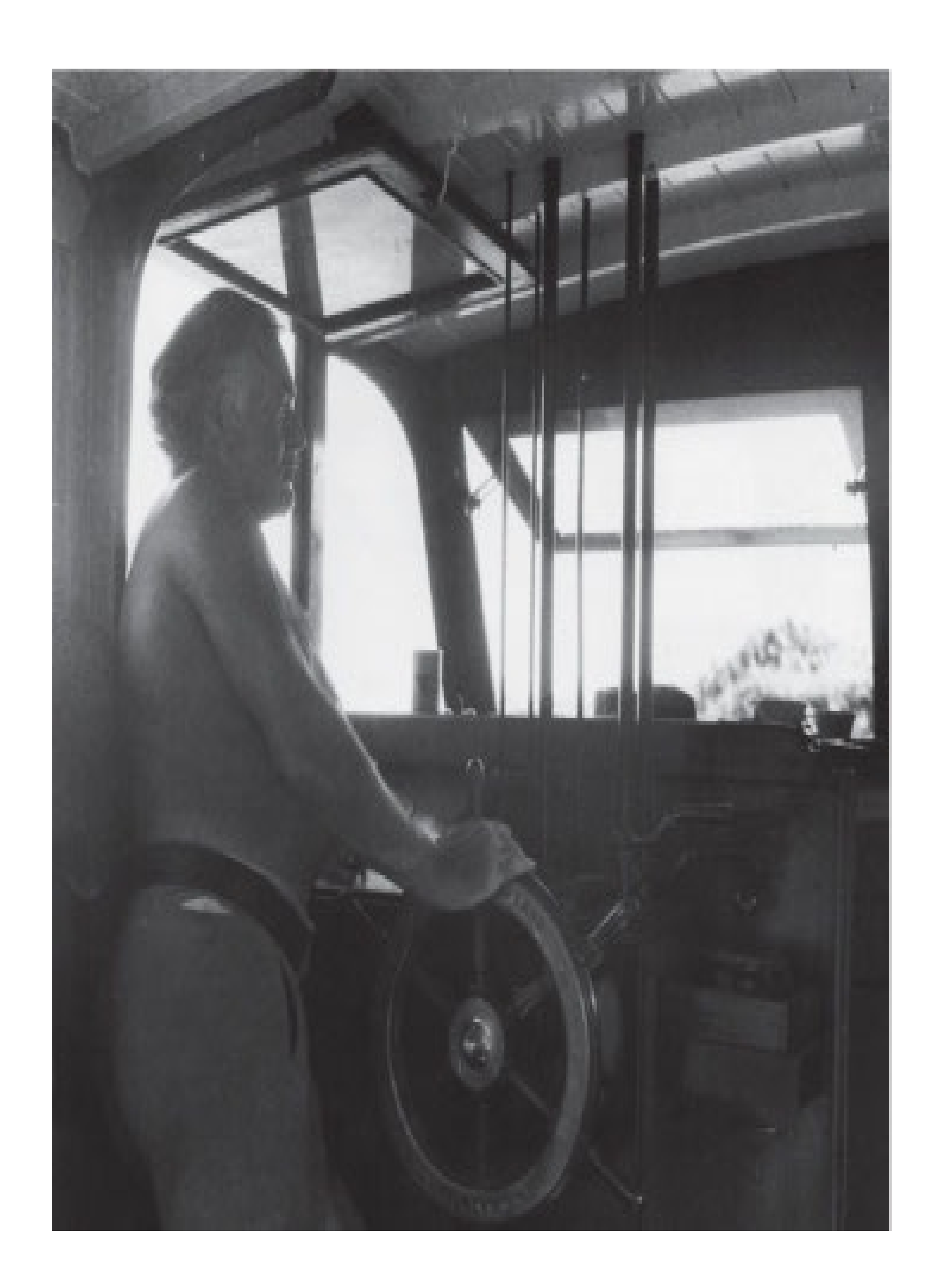
Una anécdota. En el transcurso de un recorrido por la zona, Fidel Castro preguntó por la situación de La Terraza. Allí se había instalado una cervecera «piloto», que era en esa época uno de los establecimientos de más baja categoría del país porque en ellos se expendía cerveza a granel servida en vasos de cartón. Malas noticias para el comandante y sus permanentes sueños de grandeza, por lo que ordenó que «como mínimo» se restaurara La Terraza y se dejara tal como era en época de Hemingway y se ofreciera el mismo menú. Y —añadió— que no quería volver a saber que ese lugar se había convertido en un cuchitril de borrachines. «O ardería Troya». En la actualidad, y parece ser que para siempre, los mejores cangrejos y camarones enchilados de Cuba se preparan en La Terraza de Cojímar. Y gracias a tan poderosa intervención, siguió siendo un buen lugar para encontrarse con Gregorio Fuentes y con la tropa clásica de hombres de mar, aguerridos bebedores de ron y cerveza, pero con su antiguo empaque de modesta decencia y, claro, las bebidas servidas en nítidos vasos de cristal.

Nuevas construcciones han surgido en el horizonte de Cojímar. Sobre todo edificios de apartamentos y una remodelada base de pesca deportiva llamada ahora Ernest Hemingway. Los pescadores —que antaño libraban su sustento precariamente como el viejo Santiago— están organizados en cooperativas. Se ha inaugurado un astillero que se llama El Cachón. Los botes de pesca poseen motores soviéticos (25 caballos de fuerza), «las planticas rusas», más resistentes que elegantes. Es decir, se notan cambios. Falta el árbol donde Hemingway hablaba con los pescadores, al lado de La Terraza. Y faltan muchos de los pescadores, porque ellos también han muerto. Mas algo permanece: los miembros de la cooperativa zarpan cada noche rumbo a la corriente del Golfo, en busca de sus pesqueros. No es una flota de altura, ciertamente; es la flota de los pequeños botes de los viejos, tozudos pescadores de Cojímar.

Y se mantuvo Gregorio, aferrado a su ron sazonado de salitre, con «ojos chispeantes» como los del viejo marinero de Coleridge, presto a cautivar a amigos y periodistas con sus relatos, una especie de monumento viviente que sale a pescar y come y bebe en La Terraza. Si en ocasiones confunde las fechas y los personajes e incluso alguna que otra vez toda una anécdota al recordar su vida junto a Hemingway, eso carece de importancia. Los datos siempre pueden verificarse y corregirse, no así la visión fresca e ingenua del modo de contar de este hombre. Llega a decir que fue sugerencia suya el título de Tener y no tener y que el material para El viejo y el mar lo proporcionó él. Los incidentes en un mismo relato pueden variar de un día a otro (lo que no varía es su nefasto criterio sobre Carlos Gutiérrez, matizado, desde luego, por celos profesionales comprensibles), aunque nada de esto debe tomarse como un asunto de mucha gravedad. Al pez capturado, el pescador siempre le añade algunas pulgadas, pero ahí está, coleteando y salpicando, desafiando nuestra cinta de medir de investigadores.



El Pilar en sus días de gloria frente a las costas de Cuba. Hemingway empleó el nombre de origen latino para bautizar también a la fornida y sabia mujer de Por quién doblan las campanas. El destino de ese personaje se olvidó para siempre en la memoria del escritor. Pero la hermosa lancha salida de los astilleros de Brooklyn en 1934 navegó incansable hasta 1960 en la corriente del Golfo. En la foto: El puente volado fue la única modificación que Hemingway se permitió en su lancha. Le ofrecía una mejor perspectiva para sus operaciones pesqueras. El sistema de timón doble era una ventaja. El yate es por lo pronto más funcional. Pero se detecta una catástrofe: los grandes casteros comienzan a extinguirse. (Roberto Herrera Sotolongo/Norberto Fuentes)



La corriente del Golfo se mueve en calma esta tarde. En el puente bajo techo del Pilar, hacia 1949, el capitán Hemingway parece otear el horizonte. Pero la realidad puede ser otra: está soñando, simplemente. (Roberto Herrera Sotolongo/Norberto Fuentes)



La aguja sobrepasa las 300 libras. Batalló durante una tensa jornada de medio día. Por esta vez, no hay crónica descriptiva para Esquire. Pero el solemne rostro del escritor recuerda su habitual consideración por el animal vencido. (Roberto Herrera Sotolongo/Norberto Fuentes)

---

* Pepe Ronco. Durante los días de la depresión este pescado —el ronco— fue dieta permanente de los habitantes pobres de Key West.

** Contrabando.

* Véanse Baker y el resto de biógrafos.

* Plato combinado de precio económico.

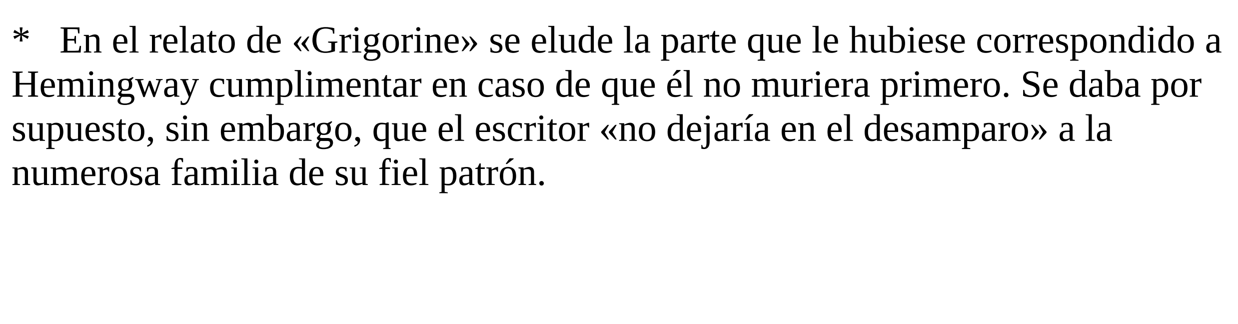
* Negocios sucios (del inglés business).

* Carnes y frutas no enlatadas.

* Migaja de pan.

** El gentilicio «gallego» se utiliza en todos los casos como sinónimo de español, como es habitual en muchos países de Latinoamérica.

* Elementos para estabilizar la embarcación que se colocan en sus laterales.



* En el relato de «Grigorine» se elude la parte que le hubiese correspondido a Hemingway cumplimentar en caso de que él no muriera primero. Se daba por supuesto, sin embargo, que el escritor «no dejaría en el desamparo» a la numerosa familia de su fiel patrón.

* Camión de gran capacidad de carga.

* De atrezo.

* Aunque el verbo «curricanear» no existe, su significado podría derivarse del término «curricán», ‘inquietud’, ‘enamoramiento’, con el significado de ‘moverse con nerviosismo tratando de hallar algo’.

# 11

## Retorno a Paraíso

A veces Hemingway levaba anclas y se refugiaba algunas semanas en Cayo Paraíso, cuyo nombre, según las cartas náuticas, es Mégano de Casiguas, a la altura de la Mulata, en Pinar del Río. El escritor iba solo con su mujer y con Gregorio. Para estas excursiones cargaba con su Royal portátil, una buena provisión de papel gaceta y su media docena de lápices del número dos. En el refugio de los arrecifes de Paraíso encontró otro lugar para trabajar, aunque nunca lo dijo a los periodistas. Hemingway «descubrió» Mégano de Casiguas hacia el verano de 1942 durante sus patrullajes en busca de submarinos nazis. Patrullaba desde el Mégano hasta Cayo Confites, unos 637 kilómetros al este, con su tripulación de nueve hombres, él incluido, y la impresionante logística de whisky, granadas de manos y ametralladoras Thompson. Después de la guerra, Hemingway no regresó a Cayo Confites, pero hacia 1946 la emprendió con las excursiones a Mégano de Casiguas, que para esa época él rebautizó como Cayo Paraíso. También para entonces, las casuarinas que había sembrado en sus misiones de caza para ganar visibilidad sobre ambos islotes alcanzaban más de 25 y hasta 30 metros de altura.

Las excursiones a Paraíso, pues, fueron frecuentes a finales de la década de los cuarenta y en los años cincuenta. Ernest supervisaba con Gregorio el avituallamiento de comida y, sin falta, el de las bebidas. Solía hacer planes ambiciosos de lo que iba a ocurrir y lo que pensaba escribir, manteniendo el régimen disciplinario de la finca. Luego, a eso de las 11, vendría la «liberación»: saltar al agua o correr con Mary por el cayo, en plan de ejercicios —siempre desnudos, parece haber sido el ideal, según se deja ver en una carta de Hemingway, si bien no se aclara qué hacía Gregorio mientras tanto; seguramente permanecería vestido a bordo del Pilar, mientras el matrimonio se solazaba en la

playa del cayo—. Luego del almuerzo, preparado por Gregorio, una siesta al vaivén de la lancha, en aguas de la ensenada del cayo, y, por la tarde, a seguir escribiendo porque no hay otra cosa que hacer, a menos que algo despierte el entusiasmo, y entonces a curricanear en las aguas del Golfo en busca de un poco de pescado fresco para la comida del otro día. Esta es una actividad prevista en el programa, pues la capacidad de refrigeración de alimentos del Pilar es pobre y solo hay una nevera doméstica a bordo. El hielo es una preocupación y muchas veces se organiza —desde La Habana— una especie de operación militar en la cual intervienen Herrera Sotolongo, el cura don Andrés y Sinsky. Aprovechan los domingos y llenan el maletero del auto de Herrera con hielo de una fábrica del Mariel; de ahí, bordeando las montañas del extremo de la isla, llegan por fin al puerto de la Mulata, donde han acordado reunirse con Hemingway. El yate está esperando con Gregorio en la proa y con Mary y Ernest, tostados por el sol. Ernest, barbudo y sonriente, bajo un toldo en la popa. Saludos y comienzo de una jornada de tragos y bromas. Pero después del mediodía, los amigos se despiden, y Hemingway y su reducida tripulación regresan al refugio del cayo. Solo hace falta la tarde para que se vea desde la orilla al Pilar navegando contra el sol, con sus dos largos outriggers balanceándose por las bordas, y aquel barco oscuro, ancho, sacando la proa rumbo al Mégano de Casigua.

**[2]**

Las agujas van a comer a las dos aguas. Y Gregorio fue a buscarlas allí, «al hilero», muchas veces. «Uno busca el agua azul —dice el pescador veterano—, porque ahí es donde está la corriente». El hilero es la frontera entre las dos aguas.

Cuando uno le abre el buche a las agujas encuentra civilitos, gallegos, camarones, peces voladores, que son los animales que viven en los hileros. «Por eso hay que buscar la aguja allí. Eso hacíamos Papa y yo enseguida que dejábamos el Morro atrás». También estaban los puntos de referencia de los pescadores.

Nosotros nos guiábamos por una casa vieja y rosada que se veía en la línea de la costa, cerca de Cojímar, le decíamos la Casa del Cura, o la Casa Rosada, que nos señalaba el sitio exacto del Hondón de Cojímar, un abismo marino bueno para la pesca. Ahora se guían por un punto que llaman las Antenas, porque quienes van allí se orientan por unas torres enormes de comunicaciones internacionales, que están donde antes se veía la Casa del Cura.

La milla de Hemingway, aunque es algo mayor que una milla ortodoxa, comprende desde el campo de tiro de La Cabaña hasta la Casa del Cura. Todavía es un gran pesquero de agujas. Cuando la corriente es fuerte, esta atrae allí muchos animales.

Los pescadores dicen que las agujas corren de este a oeste porque esa es la forma en que siempre las ven desplazarse. Pero los científicos han determinado que corren justamente en dirección contraria. Lo que ocurre es que salen de «su carretera» para acercarse al hilero a comer. Entonces se mueven con rumbo oeste, pero su curso migratorio es de oeste a este.

Hemingway desarrolla este tema en sus crónicas «El Gran Río Azul», «La pesca de la aguja a la altura del Morro», «En la corriente del Golfo» y otras, escritas entre 1930 y 1950.

El escritor aprendió a batallar con las agujas y a capturarlas gracias a las enseñanzas de Carlos Gutiérrez en la década de los treinta, pero fue Gregorio Fuentes quien le enseñó a distinguir con exactitud profesional las especies y los hábitos de cada una.

La arribazón de los casteros era de abril a mayo, pero septiembre era el mes de

los más grandes. Hemingway los llamaba «los pesos completos». La famosa anécdota que aparece en su crónica «En las aguas azules» sería el germen de El viejo y el mar, pero fue la lucha con uno de estos «pesos completos» la que le inspiró la batalla central de su célebre relato. No hubo mucha ficción en el gran pez de Santiago. La imaginación se puso aquí al servicio de la realidad. Los pescadores de Cojímar le contaron con lujo de detalle la historia de un castero que luchó durante quince horas antes de ser embarcado. Es lógico que Hemingway escuchara el relato con atención y expresara su admiración por la dignidad de semejante espécimen.

El castero es uno de los peces más grandes del mundo y tiene la ligereza del más pequeño.

La tripulación del Pilar buscaba en estas aguas la más grande y pesada de las agujas, pero también a uno de los más bellos y rápidos peces que habitan en los mares profundos y abiertos: el dorado. Para Hemingway la coloración de este pez respondía a una condición especial. Variaba según sus estados anímicos; lo dominaba el hambre, el enojo, la excitación sexual o el temor.

El sonido de alarma de los outriggers también podía anunciar la captura de una aguja blanca, la voladora, de un azul intenso en el lomo, con los costados y el vientre plateados. Su pico es fino y agudo, los ojos grandes. Es veloz y ofrece una tenaz resistencia al ser anzuelada.

Otras veces era la aguja de abanico, también de aguas profundas. Cuando se le sube a la embarcación aparecen en sus costados hileras de puntos de un azul claro. Le gusta, como a las otras agujas, antes de comer la carnada, golpearlas con su pico áspero.

Hemingway acostumbraba a sentarse junto a Gregorio para mirar mientras este

preparaba las carnadas. Su atención era tan concentrada como cuando observaba los preparativos de los masái para tirar sus lanzas. Gregorio, diestro, trasegaba escribanos y agujones, las especies indicadas como carnadas para la captura de agujas. Gregorio enganchaba enteros los escribanos, y los agujones en rabadas o destollos que sacaba de los flancos. «Papa, esto hay que hacerlo bonito», le explicaba. «No hay que escatimar tiempo. Estas carnadas tienen que deslizarse sobre el agua y mantenerse frescas y apetecibles».

Los escribanos, peces plateados, se enganchan «por derecho», según el lenguaje del hombre de mar; es decir, la pata del anzuelo sale por la boca del pez. Se entizan el anzuelo y el pico para darle más seguridad en el agarre, ya que la carnada está destinada a sufrir la presión del agua en el curricaneo. El pozo del anzuelo le sale por un costado o por el vientre, cerca de la cola para poder clavar mejor la aguja cuando esta ataque.

El agujón se corta en forma romboidal de acuerdo con el tamaño del anzuelo. Los destollos se fijan a la pata del anzuelo con una pita fina y queda la parte posterior a manera de cola para que al ser curricaneado imite el movimiento natatorio de los peces.

Cuando no había escribanos ni agujones, Gregorio buscaba chicharros, carajuelos, carajuelos blancos y guaguanchos. Si el Pilar perseguía los grandes casteros de septiembre, acudían a otras carnadas: bonitos enteros, macabíes, dorados y pintadas. En la popa del barco, entretanto, se realizaba una corrida* íntima, la del whisky y el Tom Collins.

En su lucha frontal contra las agujas, Hemingway buscaba la igualdad. Equiparar las fuerzas entre el pez y el hombre y dejar el triunfo al más hábil. Solía también recordar que no era este el que tenía un anzuelo en la boca.

Su contribución a la ictiología, en calidad de aficionado, no puede menospreciarse. El director del Museo de la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia, Charles Cadwaiader, lo acompañó en agosto de 1934 en pesquisas científicas, y Henry W. Fowler, ictiólogo, que fue con Cadwaiader en esta oportunidad, consiguió suficiente información con Hemingway para revisar la clasificación de las agujas en todo el Atlántico Norte.

Hemingway era buen pescador. Tenía habilidad, y en la pesca deportiva era un maestro. «Era un toro», dicen los viejos pescadores de Cojímar. Defendiendo su dignidad de hombre de mar tuvo una bronca con Alfred Knapp, en Bimini, en 1935. El millonario norteamericano puso en duda que Hemingway hubiera capturado los peces y vivido las aventuras marinas que relataba en sus crónicas. Borracho, sentado en un muelle de Bimini, Knapp fue subiendo el tono de sus insultos. «Babosa, hijo de puta», fue lo último que escuchó en silencio el escritor. Enseguida descargó un puñetazo en el rostro de Knapp. Esta bronca quedó inmortalizada en Islas en el Golfo; como en la novela, también una canción popular de Bimini recreaba la fulminante hazaña pugilística.

Lo cierto es que el dueño del Pilar había capturado para esa época la aguja voladora más grande que se pescó en el Atlántico, 54 kilos. En la misma zona de Bimini, tras una batalla de media hora se había hecho de un dientuso de más de 350 kilos. En aquel verano de 1935 ganó todas las competencias y dejó atrás a deportistas tan hábiles y famosos como Lerner, Farrington y Shelvin.

**[3]**

Catorce años después de la muerte de Hemingway (1975), el Hill-Noe de Gregorio Fuentes emprendió un viaje sentimental a Cayo Paraíso. A bordo iban su patrón, Santiago el Soltero, el fotógrafo Enrique de la Uz y el escritor Norberto Fuentes. Gregorio llevaba su embarcación «de la mano», a muy baja velocidad; sabía que navegaba sobre un fondo de corales capaz de abrir de un

tajo el casco de un trasatlántico. El cayo, único refugio en varios kilómetros a la redonda, ha dejado de ser un paraíso. Está en bancarrota. Las cabañas de recreo y las chozas de los pescadores se han igualado con el tiempo: son puros huesos. El mar ha borrado la larga punta de arenas blancas de la que Gregorio hablara tanto durante la travesía. El cayo se está hundiendo; las palmas y los cocoteros del litoral van cediendo junto con el terreno. Sin embargo, los pinos que sembró Hemingway han resistido un poco más, e incluso se han reproducido, aventadas sus semillas a lo largo y ancho del islote. Ahora el suelo de este lugar perdido en la corriente del Golfo no debe diferir mucho del suelo contra el que Robert Jordan se había echado en las escenas primera y última de Por quién doblan las campanas.

Las excursiones de Hemingway al cayo se iniciaron hacia 1935, pero el proyecto de sembrarlo de pinos se materializó en época de la Segunda Guerra Mundial, cuando armó el Pilar y se puso a pescar submarinos alemanes. Necesitaba algún punto de referencia, una señal bien visible sobre el islote para poder ubicarlo con rapidez.

«Aunque no me crean, estoy emocionado», confiesa Gregorio Fuentes, al fondear el Hill-Noe en la ensenada del cayo. «Recuerdo a Papa retozando en esta playa». Sobre las uvas caletas, los hicacos, los cocoteros y los mangles, se ve volar un pelícano. Hay tres casuchas abandonadas en el cayo que los pescadores utilizan eventualmente en el verano. En una de ellas se encuentra una nevera de madera, que aún sirve como caja para guardar pescado. Gregorio hace sus cuentos de África, de los ancianos en la costa armados con «fusiles viejos y puñales de plata». Habla de su padre como «Papá». Inventa una nueva geografía, menciona un legendario Dakar y avizora leones en las costas africanas. Gregorio tiene puesta la misma chaqueta verde olivo de campaña, con las insignias US NAVY, que Hemingway le regaló para sus operaciones en la lucha antisubmarina. Saborea un ron barato y dice que el terral es el viento dominante por las noches. «Donde veas caer una estrella, por ahí te reinará el viento». Última noche del patrón del Pilar en Cayo Paraíso. O en lo que queda de él. Partió al día siguiente. No volvió ni una vez la vista atrás.

**[4]**

A sus amigos Joe Russell y Charles Thompson los unió de un plumazo en el personaje Harry Morgan, el hombre duro de Tener y no tener. La herencia del dueño de Sloppy Joe's es más visible. Los múltiples viajes de Hemingway y Russell de Key West a La Habana, y lo que llamaba sus experiencias como observador de la lucha revolucionaria contra el dictador Gerardo Machado, le proporcionaron material para las dos primeras partes de la novela, que se publicó primero en forma de relatos independientes: «One Trip Across», en Cosmopolitan, abril de 1934, y «The Tradesman's Return», en Esquire, febrero de 1936. (El protagonista de las dos narraciones aparece sin su apellido aristocrático: Morgan. El héroe hemingwayano se llamó Harry a secas para los lectores de Cosmopolitan y Esquire).

Pero el destino de Harry, con o sin apellido, herido de muerte en la corriente del Golfo, es bien distinto al del hombre que lo inspiró. Se explica, porque Joe Russell era un hombre y Morgan un personaje hemingwayano. Gregorio Fuentes suele decir —«a modo de crítica»— que el Morgan de la novela es un contrabandista «un poco blando». Quiere decir un hombre con ciertas preocupaciones por sus semejantes, con un sentido de la solidaridad humana que no siempre ha estado presente en el corazón de los contrabandistas auténticos. Russell pudo esperar la muerte con algún desahogo económico, plácidamente envejecido por el whisky y los avatares de una vida intensa. Por otra parte, el verdadero Henry Morgan, el corsario del siglo XVII, aventurero representante de la naciente burguesía británica, tampoco era tan solidario como el atribulado personaje de Tener y no tener.

El día que Hemingway se propuso hacer literatura social escogió como principal personaje a un contrabandista: un tipo hosco y solitario. Nunca un verdadero proletario podría ser un personaje hemingwayano. No obstante, su inspiración en el legendario corsario inglés, hay en esta novela una fuerte tendencia a explorar temas sociales. Nada lo realza más que comparar la novela original con su versión fílmica. William Faulkner colaboró con Jules Furthman en el guion*.

Fue un verdadero engendro, pero que aún hoy sobrevive como un clásico del cine negro. Todo era demasiado tosco, demasiado descarnado y brutal. ¿Cómo insertar un héroe hollywoodense en esta tragedia, en este territorio sembrado de conflictos sociales?

¿Cómo? Facilito. Si el director es Howard Hawks y tiene en la nómina a Humphrey Bogart, Lauren Bacall y Walter Brennan.

Gregorio Fuentes nos ofrece su visión de Joe Russell: «Era un viejito de baja estatura y consumido; no pesaba más de 120 libras [55 kilos]; al final de su vida no bebía mucho. Le oí decir que Ernesto era un muchacho listo y que por eso lo apreciaba: un muchacho con mucho porvenir». Dice Fuentes que, en la época de la Ley Seca, Hemingway se acercó a Russell y le dijo: «Estoy sin un centavo, préstame el barco». Russell y Hemingway se pusieron de acuerdo, y el escritor consiguió en la casa Recalt de La Habana unas seiscientas o setecientas cajas de coñac de veinticuatro botellas cada una. La botella de coñac le salía a unos cuarenta centavos y luego la vendían en Estados Unidos a tres dólares y medio.

Según Fuentes, sacaban la mercancía por la playa de Jaimanitas. «Tal día te espero en las jurisdiccionales...». Y convinieron una señal con luces. Una señal azul y otra roja, con un intermedio blanco. De ahí, asegura Fuentes, Hemingway sacó algún dinero para ir a Europa y África; unos tres mil o cuatro mil dólares. Entonces rectifica y ofrece lo que él entiende como un dato confidencial «garantizado»: Todo el financiamiento de su primer safari africano provino de una de estas correrías de contrabandista.

La operación se realizó a bordo del Anita, el primer yate en el que Hemingway viajó a Cuba. Resultó ser una lancha «muy marinera», hecha para navegar duro, con marejadas y todo. Tenía unos 3 metros menos que el Pilar y es el barco que aparece descrito en Tener y no tener.

**[5]**

Cuando a Hemingway le adjudicaron la medalla de San Cristóbal de La Habana en 1956, en el antiguo Palacio de los Deportes, llevaba escritas unas palabras que pensaba pronunciar en el acto de imposición. Revelan su sentido irónico, su información sobre los deportes cubanos y la alta estima que les tenía a los pescadores de Cojímar y, en primerísimo lugar, a Gregorio Fuentes. Si no pudo dar lectura a esta cuartilla y se vio obligado a retirarse con ella doblada en un bolsillo de su guayabera fue porque había otros mil condecorados en el mismo lugar, casi todos choferes que no habían cometido accidentes, «y todos con el mismo derecho a la palabra», según el comentario democrático del escritor. Su discurso inédito, tal y como lo escribió él en español:

Ilustres políticos, militares, señoras, señores y amigos.

Hablo muy mal en castellano porque lo aprendí en lugares tales como Madrid, Pamplona, Andalucía, Regla y el Muelle de Caballería, cada uno con su acento distinto.

Muchas gracias por la medalla y por la coba. Pero acepto esta medalla en nombre de todos los pescadores de aguja (marlin) de la costa norte de Cuba desde Puerto Escondido hasta Bahía Honda. Quiero brindar este libro [El viejo y el mar] por lo que vale a mi viejo compañero de armas, Gregorio Fuentes, a mi más viejo compañero de pesca, Carlos Gutiérrez, y a todos mis viejos amigos de pesca de agujas de Cojímar, Anselmo, Figurín, El Sordo y el difunto Marcos Puig, y a todos los otros vivos o muertos. Cojímar es mi patria chica y así no puedo olvidarme de brindar por Jorge Martínez, que cuando era delegado naval era el mejor amigo de los pescadores de Cojímar.

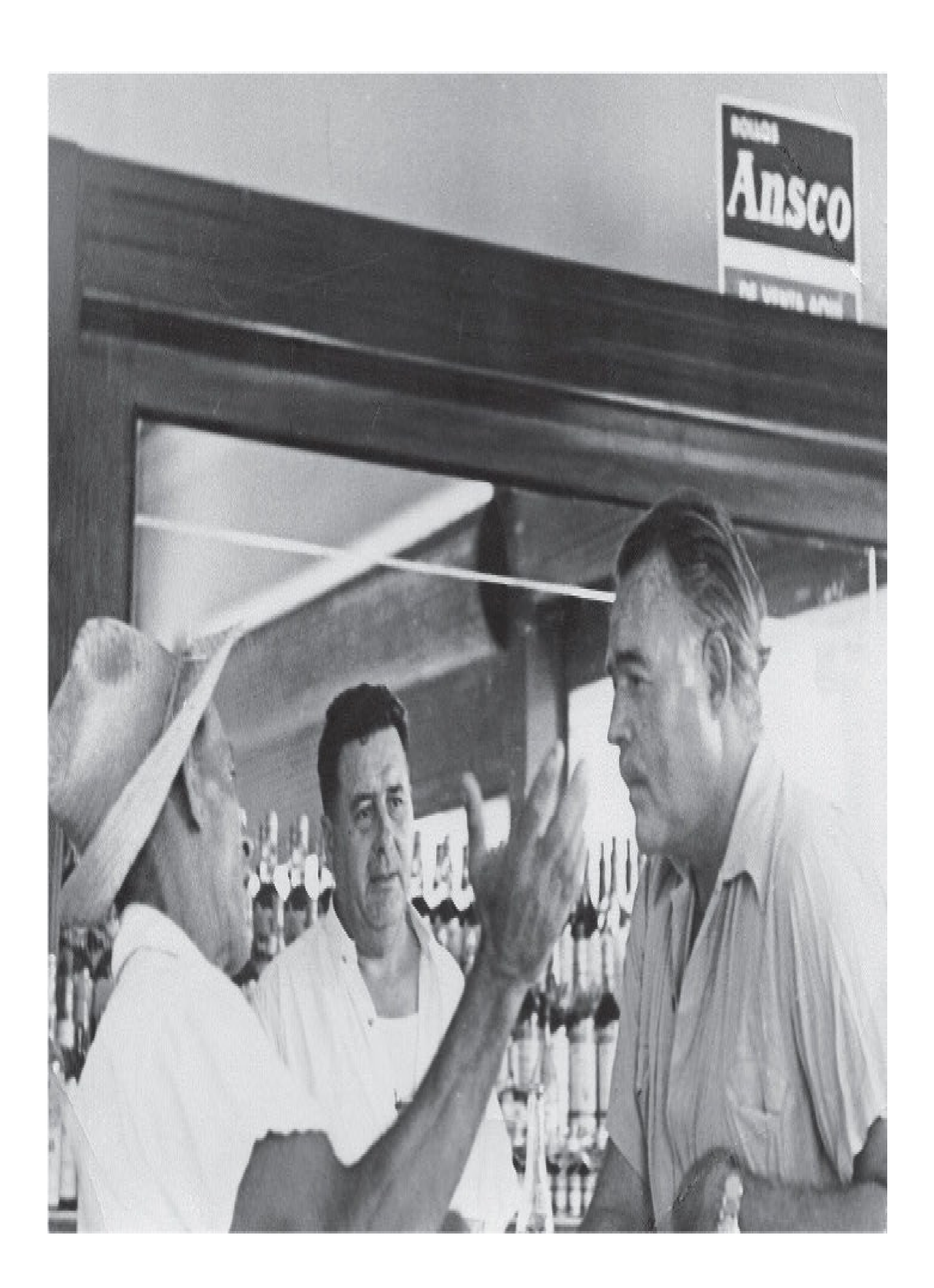
También quiero brindar por el equipo cubano que acaba de ganar el concurso

internacional en Nueva Escocia y por todos los pescadores de aguja de vara y carrete que pescan de una manera leal.

Terminado el discurso.

E. Hemingway

Los pescadores citados en su discurso contribuyeron todos, de una manera u otra, a su aprendizaje de la pesca mayor y a su conocimiento de la pesca comercial que se evidencian en El viejo y el mar. Los bravos, los buenos pescadores, eran muchos; se afirma que los mejores pescadores cubanos proceden de Cojímar, pescadores de lo hondo, que se arriesgan, como el Negro Arsenio o El Sordo o Anselmo (que fue un modelo parcial del Santiago del relato), y los santiagos auténticos: Santiago Puig y el otro. Santiago el Soltero, y el resto de los grandes pescadores de esta villa: el Bello, Cachimba, Cheo López, Ova Carnero, Tato y Quintín. Todos ellos acostumbraban a sentarse «a descargar con Papa» a la sombra de un árbol frondoso al lado de La Terraza o en el Quiosco del Curro. Tuvieron su gratificación cuando se filmó El viejo y el mar en este pueblo. Cobraron sumas considerables como extras de la película, o por su colaboración en la búsqueda de un castero gigante. Había sido una fiesta y una agradable interrupción para la gente de Cojímar el proceso de filmación y la persecución del castero descomunal que finalmente hubo que ir a buscar a Cabo Blanco, Perú. Aunque claro, a este viaje fueron solo Hemingway y Gregorio.


Ansco

Un debate en la Terraza de Cojímar. El Sordo, uno de los grandes pescadores de la corriente del Golfo, describe el tamaño de su última captura en la corriente del Golfo. El dependiente permanece en campo neutral. (Colección de Norberto Fuentes)

**[6]**

En Cojímar hay un parque junto a la costa. Un busto de Hemingway se erigió en este lugar. Los pescadores se reunieron espontáneamente pocos días después de conocerse la muerte del americano. Ellos, solos, sin ser convocados por nadie, con sus rostros duros, sus manos cortadas por el sedal, la piel curtida por el salitre. Fue una reunión en la que acordaron levantar una estatua del viejo, para que fuera colocada en un parque de su pueblo. Reunión silenciosa al principio, porque no tomaron una copa, pensando que era la mejor forma de guardar respeto por Hemingway. Pero luego cambiaron la decisión y cada uno se tomó un largo buche a la memoria del compañero.

Buscaron al escultor. «No hay bronce para su encargo», dijo el artista.

«El país vive bajo una situación de bloqueo económico y el bronce escasea». «Nosotros lo tenemos», dijeron los pescadores. «El bronce de las propelas de nuestros barcos». Lo pusieron todo. Entonces el escultor se negó a cobrar por su trabajo. Bastaba con el bronce. «Su estatua quedó muy buena», opinaron los pescadores. Su permanencia está garantizada por mucho tiempo porque la hicieron con un material resistente, un material que aguanta los embates del mar y de los años.

La Plaza Hemingway, la primera del mundo con ese nombre, fue inaugurada un año después de la muerte del escritor, el 2 de julio de 1962. La plazoleta había sido uno de los atributos urbanos de Cojímar, aunque nadie conoce con exactitud cuándo y para qué fue construida. Está frente a uno de los muelles donde el Pilar solía atracar. Muchas veces Hemingway pasó por esta plazoleta sin nombre. Descendía del muelle con sus largos bermudas, su gorra de visera y con la experiencia de una batalla más en el mar, y atravesaba la plaza en busca de su Chrysler descapotable.

**[7]**

La corriente del Golfo describe un movimiento circular. Surge al suroeste del cabo de San Antonio y bordea la costa norte de Cuba. Pasa frente a Key West, Miami y Cabo Hateras, y toma una dirección este-nordeste. Se dirige hacia Europa y baja por islas Canarias. Retorna a través del Atlántico Norte y se dirige otra vez hacia las Antillas. Avanza hacia Yucatán y vuelve a iniciar el mismo recorrido. Cuando cruza frente a La Habana, lo hace en dirección este, y a la altura de Varadero asume la dirección este-nordeste. Frente a La Habana tiene aproximadamente unos 100 kilómetros de ancho y corre a velocidades zonales de entre 2,2 y 4,4 kilómetros por hora. La corriente adquiere mayor velocidad mientras más profundo es el suelo marino, es de un color azul más intenso que el del agua circundante y en su movimiento arrastra hierbas y sargazos que flotan laxamente sobre su superficie.

Mr. Papa, el protagonista de Las verdes colinas de África, cree ver algo menos decoroso que materia orgánica sobre la superficie del mar. En uno de los pasajes capitales de la obra de Hemingway, incorporado en dicho título sobre la caza mayor, ocurre además algo enigmático: Hemingway cambia el curso de su retórica, desplaza el escenario de sus observaciones mediante el uso que contiene una coma y de inmediato una conjunción. Está desplegando su safari en las planicies africanas, pero el recuerdo es la corriente del Golfo.

Si uno sirve a la causa de la sociedad, la democracia y las demás cosas en su primera juventud y, rechazando cualquier otro enlistamiento, se hace responsable solo ante sí mismo, uno intercambia el hedor agradable y confortante de los camaradas por algo que no se puede sentir de otra forma más que a través de uno mismo. Ese algo yo no lo puedo definir cabalmente, pero el sentimiento surge cuando uno escribe bien y con sinceridad de algo y sabe imparcialmente que ha escrito así y aquellos a quienes se paga para leerlo e informar después sobre ello dicen que es una falsedad y, sin embargo, uno sabe su valor absoluto; o cuando uno hace algo que la gente no considera una ocupación seria y, sin embargo, uno sabe ciertamente que es tan importante y ha sido siempre tan importante como todas las cosas que están de moda, y cuando uno está a solas con el mar y sabe que esta corriente del Golfo con la que está uno viviendo, a la cual está conociendo, sobre la cual está aprendiendo, que está amando, se ha movido, como se mueve, desde antes del hombre y que ha marchado a lo largo de esa isla larga, hermosa y desdichada desde antes que Colón la divisara y que las cosas que uno descubre sobre ella, y aquellas que han vivido siempre en ella son permanentes y valiosas porque esa corriente fluirá como ha fluido, después que los indios, después que los españoles, después que los ingleses, después que los americanos y después que todos los cubanos y todos los sistemas de gobierno, la riqueza, la pobreza, el martirologio, el sacrificio y la venalidad y la crueldad hayan desaparecido como el lanchón lleno hasta los topes de la basura de color brillante, moteada de blanco, maloliente, ahora inclinado hacia un costado, que esparce su carga en el agua azul, tiñéndola de un verde pálido hasta una profundidad de cuatro o cinco brazas, mientras la basura se desparrama por la superficie, la parte sumergible descendiendo y lo insumergible de las palmas, corchos, botellas, y los bombillos usados de las lámparas eléctricas, sazonados con un condón ocasional o un corset flotante, las hojas arrancadas de la libreta de tareas de un estudiante, un perro bien inflado, la rata ocasional, el gato ya sin dignidad; todo esto bien pastoreado por los botes de los recogedores de basura que arrebatan con largas varas sus presas, tan interesados, tan inteligentes y tan acuciosos* como historiadores; ellos tienen la perspectiva; la corriente, sin ondas visibles, soporta cinco cargas de esto al día cuando las cosas marchan bien en La Habana y en 10 millas [16 kilómetros] a lo largo de las costas todo permanece tan nítido y azul como siempre estuvo antes de que el remolcador arrastrara al lanchón; y las palmas de nuestras victorias; los bombillos usados de nuestras ideas y los condones vacíos de nuestros grandes amores flotan insignificantemente contra una cosa sencilla v eterna… la corriente.

El movimiento de la corriente. Quizás ahí está la clave. Un movimiento que no podían proveerle las llanuras africanas, como tampoco eran competentes para mostrar los avances de una civilización en sus horizontes incluidos los lanchones de basura y la producción permanente de su repulsivo contenido.

Manuel Sáenz tiene setenta años y no ha leído una sola página de las que Hemingway escribió sobre los pescadores. Piensa que ya no va a poder hacerlo. Pero se sabe de memoria lo que pasa en esos libros. Pescó con Papa y con Gregorio y fue amigo personal de Carlos Gutiérrez. Conoce las artes descritas por Hemingway, las zonas de pesca en las que se movieron sus personajes.

Sáenz recuerda la historia de las lanchas de basura de La Habana. Contenían todo el desperdicio de la ciudad, y en las tardes se lanzaban a la corriente del Golfo. Detrás de la basura iban grupos de pescadores, porque peces de varias especies iban a buscar alimentos entre los desperdicios.

Sáenz prefería los tiburones. Pagaban noventa centavos por aleta.

«Los pescábamos con arpón, pero en la época de la aguja, agujeábamos». Recuerda cuando Hemingway y Carlos Gutiérrez se distanciaron. Dice que, en cierta ocasión, cuando trataban de filmar la captura de un castero, en el momento de bicherear, el equivalente al momento de la verdad en la lidia de toros, Gutiérrez se puso nervioso, enredó la cosa y echó a perder la toma.

Después que dejó a Hemingway, Carlos se fue a trabajar con Julio Hidalgo, el Francés, que era práctico del puerto.

Carlos tenía ocho hijos, cuatro hembras y cuatro varones. Le decían abuelo.

«Pero Carlos no era tan hachero* como Gregorio». Después se quedó ciego y murió en una casa que había comprado en Cojímar. Era un hombre de poco carácter, afirma Sáenz, y para trabajar con Papa «había que tenerlo y bien fuerte».

Sáenz admite la posibilidad de que Carlos Gutiérrez fuera el protagonista de la anécdota de El viejo y el mar. «Puede haber sido él, porque a los pescadores les pasan muchas cosas raras», comenta.

Pero otro pescador, Gregorio Fuentes, aborda con desgano el tema Gutiérrez. Como se ha dicho, cuestión de celos profesionales. La realidad es que Carlos Gutiérrez fue amigo de Hemingway, tan amigo como Gregorio. Claro, parece ser cierto que la relación con Gutiérrez era un tanto abusiva, de patrón a empleado, y que Hemingway, como se dice en el argot habanero, «le tenía cogida la baja»**. Esta no fue, de ninguna manera, la relación con Gregorio, un hombre orgulloso, digno, fuerte, que reacciona con violencia frente a cualquier atropello. En el caso de Carlos había debilidades de carácter que estimularon los rasgos más negativos de la personalidad de Hemingway. A veces Carlos fallaba, se le escapaba el sedal y echaba a perder una buena pesca. Era un sabio en la corriente del Golfo, pero tenía estos problemas.

A última hora Sáenz echa mano a su solidaridad de pescador para juzgar a Carlos. «Es verdad —dijo casi con tristeza—, a nosotros, los pescadores pobres, siempre se nos iba el pez grande porque solo teníamos el avío chiquito».

**[8]**

El reglamento de competencia, redactado parcialmente por Hemingway, establecía reglas muy estrictas:

- El torneo se realizará pescando exclusivamente con vara y carrete por el procedimiento denominado troleo o curricaneo.

- La resistencia máxima permitida de la línea o sedal será de 50 libras [poco más de 22,5 metros].

- La alambrada no podrá exceder de 15 pies [4,5 metros] de largo ni se permitirá el doble del sedal o línea.

- Solo podrá usarse un anzuelo en cada avío, quedando prohibidos también los grampines en todas sus formas.

- Los competidores podrán usar avíos propios siempre que estos se ajusten a las normas establecidas.

- Se permite amarrar los bicheros fijos o voladores con un cabo de soga que no tenga un largo mayor de 30 pies [9 metros] y sus mangos no podrán exceder de ocho pies [2,5 metros] de largo.

- No es permitido el uso de arpones o flechas en ninguna circunstancia.

- Los peces deberán ser anzuelados, trabajados y llevados al costado de la embarcación exclusivamente por el competidor, sin ayuda o cooperación, exceptuándose el momento de bicherear, en que el designado para ello podrá agarrar el alambre solamente, nunca el sedal o la vara.

• Se permite el ajuste del ««yoyo», arnés o arreos por otro participante, cuando se tiene un pez anzuelado.

• Cuando un pescador anzuela un pez, los demás están en la obligación de retirar sus sedales del agua para no interferir en la captura; de no cumplirse esto, el infractor será descalificado.

• La vara no puede apoyarse en ninguna parte cuando se está trabajando un pez; solo puede apoyarse en el tirador de la silla de pesca o en el «yoyo» que el competidor lleve puesto. Si por cualquier motivo la vara sufre rotura o el carrete se descompone en el momento de la lucha, el pez quedará descalificado.

El concurso Hemingway comenzó a celebrarse en 1950. El equipo del Miramar Yatch Club ganó en aquella primera edición. El Habana Biltmore lo hizo al año siguiente, y así sucesivamente, de manera continua, se celebró el torneo hasta 1958. No hubo competencia en 1959, debido a la inestabilidad política de una revolución en ciernes. Fidel Castro ganó como «el mayor acumulador individual» en 1960. Fue la tarde que él y Hemingway se conocieron.

El domingo 15 de mayo de 1960 se celebraba el último día del evento. Fidel compitió en el yate Cristal, propiedad de Julito Blanco Herrera, dueño de la cervecería La Tropical (a quien ya conocemos del episodio del platillo volador). Había unas 15 personas a bordo del yate; entre otras, tres fotógrafos cubanos (Cala, Alberto Korda y Osvaldo Salas) y los escoltas.

Según Cala, el concurso estaba auspiciado por Hy Peskins, uno de los más prestigiosos fotógrafos norteamericanos, con una considerable cantidad de fotos en colores publicadas como portadas en Life y Sports Illustrated. También se

encontraban Baudilio Castellanos, Bilito, y Jesús Montané, entonces en pose de encumbrados funcionarios de la industria turística. Uno de los primeros en llegar fue Ernesto Che Guevara, con El rojo y el negro de Stendhal en la mano y una cámara Contax al cuello. Cala relata que el Che Guevara lo saludó y él le elogió la cámara. «Bueno, esta es más revolucionaria que yo». Con ella había hecho fotos para ganarse la vida y para comprar balas en México, según explicó. Fidel llegó a bordo hacia las ocho de la mañana. Zarparon. La pesquería duró hasta las cuatro de la tarde. Che Guevara, sentado al lado de Fidel, en uno de los dos sillines de combate instalados en popa, el de la izquierda, probó su suerte un par de veces con las cañas de pescar después que zarparon, pero, evidentemente, había escogido aquel día para leer la novela de Stendhal. Se quitó la camisa de campaña y Peskins comenzó a tirar fotos. Cala recriminó al americano y le dijo que «el Che estaba sin camisa y que iba a ser una foto exótica». Che Guevara se alejó de la popa del barco y se refugió en un camarote. Cuando atracaron, a las cuatro, había liquidado el libro y le dijo a Cala que Stendhal lo había impresionado. Nadie habló de Hemingway, que navegaba en su yate cerca de ellos. Che Guevara se sentía «mal», según dijo (quizás para no revelar que se había mareado). Hizo entender que padecía de uno de sus habituales ataques de asma y se retiró. No conoció a Hemingway. Fidel Castro entonces se aproximó en el muelle al escritor e intercambiaron algunas frases de cortesía y de mutua admiración. Fue la única vez que se vieron.

El abogado Baudilio Castellanos y Jesús Montané habían organizado la competencia. Eran los jefes de una empresa de estreno de la también novísima Revolución, el Instituto Nacional de la Industria Turística, rápidamente conocido por sus siglas de INIT. Castellanos había sido abogado defensor de algunos compañeros de Fidel Castro en el juicio por los sucesos del cuartel Moncada, y Montané, uno de los asaltantes. Recuerdan que Hemingway se mostraba perplejo por el bullicio y la actividad que se desarrolló alrededor de este concurso, sin duda el que más publicidad recibió de cuantos se habían celebrado hasta la fecha. Pero, aseguran, «Jemingüey se mostró dispuesto y colaboró de buena gana. Buen compañero».

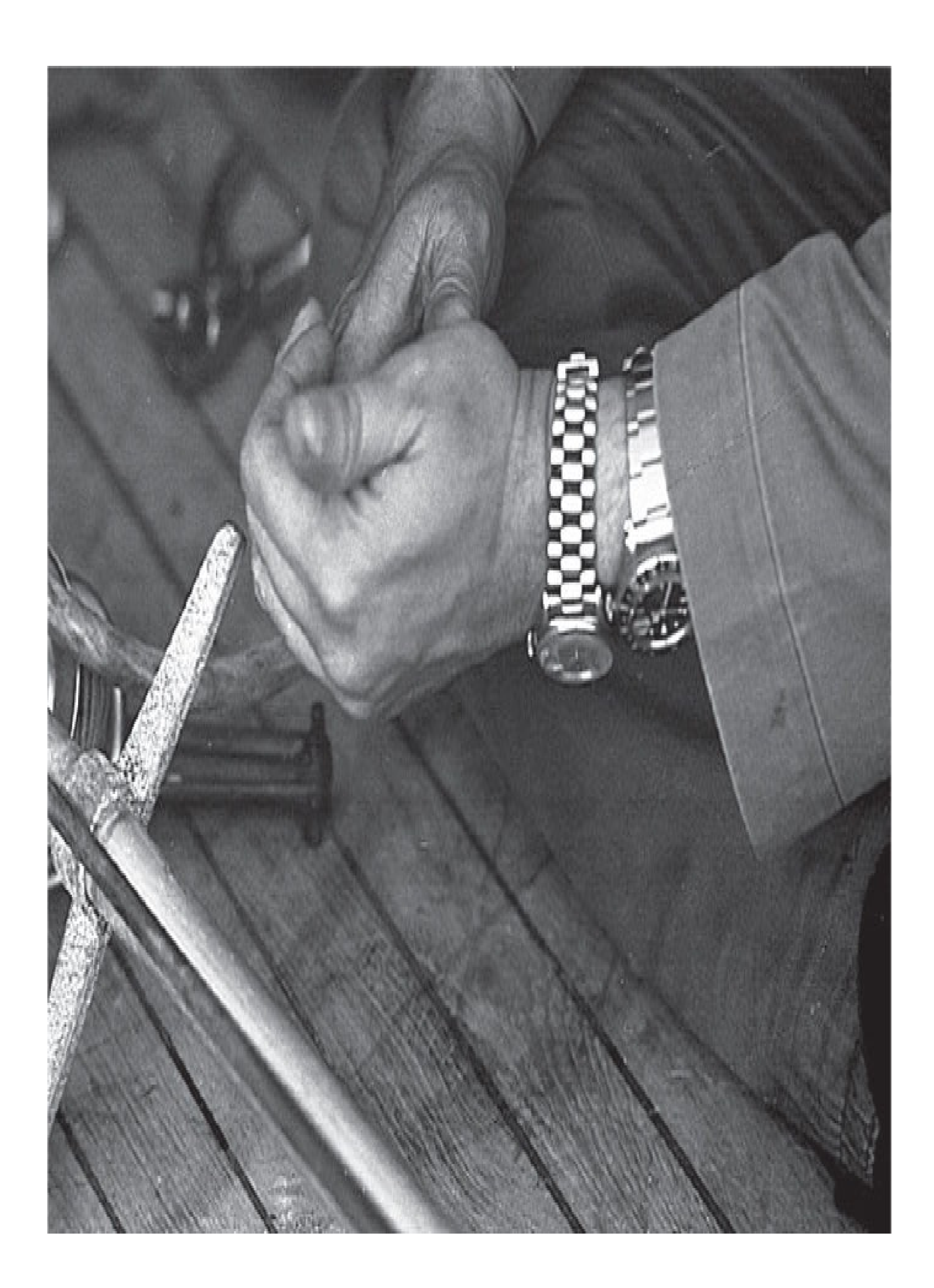
El viernes 13 de mayo, dos días antes de su encuentro con el escritor, Fidel Castro se había presentado en un programa de televisión para responder

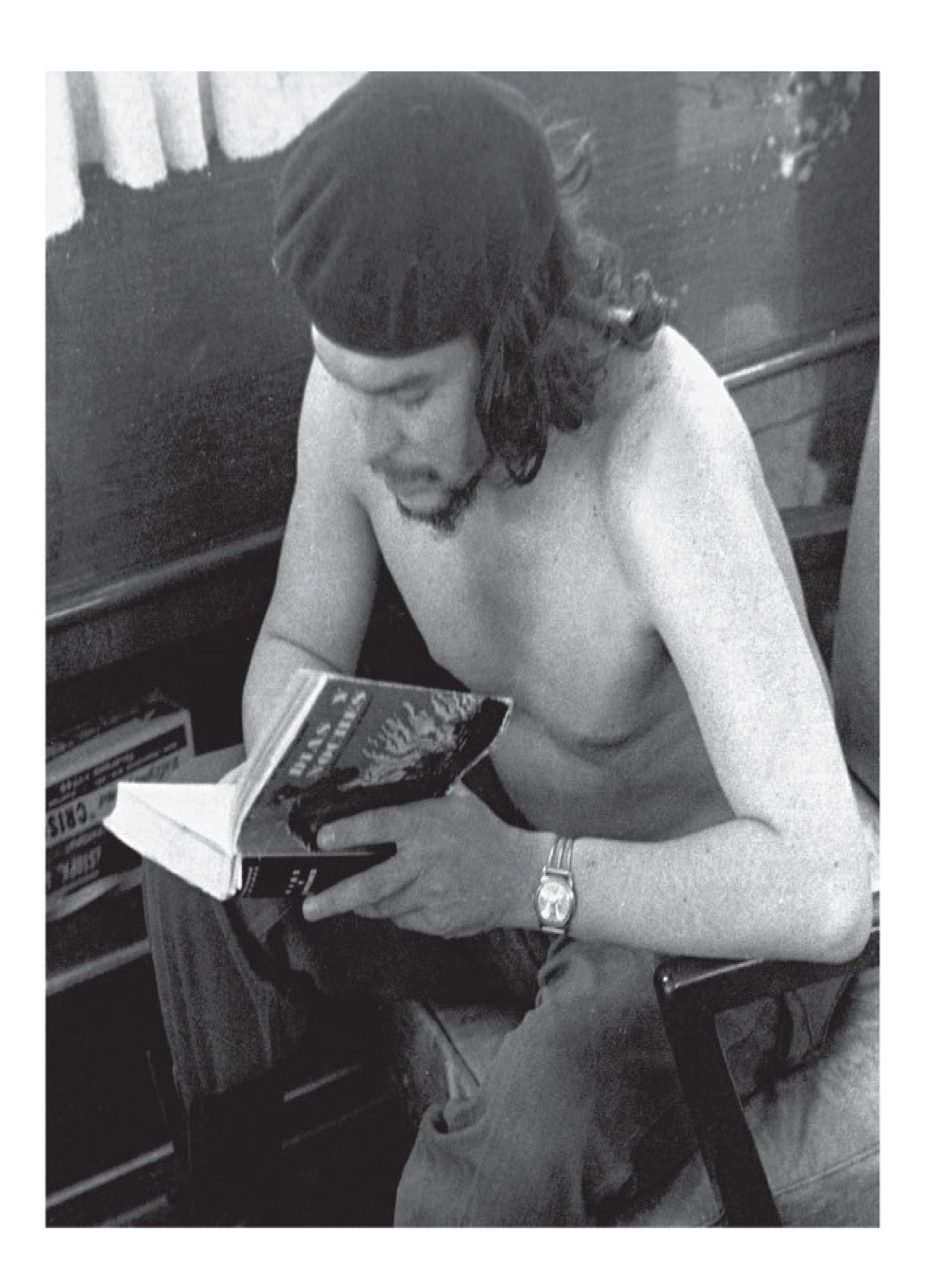
preguntas de los periodistas. Uno de ellos, refiriéndose a su presencia en el concurso, quiso saber si iba a seguir pescando. Respuesta:

Yo sí, chico. Mañana vaya perder una hora, porque tengo obligaciones oficiales que cumplir, pero me quedan dos días, y mañana tengo cinco horas, porque son seis [las horas del concurso], y pasado mañana, el domingo, pescaré las seis horas, y entonces no sé si tú habrás leído los periódicos por ahí, me andan preguntando quién me puso las agujas ahí. La verdad es que estoy en segundo lugar, y yo vaya seguir; ya tengo pescado para dos meses. Voy a pescar para medio año. Esa competencia la organizó el INIT, está muy bonita, bien organizada y han venido muchos pescadores extranjeros y hay una competencia internacional. Yo no presumo de pescador, pero me invitaron y también me dijeron que viene Hemingway, creo que va mañana, y como ustedes saben, siempre ha defendido mucho a Cuba y a la Revolución. Es un escritor cuya presencia aquí, para nosotros, es motivo de satisfacción; es la Competencia Internacional de la Pesca de la Aguja, «Premio Hemingway», y entonces yo asistí, no porque me creyera pescador ni nada de eso, sino porque me invitaron, y quería contribuir al éxito: por lo menos quería alentar a los compañeros que están trabajando en el turismo, en su competencia, que han hecho mucha propaganda y mucho esfuerzo, muy buenos programas, pero con la campaña que le hacen en Estados Unidos les cuesta más trabajo traer a los turistas. Ellos son la gente más paciente y más optimista, hacen un gran esfuerzo, y entonces por esa razón fui.

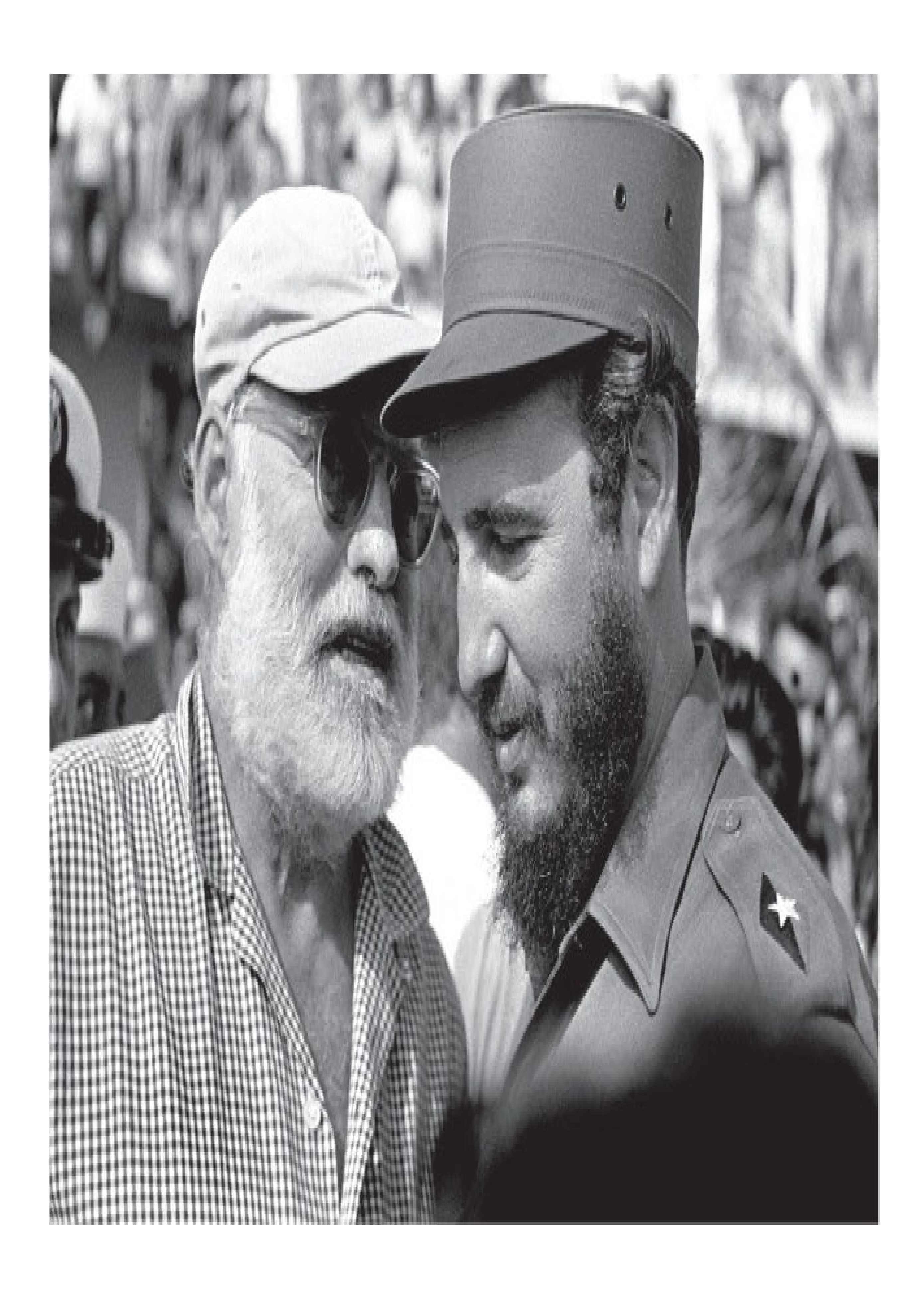


01: 25 PM del 14 de mayo de 1960. A la altura de Jaimanitas. Luego de dos días dedicados a la pesca de la aguja, Fidel decide probar suerte con un medio más expedito que la vara y el carrete, pese a estar prohibido por las rigurosas normas de esta competencia. Primero, se ve obligado a ajustar la tensión de las ligas de su usual escopeta de caza submarina Champion, una labor que los cubanos llaman «entacar», y que consiste en colocar en el taco una de las ligas que han cedido o se han zafado y para lo cual tiene que entisarle y halarla para pasar con la guía a través del taco y que al volver a recuperar su volumen tranque dentro de este. Estamos hablando en este caso de una liga de media pulgada y un taco de tres octavos. Por otro lado, el excelente producto, de combustión impecable pese al viento que se abate sobre la popa del yate, y que el Comandante tiene a medio camino, es un Sir Winston vitola Julieta 2 de H. Upmann. (Mario García Joya)





El Che despojado de su guerrera verdeolivo, el pecho lampiño y mostrando las por lo menos 20 libras que ha ganado en 16 meses y medio desde el triunfo de las armas rebeldes y simbólico de su estancia en el poder como ministro-presidente del Banco Nacional de Cuba. La foto está tomada a bordo del Cristal, para ser exactos, hacia las 02:00 pm del 15 de mayo de 1960. Pocos minutos después hubo argumento para otra fotografía legendaria: Fidel Castro, con las manos atestadas por los tres trofeos obtenidos en el certamen de pesca que se estaba celebrando -—conquistó dos segundos lugares y el campeonato individual — se halla junto a Ernest Hemingway, a quien acaba de conocer y a quien no volverá a ver nunca más. Pero ya Fidel no está a bordo del Cristal, sino en el muelle del Havana Biltmore Yacth Club, uno de los cinco clubes del litoral habanero para yatistas ricachones —el Big Five—, a cinco meses de ser nacionalizados y convertidos en centros de preparación militar, y el Che ha huido en uno de sus dos nuevos Chevrolet Impala 1960, sin columnas, el rojo marrón con vestidura roja, o el rojo y blanco, con vestidura negra, que le ha regalado el Comandante de las reservas de Vaillant Motors, una subsidiaria cubana de la General Motors, recientemente ocupada. No le interesó el privilegio de estrechar la mano del recio pescador y hombre de armas y cazador al pie del Kilimanjaro y de pulcra barba blanca que en vela al amanecer ensaya los ritos sagrados del harakiri con una Remington de cartuchos de calibre 16 apoyada en el paladar. Un prototipo en ciernes del panteón de la iconografía comunista de procedencia argentina rechaza la única posibilidad existente hasta el fondo último de los tiempos de tener enfrente, y de escuchar su respiración, y de mirar en el cristal de sus ojos, y de palpar su transpiración sobre la ligera camisa de guingham, y de volver a tomarle la mano, al Dios de Bronce de la Literatura. Estaba en su propia onda, gauchesca, de hacer sus propios escritos y leer sólo a Sartre y a Trostky, y si acaso esta novelita de guerra de Constantín Simonov. (Roberto Salas)



15 de mayo de 1960. José Pardo Llada y Baudilio Castellanos, íntimos de Fidel, organizan la edición del concurso de pesca de la aguja «Hemingway» y comprometen al escritor con su presencia. Quieren ayudar al americano a limpiar el mal sabor que le ha dejado a Fidel su ágape con Mikoyan, semanas antes. Ernest intercambia frases de cortesía con Fidel en uno de los muelles habilitados para que atraquen los yates del concurso. El cubano lo invitó a pescar truchas en una laguna cerca de Bahía de Cochinos. Luego conversaron sobre Por quién doblan las campanas. Hemingway prometió al jefe revolucionario que volvería. Como se sabe, es la única vez que se encuentran. Cuatro días más tarde, el 19 de mayo, Hemingway sale a mayear —maying, según su bitácora de las tempradas de pesca— a bordo del Pilar. Es su última travesía frente a las costas de Cuba y al timón de su barco. (Roberto Salas)

---

* Juerga.

* Una historia que emparenta al otro gigante de la literatura norteamericana con las aventuras de Hemingway a la altura de las costas cubanas apenas ha sido explorada. Joseph Blotner, el editor de los cuentos de William Faulkner, revela que el texto en dos partes «Once Aboard the Lugger» tiene un trasfondo biográfico. Dice que en muchas ocasiones Faulkner habló sobre su trabajo como contrabandista durante su estancia de 1925 en Nueva Orleans. Conoció una familia italiana, decía Faulkner, cuyos hijos compraban alcohol en Cuba para que su madre lo transformara en ginebra, scotch y bourbon, para vender en el café familiar. El hermano de Faulkner, Jack, piensa que la experiencia no fue extensiva, que quizás haya hecho un par de viajes más bien como pasajero. Cualquiera que haya sido el grado de su involucramiento, advierte Blotner, le dio material para la creación. Véase: William Faulkner, Uncollected Stories (Joseph Blotner Ed.), Random House, Nueva York, 1979.

* Solícitos, diligentes, rigurosos.

* Diestro.

* Lo tenía dominado.

12

## ¿Está ardiendo Jaimanitas?

Leicester Hemingway —en Mi hermano Ernest Hemingway— relata que una noche de los años treinta, estando de juerga en Jaimanitas con su hermano mayor Ernest y algunos amigos, lograron emborrachar a unos treinta incautos y sumisos pescadores. Para entretenerse, y con la colaboración de estos, prendieron fuego a algunas chozas y cabañas del pueblo. Eran casas de madera y guano, y el fuego se propagó con rapidez. Los juerguistas la pasaron bien. Se divirtieron.

El relato, sin embargo, parece que contiene ciertas inexactitudes. Esteban Arias y Fidelino Pérez lo confirman así. Los dos tenían 75 años en 1977 y eran los residentes más viejos de Jaimanitas. Y no recuerdan el incendio. Desconocen a qué siniestro se refiere «el señor Leicester Hemingway». Fidelino Pérez se incomoda incluso. «¿Cómo carajo nos iban a quemar las casas?», dice, y emplea las palabras más fuertes a propósito. «¿Acaso éramos mutilados o maricones para permitirlo?». La respuesta de Esteban es contenida y sobria: «Nunca se produjo tal incendio en esta localidad».

La playa de Jaimanitas, hacia los años treinta, fue una de las zonas favoritas de Hemingway en La Habana, aunque él varió el rumbo después en dirección opuesta: hacia las playas y los puertos del este.

Jaimanitas es evocada intensamente por Philip Rawlings en La quinta columna y también constituye el escenario del único cuento cubano de Hemingway, «Nobody Ever Dies». Pero Jaimanitas es un lugar modesto; tiene una playa y un

río donde guarecer los barcos, aunque nunca se iguala con las condiciones y el abrigo que Cojímar ofrece.

En Jaimanitas vivía el matrimonio Mason, compañeros de Hemingway en sus primeras pesquerías en Cuba. George Grant Mason era representante de la Pan American en la época que los grandes clípers acuatizaban en el puerto de La Habana. La mansión de los Mason existe aún; se encuentra en una zona apartada y exclusiva de Jaimanitas. En 1977 era la residencia de un diplomático canadiense.

Ese único cuento cubano que escribió Hemingway parece tener por escenario la casa de los Mason. El asunto es el siguiente: un joven cubano, combatiente en la guerra de España, es asesinado pocas horas después de su regreso por los esbirros del gobierno reaccionario del país. Antes de morir, ha logrado convencer a su novia y compañera de ideales de que nadie muere realmente si lo hace por una causa justa.

Numerosos elementos cubanos ambientan la narración. Desde las voces de un grupo de muchachos que juega en las afueras de la casa, hasta los estridentes anuncios de la radio que incluyen dentífricos y gasolina.

Hemingway estuvo en Cuba en abril y mayo de 1936, cuando ocurrieron varias acciones revolucionarias que fueron descritas en las primeras planas de los diarios y que fueron los acontecimientos que dieron origen a «Nadie muere jamás». Había una evolución, se podía decir. De juerguista a consciente.

# 13

## Una herida que no sabe cicatrizar

*Solo dos linajes hay en el mundo, que son el tener y el no tener.*

UNA MUJER DE PUEBLO EN EL QUIJOTE

EN EL OTOÑO DE 1937, Ernest Millar Hemingway, corresponsal de guerra acreditado por la agencia norteamericana NANA (North American Newspaper Alliance), se encontraba destacado en el sector este de Madrid, con su credencial de periodista, su pasaporte norteamericano, un revólver Magnum de cañón blindado (que no había declarado a las autoridades de aduana), una cuchilla de explorador, los bolsillos de su chaqueta llenos de cebollas crudas y la vieja cantimplora llena de coñac. La cuchilla era magnífica y se sentía tan orgulloso de ella que se la mostraba a todo el mundo; era de acero Solingen y cachas de nácar. Se abría como las patas de una araña y contenía una tijera, un sacacorchos, un abrelatas y tres tipos de navaja. De su cantimplora, que llevaba ensartada al cinto, bebían personas tan ilustres como Joris Ivens, Ilya Ehrenburg, André Malraux y Robert Capa. Las cebollas crudas las metía en cualquier bolsillo de su chaqueta de gamuza. En esto consistía su recurso contra el hambre: un trago largo de coñac e hincarle los dientes a una cebolla. Acostumbraba a tener otras pertenencias en su chaqueta: el pasaporte, las credenciales, el dinero, la libreta de notas, la pluma de fuente* y un par de lápices del número 2.

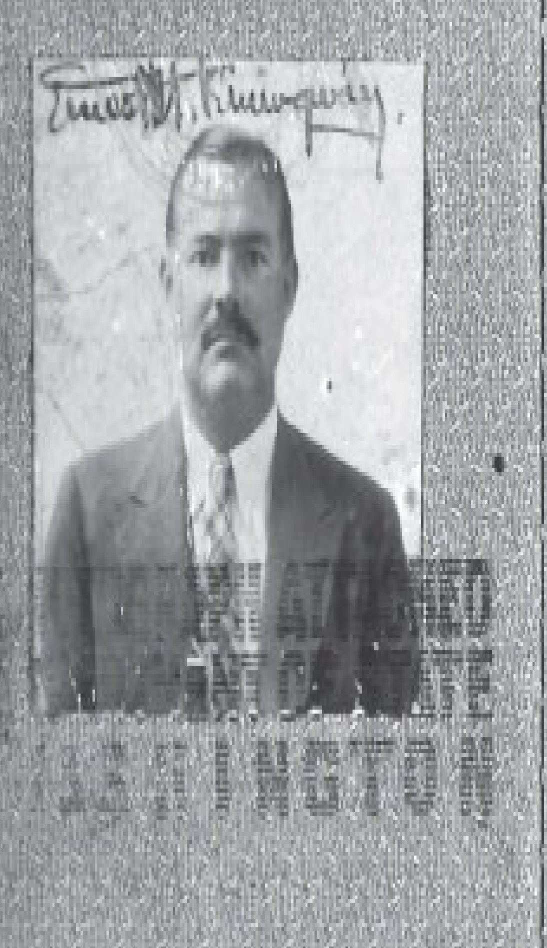
De estos objetos, el único que se conserva en Finca Vigía es su pasaporte, documento dramático por medio del cual se puede seguir no solo la vida de Hemingway en España, sino los vaivenes de la República española. Es una experiencia singular seguir el curso de las actividades de Hemingway en las

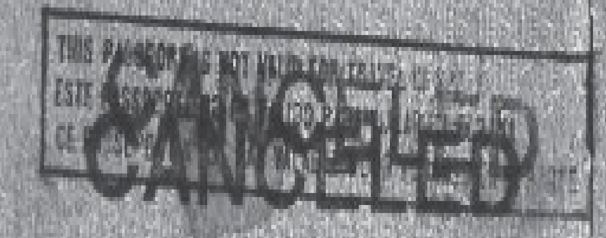
acuñaciones de entrada y de salida de las aduanas francesas y españolas. Se recuerdan sus descripciones de la crónica «Primeras imágenes de la guerra», cuando un avión militar lo llevó de Toulouse a Barcelona.

El avión aterrizó suavemente en la pista de hormigón y rodó hasta detenerse ante un pequeño edificio, donde, pasmados de frío tras haber cruzado los abruptos Pirineos cubiertos de nieve, nos calentamos las manos atrededor de un tazón de café con leche mientras tres guardias con chaquetillas de cuero y pistola estaban bromeando en el exterior del edificio. Allí supimos por qué Barcelona ofrecía aquel momentáneo aspecto desolado: un trimotor de bombardeo escoltado por dos cazas había bombardeado la ciudad hacía unos momentos...

De cubierta roja, el documento tiene deshilachadas las tapas de tela. A medida que se pasan sus páginas, el aspecto de las acuñaciones va degradándose. Si en los primeros visados había gomígrafos* orlados, banderas desplegadas de España, escudos del país y una orgullosa inscripción de la República, sus últimas autorizaciones están escritas a lápiz, con letra rápida y poco oficiosa.

*Photograph of bearer*






4

*See page 29*

*This passport, properly visaed, is valid for travel in all countries unless otherwise specified.*

*This passport, unless limited to a shorter period, is valid for two years from its date of issue and may be renewed for an additional period of two years.*

*Limitations*

AMERICAN CONSULATE GENERAL,
PARIS FRANCE
August 28/1937
(date)
THIS PASSPORT
IS GOOD FOR TRAVEL TO
Spain

MARC L. SEVERE
Vice Consul of the United States
of America at Paris, France

*See next page*

5

Ernest comienza su apoyo al bando republicano en la contienda española. Hace cuatro viajes a España entre 1937 y 1938. Martha lo acompaña en cada uno de los viajes. Este es el pasaporte que Ernest emplea durante toda la contienda. Lo conservó en una de sus gavetas de Finca Vigía.

Los combatientes republicanos aprendieron pronto a reconocer a Hemingway por su estatura, por su vestimenta, por su complexión. Acostumbraba a visitar las unidades con su chaqueta de gamuza, grandes botas de cazador, una boina vasca y espejuelos de montura metálica. Don Ernesto caminando tranquilamente bajo los bombardeos y brindando su cantimplora a los combatientes.

Valiente, pero también un hombre experimentado. Hemingway conocía el silbido de los proyectiles de la casa Krupp. Sabía cuándo protegerse tirándose de cabeza en una trinchera. Años antes, su organismo había asimilado la fragmentación de una granada de artillería alemana. Junto con la cantimplora, dos medallas al valor y un pantalón desgarrado y manchado de sangre, Hemingway se llevó un centenar de esquirlas de metralla como souvenir de la guerra de 1914. Aún las tenía en sus piernas, y una rótula artificial, cuando llegó a Madrid.

Este corresponsal famoso que cobraba quinientos dólares por cable y mil por artículo perseguía un objetivo nuevo, trascendental, algo superior a la cacería de fieras en África, a la captura de truchas y la caza de pájaros en el norte de Míchigan, a la pesca de altura en la corriente del Golfo y a la afición por los toros. Se integraba a un grupo optimista, ilustrado y valiente: Ehrenburg, Malraux, el legendario fotógrafo húngaro Robert Capa, los alemanes Gustav Regler, Hans Khale, Werner Heilbrun y Ludwig Renn, los soviéticos Roman Karmen y Misha Koltzov, y los generales Petrov, Walter y Lukacs, además de latinoamericanos como el chileno Neruda o los cubanos Alejo Carpentier o Nicolás Guillén, los españoles Rafael Alberti y María Teresa León, y compatriotas suyos como Langston Hughes y Paul Robeson*. La guerra va a afirmar viejas amistades y a proporcionarle nuevas; amigos que afluyeron a Finca Vigía en el largo período posterior a esa guerra y a los que ayudará en la

medida de sus posibilidades. (A la viuda de Werner le cedió los derechos de publicación de la narración de La tierra española; a Gustav Regler lo ayudó a salir de un campo de concentración francés y su novela La gran cruzada, basada en la Guerra Civil española, se publicó con un prólogo de Hemingway).

Es probable que, a ratos, la estancia de Hemingway en la asediada España tomara la apariencia de una excursión. Se había echado a cuestas, para la aventura, al torero americano Sidney Franklin, al poeta Evan Shipman y a sus antiguos amigos españoles, pero el paisaje disipado y divertido de Fiesta se convirtió entonces en el escenario de una encarnizada tragedia. Su primer viaje a España comenzó el 27 de febrero de 1937. Navegó en el París hasta Francia. Desde Toulouse voló a Barcelona, de allí a la costa este, a Valencia, Alicante, donde los leales estaban muy contentos por su victoria en Brihuega. Hemingway examinó el campo de batalla donde los italianos insepultos estaban despedazados por la artillería y las rocas. Este es el período en que colabora en la producción del filme La tierra española con el cineasta comunista holandés Joris Ivens y el camarógrafo John Ferno. Estaba enrolado en la organización llamada Contemporary Historians, que incluía originalmente a Dos Passos, Lillian Hellman y Archibald MacLeish. Su objetivo era promover la causa del pueblo español y recolectar dinero para la República. Lillian Hellman, en su libro de memorias An Unfinished Woman, relata que MacLeish le pidió en 1937 que participara con Ivens y Hemingway en la realización de un documental sobre la guerra. Quería contar con su experiencia para la dramaturgia en la confección del guion. Pero una neumonía la obligó a permanecer en París y no pudo trabajar en la filmación. Dice también que Hemingway se mostró satisfecho con la película. Hellman volvió a ver La tierra española a fines de los años sesenta y seguía gustándole; en su opinión, Ernest y Joris lo hicieron muy bien: «Hemingway estaba mucho más calificado que yo para hacer ese filme».

La realización de La tierra española y su trabajo como corresponsal de la NANA llevó a Hemingway a muchos lugares del frente. Pero regresaba siempre a Madrid, por lo que la habitación del hotel Florida adquirió el carácter de santuario de campaña. Allí se reunía con la pandilla, trabajaba y se divertía. Arthur H. Landis describe así el servicio del lugar:

A los cubiertos del hotel Florida —el cuartel general de Hemingway, Herbert Matthews y Martha Gellhorn— todavía le sacaban brillo con esmero. La mantelería era magnífica, pero el menú, aunque se servía con verdadera elegancia, era inalterable. Una rebanada de pan, garbanzos cocinados en aceite de oliva y cebolla, a veces había lentejas o judías. Esto era lo que había en la carta. De haber postre, este consistía en una solitaria naranja. Ya no se servían licores en las mesas de mármol de los pequeños cafés al aire libre, ni tampoco en los cabarets, pero sabemos que Hemingway se las agenciaba para proveer una generosa despensa a sus visitantes*.

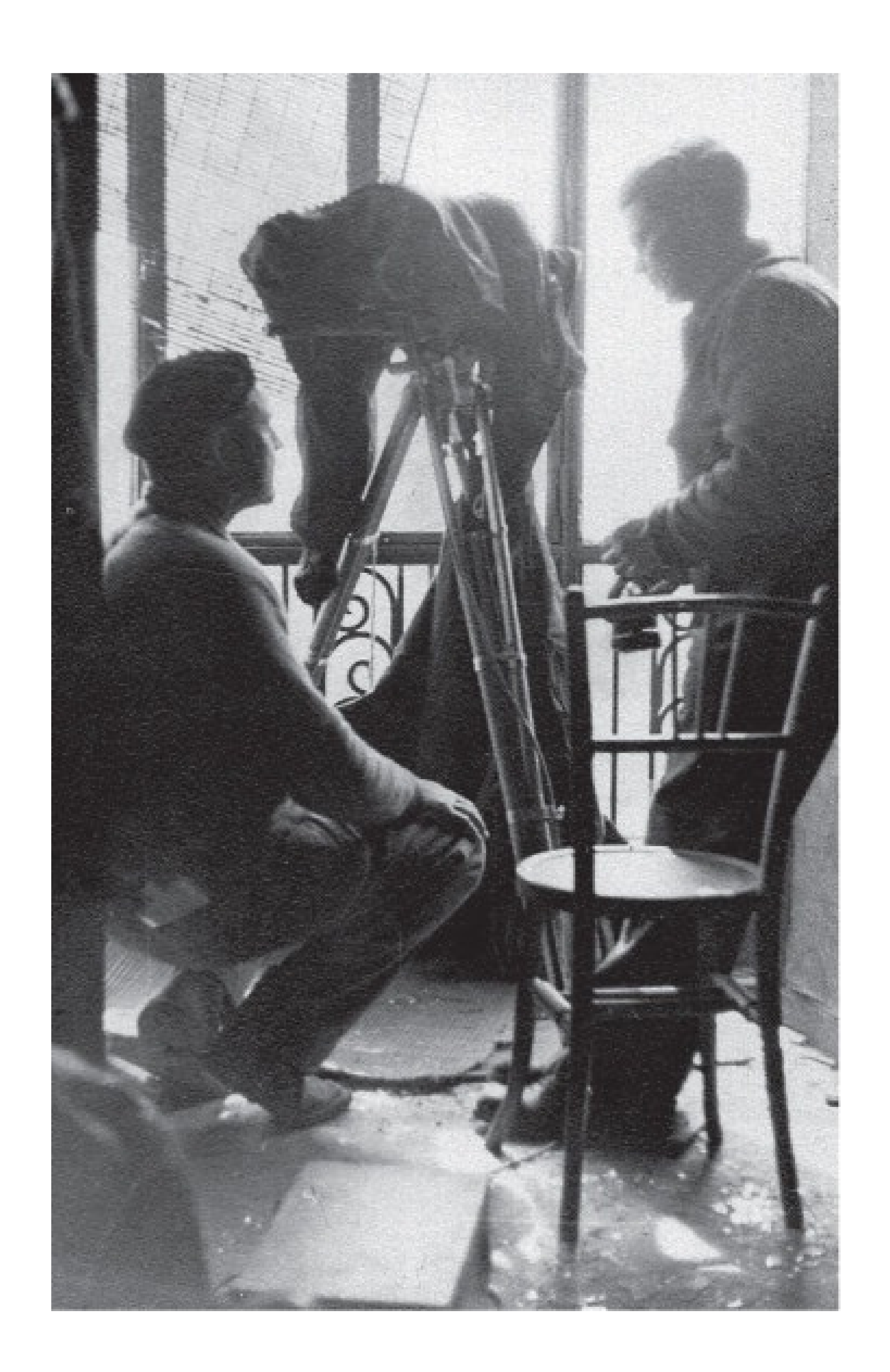
Hemingway gustaba de mostrar los proyectiles aún calientes (cuando no explotaban) que caían cerca; la habitación salía barata porque estaba sometida al fuego de las baterías fascistas emplazadas en la cerro Garabitas.

Pero Ivens y Ferno no se quedaban atrás a la hora de correr riesgos. Incluso Hemingway le escribió a MacLeish que era probable que sus amigos perdieran el pellejo. Ivens, además de cineasta, actuaba todos los días como «un oficial de infantería regular»; se enfrentaron a verdaderos riesgos cuando filmaron el ataque de los tanques y la infantería en Morata de Tajuña y los bombardeos en Madrid. Juntos arrostraron ametrallamientos y desplomes, aunque también se divirtieron buscando bares y tabernas en medio de la guerra, «lugares limpios y bien iluminados», según Hemingway, en clara referencia al título de su cuento homónimo. En medio de estas conmociones, Hemingway preparó el texto completo de La tierra española.

En 1940, pensando retrospectivamente sobre aquella primavera, Ernest dijo: «El período de lucha, cuando creíamos que la república podía ganar, fue el más feliz de nuestras vidas».



Con el cineasta holandés Joris Ivens, director de La tierra española, Jarama, 1937. (Colección de Norberto Fuentes)



Como asistente del camarógrafo John Ferno filmando un bombardeo en Madrid, 1937. (Colección de Norberto Fuentes)

*La tierra española fue exhibida a la familia Roosevelt el 8 de julio de 1937 en la Casa Blanca, gracias, se supone, a los buenos oficios de Martha Gellhorn. El estreno público fue en agosto de ese mismo año en Nueva York. El filme provocó una de las broncas que Hemingway tuvo con intelectuales a lo largo de su vida. En una proyección privada, Orson Welles y Hemingway se sentaron juntos. El primero, que estaba destinado a ser el narrador del filme y por alguna razón no lo hizo, le dijo a Hemingway, injustamente, que el filme era una mierda. Se entraron a puñetazos.*

Hemingway había regresado a Estados Unidos en mayo de 1937.

El 4 de junio pronunció en el Segundo Congreso de Escritores Norteamericanos, celebrado en el Carnegie Hall de Nueva York, el primer discurso formal de su vida, en el que habló sobre sus experiencias en España y «la misión del escritor en la época actual». Junto a él, en la tribuna, estaban Donald Ogden Stewart, presidente de la Liga de Escritores Norteamericanos, Earl Browder, secretario del Partido Comunista de Estados Unidos, y Joris Ivens; Archibald MacLeish era el maestro de ceremonias. El discurso, de siete minutos, fue ovacionado por los 3 500 asistentes y otros centenares de personas agolpadas en las puertas. El hecho de haber vencido su timidez para hablar en público y defender la teoría de que los escritores deben tomar parte activa en la defensa de la libertad y la democracia muestra que ese momento marcó el punto culminante de su evolución política hacia la izquierda.

En medio de esta barahúnda, yendo y viniendo por los frentes de España y viajando a Estados Unidos, Hemingway estaba enredado en el experimento, que podemos calificar de literario-social, de Tener y no tener. De Nueva York se

traslada a Key West, y de allí a Bimini. Corrige las pruebas de galera de Tener y no tener, que consideraba «en muchos aspectos la obra más importante que había escrito jamás», según le contó a su hermano Leicester. En el momento de su primer viaje a España, la novela estaba terminada. Era un texto mucho más largo que el publicado finalmente. Pero el autor regresó convertido en un ardiente defensor de la República; entonces eliminó una parte de la novela y cambió el final. En estas circunstancias escribió el parlamento de Harry Morgan, que devino el manifiesto de Hemingway: «Un hombre solo no puede... Un hombre solo, haga lo que haga, no puede conseguir nada».

El libro se puso a la venta en el otoño de 1937 y la crítica norteamericana vaciló ante esta obra y el contenido de sus 262 páginas (según la edición príncipe que se conserva en Finca Vigía). Los comentaristas dijeron que el estilo de Hemingway se había destruido al intentar incursionar en el campo social. Se dijo también que el título de la obra parodiaba el famoso monólogo shakesperiano. (Cervantes, algunos siglos antes que Hemingway, había dado ya con esta ecuación simple). Pero el mundillo de los escritores le preocupaba poco a Hemingway en esos meses. Solo, de modo casual, intercambió unos golpes con el crítico Max Eastman para saldar una vieja deuda literaria. (O más bien física: Eastman sabía que los pelos del pecho de Hemingway ¡eran postizos!).

En el desempeño de su nueva actividad como agitador político, Hemingway, en compañía de Ivens, se traslada a Hollywood y participa en la campaña de recolección de fondos para la República española que Frederick y Florence March auspician. Ivens lleva los rollos de La tierra española bajo el brazo y Hemingway, las quince hojas manuscritas de un segundo discurso.

Lillian Hellman recuerda aquellas colectas que se hicieron en Estados Unidos. Una vez, en casa de los esposos March, se recaudaron trece mil dólares «para comprar ambulancias». Errol Flynn, el actor, se perdió a la hora de la colecta; dijo que iba al baño y nadie lo volvió a ver aquella noche. (Según Landis, el actor, que había estado en España como simpatizante de la República, fue agraciado con una herida de bala mientras viajaba «en una especie de recorrido

turístico» que estaba realizando allí. Se trataba de una visita a las trincheras que costaba diez céntimos, pero que, al parecer, acarreaba ciertos riesgos. La noticia apareció en una edición de The New York Times de mayo de 1937). Faltaban entonces unos treinta años para que se hiciese pública la noticia en Estados Unidos de que el liberalismo de Flynn era una pantalla para cubrir sus actividades como colaborador de los servicios de inteligencia alemanes.

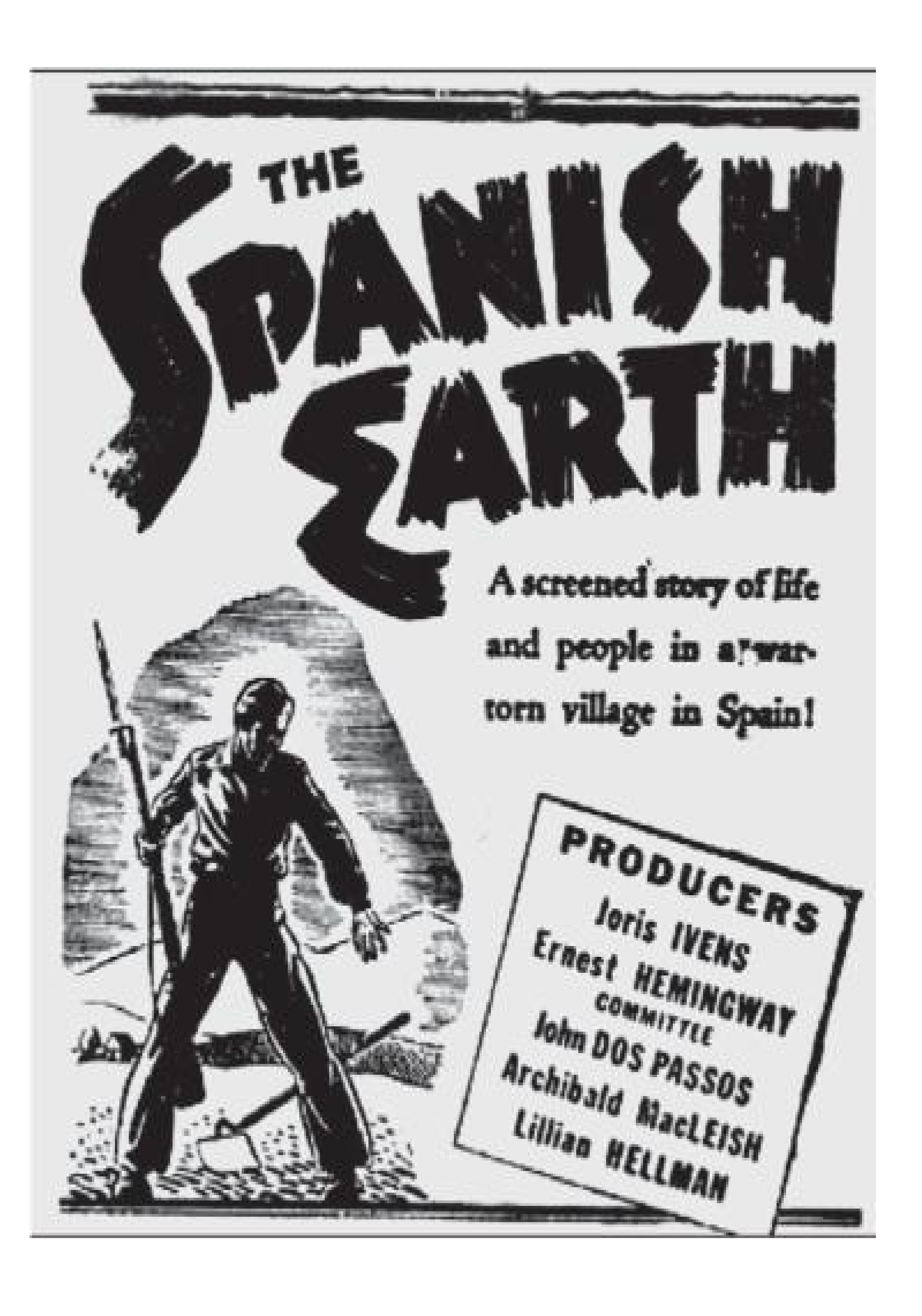
Hemingway, mientras tanto, con su despliegue habitual de romanticismo, trataba de convencer a sus amigos ricos para que financiaran el envío de material médico con destino a la República española, pero muchos de ellos se resistían alegando que eso equivalía a colaborar con los comunistas.

Fue a mediados de 1937 cuando reunió los fondos para la compra de ambulancias, medicinas e instrumental, como presidente de la comisión de ambulancias de la asociación norteamericana Amigos de la Democracia Española. Una parte apreciable de los fondos los proporcionó él mismo. Logró conseguir doce ambulancias completamente equipadas, pero fueron bloqueadas en el puerto de Nueva York por la American Neutrality Act que prohibía enviar cualquier clase de mercancías a España.

La actividad de Hemingway se concentró en la XII Brigada, su grupo internacionalista preferido. Casi todos los autores lo reconocen, aunque Hemingway visitó otras unidades y se detuvo, por razones lógicas, en las posiciones que ocupaban los norteamericanos de la Brigada Abraham Lincoln.

La XII Brigada, donde pasaba la mayor parte del tiempo, estaba al mando de Paul Lukacs —nombre de guerra de Mate Zalka, uno de los enviados de Stalin en la guerra española—. Carlos Baker afirma que esta brigada estaba formada «por un grupo políticamente muy heterogéneo, pero que resultaba un memorable conjunto de alegres camaradas». Entre ellos, el médico del Estado Mayor Werner Heilbrun, el escritor alemán Gustav Regler, que salió malherido de la contienda, y, especialmente, «el general Lukacs, uno de los buenos amigos de Hemingway

y un hombre bueno y divertido en la fiesta del Primero de Mayo, donde tocó una melodía con un lápiz sostenido entre sus dientes». Un homenaje de Hemingway al general Lukacs puede encontrarse en su prefacio al libro de Regler La gran cruzada. Hugh Thomas, citando otro libro de Regler, Owl of Minerva, rememora el banquete que le ofreció Lukacs a Hemingway en la XII Brigada y dice que «constituyó un acontecimiento inolvidable, en el que el general húngaro Lukacs envió una invitación a todas las muchachas del pueblo inmediato para que acudieran al festín que ofreció en aquella ocasión».


THE
SPANISH
EARTH
A screened story of life and people in a war-torn village in Spain!
PRODUCERS
Joris IVENS
Ernest HEMINGWAY
COMMITTEE
John DOS PASSOS
Archibald MacLEISH
Lillian HELLMAN

En el grupo de anfitriones se encontraba el médico José Luis Herrera Sotolongo, quien años más tarde deviniera médico personal de Hemingway. Él rememora su encuentro con Hemingway y el primer contacto del escritor con la XII Brigada:

Yo lo conocí por lo siguiente: después de haber terminado las operaciones del frente de Madrid, en el 37, nos concentramos en un área al oeste de la capital con vista a reponernos; como habíamos estado en combates sucesivos desde noviembre del 36 en la Casa de Campo, el Pardo, Las Rozas y Villanueva del Pardillo, habíamos sufrido muchas bajas. La XII Brigada Internacional había llevado el peso de estos combates. En los últimos días de diciembre habíamos realizado con éxito una ofensiva corta sobre Brihuega. En Brihuega dejamos las fuerzas del IV Cuerpo y volvimos a Madrid. Pero en los últimos combates que tuvimos, en Madrid y Las Rozas, la brigada quedó en unas condiciones bastante deplorables en lo que se refería a personal y equipo. Entonces nos dan un refuerzo en el este de Madrid, en un pueblo que se llamaba Morata de Tajuña; allí teníamos uno de los batallones, el otro estaba en Perales. En fin, estábamos dispersos, pues nunca una brigada se concentra en un solo sitio para descansar. Estando allá una tarde llega el jefe de sanidad de la brigada, que era el alemán Werner Heilbrun y me dice: «Usted que es el oficial mejor vestido, vaya a Madrid para recoger a una periodista americana que quiere venir a estar unos días con nosotros para hacer un reportaje. En el Hotel Florida de Madrid te va a esperar mi esposa, Matilde». Efectivamente, cuando llegué allí estaba la esposa de Werner con una americana que resultó ser Martha Gellhorn, que luego fue esposa de Ernesto. Montamos en la máquina y partimos de regreso. En Morata nos alojamos en el hospital. El hospital de la XII Brigada era una especie de hotel para turistas.

Ernesto, en aquella época, estaba enamorado de Martha. Él había ido al frente del sur de Madrid, por la parte de Getafe y esa zona, y cuando regresa al hotel no está Martha allí y pregunta: «¿Dónde está Martha?». «Vinieron a buscarla y está en la XII Brigada», le respondieron, y al día siguiente él se presentó en la XII Brigada. Martha se quedó unos días allá y Hemingway la acompañó, y parece que le gustó la XII Brigada, pues siguió siendo su punto de reunión. La mayor

parte del tiempo se la pasaba viviendo con nosotros y de ahí salía a hacer sus trabajos. Fue nuestro huésped durante un tiempo largo. Así pues, la primera visita que él nos hizo fue en las primeras semanas del año 37, cuando nosotros estábamos en Morata de Tajuña. Después Hemingway pasa con nosotros el mes casi completo que dura la ofensiva del Jarama, casi un mes. Entonces hay un lapso cuando él se marcha a otros frentes y nosotros hacemos la operación de Guadalajara, contra los italianos. No estaba allí. Llega a última hora. Cuando él ve que es una ofensiva de una trascendencia grande, de inmediato nos alcanza y llega precisamente cuando nosotros habíamos desmontado un hospital en un palacio. Cuando él llega ya nos habíamos marchado de allí y él hace unas fotografías del palacio, que las tiene en la finca.

Así que nos siguió a donde nosotros fuimos a descansar en Moraleja. Casi todo el tiempo estuvimos alojados en una finca. Hacíamos partidos de fútbol allí. Después Ernesto se volvió a marchar. Y nosotros volvimos de Aragón e hicimos la operación sobre Huesca, que fue cuando mataron al general Lukacs. Cuando regresamos de Madrid, otra vez establecimos el contacto. En aquella época Ernesto de nuevo convivió con la XII Brigada; después ya nos separamos casi definitivamente porque la XII Brigada se había transformado en división y nos fuimos para el frente... Estuvimos separados mucho tiempo pero coincidimos cuando la ofensiva y la toma de Teruel. Él se aparecía siempre en las operaciones más importantes y otra vez volvimos a estar juntos, pero por pocos días, pues él se trasladó para otro frente y entonces ya perdimos el contacto hasta que lo establecimos otra vez cuando yo vine a Cuba.

Herrera ríe cuando recuerda «las cosas de Ernesto». Cuenta, por ejemplo, que había un oficial de procedencia eslava; no recuerda el país, pero sí su nombre: Makakos. Hemingway utilizaba este nombre con frecuencia para lanzar una de las variantes de su blasfemia favorita: «¡Makako en Dios!». En el frente todo era susceptible de convertirse en una broma y aliviar la tensión, aunque fuera fugazmente. Makakos era uno de los oficiales de la Brigada Dombrowski que murió en el puente de Arganda.

Herrera Sotolongo recuerda muy bien otra de las anécdotas, porque él fue «ejecutor» y Ernest, «el ejecutado». Ocurrió durante el descanso que tuvo la XII Brigada después de la batalla de Guadalajara. El Estado Mayor y parte de la oficialidad «reposaba» en La Moraleja, en el palacio de una duquesa, la viuda de Aldama, en las afueras de Madrid. El lugar había adquirido cierta reputación tétrica debido a que allí se habían realizado muchos fusilamientos de fascistas. Pero en determinado momento comenzó a ser utilizado para recepciones oficiales, ya que su vajilla y sus muebles se conservaban en buen estado. La ofensiva de Guadalajara había terminado y había ascenso de oficiales —el médico Herrera Sotolongo entre ellos, promocionado a capitán—. Era una noche de recepción con la asistencia de Paul Robeson, el cantante. Pero Hemingway bebe más de la cuenta, se emborracha y se duerme. A alguien se le ocurre llevarlo al quirófano de campaña. En efecto, lo acuestan y amarran en la camilla. Todos se ponen las batas blancas y las mascarillas. Hemingway se despierta. Al verse amarrado, comienza a dar los mayores alaridos que se recuerden... tanto, que los bromistas deciden liberarlo de las amarras. El juego queda al descubierto. Hemingway se disculpa: «Creía que había caído en manos de los fascistas y que me iban a torturar». Lo que más ha gritado, desde luego, es: «Me cago en Dios», e «Hijos de puta, mátenme». En perfecto español.

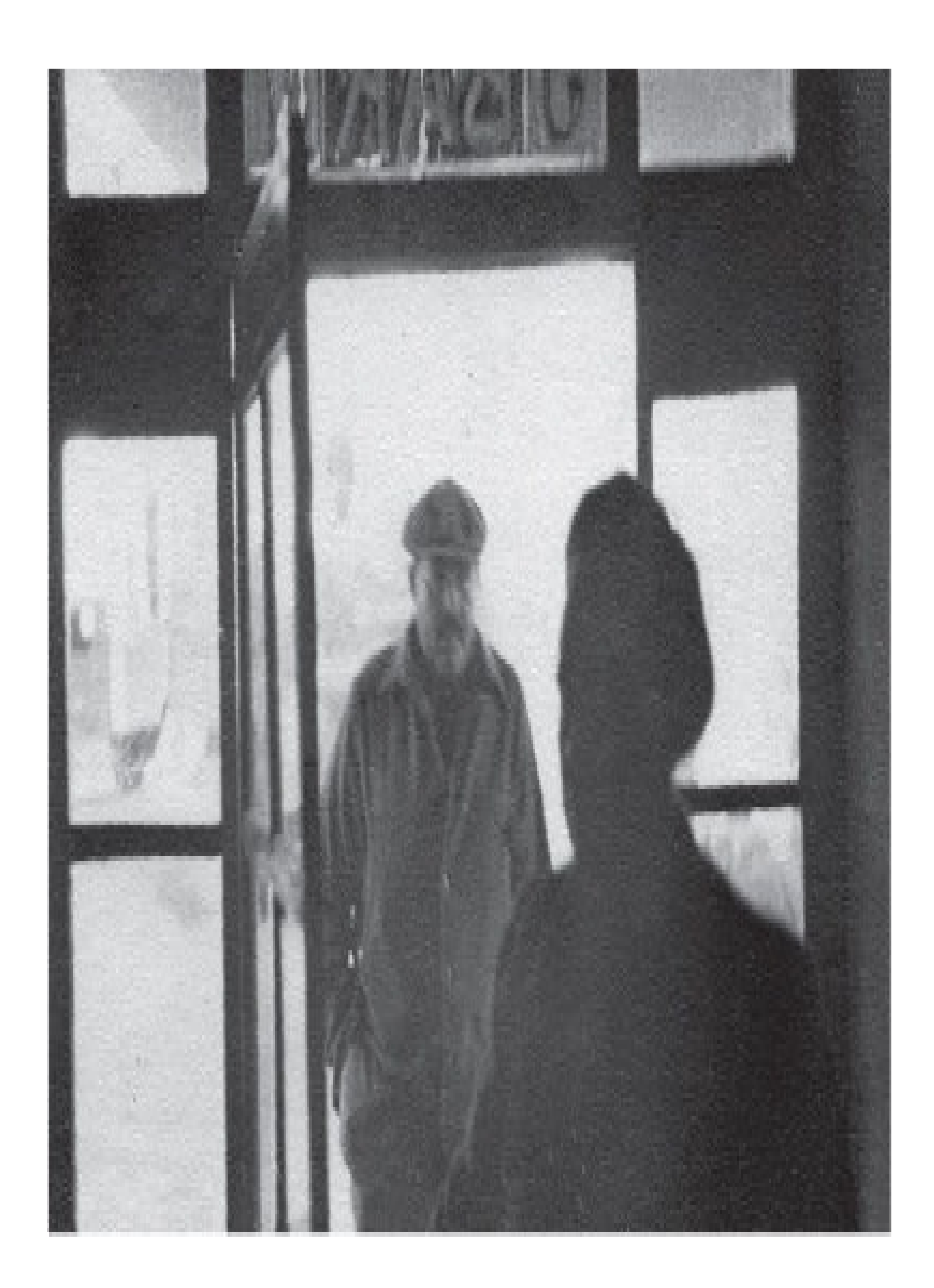
La experiencia ha tenido un final risueño. En los días restantes la gente se dedica a vagabundear. Hemingway los acompaña. En cierta ocasión deciden fusilar un disco: lo sacan del gramófono y parece que tiene los minutos contados. Es uno de los pocos discos pertenecientes a la viuda de Aldama que les ha gustado, pero como lo han puesto tantas veces ya aburre y esto provoca su condena a muerte. Es El bolero de Ravel. Lanzan la placa al aire y le entran a pedradas. Ninguno hace blanco, aunque se acepta que Hemingway lanzó la piedra más cercana. Pero él hace gala de modestia y dice que tiene la práctica del tiro de pichones. Sin embargo, un alma generosa propone que se le conmute la pena al disco porque ha sobrevivido al fusilamiento. Todos aprueban. El bolero de Ravel vuelve a la colección de la duquesa.



Primer encuentro con Herbert Matthews en un frente de combate. Madrid, 1937. En el reverso de la foto hay una nota de Hemingway escrita a lápiz: «Send to H.M.». (Colección de Norberto Fuentes)



Almuerzo en el Estado Mayor de la XI Brigada Internacional, en el frente de Madrid. En primer plano, Ludwig Renn; al centro, Hans Kahle. La foto fue tomada en 1937 en un lugar llamado la finca de Chavarry, en la carretera de Arganda a Carabaña. (Colección de Norberto Fuentes)



Búsqueda de «un lugar limpio y bien iluminado». Con John Ferno, probablemente en Morata de Tajuña, a principios de marzo de 1937. (Colección de Norberto Fuentes)



El doctor José Luis Herrera Sotolongo, comandante médico del Ejército Republicano Español, hacia 1937.

* Pluma estilográfica.

* Utensilio que sirve para estampar firmas, cifras o imágenes grabadas en él, empleado, generalmente, para autorizar documentos.

* Un pase de lista somero de la artillería pesada de los intelectuales enrolados de una u otra manera en la causa republicana: por Francia, Julien Benda, André Malraux, Paul Nizan, André Chamson y Jean-Richard Bloch; por la URSS, Alexei Tolstoy; por Inglaterra, Stephend Spender y Ralph Bates; por Alemania, Anna Seghers; por Chile, Vicente Huidobro; por México, Carlos Pellicer y Octavio Paz; por Perú, César Vallejo; por los Estados Unidos, Malcom Cowley, Langton Hughes y John Dos Passos; por Holanda, Jef Last y el doctor J. Browder. Naturalmente, el componente español será el más numeroso: Antonio Machado, José Bergamín, Fernando de los Ríos, Arturo Serrano Plaja, César M.ª Arconada, Constancia de la Mora, Rosa Chacel, María Zambrano, Margarita Nelken, Juan Gil-Albert, Corpus Barga, Ramón J. Sender.

* Véase: Arthur H. Landis, The Abraham Lincoln Brigade, The Citadle Press, Nueva York, 1968.

## 14

## Hemingway en Moscú

En Finca Vigía, aparte del pasaporte rojo que Hemingway utilizó en la guerra de España, se conservan unas doscientas fotografías tamaño postal, tomadas durante la filmación de La tierra española; también hay una colección de fotos debidas a la cámara de Robert Capa. Hay otras, de Lukacs y su Estado Mayor, y otras de Hemingway con Ludwig Renn; rostros y gente que ya han desaparecido. En cierta ocasión, estas imágenes fueron revisadas por Herrera Sotolongo. «Umm... el Estado Mayor de Lukacs...». Se detuvo en una foto en que aparecía un personaje pequeño al lado de Hemingway, en un camino. Herrera dijo: «Este era Aliosha, el ayudante de Lukacs».

Cuarenta años después de tomada aquella fotografía, el 15 de diciembre de 1976, en Moscú, con 12 grados bajo cero a la intemperie, un hombre pequeño, de carnes duras, enérgico, de 71 años, abrió la puerta de su apartamento a Norberto Fuentes. La cita se había concertado a través de un tercero, Yuri Greding.

De inicio ocurrieron dos cosas en ese encuentro. Alexis Eisner recibió la carta y el saludo que le enviaba Herrera Sotolongo, su antiguo camarada. Luego Eisner se mostró visiblemente conmovido al enseñársele la fotografía en la cual aparece junto al escritor —el original se conservaba en el Museo Hemingway—.

«De Ernest Hemingway solo había leído Fiesta —dice Alexis Eisner—. Me percaté de que era un hombre de genio, pero solo de genio literario». Cuando Mijail Koltzov, o quizás Herrera Sotolongo, no recuerda bien, lo llevó al Estado

Mayor de la XII Brigada, a principios de enero o febrero de 1937, Alexis era ayudante de Lukacs. Cuando los presentaron, «Lukacs se volvió como loco porque él había leído Adiós a las armas». Ya Hemingway tenía una posición especial como visitante dentro de la brigada. Continúa Eisner:

Pero para mí fue solo uno de los camaradas. Parecía un deportista viejo. Una cara redonda, ojos pequeños. Lentes sencillos. Aunque traía buena ropa americana, se le veía manchado todo el tiempo. Allá había la costumbre de ensuciar las gabardinas. Toda la ropa parecía vieja y usada. En el bolsillo del pecho siempre tenía whisky. Tomaba mucho y bien, y esto era algo que me agradaba. El Estado Mayor de la brigada era muy hospitalario. Alimentaba a todos los que iban allí. A Hemingway le daban gasolina para su carro. Lukacs hablaba húngaro, ruso y alemán. Ernest Hemingway hablaba inglés, francés, italiano y español. Yo traducía del francés al ruso. Lukacs se molestaba mucho porque solo había leído Adiós a las armas.

A Alexis lo asombraba que «Ernest Hemingway no se comportara como un escritor». Jamás hablaba de literatura ni de arte. Y se sentía incómodo cuando le hablaban de literatura. «Ese grandote se ponía rojo en la cara cuando alguien le decía que había leído su libro. Se enojaba. No era tema para hablar en el frente. Su reacción en estos casos era extraña, aunque dentro de su alma sabía que era una ocupación muy seria». Alexis lo entendió después. En aquel momento se dio cuenta de que había visto a una persona que conocía la guerra y se comportaba entre ellos como un soldado más.

Según Alexis, Hemingway no tenía permiso para ir al frente. Fue su colaboración con Ivens y Ferno en el filme La tierra española lo que le permitió ir a las trincheras. Cargaba las cámaras y trabajaba como un mozo. Podía ir adondequiera que fueran ellos. «No escribió sobre eso», dice Alexis. «Se sentía muy bien en nuestro Estado Mayor. Se puede explicar su amistad con Regler y Heilbrun, y su interés hacia Lukacs: le interesaba el escritor que actúa».

Pero Lukacs no llegó a ser un buen escritor, afirma Alexis. «La vida no se lo permitió». Olvidaba el húngaro. Y escribía en húngaro. Él mismo traducía al ruso. «Mal ruso», asegura. Hemingway miraba a Lukacs con interés; y todos en nuestro Estado Mayor querían a Hemingway. «Menos Randolfo Pacciardi. Era un italiano republicano, capitán, casi un anarquista y bastante nacionalista. No le perdonaba a Hemingway sus pasajes sobre Caporetto [en Adiós a las armas]». Después de la navidad de 1936-1937 organizaron un banquete por la primera victoria del ejército republicano. Había ocupado tres aldeas franquistas: Almadrones, Alcora y Mirabuena. El héroe de la jornada había sido Pacciardi, que capturó la casa donde estaba el comandante del batallón franquista. Y su caballo y su mujer. «Mujer joven, y como Pacciardi era un caballero la llevó a Madrid en su coche». Pero un obús alcanzó el coche y solo Pacciardi quedó vivo.

Ernest Hemingway fue con Martha Gellhorn al banquete. Cuando Pacciardi vio a Martha, le dijo a Albino Marbin, otro combatiente italiano: «Siéntate al lado del americano y entretenlo». Pacciardi era muy guapo. Enamoró a Martha. Y Martha quiso retirarse. Ernest Hemingway quería quedarse. Pacciardi dijo: «Le ofrezco mi coche». Él mismo la llevó hasta Madrid, distante a unos 50 km. Regresó dos horas después. Ernest Hemingway seguía en su borrachera. Pacciardi nos confesó luego: «No conseguí nada». Claro, en A través del río y entre los árboles, Hemingway golpea a Pacciardi con su sarcasmo. No olvidó el Caporetto de su mujer. A lo mejor pensó que sí había sucedido algo con Martha. Alexis se cuestiona: «¿Las mujeres dejaban a Hemingway como a Pushkin? ¡Quién sabe!».

El párrafo sobre Pacciardi en A través del río y entre los árboles:

Siempre se gastaban bromas sobre esto, porque el honorable Pacciardi era ministro de defensa en la república italiana. Pacciardi tenía la misma edad del coronel y había combatido muy bien en la Primera Guerra Mundial, así como durante la Guerra Civil española como comandante de batallón; allí conoció al coronel, que estaba en calidad de observador. La seriedad con que el honorable

Pacciardi se hizo cargo del puesto de ministro de defensa de un país indefendible era un vínculo entre el barman y el coronel. Ambos eran hombres muy prácticos y la visión del honorable Pacciardi defendiendo a la república italiana estimulaba sus mentes.

Retoma el relato Alexis:

La última vez que Hemingway y yo nos vimos, ya habíamos enterrado a Lukacs. Yo tenía 10 días de vacaciones. Iba caminando por una calle de Valencia. Hemingway venía en dirección contraria. Nos abrazamos. Los españoles no se besan. «La muerte de Lukacs fue una desgracia», dijo Hemingway. Lo describió como un héroe y dijo una frase que nunca he olvidado: «La muerte está mal organizada en la guerra». Le pregunté sobre sus proyectos y me contestó: «Regreso a América, pero no sé si vuelva a España». Después regresó, sin embargo.

Es muy triste cuando dos combatientes se despiden. Tenía sus dos manos en los bolsillos de la chaqueta y movía un pie. «Ven a verme. Estoy casado con una millonaria; tengo una casa en la Florida», me dijo. Sacó la libreta de cheques de su bolsillo y me extendió uno. Estaba dirigido al Banco Francés de París. Estampó la fecha y su firma, pero no puso cantidad para que fuera yo el que lo hiciera. En el reverso puso su dirección en la Florida. Guardó la chequera en el bolsillo. Nos abrazamos otra vez, y «Adiós, amigo. Buena suerte». Todo eso fue muy triste.

Fue el último encuentro con Hemingway, y más valdría que no lo hubiese tenido. Hemingway le había firmado un cheque en blanco por si Alexis lo necesitaba. Eso quería decir, entre otras cosas, que los dos reconocían que estaban en el bando que había perdido la guerra. Hemingway lo invitó a que lo visitara en Nueva York o Key West. Para fortuna de Eisner, los agentes de Beria no supieron esto último.

Alexis regresó a la URSS en enero de 1940, unos meses después de que comenzara la guerra mundial. Un poco más tarde, en abril, le practicaron un registro y le encontraron el cheque en blanco firmado por Ernest Hemingway, ¡un cheque en blanco firmado por un extranjero!, y lo mandaron para Siberia, donde pasó veinticinco años. Fue rehabilitado en agosto de 1956. Cuando regresó a Moscú era un hombre mayor, aunque no un anciano. A los 57 años se buscó una mujer, Inés, de nombre español, veintiséis años más joven que él, se casó y tuvo un hijo, Dimitri. Después se puso a escribir. Tiene ahora un libro de memorias de guerra, publicado en Moscú en 1968.

Alexis Eisner narra su primer encuentro con Lukacs*. Su lenguaje es duro, militar; en su relato aparece, entre otros, uno de los personajes más atacados por Hemingway en Por quién doblan las campanas: el francés André Marty. Fue la época en que se constituyeron las Brigadas XI y XII (en realidad, la primera y la segunda). Se organizaron con una diferencia de tiempo corta: la XI el 5 de noviembre de 1936 (la mayoría de ellos —según Hemingway— eran comunistas «y algo serios como para pasar mucho tiempo en su compañía») y la XII el 10 de noviembre. La XII estaba integrada en su mayoría por italianos antifascistas que propusieron que su brigada se llamara Garibaldi. El 13 de noviembre tuvo lugar su primera batalla. Alexis había sido nombrado jefe de una sección de trece fusileros armados con máuseres españoles, sistema alemán. Cuenta Eisner:

Nadie se movió de su sitio, en el patio del cuartel de Albacete, cuando André Marty dijo que iban inmediatamente al combate, sin pasar siquiera instrucción. «¡Es lo que esperaba de vosotros!», exclamó Marty. Se irguió llevándose el puño a la boina. «Desde este momento, cada uno de vosotros se ha investido voluntariamente la pesada armadura de la disciplina militar. Encargado de mantenerla —y con la mano firme— es el jefe de vuestra brigada. Como tal ha sido nombrado el revolucionario húngaro, general Paul Lukacs».

Del grupo que había a su espalda se destacó un hombre robusto, de estatura mediana, muy bien vestido, incluso con elegancia. Llevaba traje de cazador,

cuidadosamente planchado, botas de tipo deportivo y no le faltaba más que el sombrero tirolés con plumilla para tener completo parecido con un terrateniente austriaco en plan de ir a cazar faisanes. A pesar de su dandismo, el revolucionario húngaro suscitaba respeto: no era frecuente ver a un revolucionario entre los generales ni a un general entre los revolucionarios.

Consideraba un gran honor el haber sido nombrado jefe de la II Brigada Internacional, que en el ejército español sería la XII Brigada. La formaban por el momento: el primer batallón Thaelmann, creado sobre la base de la sólida centuria, que ya se había hecho famosa con este querido nombre —además de tres compañías alemanas, integraban este batallón una balcánica y otra polaca—; el segundo batallón, italiano, había tomado el nombre de Giuseppe Garibaldi; el tercero, franco-belga, había pedido ser llamado con el nombre de la eminente personalidad del movimiento obrero francés e internacional: André Marty. En los próximos días se nos uniría una batería artillera y un escuadrón de caballería que se estaba formando…

«Ha sido nombrado comisario de vuestra brigada, Luigi Longo [apodado el Gallo, Longo sería años después presidente del Partido Comunista Italiano], miembro del Comité Central de la Unión de Juventudes Comunistas de Italia», anunció André Marty.

Por detrás de su hombro se destacó un joven moreno, muy delgado, incluso no delgado, sino estrecho, con rostro de mártir, sin afeitar, pálido y de aspecto enfermizo; sobre su ancha frente surgía un pelo rebelde peinado hacia atrás; tenía los ojos tan hundidos que no se veían más que las cuencas negras. A pesar del uniforme azul oscuro —como el de Marty— y del correaje, la combinación de la delgadez ascética con una cara concentradamente seria hacía al comisario de la brigada muy parecido a un abad que hubiera colgado los hábitos.

Mate Zalka preparaba una ofensiva sobre Huesca cuando murió. La XII Brigada, bajo su mando, había combatido en Majadahonda en enero de 1937, y en el

Jarama, en febrero, había defendido el puente de Arganda y el de Pindoque: en marzo había participado en la batalla de Guadalajara.

La muerte de Lukacs y de Werner Heilbrun en la ofensiva de Huesca cerró una etapa de las actividades de Hemingway en España, aunque él se encontrara lejos en ese momento. Lukacs murió cerca de Aragón, sorprendido por un bombardeo. La carretera estaba tapiada en algunos tramos para enmascarar los movimientos, pero los fascistas disparaban sobre ella y acertaron de casualidad en el automóvil de Lukacs, un Ford del 36. Ocurrió el 11 de junio de 1937. Herrera Sotolongo firmó el certificado de defunción y embalsamó el cadáver. Fue enterrado en Valencia tres días después. Un telegrama de condolencia de Stalin fue la nota de esplendor máximo en las pompas fúnebres y una muestra de la estima en que se le tenía. Alguien dijo en el cementerio que había sido el segundo de Budionni en la Caballería Roja.

Aquella carretera «estaba maldita». Unos días antes, el chofer de Werner Heilbrun había encontrado la muerte en circunstancias semejantes, esta vez debido a un ataque de la aviación. La anécdota llamó la atención de Hemingway cuando se la contaron. La bala de grueso calibre del avión alemán le había abierto la garganta al chofer y casi cercenado la cabeza; la muerte había sido instantánea, pero, en lo que sería un movimiento reflejo, quitó la velocidad, embragó y frenó el coche.

Otro episodio fatal está relacionado con Buenaventura Durruti, el líder anarquista. Tuvo lugar en el Puente de los Franceses. Fue Alexis quien le llevó la noticia a Lukacs, que estaba reunido con Kleber y unos asesores soviéticos en esos momentos. Dice Alexis que Lukacs palideció, que nunca le había visto una expresión semejante, entre extrañeza, estupor e indignación. Había ocurrido algo que estaba fuera de sus cálculos. El comentario hecho por Hemingway, en su último encuentro con Alexis, fue semejante al que apareció luego en la novela: «Durruti era un buen hombre y lo asesinaron. Eso ocurre con frecuencia. Era quizás demasiado impetuoso y sentía la necesidad de atacar, y no permanecer a la defensiva».

Tras la muerte de Lukacs, la XII Brigada combatió en Brunete y Belchite; en 1938, en el frente de Aragón, hizo un intento desesperado por defender Caspe; sus hombres cruzaron el Ebro más tarde. Allí, en la Sierra de Caballas, llegó la noticia de que el gobierno de la República española había acordado el relevo y la repatriación de las brigadas internacionales.

La guera española había significado para Hemingway la más prolongada e intensa relación con militares y periodistas soviéticos y con comunistas europeos. Fue amigo de Líster, Lukacs, Swiercewski y especialmente del enigmático Mijail Koltzov. Hemingway describe al Karkov —trasunto de Koltzov— de Por quién doblan las campanas como el tercer hombre en importancia situado por Stalin en España. Robert Jordan, su protagonista y alter ego en este libro, se derrite prodigando alabanzas hacia Koltzov/Karkov. En todos los grandes momentos políticos de este libro se descubre la presencia de Mijail Koltzov y su influencia sobre Hemingway. Aparece cada vez que a Robert Jordan se le presenta un momento de vacilación política o cuando debe condonar algún juicio moral. Pocos minutos antes de morir, antes de halar el gatillo que dará inicio al combate, teniendo aún en el vórtice de su mirilla al teniente franquista Barrendo, Robert Jordan piensa:

El mundo es hermoso y vale la pena luchar por él, y siento mucho tener que dejarlo. Has tenido mucha suerte —se dijo a sí mismo— por haber llevado una vida tan buena. Has llevado una vida tan buena como la del abuelo [un soldado de la guerra de Secesión], aunque no haya sido tan larga. Has llevado una vida tan buena como pueda ser la vida, gracias a estos últimos días. No vas a quejarte ahora, cuando has tenido semejante suerte. Pero me gustaría que hubiese un modo de transmitir lo que he aprendido. Cristo, cómo estaba aprendiendo estos últimos días. Me gustaría hablar con Karkov. Eso sería en Madrid. Ahí, detrás de esas colinas y atravesando el llano...


LORCA
LEOPOLDO
ANTONIO
JIMENEZ

El periodista soviético Mijail Koltzov se dirige a los participantes del Congreso de Escritores celebrado en Valencia. Koltzov fue el modelo de Karkov, uno de los personajes esenciales de Por quién doblan las campanas. (Cortesía de Alexis Eisner)



En el Madrid de la Guerra Civil: el poeta americano Langston Hughes, el soviético Koltzov, Hemingway y el cubano Nicolás Guillén, quien identificó a Koltzov, extramente juvenil en esta foto.

En Finca Vigia, después de la guerra, Koltzov va a ser como un fantasma omnipresente. Va a estar en las conversaciones con Herrera Sotolongo y con los veteranos de la guerra que visitan a Hemingway en su casa. Cuando Herbert Matthews, de The New York Times, viene a Cuba para entrevistar a Fidel Castro, que está alzado en la Sierra Maestra, el periodista pasa al menos una velada con Hemingway en Finca Vigía; cenan, hablan, Matthews cuenta sus planes antes de partir para la sierra o narra al regreso lo que ha visto. Es inevitable la evocación de la campaña española. Son dos grandes del periodismo del siglo XX, y recuerdan al antiguo amigo Koltzov y brindan por él, según el detalle que suministra Herrera Sotolongo. Hemingway nunca supo cuál fue el destino del soviético. Así lo describe en Por quién doblan las campanas:

Karkov era el hombre más inteligente que había conocido. Calzaba botas negras de montar, pantalón gris y chaqueta gris también. Tenía las manos y los pies pequeños y un rostro y un cuerpo delicados, y una manera de hablar que rociaba de saliva a uno, porque tenía la mitad de los dientes estropeados. A Robert Jordan se le antojó un tipo cómico cuando lo vio por vez primera. Pero descubrió enseguida que tenía más talento y más dignidad interior, más insolencia y más humor que cualquier otro hombre que hubiera conocido.

**[2]**

Alexis Eisner dibuja un croquis de las posiciones que ocupaba la XII Brigada en las cercanías de Madrid. Es admirable la precisión de su memoria. Muestra un gusto evidente en escribir las palabras españolas, apenas sin errores ortográficos

y amoldando el alfabeto cirílico al latino. Empieza por Madrid; en las afueras, la Ciudad Universitaria; más allá, el Hospital de la Facultad de Medicina; luego, el Puente de los Franceses. Hacia el otro lado, frente a Madrid, sitúa Fuencarral. Entre Madrid y la Ciudad Universitaria coloca el Estado Mayor de Durruti y un poco más atrás, el Estado Mayor de Lukacs, «aunque luego a este lo mudaron hacia otra localidad».

Trata de ubicar el sitio donde aparece en la foto con Hemingway y dice: «Esto es en Fuentes del Carril o Fuencarral, en un lugar cercano a la carretera de Guadalajara. Enfrente está el Palacio de Don Luis; más allá, la carretera sigue, en dirección contraria a Guadalajara, a Brihuega, y después a Zaragoza, y después a Francia».

Alexis dispone de pocas cosas en su apartamento. Muestra una foto vieja, amarillenta: una joven que sostiene un perrito. «Es Nadieshna, mi madre…», dice. En 1920 el padrastro lo sacó de Rusia, por la frontera cercana a San Petersburgo. Estuvo en Alejandría, Estambul y finalmente en Sarajevo, Yugoslavia, donde Alexis se hizo cadete y donde comenzó a escribir poesía entre 1925 y 1930. Más tarde, en Checoslovaquia, comenzó a estudiar filosofía, pero su interés en documentarse sobre lo que ocurría en la Rusia soviética le costó las primeras persecuciones. Dejó los estudios y «en París limpiaba cristales y por las noches iba al cine y al teatro». En 1934 ingresó en la Unión para el Regreso a la Patria, previo permiso del consulado soviético. Llenó una planilla con su biografía. Pero en 1936 viajó en dirección opuesta a la URSS, hacia España. «En París había visto algunos noticieros sobre la guerra en España. Me resultó suficiente para tomar mi decisión».

Dejó la poesía en 1932. Durante su emigración —dice— fue «un poeta bastante conocido». En Nueva York, explica, publicaron recientemente un tomo de poesía de los emigrados rusos en el que hay varios poemas suyos. Dejó de leer literatura también. Solo leía periódicos. Diez o doce periódicos al día. En París iba a los mítines del partido y también iba a la iglesia. «Iglesia y política me decían que la literatura era innecesaria».

«Al igual que Hemingway tuve amigos allá: Heilbrun, Lukacs, Herrera...». En cuanto al cheque en blanco que le dio Hemingway, «jamás utilicé ese cheque, aunque tuve necesidad de dinero. Con el cheque vine a Moscú y con él la policía de Beria testimonió que yo recibía dinero de un capitalista».

Un día de julio de 1961 —ya Alexei liberado del gulag, por supuesto—, Ivan Kashkin, el crítico soviético de Hemingway, le llamó y le dijo: «El radio ha informado que Hemingway ha muerto. Por lo visto es suicidio». Eisner, pensando en el respeto que se le tiene al escritor en su país, respondió: «¡Qué noticia...! Si es suicidio no lo dirán aquí». Se equivocaba. Por lo menos dos escritores soviéticos se manifestaron en aquella oportunidad sobre el suicidio del norteamericano: Leonid Leonov, el 4 de julio en Pravda, y Genrik Brovik, el mismo día en Literaturnaia Gazieta.

Alexis dice que «cuando aquello Kashkin y yo ya sabíamos que Anastas Mikoyan había estado en su casa de Cuba». (Kashkin murió el 26 de noviembre de 1963, a los 64 años de edad; fue uno de los más célebres críticos y traductores soviéticos de la literatura inglesa y norteamericana).

El día de esta entrevista, Alexis Eisner vestía una camisa de rayas de colores, pantalón de lana y botines, y sus uñas estaban recortadas en forma puntiaguda. Tenía el pelo blanco en canas y estaba un poco encorvado y humedecía las hojas de los libros para pasar las páginas. Sus cejas eran espesas y sus ademanes declamatorios. Había un espejo redondo en su habitación, un icono de madera, una fotografía de Hemingway y otra, descolorida, de alguien parecido a Dostoievski, una navaja española en la pared, un viejo televisor de pantalla pequeña, unas poltronas de cuero. Estuvo largo rato mirando la copia de la foto de él con Hemingway sacada de las gavetas de Finca Vigía. Finalmente, preguntó si Herrera Sotolongo como oficial del ejército cubano ganaba más dinero que en España. (Herrera Sotolongo como capitán del ejército republicano ganaba 450 pesetas al mes; el general Lukacs, 800).

El encuentro con Alexis fue posible, como se ha dicho, gracias a Herrera Sotolongo, quien lo reconoció en la foto y creyó recordar «que el ayudante de Lukacs vivía aún en la URSS». Luego Yuri Greding ayudó a localizarlo en Moscú. Al principio la memoria de Alexis vaciló, pero una breve explicación bastó para que recordara. De regreso a La Habana, el autor trajo esta nota firmada por Alexis para ser entregada a Herrera Sotolongo:

Querido Herrera:

Cuando conversé por primera vez con Fuentes, el cual me dijo todos tus nombres, José Luis, etc., no supe quién eras, pero ya recuerdo perfectamente. Me alegra saber que estás bien y no tienes necesidades. También me alegra saber que allí hiciste amistad con Hemingway y te envidio por esto.

Han pasado cuarenta años desde que nos hicimos amigos y compañeros, pero esto no ha pasado ni pasará nunca. Te abrazo de todo corazón, te deseo mucha salud y felicidad. ¡Salud!

Antiguo Aliosha

11 de diciembre de 1976. Moscú

Hugh Thomas, en La Guerra Civil española, dice que Hemingway tuvo una participación activa en el bando republicano, excediéndose en «los deberes de un simple corresponsal» y entrenando a los jóvenes españoles en el manejo del fusil. Según Herrera Sotolongo, Hemingway combatió en España con las armas en la mano. Luchó con ametralladoras inglesas Vicker de trípode, al igual que con Maxim y con ametralladoras soviéticas: «Le gustaba meterse en una

trinchera y combatir. Lo hizo en Guadalajara, en el Jarama. Regresaba satisfecho de esta faena». Actuaba como combatiente y esto lo recuerdan sus antiguos camaradas. «Incluso —comenta Herrera Sotolongo— presumía de táctico… Y a veces de estratega. Discutía las operaciones y se inmiscuía en los asuntos de los oficiales».

Tal interés aparece en sus despachos distribuidos por NANA y en la crónica sobre «la mal llamada batalla de Guadalajara», en la que explica: «He estado estudiando la batalla durante cuatro días, recorriendo los lugares en que se desarrolló con los jefes que la dirigieron. Y puedo afirmar claramente que Brihuega ocupará un lugar en la historia militar entre las batallas más decisivas del mundo». La crónica apareció en Fact, en junio de 1937. Hugh Thomas la comenta en su libro.

Carlos Baker por su parte presupone unos extraños sentimientos en Hemingway, una enrarecida proyección, al analizar el parecer del novelista sobre esta misma acción de la guerra en España:

Cuando Hemingway, en pie desde el amanecer, una mañana a fines de marzo [de 1937], partió de Madrid y llegó al campo de batalla, los muertos italianos aún yacían donde habían caído. Como reportero objetivo, se vio obligado a llegar a la conclusión de que, fuera cual fuese su propia opinión negativa sobre Mussolini o lo que la propaganda republicana dijera en sentido contrario, los hijos de los pobres italianos habían muerto valientemente, víctimas de armas superiores, de fuertes ataques aéreos y de la inadecuada protección que ofrecía el terreno rocoso. Visto por un observador objetivo, estos muertos no parecían demonios fascistas que se refugiaban en la muerte ante los ángeles marxistas de la destrucción. Se trataba de hombres que habían perecido. Constituían otro ejemplo de Los desastres de la guerra. Había terminado uno de los períodos de armisticio intermitentes de Europa y ellos se contaban entre las víctimas.

Bueno, Carlos Baker pontifica desde su cómodo despacho alejado de todo

molesto olor a pólvora y a la podredumbre de los muertos insepultos. No le tiembla la mano sobre la máquina de escribir para desmentir a todos los camaradas de Hemingway de la Guerra Civil española, y lo que vieron y compartieron en aquella zona del frente. Es evidente que tal humanismo sin orillas no paralizó a Hemingway a la hora de defender la causa que desde el inicio él calificó como justa. Y no vaciló en instruir milicianos o cercenar algunas cabezas fascistas con el fuego de ametralladoras manejadas por él mismo. Cuando un número considerable de presuntos fascistas fue acribillado a mansalva al final de la guerra, Hemingway se adhirió a la decisión, por monstruoso que esto pueda parecer, y en Cuba, muchos años después, se mofaba aún de este hecho de la Guerra Civil. ¡Presuntos fascistas! Presuntos, míster Baker.

La historia, que compromete moralmente a Hemingway, tuvo lugar en un vertedero cerca de Tielmes y Alcalá de Henares. Casi todo el mundo reconoce, retrospectivamente, que es una página sucia de la Guerra Civil. Un número indeterminado de presos de la Cárcel Modelo de Madrid y de señoritos sospechosos de ser fascistas capturados al vuelo en las calles de la capital española fueron fusilados. Las tropas de Franco se acercaban a la ciudad, y el comandante Carlos Contreras, italiano, cuyo nombre verdadero era Vittorio Vidali, dirigió la operación. De él se decía: «Con el comandante Carlos no hay miliciano con miedo». Vidali pasó por Cuba al principio de la Revolución y le pidió a Herrera Sotolongo: «Dile a Ernesto que me envíe su libro, dedicado, y una foto». Pero el novelista se encontraba entonces en España, y se suicidó a los pocos meses. Hay una referencia en una carta de Hemingway a Joris Ivens sobre el vertedero en que Vidali realizó la acción; Hemingway acostumbraba a llamarlo San José de las Latas, en una alusión truculenta al hecho, parodiando el nombre del pueblo cubano de San José de las Lajas. En la Segunda Guerra Mundial, según el escritor contaba a sus amigos íntimos, dio cuenta a punta de cuchillo, por su propia mano, de algunos jóvenes soldados alemanes, y, hasta donde alcanza el recuerdo de sus interlocutores, Hemingway nunca pensó, al menos en aquellos momentos, que eran hijos de pobres alemanes. El escritor estaba empeñado en un claro objetivo: aquella guerra había que ganarla. Y cualquier otra cosa que se diga es mentira. Su humanismo estuvo ligado a la causa que defendía entonces. Desde luego, la actitud de Hemingway, el novelista, no fue la del fervoroso —y diríase que hasta disciplinado— militante. Su partidismo se quedó en las crónicas y en su propia actividad personal durante

la contienda. Dejó bien establecido que Por quién doblan las campanas era su trabajo de escritor sobre una causa que él había visto y observado y por la cual se sentía libre de expresar sus observaciones.

Objeto de las acometidas de Hemingway en la novela, como resultado de su experiencia y solo luego de terminadas las hostilidades, fueron algunos altos oficiales y, en particular, los habitués del hotel Gaylord's. Entre ellos, Marty y Líster cargaron con el mayor volumen de críticas hemingwayanas. Pero André Marty es el blanco principal, y Hemingway, pese a que está escribiendo una novela, no deja de señalarlo por su nombre completo y enjuiciarlo. Son muchas y muy contradictorias las opiniones sobre el francés Marty. Ilya Ehrenburg lo describió corno un individuo autoritario, «siempre sospechando que todo el mundo podía ser un traidor».

Existe consenso sobre que el antiguo miembro del Comintern, secretario del Partido Comunista Francés, fundador de las Brigadas Internacionales y su jefe político máximo, tuvo en España «una conducta no muy adecuada». Era sectario, actuaba con una superlativa rigidez militar y «fusilaba por cualquier cosa». Dentro de las propias izquierdas se le llamaba «el carnicero de Albacete», debido a alguna de sus nefastas acciones.

Hemingway había interpretado a André Marty de acuerdo con su óptica, y esto había provocado una reacción desfavorable en grupos de la izquierda, pero él se había sentado a escribir sobre la tragedia española con auténtica libertad y honradez, con todas sus virtudes y limitaciones. Era la única manera en que podía hacerlo. Mientras estuvo en la guerra, y estuvo hasta el final, fue el soldado fiel y en extremo confiable, y su actividad se encaminó siempre en una sola dirección. Pero en la novela, además del retrato de Marty, había otros elementos que podían ser mal digeridos por las mentes ortodoxas. Mas lo importante debía ser no las querellas literarias y personales, sino lo que hizo y su comportamiento en el transcurso de la guerra. El conjunto de actividades de Hemingway en la campaña española no puede juzgarse, por ejemplo, con el criterio de Spender en The God That Failed: «Los mejores libros sobre la guerra

—los de Malraux, Hemingway, Koestler y Orwell— describen la tragedia española desde el punto de vista liberal y testimonian contra los comunistas». En la novela de Hemingway se expresan otras posiciones. Robert Jordan, aunque no tiene opiniones políticas bien definidas, se puede considerar como un combatiente definidamente de izquierda —¿alguna diferencia con el mismo Hemingway?— que asume su deber de luchar en defensa de la República, «para lo cual se había puesto bajo el mando comunista mientras durase la guerra. Porque creía que en España los comunistas eran los más disciplinados, los más serios y los más aptos para llevar la guerra. Mientras esta durase aceptaba su disciplina, porque en la dirección de la guerra era el único partido cuyo programa y cuya disciplina podía respetar».

Una anécdota. Edward Barsky, veterano de la Brigada Abraham Lincoln, contó en 1966 que casi al final de la guerra, en medio de penurias y desgracias, cuando muchos en la España republicana mostraban ya su desaliento y pesimismo sobre el destino que se les avecinaba, Ernest Hemingway propuso una interesante solución para ayudar a los miembros de la brigada. Hemingway estaba hablando con Barsky, Matthews, Joseph North y algunos otros en el hotel Majestic, de Barcelona, sobre el alto número de bajas y de pérdidas en prisioneros y la posibilidad de que Cataluña cayera pronto en poder del enemigo. Allí había algunos que, en efecto, estaban apretando el botón del pánico. Fue en el momento que Hemingway dijo: «Miren, ¿por qué diablos vamos a permitir que nuestros muchachos caigan en manos del enemigo? Debemos hacer algo, y yo voy a conseguirme un barco de guerra norteamericano y evacuaremos en él hasta el último de ellos». Barsky subraya que él se sintió algo choqueado con la sugerencia de Hemingway. André Marty —sigue Barsky— participó en la conversación o le llegaron comentarios sobre esta. Así, cuando crecieron las dificultades para obtener permisos de salida para los voluntarios norteamericanos y antes de que otra solución fuera propuesta, Marty respondió con brusquedad «¡Y por Dios, si esto no funciona, vamos a pedirle a Hemingway que consiga ese barco de guerra!»*.

**[3]**

En una carta escrita a mano, fechada el 23 de marzo de 1939 en Key West —poco conocida, aunque publicada en la URSS—, Hemingway le dice a Ivan Kashkin (a quien también le rinde homenaje en Por quién doblan las campanas; Kashkin es el nombre de uno de los amigos de Robert Jordan):

Sabemos que la guerra es un mal. Sin embargo, a veces, es imprescindible pelear. De todas formas, la guerra es un mal, y el que lo niegue, un mentiroso. Pero es muy complicado y difícil escribir verazmente sobre ella… Ahora comprendo mejor todo esto. Una vez que la guerra ha comenzado, lo único importante es vencer, y eso es lo que no logramos. Por ahora que se vaya al diablo la guerra. Quiero escribir.

La página sobre nuestros muertos en España, que usted ha traducido [una versión de la crónica «On the American Dead in Spain»], me ha costado mucho escribirla, porque había que encontrar algo que se pudiera decir honradamente de los muertos. De los muertos se puede decir muy poco a excepción de que están muertos. Desearía saber escribir con pleno conocimiento de causa sobre los desertores y los héroes, sobre los cobardes y los valientes, sobre los traidores y los que son incapaces de traicionar...

Todo esto ha pasado ya, pero la gente que no ha movido un dedo en la defensa de la España republicana siente una necesidad especial de atacar a los que hacíamos algo, para ponernos en ridículo y justificar su amor propio y cobardía. Refiriéndose a los que luchamos sin regatear nada y perdimos, dicen ahora que fue una idiotez combatir.

[…]

Era muy divertido: los españoles, no sabiendo quiénes éramos, nos tomaban siempre por rusos. En el asalto a Teruel estuve el día entero con las fuerzas

atacantes y entré en la ciudad por la noche con una compañía de zapadores. Cuando los turolenses salían a preguntar qué debían hacer, les contestaba que se quedaran en casa y que aquella noche no salieran a la calle, les explicaba que los rojos éramos unos buenos muchachos, y eso era muy divertido. Todos pensaban que yo era ruso, y cuando decía que era norteamericano no lo creían. Durante la retirada sucedía lo mismo. Los catalanes no perdían ocasión para alejarse metódicamente del frente, pero estaban contentos cuando nosotros, «los rusos», nos abríamos paso entre ellos, para ir en dirección equivocada, o sea, hacia el frente…

Destinatario soviético de una carta de Hemingway, Konstantin Simonov es el autor de novelas tan importantes sobre la Segunda Guerra Mundial como Días y noches y Nadie es soldado al nacer. En su presentación de la carta a los lectores (publicada en Literatura soviética e incluida por Carlos Baker en Ernest Hemingway: Selected Letters, 1917-1961), Simonov dice que recibió la carta en el transcurso de un viaje por Estados Unidos. «Fue... en la primavera y el verano de 1946... Ilya Ehrenburg y yo fuimos invitados por Hemingway a visitarlo en Cuba... Con gran pesar por nuestra parte, no pudimos ir. Al enterarse de ello, Hemingway me escribió una extensa carta a New York» .

Está fechada el 20 de junio de 1946, en Finca Vigía, San Francisco de Paula, Cuba.

Querido Simonov:

Su libro llegó a mis manos ayer por la tarde... Hubiera debido leerlo inmediatamente después de haber sido traducido [debe referirse a la primera edición en inglés de Dni i nochi —Days and Nights— publicada en 1945 por Simon and Schuster, de Nueva York, y traducida del ruso por Joseph Barnes], pero acababa de volver del frente y no estaba en condiciones de leer libros sobre la guerra... Estoy seguro de que usted comprenderá lo que quiero decir. Después de la Primera Guerra, en la que tomé parte, no pude escribir sobre ella durante

casi nueve años. Después de la guerra de España tenía el deber de escribir enseguida, porque sabía que la guerra siguiente se avecinaba con rapidez y quedaba poco tiempo...

Durante toda la conflagración [Segunda Guerra Mundial] abrigué la esperanza de combatir junto con las tropas de la Unión Soviética y de ver lo bien que ustedes peleaban, pero pensaba que no tenía derecho a ser corresponsal de guerra en sus filas, primero, porque no hablo ruso... Recuerdo que [más tarde] cuando entramos en París, adelantándonos al ejército, que más tarde ocupó la ciudad, André Malraux fue a verme y me preguntó cuántos hombres había tenido bajo mi mando. Al contestarle que no habían pasado de doscientos y que habitualmente eran de catorce a sesenta, se tranquilizó y se puso muy contento, porque él, como me dijo, había tenido bajo su mando a dos mil. No tocamos el problema del prestigio literario...

Es muy lamentable que no haya podido venir aquí [a visitarlo a la finca]. Comprendo muy bien las cosas de que usted me habla. Igual que usted comprende muy bien, como dice, las cosas de que hablo yo. El mundo es ya lo suficiente viejo para que los escritores empiecen a comprenderse mutuamente. Hay mucha podredumbre en todas partes, pero, hablando en general, el pueblo es en todos sitios bueno, comprensivo y bienintencionado y, naturalmente, todos se comprenderían perfectamente unos a otros, si existiera un verdadero entendimiento mutuo en vez de las reiteradas maquinaciones de Churchill, que hace ahora lo mismo que hizo en 1918-1919 para conservar todo lo que ahora solo puede ser conservado mediante la guerra. Perdone que haya hablado de política. Sé que corre el rumor de que en este terreno solo soy capaz de decir tonterías. Pero sé que nada impedirá la amistad de nuestros países...

Hay en la Unión Soviética un joven (ahora debe ser ya viejo) que se llama Kashkin. Dicen que tiene el pelo rojizo, ahora lo tendrá ya gris. Es el mejor crítico y traductor de los que se han ocupado de mí. Si lo ve, haga el favor de transmitirle mis mejores deseos. ¿Ha sido publicada en Rusia la novela Por quién doblan las campanas? [Hemingway seguramente se refiere a una tirada

masiva, dirigida al público en general, puesto que, como se explica más adelante, en la URSS se imprimió una edición limitada de esta obra con destino al Ejército Rojo]. He leído un artículo de Ehrenburg sobre ella, pero no sé si la han publicado. Se podría editar con algunos pequeños cambios o suprimiendo ciertos nombres. Desearía que la leyera. No trata de la guerra que hemos sufrido en los últimos años. Pero no está mal como relato de una pequeña guerra de guerrillas; hay un pasaje en el que se cuenta cómo matábamos a los fascistas que seguramente le gustaría...

Ilya Ehrenburg conoció a Hemingway —«alto, taciturno y bebiendo whisky»— en mayo de 1937 en el célebre Gaylord’s. Departieron en un buen tono y el norteamericano tuvo momentos de inspirada sinceridad con el soviético. «No entiendo mucho de política, ni siquiera me gusta —dice Ehrenburg que decía Hemingway—. Pero sé lo que es el fascismo. La gente aquí lucha por una causa justa». Un trago, para ampliar el concepto: «Leí en alguna parte que mis héroes eran neuróticos. Pero olvidan que la vida en este mundo es sucia. Y, generalmente, llaman a un hombre neurótico cuando las cosas son difíciles. El toro es un tipo neurótico en el ruedo, aunque sea un tipo sano en la pradera; de eso es de lo que se trata».

Ehrenburg consideró como instructiva la experiencia de su contacto en Madrid con Hemingway. El soviético, un escritor ácido y descarnado habitualmente, redacta este párrafo en unas memorias publicadas casi treinta años después de concluida la Guerra Civil española:

Y ahora yo, recapitulando sobre mi propia vida, veo que dos escritores a quienes tuve la suerte de conocer no solo me ayudaron a liberarme de la sentimentalidad, de los largos discursos y de las perspectivas estrechas, sino que simplemente me enseñaron a respirar, a escribir y a aguantar: Babel y Hemingway. A mi edad, un hombre puede confesarlo así*.

Las descripciones de Hemingway suelen ser del mismo corte en la producción de

los escritores soviéticos. Es un amigo que no solo atesoran, sino que idealizan. En sus manos, Hemingway deviene una especie de héroe de sus novelas. De una manera muy extraña, el tipo de las juergas en Key West y La Habana, el ricachón a bordo de su yate, el cazador y mujeriego se ajusta al arquetipo del realismo socialista. Cuando no, los abate la angustia de que no fueron suficientemente amigos. Es el caso de Roman Karmen, el cineasta. Estas son sus descripciones del escritor en la guerra:

Durante estos días, en las primeras líneas de la lucha por la carretera de Valencia, he encontrado varias veces a un hombre que anda torpemente por las trincheras. Logra llegar a la posición más avanzada, se sienta junto a los combatientes de las brigadas internacionales y conversa con ellos. Es el conocido escritor norteamericano Ernest Hemingway. Colabora con el camarógrafo Joris Ivens en el rodaje de un filme sobre la lucha del pueblo español…

Hemingway vestía un impermeable liviano de color claro, embarrado por la arcilla de la trinchera, un suéter y una chaqueta suelta, zapatones con gruesas suelas; en la cabeza, la boina negra de los vascos, anteojos con monturas metálicas redondas. Puse en las manos de Aliosha Eisner, el asistente de Lucasz, una Leica y él nos fotografió, con Ivens.

Hemingway vivía en el hotel Florida. Anteriormente nos alojábamos allí también Koltzov y yo... Pasé algunas noches con Hemingway. Por lo común su habitación estaba repleta de gente; la mayoría vestía el uniforme de las brigadas internacionales... Siempre había junto a la puerta dos o tres fusiles apoyados en la pared. El anfitrión recibía a los que entraban con un hello, indicaba con un gesto la mesa en la que había botellas, latas abiertas de conservas, naranjas arrancadas con ramas y hojas. Se oía hablar en inglés, en español, alguien charlaba en francés o en alemán. La ventana estaba cubierta por un cortinado y la habitación inundada por la niebla gris-azulada del humo de tabaco. Recuerdo que una de esas noches vi reclinada sobre la cama a una mujer joven y muy bella, que vestía uniforme militar; sobre la almohada se esparcía la mata dorada de sus vaporosos cabellos. Sus botas estaban embarradas. Hablaba en alemán,

salpicando su conversación con palabras españolas. Bebía whisky puro. Alguien dijo que era una alemana, médica de una de las brigadas internacionales. El dueño de la casa se sentó junto a ella y estuvieron conversando largo rato.

Karmen se lamenta de no haber registrado en una libreta de notas las palabras de Hemingway, una broma suya, una réplica airada. «¿Por qué no recuerdo quiénes eran sus invitados? ¿Por qué no tuve entonces la sensación de que los contactos con este hombre, con este sencillo interlocutor, con el cordial anfitrión en la habitación del Florida serían recuerdos de incalculable valor?».

La carta siguiente es una de las últimas recibidas por Hemingway en Finca Vigía. Roman Karmen la escribió veinte años después de terminada la guerra española.

Moscú, 10 de julio de 1959

Querido Hemingway:

He esperado mucho para escribirte. La última vez que tuve noticias tuyas fue durante la guerra. Qué feliz me sentí al recibir tu carta entonces. Me la remitieron al frente y releí tus calurosas líneas con emoción profunda. Una carta de Hemingway desde la distante Cuba. Era casi un milagro.

Desconozco si recibiste mi respuesta. Más tarde supe de ti, tu desembarco en Normandía, del accidente y que habías resultado herido. En una foto de Life te vi por primera vez con barba. Creo que la foto era de Capa, nuestro amigo mutuo en España.

Los recuerdos de nuestros encuentros en España me son muy queridos. ¿Recuerdas el Jarma [Jarama]? Tú y yo nos retratamos con Joris Ivens en la comandancia de la XII Brigada de Lukacs. Te la envío, quizás no tengas una copia. Sí, muchos años tristes y duros han pasado sobre nuestras cabezas grises, pero España, la querida España y los queridos españoles han quedado como un recuerdo brillante y cálido en mi mente.

Recuerdo nuestro último encuentro. Tu habitación del hotel (creo que te habías mudado del Florida al Gran Vía) casi oculta tras nubes de tabaco. Un montón de hombres llevando el uniforme de la Brigada Internacional, las botas manchadas de barro amarillo. Alguien acostado en la cama. Botellas, un montón de botellas en la mesa. Las noches de Madrid eran tristes y oscuras en esos años. Hablábamos español e inglés y nos entendíamos perfectamente. Recuerdo que te prometí ir juntos a pescar truchas en Armenia y salmón en la península de Kola. Me prometiste venir a la URSS.

Después de dejar España en el otoño del 37 he dado muchísimas vueltas con mi cámara. Pasé dos duros inviernos en el Ártico. Los años 38-39 los pasé en China, a través de las montañas para llegar al 8vo. Ejército y a la cueva de Mao Tse-tung en las montañas de Shenshi [Shansi] del Norte. Cuatro años en los caminos de la guerra contra Hitler, desde el primer día hasta la toma de Berlín. Luego, diez meses filmando el juicio de Nuremberg. El filme se llamó La corte de los pueblos. No fue una película del juicio, sino de los crímenes del fascismo. En las selvas de Vietnam filmé la lucha del pueblo vietnamita por su libertad. Esa fue la cuarta (espero y creo que la última) guerra en mi vida. He realizado muchas películas sobre mi país, del pueblo soviético y de su trabajo, y filmes sobre la India y Birmania. He tenido dos hijos y he cultivado un viñedo. En pocas palabras, ese es mi reporte de mi vida en los últimos veinte años. Me gustaría mostrarte mi último filme. Es un poema cinematográfico sobre el valor de los obreros de los pozos petrolíferos en el mar que rodea una isla de acero en el Caspio.

El filme, Los conquistadores del mar, salió hace poco y ha recibido comentarios elogiosos.

Tu 60 cumpleaños fue celebrado con gran entusiasmo y calor en nuestro país. Te deseo muy buenas cosas, de todo corazón. Te envío algunos recortes que de otra forma no te llegarían. Quisiera hacerte sentir el amor grande y sincero que millones de lectores de mi país sienten por Ernest Hemingway. Tu maravilloso El viejo y el mar ha sido leído por incontables personas, jóvenes y viejos, estudiantes, obreros, trabajadores de granjas colectivas, que aman y admiran al autor de Fiesta, Farewell y La quinta [columna]. Probablemente no sepas cómo la gente ama a Ernest Hemingway en la URSS. Pero ¿por qué, dime, por qué no has visitado nuestro país? Después de todo Carl Sandburg vino con Nixon, a pesar de su avanzada edad. Corría el rumor de que tú también vendrías con Nixon y yo esperaba con ansia el placer de verte de nuevo.

¿Has hecho de Cuba tu hogar para siempre? Comprendo por qué lo haces, al igual que comprendo tu amor por los cubanos. En reportajes sobre Cuba, en nuestras publicaciones, no puedo separar mis ojos de las fotos de los cubanos. ¡Qué pueblo noble! Sus ojos tristes brillan con honestidad, una pureza y un coraje casi fanáticos. Al parecer has aprendido a amarlos de corazón. ¿Igual que a los españoles? A veces siento que debo salir hacia Cuba y hacer un filme sobre ese país y sus gentes. Las imágenes de la gente con sus delicadas caras ovaladas, con largo cabello que cae sobre los hombros, imágenes de valor y sinceridad que no me dejan en paz. A veces creo que debo poner una energía nuclear, titánica, en la realización de este filme.

Quiero que esta carta te llegue. Quiero recibir tu respuesta desde allá. Quiero creer que nos volveremos a encontrar muy pronto. Mi esposa Nina y mis hijos Roman y Alexandr te envían calurosos saludos.

Te abrazo con fervor, querido Hemingway.

Sinceramente tuyo,

Roman Karmen

Es evidente que Karmen intentaba restablecer los contactos con el amigo de la guerra española, aunque ya sabemos que Hemingway no iba a responder a las señales. El Hemingway que recibió esta carta era un hombre de sesenta años, que comenzaba a manifestarse de una manera desacostumbrada y peligrosa. Depresiones, pérdida de la memoria y delirio de persecución, lo fueron gastando con rapidez creciente. Su correspondencia se fue amontonando sobre la cama y las excursiones a bordo del Pilar se espaciaron cada vez más.

Karmen cumplió sus deseos de viajar a Cuba, la primera vez a finales de 1960. Filmó casi 11 000 metros de película, pero no pudo localizar a su amigo de Finca Vigía. Hemingway acababa de iniciar su último viaje a España, donde proyectaba buscar datos nuevos para su reportaje sobre las corridas de toros: viaje infructuoso y nostálgico en que se paseó con una triste sonrisa por los escenarios de su juventud.

Cuando Karmen realizó su segundo viaje a Cuba, en 1962, Hemingway había muerto. Algunos cubanos lo vieron en su trabajo en plena crisis de octubre. Vestía un uniforme verde olivo del ejército revolucionario cubano y andaba escoltado por dos ayudantes, también soviéticos y uniformados, que cargaban las cámaras y los equipos de sonido; se dirigía hacia una rampa de la base aérea de San Antonio de los Baños, construida por los norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial, y que en ese momento se había convertido en uno de sus principales objetivos a bombardear. Tenía el cabello blanco, la piel era rojiza y se movía entre los combatientes con facilidad extrema. No visitó Finca Vigía.

Karmen relata en No pasarán lo que a él le pareció «una de las asombrosas casualidades que le ocurrió a la gente en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial».

… algo que hasta hoy me parece inverosímil. Fue a comienzos del año cuarenta y tres. Al viajar de un frente a otro me tocó estar dos días en Moscú. Me alojaba en los Estudios y fui solo por algunos minutos a mi apartamento de Polianka, solitario y frío, porque necesitaba retirar algunas de mis cosas. No había hecho más que cruzar el umbral cuando sonó el teléfono. Levanté el auricular. Llamaban de la Sociedad Soviética de Relaciones Culturales con el Extranjero. «Ha llegado una carta para usted. A juzgar por el sobre y los timbres es una carta de Cuba. ¿Cómo hacemos para entregársela?». Sin atinar a comprender qué clase de carta podía ser esa, dije que pasaría a buscarla.

Me quedé estupefacto cuando vi la firma de Hemingway. La carta había andado mucho, por misteriosos caminos, y quién sabe si hubiese llegado a mis manos si no se hubiera dado la extraña coincidencia de que yo estuviese precisamente cerca del teléfono...

Era una carta de una paginita. La llevé durante mucho tiempo en el bolsillo superior de la guerrera, la releí una y otra vez. Mucho es lo que se perdió en tiempos de guerra, pero cuál no sería mi amargura cuando descubrí, dos años después, que había perdido esta carta del amigo lejano, que me era tan cara. Me había escrito aproximadamente lo siguiente, lo recuerdo casi palabra por palabra:

*Querido Karmen: No me imagino dónde ni cuándo le llegará esta carta. Conociéndolo, estoy convencido de que está usted en el fragor de los combates, en medio de las batallas que su pueblo está librando contra el fascismo. Yo, en cambio, escribo desde la lejana Cuba, que está al margen de esas lides. Pero no piense que me refugio en la calma. Imagínese que, estando aquí, en Cuba, yo también peleo contra los fascistas. En este momento no tengo derecho a contarle cómo se expresa esa lucha mía. Llegará la hora en que le hablaré de esto,*

*porque estoy seguro de que nos encontraremos. Quizás nos encontremos en los campos de batalla en Europa, cuando se abra el Segundo Frente. ¡Un cordial saludo! ¡Salud! Suyo,*

*Hemingway.*

Posteriormente llegamos a conocer la heroica lucha de Hemingway contra los submarinos nazis que navegaban junto a las costas septentrionales de Cuba, atacando a los transportes de los aliados. Se refería precisamente a esto en las líneas de su carta.

Así es como se separaron nuestros caminos. Cuando viajé a Cuba resultó que no hacía mucho que Hemingway había partido para España. Antes de eso Anastas Mikoyan, que visitó a Hemingway en su villa cercana a La Habana, contaba que el dueño de la casa, al mostrarle su biblioteca, tomó de la estantería mi libro Un año en China con dedicatoria del autor. Yo le había enviado ese libro poco antes de la guerra…



9 de febrero de 1960. Anastas Mikoyan, el vicepresidente soviético de visita oficial en Cuba, es recibido por Ernest en Finca Vigía. La UPI reportó al otro día que hubo intercambio de brindis con vodka y una cordial conversación que abarcó desde los sputniks hasta el último safari del escritor. Pero —y esta información fue eludida por todo el mundo— ninguno de los dos tuvo la delicadeza de invitar a Fidel Castro, que era el primer ministro del Gobierno Revolucionario. Fidel está que se lo lleva el diablo cuando se entera del ágape y de que lo han excluido. Está rumiando el desaire durante varios días. No sabe cómo desquitarse, ni con cuál de los dos.

---

* Véase: Alexis Eisner, La 12.a Brigada Internacional, Prometeo, Valencia, 1972 (edición rusa: Dvenadsataia internatsionalnaia, Moscú, 1968).

* Véase: Arthur H. Landis, The Abraham Lincoln Brigade, The Citadel Press, Nueva York, 1968.

* Ilya Ehrenburg, Gente, años, vida: Primer libro de memorias, Joaquín Mortiz, México, 1962.

## 15

## Nadie es una isla

Hemingway había escrito su novela sobre España y había ejercido su libertad artística, y entonces en algunos sectores —en especial los dirigentes del Partido Comunista español— se sintieron agraviados por el libro. Comenzó un vendaval de críticas, que Hemingway, a su vez, recibió con desagrado, aunque procuró no expresarlo fuera de los límites de su círculo íntimo. En este sentido, estaba demostrando una disciplina partidaria mayor que la del mismo partido.

El diferendo se escenificó en esta parte del mundo como consecuencia lógica del desplazamiento fuera de España de los vencidos, entre los que se encontraban tanto Hemingway como sus detractores.

Sam Putnam, en el periódico del Partido Comunista americano, criticó acerbamente la novela, casi tildándola de fascista. A Hemingway le molestaba que el artículo hubiera sido publicado en este periódico, ya que Putnam, años atrás, había criticado Adiós a las armas, pero desde posiciones de la extrema derecha. Según Hemingway, en aquella época Putnam había sido un simpatizante del fascismo y lo había acusado de haber escrito una novela esa vez socialista.

Otro artículo, escrito por el argentino García Tuñón, cuyo título era «El traidor Hemingway», fue reproducido por el periódico comunista cubano Noticias de Hoy, en un suplemento dominical dirigido por un republicano español llamado Ángel Custodio, «un comediógrafo» según propia descripción. Tras recibir una

respuesta evasiva de Ángel Custodio sobre el porqué de este ataque, el infatigable amigo de Hemingway, José Luis Herrera Sotolongo, fue a ver a Juan Marinello, entonces presidente del Partido Comunista cubano, «para aclarar la situación». Herrera Sotolongo destacó «la actitud positiva» que Hemingway había tenido en relación con los comunistas y se extendió con Marinello sobre la considerable ayuda económica que el escritor les había brindado. Para apoyar sus argumentos, mostró una convincente documentación. Al menos una documentación suficiente y adecuada ante los ojos de Marinello. Convencido, el jefe comunista determinó: «Bueno, esta campaña debe terminar, pero nos reservamos el derecho a criticar la película». Cuando Herrera Sotolongo se lo contó a Hemingway, este dijo textualmente: «Dile a Juan que si quiere yo le hago esa crítica, que la puedo hacer más destructiva que cualquiera».

La novela —publicada en la Unión Soviética, una edición limitada para el Ejército Rojo; un volumen en rústica, parecido a lo que después se conocería como «bolsilibro»— se destinó principalmente para el poderoso movimiento guerrillero que actuaba en la retaguardia alemana. Desde Washington, el embajador soviético en Estados Unidos, Maxim Litvinov, envió a Hemingway dos ejemplares del libro y tres o cuatro ejemplares de Pravda, donde, en primera plana, aparecía un elogioso artículo de Ilya Ehrenburg. Los combatientes soviéticos se sentían «alentados» con el ejemplo de Robert Jordan, aseguraba Ehrenburg en un conocido tono de exaltación, el merecido para los paradigmas útiles a la causa. En una carta de presentación, Litvinov le advertía a Hemingway que el importe de sus derechos de autor se encontraba depositado en rublos en la Unión Soviética. Y estos fueron los documentos mostrados por Herrera Sotolongo a Marinello. Los documentos insoslayables. Dos libritos en rústica, unos ejemplares de cuatro caras del Pravda y una carta con el timbre de la legación soviética en Washington. ¿Suficiente, camarada Juan? Suficiente.

El peso mayor de las críticas fue de índole política —también hubo críticas literarias, desde luego— y provino de la izquierda o de excombatientes de España. El desacuerdo con Milton Wolf, último comandante de la Brigada Abraham Lincoln, el corajudo internacionalista que había cruzado a nado el Ebro con los restos de su batallón y, después de reorganizado, lo había conducido de vuelta contra el enemigo, resultaba particularmente sensible para Hemingway.

Wolf —sin duda exagerando— se sintió «ultrajado» por el contenido de la novela. Se lo expresó a Hemingway en una carta de fines de 1940, en la que le endilgaba el calificativo de rooter, término que se aplica a los que vitorean a los jugadores, es decir, uno que se limita a gritar y aplaudir, pero no participa activamente —«hinchas» les llamaríamos hoy—. Inaceptable en el olimpo de los duros. Así que la respuesta desde Finca Vigía no se hizo esperar: «Es imposible seguir siendo tu amigo después de haber leído tu carta». Se arrepintió semanas más tarde y al cabo de siete meses le prestó 425 dólares a Wolf, para que adquiriera una granja avícola. Pero en el momento culminante de la bronca, además de romper las relaciones, le había escrito: «OK. ¿No se te ocurre que había alrededor de 595 000 soldados en el ejército español, junto a la XV Brigada, y que la acción de mi libro, en su totalidad, tuvo lugar y terminó antes de que tú personalmente hubieras estado en la línea de fuego?». Se niega «a dejar la cuestión ahí» y quiere saber, «dadas la experiencia y habilidades que yo puedo tener, ¿qué les hubiera gustado que yo hiciera para ayudar a la causa de la República española que no hice?».

Es previsible que desfallezca la atención sobre un libro publicado en 1940. Pero las polémicas desatadas fueron excesivas de todas maneras, sobre todo si se toma en cuenta que Por quién doblan las campanas no se aparta de los cánones habituales de la ficción hemingwayana, y que es el relato de uno de sus personajes típicos —un alter ego— en una de sus situaciones típicas (en otras novelas suyas estos elementos causaron simpatía y aprobación). Fue el contexto histórico de la Guerra Civil española, y el geográfico, lo que inflamó la discusión. También el hecho de que en esa guerra participaran tantos intelectuales de diferentes países. Ustedes no esperen nunca armonía con esa olla de grillos.

Ahora los políticos. Una opinión representativa de los comunistas españoles de la época es la de Enrique Líster, general de división del ejército republicano. Hemingway ironizó todo lo que pudo sobre él en Por quién doblan las campanas: «En el Gaylords se encontraba uno también con el albañil Enrique Líster, de Galicia, que mandaba una división y hablaba ruso… Modesto era mucho más inteligente que Líster… Los gallegos son muy inteligentes o muy torpes y brutos. He conocido de las dos clases; Líster es de Galicia, de la misma ciudad

que Franco».

A su vez, el gallego Líster opinaba sobre Hemingway:

Cuando varios años después del fin de nuestra guerra leí su libro Por quién doblan las campanas, me indigné, pero no me extrañé demasiado. Yo no tengo la menor duda sobre la identificación de Hemingway con nuestra causa durante su vida y hasta su muerte. ¿Cómo explicar, entonces, que haya escrito ese libro que es una burda caricatura de nuestra guerra y de la lucha heroica de nuestro pueblo español y de los Voluntarios de la Libertad? Yo creo que escribió eso porque en ese momento no fue capaz de escribir otra cosa. La lucha del pueblo español era demasiado grande para que Hemingway —a pesar de su talento— pudiese comprenderla en toda su profundidad. Hemingway, como muchos otros, se dejó llevar muchas veces por lo exterior, lo anecdótico, lo superficial de nuestra lucha, sin entrar verdaderamente en su entraña...

Cuando leí su libro y vi algunas cosas que sobre mí dice, no me extrañó en absoluto; era su pequeña revancha, pues yo sabía, y así me lo había dicho más de una vez, que no me perdonaba el que no le hubiera permitido ver todo lo que quería… porque si bien el libro, en su conjunto, es un insulto a la lucha del pueblo español… al mismo tiempo es una traición a las opiniones que el propio Hemingway tenía sobre esa lucha, que expresó no solo durante la guerra, sino después de esta en muchos de sus trabajos y por diversos medios, entre ellos una excelente película que hizo con el cineasta Joris Ivens en 1937. Por ello, a pesar de ese libro, siempre he guardado por Hemingway el afecto que nació en la guerra de España y sé que, hasta su muerte, él me conservó el suyo.

La reacción del Partido Comunista español llegó a ser tan severa sobre el dichoso libro que solicitó al Kremlin que no se publicase en la Unión Soviética. Sin embargo, el libro no era anticomunista ni antisoviético en absoluto; y sus «posibles defectos» no impidieron que se imprimiera y que Robert Jordan, al decir de Ilya Ehrenburg, se convirtiera en motivo de inspiración para los

partisanos soviéticos. Una criatura de la invención de Hemingway en su habitación de Finca Vigía contribuyendo a emboscar nazis y ametrallarlos.

Viene de nuevo Herrera Sotolongo al rescate de su amigo:

Yo he visto escritores famosos tomar muchas notas para un libro y luego salir una obra que es una calamidad. Yo conocí a un escritor alemán, Gustav Regler, que estuvo peleando en la guerra de España, peleando activamente como comisario político; todas las noches llenaba varias cuartillas en letra chiquita de los sucesos del día, llevaba un diario que, posiblemente, no hubiese otro diario de guerra como ese. Sin embargo, cuando publicó el libro sobre la guerra de España (La gran cruzada) fue un verdadero desastre... Sin valor literario alguno, y eso que Ernesto le había hecho el prólogo para facilitar las cosas, porque eran muy amigos. Ernesto siempre tuvo una actitud sincera y de ayuda a la República española. Aunque ha habido muchas controversias acerca de esto, yo puedo asegurar que ha sido muy entusiasta y un convencido de la razón del pueblo español… Pero se ha tratado de detractar un poco su persona por las cosas que escribió en el libro Por quién doblan las campanas. Yo estoy seguro de esto: los que han tratado de atacar el libro no han sabido interpretarlo. Es un libro muy fácil y muy difícil. Yo he discutido con él, hemos hablado del libro, profundamente a veces, Ernesto y yo, y llegamos a la conclusión de que efectivamente el libro no ha sido entendido por todos los que lo han leído. Unos le dan una interpretación de una cosa aventurera, otros lo consideran un libro de una acción de guerra y otros lo consideran como un ataque contra distintos aspectos de la política española. Ninguno tiene razón. El libro tiene un sentido auténtico, y es el impacto profundo que hace la guerra de España en Ernesto. Él lo asume quizás un poco como novelista, rozando el reportaje en algunos momentos, pero vuelca de verdad el sentimiento íntimo que tiene con respecto al pueblo español.

Pero tampoco Herrera Sotolongo se ilusiona en exceso respecto a la extensión y profundidad del compromiso de Hemingway y dice que este se puede resumir en la expresión inglesa fellow traveller, y recalca, en español: «Él era un

“compañero de viaje”».

Los jefes, líderes e intelectuales de la Brigada Lincoln —Wolf, Bessie (autor de un libro extraordinario sobre la guerra española: Men in Battle), Keller, Goff— mantuvieron el ataque sobre Hemingway, desde las páginas de New Masses y Daily Worker, durante largo tiempo. La organización VALB (Veteranos de la Brigada Abraham Lincoln) se pronunció también contra el escritor, sin considerar que el novelista tenía un «buen récord» de apoyo a la causa española. La resolución de condena de VALB fue unánime. Pero un grupo de veteranos visitó a Hemingway en Nueva York para expresarle su apoyo. Hemingway se vio excluido por la misma razón de una antología, The Heart of Spain, patrocinada por VALB.

Si bien la publicación de Por quién doblan las campanas provocó el rompimiento de Hemingway con sus antiguos camaradas de la Lincoln, quedaba algo por salvar aún. Suele ocurrir en las batallas que al inicio se proyectan como esfuerzos colectivos. Quedaba la integridad individual. El romanticismo de la campaña española se resentía. Llegó a su punto más bajo casi una década después, cuando el macartismo apretó las tuercas. Entonces la antigua camaradería de guerra se convirtió en un asunto de chivatos y de viejos combatientes que se quebraban en serie. Muchos de ellos habían asumido posiciones ideológicas más avanzadas que Hemingway durante y después de la guerra, pero ante el terror gubernamental él jamás se unió al coro de los detractores ni de los que identificaban a los antiguos hermanos de lucha. Como se ha dicho, fue fiel a España hasta su muerte. Pero algo que no era solo un país, sino lo que significó. Tú no puedes escribir «Sobre los americanos muertos en España» y evocar los muertos que duermen bajo el frío esta noche allí, y la niebla que sopla entre los olivos colándose entre las raíces de los árboles, y la nieve que se amontona sobre los montículos con pequeñas lápidas de madera (cuando hubo tiempo de poner lápidas) y los olivos que se desnudan con el viento frío porque sus ramas inferiores se arrancaron para cubrir tanques, no puedes escribir de los muertos que duermen bajo el frío en las pequeñas colinas sobre el río Jarama y del frío que hacía aquel febrero en que murieron, y de los años que han pasado desde que el batallón Lincoln defendió durante cuatro meses y medio los altos de Jarama, y mañana convertirte en un confidente.

Un último testimonio del período. Finca Vigía y sus feudos de silencio.

En el llamado Cuarto Veneciano, generalmente reservado para los invitados, se encuentra un ejemplar de un documento titulado y acreditado de la manera siguiente:

Subversive Activities Control Board

Docket No. 108-53

Herbert Bronwell, Jr.

Attorney General of the United States

Petitioner V.

Veterans of the Abraham Lincoln Brigade

Re[s]pondent

Issued May 18, 1955*.

Entre las páginas 167 y 168, marcadas por Hemingway con creyón rojo, se asienta que Alvah Bessie publicó en 1939 un artículo en New Masses, la revista del Partido Comunista americano, en el que atacaba a Hemingway por su caracterización de André Marty en Por quién doblan las campanas.

Es el último vestigio de la batalla. El de fecha más alejada de la caída de la República y que se hallaba entre las posesiones de Hemingway en Cuba.

Fidel Castro tiene sus opiniones sobre la literatura del huésped de Finca Vigía, y en particular sobre Por quién doblan las campanas. El príncipe de la guerrilla —como ha sido llamado— merece su lugar en esta galería. Casi treinta años después de bajar de la Sierra Maestra, donde encabezó una guerra de irregulares que derrotó a un ejército profesional, Fidel sostuvo en La Habana este diálogo con dos compatriotas de Hemingway, Kirby Jones y Frank Mankiewicz*.

J&M: ¿Lee usted mucho?

Castro: Todo lo que puedo.

J&M: tipo de libros que lee usted?

Castro: Literatura política y referente al partido, así como económica e histórica, para la que, desgraciadamente, no dispongo de todo el tiempo que desearía. A veces leo novelas clásicas también…

**J&M: ¿Qué autores?**

Castro: He de decir… que prácticamente todos los autores clásicos. En realidad, gran cantidad de obras. Sobre temas económicos, energía, crisis monetaria y desarrollo en general. Ahora se publican muchos libros y siempre hay más de los que podemos leer. Recientemente, el Presidente de México y una editorial mexicana nos regalaron una biblioteca completa, y desearía tener tiempo suficiente para leer todos los libros interesantes que comprende esa colección. De los autores norteamericanos, Hemingway es uno de mis favoritos. Era muy amigo nuestro.

J&M: ¿Lo conoció usted personalmente?

Castro: Sí, lo conocí después del triunfo de la Revolución cuando adjudicamos el Premio Hemingway en una competencia de pesca. Pero conocía sus obras desde antes de la Revolución. Por ejemplo, leí Por quién doblan las campanas cuando era estudiante. Trataba de un grupo de guerrilleros y me pareció muy interesante, porque Hemingway hablaba de la retaguardia que luchaba contra un ejército convencional. Puedo decirle que esa novela de Hemingway fue una de las obras que me ayudó a elaborar tácticas para luchar contra el ejército de Batista. Hubo otras obras importantes en las que estudiamos la Guerra de Independencia, especialmente la historia de Máximo Gómez... Uno de los temas que siempre me ha gustado ha sido la historia de Cuba durante aquella época: los escritos de los hombres que estaban haciendo la historia entonces. He leído prácticamente todo lo que escribieron los hombres que participaron en la lucha por la independencia: Máximo Gómez, Antonio Maceo y otros patriotas. Todos ellos planteaban una cuestión a la que había que dar una solución: la de cómo realizar una revolución contra un ejército moderno. Hubo escritores modernos que, incluso durante la Comuna de París, sacaron la conclusión de que resultaba imposible luchar contra un ejército moderno... Alguien, creo que Mussolini, dijo que la revolución tenía que hacerse con el ejército o sin él, pero nunca contra él. Nosotros nos encontrábamos en esa situación aquí, en Cuba, luchando contra un ejército relativamente moderno que tenía un control absoluto de las armas. Los métodos

que otros hombres usaron para resolver aquel problema nos ayudaron considerablemente a intuir cómo hacerlo. Esos elementos estaban en el libro de Hemingway Por quién doblan las campanas.

J&M: Muy interesante. ¿Supo él que era usted de esa opinión?

Castro: Nunca lo dijo. Viajó mucho y murió pocos años después de la Revolución. Tenía su casa cerca de La Habana, y hoy la hemos convertido en el Museo Hemingway. Y debe usted saber que es uno de los escritores más admirados del mundo. Lo admiran mucho en la Unión Soviética y los países socialistas. Muchas personas que vienen aquí formando parte de delegaciones, marinos y visitantes, lo primero que desean hacer es visitar la casa de Hemingway. Todo lo que había en su casa se conserva intacto: sus habitaciones, su biblioteca, la mesa en que solía escribir de pie durante varias horas por la mañana. Todo está perfectamente conservado.

J&M: ¿Se conservan manuscritos?

Castro: No sé si se conservan manuscritos, pero sé que se conservan muchos efectos personales suyos.

Una parte considerable de la correspondencia conservada en Finca Vigía pertenece a la experiencia española de Hemingway. En especial, cartas y cables recibidos después de la publicación de Por quién doblan las campanas. Una de las misivas de Joris Ivens está relacionada con un mensaje anterior del cineasta, que en ese momento se encontraba en Nueva York y quería comunicarse con el escritor. En las próximas páginas se comprobará que hay una diferencia sustancial de lenguaje y ánimo entre las cartas que corresponden al período de la Guerra Civil española y las que se recibirán en Finca Vigía en los años cincuenta.

En los viajes de Ivens a Cuba a principios de la Revolución, eludió visitar Finca Vigía. Es fácil comprender que ni él ni Karmen quisieran presentarse en la casa del antiguo amigo en ausencia de este. Aprovecharon el tiempo en algo más productivo que en recorridos sentimentales. Ivens fue el primer instructor con que contó el cuerpo de camarógrafos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Feb 27, New York

[Matasellos de 1940]

Querido Hem,

Qué bueno recibir tu carta. Recibí una propuesta del Instituto Fílmico Educacional de la Universidad de New York (financiado por la Fundación Sloan) para hacerles una película sobre la frontera de los EE.UU. Les pedí completa libertad «artística»; están considerándolo ahora. Propuse lo siguiente: un rollo de 10 minutos. La frontera moviéndose del este al oeste a través de las mejores escenas de las viejas películas de Hollywood; p.e., los paisajes de Covered Wagon, The Stagecoach, etc.; mapas, dibujos animados, un buen tema musical y comentarios. Luego 4 o 5 secuencias, cada una de un rollo, de lo que se considera actualmente como la frontera: 1. el mercado mundial; 2. en la ciencia, la fisión del átomo; 3. el mercado del consumidor. Es un tema complicado. Nadie sabe nada y yo tengo que mantenerme en la frontera económica; para el tratamiento de las fronteras sociales no hay dinero de Sloan. Varios amigos me han recomendado que haga una película de $40 000; está bien para un documental si tengo libertad completa en la dirección y en la edición... Gustav Regler vio a Jay Allen y le dijo lo que me habías escrito. Jay me mostró la carta de Gustav en la que escribe [en francés]: «La visa para Chile ya está conseguida*». Por lo que pienso que Gustav saldrá de Francia en cuanto Charles Sweeney llegue a París. Sweeney, de acuerdo con tu petición, ha hecho mucho

por Gustav, ahora con garantías —pero, Von Hemingstein [uno de los apodos que el propio Hemingway se adjudicaba], ni siquiera en este momento encaja en el grupo de Sweeney, según lo que un alienado [Joris y Hemingway se endilgaban recíprocamente este término en son de burla] puede comprobar.

Quiero jugar contra los tríos en los partidos, o sea, la cancha en la pelota [vasca]. Creo que 198 libras [90 kilos] es un buen peso para un portero [zaguero]. De todas formas, los extraño. Mi grasa aumenta de nuevo, aunque aún no me llega al cerebro.

Creo que se cometen errores al tratar con nuestros buenos amigos (como en el caso de Jay) en relación con el trabajo que realizan por nuestra causa. Por una parte, nos ayudan con sus conexiones personales y sus amistades; por otro lado, los mantenemos demasiado tiempo en nuestro trabajo público, lo que nos hará daño, a ellos y a nosotros, en un futuro cercano. Muchos aquí pensamos como tú: la guerra se aproxima, y cualquiera que diga algo contra Francia o Inglaterra se torna sospechoso y rojo.

Me alegra saber que tu libro [Por quién doblan las campanas] sigue adelante. Me gustaría saber lo que los fascistas nos hicieron, porque lo que nosotros les hicimos a ellos está claro en mi recuerdo. La fila de gente desde el ruedo hasta el río.

¿Cuándo vienes a NY?... No te preocupes mucho por tus problemas. Lo de la estación de gasolina contra el gran pozo de petróleo siempre saldrá bien...

No creo que la Unión Soviética quiera nada de Suecia, mientras Inglaterra no eche a perder las relaciones… Mi trabajo «La electrificación rural» todavía espera. Pat Lorentz, que tiene que escribir los comentarios, ha estado fuera dos semanas. Quiero enseñarte el material cuando vengas a NY.

Si hago la Frontera, es imposible trabajar con Howard Hawks. Pero el trabajo siguiente espero que sea contigo. Ve a ver cómo marcha la guerra. No sabemos mucho más que tú.

Recuerdos de Helen, también de Johnny [Ferno], [Robert] Capa. Nos vemos pronto,

Joris

Gustav Regler fue comisario político de la XII Brigada Internacional. Tuvo una valerosa conducta en España, pero no pudo sobreponerse al trágico desenlace de la guerra. Abandonó el partido y vivió largo tiempo en México, donde escribió La gran cruzada, publicada en 1940 con prólogo de Hemingway, como se ha comentado. Regler había sobrevivido milagrosamente a las graves heridas que recibió durante un ataque de artillería el 16 de junio de 1937, mientras viajaba en un auto con Lukacs durante los preparativos de la ofensiva para la toma de Huesca. En ese mismo ataque pereció Lukacs.

Joris Ivens y Hemingway ayudaron a Regler a salir de España y mantenerse en el exilio. Hacia los años cincuenta Regler pidió a Hemingway que le enviara una pistola a México porque se sentía «desconfiado». Ernest nunca lo hizo. En la carta hay referencias a Jay Allen, a quien Hemingway había conocido en 1931, en Madrid, donde Allen era corresponsal del Chicago Tribune. En el transcurso de la guerra Allen y Hemingway se mantuvieron en contacto.

También se menciona a Charles Sweeney, amigo de Hemingway desde los años veinte en París, y que, según comenta Mary Welsh en una relación de objetos hallada en Finca Vigía, «era uno de los pocos héroes admirados por EH». Una

foto suya con marco de plata se conserva en Finca Vigía. Pero Sweeny no era una buena compañía para el Gustav Regler de aquella época, según se desprende de la carta de Joris Ivens.

Otras líneas se refieren a la pelota vasca, un juego en el que es factible organizar partidos de dos contra tres. El dúo que se enfrenta al trío debe ser sumamente hábil y resistente.

Hay una oración que es una clave secreta entre Ivens y Hemingway. Según el testimonio de Herrera Sotolongo, alude a la acción punitiva liderada por el célebre comandante «Carlos»*. Ivens dice que le gustaría saber «lo que los fascistas nos hicieron, porque lo que nosotros les hicimos a ellos está claro en mi recuerdo. La fila de gente desde el ruedo hasta el río». Esta última frase aparece casi textualmente en uno de los monólogos de Robert Jordan, en Por quién doblan las campanas, cuando acaba de escuchar el relato de Pilar del linchamiento de los fascistas en un pequeño poblado de la montaña. Jordan recuerda: «Siempre he sabido lo que les pasó a los otros... Lo que les hicimos nosotros al comienzo. Siempre lo he sabido y me ha inspirado horror. He oído hablar de ello con vergüenza y sin vergüenza, enorgulleciéndose de ello y haciendo alarde, explicándolo y hasta negándolo...».

El cable enviado por Ivens unos cuatro meses después de la carta revela sus frustraciones en Estados Unidos y cómo pensaba reorientar sus actividades. Por esta fecha, en efecto, Hemingway va a poner punto final a su novela. Uno de los primeros lectores del original es Joris Ivens.

CDA 29 UD NEW YORK 55 17

NLT ERNEST HEMINGWAY

HOTEL AMBOS MUNDOS

ME ENTERE TERMINASTE EXITOSAMENTE TU LIBRO DIME SI VIENES A NEW YORK QUIERO HABLARTE SOBRE POSIBILIDAD DE HACER JUNTOS UN FILME EN SUDAMERICA DEJAME CONOCER TUS PLANES MR SLOAN DETUVO MI FILME SOBRE NUEVAS FRONTERAS ASI QUE ESTOY LIBRE ESPERO SABER PRONTO DE TI RECUERDOS TAMBIEN A MARTY [MARTHA GELLHORN]

JORIS 46 WASHINGTON SQUARE

Otros documentos sobre la publicación de Por quién doblan las campanas conservados en Finca Vigía. Pauline Pfeiffer, la segunda mujer de Hemingway, pese a que en ese momento está concluyendo los trámites para divorciarse de él, le envía desde San Francisco, California, el día 17 de septiembre de 1940, a las 7:43 de la tarde, un cablegrama alentador y entusiasta. Lo remite a «Ernest Hemingway. Sun Valley Lodge, Sun Valley, Ida.». Al referirse al libro le dice que está tan cuidadosamente hecho, es tan sano, tan inteligente, tan limpio y tan conmovedor que le parece imposible que pudiera escribirse mejor. «Toda mi admiración y aprecio por el esfuerzo sobrehumano que implica. Salud, Maestro».

Pauline debe haber leído una edición de pruebas porque la venta pública del libro comenzó el 21 de octubre de 1940. Las últimas dos palabras del cablegrama —«Salud, Maestro»—, están en español en el original.

Maxwell Perkins, el editor de la Casa Scribner’s, en una carta fechada el 20 de septiembre de 1940, le dice a Hemingway que considera como algo milagroso

que pudiera escribir ese libro en quince meses: «Se ha hecho todo lo que se podía hacer y se ha hecho magníficamente». Perkins le asegura que, aunque hubiera invertido cinco años en el libro, nadie hubiese pensado que era demasiado, porque, de todas maneras, «no existe otro ser humano que pudiera haberlo escrito. Casi no hay necesidad de repetirlo». Pero parece que Hemingway estimaba lo contrario y Perkins insiste en echar a un lado la preocupación del escritor por el tiempo empleado. Trata, finalmente, de interesarlo en otros libros: «Ahora te estoy buscando libros, ya que al fin estás desahogado», añade al final de la misiva. «Te enviaré uno sobre un juez. Se lee rápido; es bueno y habla de cosas interesantes acerca de criminales, etc. Siempre tuyo, Max».

En otra carta de Maxwell Perkins, con fecha 15 de octubre de 1940, que encabeza con un «Querido E», el editor le habla a Hemingway de la reseña que un crítico apellidado Adams hace de su libro, aparecida en Time, publicación que Perkins tenía en alta estima. También comenta otra reseña del Herald Tribune. «Pese a la simpleza del comienzo, [la crítica] es bastante buena... especialmente desde el punto de vista de las ventas, incluso con sus simplezas a lo John Chamberlain». Y añade: «Se la llevaré mañana a [Maurice] Speiser [abogado y agente literario de Hemiñgway] que las va a fotocopiar con vista a la venta de los derechos de autor para la versión cinematográfica». También le habla de su deseo de que Gary Cooper actúe en la película «por su aspecto y todo lo demás».

Una tercera reseña fue publicada en Time, Perkins se lamenta de que esté escrita en el estilo mordaz propio de esta revista. No obstante, la considera muy buena y cita la última línea: «Las campanas, en este libro, doblan por toda la humanidad». A esto siguen algunas noticias sueltas, pero no menos importantes: «Depositamos los 1 500 en Key West y te enviamos todos los libros que pediste... La dirección de Scott [Fitzgerald] es 1 403 N. Laurel Ave., Hollywood, y la de John Bishop es South Chatham, Mass.». La publicación del libro, dice, es un acontecimiento de indudable importancia e interés. «Se ha corrido que este libro es realmente un gran libro... Hasta los que están fuera del ambiente editorial y literario se han enterado. Debes venir [a Nueva York] para que veas las vidrieras cuando el libro se ponga a la venta». Termina la carta diciéndole

que cenará esa noche con Waldo Peirce, al cual ha tenido que enviarle un ejemplar de Por quién doblan las campanas, pues, al irse de Maine, no había podido recibir el libro que le enviaron: «Ya veremos cómo marchan los acontecimientos». Y finaliza: «Te mantendré informado. Tuyo, Max».

John O'Hara, autor de Appointment in Samarra, Buttertield 8, The Doctor's Son, admiraba tanto a Hemingway que, hacia 1950, después del lanzamiento de A través del río y entre los árboles, llegó a compararlo con Shakespeare. En un cable fechado el 16 de octubre de 1940, a las 10:07, habla entusiasmado del nuevo libro de Hemingway que acaba de recibir. «Es un clásico. Tu tercer clásico. Estoy orgulloso de ser tu amigo».

A raíz de la publicación de Por quién doblan las campanas, Jay Allen cursó un cable extenso, fechado en Nueva York el 21 de octubre. Impresionado, al igual que otros, por el libro, al que considera «un tremendo milagro», manifiesta su entusiasmo a lo largo de catorce líneas: «Es lo que tú dijiste que iba a ser y más todavía». Se congratula doblemente por la victoria alcanzada con la obra: «Tú no lo podías adivinar. La verdad estaba con nosotros, pero las mentiras de los fascistas y las mentiras de los farsantes y las de los raqueteros* y los amigos ya casi habían matado esa verdad. Estabas solo. Me imagino cuan solo. Pero has obtenido una victoria para los que no sobrevivieron. En un aspecto es la primera victoria, Ernest. La ganaste con un libro auténtico». Allen se siente emocionado y agradecido. El recuerdo doloroso del pasado se une a un cierto sentimiento de satisfacción al enfrentarse ante el deber cumplido: «A mí me abrió heridas que ya había lavado y limpiado. Me sentí mejor durante el resto del día por primera vez en un año. Día en el cual he estado recordando cosas sin ocultármelas». El libro le resulta tan definitivo como un tapaboca: «Es maravilloso ver a los críticos obscenos con las lenguas atadas, aunque sea una vez». En el cable le anuncia que realizará una gira en avión por Lisboa, Marruecos y Marsella, con el fin de ver a los viejos amigos. «Dime si quieres algún mensaje. Pacciardi y Scores estarán como tú sabes». Y termina: «Mándame cualquier sugerencia por correo aéreo. Gracias por el levantón en la víspera». Y firma: «Jay».

Archibald MacLeish, el poeta, también se sumó a los amigos que extremaron los elogios. Su cable está fechado en Washington el 29 de octubre de 1940, a las 8.25 a.m. Su único encabezamiento: «Ernest Hemingway». Y el mensaje:

LA PALABRA GRANDIOSO NO TENÍA SIGNIFICADO EN ESTE IDIOMA HASTA TU LIBRO. TÚ SE LO HAS DEVUELTO. SU SIGNIFICADO. ME SIENTO ORGULLOSO DE HABER COMPARTIDO CUALQUIER PEQUEÑO PEDAZO DE TU CIELO. ADA ENVÍA CARIÑOS.

ARCHIE

MacLeish tiene unos versos dedicados a Hemingway en su libro Years of the Dogs:

*El muchacho de la Rue Notre Dame des Champs*

*En el hatillo del carpintero sobre la margen izquierda yendo hacia abajo,*

*El muchacho de aspecto dócil como pantera dormida,*

*¿Qué se hizo de él? Se hizo famoso.*

*Veterano de las guerras antes de los veinte años,*

*Famoso a los veinticinco, maestro a los treinta,*

*Talló un estilo para su época en una vara de nogal*

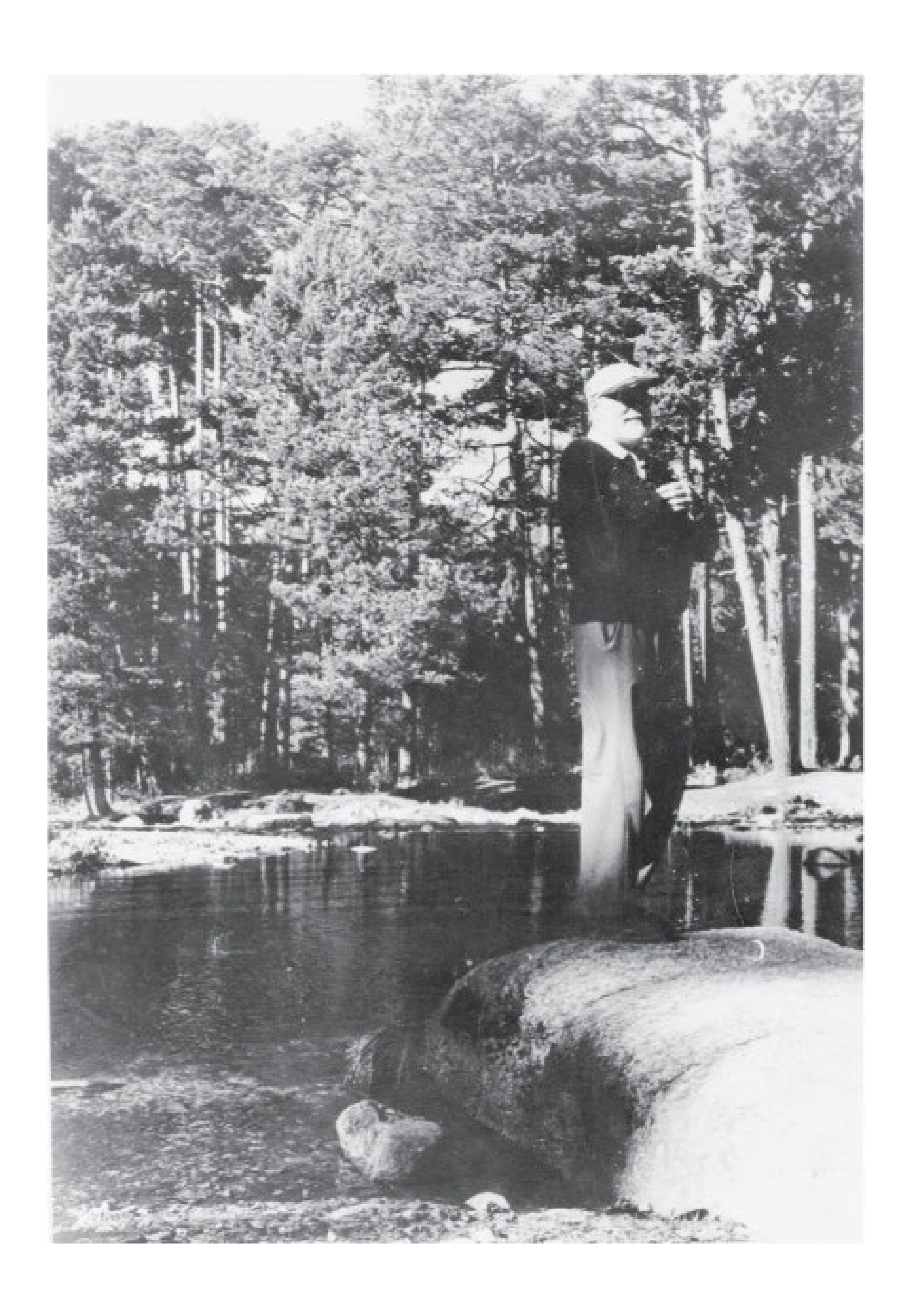
*En el hatillo de un carpintero de una calle de esa ciudad de abril.*

En el verano de 1936, según relata Leicester Hemingway, su hermano Ernest y Archie MacLeish salieron de pesca cerca de Key West; al rato los ánimos se caldearon y sostuvieron una discusión porque no habían capturado un solo pez. Disputaron en el Pilar. Decidieron continuar «la cuestión» en tierra y pusieron proa a un cayo. MacLeish bajó primero y Hemingway lo abandonó allí mismo. Era uno de los islotes entre Boca Grande y Snipe Keys. MacLeish se quedó solo en el cayo. «El muchacho de aspecto dócil como pantera dormida» regresó a su casa de Key West. Allí se quedó hasta que Pauline lo obligó a ir a buscar a MacLeish. Es comprensible que esto deteriorara la relación entre el poeta y el narrador.

Una reminiscencia literaria de la Guerra Civil española, conservada en Finca Vigía, es una copia de la edición de Esquire de febrero de 1939 que incluye el relato de Hemingway «Night Before Battle». Este hizo correcciones a lápiz en el material publicado. Actuó sobre su prosa con el mismo sentido crítico y meticulosidad con que abordaba los textos impresos de Fitzgerald o Algren. Sustituyó y tachó palabras que parecían inocuas, pero que no dejaría pasar en una segunda oportunidad. Sin embargo, después que terminó de hacer sus correcciones, guardó de forma permanente el ejemplar de Esquire en uno de sus libreros. Más tarde comunicaría a Scribner’s su decisión de no volver a publicar ninguno de sus cuatro relatos escritos en el hotel Florida de Madrid.

Una extraordinaria colección de cuarenta fotografías tomadas por Robert Capa en el transcurso de la guerra y otras doscientas realizadas por John Ferno y Joris

Ivens en el proceso de filmación de La tierra española acrecentaron la nostalgia, y cierran el dossier hemingwayano de aquella primavera en que creía que la República podía ganar: «el período... más feliz de nuestras vidas».



Veinte años después de los combates, Hemingway regresa al río Eresma, escenario de Por quién doblan las campanas. Aunque Mary Welsh afirma en su libro de memorias How It Was que este fue el escenario, José Luis Herrera Sotolongo sostiene que la acción de la novela se desarrolla en el Balsaín, en el llamado Puente de la Boca del Asno, que cruza ese río. El Eresma está situado mucho más lejos de la carretera de La Granja, alrededor de la cual se produce la acción del libro. (Colección de Norberto Fuentes)

---

* Buró de Control de Actividades Subversivas/Sumario No. 108-53/Herbert Bronwell, hijo/ Fiscal General de Estados Unidos/Acusador contra/Veteranos de la Brigada Abraham Lincoln/Acusados/fechado el 18 de mayo de 1955. La ese que faltaba en el Respondent del título original, Hemingway se la colocó manuscrita.

* Kirby Jones y Frank Mankiewicz, Wth Fidel. A Portrait of Castro and Cuba, Playboy Press, Chicago, 1975.

* «La visa pour Chile est déjà accordée».

* El ya citado fusilamiento en un vertedero de los presos de la Cárcel Modelo de Madrid y de los señoritos sospechosos de ser fascistas.

* Dicho de una persona, que vive de fraudes y engaños, de hacer negocios sucios e ilegales.

# 16

## El veterano

Mary Welsh dice en How It Was que Hemingway recibió en Finca Vigía una carta del escritor soviético Ilya Ehrenburg. Ehrenburg escribía en nombre del Consejo Mundial de la Paz e instaba a Hemingway a que se adhiriera a un movimiento internacional contra las armas atómicas. Mary dice que su esposo, airado, comenzó la redacción de una larga carta en la que le decía a Ehrenburg «para su información», que no solo estaba en contra de las armas atómicas, «sino también en contra de cualquiera cuya potencia excediera la de las escopetas deportivas de calibre 22...». Hemingway enumeraba una lista de cosas a las que se oponía. Terminaba reafirmando —una nada sutil referencia a la URSS— que si su país «era atacado», él lucharía «contra cualquier agresor». Hemingway, según Mary, comenzó la carta a Ehrenburg en mayo de 1950, pero luego no la continuó y desistió de enviarla finalmente. Así que no existen otras noticias, hasta ahora, que las aportadas por Mary. El original de la carta hipotética no ha sido localizado en Finca Vigía, como es de suponerse. Pero el retrato no se desvía un milímetro de las exigencias políticas de principios de los cincuenta. El Hemingway de esta época que se ofrece en la bibliografía consultada es el anticomunista promedio de los años de la Guerra Fría. (Tampoco la solicitud de Ehrenburg se aparta de los sostenidos rituales del proselitismo en que se empeñaban los apparatchiks soviéticos, en los que nunca sabías definir si estaban orientados por el Partido o el KGB). Aaron E. Hotchner y Leicester Hemingway abordan con entusiasmo el asunto. Hotchner declara en Papa Hemingway que su amigo se lamentaba de no haber ido a la guerra de Corea. Era la primera vez que se ausentaba de un enfrentamiento bélico en el que participaba su país. ¿Se lamentaba o lo decía? Decirlo a secas resultaría significativo. Era precisamente la contienda en la que no debía participar. ¿Qué actitud hubiese asumido después con la guerra de Vietnam? ¿Lamentarse de ser el segundo conflicto en el que su país se comprometía y él no? Leicester se lanza a una diatriba semejante.

La exhumación política resulta difícil. Tenemos a varios Hemingway por lo pronto: el de Hotchner y Leicester es el soldadito azul dispuesto a combatir contra el peligro rojo; el de Mary Welsh, a diferencia del anterior, presenta ciertos matices: es un francotirador que, al mismo tiempo, escribe cartas airadas a Ehrenburg, pero (según ella misma declara) se burla del senador McCarthy con frecuencia; el Hemingway que ataca al senador y su histeria anticomunista en la crónica «El regalo de Navidad», y su alter ego, el coronel Richard Cantwell, que hace declaraciones políticas delirantes en algunos pasajes de A través del río y entre los árboles. Pero ¿es este el Hemingway que vivió aquellos años opresivos de McCarthy por un lado y Stalin por el otro y del sueño americano de la democracia y la libertad tambaleándose?

El hombre resistía, caballeros. Tú no vas a crear el concepto de la gracia bajo presión para luego rendirte con las primeras salvas. Exhumemos un papel. Constituye potencialmente una declaración de principios. Se conserva en Finca Vigía. Milagrosamente hallado en el fondo de una gaveta. Una cuartilla de papel gaceta, escrita por Hemingway a máquina, cuyo encabezamiento dice: «Finca Vigía, San Francisco de Paula, Cuba, 8/11/50».

Comienza haciendo referencia a un trabajo suyo anterior, a un prólogo: «Desde que se escribió esa introducción hemos ganado una guerra y perdido una paz y ahora tenemos una guerra no declarada mientras que nos preparamos para luchar a escala mundial». Se refiere a la que hizo para Treasury for the Free World, una antología editada por Ben Raeburn. Hemingway la escribió y firmó también en San Francisco de Paula, Cuba, pero en septiembre de 1945. Ambos documentos están redactados con un tono y estilo parecidos. Hemingway dijo en el prólogo para el libro de Raeburn:

Hemos combatido y ganado la guerra. No nos mostremos santurrones ni hipócritas; no seamos ni vengativos ni estúpidos. Impidamos que nuestros enemigos puedan volver jamás a hacer la guerra: reeduquémoslos y aprendamos a vivir en paz y a ser justos con los demás países y pueblos del mundo. Para

lograrlo, debemos educar y reeducar. Pero, ante todo, debemos reeducarnos nosotros mismos.

En el papel de Finca Vigía, luego de decir que se ha ganado una guerra y perdido una paz y que se tiene una guerra no declarada, Hemingway afirma que personas con la mentalidad de «los que iban a derrotar a Japón en sesenta días» se preparan en esos momentos para combatir en toda Asia (un reconocimiento evidente del conflicto coreano e incluso una premonición de lo que ocurriría en Vietnam). A cualquiera que advierta la insensatez de esto, dice, se le considera «un traidor en potencia», y comenta: «Dos traficantes de guerra juntos, de los cuales ninguno va a luchar, constituyen un núcleo de superpatriotismo. En fin, no caben dudas de que tres traficantes de guerra valen lo mismo que una división de infantería bien entrenada y experimentada».

Concluye con amargura y pesimismo:

La gente que ha combatido volverá a combatir. La gente habladora volverá a hablar. Los que estaban satisfechos con el diez por ciento verán qué tontos fueron con ganar tan poco y obtendrán mayor provecho de esta nueva guerra, hasta que llegue el fin inevitable de tanta locura.

La guerra es el negocio más grande y lucrativo que se ha inventado para los que están en sus interioridades («for those on the island»). Su perfección la lograron en esta última guerra que tuvimos y que todavía mantiene la salud del Estado.

Seguramente podríamos contar con los recursos suficientes para brindarle a cada habitante de la tierra un refrigerador, un televisor y una selección de obras de Ralph Waldo Emerson, y con esto cubrir los gastos de combatirlos y conquistarlos, sin mencionar resolverles empleo y alimentación y reeducarlos. Seguramente podríamos poner dos automóviles en cada uno de sus garajes, y,

además, construir el garaje. Hasta podríamos poner dos pollos en cada una de sus cacerolas y quedarnos nosotros sin una cacerola para cocinar.

Pero no, caballeros. De nuevo a los caballos; de nuevo a la carga para aumentar el diez por ciento que nos conducirá hacia adelante.

Y se acerca a su final, irónico: no era eso lo que debía sentir un verdadero americano hacia la «nueva y admirada gran guerra preventiva» que el mayor general Anderson explicara con tanta claridad: «our great, new, contemplated Preventive War»*.

No obstante, afirma que él «ama realmente a su patria» y que luchará por ella, según su declaración al final del texto:

… that is the way the writer of this Introduction feels and he loves his country and will fight for it.

El Hemingway de esta cuartilla es incompatible con el que Hotchner y Leicester ofrecen en sus libros respectivos. Quizás resulte un poco poético con aquello de irse de nuevo a los caballos, pero hay —como siempre— un escritor políticamente sagaz detrás de estas líneas clandestinas. Y coincide plenamente con uno de los lugares comunes del marxismo: las guerras son un negocio. Claro, él está en Finca Vigía, a salvo de la cacería de brujas del macartismo, preparando este texto que a todas luces nunca será publicado.

Las palabras en el documento original mecanografiado están distanciadas. Tres o cuatro golpes de máquina entre cada una. Tampoco tiene coma ni punto y coma para terminar la penúltima oración y comenzar la próxima con la conjunción and

(entre feels y he loves), sino que deja abierto un espacio largo para comenzar la nueva idea. EI texto carece también de punto final. EI documento esta firmado con lápiz, al pie, como los pintores y grabadores.

Ehrenburg nunca supo de la carta descrita por Mary Welsh; tampoco tuvo noticias del documento de Finca Vigía. De todas formas, cuando se sienta a rememorar a su camarada de España un par de décadas después, está viendo esta tipología del luchador que le es muy cercana y en la que no existen resquicios para ningún reproche: «Hemingway no se quedó en el Madrid asediado por accidente; ni tampoco fue un accidente que él, siendo corresponsal en la Segunda Guerra Mundial, fuera a ver a los guerrilleros franceses en vez de a los oficiales de Estados Unidos; o que saludara a los guerrilleros victoriosos de Castro. Seguía la propia línea de su vida». Ehrenburg continuaba buscando una fórmula de compromiso; más allá de que el americano ya estuviera muerto.

* * *

El Mayor General Orvil A. Anderson. Enemigo público número uno en Finca Vigía este miércoles 8 de noviembre de 1950, mientras Ernest Hemingway teclea, a la mano un ejemplar reciente de la revista Time. Anderson estuvo dictando unas conferencias en el Colegio de Guerra Aérea, en Maxwell Field, Alabama, donde era director. Un curtido aviador de 55 años, veterano de la Primera Guerra Mundial y segundo jefe de la Octava Fuerza Aérea durante la siguiente contienda, pero cuya mayor fama —anterior al descalabro que se describe a continuación— fue por haberse elevado a 23 000 metros a bordo de un globo aerostático en el aún despejado cielo de 1935 (pocos aviones en tránsito) y romper el récord mundial de elevación en globo. Entonces dicta estas conferencias en el Colegio de Guerra Aérea y dedica de tres a cuatro horas para pontificar ante su auditorio de oficiales sobre la conveniencia de lanzar un ataque con bombas atómicas sobre Rusia:

Estamos en guerra, maldición. Yo no abogo por una guerra preventiva. Yo abogo

por despojar la ilusión. Yo abogo por decirle a Stalin: «José, tú no engañas a nadie. Tú dices que nos vas a destruir». Y si él dice «sí» —y él está diciendo que «sí» todo el tiempo— nosotros debemos concluir que la civilización demanda que actuemos. Denme la orden para hacerlo y yo pulverizo en una semana los cinco nidos de bombas atómicas rusas.

¡Y revelando información clasificada, además! Está diciendo que los rusos tienen cinco silos de bombas atómicas y que, es evidente, ellos saben dónde se encuentran y el tiempo requerido para bombardearlos*. La conferencia no ha terminado. Tiene una coda de naturaleza metafísica. Compleja la docencia del mayor general Anderson: «Y cuando yo llegue ante Cristo, pienso que puedo explicarle a él por qué yo quise hacer esto —ahora— antes de que fuese tarde. Pienso que le puedo explicar a él que lo hice para salvar la civilización»**.

---

* Retengan el nombre de Anderson porque sobre él volveremos más adelante.

* Aunque se disparó a declarar luego que había sacado los números «del aire».

** Después de que las declaraciones de Anderson aparecieran, primero, en el Montgomery Advertiser, el jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea se apresuró a suspender a Anderson de su jefatura en el Colegio de Guerra Aérea. También ordenó una investigación sobre su entrevista con el reportero del Montgomery Advertiser. (Véase: «The Five Nests», en Time, 11 de septiembre, 1950).

17

## Compañero de viaje

Ramón Nicolau fue activista sindical y miembro del Partido Comunista de Cuba desde 1926, y de su Comité Central desde 1930. Guardó prisión por primera vez en febrero y marzo de 1931, sorprendido en una conspiración contra el dictador Gerardo Machado. En marzo de ese mismo año viajó a la Unión Soviética, uno de los primeros cubanos en hacerlo, para pasar un curso de marxismo-leninismo de la Internacional Comunista. Fue el único latinoamericano seleccionado entonces para estudiar en la Academia Militar Frunze, donde permaneció seis meses. Entre enero y marzo de 1933 estuvo clandestino en Alemania, a punto de caer en poder del nazifascismo, y fue testigo presencial del incendio del Reichstag. Ese mismo año volvió a Cuba y dirigió una de las más extraordinarias sublevaciones campesinas de la historia del país, en el Realengo 18. En 1936 era uno de los organizadores del movimiento insurreccional que debía combatir a Batista cuando el Partido Comunista cubano recibió el llamado de la III Internacional para movilizar voluntarios en defensa de la República española. Nicolau fue encargado de esta misión. Estuvo responsabilizado del reclutamiento de los voluntarios cubanos que combatieron en España y de su abastecimiento.

Realizó un trabajo perfecto y realmente asombroso si se toma en cuenta que se llevó a cabo en la clandestinidad. Cerca de mil combatientes cubanos, muchos de ellos con experiencia en armamentos, luchas callejeras y guerrillas, estaban listos para cruzar el Atlántico y entrar en acción en una fecha tan temprana como el verano de 1936. El dispositivo cubano, dirigido por Nicolau, estuvo enviando provisiones al gobierno republicano en el transcurso de la guerra: cargamentos de azúcar, tabaco, café, ropa y dinero en efectivo; se hizo cargo de una escuela para trescientos niños víctimas de la guerra, en la localidad española de Sitges, a la que enviaron una maestra cubana, y para la que compraron todo el material,

incluidos una camioneta y una ambulancia, uniformes, alimentos; llevó a cabo grandes campañas de propaganda en Cuba y reunió hasta ochenta mil personas en sus mítines políticos. Logró liberar del puerto habanero un barco mexicano que transportaba provisiones para la República y que había sido retenido por las autoridades batistianas. Abrió una fábrica de tabacos cuya producción estaba destinada íntegramente a España. El dispositivo se puso en marcha nuevamente cuando la contienda española llegaba a su fin. Esta vez para rescatar a los cubanos supervivientes, muchos de ellos mutilados o gravemente heridos, que se encontraban en los campos de concentración franceses.

Este era el hombre que había sido nombrado financiero del Partido Comunista cubano en 1940, un veterano conspirador que nunca tuvo tipo de conspirador: más bien grueso, no muy alto, casi siempre vestido con guayabera blanca, desarmado, que se sentaba en una de las poltronas de Finca Vigía, delante de Hemingway y Martha Gellhom, y comenzaba su «disertación» sobre la necesidad de la guerra entre Finlandia y la URSS.

Había conocido a Hemingway durante la Guerra Civil en el hotel Majestic de Barcelona. Se lo presentó Nicolás Guillén. Hemingway estaba esa noche con Paul Robeson, el cantante negro norteamericano. Pero en España no floreció una amistad entre ellos; ambos siguieron su propio camino, defendiendo una causa común. Al terminar la guerra, Nicolás Guillén volvió a acompañar a Ramón Nicolau, esta vez para una visita a Finca Vigía. Eterno organizador, Nicolau había reunido a un grupo de intelectuales que colaboraban económicamente con el movimiento revolucionario, y venía a solicitar la ayuda de Hemingway. Este aceptó gustoso y Nicolau lo visitó numerosas veces por ese motivo.

¿Cómo se producían estas entrevistas? Sencillo. Yo llamaba por teléfono y decía: «Hemingway, tengo necesidad de verlo». Él se percataba de inmediato del asunto y me daba la cita, casi siempre el mismo día. «¿Cuánto es lo que usted quiere? —me preguntaba—. No, lo que usted pueda», le respondía. Nunca le pedí mucho dinero. Pero le podía solicitar 500 o 600 pesos. Él solía ser generoso y excederse en sus contribuciones. Llegó a darnos en total una cantidad cercana

a los 20 000 pesos. Le interesaba saber que estábamos haciendo algo contra el gobierno.

Necesitábamos comprar el papel en Canadá para el periódico Noticias de Hoy. Teníamos una editora, la Editorial Páginas, que no se dirigía con criterio financiero sino político. Hemingway dio 3 o 4 000 pesos en una ocasión para la editorial. Él temía, se preocupaba, por darme un cheque sin fondo. Se reía conmigo y me decía que yo le costaba mucho: «Nicolau, yo le pago más a usted por sus conferencias que lo que yo obtengo por un libro».

Sin embargo, estas «conferencias» eran solicitadas por el mismo Hemingway.

Cuando me llamaba él, era para que habláramos de política. Decía: «Nicolau, quisiera que viniera a tomar una copa». Cuando lo visitaba por asuntos financieros, el diálogo era diferente. Yo separaba las conversaciones políticas de las peticiones. Hemingway se lamentaba de no entender algunos problemas políticos, y me llamaba. No entendía la guerra ruso-finesa, por ejemplo, y yo debía ir allá a explicar que era una guerra preventiva, que se trataba de la defensa de Leningrado. Claro, quien no entendía esto era Martha, la mujer, y él me mandaba buscar para que se lo explicara. En realidad, él estaba de acuerdo, pero no tenía argumentos para convencerla. Hubiera querido, según me decía, que no hubiese guerra, pero él tenía ese problema con esa mujer suya.

Si ella no se convenció, se le acabaron los argumentos. Hemingway veía la autoridad del partido y de la URSS. Mi impresión del diálogo con él fue muy buena. No pasaba a los anarquistas. Mis contactos con él se mantuvieron en los años 1940 y 1941. Cuando el Partido Comunista entró en la legalidad, fui a verlo y le dije que «no iba a molestarlo más». Que si me permitía una orientación, yo creía que podía desviar esa ayuda a los republicanos españoles, que la necesitaban. Él dijo: «Ah, muy bien, Nicolau, muchas gracias».

Nicolau afirma que llamaba a Hemingway «compañero», y Hemingway a él, «camarada», en español. «No sería un comunista —dice Nicolau—, pero era un humanista y colaboraba con nosotros».

Afirma además que Hemingway fue el extranjero que aportó más dinero al Partido Comunista. No solo eso: «Fue el que más dinero dio de todos nuestros colaboradores».

## 18

## Patente de corso

En la finca hay una fotografía amarillenta del Pilar. En la proa se ve un cartel que enmascara sus propósitos. Dice, escuetamente: «American Museum of Natural History». También existe un papel de corte oficial, que informa:

Favor de dirigir su respuesta a:

*Oficina del Agregado Naval y Aéreo*

*Embajada Americana*

*Habana, Cuba*

18 de mayo de 1943

A quien pueda interesar:

Al mismo tiempo que se dedica a la pesca de especies para el Museo de Historia Natural, el señor Ernest Hemingway, en su yate Pilar, realiza ciertos experimentos con aparatos de radio. Este Agregado Naval se encuentra al corriente de esos experimentos; se hace constar que todo está arreglado y que estos no son subversivos en ninguna forma.

*Hayne E. Boyden*

*Coronel, U.S. Marine Corps*

*Agregado Naval de los Estados Unidos*

*Embajada Americana*

El documento, especie de autorización expedida a Hemingway por el agregado naval norteamericano en el que las palabras «arreglado» y «Agregado Naval» están subrayadas y en español, parece dirigido a las autoridades cubanas. El detalle acrecienta el carácter irracional de la historia que vamos a contar. ¿Qué hace un agregado naval diciendo que «el señor Ernest Hemingway» realiza ciertos experimentos con aparatos de radio? Se sustenta la tesis de que la Inteligencia norteamericana estaba en pañales entonces. Es curioso —dada la obsesión de Hemingway por las acciones profesionalmente bien ejecutadas— el matiz de improvisación que tuvo la aventura.

Ese documento y esa fotografía son todo lo que se conserva en Finca Vigía de una de las más ambiciosas empresas organizadas por Hemingway en el transcurso de su vida.

Gregorio Fuentes, el patrón del Pilar, guarda la tablilla con la inscripción del Museo de Historia Natural y una chaqueta verde olivo con la insignia US Navy, como se ha relatado. Alguien dijo una vez que en la finca había un mapa de Cuba marcado por Hemingway en aquella época, pero nunca fue localizado. Tampoco se halla una patente de corso utilizada por Hemingway en estos menesteres. En 1944, cuando Hemingway se presentó ante su hermano Leicester, en Londres, primera etapa de su aventura como corresponsal de guerra y capitán de guerrilleros en la Segunda Guerra Mundial, le explicó cómo había pensado salvar su vida desde el punto de vista legal, en caso de que fueran hechos prisioneros en el transcurso de su aventura antisubmarina:

Redactamos una patente de corso, como en los viejos tiempos. Ahora la guardo en casa. Hacía constar que la dotación pertenecía a distintas nacionalidades, pero actuaba por un interés nacional y sobre bases autorizadas. De esta manera esperábamos conseguir cierta posición legal y no ser ejecutados si la suerte se nos presentaba en contra. Porque la suerte se balancea entre las dos partes.

El alférez de fragata Mario Ramírez Delgado fue el único que hundió un submarino alemán a la altura de las costas cubanas: el U-176. Fue el 15 de mayo de 1943 en la posición latitud 23 grados, 21 minutos norte, longitud 80 grados, 18 minutos oeste, aproximadamente a 12 kilómetros al suroeste del faro en el cayo Bahía de Cádiz.

Aquella tarde, la flotilla compuesta por los cazasubmarinos CS11, CS12 y CS13 iba rumbo al puerto de Isabela de Sagua escoltando dos buques mercantes, el Wanks, de bandera hondureña, y el Camagüey, cubano. Ramírez recibió una llamada. Había sido avistado un submarino alemán, navegando en superficie, a la altura de cayo Seboruco, en la provincia de Matanzas. Según la información, la nave enemiga había pasado por cayo Mégano a una velocidad de 9 nudos (unos 15 kilómetros por hora), a las 5.15 de la tarde; todavía a la vista del cayo, un hidroavión Kingfisher procedente del noroeste divisó el submarino parcialmente fuera del agua. El piloto dejó caer una bomba de humo y con las

alas hizo señales al convoy que se aproximaba.

El CS13, comandado por Ramírez, salió en su busca. El submarino se sumergió. El capitán cubano ordenó lanzar tres bombas de profundidad a 100, 200 y 300 metros. Bombas de más de 225 kilos. Pero se escuchó una cuarta explosión. Enseguida, para rematarlo, le soltaron el resto de la carga que llevaba la nave, ocho bombas. «Qué gritería debe haberse armado allá abajo», dice Ramírez.

Cuando arribó a La Habana, orgulloso por la acción de guerra que acababa de realizar, el jefe del Estado Mayor de la Marina de Guerra de Cuba lo llamó y le dijo: «Ramírez, ¿qué es lo que has hecho? Ven, que el Presidente quiere hablar contigo». Entonces cogió el teléfono y Batista lo increpó: «Ramírez, ¿qué has hecho? Tú no sabes lo que has hecho».

En fin, que a partir de entonces Ramírez cayó en desgracia. Algunos amigos le informaron luego que Batista estaba vinculado al negocio de vender azúcar y combustible a los alemanes.

Ramírez tuvo bastantes oportunidades de encontrarse con Hemingway y su yate Pilar, pues compartía la misma zona de operaciones. Su opinión sobre Hemingway —«Un juerguista al que le dio por cazar submarinos»— está probablemente parcializada: el profesional evalúa los esfuerzos del amateur.

* * *

Atraído por la presencia de los submarinos alemanes, Hemingway viajó por primera vez al archipiélago del norte de Camagüey. Su enemigo, antes de que el alférez de fragata Ramírez se le adelantara y lo hundiera, era el capitán Reiner

Dierken, jefe del U-176. Dierken entró por el paso de Crooked Islands a principios de mayo de 1943. Hundió al este de Nuevitas un pequeño buque-tanque y el barco Nikerliner. Entonces la Inteligencia Naval norteamericana puso a Hemingway en estado de alerta.

En ese momento el Pilar se hallaba patrullando a la altura de Puerto Purgatorio, cerca de Cayo Paraíso, en la costa norte de Pinar del río, en el extremo occidental de Cuba. Ocasión en que dos de sus tripulantes, Winston Guest y Gregorio Fuentes, tomaron el bote auxiliar y fueron hasta Bahía Honda a recoger un mensaje.

La antigua tripulación de pescadores y bebedores del Pilar había sido remplazada. Solo quedaban el capitán y su patrón. Ahora se trataba de nueve belicosos personajes que recibían atención directa de la Inteligencia Naval yanqui, hacían explotar bidones de explosivos, disparaban ráfagas de ametralladoras y se mantenían en silencio por las noches y evitaban el contacto con otros barcos.

Desde la primavera de 1942 Hemingway se había entregado a la ejecución de este proyecto calificado como Top Secret por el mando naval norteamericano, y al que Hemingway nombró Friendless, en honor a uno de los gatos de Finca Vigía.

Con su patente de corso y una enorme provisión de alimentos y bebidas, se fue a la mar y estuvo rastreando cuanta cosa se moviera a la altura de la costa norte de Cuba entre Pinar del Río y Camagüey durante más de dos años. De acuerdo con sus planes, pretendía localizar un submarino alemán, tomar prisioneros a sus tripulantes y apoderarse de sus claves secretas. Un éxito semejante permitiría emprender una vasta operación contra el resto de la flota alemana que se hallaba en las aguas del Atlántico Norte. Algunos lo consideraron un plan loco, pero el capitán Daniel V. Gallery, comandante del Task Group 21-12, estudió un proyecto parecido y lo puso en práctica en aguas africanas y, en mayo de 1944,

poco antes del desembarco de Normandía, logró capturar «vivo» un submarino nazi. El grupo de Gallery estaba compuesto por un portaviones de escolta y cinco destroyers*.

Sin embargo, el armamento y los equipos que se le facilitaron a Hemingway solo consistían en granadas de mano, explosivos, municiones, un fusil antitanque, cinco ametralladoras Thompson, pistolas, una emisora de radio de onda corta, prismáticos nocturnos, chalecos de salvamento y cartas náuticas y de marear. Los equipos llevaban un sello: «Solo para militares USA».

Los submarinos alemanes partían de las bases francesas, en Brest, Loire o St. Nazaire. Se abastecían por medio de submarinos tanques llamados «vacas lecheras». Recibían torpedos, combustibles y provisiones de boca**. Respecto a la creencia de que se habían enterrado containers repletos de combustible en costas del Caribe para el abastecimiento de submarinos alemanes, no existen datos históricamente aceptables, ni nunca ha salido a flote uno de los supuestos armatostes. Además, la carga de combustible necesaria para un submarino podía oscilar entre 30 y 100 toneladas de petróleo. Los submarinos trabajaban con dos motores, uno diésel para la superficie y uno eléctrico movido por grandes acumuladores para maniobrar bajo el agua. Debían emerger antes de las cuarenta horas a cargar baterías y oxígeno. A veces, al cruzar el Atlántico, navegaban por la superficie a una económica velocidad de crucero. Es más, pasaban la mayor parte del tiempo en la superficie. El tiempo máximo que estaban sumergidos era día y medio, y eso implicaba un uso mínimo de electricidad la mayoría de las veces —es decir, iban sin luces— para ahorrar energía.

Los grandes enemigos del submarino en esta región eran los aviones Kingfisher y Catalina. Los alemanes atacaban los barcos aliados cargados de petróleo venezolano, azúcar y níquel cubano y suministros en general. Eran barcos que navegaban entre el Canal de Panamá y el arco del Golfo; los depredadores nazis la pasaron bien por la escasa defensa antisubmarina que hubo al principio. El apogeo de la batalla del Caribe duró unos siete meses, los primeros de 1942. Los alemanes la llamaron «la temporada de caza americana».

En el Caribe los submarinos alemanes operaban individualmente. En el Atlántico lo hacían en las llamadas «manadas de lobos». El mando estaba centralizado en el Loire, Francia.

Los submarinos alemanes se mantuvieron operando alrededor de Cuba hasta el final de la guerra. Al principio despreocupados, como delfines en alta mar. Quizás, un buen día, algún oficial de la armada nazi localizó en la cruz de fuego de su periscopio la presencia desconcertante de una embarcación deportiva entretenida en afanes «científicos». Nunca se sabrá si valoraron o no la peligrosidad del descubrimiento, pero no mordieron el anzuelo. Posiblemente para suerte de Ernest Hemingway. En esta actividad el escritor era un diletante. Buscaba su propia guerra. Mas trató de cumplir una misión cuando las defensas del Golfo resultaban insuficientes todavía.

Cómo pretendía abordar con granadas de mano y ráfagas de ametralladoras un submarino artillado con un cañón de 88 milímetros y dos o tres cañones de 20 es una incógnita todavía. Y los modelos IX traían incluso un cañón de 105 milímetros. Resultaba, en verdad, un empeño muy difícil.

A pesar de los escasos logros, Hemingway pudo organizar con cierta eficacia su grupo militar, que incluía hombres adictos a su estilo de vida y que contaba con apoyo oficial y, sobre todo, del cual él era el capitán. Participaba de una aventura en la que se empleaban con frecuencia los términos «confidencial», «paramilitar» y «acciones de Inteligencia», que en realidad servían para encubrir un heroico sueño de adolescente para el cual reclutó no solo a los folclóricos personajes que lo acompañaban regularmente en sus incursiones habaneras, sino a dos oficiales de Inteligencia y al embajador norteamericano.

Hemingway creía haber previsto todas las contingencias. Si los alemanes ofrecían resistencia, estaba convencido de que podría echarlos a pique. Pero,

dado el tipo de abordaje que calculaba practicar —su yate apareado junto al submarino, lanzamiento de bombas y disparos barriendo la cubierta para hundirlo—, lo más seguro era que Hemingway y su embarcación, incluso de tener éxito, fueran junto con su presa al fondo del mar. En este caso no se trataba de agujas.

**[2]**

«En Cayo Paraíso preparamos nuestra base de entrenamiento», relata Gregorio Fuentes.

Hacíamos prácticas de puntería tirándoles a unos bidones de combustible que pintábamos con muñecos. A esos muñecos les llamábamos Hitlers. También simulábamos abordajes y lanzábamos granadas. En ese cayo la pasábamos bien, y siempre regresábamos a él. Entonces llegó un mensaje importante por radio y, como es costumbre en las cosas militares, el mensaje decía que había que buscar otro mensaje y no comunicaba nada directamente por radio. Por el mensaje tuvimos que irnos de Paraíso, donde matábamos tiburones con ametralladoras, y donde el radista John Saxon, que nos había enviado la embajada americana, nos enseñó a manejar los explosivos.

Se trataba de algo importante. Hemingway envió a Bahía Honda a Winston Guest y a Gregorio. Ahora Gregorio relata que durmió en Bahía Honda, en un hotelucho de madera ya desaparecido, con el revólver en la mano. Allí, un enlace norteamericano les entregó un sobre lacrado con las órdenes que debían cumplir.

El caso es que Papa nos había dicho que fuéramos a buscar ese pliego sellado a Bahía Honda. El tiempo estaba muy malo. «Óyeme, no creo que vamos a llegar». «Vivos o muertos, tienen que llegar», dijo Papa. «Aguántate», le decía

yo a Winston, mientras las olas nos zarandeaban. Llegamos a Bahía Honda a las ocho o nueve de la noche, comimos algo, dormimos y regresamos al yate. Luego levamos ancla rumbo a Camagüey, y ya no salimos de esa zona en un aproximado de tres o cuatro meses.

El mensaje los ponía en contacto con una zona de Cuba que Hemingway no conocía entonces: la cayería del norte de Camagüey; el Pilar solo había navegado desde cayo Mégano de Casigua hasta Varadero y Key West. Lo que Hemingway vio y vivió en Camagüey, aunque tamizado por su imaginación y con el agregado de hechos ficticios, se encuentra ahora en Islas en el Golfo.

Pero no todo lo ocurrido en la cayería del norte de Camagüey se convirtió en ficción. Algunos incidentes se quedaron en la memoria del escritor y de los miembros de su tripulación.

Nuevos amigos surgieron en la aventura hemingwayana. Se tostaron al sol, cazaron iguanas, persiguieron los caballos salvajes de cayo Romano, y Hemingway consumió raciones suplementarias de cangrejos crudos con limón, uno de sus manjares favoritos, que compraban por cubos a los pescadores a un precio módico.

Es fácil comprender que Hemingway pudiera reclutar a ocho hombres para sumarlos a esta aventura, ya que se trataba de un proyecto con algunas posibilidades de acción y muchas de pasar un buen rato. Hemingway, capitán celoso de sus funciones, se había preocupado a la hora de hacer su selección de que fueran personas idóneas para el operativo; por eso eligió una dotación formada por forzudos jugadores de jai alai, uno de los deportes más violentos, del cual era fanático desde su primera época española, y al que siguió favoreciendo en Cuba. Con esta dotación garantizaba los brazos necesarios para los enviones* de granadas que calculaba meter en las escotillas de los submarinos cuando estos emergieran.

Bien, pues, Hemingway a sus anchas. El tipo de operación, semejante a la de una guerrilla, se ajustaba a una personalidad indomable por naturaleza, si es que vamos a creerle al promedio de sus apologistas. Su desprecio por las estructuras militares clásicas, por «el ejército», se conoce desde Adiós a las armas, o desde sus antípodas —la exaltación de la guerrilla de Pablo en Por quién doblan las campanas— y (posteriormente) por su misma actuación irreverente e indisciplinada en la Segunda Guerra Mundial, al desplazarse por el frente desligado del ejército, con la gente que le era atractiva —los partisanos franceses — y con las armas de su elección.

**[3]**

Se han tejido algunas leyendas sobre un submarino que avistaron y que la aviación hundió gracias a sus informes, pero lo cierto es que el Q-Boat Pilar no se adjudicó victoria alguna en sus dos años de esfuerzo bélico.

Hemingway había creado primero una organización para infiltrarse en supuestas organizaciones fascistas o pronazis que había en La Habana de entonces. Según datos de Carlos Baker, había tres mil falangistas, la mayoría proveniente de sociedades españolas abiertamente pronazis. En esos años el Diario de la Marina apoyaba las operaciones del Eje y los submarinos alemanes actuaban impunemente en la región.

Ellis Briggs y Bob Joyce, funcionarios de la embajada norteamericana, habían escuchado el plan. Hemingway le confesó a Joyce que había colaborado en la formación de una agencia privada de Inteligencia en Madrid en 1937 y que él consideraba que una organización similar se hacía necesaria en Cuba. El proyecto fue expuesto a Spruille Braden, el nuevo embajador. Hemingway solo pedía «algunos equipos de menor importancia» y sumas pequeñas (él se ofrecía a

pagar el resto y ponía Finca Vigía, su casa, a disposición del proyecto). Braden discutió el caso con el premier cubano y lo aprobaron.

Baker dice que los motivos personales estaban claros: patriotismo, el placer de ejecutar planes secretos y el amor por dirigir operaciones, especialmente si ello envolvía armas de fuego y riesgos; su gente fue reclutada preferentemente entre los veteranos antifascistas en el Club Vasco de La Habana. El cura don Andrés, que había operado una ametralladora republicana, colaboró en la selección.

Hemingway trató de reclutar a su médico, Herrera Sotolongo. Incluso le adjudicó de antemano un número de código. Pero el español se mostró recalcitrante: «Yo no hago de policía». Hemingway y Winston Guest lo llevaron a la piscina de la finca y le explicaron la misión en detalle para convencerlo. «Al carajo, yo soy soldado, pero no policía. Nunca me ha gustado la policía ni el espionaje», insistió Herrera, y cuando Hemingway explicó que todo era secreto e importante, le dio el puntillazo final: «Ah, Ernesto, no comas mierda». Herrera Sotolongo dice que, aunque parezca increíble, Hemingway tenía el número de código 08. El agente 08.

La historia del Crook Factory*, como se llamó esta operación, derivó en el otro tipo de aventura naval. Hemingway se cansaba de servir de espía en lo alto de su loma y de que le llegara poca información importante.

Gustavo Durán, excrítico de arte y comandante de la 69 División del ejército republicano español, fue llamado desde Estados Unidos a instancias de su amigo Hemingway para ocuparse del Crook Factory. En Cuba se convirtió en el brazo derecho del embajador norteamericano Braden. Se encargó de las cuestiones de Inteligencia en la embajada.

A Durán le llamaban Alejandro Magno por una broma de los personajes que

habitaban Finca Vigía. En cierto almuerzo, al cual Hemingway había invitado a unos diplomáticos franquistas que se encontraban de paso en Cuba, estaban Durán y Herrera Sotolongo; este, aunque comprendía que la invitación estaba relacionada con el Crook Factory, no sabía a ciencia cierta qué tramaba Hemingway. En la reunión se habló de batallas en términos militares, y de cómo cada cual había hecho su trabajo en la guerra, al parecer sin ofenderse y con una buena dosis de diplomacia; en medio de la conversación Durán afirmó categóricamente que Alejandro Magno era su único maestro. Desde entonces Hemingway prefirió llamarlo así.

**[4]**

Spruille Braden 77 nació en 1894. Era un hombre inteligente, con mucha experiencia en América Latina. Se inició como ingeniero de minas, y fue consejero en la electrificación de los ferrocarriles chilenos antes de sumergirse en el mundo neoyorquino de los años veinte. Siguió teniendo fuertes intereses en América del Sur (se casó con una chilena), y después de encomiables éxitos en los negocios, a la edad de cuarenta años, empezó a representar a Estados Unidos en varios congresos. Entre 1939 y 1942 fue embajador en Colombia. En esa época Braden era un diplomático de mentalidad más avanzada que el promedio de sus colegas. Muchos cubanos lo consideraban el mejor embajador enviado por Estados Unidos a La Habana. Sin embargo, casi toda su actividad en Cuba tuvo que ser necesariamente militar: las primeras instrucciones que recibió de Hull* le indicaban que el Departamento de Guerra quería «establecer con el mínimo retraso posible una unidad de bombarderos pesados y de entrenamiento operacional en Cuba», al mando de ofíciales de Estados Unidos, para entrenar al personal norteamericano y de la RAF británica. Esto fue rápidamente acordado, y San Antonio, cerca de La Habana, y San Julián, en Pinar del Río, se convirtieron en centros de entrenamiento de los aliados. Braden había recibido instrucciones en julio de pedir permiso para comprar tierras en San Julián a fin de construir una pista de algo más de 2 kilómetros, y para estacionar allí a quinientos hombres bajo el control operacional y administrativo de Estados Unidos. Los cubanos accedieron, y su voluntad de cooperar fue animada por sus pérdidas en el mar, debidas a la acción de los submarinos alemanes, que hundieron algunos cargueros en agosto de 1942.

Pasaron los años y Spruille Braden quiso gratificar a Hemingway con lo que después, entre las bromas de Finca Vigía, llamaría «una condecoración».

En el período macartista acusaron a Braden y a Durán de ser comunistas. «El que es de izquierda realmente es Hemingway», proclamó Durán en su defensa. Y dijo más: «Yo conocí a Braden en casa de Hemingway». Este fue el testimonio de Alejandro Magno ante la comisión senatorial norteamericana que investigaba el caso. No tuvo reparos en afirmar que Hemingway era comunista. Braden también mencionó al escritor.

Hemingway no se encontraba en Cuba cuando la comisión senatorial sesionó, pero Herrera Sotolongo se ocupó de guardar los periódicos que traían información al respecto. Hemingway dijo que Braden se las iba a pagar caro. Entonces Braden llegó a La Habana y pidió verlo. Hemingway accedió y salieron en el Pilar. Braden se justificó, contó después Hemingway a Herrera Sotolongo. «Dijo que había dicho todo eso para salvarse y me pedía excusas muy sinceras. Dijo esas mentiras porque estaba ante un comité senatorial de Estados Unidos. Me ha dado toda clase de explicaciones». Hemingway dejó la cosa así. Durán, por su parte, prefirió quedarse en Estados Unidos. Nunca se supo más de él en la isla. Herrera Sotolongo resume su recuerdo de Durán:

Era un crítico de arte en España y, cuando la guerra, se unió a las milicias y realizó algunas acciones. Al final tuvo una unidad un tanto legendaria: la Columna Durán, que se anotó acciones afortunadas en Guadarrama. Pero era el hombre gris de Braden; se ocupaba de la información y era el jefe de todos los agentes.

Por el contrario, yo no recuerdo una sola vez que Hemingway haya ido en contra de nada progresista. ¿Saben quién fue el único exiliado español que entró en Estados Unidos en aquella época, después de terminada la guerra en España?

Gustavo Durán. A mí no me admitieron por haber sido brigadista. Ni siquiera me admitieron en el US Army, porque yo quería combatir en Europa. Ni siquiera recomendado o ayudado por Hemingway, quien hizo lo posible por lograr que se me enrolara.

José Regidor era otro de los agentes que trabajó con Hemingway en el Crook Factory. Había sido cabo de la Legión Española en África, antes de la Guerra Civil, hacia los años veinte, y obtuvo una condecoración, la Laureada, por cierta acción de guerra que nunca se supo con exactitud cuál había sido. «Será laureado pero muy cobarde», decía Hemingway en tono de burla y remataba: «La mayor parte de los héroes lo son por equivocación». Regidor había sido reclutado para la expedición del Pilar. Duró un solo viaje, hasta que comprendió que la cosa iba en serio.

Félix Ermúa, al que llamaban el Canguro, jugador de jai alai, es otro de los que participaron en la operación. Todo parece indicar que era el tipo de hombre que agradaba a Martha Gellhorn: alto, fuerte, insolente; quizás esto motivara la historia, difundida por él mismo, de que había corrido con ella una aventura amorosa. Luego se fue para México y declaró que se iba a casar con Martha. Un día de cumpleaños de Hemingway, probablemente en 1943, se reunieron unos cuarenta comensales para celebrarlo en una larga mesa del Club de Cazadores del Cerro. Uno de los amigotes cubanos de Hemingway, Thorwald Sánchez, un ganadero de Camagüey, comenzó a hacer chistes gruesos sobre la infidelidad de la esposa de Hemingway. Antes de que llegara a oídos del escritor, Cucu Coolí otro de los compinches cubanos, le dijo a Herrera Sotolongo que se llevara a Sánchez de allí: «Se va a armar un lío aquí si esto llega a oídos de Ernesto». Herrera acompañó a Thorwald hasta su automóvil y se marchó con él; un viaje escalofriante. Thorwald corría por la carretera, muy estrecha entonces, por la senda contraria, y cada vez que aparecía un vehículo de frente tiraba un corte para esquivarlo. Cuenta Herrera Sotolongo:

Cuando llegamos al Floridita, se puso a orinar en la barra. Yo le dije a Constante, el barman: «Me voy, porque yo no aguanto borrachos». Apenas me fui, algunos

parroquianos y empleados le cayeron encima a Thorwald y lo molieron a golpes. Al otro día Ernesto me llamó para regañarme, porque él, antes de yo irme del Club de Cazadores, sin saber lo que Thorwald estaba hablando, pero viendo que estaba muy borracho, me había dicho: «No lo abandones». Cuando Ernesto fue a reclamarme, le dije: «Lo abandoné porque yo no ando con borrachos», pero nunca le conté que Thorwald estaba hablando porquerías de él y de Martha.

Otro personaje es Adonis Rodríguez, aviador español, que se refugió en República Dominicana cuando, al inicio de su dictadura, Rafael Leónidas Trujillo estuvo dispuesto a recibir republicanos exiliados. Trujillo apenas había comenzado a fomentar su reputación como asesino. Años después restableció relaciones con su homólogo español, Francisco Franco, y se dedicó a perseguir y liquidar a los republicanos refugiados en su país. En la buena época, Adonis Rodríguez llegó a ser uno de los jefes de la aviación trujillista. Viajaba a La Habana regularmente. Muy hablador, simpático a veces, logró convertirse en subdirector de la American Life Insurance Company en La Habana. Sobre este hombre, Herrera Sotolongo también tiene un recuerdo:

Yo estaba un día en el Centro Andaluz de La Habana tomando manzanilla con algunos amigos y, en esa ocasión, dije «algo». Al otro día, en la finca, Hemingway me llamó: «Cuando termines de almorzar, ven un momento, que tengo que hablar contigo». Winston Guest estaba con él; este me dijo:

—Tú has tenido una conversación hablando mal de la US Army.

—No es verdad.

—Sí, tú en una conversación hablaste del desembarco en África.

—Dije que era una operación comercial y que los alemanes permitieron la maniobra. Pero ahora sé quién me ha denunciado. He descubierto a uno de vuestros agentes. El único de los que estaban en esa mesa capaz de denunciarme es Adonis Rodríguez.

—Estás equivocado —intervino Ernesto y añadió—: Y en cuanto a lo del desembarco, es verdad, pero no se puede decir.

Un tiempo más tarde, un año o cosa así, Ernesto me confesó que, en efecto, el delator había sido Adonis. Yo nunca le dije nada, y hasta le ofrecí trabajo en un laboratorio de mi propiedad. Pero él no aceptó y se fue a trabajar a esa compañía de seguros, la American Life Insurance Company.

Adonis Rodríguez había sido teniente coronel en la Guerra Civil y es posible que el triunfo de la Revolución cubana reavivara en él los ideales de su juventud. Herrera Sotolongo se lo encontró por última vez en su vida en la Escuela de las Milicias Nacionales Revolucionarias «Antonio Maceo». Estaba pasando un curso.

**[5]**

La prestación de servicio del Pilar con la inteligencia norteamericana comprendió apreciables beneficios. Remozar el yate.

A Gregorio Fuentes se le entregó una orden para una reparación capital en los astilleros de Casablanca, de la Marina de Guerra cubana, en un recodo del puerto habanero. Allí lo calafatearon, le renovaron sus antiguos motores gasolineros, y los carpinteros (siempre bajo la vigilancia de Gregorio) construyeron los

portavasos, que eran, en realidad, unos depósitos camuflados para colocar granadas de mano. Gregorio relata: «Las ametralladoras calibre 50 no pudieron ponerse, por la estructura del barco; pero nos convinieron las adaptaciones, y después de la guerra nos lo arreglaron completo otra vez, y, además, nos quedamos con todas las armas: los fusiles antitanques, varias bazucas, y Papa con su Magnum S&W».

Gregorio se ocupó de guardar las armas mayores bajo el sollado de proa, en los camarotes y en cualquier resquicio de su barco que no fuera visible desde el exterior. Las dos tablas que terminaron la remodelación del Pilar para sus operaciones secretas tenían la inscripción: American Museum of Natural History. Como se ha señalado, debían servir para confundir al enemigo y hacerle creer que estaba ante un pacífico yate dedicado a las investigaciones científicas.

En cuanto a la designación científica, se convirtió, por supuesto, en un motivo de broma entre los tripulantes. Hasta los sombreros eran «científicos», unos sombreros de guano tejido, de ala un poco mayor que los usados habitualmente por los campesinos cubanos y que les servían para protegerse del sol, ya que el Pilar tiene poca obra a cubierto. Los chistes sobre los sombreros científicos se reflejaron luego en Islas en el Golfo.

También surgieron otras bromas, inevitables en estos casos, que se expresan en la jerga propia de un grupo de hombres en combate que se hace a la mar y convive en un mismo período de acción. Al esqueleto calcificado de una iguana, que cazaron en Turiguanó (cuya piel Gregorio utilizó para hacerse un par de zapatos), lo bautizaron Filarmónica. El detalle no fue inmortalizado en la novela.

Hemingway, gracias a la literatura, solucionó años después lo que nunca aconteció en la realidad: si sus búsquedas de un submarino nazi fueron infructuosas, en Islas en el Golfo logró su cometido: combatir contra submarinistas alemanes, perseguirlos, utilizar todas sus potencialidades bélicas y medir sus fuerzas exitosamente con el adversario. Las cuadernas del yate Pilar,

que en la vida real no soportaron la instalación de dos ametralladoras antiaéreas calibre 50 (las sustituyeron por minas magnéticas, cargas de dinamita y fusiles antitanque), aguantaron en el relato imaginario el emplazamiento de dos poderosas ametralladoras calibre 50, una en la proa y otra en la popa.

La operación Friendless continuó durante un año aproximadamente; el número de sus misiones disminuyó cuando Hemingway se fue al frente europeo. Gregorio quedó encargado de los tripulantes, pero ya el Pilar se estaba despojando de sus atuendos guerreros; solo volvería a desempeñar un activo papel de cazasubmarinos años después, en las páginas de Islas en el Golfo.

Las actividades por su cuenta y riesgo de contraespionaje en La Habana y luego de patrullaje costero tuvieron una consecuencia inesperada, una historia oculta que solo se ha revelado, muy lentamente, con el paso de las décadas. El caso es que, pese a la entusiasta colaboración de Hemingway con las autoridades norteamericanas, desde esa época el FBI mantuvo una estrecha vigilancia sobre sus movimientos. Su antifacismo resultaba sospechoso. El mismo FBI intentó torpedear las actividades del Crook Factory, pues deseaba que esta red de información no estuviera en manos del escritor (o agente 08). Es notorio que Edgar Hoover, director del FBI, odiaba al escritor y lo acusaba de comunista. El investigador norteamericano Jeffrey Meyers ha desenterrado el «dossier Hemingway» que durante muchos años la agencia estadounidense guardó celosamente en sus archivos. Hemingway, al igual que Thomas Hudson, perseguía a los fascistas en una de las islas del Golfo, pero desde el otro lado del canal de las Bahamas el perseguido era él. Lo que hubiera sido un excelente material para la novela no llegó a tiempo a manos del escritor.

EL DÍA

México, 13 de marzo de 1983

EDGAR HOOVER LO CALIFICABA DE COMUNISTA

WASHINGTON, 12 de marzo (EFE) –El escritor Ernest Hemingway dirigió «una red de espías aficionados»…

El diario The Washington Post, apoyado en las revelaciones de un profesor de la Universidad de Massachusetts, afirma hoy que la «red» de Hemingway operaba en Cuba, durante la Segunda Guerra Mundial.

«Los agentes del FBI… acusaban a Hemingway de meterse en su territorio…».

Edgar Hoover acusó a Hemingway de comunista, y el FBI tenía «miedo de él porque ya era un escritor famoso, de prestigio internacional, que podía perjudicar al FBI».

Hemingway se suicidó en 1961, y su dossier en el FBI abarca hasta el año 1974, con toda clase de referencias, incluso privadas, que, según su biógrafo «el FBI fue acumulando con su particular visión de lo que consideraba negativo o perjudicial».

GRANMA

La Habana, 14 de marzo de 1983

ESPIÓ EL FBI AL ESCRITOR ERNEST HEMINGWAY DURANTE VARIAS

DÉCADAS

WASHINGTON, 13 de marzo (TASS) –El conocido escritor norteamericano Ernest Hemingway fue objeto del atento espionaje del Buró Federal de Investigaciones (FBI).

Durante 32 años, espías del FBI acumularon comprometedores materiales en ese expediente, para difamar al escritor, las obras del cual no gustaban a ciertas personas en Washington.

Descubrió la existencia del expediente el profesor Jeffrey Meyers de la Universidad del estado de Massachusetts, quien prepara una biografía…

Una carpeta con las 124 páginas del «expediente Hemingway» fue descubierta en los archivos del Buró Federal de Investigaciones…

GRANMA

8 de abril de 1983

MUESTRAN EXPEDIENTES DEL FBI QUE ESA AGENCIA TRATÓ DE DESACREDITAR Y CALUMNIAR A HEMINGWAY

Por Bob Rutka

WASHINGTON, 7 de abril (PL) –Expedientes del FBI, publicados recientemente muestran que esa agencia policíaca norteamericana trató de desacreditar y calumniar al novelista Ernest Hemingway durante una parte considerable de su vida.

Aunque gran parte de la documentación… versa sobre sus actividades durante la Segunda Guerra Mundial, muestra también numerosos informes relacionados con su apoyo a la Revolución cubana tras el derrocamiento del dictador Batista en 1959.

La documentación… comprende desde el 8 de octubre de 1942 hasta el 23 de enero de 1974, trece años después de la muerte del escritor.

Según Meyers, en un artículo en el New York Review of Books, de las 124 páginas del expediente, 15 fueron retenidas «en interés de la defensa nacional», 14 fueron suprimidas y otras eran ilegibles.

Un análisis de los expedientes muestra que el FBI no solo intentó desacreditar la información recibida por Hemingway sobre la colaboración entre los fascistas y que fue transmitida al entonces embajador de Estados Unidos, sino también hizo un esfuerzo por demostrar que el escritor era comunista.

En un informe de nueve páginas fechado el 27 de abril de 1943, se intentaba representar los esfuerzos humanitarios de Hemingway por proporcionar ambulancias a los soldados republicanos durante la Guerra Civil Española como «actos inconscientes que demostraban sus simpatías con los comunistas».

El expediente contenía también informes sobre ataques de Hemingway contra el senador McCarthy y transcripciones detalladas de sus declaraciones públicas en apoyo al gobierno revolucionario en noviembre de 1959.

Bien, pues, el amigo Hemingway afrontaba una crisis de conciencia por esa misma época. El camillero del frente italiano de la Primera Guerra Mundial y el reportero antifascista de España eran solo un recuerdo y un montón de palabras, pero el hombre estaba marginado, fuera de esta guerra, que, de todas maneras, era la suya.

En su retiro de Finca Vigía Hemingway meditaba para entrar en el fuego. Primero organizó una empresa privada de espionaje nombrada Crook Factory para actuar contra los nazis. Después artilló el Pilar, llamó a un grupo de amigos y salió a la corriente del Golfo a detectar submarinos de la flota enemiga. Esto ocurrió en mayo de 1942. Poco antes, pasó una semana en el hotel Plaza de Ciudad México. Probablemente entonces se entrevistó con algunos de los aliados buscando información sobre los nazis en ese país.

Hay once días perdidos en los registros biográficos de Hemingway, que van desde finales de abril hasta los primeros días de mayo de 1942. Poco o nada se sabe de su vida en ese corto período.

El expediente del escritor en los archivos de Inteligencia en Washington está saneado*. Hay páginas que no pueden ser consultadas por «interés nacional». Las hay ilegibles también. Gran parte del material corresponde al año 1942. ¿Nunca sabremos la identidad verdadera del acucioso agente A-39? Toda esta historia nos da el legítimo derecho a sospechar de un escritor norteamericano, residente en Cuba y acusado ocasionalmente de veleidades comunistas.

En caso de que las sospechas fueran fundadas, el mundo intrincado del

espionaje, de intrigas, dobles agentes y mensajes secretos habría completado su visión de la guerra y le habría dado un panorama integral del conflicto, porque como él mismo comentó a un amigo: a veces en un salón diplomático, entre martinis y sonrisas, se decide el destino de regimientos enteros. Con su experiencia como soldado, la guerra silenciosa del espionaje lo dejaba preparado para su ambiciosa novela en curso.

**[6]**

Julio 9, 1943

12 M.

Seré breve, porque sé que te gustan las conclusiones primero:

1. Debes volver a casa.

2. Saxon no viene a Confites.

3. El aparato debió llegar el 5 o 6 de julio y no ha llegado aún (julio 9). Cuando llegue se instalará en La Habana.

4. El Coronel extravió (lo perdió) el Permiso, dice Bob. Ya habrás recibido el cable de la oficina de La Habana, enviado por el Coronel, que dirá «Permiso

concedido, proceda de acuerdo con plan. Permiso esperará por usted en cayo Francés». Lo que traducido significa que vayas a casa y recojas una copia del permiso en cayo Francés.

5. Como se instruyó y se decidió entre nosotros, he enfatizado el hecho de que queremos realizar un trabajo al 100 por ciento y que nos quedaríamos dos semanas más si fuera necesario para hacer algo que pareciera meritorio a Bob y al Cor. Leí tu primera oración subrayada a Bob y al Cor. e insistí en nuestro deseo de hacer lo que ellos estimaran conveniente.

Respuesta: (1) Vuelve ahora a casa.

(2) Nada del aparato y no sé si estará en La Habana.

6. Bob dijo: «Ven acá, pero no te rompas la cabeza en hacerlo».

7. Bob discutió con el Coronel la carta de este de fecha 5 de julio y la leyó. Quiere decir: «Si el aparato no llega hoy o mañana (julio 5 o 6) vuelve a casa». Ayer (julio 8) la discutió de nuevo con el Cor. y se preguntaba:

(1) ¿Por qué el Margarita no se llevó el día 7 para Confites la carta del día 5? (El Correo la trajo por la tarde y el Margarita salió por la mañana).

(2) ¿Por qué razón el día 8 no sabían que tú vendrías según el plan?

8. He sido más que consciente y me he esforzado en todo lo posible para asegurarme que cumplíamos con los deseos de ambos.

9. Por favor, deja la cosa así. Si hay discusiones sobre si tenemos razón o no, después puedes utilizar cada uno de estos puntos, uno por uno, y discutirlos con los personajes que vayan apareciendo.

He discutido con Don, el Cor. y Miller sobre el extravío del permiso. Estoy seguro de que Miller remitió toda la correspondencia que Don le dio. Sé que Miller es muy cuidadoso y me inclino a creer que él no lo extravió. Don no le enseñó lo que contenía la correspondencia que tenía que remitir.

Wolf [Winston Guest]

Este es el lenguaje de Islas en el Golfo, su concepción dialéctica, su ámbito, hasta en los pequeños detalles —el aparato de radio sin arreglar, los problemas administrativos…—, siempre hay una decisión de resolver las cosas «al ciento por ciento».

En la siguiente carta, se mantienen el estilo y el contexto. Los personajes ya se conocen, los asuntos, similares, y en ellos se mezcla lo personal, las operaciones militares y los enigmas que no podemos descubrir: por ejemplo, ¿la cunita para quién? Aparecen Gregorio, Pachi (Paxtchi), Bumby, Martha, pero, al igual que en la carta anterior, hay algunos nombres que se escapan; seguramente son oficiales de enlace norteamericanos y operarios cubanos con los que ellos se tropezaban en los puertos: Miller, Bob y Roy Hawkins. En cuanto al pequeño Winston, se trata del bote auxiliar, que también se llamaba Tin Kid.

[Carta con el timbre del Floridita]

24 de agosto de 1943

Querido Papa:

Me pasé la mañana en el barco e hice la lista completa o, mejor dicho, el inventario completo. No listamos algunas latas viejas que estaban debajo de mi cama.

Dejé el mapa al frente, encima de los pedales. [Línea incomprensible, parece decir: buscaré a los pelotaris por la tarde]. Dejé cinco latas grandes (6 Ib) de vegetales enlatados en el carro para que Martha las utilice en la finca. Gregorio señala con mucha razón que no se deben usar latas de vegetales de 5 o 6 libras, pues esto causa un gasto considerable.

¿No podríamos comprar ahora lo que necesitemos usando el comisario de Don Saxon? Nos ahorraría el 75 por ciento.

*Re [sic] Pache y cuna para Niño. Gregorio lo apuntó y lo va a ver mañana para hablarle del asunto.*

Para el soporte del extinguidor Gregorio va a buscar un carpintero. Nada más sino esperar que me traigas mi smoking esta tarde a las 7. Para ti tengo el otro, blanco. [Hay una nota sobre esta línea: «también zapatos, medias, camisa de mangas largas, la que le dije a Justo que empacara».] Los tintoreros prometieron

tenerlo para las 10 am. No he ido a casa, pero si no está allá, resolveremos con pantalones de Bumby y mis dos sacos.

La corriente no ha traído nada que valga un centavo. Siete agujas en toda la temporada. Ayer cogieron un castero grande, así que parece que han comenzado a correr bien de nuevo.

Le di 100 pesos a Gregorio para que pagara algunos trabajos en el pequeño Winston y otros gastos.

Pasé cable a Roy Hawkins para que me diga cuándo podemos esperar la nueva máquina y el aditamento superior.

Gregorio llamará a Juan para arreglar la cocina vieja. La nueva es pequeña pero nos servirá.

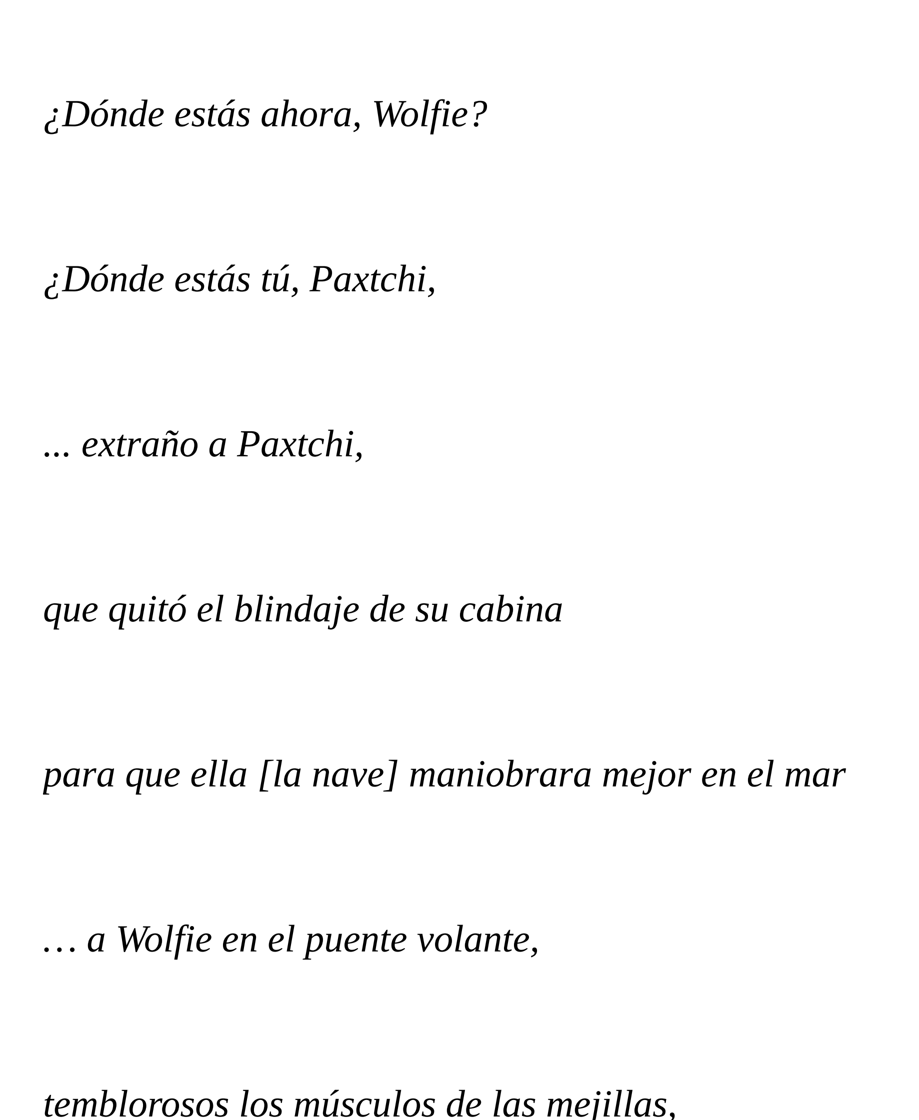
Si no hay inconveniente por tu parte no me moveré de aquí. Estoy muy cansado y quisiera descansar en casa -F 57 23- y estar en buena forma esta noche.

Si hay algo que hacer, llámame luego.

Wolfer

Winston Guest, el oficial ejecutivo a bordo del Pilar, se ganó el afecto de Hemingway, quien estimaba en alto grado sus cualidades. Gregorio gustaba de

emparentarlo con Winston Churchill, y afirma que era «muy preparado», es decir, muy culto. Wolfie había ganado celebridad en Inglaterra por el virtuosismo con que jugaba al polo y como conquistador entre las sábanas. El deportista y el escritor se conocieron en 1933. Cuando Hemingway llegó a Kenia, se enteró de que un tal Winston Guest tenía entre sus trofeos dos colmillos gigantescos de elefante. Años después enrolaría a Guest en la caza de otro tipo de presa: submarinos nazis. Un entusiasmo desbordante caracteriza el encuentro de Guest y Hemingway en una tienda de Nueva York, tal como lo describe Lillian Ross en su crónica publicada en The New Yorker. Guest es uno de los personajes principales y motivo de la nostalgia de Hemingway en su poema de guerra «A Mary en Londres», de 1944.



*¿Dónde estás ahora, Wolfie?*

*¿Dónde estás tú, Paxtchi,*

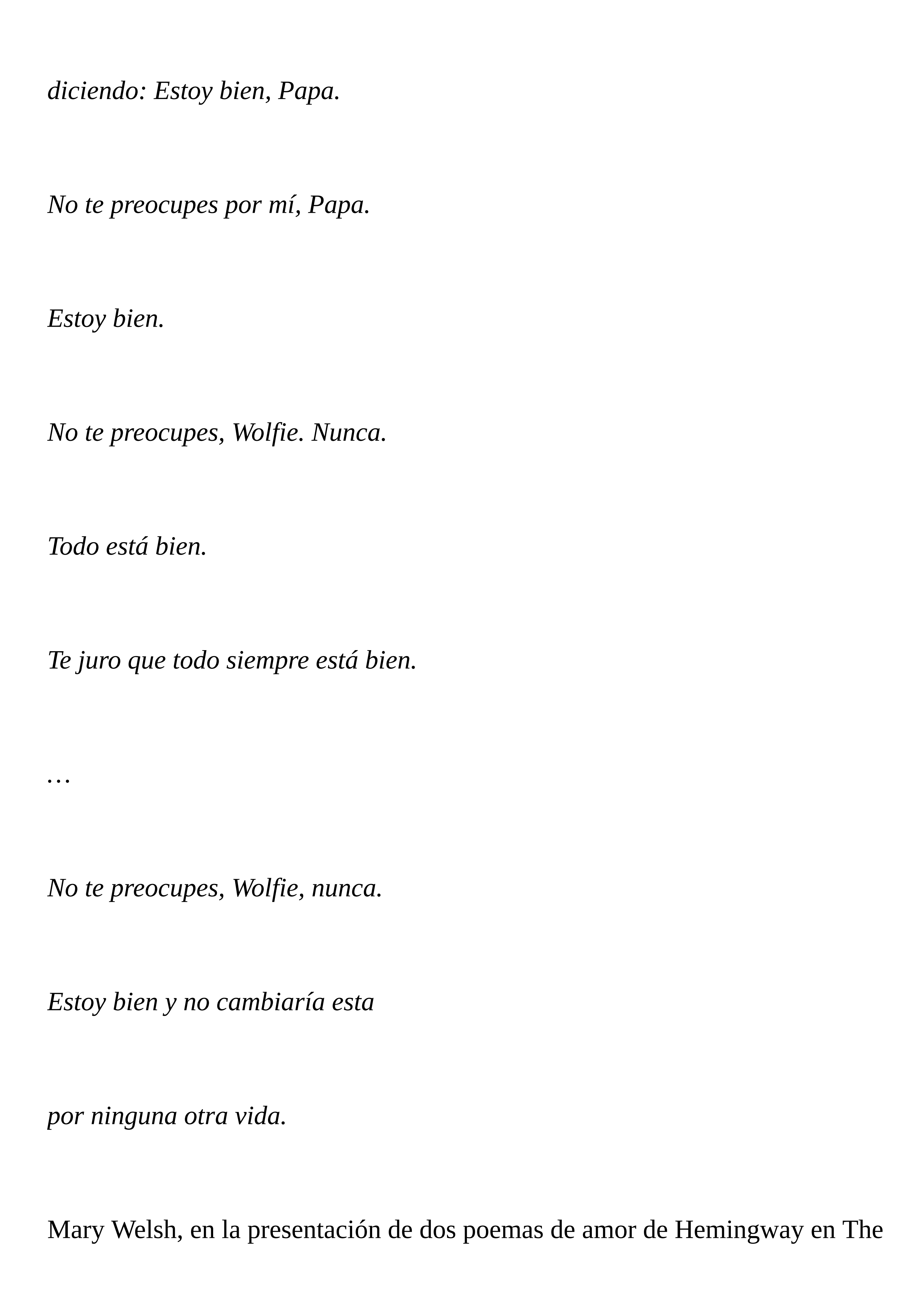
*... extraño a Paxtchi,*

*que quitó el blindaje de su cabina*

*para que ella [la nave] maniobrara mejor en el mar*

*… a Wolfie en el puente volante,*

*temblorosos los músculos de las mejillas,*



*diciendo: Estoy bien, Papa.*

*No te preocupes por mí, Papa.*

*Estoy bien.*

*No te preocupes, Wolfie. Nunca.*

*Todo está bien.*

*Te juro que todo siempre está bien.*

…

*No te preocupes, Wolfie, nunca.*

*Estoy bien y no cambiaría esta*

*por ninguna otra vida.*

Mary Welsh, en la presentación de dos poemas de amor de Hemingway en The

Atlantic Monthly, en 1965, dice que su esposo «compartió el financiamiento de esta empresa [la lucha antisubmarina] con Winston Guest». Añade que una vez vieron un submarino Modelo 740 y lograron acercársele a algo más de un kilómetro y medio. El submarino tomó un rumbo noroeste para dirigirse al río Misisipi, según se enteró después la tripulación del Pilar. Cerca de Nueva Orleans desembarcó a varios hombres. Los dispositivos de radioescucha del Pilar detectaron otros dos submarinos, que quizás fueron destruidos por otras fuerzas, pero «el sueño de Ernest de entrar en combate nunca se realizó».

El guerrero de otros tiempos, Winston Guest, terminó sus días como un oscuro magnate dedicado al negocio de la aviación. The Observer's Aircraft Directory, de William Green, decía en 1961 que «Guest Aerovías de México, S. A. es la más pequeña de las tres líneas internacionales mexicanas», y que tomaba el nombre de su fundador, Winston Guest.

Herrera Sotolongo no tiene la menor idea sobre el parentesco de Guest con Churchill, pero sí sabe que era agente inglés... Lo describe «rubio, más bajo que yo [alrededor de un metro ochenta de estatura], muy atildado y muy pedante…».

Otro de los personajes de la belicosa tripulación del Pilar en la vida real respondía a varios nombres: Juan Duñabeitía, Sinsky y Simbad el Marino eran la misma persona. Era capitán de barco y había estado trabajando en la García Line que luego se unió a la Ward Line. La compañía tenía los pocos barcos mercantes que poseía Cuba, y cuando sus propietarios se los llevaron en 1959 para Estados Unidos, a principios de la Revolución cubana, Simbad no quiso irse con ellos y se quedó en la isla, aunque sin trabajar, hasta que decidió regresar a España antes de agotar sus reservas, y con sus ahorros puso una tienda de efectos marítimos en Bilbao. Era mayor que Hemingway y un gran amigo suyo. Desde España le escribió a Herrera Sotolongo algunas cartas. Un buen día dejó de hacerlo y finalmente este supo que había muerto. El médico se quedó con toda la documentación que Simbad le había dado a guardar. «Realmente no sé a quién enviársela. Probablemente la queme», dice.

Cuando la operación de la CIA en Bahía de Cochinos, en abril de 1961, los siguientes barcos fueron utilizados para invadir a Cuba: Caribe, Río Escondido, Atlántico y Lake Charles, buques que Simbad había capitaneado. El Río Escondido perteneció en una época a uno de los Somoza de Nicaragua, y tenía unas 2 000 toneladas de desplazamiento. Hemingway se había quedado asombrado por el lujo del camarote del capitán cuando lo vio por vez primera; no se correspondía con el resto de la embarcación. El Atlántico, que era el barco preferido de Sinsky, navegó en último lugar en el convoy de la CIA el día del desembarco de la brigada mercenaria 2506 en territorio cubano. Otro marino que frecuentaba la casa de Hemingway, un tal capitán Zenón, era el comandante del Atlántico aquella mañana de 1961. Zenón se hallaba en su puente de mando y traía el buque a media máquina, al enfilarlo hacia la boca de Bahía de Cochinos; de repente se percató del bombardeo. Vio los aviones en picada. Algunas barcazas de desembarco se estaban hundiendo en medio de la bahía; las columnas de humo negro y espeso desaparecían junto con las barcazas. Vio, además, algo que le pareció increíble: el Río Escondido, que transportaba material logístico, incluidos tanques de combustible de aviación, estalló como una bomba atómica. Entonces decidió que había visto bastante. Se negó a entrar en Bahía de Cochinos. Ordenó salir de allí a todo trapo. Fue ese un día sangriento e interminable para muchos cubanos. Fue también el día que las máquinas del Atlántico demostraron que eran capaces de alcanzar una velocidad para la cual no las fabricaron. Esos pistones y esa propela se movieron como nunca antes. El buque se alejó de la zona de guerra, ganó el mar abierto y le dio la vuelta a Cuba por el cabo de San Antonio. Ancló en Miami con su carga de guerra intacta: un centenar de mercenarios que no entraron en combate y que vitoreaban al capitán como un héroe, mientras el telegrafista de a bordo recibía repetidas veces un mismo mensaje enviado por la jefatura de la brigada. Un mensaje en clave: «El pez es necesario en casa». Es decir, que el Atlántico debía regresar a Bahía de Cochinos. Zenón nunca más volvió a navegar. Tenía fama de ser tacaño. Ernest Hemingway se burlaba de su cicatería. «Estoy escaso de plata, capitán —decía el escritor—. ¿No pudiéramos convenir un préstamo hasta el próximo Premio Nobel?». El buque Charles M., de la García Line, recodificado Houston por la CIA para su operación de desalojo de Fidel Castro, permanece encallado desde el inicio de la invasión, dos días antes, al haber sido inutilizado por la aviación fidelista. El batallón de refuerzo, que nunca puede entrar en combate, está a bordo. La batalla en tierra ya ha terminado y Fidel Castro acaba de hacerse con una victoria absoluta. Entonces ordena emplazar un tanque T-34 y un cañón autopropulsado SAU-100 en la playa para dedicar este mediodía a practicar su puntería contra la inanimada embarcación, él, el vencedor,

personalmente.

Al final, la flota de los habitués de Finca Vigía se convierte en el símbolo de la humillación americana. La espesa columna de humo negro que brota del Houston es la fotografía de mayor representatividad de una derrota y ha aparecido por centenares en pósters y carátulas de libros.

La CIA sufragaba.

* * *

Antonio, el de Islas en el Golfo, le dice a Thomas Hudson: «Alguien quemó las chozas. Alguien trató de apagarlas y hay cadáveres entre las cenizas. No se huelen aquí, a causa del viento». Hudson pregunta: «¿Cuántos cadáveres?». Respuesta: «Contamos nueve».

Había alternativas, cambios de personas, pero siempre, aunque quizás de modo casual, hubo nueve empleados en Finca Vigía; entraban unos, salían otros. Cuando Lillian Ross visitó Finca Vigía a fines de los años cuarenta, con el fin de entrevistar a Hemingway para su «retrato» en The New Yorker, calculó que la casa estaba a algo menos de 15 kilómetros de La Habana, y contó en ella: «una esposa, una servidumbre compuesta de nueve empleados, cincuenta y dos gatos, dieciséis perros, doscientas palomas y tres vacas».

En Islas en el Golfo, donde Hemingway compara sus casas con embarcaciones, dice que, en la nave de Thomas Hudson, cuando se hace a la mar, la tripulación es de nueve hombres. Nueve son los cadáveres encontrados por la tripulación en el cayo de la masacre y, por supuesto, nueve son los alemanes náufragos del

submarino alemán. Esos nueve cadáveres presagian el destino de todos ellos, y se hace necesario para Hemingway, en esta novela de exorcismos y conjuros, equilibrar sus fuerzas combatiendo con una fuerza igual en número. Cuando luchan contra los alemanes no pueden ser ni superiores ni inferiores. La tripulación al mando de Hudson dispone de alguna ventaja en armamentos, pero los alemanes tienen a su favor el tiempo y la serenidad de sus juicios surgidos de una máquina guerrera perfecta.

A su hermano Leicester, cuando se lo encuentra en Londres un poco antes del Día D, le menciona los nueve hombres de su tripulación y el propósito que lo había llevado a redactar una patente de corso «como en los viejos tiempos».

Pero los nueve tripulantes auténticos del Pilar en su época de «cazasubmarinos» no pasaron de forma automática a las páginas de la novela. Hubo combinación de personajes y anécdotas. También omisiones. Solo el número se mantuvo invariable.

**Operación Friendless**
**ERNEST MILLER HEMINGWAY**
**WINSTON GUEST (WOLFIE), segundo de a bordo, oficial ejecutivo, millor**
**JOHN SAXON, telegrafista asignado por la embajada americana. «No muy**
**GREGORIO FUENTES**
**FRANCISCO IBARLUCIA («PAXTCHI» O «PACHI»), jugador de jai alai**
**JUAN DUÑABEITÍA (SINSKY O SIMBAD EL MARINO) DINE, vasco, fue**
**Sin homólogos en la novela**
**FERNANDO MESA, exiliado catalán, camarero en Barcelona. «Pobre de fís**
**LUCAS. Cubano, «cuyos orígenes permanecen oscuros», según Baker. «Se p**

---

* Destructores.

** Víveres.

* Lanzamientos.

* Fábrica de maleantes.

* Es conocido que las relaciones con su jefe, el secretario de Estado, Cornell Hull, eran comúnmente tirantes. Hull, por su parte, sería el secretario de Estado de mayor estadía en el cargo, de 1933 a 1944.

* Manipulado.

## 19

## El mar en la ausencia

*No importa si un hombre tiene un lugar adonde ir.*

*No importa siquiera si ese lugar existe.*

*En realidad, lo que duele al hombre es el recuerdo.*

WILLIAM FAULKNER: LA MANSIÓN

La tercera parte de Islas en el Golfo, «En alta mar», relata la cacería de los submarinistas nazis náufragos. Se ha hundido un submarino y sus sobrevivientes intentarán acercarse a las costas cubanas. Al inicio del relato, Thomas Hudson y Antonio están en el puente del Pilar. Observan una playa que, por suposición, debe corresponder a cayo Guinchos o Jumentos, y no ven por ninguna parte a los tortugueros. Una mala señal. Desembarcan en el cayo con el fin de aprovisionarse de agua y buscar algún rastro. Encuentran los cadáveres de los tortugueros y el de un alemán. Además, faltan dos barquitos. Thomas Hudson saca en conclusión: los náufragos se dirigen al sur. Es preciso capturarlos antes de que se internen en la cayería al norte de Camagüey y alcancen las costas de la isla y luego la Carretera Central. Esto significa un probable escape, porque, una vez en La Habana, los alemanes podrían ser introducidos en un barco español con rumbo a Europa.

La acción contra los alemanes comienza en un lugar impreciso, un cayo que no puede ser ubicado con exactitud, y termina con un combate en un canalizo que tampoco puede encontrarse, porque ese sitio no existe. Las otras referencias son

reales. Al igual que Conrad, que alteró el curso del río Congo en El corazón de las tinieblas para acomodarlo al ominoso viaje de Marlow, Hemingway varía la posición del islote de los tortugueros y el canal donde se registra el encuentro final de los nazis y sus perseguidores. No era la primera vez que Hemingway recreaba literariamente un paisaje. Sheridan Baker, en un ensayo acucioso, señala que no encontró en Petoskey el escenario que Hemingway describe en su cuento «El gran río de los dos corazones»; sobre todo, la tierra chamuscada, ya que nunca se había producido un incendio en esa región.

Hemingway describía con detallado realismo, pero su minuciosa descripción obedecía a necesidades internas de su relato y no a un deseo de captar literalmente una geografía determinada. Realidad y ficción se combinan para crear el arte hemingwayano.

Si se examina la carta náutica y si se recorren los canales que llevan a la gran bahía interior de Buena Vista, puede comprobarse que no existe un canalizo semejante al que aparece al final de Islas en el Golfo. Pasa Baliza es el único lugar probable para ubicar el sitio donde cae Thomas Hudson. Es un estrecho abierto entre el mangle, que lleva hasta un poblado costero, Punta Alegre, donde hay un central azucarero inmenso, con dos torres. Sin embargo, Pasa Baliza es un canal demasiado ancho y sin playas; no es un buen punto para tender emboscadas.

El archipiélago de Camagüey es un cayerío duro, de islotes desproporcionados e irregulares, como marcas de viruela en la cara de un mapa. Al norte, los cayos terminan en playas de plata y, al sur, en el lodazal del mangle; los carboneros armaban las pirámides de sus hornos en el centro mismo del territorio, por lo que de noche un navegante no avisado podía confundir los cayos con un volcán. Thomas Hudson y su dotación de cazasubmarinos buscaban en este escenario a un enemigo invisible. «Vendremos alguna vez al terminar la guerra», dice Hudson en la novela. Casi cuarenta años después de la gestión bélica de Hemingway, Gregorio Fuentes, un fotógrafo y un escritor recorrieron la zona, tomando Islas en el Golfo como carta náutica. Solo las construcciones de

campaña de algunos puestos de guardafronteras y los escasos ranchos de pescadores alteran ahora el paisaje que contempló la tripulación del Pilar. Sin embargo, para quien lo visitó entonces el archipiélago sí ha cambiado. «Está —dice Gregorio— aburrido».

Gregorio regresó como invitado de honor. No tuvo que gobernar el barco ni preocuparse por los quehaceres de la cocina. Llevaba puesto su mejor traje y un sombrero de Panamá, muy a la moda de los años cuarenta. Creyó oportuno cargar con su prótesis dental, por si se presentaba alguna ocasión solemne, pero no tuvo que utilizarla. Había llevado una maleta enorme, pesada, que Dolores, su mujer, le preparó con paciencia infinita: zapatos, calcetines, pañuelos, camisas de vestir, como si fuera a viajar al extranjero. «Pórtate bien y escribe», le había dicho a su esposo al despedirse en el portal de su casa de Cojímar. En cambio, las pertenencias del fotógrafo y el escritor —incluidos cámaras, películas, tabaco y ron— cabían en una pequeña mochila de plástico. Para ellos era un poco decepcionante que el viejo combatiente utilizara una maleta de esas dimensiones y contenido. «Vuelvo pronto», le había dicho Gregorio a su mujer. «No te preocupes demasiado».

Cayo Romano en la derrota. El buque es una pequeña unidad de caza de guardafronteras, un antiguo yate de lujo convertido en nave de combate por obra y gracia de la guerra. En los primeros años de la Revolución eran las únicas embarcaciones que podían competir con las lanchas veloces de la CIA. Se les instalaban ametralladoras calibre 50, se les daba una capa de pintura gris y se las enviaba a combatir. A Gregorio Fuentes esta historia le resultó absolutamente comprensible; él y el Pilar habían emprendido misiones similares durante los días de la guerra.

Para llegar a cayo Romano, el más largo del archipiélago y primera escala del itinerario, se cruzó por la boca de Punta Prácticos hasta alcanzar el faro de Maternillos, en cayo Sabinal. Después quedó atrás cayo de la Guajaba, a unas cinco horas de navegación. A la altura de Romano, lugar donde en el siglo XIX se vendía muy buena carne de caballo a los comerciantes de la capital, se

recorrió despacio el Canal Viejo de Bahamas. «Navegue con la puntita de los pies, que es un paso peligroso», recomendó Gregorio al timonel, un muchacho vestido con uniforme verde olivo. La embarcación enfiló rumbo nordeste.

El puerto de Nuevitas se alejaba por la popa. «No me había fijado antes en esas industrias», había dicho Gregorio en la ciudad, camino de la bahía. «Me está fallando la memoria». Pero la memoria de Gregorio no podía recordar lo que no había existido en su época; esas industrias son de reciente construcción.

Cayo Romano surge ahora por una de las bordas del Pilar en las páginas de Islas en el Golfo:

Habían vivido por temporadas tanto tiempo a la vista de ese largo y extraño cayo lleno de jejenes y conocían tan bien una parte de él y habían penetrado allí, guiados por sus puntos de referencia, tantas veces, en malas o buenas circunstancias, que siempre lo emocionaba [a Hudson] avistarlo o perderlo de vista. Ahora estaba ante él, más pelado que nunca, sobresaliendo como un desierto con matorrales. Había caballos salvajes y ganado cimarrón y puercos jíbaros en ese gran cayo, y se preguntó cuánta gente habría tenido la ilusión de colonizarlo. Tenía colinas ricas en pastos y hermosos valles y excelentes zonas arboladas. Ya una vez había habido una colonia llamada Versalles, donde unos franceses habían hecho el intento de vivir en Romano. Ahora todas las casas de madera estaban abandonadas, excepto la única casa grande, y una vez, cuando Thomas Hudson entró allí a cargar agua, los perros estaban acurrucados junto a los puercos, que se habían enterrado en el barro, y tanto los perros como los cerdos se veían grises a causa del tupido manto de mosquitos que los cubrían. Era un cayo maravilloso cuando el viento del este soplaba noche y día. Entonces se podía caminar dos días seguidos con un fusil y se estaba en buena tierra. Era un territorio tan virgen como cuando Colón llegó a estas costas. Pero en cuanto el viento amainaba, los mosquitos avanzaban en nubes desde los pantanos. Decir que venían en nubes no es metáfora. Venían realmente en nubes y podían desangrar a un hombre hasta matarlo.

La navegación resulta complicada en la zona interna del cayerío, donde las cartas marcan regularmente zonas de apenas dos pies de agua. Si se tiene un accidente hay que arreglárselas como mejor se pueda, sin esperar ayuda, porque por allí ya no vive casi nadie. Al triunfo de la Revolución estos cayos se despoblaron. Sus antiguos habitantes fueron a probar fortuna a tierra firme, donde las condiciones de vida eran cada día mejores. Solo en cayo Romano se mantiene habitado el pequeño caserío llamado Versalles. En él viven tres familias. En la punta del cayo hay una casa de madera, con techo de cinc. Ahí viven Alcides Fals Roque y los suyos.

La embarcación fondea a unos 100 metros de la playa, en un sitio nombrado Punta de Mangle. «La familia del viejo Fals debe de estar en la casa», dice el timonel del guardafronteras. «Tienen las redes caladas». Y recorre el paisaje a través de unos Carl-Zeiss. «En aquella punta hay peje», dice sin despegar los ojos de los binoculares. Media docena de muchachos con uniformes verde olivo, los tripulantes de lo que ellos llaman «el buque», observan en silencio la incomprensible actividad de Fuentes y sus dos acompañantes.

Aunque viajan en una unidad de guerra, las guerras se acabaron. Pero no importa. Se mantienen a la expectativa como si fueran a desenterrar un tesoro, a encontrar algo olvidado en esos cayos, algo tal vez definitivamente perdido que nadie había buscado antes. La novela de Hemingway era la carta secreta, la única referencia. Y estaban a punto de hallarlo. Pronto se encontrarían con el mundo perdido cuarenta años atrás, con los escenarios del viejo Papa. Gregorio estaba presente, pero era como un personaje más de la novela, absorto y deslumbrado en el filo de la frontera entre la realidad y la fantasía. «Gregorio, ¿se siente usted mal?», le preguntó el escritor. «No es nada, muchacho, estaba dormido». Tal vez había querido decir que estaba soñando.

Alcides Fals Roque vive en cayo Romano desde hace más de medio siglo, en la misma casa de maderas renovadas que fue creciendo en igual proporción a las necesidades. Agregó nuevas dependencias, habitaciones, según tenía hijos, y luego la siguió ampliando según sus hijos se fueron casando. Trabajó con las

maderas del cayo, unos tablones porosos y astillados. Las hojas de cinc para el techo las compró en Nuevitas. Desde hace quince años Alcides tiene un nuevo entretenimiento: embellecer las paredes de su casa con carátulas de revistas, en cromo y a todo color. Las primeras imágenes que adornaron la sala fueron las fotografías de Fidel Castro y Ernesto Guevara. Esta casa es la única que puede divisarse desde el Canal Viejo de Bahamas, incluso a la distancia de una milla náutica. Si se barre el litoral con los Carl-Zeiss del ejército, se pueden ver con nitidez los cocoteros del patio de los Fals y las estacas de madera enterradas en el agua, a modo de balizas. «Esa casa es todo un faro», sentenció Gregorio y volvió la vista al horizonte. Una bandada de gaviotas volaba de regreso a tierra firme.

**[2]**

Se entienden bien. Son pescadores. Pero Gregorio se conserva mucho mejor que Alcides. Gregorio está fuerte todavía. Tiene arrugas y la piel cuarteada, pero sus músculos siguen compactos: «Es que he pasado 70 años en el mar». Pero el mar de Gregorio no es exactamente igual al mar de Alcides. Es un mar a bordo del Pilar y con el salario desahogado que recibía de Papa. Alcides es veinte años más joven que Gregorio, «pero estoy gastado, se me ha jorobado el esqueleto». Gregorio está bien vestido, con su gorra de béisbol que ha sustituido el sombrero de Panamá impecable. Alcides tiene una gorra militar a la que le ha puesto un forro rojo en la visera. Gregorio habla con voz limpia, segura, a veces infantil; Alcides tiene la voz ronca, quebrada, como si se le trabara con algo en la garganta. Presenta con nombre completo y dos apellidos a cada uno de los miembros de su familia. Empieza por las mujeres y, luego del cumplido, cada una de ellas se va retirando hacia el fondo de la casa; unas, a preparar una colada de café, otras a buscar agua de coco. Solo la esposa de Alcides se queda en la habitación, planchando unos pantalones recosidos.

—Nosotros estábamos por aquí hace muchos años, con un barco prieto que tenía dos varas largas salidas a los costados —dice Gregorio. Alcides entrecierra los ojos, buscando la imagen en su archivo personal de recuerdos. Gregorio repite:

—Un barco prieto con dos varas.

—Pero ese barco no era solo de pescadores —dice Alcides—. Cómo no, lo recuerdo bien, un barco prieto que llevaba americanos arriba.

—Ay, por Dios —exclama la mujer—, yo me acuerdo también; era una niñita entonces...

—Se llama Zoila Marina. Su madre, nos cuenta, lavaba la ropa de aquella tripulación cuando tocaban Versalles.

Por aquellos años, Alcides, su esposo, era un muchachón que la enamoraba con cierto desenfado y Gregorio era un hombre mayor. Un guerrero. Alcides y Zoila tienen diez hijos. «Tres militantes del partido y un guardafronteras», precisa Zoila. Gregorio también recuerda que venía aquí con Winston Guest a traer la ropa. «Un americano grandote y colorado», corrobora Zoila. «Él traía el bulto de ropa».

—¿Cuánto tiempo hará de eso? —pregunta Alcides con un poco de nostalgia. Gregorio lo mira cara a cara.

—Un montón de años —dice. Las mujeres ofrecen el café. Gregorio deja su taza sobre la mesa.

—¿Usted no toma? —pregunta Zoila respetuosamente.

—Yo lo prefiero frío —responde Gregorio.

La nave de Thomas Hudson fondea en cayo Confites:

El sol quedaba a sus espaldas y fue fácil encontrar el primer gran paso entre los arrecifes y luego, casi rozando los bajíos y los cabezos de coral, llegar a la ensenada de sotavento. Había una playa arenosa en forma de media luna; la isla estaba cubierta de pasto seco de este lado y era rocosa y chata del lado de barlovento. El agua estaba clara y verde, y Thomas Hudson se acercó al centro de la playa y ancló con la proa casi contra la costa. El sol estaba alto y la bandera cubana ondeaba sobre la choza del radio y las construcciones auxiliares. El mástil de señales se veía desnudo en el viento. No había nadie a la vista y la bandera cubana, nueva y limpia, restallaba al ser batida por el viento.

Gregorio y sus acompañantes fueron a cayo Confites bajo una espesa turbonada. La tarde se fue oscureciendo con rapidez. Un vigoroso viento del oeste batía sobre la costa norte y fue empujando los cúmulos hacia otra zona. Lástima que logró despejar el cielo cuando ya casi era de noche. Gregorio estaba sobre la cubierta del guardafronteras. Treinta y cinco años atrás había aquí una estación naval, que se recrea en Islas en el Golfo. Allí se abastecía el Pilar. Había puercos, guanajos, pollos. Una embarcación llamada La enviada traía el hielo. «Papa desembarcaba aquí con un ánimo del carajo, como si fuese dueño de todo esto», asegura Gregorio. Pero en 1974, de aquel Confites solo quedaba el trazado de viejos jardines, hoy enyerbados. La playa donde una vez desembarcaran Hemingway y sus hombres ha cedido, dejando al desnudo las rocas. Gregorio está molesto, como si alguien fuera responsable de que el cayo perdiera terreno. Dice: «Antes había muchas matas. Ahora está pelado. Antes había palmas y ahora no queda ni una. El cayo está viejo». Pero el cayo tiene siete pinos. Ni más ni menos. Fueron sembrados por Hemingway en 1943. «Cojones —dice Gregorio—, si el viejo supiera que sus pinos están aquí».

Cuando Gregorio regresa al barco guardafronteras, añade: «Hubo una vez un

mercante que encalló frente a Confites, que se convirtió en una de las marcas que teníamos para acercarnos a la costa». Se llamaba Colabí. De aquel pecio solo queda una plancha metálica, porosa, difícil de identificar, abandonada en la playa desierta. Luego le dice a sus acompañantes: «Abaniquen, caballeros». Es su sugerencia para espantar mosquitos y no llevarlos a bordo. Esa noche Gregorio fue el hombre más feliz del mundo. Le habían cedido un AKM para que disparara y le habían entregado el timón del buque guardafronteras para que lo guiara. Y así lo hizo. Estaba conversador, en confianza, dueño y señor de la situación. Bebió ron. El teniente Humberto Pascual, jefe de la embarcación, le dijo: «Viejo, usted es un barómetro, un marino de verdad. Se pasa la vida observando el tiempo. Se le puede confiar el barco a ciegas. Usted es desconfiado, y por eso va a durar mucho». «¿Como los pinos de Papa? —pregunta Gregorio, y se ríe solo y se responde—. Eso es, como los pinos de Papa».

Pero esa noche se mostró ofendido porque en Islas en el Golfo se toma a broma su doble condición de piloto y cocinero. En un momento de la novela, Willie, el lejano alter ego de John Saxon, se burla de esto. Considera impropio que en un buque de guerra, o en un barco de cierta distinción, el piloto sea también cocinero. Entonces Thomas Hudson le riposta: «Sabe más del manejo de barcos pequeños que todos nosotros juntos, incluyéndote a ti».

Gregorio conocía la novela de oídas. Hubo que contarle las partes en que se le mencionaba, y explicarle que donde decía Antonio, se debía leer Gregorio. El sentimiento de bienestar era completo para todos a bordo de aquel buque que navegaba a la altura de la costa norte de Camagüey. No siempre es posible llevar a un personaje literario al escenario de su historia.

Gregorio Fuentes desembarcó nuevamente al día siguiente en el faro de Paredón Grande, de color amarillo y negro cuadriculado. En la novela, Antonio va en busca de información. Ahora lo vuelve a hacer: «Esto está igualito, compadre. Si acaso aquella casita al fondo es nueva».

El faro alumbra una zona de mucha navegación del Canal Viejo de Bahamas. En la época de la aventura de Hemingway tenía instalado un foco de 1 000 vatios que alcanzaba 56 kilómetros. Ahora, abarca unos 24 más, pues posee un foco de 1 500 vatios.

Sobre la puerta de entrada del faro hay un triángulo a modo de inscripción que reza: «Año 18...», pero los últimos dos números son ilegibles, y debajo dice: «Diego Velázquez». El faro tiene ciento veinte años. Pero durará cien años más, según los técnicos. Es de hierro. «El de Maternillos tiene la escalera de bronce, y los pasamanos, y parece de oro», recuerda Gregorio. «A Papa le gustaba el agua de aljibe que tomábamos aquí en Paredón Grande, y le gustaba ir a Maternillos. Pero no todo fue viento en popa y a toda vela. Recuerdo que entre Media Luna y Guillermo nos varamos».

A esto responde el teniente Pascual, conocedor de esos parajes: «Sí, lo más seguro es que se hayan varado allí».

Es cierto que encallaron. La experiencia se utilizó en Islas en el Golfo. El episodio se describe con una mezcla de frustración y de alivio:

Desde que vararon se había sentido, en cierto modo, salvado. Cuando vararon, había sentido el pesado y sordo topetazo del barco como si él mismo hubiera sido golpeado. Enseguida supo que el lugar no era rocoso. Pudo percibirlo en las manos y a través de las plantas de los pies. Pero la encalladura había sido para él como una herida personal. Luego vino la sensación de tregua que trae una herida. Seguía teniendo la sensación de esa pesadilla y de que todo había ocurrido antes. Pero no había ocurrido de este modo y ahora, varado, sentía la tregua momentánea. Sabía que era solo una tregua, pero se relajó lo mismo.

Hemingway describe Media Luna como un cayo alegre, que le proporcionaba

felicidad. Thomas Hudson toma el cayo como punto de referencia para guiar su nave hacia la Pasa de Contrabando, un estrecho canalizo con profundidad suficiente para llevar su nave, y solo conocido por los pescadores. Hudson buscaba con sus binoculares la quilla de un barco semihundido, un pecio, de los tantos que abundan por allí, cuando chocan con la llamada restinga o el seco. En los mapas, el pecio está marcado. Cuando llegaron, a bordo del buque, Gregorio Fuentes, el fotógrafo y el escritor no lo hallaron, por más que lo buscaron con los Carl-Zeiss. Era la primera inexactitud de la novela. Gregorio y el escritor fueron en un bote de remos a recorrer la zona. Gregorio iba remando. Se alejaron del guardacostas, dieron media vuelta —como se indica en la novela—, pero sin éxito. Gregorio no recordaba. «Ya se lo dije: la memoria me está fallando». Los remos de Gregorio chocaron con unos hierros y el escritor se lanzó al agua. No era profunda. La arena blanca y finísima. Vio entonces una viga de acero, una caldera, pedazos de barcos a flor de agua, invisibles a primera vista. Treinta años puede ser mucho tiempo, incluso para un casco viejo. «Ya yo se lo había dicho: si Papa lo dice en su libro póngale el cuño que es verdad».

**[3]**

Gregorio hizo algunos relatos de sus viajes por la zona. Uno de ellos tenía que ver con un pescador que había encontrado a la deriva, moribundo, en la corriente del Golfo. Según recordaba, avistó el bote y se aproximó con el Pilar; el resto de la tripulación en estado de alerta. Hemingway le preguntó al piloto por encima del hombro: «¿Qué será esto, Grigorine? ¿Qué pasará ahí?»; Gregorio le respondió que había que llegar primero y averiguar después. Encontraron a aquel hombre con un pie atravesado por un peje, «una aguja», según creían. Hemingway, de inmediato, proporcionó una botella de whisky porque los dolores del hombre se hacían insoportables. Un pie atravesado y sin recibir atención médica durante horas, bajo el sol, en un bote sin gobierno.

El punto más cercano era Nuevitas, a unos 160 kilómetros de distancia. En el bote tortuguero, no había posibilidad de llegar. En el Pilar, por su volumen y tripulación, tampoco. Hemingway se viró hacia Gregorio y preguntó: «¿Qué tú

crees que se pueda hacer?». Gregorio dijo: «Me voy en el auxiliar por el interior de la cayería. Trataré de llegar en unas 10 horas». «Andando, Grigorine», dijo Hemingway.

Gregorio sube a bordo del auxiliar, un botecito con motor, lo va desamarrando; le montan al herido. Hemingway le entrega otras tres botellas de whisky. La primera el hombre se la ha tomado de un tirón, sin respirar, y lo ha dejado grogui. «Ese hombre necesita beber», aprueba Hemingway. «No tiene alternativa». Todos son bebedores de aguante, pero observan con admiración cómo ese hombre coge la botella en sus manos, con el rostro contraído por el dolor, y se la bebe de un tirón.

Gregorio toma el rumbo de la cayería con el hombre medio adormecido. Ahora recuerda los ojos vidriosos del herido, su descontrol. La única medicina que tiene a bordo son las botellas. Se va quejando y adormeciéndose más y la pierna cada vez más hinchada. Gregorio le ofrece más whisky. Ahora no se lo toma de un tirón, sino a sorbos, aunque grandes, y Gregorio, que también necesita de un poco de combustible para navegar, lo ayuda un poco. No queda una gota y han lanzado las botellas por la borda cuando se avista el muelle de Nuevitas. Hay una ambulancia del ejército norteamericano esperando. Los del Pilar avisaron «por fonía» unas diez horas antes.

Montan al hombre en la ambulancia. Pero antes el pescador ha tenido tiempo de alargarle la mano a Gregorio como muestra de agradecimiento.

Desde aquel entonces Gregorio no había vuelto a Nuevitas. La conversación se encamina hacia los destinos de los viejos pescadores de la época de la guerra. Un oficial de guardafronteras propone visitar a uno de ellos.

Miguel Montenegro Roque es un hombre de ochenta años. Navegó por la zona

donde deambulaban los submarinos alemanes en la Segunda Guerra Mundial, pero puede ofrecer poca información sobre aquellos tiempos, porque su senilidad no le permite coordinar los pensamientos. Entonces, desde el fondo de la casa, viene otro pescador, para atender a los imprevistos visitantes. Es un hombre sólido, de baja estatura, que arrastra los pies. Cojea. Dice que lo disculpen pero que no esperaba a nadie. El oficial de guardafronteras cuenta que estaban dando una vuelta y que se les ocurrió pasar por allí, solo eso. Que acá, señalando para Gregorio, es un viejo pescador y marino que estuvo por esa zona en la Segunda Guerra Mundial y que está dando una vuelta con los periodistas (el fotógrafo y el escritor) para «un documental» sobre aquella época.

José Roque, de 63 años, al que llaman Felo, se sienta con cierta dificultad a causa de su cojera. Se queja: «Ah, esta artrosis en mi rodilla». Luego dice que él es un viejo nuevitero, pescador por esos años, pero lamenta que la pesca no sea igual, porque los quelonios —los careyes— están disminuyendo. «Eso es verdad —confirma Gregorio—, la pesca ha bajado mucho».

—El problema es que se está utilizando un hilo que es una maravilla —dice Felo Roque—. Hilo cabrón, español. Peje que lo toca, peje que se jode.

—Es que se pesca mucho —dice Gregorio. Está hablando y, como siempre, parece mucho más joven que los otros pescadores.

—Es que son muchos los pesqueros. Antes había solo dos, tres o cuatro pesqueros. Los pesqueros esos eran Punta de Piedra de Sabinal, Punta de Ganado, Aguada del Inglés, cayo Romano, El Mangle, otro en el cayo Cuajaba.

Estos eran los pesqueros a la altura de los cuales navegaba el Pilar en su aventura antisubmarina. Ellos tomando su ron y sus tragos y sirviendo o intentando servir de carnada para capturar alemanes, mientras los humildes

pescadores del norte de Camagüey se mantenían en su labor permanente. «Se coge mucho», dice Felo Roque. «El peje se agota. Se cogen hasta los huevos de los quelonios».

Roque recuerda la época en que pescaba en la Segunda Guerra Mundial: «Vendíamos la libra de concha de carey a 40 centavos. Muy barata. Nada valía nada».

Se le pregunta sobre las características de un bote tortuguero, de los que navegaban por la zona al principio de la década de los cuarenta.

Hemingway, en su novela, especifica que el esquife capturado por los alemanes era un bote tortuguero.

Continúa Felo Roque:

Bueno, el tortuguero era un barquito de vela, pero de una sola vela. No es un barco de máquina. El Canario, de Alcides Fals, era uno de esos. El tortuguero es un barco todo abierto, sin corredores. Más cómodo para trabajar por todas las bandas. Se le hace caminar a vela y remo. Uno puede recobrar. Enredamos la presa en el paño. Con las redes. Calamos la red, desde el canto del veril hasta cerquita del arrecife: 200, 250 brazas [unos 360, 460 metros] de red, y llevamos una cajita de cristal para ver.

Uno trataba de coger vivo el animal. Los más chiquitos pesan entre 40 y 50 libras [18 y 23 kilos]. Pero los hay de entre 200 y 400 libras [90 y 180 kilos]. Por lo menos, la tortuga y la caguama. La caguama es de concha oscura y muy fina. La tortuga es pintada, muy fina también. El carey es más nervioso, pero lívido.

Mi bote tenía 18 pies de eslora [5,5 metros] y una tercera de ancho. Un solo palo. Una vela de botalón. Le amarraba el palo para trabajar. Sin ancla, por supuesto. Y sin caseta. Y uno bajo el sol. Vivíamos en el pesquero. No llevábamos cocinita a bordo. La red se echa nueve días. Se usaba cáñamo español, y luego un algodón muy malo. Vivíamos en una casita de saco. Cocina de carbón o leña en el cayo. Comíamos arroz, pescado, carne de quelonio y café. Un poco de ron para regular el cuerpo.

Es un buen momento para que Gregorio descorche una botella. La abre, diestro, con una cuchilla de bolsillo. Comienzan a beber.

—Y usted, ¿pescaba también por esta zona? —pregunta Roque.

—Pesca, lo que se dice pesca, no. Yo estaba en una misión.

—¿Qué tipo de misión era esa? Si me perdona la frescura.

—Estábamos en una misión científica —explica Gregorio—. Teníamos un barco prieto que hacía investigaciones científicas.

—A lo mejor ustedes se toparon alguna vez por ahí —aclara el escritor.

—Yo vine por acá en un barco negro. El Pilar.

—Un barco prieto —dice Roque y mira insistentemente a Gregorio—, un barco prieto y fuerte. Un barco ancho, con dos varas por las bandas, que parecían dos pelos de langosta. Un barco lleno de americanos, con un patrón que era de Islas Canarias. Un tipo fuerte que era millonario. Y otro rojo, barbudo, que le decían El Americano.

—Ese era mi barco —dice Gregorio—. Y yo era el canario.

—Ah, carajo —dice Felo Roque—. Ay, cojones —dice—. La puta vida —dice —. Así que eran ustedes.

—Hace 40 años que nos fuimos. Toda una vida. Y usted se acuerda.

—Ustedes —dice Felo Roque—. Un día aparecieron por ese horizonte, y otro buen día, meses después, desaparecieron. Yo iba todos los días a bordo de su bote. ¿No se acuerda de un muchacho medio achaparrado, un poco feo, pero fuerte, al que usted le regalaba la pesca del día? Ese era yo.

—Era usted... —dice Gregorio. Y confiesa con sinceridad—: La verdad que no me acuerdo de su rostro.

—Era yo —dice Roque—. Y tuve un compadre llamado Vicente el Andaluz... ¡Si él estuviera aquí! Él decía que tenía una deuda eterna con ustedes. Porque uno de los suyos le salvó la vida. Lo llevó navegando por todo el interior de la cayería hasta que lo dejó en Nuevitas para que le arreglaran un pie.

—Fui yo —dice Gregorio—. Yo llevé a ese hombre a Nuevitas. ¿Dónde está Vicente el Andaluz?

—Ah, carajo. Cojones —dice Felo Roque—. Déjeme saludarlo, por Dios. —Y los dos se levantan, se estrechan la mano—. Vamos a tomar un ron. Si Vicente lo hubiese visto, caray.

—¿Ya no navega?

—Está con Dios hace algunos años. Era ya un hombre viejo cuando usted le salvó la vida. Murió hace como veinte años.

—¿Qué le había pasado?

—Una lebisa le atravesó el pie, como un clavo. Yo venía recogiendo cabo, venía solo, cuando vi su botecito, parecido al mío, pero a la deriva, sin nadie que se viera a bordo, hasta que me le acerqué y lo vi en el fondo del bote, con los ojos desorbitados, inyectados en sangre, la boca espumeante del dolor. Logró explicarme que una lebisa, una raya, le había atravesado el pie de un coletazo. Yo le dije, aguanta. Andaluz, espérate a que venga el barco de los americanos, que es un yate muy bueno. Vienen muy bien preparados, con una cantina bajo proa. Yo tengo amistad con ellos. «Ve a buscarlos, carajo», me dijo. Pero cogí un rumbo donde ustedes no estaban. Fue el mismo Andaluz quien se los tropezó.

La referencia a la cantina le hace gracia a Gregorio, y le dice que no era una cantina exactamente, sino la cocina, aunque, eso sí, muy bien abastecida.

El Andaluz salvó el pie. Le estaba muy agradecido a Gregorio.

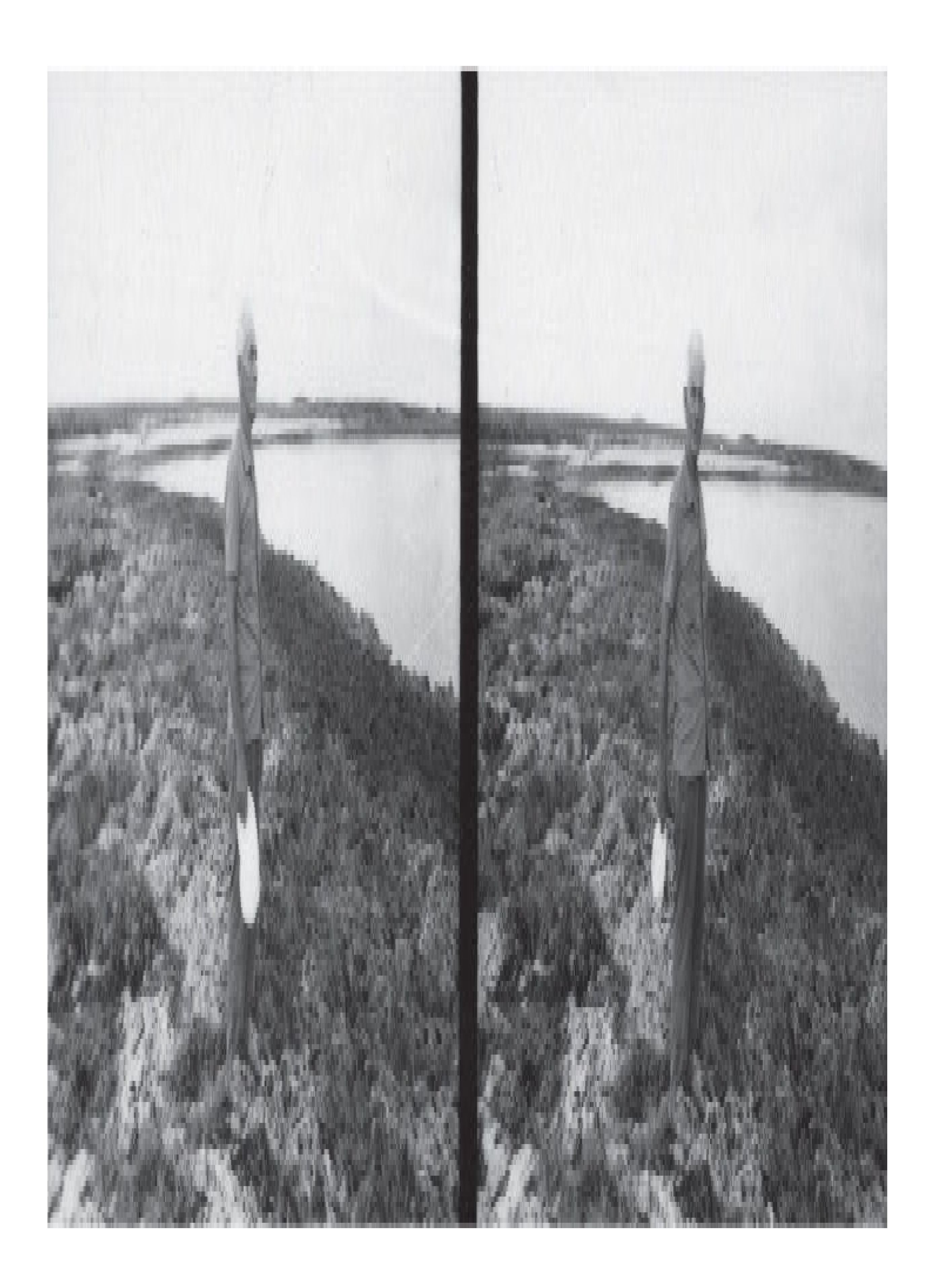
—Todas las tardes yo iba a bordo de su barco. Me regalaban los pejes.

—Usted bebía poco —le dice Gregorio.

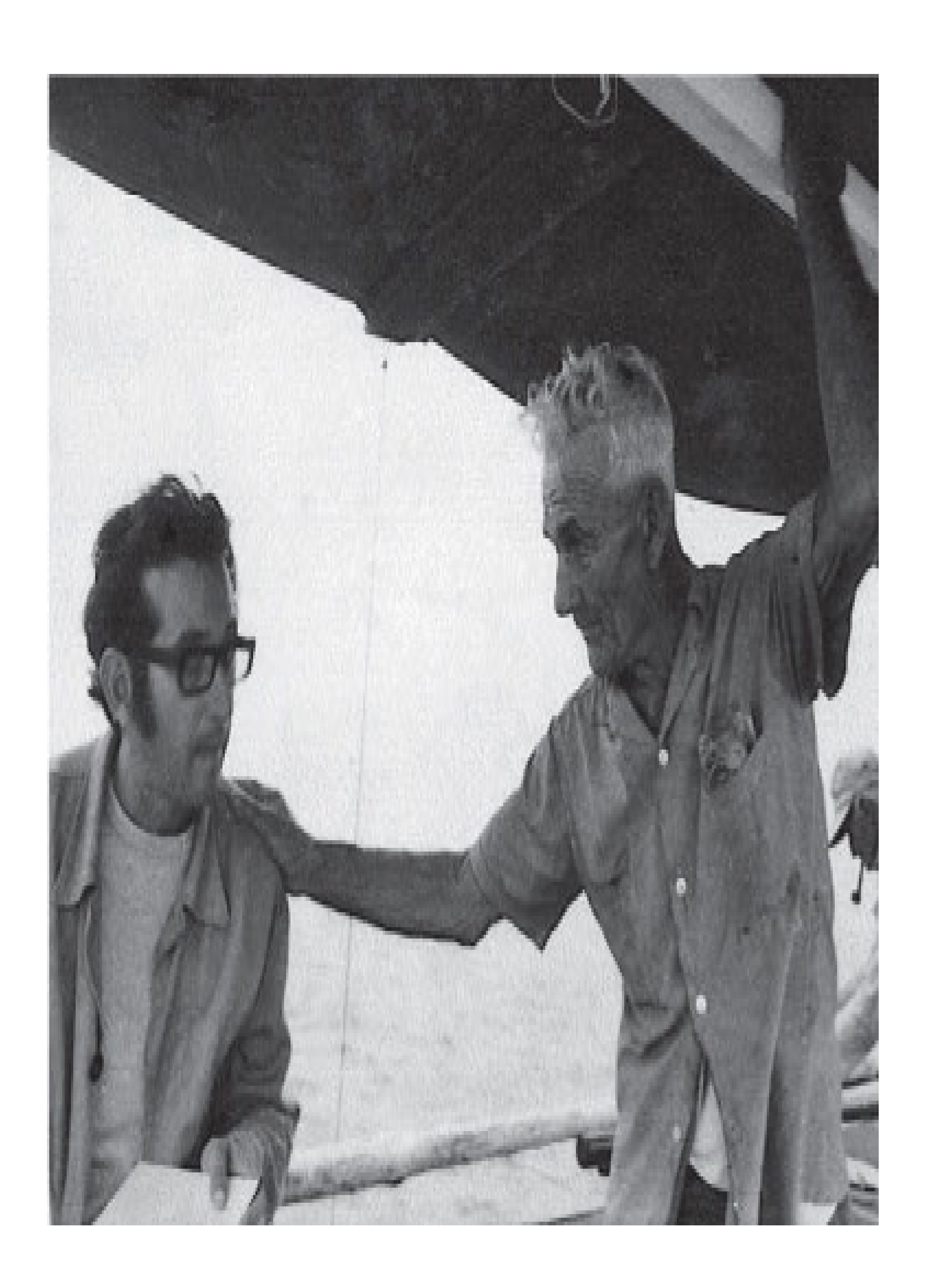
—Sí, poco. Yo le contaba a Montenegro lo del barquito y lo bien que me trataban. Nunca vi armas a bordo.

—Es que se trabajaba bien —dice Gregorio con orgullo.

—Pero me acuerdo del vino que traían en aquellos pellejos. Me brindaban de ese vino. Recuerdo los pellejos colgando en cualquier parte del barco. Me acuerdo de ese barco. ¡Cómo no voy a acordarme!



12 de octubre de 1974, a las 6 de la tarde. Gregorio Fuentes, el Antonio de Islas en el Golfo, desembarca en Cayo Confites, treinta y cinco años después de clausurada la pequeña base que sirvió de punto de abastecimiento al Pilar, durante la aventura antisubmarina de Hemingway en la Segunda Guerra Mundial. En la foto, Gregorio a sotavento de Confites. (Enrique de la Uz)



El autor reconstruye la travesía de Thomas Hudson tras los submarinistas alemanes en el archipiélago del norte de Camagüey. Su carta náutica es Islas en el Golfo, la novela de Hemingway. No ha sido difícil sumar a Gregorio en la aventura, que deja la comodidad de su retiro en la casita de Cojímar, pegado a La Habana, para irse a navegar como en los viejos tiempos. Más que un privilegiado, el autor se siente un trasgresor. El personaje de la novela de un escritor muerto es ahora su acompañante para crear otra historia en paralelo. En los confines de su universo privado, íntimo, cree haber alcanzado el equivalente a la frontera donde el tiempo y el espacio se unen. Ha convertido la ficción en historia. La tarde del 13 de octubre de 1974. Están sobre la corriente. Norberto Fuentes está aprendiendo. Grigorine tiene un nuevo escritor para educar.

## 20

## Tocando el techo

Hay un pasaje de gran vuelo, o de alta política, en el que todo indica que Hemingway estuvo involucrado. Pero los cabos, al menos todo parece indicarlo, quedarán sueltos para siempre. Unos quince años después de su aventura contra los espías nazis en La Habana y los patrullajes al norte de las costas de Cuba, Hemingway tiene una noción mucho más refinada del mundo de las conspiraciones y los juegos de guerra. Si bien proveería pocas oportunidades para probar la destreza física o el arrojo frente al enemigo, el Pilar seguiría siendo un instrumento de indiscutible utilidad. El único testigo es Gregorio Fuentes, quien recuerda haber recibido de Hemingway una llamada telefónica desde Estados Unidos a fines de 1958: «Grigorine, prepara el yate para mañana por la mañana. Espérame en el Club Internacional». Al otro día, en efecto, cinco hombres se bajaron de un automóvil que los había traído desde el aeropuerto internacional José Martí, de Rancho Boyeros, La Habana: Hemingway, dos soviéticos y dos norteamericanos. Abordaron el yate, y Hemingway dijo: «Vamos, Grigorine, vamos mar afuera». Según el relato de Gregorio, uno de los soviéticos era Anastas Mikoyan; el otro era el traductor, y los dos norteamericanos, senadores ambos. Hemingway participó en la conversación, aunque solo parcialmente: iba y venía, y ayudaba a servir los tragos. Gregorio, con su discreción acostumbrada, estuvo todo el tiempo al timón. Regresaron a La Habana por la tarde. Los cinco hombres abordaron nuevamente el automóvil, rumbo a la terminal de Rancho Boyeros. «De esto a nadie», le indicó Hemingway a Gregorio.

El relato cabe perfectamente dentro de las posibilidades, bajo el gobierno de Batista, en los años cincuenta. Que aterrizara un avión y cinco de sus pasajeros fuesen directos al Club Internacional, para irse de pesca y sostener una

conversación archisecreta a bordo del bote de Hemingway, anclado solo a 145 kilómetros de las costas de la Florida. Había guerra en la Sierra Maestra, en realidad; ya estaba casi ganada, y Hemingway se había declarado partidario de los fidelistas, pero esto es harina de otro costal.

En 1974, cuando el autor de este libro entró en contacto con Gregorio Fuentes, le hizo una pregunta rutinaria sobre la visita de Anastas Mikoyan a Cuba, la primera visita pública, de febrero de 1960 —que todo el mundo conoce—, y el resto salió a flote. Gregorio dijo:

—Sí, Mikoyan estuvo por segunda vez a principios de 1960.

—Por primera vez, usted querrá decir. La segunda vez fue en el transcurso de la crisis de octubre de 1962.

—No, esa de la crisis de octubre fue su tercera visita a Cuba. La primera visita es de 1958.

¿Una visita secreta con dos senadores norteamericanos en la que Hemingway es un testigo parcial o, por lo menos, un anfitrión de la máxima confianza?

Alexis Eisner y Kashkin hablaban con orgullo de la visita que Mikoyan había hecho a la casa cubana de Hemingway, pero se referían a la que se inició el 4 de febrero de 1960. En How It Was y en otros textos hay referencias abundantes sobre ese episodio. Pero la primera, la que dice Gregorio… En enero de 1977 el autor cursó dos cuestionarios a Anastas Mikoyan, entonces jubilado, con 82 años de edad; uno de ellos trataba sobre su visita como primer dirigente soviético que aterrizaba en Cuba, y la historia de las relaciones entre Cuba y la URSS*. El

segundo cuestionario se concentraba absolutamente en sus relaciones con Hemingway. La pregunta número 5 (de quince que comprendía este segundo cuestionario) decía: «Gregorio Fuentes, capitán de la embarcación de Hemingway, que actualmente reside en Cojímar, me ha informado que usted visitó a Hemingway y estuvo a bordo de su embarcación antes del triunfo de la Revolución cubana. ¿Podría ampliarse esta información?». Pero no se pudo ampliar, porque el segundo cuestionario quedó sin respuesta. Mikoyan murió un poco más tarde, el 21 de octubre de 1978.

Que no respondiera a esta pregunta puede exaltar la imaginación y hacer que el silencio se tome como una tácita aceptación. De cualquier modo, debemos consolarnos con algunos fragmentos de sus respuestas al primer cuestionario, del que se saca en claro, al menos, que se encontraba en Estados Unidos cuando tuvo imágenes frescas desde La Habana. Hay una especie de broma en la respuesta siguiente:

En enero de 1959 tuve la oportunidad de ver con mis propios ojos cómo entraba en La Habana el Ejército Rebelde encabezado por Camilo Cienfuegos y Ernesto Che Guevara, cómo el pueblo saludaba a su líder, Fidel Castro [...] No, claro que no, entonces yo no estaba en Cuba. Me encontraba en Estados Unidos, realizando un recorrido por distintas ciudades. Ocurría que después de un fatigoso día, me sentaba frente al televisor para enterarme de las noticias sobre Cuba.

Y sobre Hemingway, un poco más adelante, dice:

Nuestro avión IL-18 tomó rumbo a Cuba a finales de enero de 1960. Este era el primer vuelo, y todavía ignorábamos que daría inicio a un puente aéreo entre nuestros países. Antes del vuelo y durante el mismo estuve leyendo algo sobre Cuba; lo poco que se pudo conseguir en aquella época. Incluso leí algunos libros de Hemingway, entre ellos los que se referían especialmente a Cuba. Pero lo que más quería conocer era sobre la actualidad de este país*.

---

* Norberto Fuentes: «Más vale ver una vez que escuchar cien», entrevista a Anastas Mikoyan, en Revolución y Cultura, La Habana, N.o 69, mayo de 1978.

* En la edición rusa de Hemingway en Cuba, publicado en 1988 por la editorial moscovita Raduga (‘arcoíris’), fue suprimido este capítulo, donde se comenta el relato de Gregorio sobre el encuentro sostenido entre enviados soviéticos con senadores estadounidenses, con la participación de EH. De nada valía que la Perestroika estuviera en su apogeo. El prólogo de Gabriel García Márquez fue sustituido por una introducción de Sergo A. Mikoyan, hijo de Anastas Mikoyan, quien junto a su padre visitó al escritor durante la primera estancia del jerarca soviético en La Habana en 1960. Con detallada precisión, y para evitar dudas, aparece la sugerente aclaración de Sergo A. Mikoyan: «Creo que es necesario traer acá el comentario actual que podría darle al lector una visión del primero y, por desgracia, último encuentro entre Anastas I. Mikoyan y Ernest Hemingway». Una vez más, los cabos seguían sueltos, con la omisión evidente del capítulo. Investigaciones posteriores indican que la presencia en La Habana antes —e incluso después del triunfo de la Revolución cubana— tuvo que realizarse con la aprobación del Kremlin y bien pudo ser A. I Mikoyan o Frol R. Kozlov, ambos con el mismo rango de vicepremier de la URSS y los únicos de la jerarquía soviética que a partir de 1958 visitaron Estados Unidos para incrementar las relaciones políticas y económicas entre Moscú y Washington.

21

## Dos linajes hay en el mundo

Había un barcito discreto. Estaba en la azotea del hotel Ambos Mundos. Ernest Hemingway veía allí caer la lenta noche sobre La Habana de 1934 frente a un vaso de whisky. Solía detenerse también frente a la ventana del quinto piso del hotel, desde donde podía observar la Habana Vieja, la Plaza de la Catedral y los tejados parejos de una parte de La Habana. Atrás, un pedazo del puerto. Este es el paisaje fragmentado que está descrito en la crónica «La pesca de la aguja a la altura del Morro».

Ahora, frente a la azotea y a la ventana hay un enorme edificio que cegó el paisaje, hirió de muerte la arquitectura colonial.

Marcelino Piñeiro era el camarero que atendía la habitación 525, donde se hospedaba Hemingway. Después de la muerte del escritor, Piñeiro conservó en el cuarto los tomos gigantescos y apolillados de una edición del Quijote que perteneciera a Hemingway. O que debemos suponer que le perteneciera. (Un poco sospechoso ese escenario tan castizamente presentado). Piñeiro arreglaba a menudo la antigua cama de caoba y sacudía el polvo de una mesa de trabajo vacía. Abajo, a la entrada, en la calle de Obispo una placa informa que en la década de los treinta vivió allí el autor de El viejo y el mar.

Por esa fecha, 1934, el escritor cubano Fernando G. Campoamor conoció a Hemingway. El cubano se carteaba ya con Faulkner y con Dos Passos. Un día se presentó en el Ambos Mundos y le dio un abrazo a Hemingway. Sin más

explicaciones. Desde entonces fue su compañero en el barcito y en esos atardeceres. Hicieron una amistad de más de veinte años. Campoamor recuerda que uno de los amigos más importantes de Hemingway en esa época era el boxeador Kid Tunero. Al autor de Adiós a las armas le impresionaba la conducta caballeresca y gentil del pugilista. «Es un tipo decente y elegante —comentaba, según Campoamor—. Nunca da un golpe de más. Dominaba a sus contrincantes, pero no abusaba». Campoamor conserva una foto de Kid Tunero. Fue tomada en Finca Vigía. Está oliendo una flor.

Frente al Ambos Mundos había otro establecimiento frecuentado por Hemingway. De obligada referencia en su tránsito cubano, pero ignorado por académicos y biógrafos: Casa Recalt. De sus almacenes se abastecía Finca Vigía de bebidas y, según recuerda Gregorio Fuentes, fue allí donde Hemingway y Joe Russell adquirieron los alijos de bebidas para introducir de contrabando en Estados Unidos en la época de la prohibición.

En la Habana Vieja, junto a la Plaza de la Catedral, los cubanos tienen el santuario del ron. Tres generaciones de artistas han pasado por allí. Es un sitio incómodo, caluroso, pero que en la controvertida Habana de los años cincuenta podía restarle clientela al lujoso cabaret Tropicana.

Las fotografías y las firmas de miles de parroquianos tapizan las paredes; un golpe de vista es suficiente para descubrir el autógrafo de Salvador Allende junto a un poema de Nicolás Guillén en el que se enaltecen las cualidades del establecimiento, cerca de una instantánea del cosmonauta Romanenko, próxima al facsímil de un artículo sobre el local publicado en Vogue, a la diestra de la firma de Ingmar Ibsen (un turista sueco), colocada encima de un dibujo de Roberto Matta.

Es un lugar —al decir del poeta Raúl Rivero, parroquiano frecuente del establecimiento— «donde el espíritu y la materia se dan un abrazo fatal y definitivo». Se llama La Bodeguita del Medio. La fundó Ángel Martínez, quien

llegó a La Habana a finales de los años treinta con un talento especial para los negocios y dispuesto a convertirse en el hombre «de mayor cultura de oído en el mundo». Uno de sus clientes, Ernest Hemingway, apareció por la Bodeguita en los años cuarenta acompañado por Paco Garay, un inspector de aduana cubano que estaba casado con una norteamericana y se dedicaba a exportar periquitos a Estados Unidos. Es un lugar común afirmar que en esa época Hemingway dijo la frase que hoy preside la mítica barra del establecimiento: «Mi daiquirí in el Floridita. Mi mojito in la Bodeguita». No obstante, el inefable Fernando G. Campoamor afirma que el escritor «jamás pisó la Bodeguita».

Campoamor dice que el letrero es solo un reclamo publicitario que él mismo inventó para ayudar a su amigo Martínez cuando era propietario. Margaux Hemingway, nieta del escritor, en su viaje a La Habana en 1978, declararía que Martínez y la Bodeguita eran nombres legendarios para su familia. Después del triunfo de la Revolución, Martínez entregó el negocio al gobierno de Fidel Castro, y ahora es su gerente.

Así que Martínez sigue con su historia. Recuerda que Hemingway «le temía a la compañía de la soledad». Y dice que «debemos atraerlo para nosotros, los cubanos, aunque realmente era un pesao». Martínez tiene lo mejor del refranero popular criollo para definir al escritor norteamericano: «Era un saco de mandarrias». Es decir, más que pesado, intragable.

Martínez, por su parte, es gracioso —y nada pesao— al recordar la manera en que le explicara a Hemingway el origen del trago que inmortalizó a la Bodeguita: el mojito. Es un cóctel que incluye ron, azúcar, hielo, agua y hierbabuena. Según Martínez, el inventor del mejunje fue el pirata Francis Drake. Por eso, en sus inicios, esa mezcla se llamaba Drake. «Él era un enfermo a los aromas». Martínez empleaba el calificativo en su acepción cubana de ‘fanático’, ‘vicioso’, ‘adicto’. Pero Hemingway —asegura Martínez— no lo comprendía. Escucharía en silencio este relato hasta que soltó una risotada —«como de Santa Claus en las tiendas»— y preguntó: «¿Drake estaba enfermo? ¿Enfermo por los aromas?».

Hubiera sido una foto formidable para colocar en las vitrinas de la Bodeguita: Francis Drake, Ernest Hemingway y Ángel Martínez exaltados por varias rondas de mojitos (el de Hemingway sin azúcar, por supuesto). No tenemos esa foto. Pero, a falta de ella, la administración del establecimiento exhibe una de Hemingway rodeado de otros amigos menos conocidos. Se supone que sea el único testimonio gráfico de la presencia de Hemingway en la Bodeguita. Aunque en realidad la foto fue tomada en una de las barras del barco Île de France al regreso del escritor a La Habana en 1954 después de su segundo safari africano.

Lisandro Otero, el escritor, recuerda que era aún «bastante joven» cuando reconoció a Hemingway una tarde en su banqueta del Floridita. Hemingway concentrado en una lectura. Fue a presentarse y la respuesta que recibió fue un “jab” que, a duras penas, logró esquivar y que lo hizo sentarse nuevamente en un lugar distante. Hemingway, después del jab, había dicho algo así como que no se debía interrumpir a un escritor cuando estaba concentrado. Pero más tarde se hizo cargo de la cuenta de Otero y lo invitó a Finca Vigía. Eran típicas esas declaraciones admonitorias de Hemingway: «Un escritor no debe ser interrumpido». Había algunas variantes. Utilizaba frases que parecían artículos constitucionales: «Cuando un hombre bebe, nadie tiene derecho a molestarlo».

Hemingway fue el paradigma de la época estudiantil de Otero, y lo había encontrado a dos metros de distancia, en una barra, solo, escribiendo una nota. «Fue como si me encontrara con Dios». Y fue a decirle que era estudiante y que le parecía muy bien todo lo que había escrito. «Porque entonces me parecía muy bien, que todo estaba bien. Impecable. Y cuando me acerco para darle las buenas tardes, él me responde con ese gesto». Otero no estaba solo, y tampoco era un hombre debilucho y desvalido, sino todo lo contrario. Lo acompañaba un amigo, un atleta, que dijo: «¿Pero qué carajo le pasa al viejo borracho este?». Otero hizo un acopio de paciencia, y él y su amigo se fueron a comer a otro salón del Floridita. Luego supieron que Hemingway había convidado. Cuando se marchaban, «el viejo» hizo un ademán y los saludó, incluso intentó una explicación: «Es que la gente viene y lo interrumpe a uno, y uno que está concentrado...». Luego le dijo a Otero: «¿Usted no sabe dónde yo vivo, en San

Francisco de Paula? Lléguese allí una tarde».

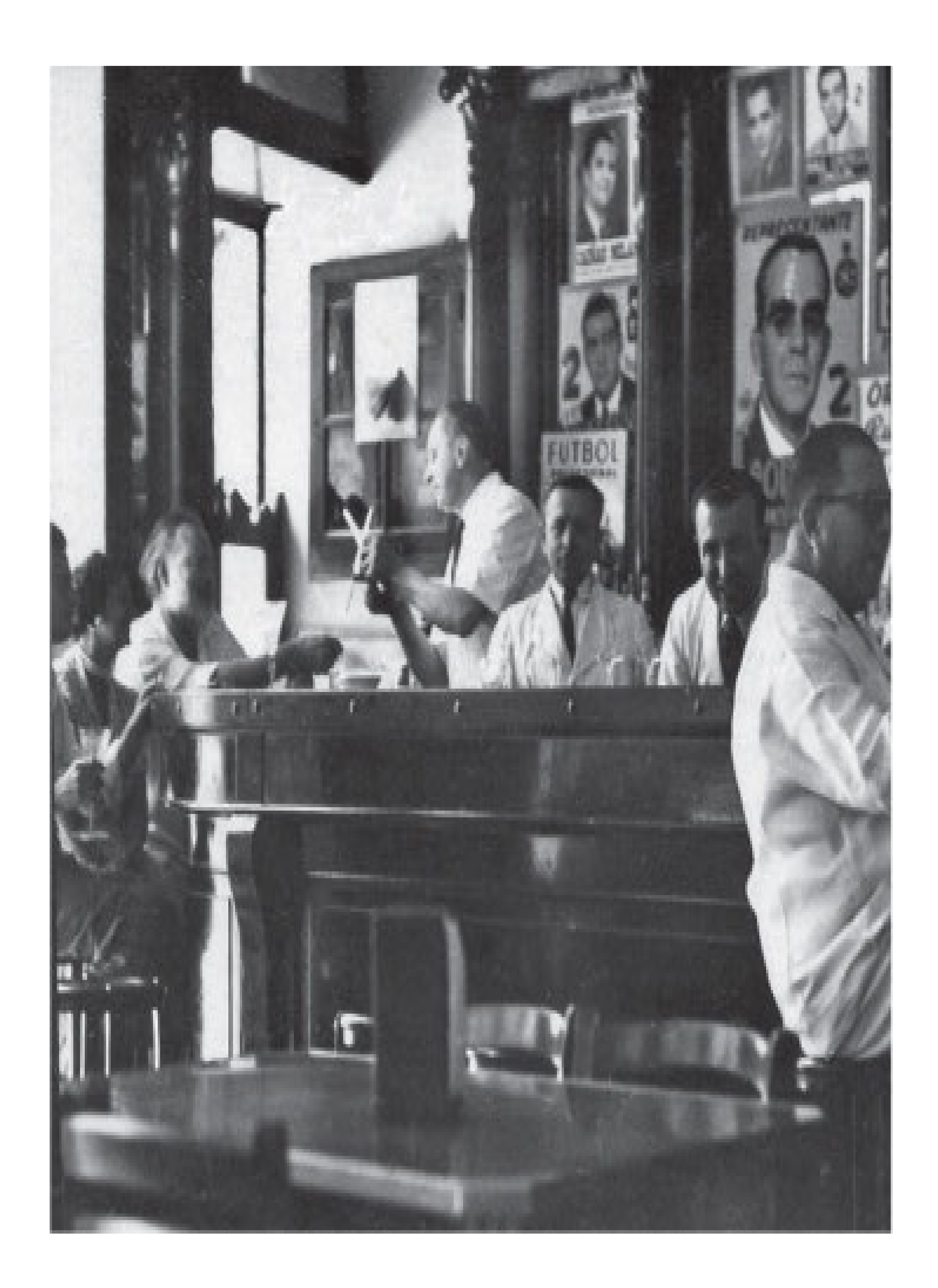
Ese mismo domingo, Lisandro Otero llegó al portón de Finca Vigía. Al portero le explicó que era un estudiante que había conocido a Hemingway días atrás en el Floridita. «Bueno, no iba a decir que era el tipo que él había querido aporrear». No recuerda cómo se estableció la comunicación desde la entrada de la finca con la casa, separadas por unos 300 metros de camino. Si era mediante un magneto, un teléfono o un intercomunicador. No recuerda que mandaran a nadie a pie para dar el recado. Pero sí que Hemingway le ordenó subir enseguida. Hizo los 300 metros a pie y llegó al lado del aljibe, cuando Hemingway, que estaba dentro de la casa, lo vio llegar y cruzó la sala hasta el portal para saludarlo. Había una fiesta, o algo semejante en Finca Vigía. La sala estaba llena de gente «casi todos americanos», y había un trío español cantando flamenco. Hemingway utilizó algunas frases de cortesía y le dijo a Otero que esa era su casa y que podía sentirse a gusto y que, con su permiso, iba a atender a otros invitados. Pasó René Villarreal vestido con una filipina y con una bandeja en la mano. Le sirvió un whisky en la roca. Transcurrió media hora y Otero decidió que aquel no era su lugar y, sin despedirse, se alejó de Finca Vigía. Veinte años después, Otero era uno de los más prestigiosos escritores revolucionarios y escribía un ensayo sobre Hemingway en el que enaltecía los valores literarios y políticos del «americano» y contaba la anécdota del Floridita. Seguía considerando a Hemingway como un paradigma de escritor y a Lady Brett, de Fiesta, como uno de los grandes personajes femeninos de toda la literatura.

El caricaturista Juan David tiene otra anécdota sobre esta faceta de «arrepentimiento por malas acciones» del carácter de Hemingway. En la historia, Hemingway aparece tomando tragos otra vez, aunque no en el Floridita, sino en un establecimiento de la Habana Vieja, cercano al Floridita. Aledaño a los muelles del puerto habanero, el local ganó fama por su especialidad en mariscos y en sus jugosas paellas criollas sazonadas con cerveza. David se encontraba hablando con unos amigos y en una mesa cercana estaban sentados Hemingway y «una dama». El restaurante era El Templete —en la actualidad sirven pollo en lugar de mariscos— y el día, David lo recuerda con exactitud, era el de la capitulación de Alemania, o sea, el 9 de mayo de 1945. La dama era Mary Welsh

(según David reconocería después por los periódicos y los encuentros en el Floridita). Un retratista ambulante apareció en escena. Comenzó un dibujo de Hemingway sin que este se percatara, lo terminó en unos minutos, y se acercó a la mesa para ver si podía ganarse algún dinero; habitualmente estos artistas callejeros se buscaban unos dos pesos por esta clase de trabajo en La Habana de entonces. Interrumpió la conversación de Hemingway con Mary y dijo: «Coopere con el artista cubano». Hemingway miró aquello —unos trazos rápidos e inseguros a lápiz, y unos borrones, sobre un pedazo de papel— y el estupor se reflejó en sus ojos, pero solo unos instantes. Entonces cerró el puño sobre el papel y lo aplastó en el centro de la mesa; lo estrujó entre las dos manos, lo tiró al piso y le espetó al hombre: «Mi hijo los hace mejores». Pero el vituperado artista, que miraba con tristeza el destino de su obra, apabullada en el piso, se le fue «por abajo» en su respuesta: «Pero su hijo tiene dinero para pagarse los estudios. Si yo hubiese tenido dinero, sería otra clase de artista. Lo poco que sé, lo aprendí solo». Salió de El Templete, y con él se fue el apetito del Señor de las Letras Americanas. Roto el embrujo con Mary Welsh y el festejo del día de la capitulación. Hemingway, recuerda David, se levantó de su mesa y se dirigió a donde estaba él y le preguntó si conocía a aquel hombre. David respondió que «vagamente». Hemingway fue a buscarle. No lo encontró. Más tarde sacó un billete de veinte pesos y le dijo al capitán de El Templete que se los diera al pobre artista apenas regresara otra vez por allí. También le pidió disculpas a través del capitán.



David deduce que la reacción fue motivada por el hecho de que aborrecía las caricaturas. David produjo media docena de caricaturas de Hemingway que aparecieron en importantes publicaciones cubanas: «Nos encontramos a menudo, pero nunca me dijo una palabra, no me soltó un solo comentario. No le gustaban, sencillamente. Bueno, no por gusto tuvo aquella pelea con Massaguer».


FUTBOL

En la esquina reservada a Don Ernesto al final de la barra del Floridita, donde lo sustituye desde el 2003 una pesada escultura a tamaño real, en la que se le ve campechano, en mangas de camisa y un tanto panzón. Pero el lector contempla ahora una jornada apacible, sin demostraciones pugilísticas, en medio de los comicios legislativos cubanos de junio de 1954. (Roberto Herrera Sotolongo/Norberto Fuentes)

# 22

## Aguas poco profundas sobre fondo de greda

El habanero que en los años treinta frecuentaba la populosa calle Obispo podía encontrar en cualquier tramo de las nueve cuadras que separan el hotel Ambos Mundos del Floridita a un personaje singular. Se trataba de un norteamericano de unos treinta años, corpulento y distraído, que caminaba rumbo al bar con la resignación de quien cumple un deber; llevaba unas zapatillas deportivas y una camisa de algodón. Lo que detenía el paso de los habaneros y provocaba más de un comentario jocoso era su empecinamiento en llevar una bermuda desteñida que en otro tiempo fuera de un riguroso caqui militar. En el trayecto Ambos Mundos-Floridita, Hemingway universalizó un mito: el daiquirí. Los cubanos tenían otras armas para enfrentar los calores del trópico, pero el escritor prefería el cóctel nevado del señor Constante.

Este paisaje de la Habana Vieja, las caminatas del escritor y la existencia del Floridita permanecieron invariables durante una década.

Fue la instalación de un poderoso aparato de aire acondicionado en el vecino bar Pan American lo que pareció marcar el comienzo del fin del Floridita. La inauguración del Pan American data de 1948 o 1949, fecha imprecisa en el recuerdo de sus antiguos clientes. A todas luces, fue el primer bar de Cuba que contó con un equipo de esta naturaleza. Antonio Meilán, uno de los más antiguos bármanes del Floridita, recuerda que su clientela se mudó rápidamente para el refrigerado Pan American: «La gente decía que los tragos que aquí se preparaban eran deliciosos, pero que el calor resultaba insoportable. Teníamos ventiladores de grandes aspas negras en el techo, pero los remolinos despeinaban a las señoras».

Llegó el momento, pues, en 1948 o 1949, de que el señor Constante, propietario del Floridita, rompiera con la tradición, con la costumbre arraigada, por lo menos durante un par de siglos, en este tipo de establecimiento cubano. Durante mucho tiempo insistió en mantener el Floridita con sus puertas abiertas. Las bodegas y los bares cubanos habían consistido hasta entonces en largas barras de madera oscura muy cerca de las aceras (el mostrador clásico de las barras criollas) y por detrás un pasillo para que los bármanes trabajaran y, detrás de ellos, las bien provistas alacenas en las que rutilaban dos o tres centenares de botellas de diversas marcas y bebidas. Esto era lo que ocurría en el Floridita: se abría y cerraba por medio de grandes cortinas metálicas que se enrollaban y, cuando estaban arriba, todo el espacio quedaba abierto; era como estar en la calle y, a la vez, bajo techo. La costumbre debe ser española, aunque en Cuba proliferó y adquirió características propias. Era habitual que en casi todas las cuadras hubiese una tienda de víveres llamada bodega y que tuviera una barra. En otros casos, como el del Floridita, solo había la barra. Se bebía de pie, aunque la mayoría tenían altas banquetas de madera, en cuyos travesaños los parroquianos podían acomodar sus pies.

Cuando Constante aceptó la instalación del sistema de aire acondicionado, puso una condición a los técnicos: «Bien, instalen ese aparato maldito, pero me dejan el local abierto». Hubo que explicarle la imposibilidad técnica de semejante requerimiento. Constante utilizó sus argumentos y tuvo algunas curiosas teorías sobre el hielo y la posibilidad de mantener «una cosa fría». No por gusto él había sido el «creador» del daiquirí, considerado hasta hoy como la bebida más refrescante y propicia para Cuba y para cualquier país con un calor igual. «Lo importante del hielo es el desafío. Es aquí, en esta isla, donde el hielo adquiere personalidad».

Antonio Meilán, el barman veterano, recuerda que, cuando comenzó a trabajar allí, el 30 de octubre de 1939, ya Hemingway era el cliente más importante. No sabe con exactitud si Hemingway estaba en su banqueta aquel día o si en ese momento estaba en España, pero sí que había en ese lugar dos personas importantes: Constante y Hemingway.

«A Hemingway pareció interesarle poco la instalación del aire acondicionado en el Pan American. Se mantuvo fiel al Floridita». Más puede que se haya sentido afectado por el hecho de que hubiese que cerrar el local con paredes de cemento, porque es evidente que Hemingway gustaba de la expansión y de las posibilidades que esas puertas abiertas significaban. Fueron muchas las ocasiones en que dirimió problemas con sus puños en este local, y el hecho de que no hubiese paredes le daba cierta libertad de acción y la posibilidad de lanzar a la calle a sus contrincantes. Las paredes cerradas le impidieron seguir actuando así. Volvió a tirar algunos otros piñazos. Pero nunca fue igual. Porque había que salir a la calle y ya eso enfriaba la sangre.



Una tarde, mientras bebía el décimo daiquirí, se acercaron tres turistas norteamericanos. Uno de ellos le puso la mano en el hombro y lo volteó en la banqueta para pedirle un autógrafo. La respuesta de Hemingway, que se mantuvo sentado, fue un puñetazo que hizo retroceder —derribando tres mesas en su incontenible trayectoria— al ahora desconcertado cazador de autógrafos, que concluyó su maniobra en una situación de KO en el ilustre y publicitado entorno del bar —uno de los siete más famosos del mundo, según la encuesta de la revista Esquire en 1953. Localizado en una de las zonas más pobladas de La Habana, el bar fue su área de expansión. Le gustaba, en particular, antes de que instalaran los equipos de aire acondicionado, desgracia (así lo consideró) acaecida en 1947. Era un lugar abierto, fresco, en vísperas de la fecha trágica, y se tenía la impresión de estar bebiendo daiquirí en la calle y uno podía ver «la vida libre de la ciudad». Pero se adaptó a su barra y al climatizador y siguió siendo un habitué. Su trono, una banqueta alta, de roble viejo, barnizada y pulida. Allí recibía a los amigos, recitaba con ellos, sostenía leves y secretas conversaciones, o despachaba a entrometidos y charlatanes con una receta muy personal y convincente. La usaba con vehemencia. En la foto, una de las tantas jornadas en las que el escritor podía despacharse una docena de daiquirís —uno tras el otro, sin pausa— y en la que disfrutaba de su tan necesaria comunión con los regulares de su tropa. Desde la izquierda: Roberto Herrera Sotolongo, Ianfranco Ivancichi, Mary, un cantinero no identificado, Ernest, ¿otro cantinero?, el cura Don Andrés, Roberto Herrera Sotolongo y Juan Duñabeitía. Arrodillado, un parroquiano, también sin identificar. (Roberto Herrera Sotolongo/Norberto Fuentes)

23

## De La Piña de Plata al Floridita

La tienda de bebidas se llamó La Piña de Plata en sus orígenes. Casi un siglo después le cambiaron ese nombre fastuoso. Se fundó en una ciudad que recordaba la figura de una rueda dentada, según los entrantes y salientes de la muralla que la cercaba y defendía, al estilo de los burgos en Europa; Ávila de España, Nancy de Francia y Turín de Italia.

La población (85 000 habitantes) no cabía en el perímetro amurallado de la ciudad y el resto creció como una villa marginal. Por las puertas de la muralla de piedra entraba y salía a diario un doble tránsito de muchedumbre en carretillas, carretas y carretones, en coches o a pie. La población de intramuros se alimentaba con los productos agropecuarios acarreados desde las estancias y huertos de extramuros, y ninguna entrada y salida fue más importante que las puertas de Montserrate, donde entroncaban las calles O’Reilly y Obispo.

Frente a sus puertas se aglomeraban los peatones y, según los cronistas, «en la esquina de Obispo y Montserrate se sabía todo lo que pasaba y todos los que pasaban junto a la fachada de una bodega llamada La Piña de Plata». Taberna estratégica donde «el viajante caía en una celada cordial para pasarse por la garganta vinos y aguardientes». En sus rústicas mesas y mostradores alzaban copas ciudadanos de todos los pelajes. Se trataba de un típico bodegón colonial donde los caballeros de bombín y casaca apuraban la ginebra compuesta, el aguardiente de guindas o el vermut «voluntario», mientras que las damas, bajo la seda de sus sombrillas, aguardaban en el quitrín o la calesa por los vasos rebosantes de agua de panales, sorbetes o jugos de frutas.

Hacia 1820 se consigna la inauguración de La Piña de Plata; en esa fecha hace ya diez años que en Cuba se ha iniciado «la era de hielo» (el primer cargamento de hielo entró en La Habana en 1810, en sorbeteras, desde Boston). Al introducirse este importante elemento, las frutas licuadas y congeladas en refrescos y sorbetes se implantaron como una costumbre en el clima sofocante del país. La fusión de mangos, chirimoyas, nísperos, guayabas, marañones, canisteles, plátanos, anones, tamarindos, caimitos, melones y piñas, con su repertorio de batidos, horchatas, cremas y helados, «abrió una brecha en los prejuicios que cercaban los derechos de la mujer». Claro, hubo que hacer algunos cambios en la arquitectura de lugares como La Piña de Plata y alterar bastante la fachada de los toscos bodegones. Desde entonces, en La Piña de Plata y en otros salones de confituras, «tomaron asiento las criollas para degustar libremente, tras discretas persianas o mamparas que permitían pasar la luz de la calle».

Es en el período de la primera intervención militar norteamericana (1898-1902) que La Piña de Plata cambia su nombre por El Florida, de acuerdo con el gusto de los nuevos regentes de la política y la economía cubana. También son otras las costumbres que se introducen. Comienzan a imponerse los cócteles. El establecimiento rebautizado por los usuarios quedó como «el» Floridita. En mucha de la bibliografía hemingwayana aparece con el artículo femenino, «la» Floridita.

Un cantinero —luego se les llamaría barman— ingresó en el Floridita en 1914. Constantino Ribalaigua, un catalán rebautizado por los clientes (Constantino se convirtió en Constante), pasó a ser propietario gracias a ciertos ahorros. Se supone que haya llegado a Cuba antes de 1902, cuando se proclamó la independencia del país, porque se había acogido a una ley promulgada en aquel entonces mediante la cual todos los extranjeros que así lo solicitasen serían considerados ciudadanos nativos del país. Tuvo su casa en Bernaza N.o 1 y todavía hoy sus antiguos empleados lo recuerdan como un gentleman.

Pero el edificio continuó siendo el mismo; los arreglos se hicieron sobre la antigua estructura. Surgió así el estilo del Floridita: una especie de neoclásico criollo, con columnas y armazón de madera, una estructura fornida y grandes espejos detrás de la barra. Fue el ambiente en que se reunían en los años cuarenta, invariablemente a las doce del día, las personalidades más importantes de la sociedad cubana y algunos políticos. Era el lugar idóneo para citarse y hablar de negocios.

(La arquitectura del Floridita de aquel tiempo concluía con una especie de mostrador independiente —llamado «vidriera» en Cuba— que se encontraba en la parte de afuera de los bares; estos mostradores de forma más o menos cuadrangular se cerraban dejando un mínimo espacio en su interior donde se sentaba un hombre, generalmente el dueño de la vidriera, con un inmenso tabaco en la mano y las manos cargadas de joyas. Vendía tabacos, cigarros y billetes de la lotería, y tomaba apuestas para las charadas. Era un departamento importante del Floridita y de todos los bares cubanos, pero poco apreciado por Hemingway, que no fumaba ni jugaba a la lotería).

Constante ganó fama rápidamente como un maestro en su oficio y Hemingway lo consideraba el número uno. «Su trabajo es una ceremonia de pulcritud», dijo. Constante llegó a inventar ciento cincuenta recetas, acentuadas con ron, azúcar y frutas cubanas. Pero su creación magistral, sin lugar a dudas, es el daiquirí, el cual, según Fernando G. Campoamor, el antiguo amigo de Hemingway y ahora titulado «historiador del ron cubano», a partir de Constante obtuvo un puesto fijo en los manuales del oficio. Hemingway tuvo algunas palabras elogiosas para esa bebida y para esa limpia barra de caoba, donde se desarrolló una de las más largas escenas de toda su obra literaria. «La bebida no podía ser mejor, ni siquiera parecida, en ninguna parte del mundo», dice del daiquirí en Islas en el Golfo. En otra oportunidad dice de Thomas Hudson: «Bebía daiquirí doble helado, el grandioso daiquirí que prepara Constante, que no sabía a alcohol».

La historia del Floridita recoge el tránsito por La Habana de la mayoría de las celebridades que conoció el país hasta fines de los años cincuenta; un centro de

atracción que, a mediados de los sesenta, se desplazaría a la Bodeguita del Medio. Hemingway, sin duda, contribuyó al prestigio del Floridita. Un poco después de recibir el Premio Nobel, sus amigos adornaron con un busto suyo la esquina donde el escritor mantuvo su tertulia. Después que el Floridita fue estatalizado, los camareros y el personal de la administración del restaurante prohibieron durante años que el público se sentara en la banqueta de Hemingway, justo debajo de su escultura.

Fernando G. Campoamor dice que «da tristeza ir al Floridita». Se muestra burlón cuando comenta que hasta hace muy poco estaba prohibido sentarse en la silla de Papa. Afirma que él dijo a los nuevos administradores que ya era hora de desmitificar este lugar y darle una verdadera utilidad. «No es que hubiese una cuerda o una cadena, como en los museos, que impidiera el paso, sino que prohibían sentarse allí».

Era la primera esquina de la izquierda —casi parece que nos referimos a un cuadrilátero— donde Hemingway se sentaba. A veces ocupaba una de las mesas o iba al restaurante, aunque no lo hacía con frecuencia.

Fue allí, en esa esquina, según el relato de Campoamor, donde Papa inventó el Daiquirí Special, o Papa Doble, o Hemingway Special, o con un nombre que no se menciona casi nunca, pero que cautiva mucho más y que parece haber sido el nombre original utilizado con agrado por Hemingway: «Daiquirí a lo salvaje».

La diferencia es el azúcar. El daiquirí y cualquiera de los tragos que Hemingway tomara tenían el azúcar prohibido. Existe la leyenda de que él nunca le ponía azúcar a sus tragos para mantener un control de su diabetes, padecimiento que se le ha endilgado, aunque su médico Herrera Sotolongo asegura que Hemingway no tenía esta enfermedad. Según la teoría sustentada por el escritor, si el gas de un refresco o agua de Seltz sube el alcohol al cerebro, el azúcar activa el alcohol, y lo enrarece. En una frase simpática de Islas en el Golfo, mientras Thomas Hudson se afeita, dice: «Por Dios, yo no tomo azúcar ni fumo, pero obtengo

placer de lo que este país produce». Se refiere al excelente alcohol cubano de 90 grados, alcohol de caña, con el que se limpia la barba recién afeitada. Era (y sigue siéndolo) tan barato en Cuba como infernal el alcohol para friegas en Estados Unidos, según Hudson. Pero Hemingway no solo utilizaba los alcoholes cubanos para afeitarse; con algo más de refinamiento se obtenían de ellos los rones criollos, que en su época resultaban también muy baratos.

24

## Floridita

El daiquirí clásico es un compuesto de ron, limón, azúcar sobre hielo frappé y, en algunos casos, con un toque de marrasquino. Hemingway, en compañía de Constante, creó el Special, o sea, eliminó el azúcar y añadió el doble de ron y frappé. En principio, la única variante era pedir el trago sin azúcar, a título de su amistad con Constante: «dámelo, pero sin azúcar»; luego «levantó la parada» y comenzó a pedirlo con raciones dobles de ron. Surgió el «daiquirí a lo salvaje» y, por uso de la costumbre, el «daiquirí como Papa». ¿Y por qué no? Según Fernando G. Campoamor, Papa «sabía de química y de geografía, de numismática y de economía, de historia militar y de violines», así que cómo no iba a poder crear un trago espléndido como ese. «Inventó el daiquirí Special igual que inventó el monte Kilimanjaro, el idioma inglés y los casteros». Aquí lo tienen: dos líneas de ron y un golpe de limón en una batidora que contiene dos raciones de hielo frappé. Se bate y se sirve en una copa que se ha mantenido en frío y ya tiene el cristal empañado.

Aunque, según la norma de Antonio Meilán, que en los años setenta era el más autorizado de todos los cantineros cubanos en lo que respecta a esta bebida, el Papa Special se elabora con limón, marrasquino, jugo de toronja, ron y hielo doble sin azúcar.

El Floridita tenía sus misterios y, según Meilán, el auténtico y superior secreto del daiquirí preparado en esta casa es el tratamiento del hielo. Primero, una vieja y eficiente máquina norteamericana de marca Flak Mak que Constante importó en los años treinta, que fabrica un hielo fino y ligero, equipo que se utiliza todavía hoy; y, segundo, el hecho de que este hielo se conserva detrás de la barra

en cajas con huecos en el fondo y separadas a una distancia del piso, de manera que el agua escurra con rapidez y el frappé no se licúe en la copa.

Meilán dice que Hemingway podía tomarse en una tarde mucho más de una docena. Sin contar los que a veces se llevaba en un termo para tomar en el camino. Y si no había traído el termo, cargaba con su Special en un vaso grande cubierto por una servilleta. Le habían congelado el vaso y metido hielo muy espeso. Hemingway le llamaba «el trago del camino».

Una leyenda dice que el nombre de este cóctel procede de una mina de hierro llamada Daiquirí, cercana a Santiago de Cuba. Se convirtió en un hábito de los mineros, y, sobre todo, de los ingenieros cubanos y norteamericanos que trabajaban en aquella mina, refrescar con un trago hecho con limón, ron y hielo, al cual se le había añadido azúcar y a veces un poco de agua para balancear la acidez del cítrico. El pequeño grupo de ingenieros acostumbraba a reunirse los sábados por la tarde en la barra del hotel Venus en Santiago de Cuba y tomaban este trago. (El hotel todavía existe, aunque la barra ha desaparecido). Fue a principios de 1900 cuando el ingeniero jefe norteamericano Jennings S. Cox dijo que era necesario que un trago tan fino y exquisito como aquel tuviera un nombre, y propuso el de daiquirí. De ser así, el mérito de Constante, unos quince años más tarde, sería haberle añadido hielo frappé en vez de trozos de hielo. Pero hay una historia de mayor bizarría y que era del agrado de Hemingway; según esta versión, el daiquirí actual es un aporte del general Shafter, jefe de las tropas norteamericanas que desembarcaron en Cuba en 1898 al intervenir Estados Unidos en la Guerra de Independencia.

El daiquirí se llamaba originalmente canchanchara y su procedencia es mambisa. Se trata de una de las voces nativas cubanas que Hemingway sabía pronunciar. Mambí era la manera en principio despectiva con que los españoles designaban a los insurrectos cubanos en las guerras de liberación del siglo XIX. El fuego de los combates dignificó la palabra y el compuesto que luego se llamaría daiquirí era una bebida mambisa.

Ocurría con frecuencia que los insurrectos llevaran una botella atada por el gollete a la montura, tapada con un corcho; contenía una mezcla muy sencilla: dos tercios de ron o de aguardiente y un tercio de limón o naranja agria. Era la bebida generalizada que los insurrectos cubanos utilizaban contra la sed. Y un excelente remedio para tranquilizarse después de recibir heridas o para disponerse al combate. Si se endulzaba o no, dependía del gusto de cada cual y de las existencias de azúcar o miel en los vivaques mambises. Cuando el general Shafter desembarcó en la playa de Daiquirí, cercana a Santiago, hubo intercambio de tragos con los oficiales independentistas. Shafter puso whisky. Los cubanos, su bebida insurrecta. El obeso general Shafter, que no había caballo que lo resistiera y que debía ser transportado en una carreta con un buen tiro de bestias, cometió un sinnúmero de errores en su campaña cubana, pero, buen gourmet, se percató de las posibilidades de aquella bebida y junto con los primeros tragos dijo que lo único que le faltaba a «aquello» era un poco de hielo. Y este fue encargado rápidamente a uno de los buques participantes en el desembarco que traían sorbeteras a bordo.

Si la historia es cierta —y es la más confiable de todas—, ratifica el hecho de que, en verdad, Constante no puede considerarse el inventor de esta bebida y el Floridita no es, como se anuncia con orgullo y con letras de bronce en su barra, la «cuna del daiquirí».

Sin embargo, en otro sentido sí lo es: el daiquirí adquirió su nivel de sofisticación y profesionalidad en el Floridita de Constante; allí las medidas fueron exactas, exacto el tiempo en la licuadora y suntuosa la copa nevada, como admirable era su coloración,, que Hemingway comparaba con la del mar, cuando miraba la parte baja del hielo frappé, cuyo penacho era como la estela del barco, y la parte clara la veía como el agua cortada por la proa, al navegar en aguas poco profundas sobre fondo de greda. «Era casi el color exacto».

Constantino Ribailagua y Vert falleció el 2 de diciembre de 1952. Hemingway fue al entierro y dijo: «Ha muerto el maestro de los cantineros. Inventó el Floridita. Y era un hombre muy limpio. Entendía esto como un arte».

A la muerte de Constante su viuda tomó el negocio en las manos; su primera medida como heredera fue perpetuar la memoria del más grande de los cantineros. Inició un proyecto que contó con la aprobación de Hemingway y de algunos otros amigos. En la primera columna, a la derecha, según se entra por la puerta, colocó un retrato del barman y ordenó hacerle una corona de laureles que bordeara la imagen. Un diseñador habanero llamado Mario Arellano, que en esos momentos estaba decorando nuevamente el Floridita, encargó una corona de metal amarillo cuyo costo ascendió a quinientos pesos. Le pasó la cuenta a la viuda y esta preguntó por qué tan barata; cuando se le explicó que estaba hecha con un metal corriente, exigió que se hiciera de oro. Hemingway aprobó la moción: «Constante merece una corona de oro». Costó cinco mil y, desde luego, no era de oro. Era la misma corona de metal a la que le habían dado un baño dorado. Así quedaron finalmente en las paredes del Floridita la estatuilla del dios Baco, el busto de Hemingway, el marco con las páginas de Esquire sobre los siete bares más famosos del mundo y el retrato orlado en oro de Constantino Ribailagua y Vert. Pero había poco parecido entre el hombre serio y ceñudo que miraba desde la fotografía y aquel otro personaje pálido, de cabello entrecano, siempre con filipina blanca y pantalón negro, y con una coctelera en la mano, que preparaba sus daiquirís desde mucho antes que existieran las batidoras o licuadoras eléctricas. En su última restauración, en 1975, fue eliminado el retrato de Constante y la corona. Pero el Floridita le ha sobrevivido. Hemingway se mantuvo como un fiel cliente, y dedicó un homenaje a Constante en Islas en el Golfo. La tropa de camareros se mantiene haciendo su trabajo, y treinta años después se puede encontrar allí a Antonio Meilán, con el uniforme blanco y morado que ahora usan los bármanes y camareros del Floridita. Todavía las neveras anuncian con sus letras de bronce que nos encontramos en «la cuna del daiquirí». Pero, desde luego, no es el mismo bar. Falta Constante y falta Hemingway. Cuando Mary Welsh estuvo en Cuba en 1977, después de dieciséis años de ausencia, se negó a ir al Floridita. Dijo que allí no había putas ni maricones (sic). y que le parecía forzado un regreso a este lugar. Algunos miembros de la comitiva oficial cubana se sintieron ofendidos por la expresión, pero en cierta manera, podemos comprender su actitud. No quería visitar un lugar que solo podía tener para ella un aspecto de museo. Lamentablemente era imposible ambientar el bar para complacerla, pues ya no existían esas prostitutas que le daban colorido al Floridita en los años cincuenta, pero, por otra parte, el restaurante y el bar habían sido urgentemente reparados para que Mary pudiera visitar un flamante Floridita, que vestía sus mejores galas para ella. Sigue siendo

uno de los restaurantes donde mejor se cocinan mariscos en La Habana.

Al entrar en el Floridita uno se encuentra con el bar. En el marco superior del refrigerador, en la parte izquierda, dice la orgullosa inscripción en bronce: «La cuna del daiquirí» y, a la derecha: «The Cradle of the Daiquirí». Hay cuatro grandes gavetas a la izquierda y otras cuatro a la derecha y dos pequeñas en el centro. Es un inmenso refrigerador de color caoba. Encima hay un mural que representa La Habana en 1700; más bien parece una ciudad mediterránea de la época del Renacimiento. Está la estatuilla del dios Baco, y un centenar de botellas se alinean sobre el refrigerador. Hay veintiuna banquetas en la barra y diez mesas en otra parte del salón. Más allá, separado por una pared, está el restaurante. La decoración es inglesa, según la descripción de los camareros, y la cristalería, de bacará. En la primera butaca de la izquierda tenía su asiento Ernest Hemingway. Según Fernando G. Campoamor, el «aura» de Hemingway aún se puede percibir en este lugar, ahí, en su esquina, donde «se sentaba temprano en la mañana y enviaba al chofer Juan a buscar los periódicos al hotel Plaza, a una cuadra de distancia, y si lo interrumpían bien podía uno buscarse un golpe». En 1954, cuando obtuvo el Premio Nobel, develaron el busto del escritor, con una placa de bronce que reza:

▪

A NUESTRO AMIGO ERNEST HEMINGWAY

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

FLORIDITA

▪

«Yo no me merezco tanto», dijo el artista a los camareros. «Es demasiado honor».

* * *

Había siete u ocho prostitutas regularmente en el bar, pero Leopoldina la Honesta era la más célebre (aparece como Liliana la Honesta en Islas en el Golfo). En una banqueta o en las mesas, como parte indispensable del local, se encontraban los amigos de Hemingway, o los que no eran tan amigos, pero lo buscaban: Spencer Tracy, Errol Flynn, Marlene Dietrich, Ava Gardner, Barbara Stanwick, Robert Taylor; o los latinos cuya relación con Hemingway era más bien tenue o nula: Hugo del Carril, Libertad Lamarque, Pedro Armendáriz y Arturo de Córdoba, quien había realizado un papel como guerrillero en la versión de Por quién doblan las campanas de la Paramount.

Con zapatillas vascas, a veces con tenis blancos, casi siempre sin medias, en bermuda y camisa ligera, Hemingway reinaba en el Floridita. En pocas ocasiones estuvo allí con un traje.

No era hablador, como es la costumbre de los cubanos que beben en una barra. Conversaba con voz gruesa y modulada. Los cantineros lo recuerdan como un hombre fuerte: «era como un roble, a quien le daba un golpe lo tiraba». Él mismo decía que había que aconsejar a los que armaban bulla y lío. En este sentido, ayudaba a Juanito, el Testigo de Jehová, que era el guarda jurado del local.

Podía estar desde temprano en el Floridita o aparecerse a las once de la mañana, tomar un par de daiquirís y retirarse al mediodía. Pero a veces regresaba a las cinco de la tarde y se tomaba una docena.

Su norma fue mermando entre el invierno de 1959 y el verano de 1960. Había bajado mucho de peso. «Se había estropeado de buenas a primeras», recuerda Antonio Meilán. «Se puso mal. Dijo que iba a operarse a España o a Estados Unidos, pero se mató».

## El viejo en la derrota

William Faulkner creyó que Hemingway había encontrado a Dios. Era el otoño de 1952, cuando se publicó El viejo y el mar; todos los que habían cargado contra Hemingway y le habían pedido cuentas por el fracaso de A través del río y entre los árboles, una novela romántica y fácil a los ojos de muchos críticos, se vieron obligados a retroceder ante la pericia del viejo maestro.

El pequeño libro narraba una historia muy sencilla, de un pescador anciano que luchaba contra un gran pez. Faulkner estaba conmovido por estas páginas. Otros escritores norteamericanos se replegaron y salieron del combate. Y hubo europeos que también lo hicieron. Vladimir Nabokov, quien en otro momento había dicho que Hemingway era «un escritor para muchachos» (comparándolo con Conrad), aceptó que «la descripción del pez tornasolado y el ritmo de su famoso relato sobre el pez son soberbios».

La novela se convirtió en una de las obras capitales de la literatura contemporánea norteamericana, no obstante algunas escenas que el tiempo ha opacado y otras cuya carga melodramática se ha hecho más evidente, como la de Santiago inspirándose en el bateador Di Maggio. Se le considera, además, como la gran novela cubana de Hemingway. Él lo estimó así al recibir el Premio Nobel: «Este es un premio que le pertenece a Cuba, porque mi obra fue creada y pensada en Cuba, con mi gente de Cojímar, de donde soy ciudadano. A través de todas las traducciones está presente esta patria adoptiva, donde tengo mis libros y mi casa». Pero el mar insondable y extenso no es necesariamente cubano. Salvo algunas pinceladas de color local, la novela pudo desarrollarse en el mar de Java o en el Mediterráneo. Otro pescador tan experimentado, valeroso y

estoico como el de Cojímar podría haber tripulado la pequeña barca de Santiago en cualquier parte del mundo y hubiese actuado de modo parecido. Solo una diferencia: cuando Santiago teme haberse perdido, observa el horizonte y piensa que todavía puede orientarse por las costas de la isla, pero enseguida su confianza en el mar retorna a él y reafirma su convicción de que nadie tiene por qué perderse si lo conoce.

El primer borrador estuvo listo el primero de abril de 1951. El original llegó a las manos de Scribner el 10 de marzo de 1952, apareció en Life el primero de septiembre de 1952 y una semana más tarde, el 8 de septiembre, fue publicado en forma de libro por Scribner. Como se sabe, la novela tenía dos antecedentes en la actividad creadora de Hemingway. Por un lado, existía su crónica «En las aguas azules» (Esquire, abril de 1936), publicada dieciséis años antes, y, por otro, había elucubrado un proyecto de escribir una obra extensa sobre «la tierra, el mar y el aire», ambición proustiana de la que habló con Malcolm Cowley. Estos dos antecedentes se combinaron y surgió El viejo y el mar, la coda de la parte correspondiente al mar. Al parecer, las otras, dedicadas a la tierra y el aire, y vinculadas con sus experiencias en la Segunda Guerra Mundial, se quedaron en la intención, o «en las paredes de su imaginación», como dice Carlos Baker, uno de sus biógrafos. Leland Hayward, quien luego se convertiría en productor del filme, en una visita a Finca Vigía convenció a Hemingway de que publicara El viejo y el mar como una obra independiente. Su autor no estaba totalmente de acuerdo. Leland insistió en que luego, si terminaba a su satisfacción toda la parte del mar, esta podía ser agregada, pero, en su opinión, la historia tenía en lo esencial un valor independiente, lo cual era rigurosamente cierto. Quizás, cuando Hemingway dijo, al recibir el Premio Nobel, que «habría podido escribir una historia de 500 páginas sobre Cojímar y todos sus habitantes, pero que había preferido concentrarse en el relato de Santiago, y crear un viejo y un pez auténticos», estaba haciendo referencia a un material que, al igual que las otras secciones de Islas en el Golfo, había desechado en aras de un objetivo superior. En realidad, esto era la consecuencia lógica de un método, que él comparaba con la estructura del iceberg.

Dos escenas capitales en Islas en el Golfo y, por supuesto, en El viejo y el mar, se centran en la captura de un gran pez; pero no es posible que Hemingway se

limitara a repetir una misma escena sin establecer matices en su sentido moral. Hay diferencias dentro de una misma visión hemingwayana: el hijo de Hudson es una reafirmación de la virilidad; Santiago, de la tenacidad y la necesidad de luchar. Pero diálogos idénticos hermanan a los dos personajes más allá de su gesta: unidos al pez invisible por el sedal, exclama cada uno, joven y viejo: «¡Oh, Dios, cómo te amo!». Desde su punto de vista, Faulkner se percató de esta identidad en su tiempo, aunque no viviría para leer Islas en el Golfo:

Él aprendió temprano en su vida un método con el cual podía realizar su trabajo; él ha seguido este método, lo ha manejado bien. Si su obra continúa, entonces va a obtener lo mejor. Creo que su último libro, El viejo y el mar, es el mejor porque ha encontrado algo que no había encontrado antes, que es Dios. Hasta ese momento sus personajes se desenvolvían en un vacío, carecían de pasado, pero de repente, en El viejo y el mar, él encontró a Dios. Ahí está el gran pez: Dios hizo el gran pez que tiene que ser capturado, Dios hizo al viejo que tiene que capturar al gran pez, Dios hizo a los tiburones que tienen que comerse el pez, y Dios los ama a todos ellos; y si su obra sigue avanzando a partir de ahí, será aún mejor, lo cual es algo que no todos los escritores pueden proponerse. Muchos se agotan trágicamente, cuando jóvenes, y entonces se vuelven infelices. Eso le pasó a Fitzgerald, le pasó a Sherwood Anderson. Se desmoronaron.

Lo que sigue es una selección de los recortes de periódicos sobre El viejo y el mar, que Hemingway conservaba en su casa. Faulkner vuelve a la carga en uno de ellos.

NEW REPUBLIC

6 de octubre de 1952

CON GRACIA BAJO PRESIÓN

Mark Schorer

Es un viejo que pesca una aguja, cierto; pero es también un gran artista en el acto de dominar su tema, aún más, en el acto de escribir sobre esa lucha. Nada es más importante que su arte; le es querido, sin embargo, porque hay que batallar con él y vencerlo. Es también un enemigo de toda autoindulgencia, de todo relajamiento en el sentir, de toda lasitud del estilo, de toda pomposidad fofa. Juntos vencen, el gran personaje y el gran escritor.

SHENANDOAH

Otoño de 1952

[El recorte no conserva el título]

William Faulkner

El tiempo demostrará que El viejo y el mar es la mejor creación aislada de cualquiera de nosotros… Quiero decir, de sus contemporáneos y los míos. Hasta ahora, sus hombres y mujeres se habían hecho a sí mismos de su propio barro, sus victorias y derrotas se hallaban en manos de unos y otros, solo para probar lo duros que podían ser.

FREE PRESS

31 de agosto de 1952

MUERTE Y AFIRMACIÓN

E. J. Sprague

Para el estudioso de la economía ha de ser interesante que el precio del genio se compara ventajosamente con el ritmo del precio de los huevos. Por quién doblan las campanas se vendió en 1940 a $3.50 por 140 000 palabras. El viejo y el mar se vende hoy a $3.00 por unas 20 000.

NEW YORK POST

31 de agosto de 1952

Jimmy Cannon

Está escrita en muchos niveles, pero yo dejo los significados difíciles a los expertos. La acepto como el relato de un viejo y un gran pez. Creo entender lo que significa. No necesita interpretación: una obra dura y, a la vez, bella y gloriosa, como la majestad del hombre.

INOSTRANAIA LITERATURA

1956

RELEYENDO A HEMINGWAY

Ivan Kashkin

[Hemingway] antes escribía de las debilidades de los fuertes; ahora, de la fuerza moral de un viejo que ya tiene a quien transmitir su maestría.

Ocho años después Kashkin volvió sobre su interpretación de la metáfora. La soltamos aquí como muestra de su perseverancia.

VAPROSY LITERATURA

1964

CONTENIDO-FORMA-CONTENIDO

Ivan Kashkin

Santiago está descrito por dentro. Muchos han visto en la noveleta una

simbología cristiana. Pero Hemingway permanece siempre dentro de los marcos del personaje sencillo, real, y todas esas interpretaciones podemos dejarlas a la conciencia de quienes las sugieren.

Lo buscaron con guardacostas y con aviones. Pero un hombre solo, a bordo de un pequeño bote a la deriva en la corriente del Golfo, no es fácil de localizar. Y no lo hallaron. Sus camaradas de pesca en Cojímar lo daban por desaparecido. Pero un muchacho, un aprendiz de pescador, Manolín, confiaba en el viejo; aguardaba, con la vista fija en el horizonte, a aquel hombre solitario que se enfrentaba a las marejadas y los elementos. La cabaña del viejo, en una colina cercana, estaba vacía ahora.

Su morador permanecía en la corriente, y luchaba. No cabía esperar ayuda de los aviones, porque es imposible a esa altura, cuando las masas de agua son como un metal sólido e inmóvil.

Hacía 84 días que no cogía un pez y perdió el permiso de los padres de Manolín para que lo acompañara, porque él estaba salao*. Entonces se había alejado de la costa para buscar su presa. La halló después de un día de navegación y enseguida supo que era un gran pez.

La anécdota cambió poco desde que Hemingway la relatara en «En las aguas azules».

En cierta ocasión, un anciano pescador, estando dedicado a la pesca en un pequeño bote a la altura de Cabañas, capturó un enorme emperador, que, cogido al volantín, arrastró el bote mar adentro. Transcurridos un par de días, unos pescadores recogieron al anciano a unas sesenta millas, a levante de dicha población; la cabeza y parte delantera del animal estaban sujetas al costado de la embarcación; lo que quedaba de él, menos de la mitad, dio un peso de

ochocientas libras. El hombre estuvo ocupado en su captura dos días con sus noches correspondientes debido a que el pez nadaba a bastante profundidad y arrastraba el bote. Cuando salió a la superficie, el anciano logró detener la embarcación y acercar el pez, lo arponeó y lo sujetó al costado del esquife; después los tiburones comenzaron a devorar su presa, y el anciano cogió un remo y la emprendió a golpes con ellos, hasta que se quedó sin fuerzas y aquellos animales se comieron todo lo que estuvo a su alcance. Los pescadores lo hallaron gimiendo, tendido en el piso del esquife, medio quebrantado por la pérdida de tan preciada captura, y los selacios nadaban sin cesar en torno del bote.

El retrato del viejo Santiago está referido a otro personaje, a un hombre que Hemingway conoció en la época de la Ley Seca, cuando iniciaba sus aventuras en la corriente del Golfo. Carlos Gutiérrez puede verse en muchas de las fotografías de Hemingway joven, en short, posando con sus primeras agujas. Hemingway también lo menciona en su crónica «En las aguas azules»; sentía un aprecio real por él.

Carlos Gutiérrez fue amigo de Hemingway, tan amigo como Gregorio. Pero Gregorio tiene su propia versión de la génesis del relato. No es la versión exacta: él dice que a finales de los años cuarenta, a la altura del puerto de Cabañas, vieron a un pescador que se lo llevaban las olas, arrastrado por una fuerza descomunal, como si lo impulsara un motor. Pero era un bote muy pobre y desvencijado, y creyeron necesario acercarse. Había un hombre acompañado de un muchacho, y el hombre estaba atrincado contra la tabla del asiento y sujetaba firmemente el sedal y la fuerza se producía por el empuje sobre este hilo. El bote iba abriendo el agua como un cuchillo, y el Pilar logró apareársele navegando a todo motor. El pescador era un mallorquín; un hombre delgado y fuerte, sin camisa, que los recibió con un grito:

—¡Váyanse de aquí, hijos de puta! ¡Déjenme solo!

Hemingway ordenó a Gregorio que mantuviera el Pilar a una distancia de 800 metros, mientras observaba el combate. Hemingway entendía que debía respetar la decisión de aquel hombre y su empeño solitario. La lucha se prolongó durante medio día. Por fin, Hemingway ordenó a Gregorio que se acercara con el chapín y le llevara algunas provisiones. «¡Hijos de puta! —repitió el hombre—. ¡Váyanse!». Gregorio se acercó a todo motor y dejó un cartucho en la popa del pequeño bote; contenía golosinas, cervezas, una botella de ron y emparedados de carne.

«Fue aquí a esta altura», dice y señala un sitio entre las aguas. Navegamos a la altura de Cabañas a bordo del pequeño Hill-Noe, y Gregorio señala el lugar desde donde presenció aquella lucha magnífica. «Era un pescador de ese puerto, un mallorquín».

Uno trata de comprender cómo Gregorio sabe marcar este lugar, cómo puede especificar que en este sitio sobre las aguas, sobre la corriente, y hace tantos años, él presenció aquella batalla junto con Hemingway.

Acaso es cierto, y el escritor obtuvo elementos de la experiencia para su libro. O acaso es un recuerdo que la memoria del viejo Gregorio ha coloreado. Lo mejor es que se trata de una lucha constante y usual en la costa norte de Cuba.


"HAPPY NEW YEAR"
"Floridita" 1951 "CUBA"
"Gary Cooper"
"Ernest Hemmingway"

A las 12 de la noche Gary Cooper intentó hilvanar una frase convencional: «Feliz año nuevo, Ernest». En realidad, lo tuvo, al menos como literato: el 8 de septiembre se publicaron los primeros 51 700 ejemplares de El viejo y el mar, y ese fue el librito que lo llevaría a la nominación del Nobel. La postura de contrición asumida por el chofer Juan Pastor —sujetándose la corbata— es explicable en esta noche de farra. Habla de un hombre responsable, pese a la lluvia de insultos que le prodiga Thomas Hudson, el alter ego de Hemingway en Islas en el Golfo.

*Tener y no tener es el vestigio lejano del epos* de Hemingway sobre la corriente del Golfo. Guarda más de una similitud estructural con Islas en el Golfo: tres historias independientes en su origen que luego constituyen un relato unificado; una galería de tipos memorables, de los que el narrador se va sacudiendo sin que vuelva a colocarlos en la trama; historias ambientadas mayormente sobre las tablas de una embarcación, donde sus protagonistas caen ametrallados, aunque no mueran de inmediato.*

Hombres y escenarios de esta zona geográfica vuelven a estar presentes en el buró de Hemingway cuando regresa de la Segunda Guerra Mundial. Mas se trata ahora de un artista competente, maduro, menos nervioso, menos áspero. Una personalidad desajustada como la de Morgan está fuera de lugar en la posguerra hemingwayana.

Es indudable que está envejeciendo y que las angustias de hace unos pocos años ceden terreno velozmente ante las añoranzas de un hombre que puede tener contados sus días. Los conflictos que demandaban solución inmediata, guerras justas o injustas, luchas sociales y políticas, procesiones de refugiados en los Balcanes, veteranos de un ejército abandonados a su suerte en un cayo de la Florida, pierden vigencia entre sus objetivos. Las llamas se extinguen y el lugar queda limpio para los cuestionamientos permanentes del hombre: la vida y la muerte, la incomprensión y el amor. El desertor Frederick Henry, el bandido Harry Morgan y el combatiente Robert Jordan se transforman en ancianos

filosóficos o en hombres que se proyectan hacia su pasado: el coronel Richard Cantweil, el artista Thomas Hudson y el pescador Santiago.

La guerra ha terminado y Hemingway, el remoto hombre duro, pretende escribir un libro proustiano, un recuento trascendente y extenso. Confía a sus amigos que se propone relatar todo lo que sabe sobre la tierra, el mar y el aire, y sus recuerdos de juventud en París, las impresiones de una carrera de bicicletas de seis días, su experiencia de un bombardeo a baja altura como tripulante de un Mitchell. Hacia esa meta dirige su industria, pero una sucesión de incidentes imprevistos (enfermedades suyas y de sus hijos, accidentes de tránsito y de aviación, problemas familiares) estropean el proyecto. La obra proustiana nunca se realiza y el proyecto hemingwayano queda fragmentado. Esa es la producción de Finca Vigía: París era una fiesta (el regreso a los escenarios de Fiesta), A través del río y entre los árboles (regreso a los escenarios de Adiós a las armas), «El verano sangriento» (otra vuelta a Fiesta y a los escenarios de Muerte en la tarde) y los reportajes de África para Look* (el regreso final a los escenarios de Las verdes colinas de África y de las historias de Harry Street y Francis Macomber).

El único resultado del empeño, aunque terminado a medias, es Islas en el Golfo y el relato de Santiago. De cualquier forma, las etapas vitales del hombre —y de Hemingway— son registradas en esta novela, singular por su carácter autobiográfico. Primero, la infancia (los hijos de Hudson y el niño pescador, Manolín, que acompañaba a Santiago), después Rogers, que es un reflejo de la juventud perdida de Thomas Hudson, y el mismo Hudson, angustiado por sus experiencias, que no cesa de revalorar, y, por último, Santiago, el viejo, que resume en este breve relato la filosofía de la vida que los golpes del destino le han inculcado. La escala cronológica y la descomposición en planos temporales atañe a la aplicación de las técnicas cubistas que Hemingway aprendió de manos de Gertrude Stein en sus inicios como artista y que emplea en este período último de creación. No solo personajes diversos que convergen en una sola identidad. Hay una escena de El viejo y el mar en que Santiago comienza a separar las partes de su cuerpo y habla con su mano, con su cabeza y con sus nervios.

«Será mejor dejar tranquilo al pez por ahora y no perturbarlo demasiado a la puesta del sol. La puesta del sol es un momento difícil para todos los peces». Esta línea emocionada y poética que Hemingway pone en boca de Santiago causa asombro a los ictiólogos; en realidad, gracias a su poder de observación, experiencia como pescador y extensas lecturas, Hemingway sabía sobre lo que estaba escribiendo. Lo cierto es que los peces van hacia la luz o huyen de ella, según su naturaleza. El emperador, por ejemplo, se captura de noche, y los casteros probablemente descienden de noche porque se les captura de día. Lo que teme Santiago es que el pez profundice y le reviente el cordel. Puede haber error o licencia poética en el hecho de que el pez no salga hasta el otro día. El castero siempre presenta batalla y sale inmediatamente a ver qué ocurre.

En cuanto a los sedales, se tiraban tres en épocas anteriores al uso del palangre. Había un cuarto que era opcional. La profundidad dependía de la luna. Si había luna nueva se tiraba el corto; si había luna llena, el largo.

Santiago tiene su propio método. Va solo en un bote en que siempre iban dos, y las profundidades de las líneas varían un tanto, aunque tira los tres sedales clásicos para capturar las agujas.

En el libro se describe la preparación de las carnadas de una manera exacta. Es admirable el profesionalismo de los pescadores en esta tarea.

Las agujas pueden pescarse con palangre. Su carne es apreciada y tiene valor comercial. Santiago sabe que ha capturado una aguja por los golpes que siente en el sedal. La aguja golpea primero con el pico dos o tres veces y después comienza a comer. El tiburón no. El tiburón da una mordida y sigue con el sedal.

Cuando la aguja se pesca con outriggers, la presilla comienza a cimbrar con los golpes y luego se zafa cuando el pez coge la carnada.

Las agujas en época de desove van regularmente en parejas y hasta en tríos: una hembra y dos machos. Entonces se les captura con mucha facilidad, porque adondequiera que vaya una siguen las otras. El problema es mantener al pez con la boca hacia el pescador. La aguja de Santiago no estaba en esta posición, porque no estaba bien anzuelada, sino cogida por la boca.

Hemingway describe que Santiago, en el momento de coger el pez, está de rodillas. Se levantará en el momento preciso. El pescador siempre se incorpora en el momento de la captura. Parece ser un problema de sensibilidad: no es lo mismo capturar sentado que de pie.

El hecho de que Santiago, al entrar en la zona que la novela denomina the great well —llamado «el hondón» por los pescadores de Cojímar—, esté pescando hacia el este, siguiendo el rumbo de la corriente, también parece ser una licencia literaria. Esto es tan extraño como que el pez se demore casi veinticuatro horas en salir.

La corrida se realiza de oeste a este, que es el rumbo que lleva la corriente. A veces se detiene. A veces corre hacia el lado contrario. Los pescadores dicen que la aguja se pesca de este a oeste, o sea, «hacia abajo», contra corriente, pero los científicos consideran que las agujas corren junto a la corriente.

Santiago le dice a Manolín que septiembre es el mes en que vienen los grandes peces, pero, en verdad, este es el mes en que arriba el codiciado castero guarabeado.

El director Fred Zinnemann envió a Hemingway el guion de El viejo y el mar. Las anotaciones hechas por el escritor en las páginas de este texto constituyen acaso uno de los documentos más reveladores de los conocimientos profundos de Hemingway sobre el arte de pescar y de su manera cubana de acercarse a los personajes que su obra inmortalizó.

Hemingway, corrector de guiones cinematográficos, trabajó con su letra redonda y con el tradicional lápiz del número 2. En sus indicaciones se vislumbra la preocupación por los detalles de índole técnica y no literarios. Las observaciones en el guion son un esfuerzo por lograr una mayor precisión en el trabajo negligente hecho por Hollywood.

En septiembre de 1956, cuando publicó una de sus últimas crónicas, en Look, confesó: «Ya se ha terminado la confección de un guion cinematográfico, y no se repetirá esta clase de trabajo». Se refería a esa experiencia.

El primer apunte en el guion se halla en la escena 25. Su función es mantener el equilibrio. El narrador dice: It made the boy sad to see the old man come in each day with his shift empty, and he always went down to help him carry the harpoon or the sail. (Entristecía al muchacho ver al viejo regresar todos los días con su bote vacío, y siempre bajaba a ayudarle a cargar el arpón o la vela). Hemingway tacha el arpón y pone en su lugar heavy coiled line (rollo de sedal grueso) y agrega lo siguiente: mast and (mástil y), de manera que el peso quede repartido a la hora de cargar ...and he always went down to help him carry the heavy coiled line or the mast and sail (y siempre bajaba a ayudarle a cargar el rollo de sedal grueso o el mástil y la vela).

El resto de las escenas anotadas por Hemingway siguen esta lógica de objetividad narrativa. En la escena 45 añade otra palabra a la voz del narrador: either (tampoco). There was no cast net and the boy remembered when they had sold it. But they went through this fiction every day. There was no pot of yellow rice and fish either and the boy knew this too. (No tenía atarraya y el muchacho

recordaba cuándo la habían vendido. Pero hacían esta comedia todos los días. No había un plato de arroz amarillo ni tampoco pescado y el muchacho también lo sabía). En la escena 50, en una descripción para consumo del guionista y el director, Hemingway coloca un signo de interrogación donde no entiende la inclusión de in Spanish; se trata de una descripción del juego de pelota y dice: The catcher is jabbering away in Spanish (?), signals for the pitch... (el catcher está parloteando en español (?) y hace una señal para que se lance la pelota).

La observación en la escena 54 refleja una experiencia casi cotidiana de Hemingway. Martín, el dueño de La Terraza, termina de servir una cerveza por espita, se da un trago y se mueve despacio hacia el muchacho. Hemingway añade la siguiente advertencia: No draft beer in such a place (no hay cerveza por espita en un lugar como este), lo cual es cierto. En Cuba, la cerveza se servía siempre en botellas. De inmediato, Hemingway modifica una descripción: Martín thinks of himself as a wit, and enjoys ribbing the boy. (Martín se considera un tipo ingenioso y le gusta mortificar al muchacho). Ernest tacha ribbing (mortificar) y pone teasing (fastidiar). En el diálogo, Martín dice: Well you can have some black beans and rice for that. (Bueno, por eso puedes comprar frijoles negros y arroz). Hemingway tacha el some. Martín comienza a llenar el contenedor de metal (la cantina) con la comida que saca de dos enormes cazuelas. Hemingway. Martín also adds two servings of tried bananas and some stew. (Martín también añade dos raciones de plátanos fritos y un poco de guiso). Acto seguido Martín le dice: All right, y el muchacho saca el dinero para pagar, sesenta centavos, y dice: Here. (Aquí tiene). Hemingway tacha here, y añade una broma en boca del muchacho:

MARTIN: All right. Do you want an egg too?

THE BOY: No, keep the egg and cackle when you lay it.

MARTIN: Bien. ¿Quieres un huevo también?

EL MUCHACHO: No, quédese con el huevo y cacaree cuando lo ponga.

Debe recordarse la observación de Hemingway de que los chistes de procedencia española casi siempre tienen un carácter sexual, y que en Islas en el Golfo hay un trasunto de este momento en La Terraza en el encuentro con los pescadores; huevos significa testículos en casi todos los países latinoamericanos.

En la escena 58:

THE BOY: The great Dick Sisler's father was never poor and he played in the big leagues when he was sixteen.

EL MUCHACHO: El padre del gran Dick Sisler nunca fue pobre y jugaba en las grandes ligas cuando tenía dieciséis años.

Santiago le responde entonces:

OLD MAN: When I was sixteen I was before the mast on a square rigged ship that ran to Africa and I have seen the lions on the beaches in the evening.

EL VIEJO: Cuando yo tenía dieciséis años ya navegaba en un velero que iba a África y contemplaba los leones mientras yacían en la playa al atardecer.

Pero Hemingway, extrañamente, añade en off un parlamento en la voz del narrador y lo interpone entre estos dos diálogos:

NARRATOR: The boy was not accurate here.

NARRADOR: El muchacho no fue muy exacto aquí.

En la escena 72, Manolín le pregunta a Santiago: Why is it no one ever takes food in the boats? Why is it they only take water? (¿Por qué la gente no lleva comida a bordo? ¿Por qué es que solo llevan agua?). A lo que el viejo responde (con el añadido de Hemingway escrito a lápiz; aquí en cursiva):

OLD MAN: Because it is not certain you will always have money to buy food, and this way, as you are not used to having it, you will never miss it. Also if you had just eaten and hooked a big fish you would be in trouble.

EL VIEJO: Porque no es seguro que uno siempre tenga dinero para comprar alimentos, y así, como uno no está acostumbrado a tenerlos, no los echará de menos. Además, si uno ha acabado de comer y engancha un pez se verá en aprietos.

En la escena 76, en el siguiente pasaje: he thinks better of it and drinks the bitter liquid himself (recapacita y decide tomarse el amargo trago), tacha bitter (amargo) y pone unpleasant (desagradable). Unas líneas más abajo, esto se repite. En el guion: The boy accepts the cup reluctantly and drinks as much of the bitter liquid as he can. (El muchacho toma la taza de mala gana y trata de tomar la mayor cantidad posible del amargo trago). Hemingway tacha bitter y añade la siguiente nota al margen: Note: It is not bitter, only very oily and

distasteful. (Nota: no es amargo, solo muy aceitoso y desagradable).

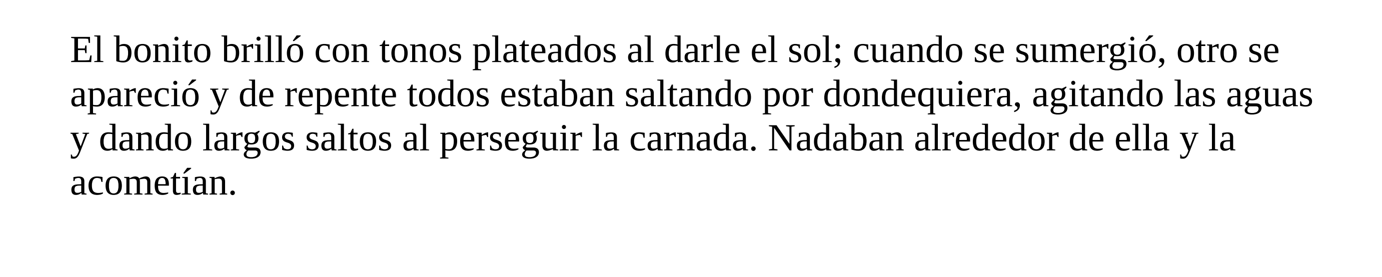
En la escena 99, el narrador dice: There was no part of the hook that a great fish could feel that was not sweet-smelling and good tasting. (No había ninguna parte en el anzuelo que no le resultara apetitosa y agradable a un pez). Hemingway le responde: He must hook on the sardines first. (Debe enganchar primero las sardinas). Es decir, primero la carnada. Ernest Hemingway apela a la secuencia de los hechos que van a producir la emoción sensorial. Y esto, de acuerdo con el método de Hemingway, debe transmutarse en arte.

En la escena 123, se dice: The bait being towed behind the old man’s boat. (La carnada se arrastra detrás del bote del viejo). The fish are circling and driving it. (Los peces la rodean y se lanzan hacia ella). Ernest pone entre paréntesis con interrogación la primera frase y hace la anotación siguiente: They are not driving this bait but the shoal of bait fish the size of minnows. (No están acometiendo esta carnada, sino el cardumen).

Hemingway hizo esta corrección en un extremo de la página, debajo del texto mecanografiado del guion. Su explicación tuvo dos etapas, porque primero advierte que no están acometiendo la carnada, y lo firma —«EH»—, para añadir enseguida que la acometida es contra el cardumen, y volver a firmar.

La escena aparece descrita así en el libro:

*The tuna shone silver in the sun and alter he had dropped back into the water another and another rose and they were jumping in all directions, churning the water and leaping in long jumps after the bait. They were circling it and driving it.*



El bonito brilló con tonos plateados al darle el sol; cuando se sumergió, otro se apareció y de repente todos estaban saltando por dondequiera, agitando las aguas y dando largos saltos al perseguir la carnada. Nadaban alrededor de ella y la acometían.

En el guion del filme:

122. FULL SHOT - THE SURFACE OF THE WATER

as a school of tuna begins rising. They are jumping in all directions, churning the water, leaping in long jumps after the bait.

123. CLOSE SHOT - THE BAIT

being towed behind the old man’s boat. The fish are circling it and driving it.

*(They are not driving this bait EH but the shoal of bait fish the size of minnows)*

EH

122. PLANO GENERAL - LA SUPERFICIE DEL AGUA

mientras una mancha de bonitos comienza a surgir de ella. Saltan en todas las

direcciones, agitando las aguas, y brincando detrás de la carnada.

123. PLANO CERRADO - LA CARNADA

se curricanea detrás del bote del viejo. Los peces la rodean y la acometen.

*(No están acometiendo esta carnada EH sino el cardumen)*

EH

Hemingway recibió algunas críticas debido a imprecisiones y errores que aparecen en El viejo y el mar, y es posible que él hubiese querido aclarar cualquier pasaje ambiguo en el guion. Aquí desea especificar que los bonitos atacan no la carnada de Santiago, sino el cardumen que ha atraído a estos peces de presa*.

En la escena 131, donde el guionista escribe: He is getting sleepy (le está entrando sueño), Ernest lo regaña con esta acotación: Why is he getting sleepy so early? It’s silly. EH (¿Por qué le está entrando sueño tan temprano? Eso es una tontería. EH).

En la escena 133 el guionista escribe que el sedal está por encima de los hombros de Santiago, y Hemingway lo regaña de nuevo: Not yet. Not until fish is hooked. (No antes de que enganche el pez). En la escena 135, Hemingway vuelve a la carga; se acerca el momento en que Santiago va a coger el pez, el anzuelo a punto de herirle el corazón. Santiago sigue de rodillas, pero This is all

done on foot (todo esto se hace de pie), le señala Hemingway. Luego, en la escena 147, cuando Santiago recuerda los equipos de béisbol: I wonder how the baseball game(s) in the big leagues came out today (quisiera saber los resultados de hoy de lo(s) juego (s) en las grandes ligas), Hemingway pluraliza la palabra game y comenta: Games plural. They follow many clubs. (Juegos en plural. Siguen muchos clubes). La siguiente acotación de Hemingway, nueve escenas después, le aclara al guionista que las bolsitas a lo largo del espinazo de la aguja son muchas, no una sola. It is plural. There are many sacks. (Plural. Son muchas bolsas).

En la escena 147: ... and he saw a flight of wild ducks etching themselves against the sky over the water (...vio una bandada de patos salvajes sobre el mar delineándose contra el cielo), Hemingway añade: then blurring, then etching again (tornándose borrosos, y luego perfilándose de nuevo); una precisión digna de su alter ego Thomas Hudson, el pintor. En la escena 203, añade un verbo auxiliar: do. But it is good that we do not have to kill the sun or the moon or the stars. (Es un alivio que no tengamos que matar el sol o la luna o las estrellas).

En la escena 320, Hemingway agrega el adjetivo heavy a wind, sin el cual no tiene sentido la oración: How many days of heavy wind will we have? (¿Cuántos días durará este fuerte viento?). Casi de inmediato sigue el comentario más extenso de Hemingway, que contiene el regaño más severo al guionista. Primero, tacha el parlamento de Santiago: They will be all right in a few days (estarán bien dentro de unos días), y después lo envía a revisar la página 138 de El viejo y el mar; Hemingway; no contento con ello, cita el pasaje que le interesa recalcar: I know how to care for them. In the night I spat something strange and felt something in my chest broken. (Sé cómo cuidarlos. Durante la noche escupí algo extraño y sentí que algo se rompió en mi pecho).

Después de indicarle al guionista que siga leyendo, le advierte: You lose your story here and there is no previous reference in the script to the damage to his chest. (En este punto perdiste tu historia, no hay una referencia previa en el guion de enfermedad en los pulmones).

Sus dos últimas notas: en la escena 320, tacha la segunda oración en el parlamento de Santiago: Bring any of the papers of the time that I was gone. I want to read about the baseball. (Trae cualquiera de los periódicos del tiempo en que estuve ausente. Quiero enterarme de la pelota). En la escena siguiente, en la cual el muchacho, Manolín, se aleja llorando de la cabaña de Santiago, Hemingway escribe que se insista en el malestar del pecho que siente el anciano.

Miguel Ángel Quevedo era propietario de Bohemia, la revista cubana de mayor circulación en los años anteriores al triunfo de la Revolución. Sus inclinaciones sexuales eran notorias, lo cual no le acarreaba grandes contratiempos —pese a la homofobia imperante en la sociedad cubana— por la influencia política que ejercía su publicación. Quevedo se enorgullecía de que en una finca de su propiedad, donde se celebraban semanalmente fiestas que reunían a los más importantes empresarios y políticos cubanos, nunca había entrado una mujer. El triunfo revolucionario de 1959 se convertiría en una tragedia para él, luego de una promisoria campaña semanal de alabanzas —desde las páginas de Bohemia — al líder que se estrenaba en el poder y que solía visitarlo en su oficina para sacarle algunos de sus buenos tabacos del bolsillo y revisar con un día de antelación, los jueves, aún calentita, la última edición del semanario, a distribuirse el viernes. Se fue de Cuba en 1960. Entendió que no iba a seguir regalándole tabacos a Fidel Castro, mientras este hacía avanzar sus huestes comunistas por todas las dependencias políticas, administrativas, comerciales y militares del país. Organizó la tirada de su revista en diferentes capitales latinoamericanas, aunque con una variante en el nombre: Bohemia Libre. Y en todas conoció el fracaso. Después se suicidó, en Caracas, en 1970. Pero algunos años antes, en 1955, era el zar de la prensa en Cuba y se había ofendido por el hecho de que Life se le adelantara con la publicación de El viejo y el mar. Hizo algunas gestiones, presionó a la embajada norteamericana y logró que se le cedieran los derechos para publicar la primera traducción completa al español de la novela. El caricaturista David cuenta que Quevedo lo llamó una tarde y le dijo:

—Tú que conoces a todo el mundo, ve a ver a Hemingway y dile que quiero

publicar su relato.

—Bueno, pero a Hemingway no lo conozco mucho.

—No importa, dile que quiero publicar ese libro.

Localizado en el Floridita, Hemingway aceptó la proposición de cinco mil pesos. Puso dos condiciones: que el traductor fuera Lino Novás Calvo y que los cinco mil pesos fueran invertidos en la compra de aparatos de televisión que él donaría a los pacientes tuberculosos del sanatorio El Rincón. No está claro qué ocurrió finalmente con esos honorarios. Una docena de documentos que evidencian algunas irregularidades se conservan en Finca Vigía. En estas cartas la administración de Bohemia se apresura a explicar a Hemingway que los televisores van a ser adquiridos próximamente, o que ya están a punto de ser instalados en el sanatorio. Lino Novás Calvo no tiene nada que ver con las irregularidades de esa administración, pero hay angustia en sus mensajes al novelista. Le preocupa el largo silencio sostenido por Hemingway y que no responda a sus llamadas telefónicas. La historia termina con los televisores instalados y, años después, en la década de los sesenta, con Lino Novás Calvo convertido en uno de los escritores cubanos contrarrevolucionarios residentes en Estados Unidos y jefe de redacción de Bohemia Libre, un remedo en el exilio y de corta vida, de la Bohemia original y que continuó publicándose en La Habana, pero bajo administración revolucionaria, y la finca de Quevedo, en la que se prohibía la entrada de mujeres, transformada en el primer campamento de jóvenes revolucionarias que pasaban su instrucción como milicianas: el Batallón Lidia Doce. Curioso el destino que depara el lugar a sus ocupantes. El famoso batallón de combate femenino apenas sirvió para exhibirlo en el desfile por el segundo aniversario de la Revolución, el 2 de enero de 1961, con sus vistosos y bien ceñidos uniformes de campaña y las boinas verde olivo y las metralletas checas T-23 terciadas sobre el pecho, puesto que el mando decidió disolver la unidad luego de la especie de epidemia de lesbianismo que se apoderó del batallón.

El médico Herrera Sotolongo sostiene que el «cáncer en la piel» que se atribuye al pescador Santiago no existe científicamente, y que él, Herrera Sotolongo, discutió con Hemingway, pero el escritor insistió en dejar esta enfermedad de su invención, no con idea de mostrarse obstinado, sino para actuar con cierta libertad artística. La enfermedad de Santiago podía ser un cloasma, pero eso no es un cáncer de la piel, «un benigno cáncer de la piel», como dice la narración. «Lo que tiene Santiago —insistía Herrera Sotolongo a Hemingway— es un cloasma». Esta enfermedad puede producirse si uno se expone demasiado al sol. La piel suelta unas escamitas, lo que le ocurría a Hemingway, que siempre se las estaba rascando y quitando con las manos, mientras Herrera Sotolongo lo reprendía diciéndole que «se dejara eso».

El otro médico amigo de la finca, Cucu Coolí, tampoco estaba de acuerdo con el diagnóstico. Pero Hemingway insistió en que ese era el padecimiento de su personaje. Y así lo dejó.

Hemingway —como es de suponer— padeció de cloasma desde la época de sus aventuras antisubmarinas en el Pilar, debido a prolongadas exposiciones al sol. Su organismo mostraba una evidente debilidad frente al sol: costras de quemaduras, pequeña hipertrofia de piel, escamas en la frente y la nariz. Para protegerse, se afeitaba con una máquina eléctrica de cortar el pelo, o sea, ni cuchilla ni navaja, y solía pasar hasta un mes sin rasurarse para evitar dañar la piel ya afectada por el cloasma. Acostumbraba a mantener su cabello con un largo de 3 o 4 centímetros.

Otras escamas que soltaba Hemingway eran producto de un eczema seborreico que, además, le mantenía las cejas rojas. «Se pasaba todo el día sacándose escamas de la nariz», dice Herrera Sotolongo. «Era una de sus manías».

Fred Zinnemann remite a Finca Vigía las notas con las sugerencias de cambios para el guion definitivo de la película. El documento está fechado el 30 de marzo de 1956. Zinnemann comienza con la aclaración siguiente: «El número total de

páginas en el guion hasta el momento es de 112. Sin embargo, algunas de estas son medias páginas. Al considerar las medias páginas, el guion alcanzaría realmente solo 101 páginas. De modo que hemos añadido dieciséis páginas al guion anterior». El escritor, aplicando su invariable costumbre, y su lápiz very black, anotará sus comentarios entre líneas. Zinnemann, al recibir las dos cuartillas de las revisiones de Hemingway, replicará con un bolígrafo de tinta roja.

Los cortes en las secuencias 29, 34, 45 y 58 no provocan comentarios. Hemingway acepta en silencio que se eliminen algunos parlamentos del niño (Manolín) y el diálogo sobre John J. McGraw y Durocher. Las supresiones, según Zinnemann, se han hecho por dos razones: porque el director siente «una demora en las escenas anteriores» y porque piensa que es importante simplificar un poco los diálogos para que el espectador disfrute y comprenda las escenas.

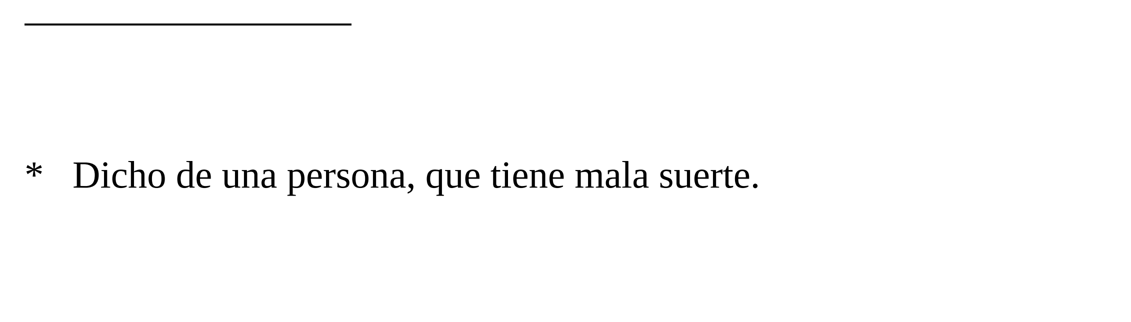
En la secuencia 143 se omiten dos líneas: «No tengo calambres y me siento fuerte» y «él es quien tiene el anzuelo en su boca». Hemingway pregunta: «¿Por qué?». Zinnemann responde: «Demasiadas palabras para el cine».

Otra omisión: «No incluimos al viejo orinando por la banda del bote. Sin embargo, podemos filmar esta escena para usarla en los pocos países donde sería permitida». Hemingway se entusiasma con la idea: «¿No pudieran hacerlo sin que se viera claramente? Me moriría si no apareciera. E.H.». La respuesta de Zinnemann, escueta y cartesiana: «Discutir».

Tampoco se incluirá la escena del viejo alimentándose con los peces voladores sacados del estómago del delfín. «Creemos que el impacto visual sería demasiado fuerte. Nuestra sugerencia, por tanto, es utilizar solamente los filetes del delfín, pero no los peces voladores». Hemingway se muestra incomprensivo: «¿Por qué demasiado fuerte?». Zinnemann reitera su fórmula, como en el mejor diálogo hemingwayano: «Discutir».

La secuencia 152 presenta algunas dificultades técnicas. La novela describe una aguja haciéndole la corte a su pareja en torno al bote. «Nos parece que esta escena confundiría la continuidad visual. Además, es una escena extremadamente difícil de filmar». Hemingway se muestra comprensivo ahora: «Reconozco que esto es probablemente muy difícil, pero podría manejarse por medio de la narración. Si no, tiene que eliminarse».

Los cambios en la secuencia 250 proponen no utilizar las algas del Golfo ni los camarones pequeños. Hemingway, agresivo, ejerce su última resistencia: «¿Por qué? Es estúpido. Pero estoy de acuerdo si tienen que cortar». Zinnemann elude el insulto y cobra su venganza: las algas del Golfo y los camarones pequeños no se dejan ver en un solo fotograma de la película.



* Dicho de una persona, que tiene mala suerte.

* Epopeya.

* Publicado en 1999 como True at First Light.

* En la página 43 del libro, Santiago captura una albacora (perteneciente a la familia de los atunes) que en la página 64 se convierte en un bonito (de la familia de las maxarelas) que vuelve a ser un atún en la página 66, que, por último, es de nuevo un bonito en la página 82. Otro error de precisión es localizable en la misma página 82. El viejo ve la estrella de Rigel en el crepúsculo. En la época del año que ocurre la historia (septiembre) Rigel no es visible a esa hora.

## Políticamente correcto

La noticia apareció en primera plana. Hemingway conservó la página completa, con la información enmarcada en lápiz rojo y un párrafo en que se le menciona vuelto a enmarcar (aquí en cursiva).

*Diario de la Marina*

17 de octubre de 1947

SANTO DOMINGO ACUSARÁ A CUBA, VENEZUELA Y GUATEMALA ANTE EL TRIBUNAL INTERNACIONAL

Entre los funcionarios acusados se encuentra el exministro Alemán, de quien aseguran contribuyó con $350 000 a la causa y entregó al ejército revolucionario camiones del gobierno.

NEW YORK, octubre 16 (Por Amador Marin, de la INS)

Un dossier que pesa tres libras [casi un kilo y medio] acusando a altos

funcionarios de los gobiernos de Cuba, Venezuela y Guatemala de haber participado en el reciente intento frustrado de invasión de la República Dominicana será presentado ante el Tribunal Internacional de Justicia por el gobierno del presidente Rafael Leónidas Trujillo, según anunció hoy la oficina del gobierno dominicano en New York.

El texto preliminar del informe que se someterá al más alto Tribunal de Justicia Internacional lleva anexa una enorme cantidad de documentos para probar que armas en gran cantidad fueron compradas para la expedición invasora, por los gobiernos de Cuba y Venezuela, con fondos aportados por la Legación del Soviet en la capital de Guatemala.

Con los documentos se trata de probar que el presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, ayudó al financiamiento de las fuerzas invasoras contra Santo Domingo. Sin embargo, agrega el informe que, «según datos obtenidos en Venezuela, el presidente Betancourt retiró su apoyo a la empresa después de convencerse de que su dinero se estaba despilfarrando tontamente» Continúa diciendo que después de retirarse Betancourt del plan de invasión, la mayor parte del apoyo a los revolucionarios procedió de funcionarios de los gobiernos de Cuba y de Guatemala.

Dando calor al informe sobre 108 planes revolucionarios, se dice en dicho documento que había un grupo integrado por dos docenas de veteranos de las fuerzas aéreas norteamericana y canadiense que tenían la misión de bombardear las instalaciones militares en Ciudad Trujillo y otros lugares estratégicos de la República Dominicana.

*Estos hombres, según el informe dominicano, estuvieron alojados en la hacienda del novelista norteamericano Ernest Hemingway, cerca de La Habana, Cuba, quien en varias ocasiones también actuó como vocero de los revolucionarios. Los aviadores norteamericanos complicados en el complot, recientemente regresaron a Miami, Florida, declarando que, aunque habían sido bien*

*alimentados y provistos de bebidas en casa de Hemingway, no se les habían pagado las sumas que les habían ofrecido por su participación en la aventura.*

Algunos de ellos recibieron solo unos cien dólares de los 6 000 a 8 000 dólares que a cada uno de ellos les habían prometido.

Asegura el informe que se ha podido comprobar que las bombas que se hallaron a bordo de los aviones que tenían los revolucionarios pertenecían a un embarque que fue vendido por la Administración de Sobrantes de Guerra norteamericanos al gobierno de Venezuela.

Señala también el informe «una consistente apatía por parte del gobierno cubano ante las pruebas documentales que se le presentaron sobre las actividades revolucionarias», y añade que aun después que un agente del gobierno dominicano fue informado por el vocero revolucionario Ernest Hemingway de que el ejército invasor «había aumentado a siete mil hombres», y que el entrenamiento de esas fuerzas se estaba realizando públicamente en distintos lugares de Cuba, el gobierno del presidente Grau San Martín desmintió los rumores de que existiera el movimiento.

En el centro de información dominicano de New York se dijo también que las informaciones sobre el arresto de las fuerzas invasoras y la ocupación de sus armamentos por el ejército cubano aún se expone por la prensa dominicana como prueba de que existió la conspiración sobre la cual muchos periódicos en los Estados Unidos y otros países americanos habían expresado dudas.

Esta vez Hemingway tuvo que huir. Su nombre aparecía vinculado a lo que se describía como un complot internacional. Se trataba en rigor de un plan que un grupo de cubanos y exiliados dominicanos pensaba llevar a cabo para derrocar la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo. El plan era supuestamente secreto, pero en

La Habana todo el mundo lo conocía, incluidas, desde luego, las embajadas.

La expedición se encontraba bajo los auspicios de Ramón Grau San Martín, el presidente cubano. El superobjetivo que perseguía era lavar su imagen pública y promover a José Alemán, ministro de Educación y protegido suyo, como candidato favorito en las elecciones presidenciales de 1948. Alemán surgiría como una especie de héroe entre los expedicionarios. Se daba por seguro que estaba «canalizando la ayuda financiera al proyecto de invasión».

Unos mil doscientos voluntarios participaban en la empresa, cubanos en su mayoría. Se entrenaron en cayo Confites durante más de tres meses; disponían de un armamento considerable que incluía buques de desembarco. Cierto número de aviones de caza también participaría en la operación. Uno de los combatientes era el líder universitario Fidel Castro. ¡No podía faltar! Estaba al mando de un pelotón y terminó como jefe de compañía. Se destacaba por su aplicación en las clases de infantería y de tiro real y por el buen humor con que soportaba las plagas de mosquitos. Pero estaba obligado a estimular los mecanismos de supervivencia en la reducida área de un islote donde enemigos suyos tan peligrosos y experimentados como Rolando Masferrer tenían la más alta jerarquía.

Las especulaciones sobre los entresijos de la operación son múltiples todavía hoy. Grau San Martín había concebido una maniobra oportunista y demagógica. Pero se calcula que invirtió un millón de dólares en ella. Es difícil determinar hasta dónde estaba dispuesto a llevar su juego. Trujillo era un blanco perfectamente abatible desde el punto de vista político. «La sola mención de su nombre —al decir de un cronista— bastaba para provocar descargas adrenalínicas en cualquier demócrata». Es evidente, además, que Grau San Martín quería aprovechar un momento de auge del movimiento revolucionario en la región —Juan José Arévalo era el presidente de Guatemala y Rómulo Betancourt el de Venezuela—. Sin embargo, la operación cobraba impulso día a día y Grau San Martín decidió que se le había escapado de su control. Estaba claro que algunos de los hombres de cayo Confites se aprestaban realmente para

lanzarse sobre la capital dominicana. Y era imponente la algarabía que estaban orquestando los diplomáticos trujillistas.

La expedición abortó cuando el general Genovevo Pérez Daamera, jefe del ejército cubano, ordenó que las unidades de la Marina de Guerra apresaran al personal de cayo Confites. Un auténtico general de opereta, melindroso y sibarita, cuyo peso alcanzaba los 140 kilos, había ganado notoriedad como «un tipo muy ducho para los negocios...». Sobornado con miles de dólares por el dictador dominicano, Genovevo declaró que actuaba «en pro de la paz y la concordia» al movilizar sus fuerzas contra el islote.

Fue entonces cuando Rolando Masferrer, jefe de uno de los batallones expedicionarios, decidió plegarse a lo que él llamó «las nuevas circunstancias». Masferrer había luchado en el bando republicano durante la Guerra Civil española. Había sido miembro del Partido Comunista, pero desertó de sus filas para ganar una sólida reputación como pistolero y político corrompido. A la vista de los buques que cercaban el cayo, entregó a todos sus hombres y consumó la traición sin titubeos. «Para la leche que daba esta vaca…», se le oyó decir al momento de pasarse al bando de los captores.

Sin embargo, hubo un combatiente, por lo menos uno, que no pudo ser reducido a la obediencia. «Tuve la convicción —comentaría 37 años después— de que la amargura y la frustración no son más que impedimentas cuando se conoce el fracaso». Fidel Castro estaba a bordo de un barco que logró zarpar del cayo. El barco fue detenido por una fragata horas más tarde, a la altura de Moa. Pero él ganaría tierra de cualquier manera. Se había agenciado una balsa de goma y la había cargado con un alijo de armas. «Me hice el propósito de no dejarme atrapar y de salvar las armas que pudiera».

A todas estas, el nombre de Ernest Hemingway se mencionaba enfáticamente en relación con el dossier de cayo Confites. «La invasión planeada —afirma Lionel Martin, decano de los corresponsales extranjeros en La Habana— saltó a

conocimiento de la opinión internacional cuando Trujillo acusó a Ernest Hemingway de ser un declarado propagandista de la empresa». La acusación resultaba probablemente exagerada.

El subversivo. Más para el expediente.

Mary Welsh, en How It Was, relata que una de sus bucólicas tardes en Finca Vigía fue interrumpida por el asalto de una tropa en zafarrancho de combate. Un periódico de Miami, explica Mary, había publicado que el cuartel donde se suponían ocultos los pilotos contratados para la invasión —en una de las conspiraciones contra el dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo de finales de los cuarenta— «era la casa de un escritor norteamericano, no muy lejos de La Habana. La casa, lo supimos luego, era la de J. P. McEvoy, un editor del Readers Digest».

Podía haber sido una de las conspiraciones en las que Hemingway se comprometiera con un espíritu ligeramente deportivo o motivado por la nostalgia de los años de la Guerra Civil española. Herrera Sotolongo confirma su participación:

Ernesto se puso misterioso en esos días. Ya había dado bastante dinero para lo de Confites. Entonces supimos que iban a detenerlo. Así que fui a las oficinas de Aerovías Q, que estaban en la calle Prado, y saqué un pasaje para Cayo Hueso. Llegamos al aeropuerto antes de que partiera la nave. Cuando fueron a registrar la finca, ya él estaba en Estados Unidos.

El teniente Correa, al mando de un pelotón de soldados con armas largas, se presentó esa tarde en Finca Vigía. Cuando Mary quiso sacarlos de la casa. Correa le apuntó con su pistola calibre 45. Correa había participado en la Guerra Civil española, y lo que ganó allí en realidad fue cierta notoriedad como

atracador, escudándose en su fachada de «revolucionario». Al mando de lo que él llamaba la «Cheka particular», había robado joyas y otros artículos de valor; también se había distinguido asesinando a algunos adversarios políticos por el sistema que llamaba «el paseo». Correa asoló La Habana en los años 40 y terminó haciendo «carrera militar». Lo ajusticiaron en la insurrección contra Batista. Se había convertido en confidente y guardaespaldas de un odiado personaje, Eusebio Mujal, jefe de la confederación obrera de Batista. Bien, termino mi historia. Mary se quitó a Correa de encima diciéndole que no le apuntara con esa pistola porque tenía «un muchacho en la barriga» y porque ella era capitán del ejército americano.

Mary salvó la vida, pero no pudo impedir que Correa se llevara las armas de Hemingway. Las devolvieron al otro día, gracias a gestiones realizadas por Herrera Sotolongo. Una semana más tarde Hemingway regresó a La Habana, cogió su arsenal, se fue a bordo del Pilar y lo tiró todo al fondo de la bahía, en un recodo frente al poblado de Casablanca. Herrera Sotolongo desaprobó la acción de su amigo, especialmente por una Luger que fue incluida en la operación de limpieza.

Hemingway estaba al corriente de las conspiraciones habaneras que surgieron entre los años treinta y finales de los cuarenta.

En su crónica de 1949 «El Gran Río Azul» describe su salida del puerto de La Habana a bordo del Pilar y dice que «al otro lado de la boca del puerto se elevan los muros de la fortaleza de La Cabaña, cuyos sillares tienen un color rojo amarillento por la acción atmosférica, y donde muchos amigos míos han cumplido condena por delitos políticos». En 1951, en otra crónica, «El disparo», relata que dos fugitivos políticos lograron sacarle quinientos pesos (en realidad fueron doscientos, según el testimonio de Herrera Sotolongo) para irse del país, porque se les acusaba «injustamente» de haber viajado en el segundo de los dos automóviles desde los cuales se disparó contra un grupo, causando dos muertos y cinco heridos, «por aquello de ojo por ojo y diente por diente». El primer vehículo pasó por delante de la casa en la que se encontraba el grupo en

cuestión. Se hicieron algunos disparos con objeto de provocarlos para que salieran a la calle. Lo hicieron pistola en mano y con actitud desafiante. Enseguida pasó el segundo vehículo y los acribilló.

Este hombre dijo que se le acusaba falsamente de ser uno de los principales promotores de aquel atentado y aseguró haber tenido amistad con un amigo mío, que murió a tiros en la calle. Cuando lo asesinaron llevaba 35 centavos en el bolsillo y no poseía fortuna.

Hemingway estaba hablando de Manolo Castro, ametrallado el 22 de febrero de 1948. Grau San Martín había nombrado a Manolo Castro director de Deportes, a pesar de su implicación en hechos de sangre que también calificaban como acciones revolucionarias, como el exitoso atentado contra el profesor universitario Raúl Fernández Fiallo. Con más de treinta años de edad y miembro del gobierno, Manolo Castro siguió registrado en la Escuela de Ingeniería de la Universidad. Se suponía que enseñaba en el Departamento de Diseño. Se le seguía considerando miembro de la Legión Revolucionaria, pero colaboraba con Rolando Masferrer.

Julio Suárez ha nacido dos veces. Primero, de una manera natural y humana. Su madre lo bautizó con el sonoro nombre de Indamiro y del padre heredó el no menos eufónico apellido Restaño. El segundo y definitivo nacimiento se produjo en la Sierra Maestra, en los días de la batalla contra la dictadura de Fulgencio Batista.

Procedente de la lucha clandestina, Indamiro Restaño fue enviado a La Plata, donde se encontraba la comandancia guerrillera de Fidel Castro. Al presentarse, el jefe de la revolución le hizo repetir en dos ocasiones la insólita combinación de nombre y apellido, tan extraña para un oído acostumbrado a las llanezas de los Pedros y los García, los Juanes y los González. En un arranque del mejor humor criollo, el líder guerrillero le recomendó que renunciara a aquel complejo santo y seña y le sugirió que se pusiera, por ejemplo, Julio Suárez. Ahí mismo

comenzó a morir Indamiro Restaño. Al terminar la guerra de liberación, el luchador clandestino de apellido Restaño entró en La Habana con un descolorido uniforme, una barba poblada, un nombre nuevo y un atributo: capitán Julio Suárez.

Mucho antes de esa guerra, había iniciado su amistad con Ernest Hemingway.

En 1942, el escritor, manejando un sedán convertible, se presentó en las oficinas del Partido Comunista en La Habana y preguntó por una dirección. Julio Suárez rememora el encuentro:

Se veía joven. Tenía un vago acento extranjero y hablaba muy despacio el español. Entablamos una conversación y yo le dije que tenía mis opiniones sobre «Los asesinos». «Pues si tienes opiniones, monta», dijo, y me abrió la puerta del automóvil. Me llevó a la finca; allí un criado sirvió rebanadas de pan, mantequilla, té y whisky; él se sirvió un vaso, un vaso completo, y le echó dos o tres pedazos de hielo. Se acostó en el sofá. «Yo tengo dinero en todos los bancos del mundo, pero donde más dinero tengo es en la URSS, allí editan mis libros y se leen», me dijo. Yo, por mi parte, estaba loco por desplegar una labor de proselitismo con él; quería hacer comunista al resto del mundo.

Algunos pequeños detalles me impresionaron, por ejemplo, tenía sus uñas sin cortar. Dijo que nunca se cortaba las uñas, que no se las había cortado en su vida. ¿Todas las uñas? No sé. Pero sí recuerdo las de los pulgares, que le daban la vuelta al dedo y que estaban muy pulidas. Sencillamente, no parecía preocuparse por estas cosas.

En una ocasión lo vi con el short rajado y el fondillo al aire. Ese día conversábamos sobre el Partido Demócrata y el Republicano. «Vaya, que el pueblo americano si no lo fríen en manteca lo fríen en aceite», le decía yo.

El día que le dieron la Medalla de Bronce, me dijo: «Perdóname, Restanito, pero hoy me van a condecorar». Vestía muy elegante ese día. «Me dan la medalla por mis crónicas de guerra». También me impresionó la cantidad de camisas que tenía colgadas de una percha. Todas blancas y planchadas. «Yo no sé para qué tantas camisas. En Cuba hay mucho calor, hay que usar poca ropa. O ninguna», decía Hemingway.

Yo era muy joven y él no me refutaba mis descargas; yo me imagino que para no defraudarme. Me escuchaba muucho. Yo quería convencerlo de que se hiciera comunista. Hablábamos mucho de la guerra en Europa y del Segundo Frente. Él, medio que me esquivaba. Los yanquis no acababan de abrir el Segundo Frente y él decía que eso no era fácil, que tenía que ser poco a poco. Yo le decía: «Sí, pero ustedes pueden hacer un destroyer diario». «Eso es el resultado del pago a destajo», respondía él. Stalin también ganaría la guerra a destajo.

Discutíamos sobre aquella coalición política tan compleja formada por la guerra. Yo admiraba al Ejército Rojo. Una admiración que él compartía.

## El extranjero

Samuel Feijóo dice que acostumbraba a ir a Cojímar, desde Casablanca, en un trencito que costaba un medio (cinco centavos). Allí alquilaba un bote por un peso; por esa cantidad podía estar toda la tarde remando. Cierta tarde remontó el río Cojímar, solo, hacia escenarios casi desconocidos, unos lugares donde hay «unos farallones preciosos, unos secos y una retumbancia con eco»; llevaba unas acuarelas y un lienzo y allí, en un islote de arena, él encalló su bote, para aprovechar la soledad y ponerse a pintar.

A Samuel Feijóo, que es uno de los artistas cubanos más inquietos y versátiles, le gustan las costas y los remansos de agua; le gustan la soledad y las piedras y ver los peces trasluciendo en el agua y la caída del sol y los paisajes. Es lógico, pues, que un día Hemingway se encontrara con Samuel Feijóo en uno de esos caminos de nadie. Y se encontraron, allá por el año 1940.

Dice Feijóo que aquella tarde vio acercarse un bote con un extranjero «fuerte, musculoso, colorado, grande», que venía con algunas botellas en la proa. El hombre pasó remando por su lado y remó un poquito más y enseguida dio una vuelta y le preguntó en voz alta, en inglés: «¿Puedo llegar?». Feijoó se molestó. No le gustaban las interrupciones. Pero —«por educación»— le dijo que sí, que se acercara.

El norteamericano se sentó a su lado y le dijo que aquella acuarela era muy buena.

—¿Usted entiende de pintura?

—Sí, conozco de pintura. He estado en París y conozco bastante de eso. Y esta es una buena acuarela. Y este es un buen lugar para pintarlo.

Al final descargaron sobre diversas cosas, aunque el tema central fue la soledad de ambos hombres. En realidad, se habían encontrado en aquel islote porque cada cual buscaba por su lado lo mismo.

«Yo di la vuelta porque ví su acuarela y vi un diamante… —y enfatizó—: A diamond!».

Feijóo dice ahora:

Mis acuarelas eran muy buenas. Son muy buenas. Las tengo guardadas. Chagall me quiso cambiar una en New York. Pero yo le dije que de eso nada. Tonto que fui. Ahora la vendería por 40 000 dólares y tendría dinero para comprar materiales que me hacen falta.

Sigue sobre Hemingway:

Empezamos a hablar de la soledad. Le expliqué por qué iba hasta allí a pintar. Él me dijo que lo hacía por lo mismo. Que buscaba estar solo porque se hastiaba del mundo que lo rodeaba. Se enfurecía con la gente. Que era un incomprendido, sin verdaderos amigos. Que todos los que lo rodeaban lo hacían por su fama, porque

era un escritor famoso. Que sus amigos estaban en dependencia de su fama.

Feijóo no le había preguntado quién era. Solo había leído de él, en inglés, A Farewell to Arms.

Y Hemingway comenzó a gimotear.

Feijóo le dijo que traía alguna compañía en la proa del bote: las botellas de whisky. «No. Esa no es una compañía. Ni siquiera me emborracho. Esa es una salida que yo tengo para escapar un poco del mundo». Hemingway lloraba un poco más fuerte. Feijóo empezó a pasarle la mano por la cabeza como si fuera su hijo y a decirle: «Coño, chico, no debes llorar así. No debes ponerte así […] En definitiva, nuestro problema es que somos unos fracasados hasta la muerte», concluyó.

Sigue recordando Feijóo:

¡Ah! ¡Cómo le gustó esa frase!, «¡fracasados hasta la muerte!», repitió Hemingway con su tremendo vozarrón, y entonces se le salieron no dos lágrimas, sino dos chorros de lágrimas. Un hombre muy fuerte, muy vigoroso, y lloraba con mucho entusiasmo. Seguí consolándolo y diciéndole que no llorara así. Yo era un muchachón todavía. Él me llevaba como quince años. Luego se puso a cantar, con una voz bellísima, que retumbaba en aquellos farallones. Me enseñó una canción:

*Don’t seat under the apple tree*

*with anyone else but me.*

Y lloraba, lloraba como nunca había visto a nadie llorar.

Al final, después de tres o cuatro horas de descarga, me llevó de regreso a Cojímar. Amarró mi bote al suyo y lo fue arrastrando. Quería remar él solo. Yo le respondí que no, que yo quería remar. Me dijo que necesitaba hacer ejercicio. Le dije que yo también lo necesitaba. Entramos los dos remando a Cojímar, él por una banda y yo por la otra.

Entonces, al llegar a los muelles, todo el mundo comenzó a saludarlo: putas, chulos, contrabandistas. «Heming, Heming», lo llamaban. Fue cuando me di cuenta de que era Hemingway. Pero él estaba muy necesitado de cariño y aquella gente se lo daba de alguna manera, y le dije:

—Esta gente es como el agua sucia. Todos están aquí por la propina que usted va a darles.

—No me importa el color del agua. Lo que yo necesito es beberla —dijo Hemingway.

En La Terraza invitó a Feijóo a comer algo. Hemingway pidió una langosta termidor, y dijo: «Necesito afecto, no importa de dónde venga».

Feijóo recuerda que hablaron de Adiós a las armas. «Era un libro que quería mucho. Le dije que me había gustado la interpretación que hacía Gary Cooper en

la primera versión de la película. Después nos encontramos otras veces. Pero el tipo de gente que lo rodeaba no me agradó».

—¿Qué te pareció ese libro [Adiós a las armas]? —quiso saber Hemingway.

—Es el resultado del trabajo de un artista —dijo Feijóo.

—Pero fue necesario tener cojones para hacerla. Muchos tienen el genio, pero no tienen los cojones. Dilapidan su genio porque no tienen el valor para hacer nada con él.

En otro momento dijo:

—Busco la solidaridad. Por eso vengo a Cuba.

—Pero aquí la vida es terrible.

—Sí, pero en mi país es peor. Por lo menos aquí te sonríe cualquiera. Eso es verdad.

28

## Viento en popa

Es compleja la opinión del Poeta Nacional de Cuba sobre el Dios de Bronce de la Literatura Norteamericana. Nicolás Guillén dice, para empezar, que Hemingway hablaba mal el español, con acento. «Yo le decía, tú debes hablar más con P. P. Y él me preguntaba qué son esas pes. Yo le respondía, putas y peones».

Pero Hemingway no necesitaba ningún estímulo para mostrarse menos inhibido, asegura Guillén:

Hizo algo realmente grosero una de las veces que fui a pescar en su lancha. Éramos cinco personas a bordo: Hemingway, su mujer, el patrón de la lancha, una señora encopetada (que me presentaron como una norteamericana muy prominente) y yo. Hemingway se sentó entonces con un trago en la mano, y fue después que pasamos el Morro y ganamos el mar abierto, cuando pudo escucharse un sonido explosivo y grueso por encima del ronroneo habitual de los motores. Había sido una detonación fuerte y sostenida y su origen era inconfundible: «¡Ernest!!», protestó Mary. Hemingway levantó la pierna y volvió a la carga. «¡Oh, God!», exclamó Mary. Hemingway había repetido la operación. Mantenía el rostro imperturbable y el trago en la mano. Yo no sabía qué hacer en una situación como esa. Pero la navegación continuó con viento en popa y a todo motor.

Otros recuerdos del cubano incluyen una valoración de la presencia del

norteamericano en España:

Hemingway había tenido una posición interesante respecto a la Guerra Civil española. Vivía en Madrid cerca de la telefónica, y su hotel era bombardeado regularmente. Pero no conocía a los cubanos. Tengo mis experiencias. Hemingway tradujo la primera parte de mi poema «West Indies Ltd.», pero solo la primera parte, donde existen algunos giros que, separados del contexto general, pueden tomarse como peyorativos para el pueblo, porque es después, cuando avanza, que el poema crece y adquiere su sentido, la dimensión verdadera. En España nos vimos, cómo no, por aquella misión que tenía Ramón Nicolau, Monguito, y nos encontramos también en la Alianza de Intelectuales de Madrid. De esto último hay una foto en la que aparecen Langston Hughes, Mijail Koltzov, Hemingway y un servidor. Los cuatro con los brazos por encima.

¿O solo Hemingway con sus largos y pesados brazos por encima de los otros tres?

29

## La consagración de la primavera

Alejo Carpentier era el protagonista de una de las historias que debían ser investigadas a propósito de las estancias de Hemingway en Cuba. Se trataba de un asunto relacionado con casi la mitad de los tipos más importantes de la literatura contemporánea o, por lo menos, de aquellos que deambularon una vez por la margen izquierda del Sena. Y tiene que ver con cuatro, cinco o seis cajas de whisky que estuvieron llenas con el epistolario de Hemingway y cuyo contenido —ese importante tesoro documental— fue a parar a una hoguera que ardió durante un par de horas en Finca Vigía.

Lisandro Otero, el novelista, fue el primero que mencionó el asunto. El autor de este libro comenzó su trabajo en julio o agosto de 1975 y Otero le dijo: «¿Qué has encontrado en la finca? ¿Documentos?».

Las primeras exploraciones habían arrojado un saldo interesante de cartas, aunque la cantidad era modesta, y casi todas se concentraban en cuestiones familiares, íntimas; era un buen material desde todo punto de vista, pero siempre hubo la aspiración de hallar la correspondencia de Hemingway con Gertrude Stein, Scott Fitzgerald y Sherwood Anderson, por lo menos. Otero dijo que era imposible encontrarla. Había ardido en la hoguera que Mary Welsh preparó unas semanas después del suicidio de su marido, en julio de 1961, cuando ella regresó a Cuba para recoger sus pertenencias. Según el relato, Mary ordenó a un criado que le trajera una lata de gasolina y la media docena de cajas de whisky en la que se guardaba la correspondencia. Abrió un claro en la tierra y comenzó a arrojar las cartas allí. Alejo Carpentier había sido testigo de la operación.

Otros escritores cubanos conocían el relato por boca del propio Carpentier. La anécdota había sido hecha por él a dos poetas: Pablo Armando Fernández y Roberto Branly. Y ambos, al iniciarse esta investigación, citaron el caso y se lamentaron de que Mary Welsh hubiese tenido oportunidad de incinerar el epistolario. Carpentier había explicado que Mary le había dicho que esa era la decisión plasmada en el testamento de Hemingway: su correspondencia personal debía ser «pasto de las llamas».

—He visto argder las cargtas más fabulosas —dijo Pablo Armando, haciendo una deliciosa imitación de Carpentier, incluidos la dicción afrancesada y el gesto de abrir los brazos con asombro—. Las cargtas de Scott Fitzgergald, de la Stein y de Joyce. ¡Cargtas de James Joyce!

Los antecedentes son los siguientes: Mary Welsh viajó a Cuba desde Estados Unidos, apenas unas semanas después del entierro de Hemingway con el propósito de recoger los manuscritos inéditos de su esposo que se encontraban en una caja de seguridad del Banco Nacional de Cuba, en la Agencia 4-10-06, entre los cuales se hallaba el original de Islas en el Golfo y con toda probabilidad algunas partes de París era una fiesta, y cuentos inéditos de Nick Adams y el borrador de The Garden al Eden; venía a recoger también los cuadros, algunos libros y la correspondencia. Por esos días Fidel Castro la visitó en Finca Vigía y entre los dos convinieron en crear el museo. Entonces, una tarde, Mary Welsh llamó por teléfono a Carpentier y solicitó su compañía.

Resultaría una escena vívida y memorable: la viuda de Hemingway, acuclillada frente a una fogata en el patio exuberante de Finca Vigía, mientras lanzaba lentamente al fuego la correspondencia personal del Dios de Bronce de la Literatura Norteamericana. Mary le alcanzaba las cartas a Carpentier y este las leía por última vez antes de que se convirtieran en cenizas. «Había allí y ardieron las cartas más fabulosas de Scott Fitzgerald, de la Stein y de Sherwood Anderson. Y, sobre todo, las cartas maravillosas de Joyce», según recordaba Pablo Armando, del relato hecho a él por Carpentier.

Y, por supuesto, el día que el autor se entrevistó con Carpentier para precisar la información, su respuesta fue el asombro, el estupor, la negativa más absoluta.

—Yo nunca participé en ceremonia semejante.

—Es lo que me han informado personas diferentes: Otero, Branly, Pablo Armando…

—No, no, ellos deben estar en un error, no recuerdo nada por el estilo.

—Ellos dicen que usted decía que había leído cartas increíbles de Joyce y de Scott Fitzgerald.

—No, amigo mío, puede tener la seguridad de que ese último lector de las cartas de Hemingway no fui yo.

Hay muchas maneras para que en Cuba se creen leyendas de ese tipo, y es probable que una visita de Carpentier a Finca Vigía haya sido el origen de esta.

La entrevista del autor con Carpentier tuvo lugar uno de los primeros días de enero de 1975, en la habitación 240 del hotel Nacional en La Habana. Era una cálida tarde de invierno cubano. Pero resultaba inadecuada la asepsia de aquella habitación, que en realidad era el recibidor de una suite de ese hotel. Carpentier parecía un dios indio. Estaba sentado y se levantó para saludar. La entrevista había sido concertada a través de un tercer amigo, «Roberto Ramos»*.

Carpentier invitó a un trago y dijo enseguida que trataría de colaborar en el empeño, pero que no creía que pudiera ser de mucha utilidad. Dos afiches que el Consejo Nacional de Cultura había editado con motivo del 70 aniversario del novelista descansaban en el piso, montados en sus bastidores de madera.

En el transcurso de la entrevista, Carpentier pareció navegar contra la corriente. Hacia resistencia al tema y al personaje. Cada vez que se le presentaba una oportunidad, saltaba a otra cosa, y entonces su conversación avanzaba con fluidez. Cuando el asunto Hemingway transcurría mejor era cuando recordaba situaciones que parecían elaboradas literariamente, con toda seguridad pasajes que ya había trabajado como novelista. Este fue el caso de su relato del último encuentro con Hemingway en La Habana, cuando lo vio en el Floridita y Hemingway estaba sumido en la más intensa soledad, frente a una copa que contenía un trago llamado Colonial.

La primera pregunta a Carpentier fue la opinión que le merecía Tener y no tener. Podía resultar revelador el criterio del escritor barroco que tantas veces había escrito sobre La Habana y que había encontrado un estilo y la debida acumulación de palabras para describir una ciudad a su vez recargada de ornamentos y escuelas arquitectónicas diversas, y la diferencia con la casi telegráfica y metódica descripción hemingwayana que aparecía en las primeras páginas de Tener y no tener. Carpentier confesó que no conocía esa novela e hizo algunas preguntas sobre su ambientación y trama.

Bien, Hemingway no andaba con gente interesante, sino con tipos que se vanagloriaban de ser amigos de Hemingway. Lo más seguro es que esta gente nunca hubiese leído uno de sus libros. A él lo conocí en París en los años 20. Entonces no había control del cambio y un franco era libremente convertible. Yo obtenía hasta 4 500 francos por 75 dólares. Era una buena cantidad. Yo pienso que esta era una de las razones para que allá hubiese tantos artistas norteamericanos. La realidad es que cuando vino el control del cambio, todos ellos salieron corriendo.

Siempre me dije: bien, la génération perdue y la cultura que están absorbiendo tienen que ver con el cambio de la moneda. Allí estaban ellos: Henry Miller, Sherwood Anderson, la Stein, Scott Fitzgerald y el famoso hombre duro: Hemingway.

Le digo lo siguiente sobre Hemingway: yo guardo un amoroso recuerdo por The Sun Also Rises [Fiesta] y por sus descripciones de Montparnasse. Si alguna vez sus descripciones de La Habana fueron fallidas, o no complacientes, sus descripciones de Montparnasse eran vívidas y hermosas.

También guardo el recuerdo del mundo de los vascos franceses descritos en la misma novela. The Sun Also Rises es una gran obra.

Carpentier recuerda los años treinta cubanos: «Ah, Evan Shipman estaba de pesquería con Hemingway hacia 1933, cuando vieron una lancha de la policía machadista desde la que lanzaban cadáveres al agua, en la corriente del Golfo, y Evan me lo contó luego en París»; Carpentier utilizaría la anécdota en La consagración de la primavera:

Una noche, estando en alta mar, nos tropezamos con una lancha de la policía machadista. Sí. Que llevaba cuatro cadáveres atravesados en la proa. Vieron que la embarcación de Ernest era de matrícula yanqui, de Tampa, y por eso no acabaron con nosotros; mas en el acto tiraron los cadáveres al agua. Venían lastrados, porque no salieron a la superficie. Se hundieron como plomo… Serían estudiantes, obreros, seguramente…

Tómenlo como el homenaje final del escritor barroco al hombre del iceberg en su última gran novela. En ella, Carpentier se refiere primeramente a la cuestión de la comida en la Guerra Civil española y las dificultades que podían crear las diferencias de gustos de los brigadistas con respecto a los alimentos, hombres de

nacionalidades tan distintas («el pimentón ha creado todo un problema»), y luego dice que «había de todo en la lancha de Hemingway en la que salíamos a pescar, de Cojímar», y narra la anécdota que pone en boca de Evan Shipman. Carpentier relató también que tuvo encuentros con Hemingway en el transcurso de la Guerra Civil española y que, a veces en París, ciertas familias hacían open house los sábados por la tarde y que allí con frecuencia se había encontrado con «el hombre duro».

Más tarde, en La consagración de la primavera, compara a Hemingway con uno de los más grandes periodistas cubanos de todos los tiempos, caído en combate como comisario de guerra en España: «Pablo de la Torriente Brau... uno de los mejores escritores jóvenes de mi país; su estilo tenía muchos paralelos con el "estilo brutal" de tu amigo Hemingway, aunque no pienso que Pablo hubiese pensado en buscarse modelos literarios; era lo menos "literato" posible».

Al principio de la conversación hubo un momento en que la nostalgia del pasado heroico entusiasmó a Carpentier, y habló del joven Malraux; dijo que lo habían criticado cuando salió a hacer sus excavaciones en Asia, a encontrar los secretos de lejanas culturas y civilizaciones. «Entonces los franceses se preguntaron para qué ir allá. Qué tenía que ver aquello con la cultura occidental. Eso fue entonces, pero André continuó».

Exclamó entonces Carpentier, dirigiéndose a obtusos fantasmas del pasado:

Pero, señores míos, no se dan cuenta de que la cultura precisamente comienza ahí. Cuando alguien es capaz de unir dos puntos aparentemente divergentes, cuando halla la comunión entre dos puntos diversos, es que es verdaderamente culto. La cultura comienza ahí…

Carpentier trazó un triángulo con las manos. Lo vio y dijo: «Es como hacer un

triángulo…». El tercer punto que se hace imprescindible para formar el triángulo quedó sin explicar.

Sin embargo, sus últimos recuerdos sobre Malraux son amargos: un Malraux que había aparecido en la televisión balbuceante y viejo a causa de un cáncer en la garganta.

Carpentier recuerda con entusiasmo a otros amigos: Antoine de Saint-Exupéry, quien estuvo en el mismo hotel Florida donde vivió Hemingway en Madrid. También habla de su común vínculo con el poeta francés Desnos:

Durante la guerra me encontré a Hemingway en el Club de Cazadores del Cerro. A Robert Desnos se le acusaba de ser un colaboracionista de los nazis. Él me dijo entonces categóricamente: «Pongo mi mano sobre el fuego por Robert Desnos». Y recuerdo que levantó su mano y la sostuvo sobre una imaginaría fogata. Desnos, en efecto, no estaba trabajando para los alemanes.

Hemingway hace una tercera aparición en La consagración de la primavera, en una escena más avanzada en el tiempo. El protagonista de la novela ha regresado a Cuba y se lo encuentra, «acodado en el bar» del Floridita:

De espaldas a la entrada, encorvaba su ancho lomo de leñador, alzando las manazas al calor de una discusión sobre técnica de jai alai con un pintoresco amigo suyo, gracioso cura vasco que alternaba las mañas de la chistera con el asperje del hisopo. «Salúdalo —me dijo Vera, ansiosa de conocerlo—: Recuérdale la casa de Gertrude Stein. Háblale de Adrienne Monnier. Dile que estuvimos en Benicassim con Evan Shipman». «Está entretenido en otra cosa», dije, alegrándome de que el novelista no mirara hacia nosotros. Ningunas ganas tenía de evocar siluetas distantes. El Café des Deux Magots, la Rue de l’Odéon, la librería Shakespeare & Co. de Sylvia Beach —el mismo Joyce, cruzando la

calle con su tiento de ciego, tras de espejuelos negros de un increíble espesor— habían quedado tan atrás que me parecían inscritos en una existencia anterior.

Esta escena probablemente evoca el último recuerdo que Carpentier guarda del escritor norteamericano: «La última imagen que tengo de Hemingway es en el Floridita, muy solo. Nunca había visto a nadie tan triste. Se tomó un Colonial completo, y ni me saludó. Me voy de aquí, me dije».

Un día de finales de 1959, Ernest Hemingway llegó en avión a La Habana. Su amigo Fernando G. Campoamor lo esperaba y, entre otras cosas, le dijo:

—Ah, Ernesto, me ha dicho Carpentier que tiene interés en saludarte. Que pensaba pasar por Finca Vigía.

—¿George Carpentier? ¿El campeón de boxeo? —preguntó Hemingway.

—No —explicó Campoamor—, Alejo Carpentier, el escritor cubano que ha vivido algún tiempo en París y Venezuela.

La anécdota ha sido relatada por Campoamor. Afirma que Hemingway no conocía al insigne escritor cubano.

* Su nombre verdadero era Raúl Torres y era uno de los jefes de la Oficina de Seguridad del Estado encargada «del trabajo» con los intelectuales, el entonces llamado Buró 3. Carpentier tenía una estrecha relación de amistad con Torres desde la época en que el novelista se hallaba en el servicio exterior cubano, destacado como agregado cultural en la embajada cubana en París.

30

## El campeón

De todos los escritores norteamericanos de nuestro tiempo ya fallecidos, y siendo posible escoger uno solo, ¿a cuál devolvería usted la vida?

La respuesta del lector norteamericano puede ser diversa y polémica, pero Nelson Algren, el conocido autor de El hombre del brazo de oro, no vaciló en responder: «Para mí, tendría que ser Hemingway, Hemingway hasta el fin»*.

Podría ser una respuesta dictada por el gusto, por la experiencia o por la admiración, pero nunca por el agradecimiento, porque Nelson Algren no conoce las notas que Hemingway escribió en las páginas de El hombre del brazo de oro en el curso de una lectura a fondo realizada a finales de 1949.

El libro lo había recibido Hemingway en Finca Vigía. Tiene una dedicatoria afectuosa: «Para Ernest Hemingway, el hombre de la máquina de escribir de oro».

Todo indica que fue en Finca Vigía donde Hemingway comenzó a leer la novela y que concluyó su lectura en el hotel Ritz de París.

Hay otro elemento singular en el ejemplar de El hombre del brazo de oro que Hemingway leyó. Es un poema escrito a miss Mary, fechado el 26 de noviembre de 1949, garabateado deprisa en la guarda del libro en una habitación del Ritz. Con la misma fecha aparece este apunte: «Read and Finish».

En el mínimo borde en blanco de las páginas Hemingway inscribe el magro equilibrio de su caligrafía con reflexiones y correcciones, críticas breves que muestran preocupación por el estilo, la ortografía y el vocabulario. Son apuntes que elogian o atacan siempre desde la posición de un viejo profesor que ve a un discípulo errar o vencer en la batalla eterna de las palabras y las ideas.

Hemingway lamenta con un rotundo bad esta imagen de Algren en la página 296: like a clock with a broken heart (como un reloj con el corazón roto). Se entusiasma cuando lee una oración en que la nieve aparece descrita como «un movimiento lento, suspendido». Y anota: beautiful y luego wonderful encima de esta frase de la novela: the slow snow trailing the evening trolleys (la nieve lenta en pos de los tranvías nocturnos).

La página 300 la encuentra maravillosa: Wonderful, anota sin reparos; pero en la 302 cambia save por except y en la 335, pratt por ass; shell por bullet y army brogans por combat boots en la página 341.

En el margen izquierdo de la página 302 vuelve a la carga y le indica a Algren en su diálogo imaginario: goes bad (va mal). Una página después le indica que va bien: OK.

Hemingway opina que Algren es un poeta. En la página 324 escribe: Is a poet, goes into straight poetry. (Es un poeta, entra de lleno en la poesía). También agradece una información que le proporciona el texto cuando menciona la morfina blanca o pura: white or uncut morphine. Hemingway desconocía el dato.

El autor de «Los asesinos» crea una palabra para calificar una parte de la obra de Algren: OK-issimo. Y enseguida escribe: You're winning now. (Estás ganando ahora).

En la página 321 interrumpe su lectura y pone en el espacio en blanco: No more notations, too late. Chips all down. (No más anotaciones, es muy tarde. Ni una apuesta más).

Cuando vuelve, regresa más crítico. Censura la página 337, que aparece tachada por una raya diagonal. Horrible, acota, y recomienda al autor: You ought to finish better. (Debías terminar mejor). Y otra indicación: But, see page 343. (Pero mira la página 343). Aquí termina la novela de Algren.

Hay una nota general elogiosa, íntima, y de la más pura estirpe hemingwayana. Puede considerarse como la conclusión de su lectura. Está en la última página. Hemingway apunta:

*OK Kid, you beat Dostoievski. I'll never fight you in Chicago. Ever. But I will knock your brains out in the other towns I know and you don't know. But: you are going to be a champion. But: and these are hard buts, you, repeat, you, hope to knock a champion out to win (unless he is Max Baer) OK. EH.*

Está bien, muchacho, derrotaste a Dostoievski. Nunca me enfrentaré contigo en Chicago. Jamás. Pero te patearé en los otros lugares que conozco y tú no. Pero: vas a ser un campeón. Pero: y estos son peros peliagudos, tú, repito, tú, tendrás que noquear a un campeón para ganar —siempre que no sea Max Baer— OK. EH).

El poema a miss Mary aparece en la guarda del libro. Alguien dijo de él que, a no ser que haya una relación muy personal con alguna sugerencia que le produjo la lectura del libro, puede haberse escrito bajo el influjo de la nostalgia de la guerra. ¿Es siempre imprescindible explicar por qué alguien escribe un poema? Nos parece que no. Aquí está.

POEMA PARA MISS MARY

*Ahora, Mary, puedes enfrentarlo bien*

*y enfrentarlo en tu viudez*

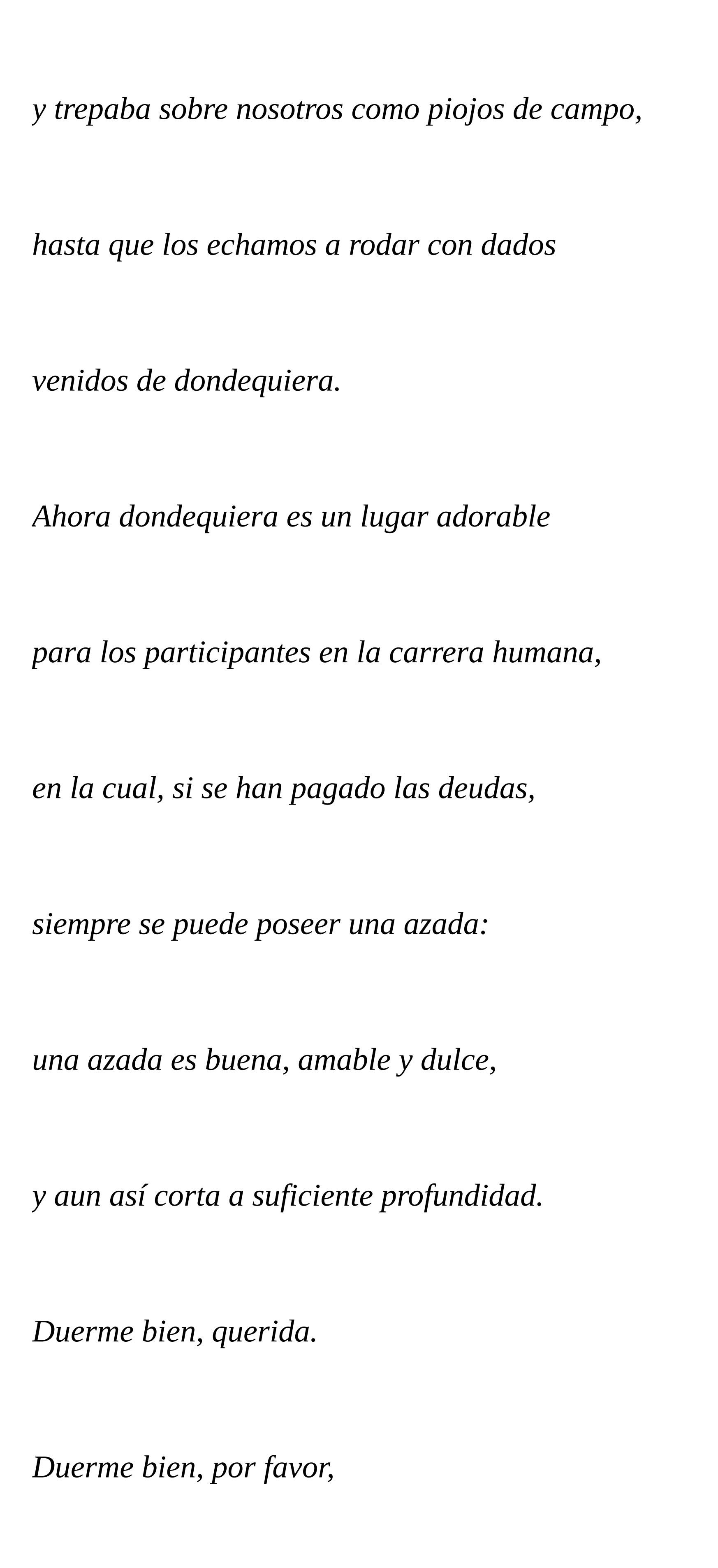
*porque a donde hemos ido siempre hemos estado,*

*así, todo lo que hemos visto:*

*el pardo, el amarillo y el verde,*

*era pequeño y grande e impreciso,*

*pero muy, muy bueno;*


*y trepaba sobre nosotros como piojos de campo,*

*hasta que los echamos a rodar con dados*

*venidos de dondequiera.*

*Ahora dondequiera es un lugar adorable*

*para los participantes en la carrera humana,*

*en la cual, si se han pagado las deudas,*

*siempre se puede poseer una azada:*

*una azada es buena, amable y dulce,*

*y aun así corta a suficiente profundidad.*

*Duerme bien, querida.*

*Duerme bien, por favor,*

*sabiendo que estoy satisfecho.*

Hotel Ritz. 26 de noviembre de 1949. Habitación 86.

El human race del segundo verso de la segunda estrofa puede traducirse también como raza o género humano. De acuerdo con la intención general del texto, se ha elegido el significado de ‘carrera’.

---

* Nelson Algren, Notes from a Sea Diary: Hemingway All the Way, Nueva York, 1965.

## Los vivos y los muertos

No fue precisamente la falta de rigor de Hemingway la causa del ruidoso fracaso de crítica que tuvo su novela A través del río y entre los árboles. La misma severidad que contienen sus notas en el libro de Algren está presente en las correcciones que el autor realizará en las pruebas de galera de la que, según el consenso, es la peor de las obras del novelista norteamericano.

A este criterio Hemingway respondió a veces con ironía y a veces con valentía inusitada. «La mejor novela que pude escribir», dijo a Time el 11 de septiembre de 1950. A través del río y entre los árboles recibió toda la protección de Hemingway y él se dispuso a pelear por ella con el mismo celo que demostró siempre en sus polémicas: «Es divertido tener 50 y sentir que uno va a defender el título otra vez. Lo gané a los 20 (Adiós a las armas) y lo defendí a los 30 (Tener y no tener) y a los 40 (Por quién doblan las campanas), y no tengo inconveniente en defenderlo a los 50». El título del artículo de Time era «El campeón contra las cuerdas».

Raymond Chandler intentó justificar a Hemingway de la manera siguiente:

Más bien estaba tratando de resumir en un personaje, no muy diferente de sí mismo, la actitud de un hombre que está acabado y lo sabe y está amargado y furioso por ello. Aparentemente había estado muy enfermo y no sabía si iba a ponerse bien, y vertió sobre el papel, de una manera algo precipitada, cómo le hacía sentir esto frente a las cosas de la vida que él más había apreciado.

Pero el campeón no se limitó a defender su novela desde fuera del ring. Las pruebas de galera revisadas y enriquecidas por Hemingway desde su esquina de Finca Vigía son un testimonio de su método y entrenamiento. Una vez dijo que agradecía toda oportunidad que se le daba de revisar nuevamente un texto suyo. Estas pruebas repletas de círculos y flechas, diagonales y añadidos constituyen ahora una muestra de su empeño.

En la galera número 6 se produce uno de los añadidos más destacados del original. Cuando el coronel Cantwell regresa al escenario de sus combates de juventud en Fossalta, Hemingway agrega algo importante: «Donde están la fertilidad, el dinero, la sangre y el hierro, allí está la patria. No obstante, necesitamos conseguir algo de carbón».

Hay también una nota en el anverso de la galera 10 en la que Hemingway se autocensura. «Esto es bello y conmovedor —anota—, pero en la última oración pierdo el sentido». Hemingway se refiere a la descripción de uno de sus paisajes. Enseguida va a comenzar con una de sus sesiones de recriminación: «Lo veo de esta forma: donde los niños juegan en las mañanas y en las tardes; quizás aún, etc... La puntuación que he sugerido me da la significación exacta». Y dice, para su consumo: «Pierdes el camino muy fácilmente, muchacho. Lo perdiste en Fossalta, Fornaci (Fornace) y Monastier (Monastir) [los paréntesis son de Hemingway]. Pero si te refieres a la puntuación que tú quieres, está bien. Probablemente mejor. Pero [este pero subrayado dos veces] no siempre dejo una coma afuera para parecer descuidado».

A lo largo de todas las pruebas hay, además, incontables sustituciones, tachaduras y párrafos completos que fueron reescritos. En ellas se hace evidente la estrecha relación del novelista con su editor y su sentido de responsabilidad con las palabras.

*A través del río y entre los árboles, entregada a los editores en octubre de 1949, puede verse como un estudio de cómo recibe la muerte un hombre que ha vivido cincuenta años, que los ha vivido intensamente como el mismo Hemingway.*

Todo el que ha leído la novela sabe que el coronel Cantweil, en la página 307 (de la edición príncipe), comenta con su chofer Jackson los momentos postreros del general confederado del mismo apellido, Thomas Jackson, a quien apodaban Stonewall, y repite las palabras que, en su delirio, pronunció el general antes de morir: «Llévenme a través del río y entre los árboles». Pero no es simplemente un recuerdo. Es la utilización artística de un dato que Hemingway halló en la lectura del libro I Rode with Stonewall, de Henry Kyd Douglas.

En la finca de San Francisco de Paula, enmarcadas por cuatro trazos firmes de tinta azul, en la página 228 del libro citado, vemos las seis líneas que le sugirieron el comentario de Cantwell y el título de la novela. Escritas transversalmente de puño y letra de Hemingway en el margen lateral izquierdo, están subrayadas con la misma tinta azul las palabras «across the river and into the trees».

William Faulkner dijo a Harvey Breit: «Los cinco mejores novelistas contemporáneos somos Wolfe, yo, Erskine Caldweil, Dos Passos y Hemingway». Refiriéndose a una declaración suya anterior, añadió:

Coloqué a Wolfe en primer lugar, a mí en segundo, a Hemingway, último. Dije que todos éramos unos fracasados. Seleccioné a los autores en función de su espléndido fracaso por lograr el imposible. Creo que Wolfe pretendió el más grandioso imposible al querer reducir toda la experiencia humana a la literatura. Coloqué a Hemingway último porque siempre permaneció dentro de los límites de lo que conocía. Lo hizo en una forma admirable, pero no trató de lograr el imposible.

Las palabras de Faulkner causaron un impacto profundo en Hemingway. Se sintió agraviado. Consideró que Faulkner lo tildaba de cobarde porque había permanecido «dentro de los límites de lo que conocía».

Un crítico ha sugerido que el curso firmemente autobiográfico de Islas en el Golfo y la exaltación del valor e integridad de Thomas Hudson pueden ser una reacción al juicio de Faulkner. Y el resultado de una actitud de obstinación sostenida en las fronteras de su método. En uno de los documentos hallados en Finca Vigía, Hemingway escribe:

... me parece que es una mierda, pues como escritor tenía gran talento y, por falta de aplicación, por borracho, por hollywoodense y los defectos comunes de un profesional sureño, resultó ser un fracaso. Sin embargo, nunca deja de aparecerse en NY para la publicación de un libro nuevo, ni tampoco deja de besarle el culo a quienes le otorgan premios. Dile que durante años lo alabé por toda Europa como el más grande escritor norteamericano, ya que sus borracheras me daban pena y tenía la esperanza de que llegara a un lugar donde pudiera vivir sin tener que putear en Hollywood. Dile que es una puta y un coño triste y miserable con una voz dulce y con todo el talento intacto y vulgar del cobarde sureño.

El original de este fragmento está en papel timbrado de Finca Vigía, San Francisco de Paula, Cuba. Solo existe la hoja foliada con el número 2. No tiene encabezamiento. Es evidente que las alusiones están dirigidas a Faulkner: sureño, borracho, el más grande escritor norteamericano, hollywoodense, etcétera. Hemingway convirtió las declaraciones de William Faulkner en un problema grave, una cuestión de principios. No obstante, conservaba una foto autografiada del autor de Santuario, y en la entrevista con George Plimpton dijo que ese «era el escritor que le hubiese gustado dirigir». En verdad, se había enfurecido de forma desproporcionada. Consideró ofendido su orgullo. Obligó a su amigo, el coronel Lanham, a que enviara una carta a Faulkner con una larga lista de sus acciones de guerra y demostrativa de su valor personal. «Yo solo me estaba buscando 250 dólares», le respondió el Señor de Yoknapatawpha al hombre duro de Finca Vigía, «y hablé informalmente, no para publicar... espero

que aceptes mis excusas sinceras».

Un testimonio importante, de mucho más nivel literario, se ha obtenido revisando un ejemplar de la revista Perspectives USA, n.º 13, publicada en el otoño de 1955; entre las páginas 70 y 88 aparece un artículo dedicado a Hemingway. En una tarde de aquel otoño, Hemingway se sentó en su poltrona favorita y, lápiz en mano, un lápiz de punta gruesa como siempre, comenzó a leer el artículo que decía cosas desfavorables respecto a su persona y su obra. El autor del artículo, Delmore Schwartz, ataca, y Hemingway se defiende lápiz de carpintero en mano. En dieciocho páginas Schwartz trata de la ruptura del romanticismo en la literatura y, específicamente, se refiere a Hemingway. Cita, por ejemplo, su cuento «Allá en Míchigan». Dice que el romanticismo se identifica con el «american dream», el sueño americano. Así Schwartz titula su trabajo: «The Fiction of Ernest Hemingway: Moral Historian of the American Dream».

Estamos en los años de la Guerra Fría. Es la época de la descarnada confrontación EEUU-URSS, a un paso de la «guerra caliente». Al parecer, Ernest Hemingway se ha visto obligado a reconciliarse en parte con su sociedad y, por ende, con el «sueño americano». No reniega de las inquietudes de su juventud, pero no es el escéptico y desilusionado Frederick Henry de Adiós a las armas que hace una «paz por separado»; tampoco es el Robert Jordan que se marcha de su país para ir a luchar por la causa española. Es el coronel Cantwell del ejército norteamericano que, pese a sus dudas, acepta luchar por el statu quo. El «sueño americano» aún guarda ciertas esperanzas. El coronel Cantwell se alinea y está dispuesto a luchar por su uniforme. El alter ego de Hemingway a los cincuenta años se ha vuelto un individuo más conservador. Se muestra de acuerdo («bastante acertado —apunta Hemingway—, considerando que es un crítico») cuando Schwartz dice que el «sueño americano» ha sido abaratado y tergiversado por Hollywood, pero cuando Schwartz dice que los desilusionados personajes hemingwayanos no están conscientes de ese sueño, o han despertado de él, Hemingway acota: «Tontería de judíos». Y enseguida: «A la vez que te lo quitan ya no se puede recuperar». Más adelante Schwartz comenta que el cuento «Colinas como elefantes blancos» evidencia la no realización de este sueño, y Hemingway apunta: «Por Dios, yo lo logré».

Sin embargo, cuando Schwartz dice que Robert Jordan va a España en busca de los ideales perdidos de la Revolución norteamericana, los ecos del Hemingway político, alumno de Karkov, rechazan este concepto: «Demasiado simplista». Evidentemente, entre la causa de la Revolución norteamericana y la de la Guerra Civil española había una gran diferencia.

Pero la disputa principal entre Schwartz y Hemingway gira en torno al famoso código hemingwayano. Por ejemplo, Schwartz dice que en Adiós a las armas, aunque el héroe deserta y las palabras abstractas habían devenido obscenas, son precisamente estas, las palabras gloria, honor, coraje, sacrificio, las que contienen los ideales verdaderos y la guía de la conducta de los personajes de Hemingway. Pero la mayoría de esos personajes asumen esos valores por una orden de la voluntad, como si existieran en un vacío sin soporte o justificación alguna.

Hemingway riposta: «¿Acaso la integridad es algo que depende del tiempo?». Y agrega: «Eso carece de sentido». Después de una referencia de Schwartz al héroe moderno, Hemingway comenta: «Estos son los que realmente poseen integridad».

Más adelante el articulista se cuestiona la participación de Frederick Henry en la Primera Guerra Mundial y el escritor anota a manera de respuesta: «Tenía que ir allí a aprender».

Schwartz se refiere a la importancia de la tauromaquia en Hemingway y dice que en Muerte en la tarde su autor va al ruedo, porque quería presenciar la muerte violenta. «Por supuesto —comenta—, no era la visión de la muerte sino la del valor lo que Hemingway buscaba». Y Hemingway hace una observación capital en cuanto a la importancia del aprendizaje en términos de su código: «Y el valor que él no tenía».

En otra parte Hemingway se limita a corroborar una afirmación de su contrincante que, a su vez, es una de las piedras angulares de la crítica hemingwayana; la identificación del hombre con su alter ego. En este caso con Nick Adams, el que surgió en su primera serie de cuentos: «Nick es E. H. Tiene razón».

Una de las últimas acotaciones de Hemingway reafirma la evolución del código según sus propios personajes se fueron «endureciendo» en su narrativa. Schwartz alude a la característica de los héroes hemingwayanos de estar siempre en disposición de demostrar su hombría, como si sus acciones pasadas no significaran nada, hombría que «en cualquier momento puede perder, al igual que en cualquier momento puede perder su fortaleza». Hemingway tacha en el texto las dos veces que aparece «en cualquier momento», y añade: «Sí, pero no las pierde». Ya Nick Adams se había convertido en Frederick Henry, Robert Jordan, Cantwell, Thomas Hudson, y nunca más dudaría de su capacidad de resistir. Ya el Hemingway adolescente de Oak Park se había convertido en el valeroso pescador de agujas y capitán de guerrilleros de la Segunda Guerra Mundial. Estos comentarios en las márgenes de un libro de su biblioteca, hasta ahora ignorados, lo demuestran.

En las gavetas de Finca Vigía subsisten algunos testimonios de que el artista Hemingway, el hombre bohemio y despreocupado, a veces se esmeraba en proyectar una imagen pública atractiva que le sirviera de coraza protectora. En su primer safari en 1933-1934 había tenido algunos deslices de «vedetismo» y se había regodeado en asumir un papel de omnipotente cazador blanco. Edmund Wilson había aprovechado la oportunidad para compararlo con un actor de Hollywood; luego comentaría sobre su libro africano Las verdes colinas de África: «Casi lo único que llegamos a saber de los animales es que Hemingway los quiere matar. En cuanto a los nativos, aunque incluye una descripción aguda de una tribu de corredores maravillosamente ágiles, la impresión principal que recibimos es que son gente sencilla e inferior y que todos admiran enormemente a Hemingway».

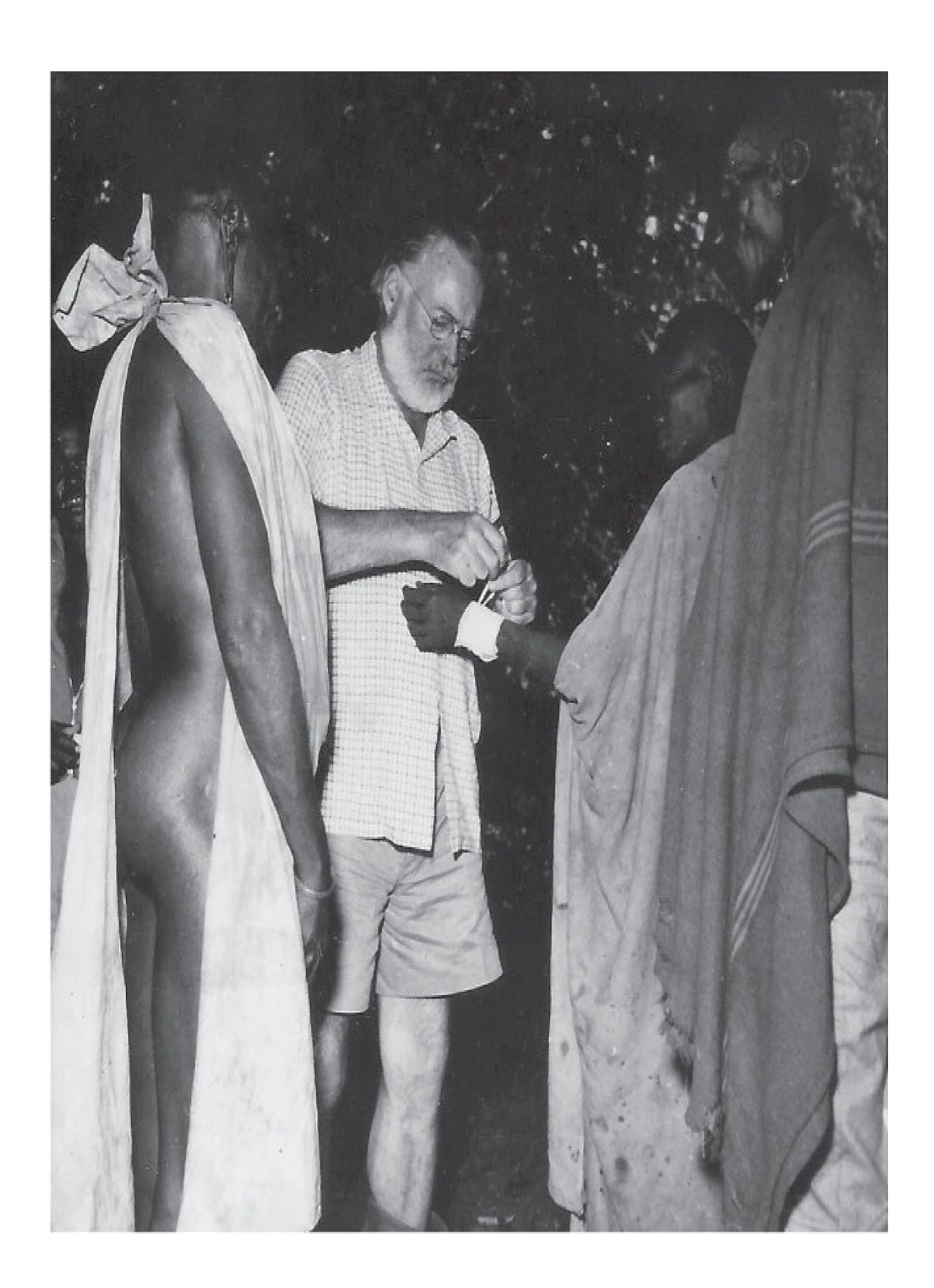
En los años cincuenta, cuando fue a su segundo y último safari, repitió de alguna manera las mismas poses anteriores, pero esta vez Look había sufragado los gastos de la aventura y Hemingway tenía que entregar un reportaje a cambio. El escritor revisó cuidadosamente las pruebas de contacto de las fotografías de Earl Theisen y eliminó todas aquellas en las que pudiera aparecer en forma inadecuada o desagradable. Se conservan en Finca Vigía esas largas tiras de contacto en las que él escribe un no rotundo con estilográfica en las fotos que lo muestran sonriendo sarcásticamente ante un león muerto y un ok en las que aparece posando como un experimentado y duro cazador mirando el mismo trofeo. En cierto modo se sentía orgulloso de estas fotos y las mostraba a los amigos; les enseñaba cómo había aprendido el manejo de la lanza con los guerreros masái y cómo se había enfrentado a un tanque con cuernos, un rinoceronte, y resistido su embestida frontal a pocos metros de distancia.



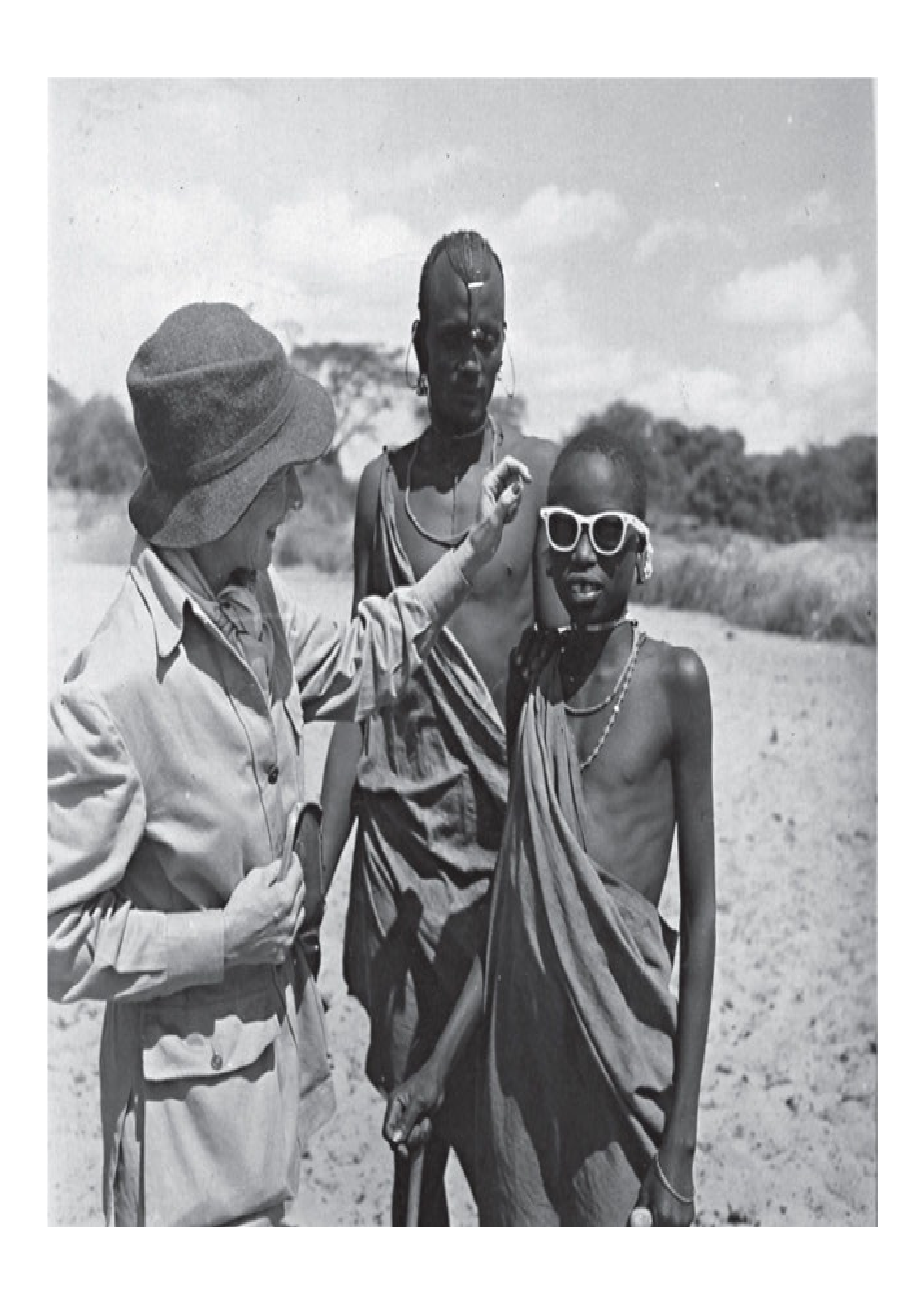
La alegría de matar. El safari de 1953. Otro león.



El rinoceronte está ahí. Aún no se percata de la presencia del cazador. El duelo tendrá lugar en las llanuras de Serengeti, África. El despreocupado animal pronto se convertirá en un tanque de guerra, irascible y agresivo, que se abalanza con sus cuernos sobre el cazador. Ahora están frente a frente. El hombre tiene a su favor la habilidad, la inteligencia y un fusil. Se le puede conceder también el valor. Aguantará a pie firme la embestida de un rinoceronte, hasta tenerlo a la distancia adecuada para disparar.



El Hombre Medicina.



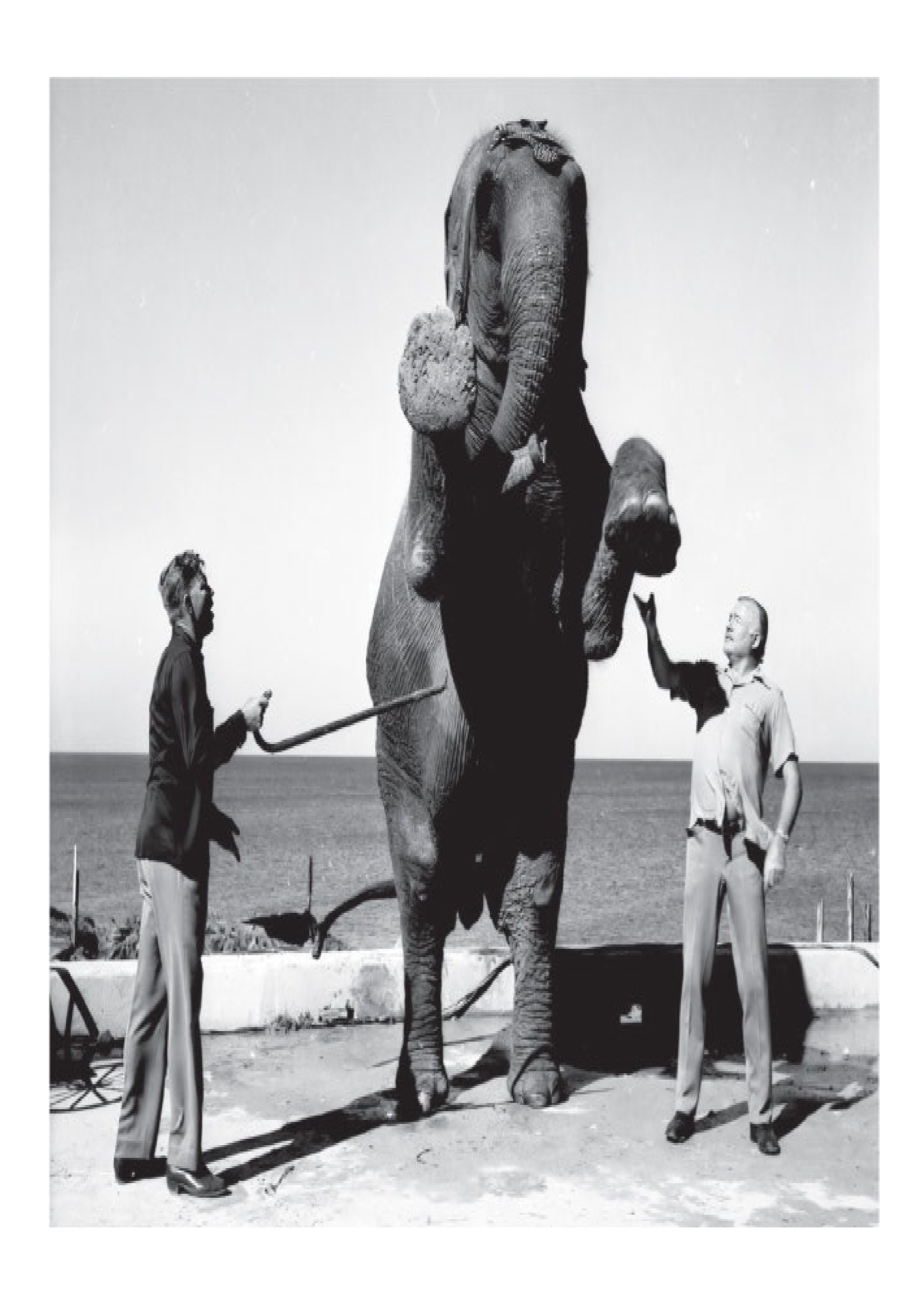
Bwana buena.

Hay otros dos millares de fotografías, pero sus favoritas eran las que le habían tomado con Taylor Williams en Pahsimeroi Valley en la década de los cuarenta, su colección de fotografías de guerra de Robert Capa, una en la que aparece en Bimini con el campeón de boxeo Tom Heeney y las que le dedicaron Ordóñez, Dominguín, Marlene Dietrich y Rocky Marciano.

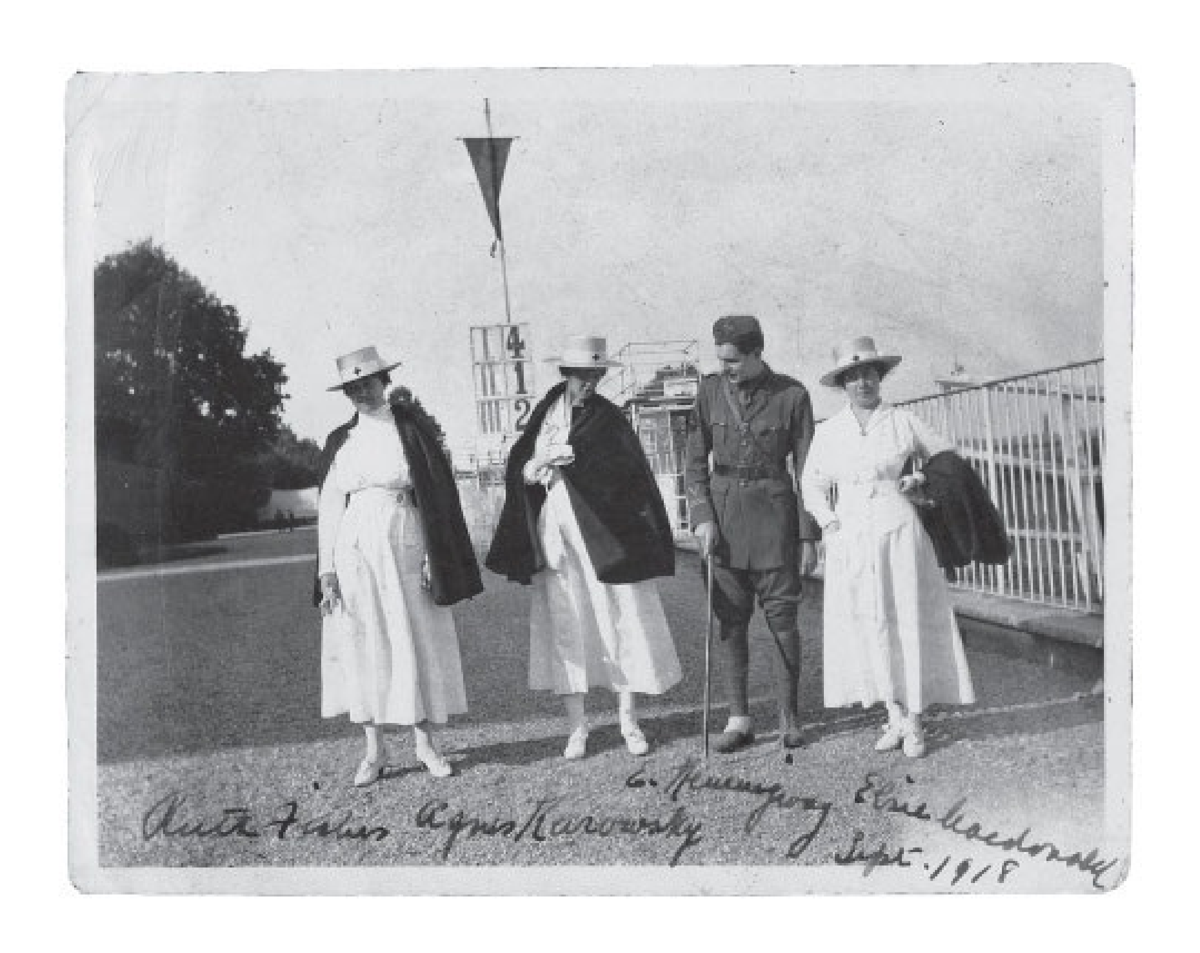
Observando las fotografías se puede tener una idea de las grandes pasiones del escritor: pescadores, muelles, playas, pájaros de la costa, puertos y litorales. Hemingway con Mary en la torre de Finca Vigía, visitantes desconocidos, pesca de agujas, Hemingway en el circo Ringling junto a un elefante, Hemingway africano, el Floridita, originales de Robert Capa en España. Fotos de la guerra chino-japonesa con anotaciones de Hemingway y, desde luego, el Pilar.



En el transcurso de la quinta temporada en La Habana del Ringling Bros and Barnum & Bailey, uno de nuestros prominentes ciudadanos pasó largas horas en esa especie de selva artificial y transhumante, exactamente el día de año nuevo de 1953. Allí sostuvo un encuentro cercano de tercer tipo con las esbeltas (y esbeltos) trapecistas, los musculosos acróbatas y los inevitables (y para él insoportables) payasos. Pero, sobre todo, junto a los animales. Su entusiasmo por estas «criaturas» adquiría las mismas proporciones al rastrearlos en la pradera y descubrirlos súbitamente a través de la mirilla de su Mannlicher, que al pagar tres pesos por un asiento de palco del Ringling y obtener un derecho especial del manager para verlos domesticados y en cautiveriocirco. «El circo es como un sueño», escribió en una crónica para el catálogo de la empresa circense. En la secuencia puede apreciarse algo, no obstante: El legendario cazador no parece tenerlas todas consigo, sobre todo en el episodio de verse rodeado de osos. Con el elefante Unus, le va mejor. Buen chico el paquidermo. (Roberto Herrera Sotolongo/Norberto Fuentes)



Es curioso, pero en todas las gavetas y entre toda la papelería conservada en Finca Vigía, no se encuentra una sola vez el rostro de Hadley Richardson, la primera esposa del escritor.


Ruth Fisher Agnes Kurowsky E. Hemingway Elsie Macdonald
Sept. 1918



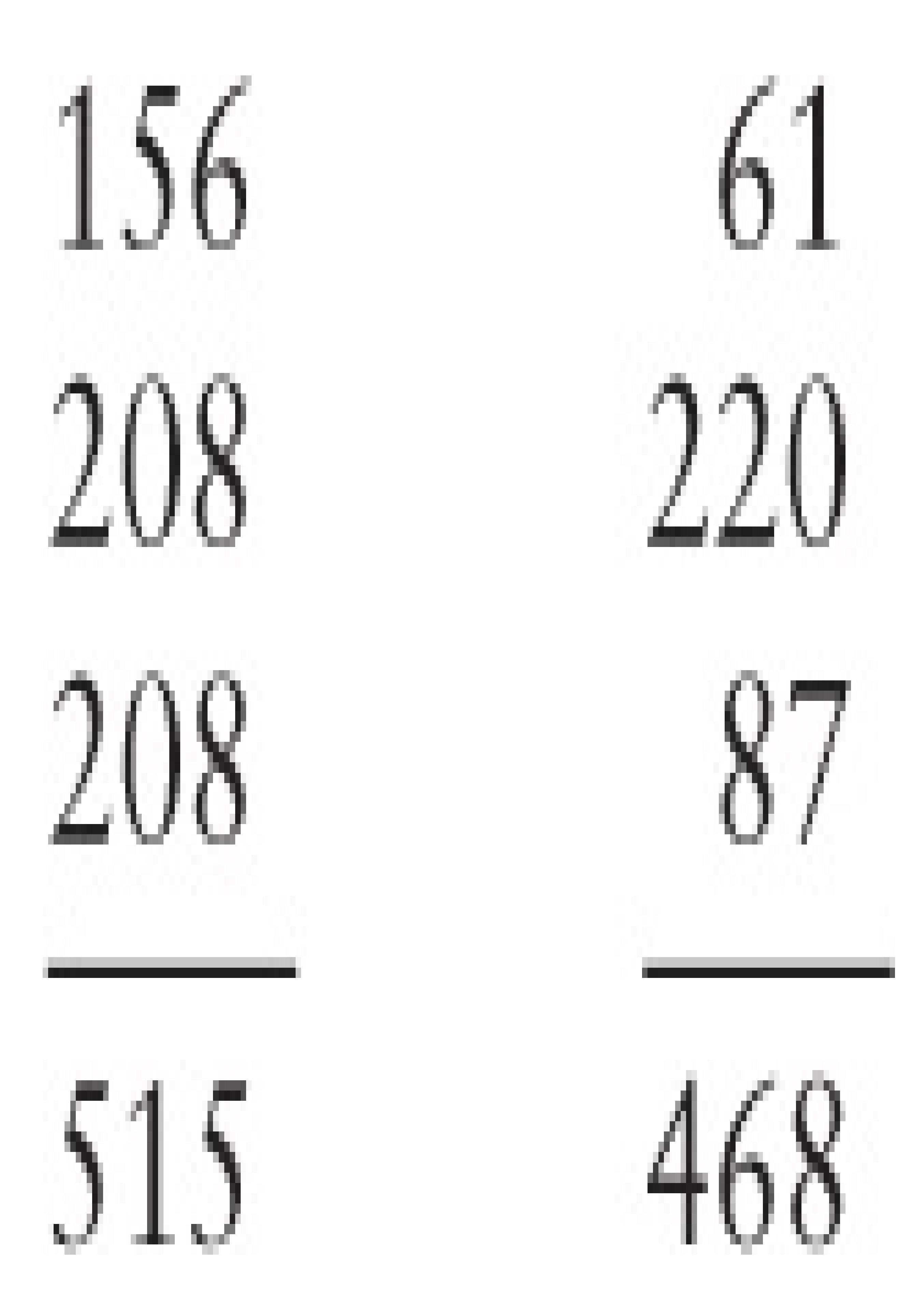
Ernest Hemingway, héroe convaleciente, corteja a Agnes H. von Kurovsky (segunda por la izquierda), la enfermera germano-americana que se convertiría en la Catherine de Adiós a las armas y en la Luz de «Un cuento muy corto». Estas son las fotos más antiguas halladas entre los papeles de Finca Vigía. Hipódromo de San Siro, Milán, Italia, septiembre de 1918.



La segunda foto en antigüedad de las conservadas por Hemingway en Finca Vigía. Es una tarjeta postal y fue tomada en Pamplona a principios de los años 20. A la izquierda, Harold Loeb, que sería el Robert Cohn de Fiesta; a la izquierda de Hemingway, Guy Hickok, corresponsal en París del Brooklyn Daily Eagle. La mujer guarda un extraordinario parecido con Lady Dull Twysden, la Lady Brett de Fiesta.

Hemingway se situó por última vez en la primavera de 1960 frente al estante del librero que empleaba como escritorio de trabajo. Ocupó parte de su tiempo en la escritura del reportaje «El verano sangriento» (un encargo de Life), y dio los toques finales a París era una fiesta. Pero el momento de partir llegó y Hemingway puso en orden el escritorio, limpio de cuartillas emborronadas y de lápices de punta embotada. Colocó la máquina de escribir Royal Arrow sobre un ejemplar de Who's Who in America y dejó un par de lápices nuevos, las puntas afiladas, sobre la estantería, y también una docena de hojas de papel carbón Superior Quality en su caja de fábrica, el pedazo de mineral de cobre que servía de pisapapeles, los espejuelos, una tablilla con presillador que utilizaba para escribir diálogos, y un libro que relata la conquista del Oeste.

Los espejuelos, de aro metálico, graduados para controlar la visión defectuosa de un miope, habían sido hechos en la óptica Lastra, de O'Reilly 506, en La Habana. El ejemplar de la edición de 1954-1955 del Who's Who tiene doblada una esquina de la página 1 191, donde se informa que Hemingway se educó en escuelas públicas y que contrajo matrimonio con Mary Welsh el 11 de abril de 1946, y se mencionan condecoraciones recibidas y acciones bélicas en que participó. También dice que pertenece a los clubes siguientes: Meyer, Philadelphia, Gun y Vedado Tennis. Los dos lápices son Mirado 174 n.º 3. La tablilla con presillador fue un regalo de su primogénito, quien ordenó grabar una inscripción en la madera: «To Ernest from Jack». Hemingway aprovechó la superficie pulida de su tablilla para estampar en dos columnas con su estilográfica las sumas de palabras escritas en algunas jornadas de creación. Pero sus nociones aritméticas necesitaban una reactivación urgente. Hay errores en ambas sumas.


156
208
208
515
61
220
87
468

El pedazo de mineral de cobre pesa 570 gramos. Las hojas de papel carbón están usadas y de ellas se puede extraer el texto de cartas de Hemingway. Cartas manuscritas. El método es difícil y laborioso. ¿A quién se le ocurre escribir a mano con copia al carbón? Hemingway es uno de ellos. Su caligrafía es inconfundible en la parte azul de estas doce hojas. El otro libro en la estantería es Pictorial History of the West. Algunas de sus páginas estaban pegadas porque no hubo un buen corte de guillotina en la imprenta. Hemingway le prestó poca importancia al asunto. Nunca abrió el libro, que permanece cerrado como un ataúd.

Concluyó su última sesión de literatura en Finca Vigía, escribió algo sobre la rivalidad de Dominguín y Ordóñez, revisó un poco las memorias de París y cerró el taller. Mas ahora, sobre la llanura del mueble, faltan las pilas de papel gaceta, libros, folletos y periódicos que mantenía abiertos a su alrededor mientras trabajaba. Su costumbre era tender los papeles como si fueran sábanas, una manera de cubrir o guardar los manuscritos que estaba preparando. ¿O era que los tendía para tener una visión de conjunto? Las fotografías que le tomaron en los años cincuenta muestran a un hombre que laboraba en un incómodo cerco de papeles, con poco espacio libre para poner la máquina de escribir. Trabajando de pie, en bermuda sin camisa, casi siempre descalzo sobre una piel de lesser kudú; o con mocasines, sin medias, con una botella de agua de Vichy a mano.



En su lugar de siempre, apoyada sobre un ejemplar de Who's Who in America, la Royal Arrow portátil. La producción de esta esquina de su dormitorio, fresca e inundada de luz, y del tecleo sobre este ingenio de posguerra (1947) de la Royal Typewriter Company tuvo resultados tan notables —en forma parcial o total— como Por quién doblan las campanas, A través del río y entre los árboles, Islas en el Golfo —que incluyó lo que al inicio fue concebido como su coda y al final publicado como libro independiente bajo el título de El viejo y el mar— sus dos extensos reportajes sobre su último safari y sobre las corridas en España y el clásico imbatible de los libros de memorias: París era una fiesta. (Enrique de la Uz)

A la altura de sus rodillas, en el travesaño intermedio del librero, tenía una revista y cuatro libros: una traducción al alemán de cuentos suyos; la novela Guadalquivir, de Joseph Poyre; John Colter, de Burton Harris; The People of the Sierra, de J. A. Pitt, y el primer número, publicado en 1953, de la revista Nucleus. A sus espaldas tenía su cama, que empleaba como primer acomodo de la correspondencia llegada a Finca Vigía y en la que los periódicos y revistas que se recibieron después de su muerte se conservan aún, pero ninguna carta importante. Tenía el agua de Vichy a su izquierda. Una de esas botellas se encuentra actualmente en su sitio, pero vacía. El primer objeto que aparecía a su mano izquierda era un manual voluminoso de motores de aviación que situaba en el piso contra la puerta para mantener abierta la habitación.

Para los coleccionistas de información sería imprescindible conocer el material que había en la mesa-bar, justo al lado de su poltrona. La batería comprende seis botellas de agua mineral efervescente El Copey, envasadas en Madruga, La Habana; una botella de scotch White Horse; una botella de ginebra Gordon; seis botellas de Schweppes Indian Tonic; una botella de ron Bacardí; una botella de scotch Old Forester; una botella de vermut Cinzano y una de champán, sin etiqueta. Los contenidos originales, desde luego, fueron sustituidos por agua coloreada.

Ahora forman parte del museo los nueve mil libros distribuidos por toda la casa y el medio millar de discos, acomodados en un estante detrás de la butaca de Hemingway. Discos de 78 y 33 RPM. (Entre los clásicos, Beethoven era el favorito de Hemingway, y, entre los modernos, Benny Goodman).

Un total de 1 197 objetos, sin contar libros y papelería, han sido inventariados en Finca Vigía. Pero el dato puede resultar confuso. No es el primer inventario que se hace y los hubo que arrojaron un saldo de tres y cuatro mil piezas y otros de apenas un centenar. Está en dependencia del punto de vista en que el concepto pieza museable sea aceptado. Finca Vigía, en lo esencial, es una sola pieza; un buró, por ejemplo, es también una, pero pueden ser muchas si se desglosa por gavetas y el contenido de cada una de ellas. La tarea resulta difícil y ha caído sobre los hombros de dos o tres jóvenes enfundados en batas blancas que les confieren un carácter ascético, y que son los técnicos de museo y los sustitutos de Ernest Hemingway en el interior de su casa. Sustitutos de 8 a.m. a 5 p.m. Un tiempo que se utiliza en contar, glosar, agrupar por tamaño o por uso o por tonalidad y que sirve, por lo pronto, para informar que la cifra más confiable de objetos de índole diversa conservados allí, descontando biblioteca y papelería, se aproxima a las 1 197 unidades.

Una aventura excitante, pero que exige una dosis alta de paciencia, resulta de examinar la biblioteca de Hemingway; así, un ejemplar de la edición de 1951 de Tender Is the Night, de Scott Fitzgerald, aparece en el estante. Se revisan lentamente las hojas y se comprueba que mantienen una blancura y limpieza incomprensibles, hasta que en la página 243 se halla la única observación del Hemingway lector. Donde dice forward and clapped, él coloca dos signos de interrogación y escribe correctamente la palabra que los editores de Fitzgerald dejaron escapar con un error ortográfico: slapped.

Son escasos los libros de esta biblioteca que contienen anotaciones, pero a veces asoma entre las cubiertas apretadas de un volumen contra otro la esquina de una vieja cuartilla o un pedazo de papel cualquiera en el que Hemingway apuntó una frase rápida y luego la dobló para guardarla en ese resquicio, que olvidaría

finalmente. Es el caso de esta frase cargada de sentimientos machistas escrita en el reverso de un sobre de carta corriente: Any woman would rather dig her grave with her mouth than earn her living with her hands. (Toda mujer prefiere cavar su tumba con su boca que librar su sustento con las manos). Está firmada con sus iniciales: EH.

El ejemplar número dos de la primera edición de A Bibliography of the Works of Ernest Hemingway, de Louis Henry Cohn, publicado por Random House, Nueva York, en 1931, tiene notas de Hemingway. La más significativa se halla en la página 88. Henry Cohn se refiere a «Los asesinos» y transcribe un párrafo extenso de una carta del novelista, en la que este dice:

En realidad, la vida, al menos para mí, tiene un gran atractivo, al igual que los lugares y otras muchas cosas, y quisiera que algo de esto formara parte de mis materiales. Hubo gente que se malogró tal y como lo describen algunos escritores, y personas que se volvieron vacías y se agotaron emocionalmente, como algunos de la generación de Fiesta. Pero no siempre resulta así. Conozco a gente maravillosa; incluso algunos sabían que la tumba los aguardaba (por eso todos los relatos se convierten en tragedias si se continúa la historia hasta el final) y se comportaron de un modo excelente.

Hemingway traza una marca y dice: What a shit... violation of correspondence (qué mierda: violación de la correspondencia). Vuelve a utilizar una adjetivación similar en la página 115, cuando Cohn informa que Hemingway seleccionó el título de The Sun Also Rises (Fiesta) del Eclesiastés, el de The Torrents of Spring, de la obra homónima de Turguenev y el de A Farewell to Arms, de un poema de George Peale. Hemingway abre una llave para este último poeta y dice: home shit (mierda casera).

Hemingway cubrió con los signos de su estilográfica una parte considerable de un ejemplar de Wuthering Heights (Cumbres borrascosas), de Emily Bronte, publicado en Londres en 1935. Son tres columnas de cifras que aparecen en la

cubierta, solapas, primeras páginas e incluso sobre el título de la obra clásica inglesa. Hemingway se preocupa por la marcha de su salud. La primera columna señala la hora; la segunda, la temperatura; la tercera, las pulsaciones.

| | | |
|---|---|---|
| 0745 | 35.9 | 60 |
| 1200 | 37 | 66 |
| 1600 | 36,7 | 66 |
| 1800 | 36,6 | 54 |

Las observaciones abarcan desde el 25 de noviembre hasta el 6 de diciembre. El año no está consignado. Tiene explicaciones breves de los movimientos que pueden influir en el comportamiento de su organismo. Up to dinner, levantarse para comer, escribe en una ocasión. Up to telephone, levantarse para el teléfono, en otra. Pero se registran pocas variaciones. La temperatura y el pulso se mantienen en su nivel.

Hemingway, hipertenso, y también impaciente, tomaba su pulso solo durante medio minuto.

Hay otra inscripción, de índole diferente, en la última página de Wuthering Heights. Es la anotación inicial del libro de remembranzas parisinas de Hemingway, que tiene el título aquí de The Lean and Lovely Years. Se convertiría años después en A Moveable Feast (París era una fiesta). Hemingway comenzó esta obra en Finca Vigía entre el otoño de 1957 y la primavera de 1958. Disponía de un primer boceto, escrito en mayo de 1956, sobre una etapa inicial de su amistad con Scott Fitzgerald. El artista recuerda sus aventuras con la generación perdida:

THE LEAN AND LOVELY YEARS

The Three Mountains

Connection

The Lyon Trip

In Scott date was agreed on

and I confirmed it by telephone

El relato del viaje a Lyon es uno de los mejores momentos de París era una fiesta. Hemingway le había confirmado previamente a Fitzgerald que viajarían juntos en el tren. Este era un hombre olvidadizo y Hemingway se vio solo y casi sin dinero en un vagón de ferrocarril. The Three Mountains Press es el nombre de la editora que publicó la primera edición de In Our Time, en 1924. La denominación alude a los tres montes de la capital francesa.

Un documento revelador localizado en la biblioteca de Finca Vigía es el original del cuento famoso «In Another Country» («En otro país»), en el que otro cuento también legendario, «Now I Lay Me» («Mientras los demás duermen»), aparece como su segunda parte, aunque sin título. Nick Adams, alter ego de la juventud de Hemingway, es el protagonista. Hemingway incluyó los dos relatos en el volumen Men Without Women como textos independientes. «In Another Country» fue publicado por primera vez en la edición de marzo de 1927 de Scribner's Magazine y «Now I Lay Me» se estrenó con otros tres cuentos en Men Without Women. Resulta curioso que estos dos relatos inicialmente se concibieran como uno solo.

La biblioteca de Finca Vigía está necesitada de un estudio minucioso desde hace veinte años. Algunos escritores y críticos han comprendido esto. Cada vez que las relaciones entre Cuba y Estados Unidos experimentan cierta mejoría, una de las primeras cosas que aparecen en el horizonte son los investigadores norteamericanos que reclaman instalarse en Finca Vigía. Desaparecen cuando los nexos vuelven a entrar en crisis.

32

## En sus gavetas

Había una correspondencia interna en Finca Vigía. Circulaban tarjetas postales y navideñas. Hemingway, con su caligrafía inconfundible, firmaba reproducciones de obras conocidas, en particular de los impresionistas franceses, y redactaba, en un francés extravagante, dedicatorias que atribuía a los artistas. Abusaba así de Gauguin y de Van Gogh. Las falsificaciones permitieron disponer a Mary Welsh de una colección de mensajes rubricados por los pintores más importantes del siglo XIX. Mensajes personales dirigidos a ella.

Había también tarjetas de Navidad, de Thanksgiving Day y de Saint Valentine. En una postal cuya ilustración es un pato con ojos plastificados, Hemingway escribe:

Monsieur le Conde de

Hemingwé

Chateau La Vigía

Sf de P [San Francisco de Paula]

En otra, ilustrada con un árbol de Navidad, pero sin texto ni fecha, solo aparecen los rasgos de la estilográfica de Hemingway, que firma: Heddy Lámar.

También se encuentra una dedicatoria sincera y emocionada escrita en una cartulina blanca:

A mi queridísima y bendita Kitten [Mary Welsh] que da sentido a estas Navidades y a los otros 364 días del año.

Una postal tiene impresa una imagen de París. Hemingway ha escrito: «To my Kitten with love». La firma es «Cristóbal Colón». Debajo del nombre ha dibujado dos garras.

Una nueva postal. Un pato distinto en la ilustración, pero también con ojos plastificados. El texto de Hemingway ofrece algunas connotaciones políticas sospechosas; su autor hubiera sido carne de inquisición de haber caído en las manos de McCarthy.

Tovarich Hemingstein

Hotel Better World

Havana Cuba

USSR

## 33

## El último americano

*Estoy totalmente convencido de la necesidad*

*histórica de la Revolución cubana.*

ERNEST HEMINGWAY AL GENERAL CHARLES T. LANHAM,

EN UNA CARTA DEL 12 DE ENERO DE 1960

La «colaboración económica» de Ernest Hemingway con la organización clandestina de Fidel Castro para la lucha contra Batista —el Movimiento Revolucionario «26 de Julio»— fue discreta. Se limitó a comprar una estatuilla de José Martí, realizada por el escultor cubano Fidalgo, que se vendía para engrosar los fondos de la insurgencia.

Su solidaridad con los combatientes antibatistianos fue más bien emocional. A lo largo de la etapa insurreccional Hemingway se mantuvo al tanto del rumbo de la guerra, pero su posición era, salvo en algunas ocasiones, distante. Herrera Sotolongo recuerda que en Finca Vigía se escuchaba con frecuencia la transmisión de la emisora Radio Rebelde, directamente desde la Sierra Maestra. Hace poco, en una de las gavetas de la casa cubana de Hemingway, apareció un brazalete rojo y negro, el símbolo de los insurrectos. Aquí parece terminar la participación del escritor en la batalla contra Fulgencio Batista.

Cuando Herbert Matthews estuvo en la Sierra Maestra en 1957 para entrevistar a Fidel Castro, hizo, desde luego, un alto en Finca Vigía. Hemingway y el viejo experto en asuntos latinoamericanos del The New York Times habían estado juntos en España. El dueño de la finca había dicho desde tierra española que Matthews era «como un tejón».

Después de su entrevista con Fidel, el periodista pasó una noche en la casa de Hemingway. Los acompañaba Herrera Sotolongo.

«Fidel Castro está vivo y luchando en la Sierra», afirmó Mattthews a sus amigos. Es casi el mismo lead que encabezara, días después, su espectacular artículo en The New York Times.

La prueba de fuego, sin embargo, tuvo lugar para Hemingway dos años después debido a los juicios sumarios y a los fusilamientos de los criminales de guerra batistianos.

*Revolución*

24 de enero de 1959

MOMENTO DECENTE

declara Ernest Hemingway

Seattle, enero 23 (AP).- El novelista Ernest Hemingway pronosticó anoche un gobierno pacífico para Cuba bajo Fidel Castro, después de un período de violento reajuste.

Hemingway pronosticó esto después de revelar que jóvenes a quien él conocía habían sido asesinados por los seguidores del exdictador Fulgencio Batista.

En una conversación teléfonica desde su cabaña cerca de Ketchum, Idaho, donde está escribiendo otra novela, Hemingway dijo a una estación de radio que había muchas esperanzas con el gobierno de Fidel Castro, siempre que no intervengan los extranjeros.

Residente en Cuba por mucho tiempo, Hemingway condenó al grupo de Batista por torturador y asesino. Refiriéndose a los jóvenes del pequeño pueblo en que vivía [San Francisco de Paula], expresó: «Trece fueron torturados y muertos por la policía y el ejército, y los habitantes de allí saben quiénes fueron los torturadores y asesinos».

El escritor, ganador del Premio Nobel de Literatura de 1954, declaró que creía que los juicios a los seguidores de Batista serían celebrados con justicia.

«No creo que los extranjeros tienen por qué meterse en criticar la justicia de los juicios desde el momento que estos son públicos y los testigos son escuchados y se imparte una decisión imparcial», manifestó, agregando que la revolución fue una buena cosa para el pueblo.

«Pienso que el pueblo tiene ahora un momento decente y no creo que haya tenido algún otro antes».

En 1956, al circular el cable de la UPI con la noticia falsa de la muerte de Fidel Castro en la campaña de la Sierra Maestra, Hemingway había declarado al periodista Luis Gómez Wangüemert: «Eso es mentira. Lo dicen porque quieren desprestigiar el movimiento. Fidel no puede morir. Fidel tiene que hacer la revolución». Cuatro años más tarde, procedente de una Habana en pleno fervor revolucionario, Hemingway fue abordado en Estados Unidos por periodistas que comenzaban a armar la campaña de desenganche afectivo con el proceso cubano. Hemingway los dejó hablar y al rato detuvo el coro: «¿Han terminado, señores? Yo creo que todo anda muy bien por allá. La gente de honor creemos en la Revolución cubana».

**[2]**

José Luis Herrera Sotolongo nos brinda otro testimonio sobre el Hemingway de este momento:

Mi memoria sobre la última época de Hemingway en Cuba es, a mi juicio, de verdadero interés, pues define sus vínculos con la Revolución, que muchas veces no se han sabido valorar. Él estaba sinceramente con el proceso. Sentía simpatías por la persona de Fidel. Ellos no habían sido amigos. Pero Fidel lo admiraba. Yo recuerdo, por el año 49, que Fidel tenía mucho interés en que lo llevara a casa de Hemingway porque quería conocerlo y hablar con él. Nunca llegamos a realizar la visita, pero siempre estaba hablando de eso. Fidel decía: «Oye, yo tengo ganas de que me lleves allá, quiero conocerlo; me interesa hablar con él». Varias veces se lo dije a Ernesto: «Voy a venir con un compañero, un amigo, que quiere conocerte»; pero por esas cosas que él [Fidel] tenía, cuando andaba metido en la política universitaria, nunca nos pudimos poner de acuerdo para ir. Se conocieron cuando lo de la pesca y el trofeo Hemingway. Hay una cosa muy curiosa; una de las voces más importantes del mundo para defender la Revolución cubana desde los primeros momentos fue la de Hemingway.

Había ido por la temporada de esquíes a Sun Valley. Empieza a preparar sus cosas para venir acá, pero en aquellos días se hace una campaña contra la Revolución cubana en Estados Unidos a pesar de que todavía no había roces entre los gobiernos. Después de eso, fue el primer viaje de Fidel a Estados Unidos, pero hubo una campaña muy intensa, sobre todo campaña de prensa con respecto a los juicios que se celebraban aquí y a algunos fusilamientos, y Hemingway precisamente alzó su voz en Estados Unidos en contra de esa campaña. Es un hecho poco conocido porque lo silenciaron los norteamericanos. Escribió un articulo para un periódico local, de Sun Valley o de Ketchum, y se publicó en primera plana. Hacía declaraciones diciendo que era falsa esa propaganda del baño de sangre y que él había conocido el proceso insurreccional cubano y podía asegurar que el número de fusilamientos que se había hecho en Cuba no correspondía con el número de asesinos que había habido aquí. Entonces, no solamente hizo esta declaración en la prensa sino que la grabó. Hizo una grabación en un disco que se transmitió por la emisora local, pero cuando esta noticia a través de los canales periodísticos llega a los sindicatos, hay un acuerdo de que no se publique en la prensa. En ningún periódico de Estados Unidos se reproduce ese artículo. Él vino aquí a los pocos días y trajo el artículo para acá. El periódico está en poder de Fidel, pues se lo hicimos llegar a él. En una de las primeras comparecencias de Fidel en la televisión tenía el periódico e hizo algún comentario. Hemingway siempre estuvo presente en el proceso revolucionario cubano. Hubiera muerto en Cuba si las circunstancias de su muerte no se hubieran precipitado.

Gregorio Fuentes relata que desde los inicios de la insurrección utilizó el Pilar para guardar armas del movimiento revolucionario y que contaba con la aceptación de Hemingway:

Me miraba hacer aquello y no se metía en nada. Me dejaba hacer. Después que triunfó la revolución, cuando llegó a bordo y me vio vestido de miliciano, me dio un abrazo y me dijo: «¡Cada día te quiero más!». Me lo dijo llorando.

Nosotros tentamos nuestras conversaciones secretas. Pero eran secretas absolutamente. Se van conmigo a la tumba. Teníamos nuestra forma de hablar o de no hablar. Pero nos entendíamos. Me decía: «Tú eres un verdadero hombre callado de la boca». Esa es la única forma de ser revolucionario. Callado de la boca. Yo estaba colaborando con la revolución, con los muchachos de Cojímar que estaban en el Movimiento 26 de Julio. Pero nunca le pregunté su parecer al respecto. Ni él tampoco a mí. Al contrario. Los dos sabíamos que cada cual estaba en lo suyo y que ninguno iba a perjudicar al otro.

El poeta Heberto Padilla, a la sazón corresponsal de Prensa Latina, estuvo presente en el aeropuerto y luego redactó el cable donde se narra la llegada de Hemingway a Cuba a principios de noviembre de 1959. El cable se publicó íntegro en muchos periódicos habaneros. Bohemia, la revista cubana de mayor circulación, lo reprodujo, pero sin acreditar la agencia.

Prensa Latina recibió la noticia, procedente de Nueva York, de que Hemingway había salido rumbo a Cuba. Padilla se estacionó en el aeropuerto desde la media noche; ningún otro periodista fue al recibimiento. Padilla estaba acompañado por un fotógrafo llamado Mickey, que tenía interés en saludar a Hemingway. Cuando descendió por la escalerilla del avión, el escritor los saludó amablemente. Le preguntó a Padilla:

—Bueno, ¿qué noticias hay? ¿Qué se sabe de Camilo?*.

—No hay noticias —dijo Padilla.

—Oye, ¿y aquí no ha entrado el norte todavía? —preguntó Hemingway, refiriéndose a la temporada invernal.

Traía chaqueta deportiva, corbata tejida, pantalón color mostaza. Padilla no lo ayudó a cargar maletas. No supo qué hacer en una situación como esa. «Hemingway venía cargado de maletines, y de etiquetas y cordelitos». Lo acompañaba el torero Antonio Ordóñez, quien venía «muy elegante».

—¿Qué se habla de Cuba en Estados Unidos? —preguntó el periodista.

—Nada. Ahora en Nueva York de lo único que se habla es de un programa de televisión: «La pregunta de los 64 000 pesos». Pero Mary me mantiene informado de lo que ocurre en Cuba. Estoy bien informado. Hay allá muy mala prensa.

*Revolución*

5 de noviembre de 1959

ERNEST HEMINGWAY

... de nuevo en Cuba ...

LLEGÓ

—Un cubano más

—No es un yankee

—Junto a Fidel

LA HABANA, noviembre 4 (PL) —Me siento muy feliz de estar nuevamente aquí, porque me considero un cubano más—, declaró el escritor norteamericano Ernest Hemingway al llegar esta noche a La Habana procedente de New York. «No he creído ninguna de las informaciones que se publican contra Cuba en el exterior. Simpatizo con el gobierno cubano y con todas nuestras dificultades», dijo subrayando la palabra «nuestras». Y a continuación aclaró: «No quiero que me consideren un yankee…».

Hemingway vino acompañado del torero español Antonio Ordóñez y la esposa de este. En el aeropuerto fue recibido por sus familiares [Mary Welsh, que había estado al frente de unas reparaciones en la Finca], un numeroso grupo de simpatizantes del pueblo de San Francisco de Paula, donde reside habitualmente, y reporteros de Prensa Latina que pudieron entrevistarlo en forma exclusiva.

Interrogado sobre si mantenía las declaraciones favorables a la Revolución cubana que hizo a comienzos de este año, contestó que las reiteraba plenamente.

«En New York, por donde acabo de pasar a mi regreso de Europa, no se sabe nada de Cuba ni del mundo. Allí solo se habla de Van Doren y del escándalo de su programa de preguntas y respuestas por televisión».

Al salir de la aduana, los vecinos de San Francisco de Paula le entregarían una bandera cubana en testimonio de gratitud por las declaraciones que Hemingway ha hecho en el exterior sobre Cuba. Hemingway besó la bandera, pero se negó a

repetir el gesto cuando un fotógrafo quiso recoger el instante. «¡La he besado con sinceridad!», exclamó, siendo largamente aplaudido.

Y la coda, un tanto mítica, de la información redactada por Padilla:

El gran escritor norteamericano Ernest Hemingway ha tenido otro gesto a favor de nuestro país que mucho lo enaltece.

A los funcionarios de la aduana mostró al arribar un pasador de platino y brillantes valuado en $ 4 000, según la factura, comprado en París, y manifestó su interés en que se le cobraran los derechos aduanales para pagar en dólares, como cooperación al gobierno revolucionario. Dicha operación no se pudo efectuar anoche porque la Casilla de Pasajeros está autorizada a cobrar facturas solo hasta $ 300,00*.

**[3]**

En mayo de 1959 (según el periódico oficialista Granma, en una especie de homenaje) el escritor, «ante los continuos ataques de la prensa norteamericana contra la justicia revolucionaria cubana», dijo en un artículo que «conocía a uno de los hombres que han ejecutado; si fuera fusilado 100 veces no sería suficientemente castigado por los terribles actos cometidos en el pasado».

Hemingway se refirió a la situación existente en Cuba antes de enero de 1959 y recordó: «Conocí a tres hombres que eran maestros calificados, pero que no pudieron conseguir trabajo porque no podían pagar los cientos de pesos necesarios para comprar un puesto de maestro». Luego de las pontificaciones clásicas de este año a favor de la Revolución, concluía: «Confío ampliamente en

la revolución de Castro porque tiene el apoyo del pueblo cubano. Creo en su causa».

Euclides Vázquez Candela, en esa época subdirector del periódico Revolución, sostuvo la única entrevista que podemos calificar de semioficial entre Hemingway y las autoridades revolucionarias.

En abril de 1959 llegó a verlo «un señor llamado José Luis Herrera Sotolongo, portador de un recado de Ernest Hemingway en vísperas de un posible viaje de Fidel Castro a Estados Unidos». Hemingway quería expresar con carácter privado su opinión acerca de este proyecto y ofrecer algunas recomendaciones que pudieran llegar a oídos del máximo líder de la Revolución, para que supiera «cómo enfrentarse a la opinión pública norteamericana».

El periodista se dejó conducir por Herrera Sotolongo hasta la casa de Hemingway. En el camino, el médico comentó: «Ernesto debe tener mucho interés en comunicarse con ustedes. Últimamente recibe a muy poca gente, y mucho menos de noche».

Durante más de dos horas, Mary Welsh y Hemingway le hablaron a Vázquez Candela acerca de los temas con los cuales «se ensañarían los monopolios de prensa yanqui: los fusilamientos revolucionarios, las leyes que ya se anunciaban para modificar la estructura económica del país, sobre todo la de reforma agraria, la política internacional y la determinación del gobierno revolucionario de no continuar dependiendo de los dictados del State Department».

Una salvedad. Michael Reynolds en su competente Hemingway The Final Years* dice que el primer viaje del escritor a Cuba en 1959 tuvo lugar entre el 16 y el 29 de marzo. De ser preciso, indiscutible este dato, entonces la conversación con los Hemingway y Herrera Sotolongo ocurriría días antes del abril citado por

Vázquez Candela. Pero es de todos modos puntual que Fidel Castro ya preparaba una visita a Estados Unidos, la primera desde que tomara el poder apenas tres meses antes. Había sido invitado por la Sociedad Americana de Directores de Periódicos y cumplimentó el viaje entre el 15 de abril y el 8 de mayo.

**[4]**

El año que vivimos en peligro: 1961.

17-19 de abril. Desembarco en Bahía de Cochinos de una fuerza de tarea organizada, adiestrada, armada y teledirigida por la CIA para derrocar a Fidel Castro. Unos dos mil hombres que son humillantemente derrotados por las tropas revolucionarias en menos de 72 horas.

26-30 de junio. Ernest es dado de alta de la Clínica Mayo, de Rochester, Minesota, donde ha sido sometido a tratamientos de electrochoques, y regresa a Ketchum.

2 de julio. Es domingo y él se suicida en la mañana con su escopeta favorita. Se las arregló para disparar los dos cañones apoyados en el paladar.

9 de julio, domingo. Mary sale de su reclusión. Acepta la versión del suicidio y habla de los manuscritos en Cuba.

22 de julio, sábado. Mary de paso por Miami rumbo a La Habana. Viaja gracias a «solicitud en extremo cortés» de Fidel. Niega todo interés en rescatar los

manuscritos.

23 de julio, domingo. AP reporta la llegada de Mary a La Habana. La viuda se apresura en declarar que hay dos cajas con sus manuscritos en un banco operado por el Gobierno cubano. Se instala en Finca Vigía, aún su casa. Hace un año y dos días que Ernest contempló este paisaje de La Habana desde las colinas del sudoeste y la corriente del Golfo al otro lado de la ciudad.

29 de julio, sábado. Aún no ha visto a Fidel, pero ella comienza a retozar con la idea de convertir la Finca en un museo. En otra declaración a la prensa avanza la idea que Fidel le ha hecho llegar: «Premier Fidel Castro has suggested to her that the home outside Havana be turned into a museum. Mrs. Hemingway said she felt "honored" by the proposal and recalled that "Ernest was very fond of the Cuban people"». No pierde tiempo, sin embargo; esa mañana va a buscar los manuscritos de Hemingway al First National Bank of Boston. De ahí la remiten al Banco Nacional, donde han sido depositados. Al mediodía, Mary regresa a la Finca con su precioso cargamento.

9 de agosto, miércoles. Llamada desde la oficina de Fidel. Anuncian su visita.

10 de agosto, jueves. Mary se entrevista con Fidel Castro en Finca Vigía y le hace donación de la finca y su contenido. Fidel le promete que nada va a moverse de su sitio y que allí se va a instaurar el Museo Hemingway. El guest house —esto también fue establecido de palabra entre Mary y Fidel— continuaría siendo propiedad de los Hemingway, los últimos gringos con propiedades a salvo en Cuba, dado que ella pensaba utilizar la casita en sus eventuales viajes a la isla.

23 de agosto. Mary, con un pie en el estribo, deja por escrito sus últimas instrucciones en beneficio de los empleados de la Finca.

Así que apenas un mes después de celebrados los funerales de Hemingway, el jueves 10 de agosto de 1961, hacia las 7.30 de la noche, se realizó una ceremonia en el portal a cielo abierto de Finca Vigía. Bueno, primero adentro de la casa, con un recorrido por las habitaciones, y luego hasta el útilmo piso de la torre y luego otra vez a la casa y finalmente hasta sentarse a negociar en el portal.

Mary Welsh, la viuda de Hemingway, sujetaba en sus manos un documento de cuarenta hojas, de magnífico papel Biblia, con el timbre de Finca Vigía impreso en rojo, y con cada una de las hojas firmadas al pie. Fidel Castro era el invitado especial de la ocasión. Estaban los habitués regulares de la casa y del entourage cubano del escritor, principalmente Gregorio Fuentes y los hermanos José Luis y Roberto Herrera Sotolongo.

Un breve intercambio de cortesía precedió a la lectura. Mary Welsh tendió el folio a Fidel Castro, quien denegó con un gesto de la cabeza. «No, señora. Hágalo usted», le dijo. El documento —probablemente en su fase de borrador avanzado o a la espera de los acontecimientos, por si era menester variarlos, puesto que los originales definitivos están fechados el 23 de agosto—, se había redactado alternativamente en inglés y español, y en él se disponía el traspaso «para bienestar del pueblo cubano» de Finca Vigía y los objetos personales del escritor. Instituir una tertulia para jóvenes artistas y un centro de estudios botánicos para cuyos efectos podría utilizarse la biblioteca, literaria y técnica, que dejaba en la casa, compuesta por más de nueve mil volúmenes, era la principal iniciativa a observar presente en el documento. Ofrecía, asimismo, una serie de consejos útiles para el mantenimiento del inmueble.

Por otra parte, en una sección de los papeles que Mary tenía delante, se hacía entrega formal de la propiedad del Pilar a Gregorio Fuentes; dejaba en herencia, a diferentes amigos de San Francisco de Paula, una carabina Winchester de calibre 22, un automóvil Buick del año 1950 y un Plymouth del año 1953. La agencia 4-10-06 del Banco Nacional de Cuba se haría cargo de librar, contra la cuenta de Ernest Hemingway, los cheques con que se pagaba el último salario de

los empleados, más una suma de regalía para cada uno. Asimismo, Mary Welsh recababa de las autoridades cubanas que se ofreciera trabajo a sus exempleados en la Cervecería Modelo Nacionalizada, ubicada a poca distancia de San Francisco de Paula. El documento autorizaba a Pedro Buscarón, que había trabajado en la casa durante ocho años, para que continuara trayendo a pastar un caballo de su propiedad; y a José Herrera (Pichilo), jardinero principal de Finca Vigía por diecisiete años, le cedía todo el ganado que había allí en existencia y lo autorizaba a continuar, en la misma área de siempre, con su cría de gallos de pelea.

Estas especies de minitestamentos nos recuerdan que una vez hubo vida e industria en aquellos predios y que Ernest se permitía los lujos de una larga empleomanía a un costo muy barato y que el disfrute de su paraíso era solo posible para su bolsillo de escritor de la clase media americana a, por lo menos, 145 kilómetros al sur de su país.

23 de agosto de 1961

Siguiendo las instrucciones de una carta dirigida a mí, la cual acompañaba su testamento, hecho y certificado en 1956, he obsequiado a Gregorio Fuentes, de la calle Pasuela 209, Cojímar, el yate de Ernest, Pilar*, haciéndose saber a Gregorio las instrucciones de que disponga del yate como mejor considere. Ernest obtuvo su licencia de capitán y navegante del Pilar el 26 de abril de 1934. El Pilar y Gregorio lo ayudaron mucho, tanto para trabajar como para la caza de submarinos durante la Segunda Guerra Mundial y para esparcimiento en la pesca y en el estudio de la corriente del Golfo, en los mares de Cuba.

[Firmado] Mary Hemingway

Siguiendo las mismas instrucciones descritas, he obsequiado de parte de Ernest a

René Villarreal, de San Francisco de Paula, quien fue sirviente personal de Ernest así como jefe de la casa durante 17 años, un fusil Winchester calibre 22, Modelo 62-A 255364, el cual Ernest le había entregado como un regalo personal en 1956, pero que se mantenía fichado entre nuestras armas para correr con el trámite anual de las licencias.

[Firmado] Mary Hemingway

Siguiendo las mismas instrucciones descritas, he obsequiado de parte de Ernest a José Herrera [Pichilo], de San Francisco de Paula, las vacas de Finca Vigía. Él ha sido jardinero y ha cuidado de la piscina durante 17 años, y tiene mi permiso para mantener sus gallos de pelea, de los cuales Ernest compartió a veces la propiedad, en los terrenos de la finca.

[Firmado] Mary Hemingway

Pedro Buscarón, quien ha trabajado en la casa y cuidado de los animales durante ocho años, tiene mi permiso para traer su caballo a pastar a los terrenos de la finca.

[Firmado] Mary Hemingway

Siguiendo las instrucciones de la carta de Ernest citada anteriormente, estoy efectuando las operaciones necesarias para hacer regalías de dinero a varios empleados, por medio de cheques girados contra mi cuenta en la Agencia 4/10/06, Amistad 420, Sucursal del Banco Nacional de Cuba.

[Firmado] Mary Hemingway

Mary Welsh retendría para su disfrute —y se llevaría con ella hacia Estados Unidos— las obras de arte más importantes que estaban en la casa, así como una importante colección de manuscritos inéditos de Hemingway, depositados en el Banco Nacional de Cuba, entre los que se hallaban los originales de lo que serían las novelas Islands in the Stream (Islas en el Golfo) y The Garden of Eden (El Jardín del Edén), el volumen de memorias A Moveable Feast (París era una fiesta) y su libro de aventuras africanas True at First Light (Al romper el alba). La cláusula final informaba que retenía a su favor la propiedad del bungalow, a la izquierda de la casa, que no pasaría a ser objeto museable y que ella utilizaría como vivienda en un eventual regreso a Cuba.

Por último, Mary Welsh procedería a quemar la correspondencia. Lo hizo silenciosamente, en una fogata que preparó en el patio de la casa. Cumplía instrucciones precisas que se le habían confiado. Con esto, la historia de Ernest Miller Hemingway debió quedar sellada para siempre.

«Fidel llamó a Finca Vigía con el propósito de ponerse de acuerdo con Mary para visitarla», recuerda Herrera Sotolongo. «Y a mí me avisaron que fuera para allá. Pero yo no se lo solicité a través de ningún ayudante, como dice Mary en su libro». Fidel llegó al anochecer. Los tres Oldsmobile del año 1960, de color morado oscuro, que constituían su equipo de transporte y escolta, parquearon en la arboleda delante del garaje. Nueve hombres con uniformes de campaña verde olivo —los choferes y custodios— se mantuvieron discretamente alrededor de los automóviles. Fidel entró solo en la casa. Un apretón de manos a Mary y otro a Herrera Sotolongo y una rápida presentación de los demás miembros del comité de recepción de Finca Vigía. «Está en su casa», dijo Mary. «Siéntese, por favor». Fidel, por desconocimiento, fue a sentarse en la poltrona de Hemingway, con su boina y un tabaco inmenso en la mano, cuando Mary dijo: «Esa era la butaca de Papa». Fidel no terminó de sentarse. Se incorporó. Mary, sonriente, exclamó: «Oh, no. Me ha entendido mal. Siéntese ahí, por favor».

Sirvieron una merienda ligera que Mary había preparado. «Todo lo que usted quiera llevarse, se lo lleva», dijo Fidel. Mary respondió: «Las pinturas, la colección de pinturas». Después pidió un buró que tenía en su habitación y los manuscritos de Hemingway que se encontraban en la caja de seguridad del banco. Asimismo le interesaba llevarse la ropa de cama, la mantelería, las vajillas y los cubiertos. «Allí había muchos cubiertos, cubiertos para mariscos con puños de nácar», afirma Herrera Sotolongo.

Se planificó cómo iba a ser el museo. Había una valiosa colección del Hammond's Atlas norteamericano y otra de las obras de Mark Twain. Se dijo que debía dárseles alguna utilidad. Se habló de habilitar el garaje —donde después se dispuso un local para exposiciones como sección extendida del museo— como salón de lectura. Fidel permaneció dos horas en Finca Vigía. Los trofeos le llamaron la atención, los trofeos de caza. Revisó casi todas las armas. Dedicó un rato a escuchar la historia del greater kudú que se encuentra en el comedor. Mary dijo que le regalaba la carabina Mannlicher Schoenauer 256, «la favorita de Papa». Fidel agradeció el gesto, pero, dijo, prefería que la dejara allí y que la casa de Hemingway se conservara intacta.

También se habló de que a los discos había que darles alguna utilidad. «Allí siempre había música sonando», dice Herrera Sotolongo.

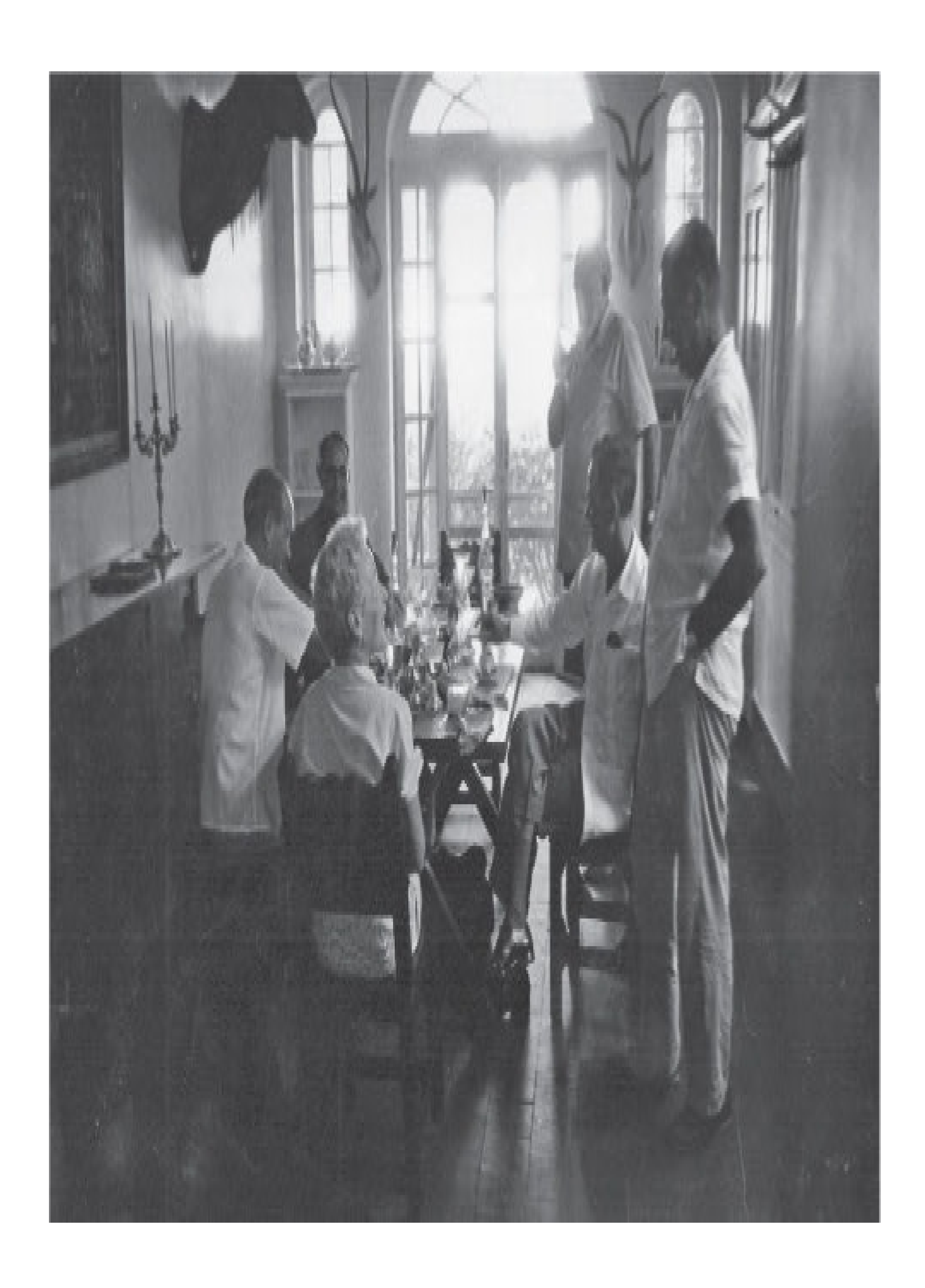
En el momento que este trámite oficial se producía en La Habana, Glenway Wescott escribía al The New York Times que debía impedirse la destrucción de las obras inéditas de Hemingway*. Glenway Wescott advertía que Mary podía intentar una acción de este tipo en su viaje a la capital cubana. Esta es la razón que (probablemente) obligó a Mary Welsh, en How It Was, a explicar que fueron centenares de revistas viejas almacenadas por Hemingway las que ella arrojó a las llamas de una hoguera preparada en la cancha de tenis de Finca Vigía. Y aclara que las seleccionó «previamente». Las revistas eran en su mayoría ejemplares de El Ruedo y The Economist. Mary Welsh añade que fueron los amigos íntimos de la casa, Roberto Herrera Sotolongo, Mayito Menocal, Elicio Argüelles y René Villarreal, quienes participaron en la operación, además de su

amiga Valerie Danby-Smith, que le acompañó desde Estados Unidos**.

Más adelante en su libro, Mary dice que aprovechó las facilidades brindadas por el gobernante cubano para sustraer cerca de medio millón de dólares en joyas y objetos diversos que le entregaron cubanos desafectos. Estos valores fueron llevados de forma clandestina en su equipaje de mano.

Durante poco más de un año, Finca Vigía se mantuvo cerrada. En la casa vecina de los Steinhart, quienes habían huido del país en la misma fecha de la muerte de Hemingway, se emplazó un grupo de artillería antiaérea, que defendía desde aquella altura un sector de la capital. La cristalería de los Steinhart, y de los Hemingway, y de todos los vecinos de San Francisco de Paula, se salvó en virtud de que ningún avión sospechoso sobrevoló esta zona y que, por tanto, los dieciséis cañones soviéticos de 100 milímetros con seguimiento electrónico, emplazados en los vergeles y el patio de la villa de los Steinhart, se mantuvieron en silencio. Por la misma época, un batallón de muchachos huérfanos y antiguos pordioseros que iban a cursar instrucción militar, estuvieron albergados en Finca Vigía durante algunas semanas. No se les permitía el acceso al interior de la casa, pero podían acampar en los jardines. Esto último, en teoría, al menos. De cualquier manera, antes de que fueran trasladados de allí y de que se les educara y convirtiera en personas conscientes, descubrieron la forma de abrir la puerta del sótano y dar cuenta de las reservas etílicas de Hemingway. Luc Chessex, un fotógrafo suizo que llegó a Cuba a fines de 1961, decidió comenzar su ensayo fotográfico de la isla con algunas tomas de la casa del novelista fallecido recientemente. Allí lo recibieron aquellos muchachos contentos y despabilados. «Entré en Finca Vigía la tarde del 30 de diciembre de 1961, y me sacaron de allí, todavía inconsciente por la cantidad de bebidas que había ingerido, el 4 de enero». Junto con Chessex, en camiones del ejército, fueron evacuados los muchachos. Casi un año más tarde, Fidel Castro se presentó de nuevo. Llevaba a cuatro miembros de la delegación americana que había viajado a La Habana para negociar un acuerdo de indemnización de medicinas y alimentos por un valor de 53 millones de dólares que debía pagar la administración de Kennedy por su fracaso en Bahía de Cochinos.

23 de diciembre de 1962, domingo. El mercante de 10 000 toneladas African Pilot que dejó Port Everglades, en la costa atlántica de la Florida, a las 9.41 p.m. del día anterior, enfila la boca del puerto habanero a las 2.05 p.m. Trae la primera carga del rescate exigido por Cuba por los 1 113 prisioneros de la fallida invasión. Fidel se presenta en el muelle de atraque, donde lo esperan dos de los negociadores americanos: Leonard A. Scheele y E. Barry Prettyman, y el capitán del buque, Alfred Boerum. Prettyman es el que expresa el deseo de conocer la casa donde Hemingway vivía. «Vengan conmigo», dice Fidel, y los acomoda en los tres Oldsmobile de su caravana. Joe McGowan, un periodista de la Associated Press, se suma al convite. El recorrido por la casona toma una hora. «Room by room», como describe McGowan en su crónica. Fidel ha requerido la presencia de René Villarreal, el antiguo mayordomo, que vive por los alrededores. Se estrena como guía del lugar. Es la primera visita oficial al Museo Hemingway.



Una sobremesa clásica de Finca Vigía en 1956.

**[5]**

En cuanto a los manuscritos dejados por Hemingway en Cuba antes de su último viaje a España, que se suponían depositados en una caja de seguridad del Banco Nacional de Cuba, existe una historia, una oscura historia. Una persona que nos ha pedido no se revele su nombre y que trabajó durante «algún tiempo» para la Agencia Central de Inteligencia (CIA), asegura que estuvo en contacto con estos originales.

Ocurrió a principios de aquel mismo año de 1961, acaso en mayo. Nuestro personaje anónimo, una mujer, era compañera de estudios de la hija de un importador de cigarrillos llamado Mardonio Santiago; estudiaban juntas en una institución privada de la aristocracia criolla, la antigua Universidad Católica de Villanueva. Nuestra informante declara:

Yo iba a casa de los Santiago con frecuencia. Había una biblioteca muy buena, que siempre me llamaba la atención, no porque tuviera muchos libros, que no los tenía, sino por su confort, y porque tenía una butaca y aire acondicionado. Un día, estando yo en la casa, que si mal no recuerdo se encuentra en una de las calles cercanas a la Universidad de Villanueva, Mardonio se puso a hablar con su hija y conmigo y nos enseñó varias cosas, entre ellas unas pistolas que escondía en un cantero, y luego sacó de la biblioteca el manuscrito de Hemingway, que estaba empacado como para enviar por correo. El paquete estaba abierto. Mardonio dijo: «Miren, este es un libro de Hemingway que no se ha publicado». Era un relato de pesca en Bimini y de una conversación con unos tipos en el Floridita. Es lo que recuerdo de lo que pude leer aquel día.

Mardonio era hermano de Antonio Santiago, Tony, quien es venerado en Cuba como un mártir revolucionario. La circunstancia en que se produjo la muerte de Tony Santiago, en 1961, se mantuvo como un expediente secreto durante mucho tiempo; hoy casi se tiene la certeza de que cayó combatiendo en la corriente del Golfo —en un combate de lancha a lancha— mientras intentaba infiltrarse en un grupo de agentes de la CIA. La viuda de Tony Santiago afirma que su esposo había roto definitivamente las relaciones familiares con Mardonio por desacuerdos políticos «insuperables».

Mardonio Santiago había sido un alto ejecutivo de la sucursal en La Habana de un consorcio tabacalero norteamericano —Robert Tobacco Co—. Participaba en una conspiración contrarrevolucionaria en el momento que mostró el original de Hemingway a nuestra informante; ella también estaba involucrada en la conjura. Se registraban muchas intrigas de esta clase en La Habana de aquel tiempo, pero eran asuntos que ya quedaban fuera del alcance de Hemingway: su salud se había deteriorado notablemente y se encontraba en manos de los médicos de la Clínica Mayo. Había estado por última vez en Cuba en el verano de 1960, y ese es el único instante en que el manuscrito pudo haberse confiado a Mardonio Santiago. Un verano que resultó trágico para el escritor. Sus capacidades físicas y mentales comenzaron a disminuir en forma abrupta, lo que culminaría en un estado de semilocura caracterizado por delirio de persecución. Decía que agentes del FBI lo vigilaban. Hasta donde se sabe nunca mencionó a los servicios especiales castristas, aún en su etapa embrionaria. Tal vez decidió salvar su manuscrito de la anunciada guerra civil que se daba por segura en los días previos a la invasión de Bahía de Cochinos. Son hipótesis. Si los Hemingway —Ernest o Mary— tomaron una determinación de esa naturaleza antes de partir de Cuba en julio de 1960, es un hecho imposible de esclarecer ahora a cabalidad. ¿Habrán querido proteger su manuscrito de la saña de unos fantasmales agentes del FBI poniéndolo en las manos de unos potenciales agentes de la CIA? La situación es confusa.

El manuscrito de Hemingway fue mostrado a nuestra informante* en la casa que se encuentra en la calle 15, número 18412, esquina a 184, en el antiguo Reparto

Biltmore, barrio exclusivo de la burguesía habanera, que fue rebautizado en el período revolucionario como Reparto Siboney. Se trata de uno de los actos de venganza «histórica» de la Revolución: cambiarle a los burgueses la nomenclatura tan chic de sus barriadas por el nombre de una de las tribus de aborígenes cubanos que los conquistadores españoles exterminaron cuatro siglos atrás. El actual residente del inmueble se llama Bartolomé Cuza Trinché. Vive allí con su familia, la que incluye abuelos y niños. Ningún parentesco con los aborígenes. Pero no ocupan toda la construcción. Algunas habitaciones son empleadas como almacén de pupitres del Ministerio de Educación. La familia de Cuza Trinché se estableció ahí en 1962. Debido a sus escasos recursos económicos, recibieron la casa en usufructo gratuito. Proceden de una región campesina y desconocen quién era el propietario anterior de la residencia. (Mardonio Santiago huyó del país hacia el otoño de ese mismo año, 1962; había logrado situar grandes cantidades de tabaco cubano en Jamaica, con lo cual se mantuvo económicamente).

Respecto a la biblioteca, donde el original estuvo escondido, Bartolomé Cuza declara que todos los libros fueron retirados en 1962 por el Ministerio de Educación. Los estantes de madera vacíos se conservan, pero la habitación se transformó en un dormitorio para dos niñas. La búsqueda y localización de los volúmenes que integraron aquella biblioteca resultaba una tarea desproporcionada a casi veinte años de distancia. Pero ninguna entidad bibliotecaria cubana —adonde se enviaban los libros ocupados en las casas de la burguesía— reportó la entrada de un original de Hemingway. La presencia de este manuscrito inédito en poder de un inescrutable Mardonio Santiago, que lo mismo trasegaba con pistolas que con cargamentos de tabaco, y, al parecer, finalmente, con literatura, es otro misterio para el que acaso nadie tenga respuesta.

**[6]**

Diecisiete años después, ella regresó a Cuba. Subió (su última vez) por el sendero de Finca Vigía un caluroso día de julio de 1977. Se retrató en las

estancias de la casa. Una batería de fotógrafos de la Metro Goldwyn Mayer la acompañaba, bajo la mirada de Sydney Pollack, que iba a realizar una versión fílmica de How It Was, el libro de memorias de Mary. Al rato se presentó en la casa de su antigua costurera, Josefa, en una de las callejuelas de San Francisco de Paula, a quien obsequió con una bolsa de plástico gigante que contenía un millar de aspirinas. Josefa, atacada por la artritis, dijo que el obsequio «la conmovía». También fue a Cojímar y sostuvo un encuentro con Gregorio Fuentes. Luego volvió a su antigua casa (y actual museo) y pidió permiso para llevarse unos libros de la biblioteca. Traía la lista de libros que le interesaba llevarse de Finca Vigía. Más de 173 volúmenes de más de 45 autores, entre ellos, los que Hemingway había considerado como sus favoritos en sus entrevistas con Lillian Ross y George Plimpton*.

Fidel Castro la recibió en el Palacio de la Revolución. Estaba preparado para responder. Le explicó que una ley reciente de la Asamblea Nacional impedía sacar del país obras consideradas como parte del patrimonio nacional, entre las que estaban comprendidas las pertenencias de Hemingway. ¡Tan reciente era la ley, que había sido votada el día anterior! Lamentaba no poder complacerla, pero le ofrecía a cambio el apoyo necesario para la filmación de How It Was.

Fidel también es olvidadizo. Olvida que le había ofrecido a Mary que «se llevara todo lo que quisiera cuando quisiera», puesto que le negó la autorización para cargar con un millar de los viejos libros de la Finca. Pero recibe a Mary y a Pollack en su despacho del Palacio de la Revolución. Un poco más tarde, en septiembre, el mismo Fidel Castro se presenta en la famosa Finca para saber qué está llamando tanto la atención. No encuentra nada que no sea la casa limpia y bien iluminada de un americano muerto. La visita es precedida desde luego por la exploración de un endurecido cuerpo de guardaespaldas que, previendo cualquier posibilidad de atentado o de extraño acertijo terrorista, procede a quitarle las agujas percutoras a todas las armas de fuego de Ernest Hemingway y limar las puntas de las lanzas masái. Es de esa manera que la carabina más famosa del mundo, una Mannlicher Schoenaur 256, que alcanzó todos sus blasones de nobleza en manos no sólo de Hemingway, sino del Thomas Hudson de Islands in the Stream y de Francis Macomber y del Harry Street de The Snows of Kilimanjaro, permanece silenciosa y mutilada en el recuesto de una

pared de Finca Vigía con el firme propósito de proteger al Comandante.

A su regreso a Estados Unidos, Mary Welsh se mostró entusiasmada por su viaje a Cuba. En nuestro país había sostenido una entrevista con el periodista Luis Báez, y sus declaraciones podían considerarse delirantes si se tiene en cuenta que se manifestó decididamente a favor de la Revolución cubana, mientras que en How lt Was se expresó con igual decisión, pero en contra. Había encontrado en perfecto estado de conservación las antiguas pertenencias de Ernest y de ella. Un solo defecto, aunque no revelado a los periodistas. Durante su estancia en Cuba había clamado por una botella de ginebra Gordon, pero esta no apareció por ningún bar de La Habana. Solo en la víspera de su partida, en el restaurante Atlántico de la playa de Santa María del Mar, a pocos kilómetros de Finca Vigía, la añorada botella presidió la mesa de la última cena cubana de Mary Welsh.

Margaux Hemingway, nieta del escritor, se presentó en Finca Vigía pocos meses después. Margaux recorrió las estancias de la casa, sus jardines y senderos. Se detuvo frente a una de las sillas de extensión de la piscina, en la que se retrató una vez con su abuelo. El fotógrafo que la acompañaba venía programado para la escena de la nieta que contempla la silla de extensión donde ya no está el abuelo. Se encaminó hacia el interior de la casa y pidió permiso para sentarse en la poltrona de la sala. El fotógrafo debió permanecer afuera, con las cámaras enfocando al piso, mientras Margaux, ahora una criatura solitaria y remota, se puso a llorar en silencio*. El turno de Jack Hemingway, Bumby, fue en 1983. También un negocio de producir una película. Las oportunidades de castigar algunas botellas de ron con Gregorio Fuentes y con el médico José Luis Herrera Sotolongo fueron aprovechadas con fruición. Llovieron los brindis por Papa y por los viejos buenos tiempos, y Jack Hemingway —a bordo del minibús soviético que el protocolo cubano puso a su servicio— parecía levitar, sonriente y satisfecho, de un convite al otro.

---

* Camilo Cienfuegos (1932-1959), procedente de una familia de anarquistas habaneros, se convirtió en una de las figuras clave de la Revolución cubana junto a Fidel Castro, Che Guevara y Raúl Castro. El 28 de octubre de 1959, en una noche tormentosa, su avión Cessna desapareció sobre el mar mientras se dirigía de Camagüey a La Habana. El país entero fue puesto en pie de combate durante un mes para su búsqueda. Ni rastro. Nunca apareció nada, ni de Camilo ni de sus acompañantes ni de la avioneta.

* El gesto político y/o de buena voluntad no era el único de los propósitos de Hemingway aquella noche. La prenda en el bolsillo tenía un objetivo estratégico definido y era de índole personal: pensaba compensar a Mary por todos los disgustos, quebraderos de cabeza y humillaciones públicas que le había dispensado en España el verano de ese año. Aunque no era él solo el del empeño. Mary, por su parte, estaba transmitiendo en la misma frecuencia de apaciguamiento, ya que fue ella quien orquestó el recibimiento del aeropuerto.

* Michael Reynolds, Hemingway The Final Years, W. W. Norton & Company, Nueva York, 1999.

* Subrayado todas las veces en el original mecanografiado de Mary Welsh.

* En su opinión, Hemingway era el más importante e influyente escritor de su generación, razón por la que cada página de su obra, incluso textos sin acabar, debía ser valorada. «En el transcurso de la historia —dice— una buena cantidad de obras inmortales han sido preservadas y publicadas en contra de la voluntad del autor». Su alarma no carecía de sustento porque finalmente los papeles

ardieron en La Habana. Pero también su exigencia se refería a obras literarias y no a la correspondencia privada. En eso Mary puede verse respaldada por cierto derecho moral. La carta de Westcott está firmada en Rosemonte, Nueva Jersey, el 3 de agosto de 1961. Fue publicada en Letters to The Times, The New York Times, el 9 de agosto de 1961.

** Cuatro años después, en el verano de 1966, Valerie se casó en México con Gregory Hemingway «Gigi», el desajustado hijo menor de Hemingway, que terminó sus días el 1 de octubre de 2001 en circunstancias muy oscuras, bajo custodia policial: vestido de mujer, en la sección de mujeres de una cárcel de Miami y bajo el nombre de Gloria. Otros cuarenta años más tarde, ahora con el adecuado nombre —para el mercado literario— de Valerie Hemingway, publicó uno de los mejores libros sobre los últimos años del escritor: Running with the Bulls, Ballentine Books, Nueva York, 2004.

* Lourdes Casal (1938-1981) hizo una dramática migración política, desde la contrarrevolución más activa y luego el exilio en Estados Unidos, hasta verse a fines de la década de los sesenta portando pancartas con la efigie del Che Guevara, vociferando en las marchas de protesta por la guerra de Vietnam y terminar organizando el primer grupo de jóvenes cubanos que solicitó un entendimiento con las autoridades cubanas y permiso (que fue concedido de inmediato) para viajar a su país natal y ver las «realizaciones» de la Revolución. El tiempo transcurrido desde su fallecimiento debe ser suficiente para que la identifiquemos sin que provoquemos contratiempo alguno. Su nombre íntegro, pues: Lourdes Emilia Irene de la Caridad Casal y Valdés.

* Véase: Lillian Ross, Portrait of Hemingway, Simon and Schuster, Nueva York, 1961; y George Plimton, «The Art of Fiction XXI - Ernest Hemingway», en The Paris Review, primavera de 1958.

* Para un reportaje de la visita, aunque con la escena del llanto editada: Margaux Hemingway, «Playboy and Margoux: go to Cuba», en Playboy, vol. 25,

N.º 6, junio de 1978 (con fotografías de David Hume Kennerly).

## 34

## Cuba como castigo

Final de enero o principios de febrero de 1985. Martha Gellhorn en Cuba después de 41 años. Sus «vacaciones de invierno». Dos semanas de playa y snorkel en los bajíos de las costas cubanas y un par de días en La Habana para desandar —retrace— su pasado. Un severo norte y las violentas marejadas acompañantes deshacen sus planes de playa y buceo, por lo que se dedica a recorrer la isla y tomar notas para un reportaje. Por fin, el 13 de febrero, se llena de coraje y, acompañada de Gregorio —a quien ha recogido en su casa de Cojímar—, se dirige a Finca Vigía. Dedica toda una mañana a husmear en la estancia. Muestra su inconformidad con la distribución de algunos muebles, aunque mantiene un admirable control sobre todas sus emociones o sobre cualquier recuerdo de la casona que una vez fue el feudo de sus antojos y que al final consideró como un albatros. En uno de los libros de visitantes del actual Museo Ernest Hemingway, aparece su firma y la fecha. No expresó comentario alguno. Solo firmó y fechó. A los dos días, en la madrugada del 15 de febrero, Martha voló a Nicaragua, donde había una guerra. Una de las guerras que se perdió Ernesto.

Ella fue la última. En vuelo desde Londres y sin fotógrafo acompañante. Al llegar a Finca Vigía y descender del coche del protocolo —esta vez un pequeño Lada y no el minibús de Jack—, tuvo de inmediato dos motivos de disgusto: comprobar que la ceiba de la entrada había sido talada y que los muebles de la casa no seguían el orden establecido por ella durante su reinado, 41 años atrás. Fuera de eso, se abstuvo de revelar cualquiera de los sentimientos que inevitablemente debe haber experimentado en ese viaje sentimental. El argumento recurrente durante el período de incubación de su rompimiento con Hemingway —la identificación de Finca Vigía con un albatros— tampoco salió

a flote. «Un albatros» era la forma de definir el sentimiento de opresión asociado a su estancia allí. Era la fórmula habitual en los encontronazos, cada vez más acres, que comenzaron a poblar la relación matrimonial. Aludía al poema de Coleridge sobre el marinero obligado a llevar al cuello como castigo el albatros que ha matado con su ballesta*. Pero fue Hemingway el que no olvidó, aunque Martha no lo supo. Por razones que resultarán imposibles de determinar, a Martha se le vedó el acceso al instante de ternura y hasta de nostalgia que dominó a Hemingway al escribir una de sus primeras cartas de posguerra. El hecho es que el original de tres hojas ni siquiera fue doblado para deslizar en un sobre y así permaneció, a merced del olvido, en una gaveta de esta casa. «Hope to spend a lot of time in Africa once things are clear and you would love this as a place to go once you didn't feel it like an albatross»**. Nunca regresó. No mientras Hemingway estuvo vivo y aun después. Y sea que ella se presentara a tiempo o no en la finca, reconozcamos que era un matrimonio digno del Olimpo. Durante sus desavenencias manejaban inspiradas metáforas. Los académicos deben quitarse el sombrero.

* Samuel Taylor Coleridge, «The Rime of Ancient Marine» (1798).

** Espero pasar un buen tiempo en África cuando las cosas se despejen, y tú podrás venir cuando ya no consideres que este lugar es un albatros».

## Puente sobre aguas tormentosas

**La siguiente entrevista tuvo lugar en el Palacio de la Revolución, en La Habana, la noche del 6 de febrero de 1984.**

**Fidel Castro: Los libros de Hemingway han sido habitualmente una buena compañía para mí. Parece ser verdad que uno se identifica con ciertos libros. Mi experiencia es que yo me identifico casi instantáneamente con las obras de Hemingway.**

**Norberto Fuentes: ¿Lo lee a menudo?**

**Fidel Castro: Debo haber leído Por quién doblan las campanas más de tres veces. Y conozco la película. He hecho también varias lecturas de Adiós a las armas y de El viejo y el mar. Las cacerías de Hemingway por África —me refiero a sus cuentos y crónicas— las he leído todas. Y todos sus escritos de aventuras en el Caribe.**

**Norberto Fuentes: ¿Es cierto que Hemingway es su autor favorito?**

**Fidel Castro: Sí, sí lo es. Y la primera razón por la que me atrae es por su**

realismo. Porque me lo hace ver todo con suma limpieza y claridad. No hay partes blandas en sus textos. Todo es convincente y todo es realista. Tiene la virtud de trasladarlo a uno a las llanuras africanas o al ruedo, y a uno se le hace difícil olvidar lo que ha leído porque es como si lo hubiera vivido. Pero tengo otra razón para apreciarlo. Y esto entraña una confesión. La razón es que Hemingway escribe sobre el mar. Y la confesión es que yo me paso mucho tiempo en el mar. Es decir, trato de irme al mar todo el tiempo que pueda.

Norberto Fuentes: Tiene unas crónicas admirables sobre la corriente del Golfo.

Fidel Castro: Sí... la corriente del Golfo moviéndose como él la describe, eterna y poderosa... Yo también conozco ese paisaje silencioso que se desplaza inexorablemente frente a las costas de la isla. Lo conozco y lo admiro. Creo comprender los sentimientos de Hemingway cuando navegaba sobre estas aguas…

Norberto Fuentes: En cierta ocasión concibió el proyecto de escribir un libro sobre lo que él llamaba «los misterios ancestrales de la corriente del Golfo». Pero nunca pasó del proyecto.

Fidel Castro: ¿Quieres que te diga otra razón para apreciar a Hemingway? Porque ya te he hablado del realismo y del mar… Esta otra razón es que Hemingway es un aventurero. Un aventurero en el sentido genuino de la palabra. Un sentido que, en mi opinión, es hermoso. Es decir, del hombre inconforme con el mundo que lo rodea y que asume el deber de cambiarlo. Necesita romper con los convencionalismos, y para hacerlo se lanza a la aventura. Y aprende algo muy pronto, si no lo sabe ya. Aprende que el mundo lo va a cambiar también a él. No podrá permanecer incólume. La mutación es inevitable. Y es parte del riesgo que siempre se acepta al iniciar una empresa.

**Norberto Fuentes: Usted me habló el otro día de la audacia de Hemingway.**

**Fidel Castro: Siguiendo este orden, la otra razón por la que aprecio a Hemingway tiene que ver con lo que yo llamaría su audacia. Pero es algo que no solo admiro en Hemingway, sino en todos los escritores. La audacia de decir las cosas, de descubrir y exponer el sentimiento y el paisaje humano, y la audacia de hablarles a miles o a millones de hombres de diferentes generaciones, e incluso de diferentes épocas. Te confieso algo: yo siento miedo escénico cuando hablo en la Plaza de la Revolución. No me es nada fácil. Así que debo entender de alguna manera lo que pasa por la cabeza de un escritor que va a exponer su palabra ante miles de lectores y por tiempo impreciso… ¿Sabes una cosa? A nosotros nos gustaría que todos en Cuba fueran escritores. No es una utopía, desde luego. Estaríamos tratando simplemente de hacer verdad el proverbio del hijo, el árbol y el libro. Y lo cierto es que la Revolución ha sido una fuente de intensas vivencias para millones de cubanos.**

**Norberto Fuentes: Usted se ha referido en otras ocasiones a Por quién doblan las campanas. ¿Cómo explicaría su predilección por esta novela?**

**Fidel Castro: Lo he dicho, ¿no? Porque trata de una lucha en la retaguardia de un ejército convencional. Y el libro nos ilustra sobre la vida en la retaguardia, sobre la existencia de una guerrilla, y cómo puede actuar con entera libertad en un territorio supuestamente controlado por el enemigo. Me refiero a las descripciones tan vividas que hay en esa novela. Nosotros ya intuíamos —cuando leímos la novela por primera vez, en la época de estudiante— cómo podía ser una lucha irregular, desde el punto de vista político y militar. Pero la novela nos hacía ver esa experiencia. Y luego conocimos esa vida por nuestra propia actividad. De manera que el libro se convirtió en algo familiar. Y regresamos a él siempre, incluso cuando ya éramos guerrilleros, porque es como regresar a los viejos tiempos, cuando la lucha era solo un proyecto.**

**Norberto Fuentes: ¿Conoce usted las opiniones negativas sobre la Revolución cubana que se quieren acreditar a Hemingway?**

**Fidel Castro: Creo haber leído algo al respecto: unos comentarios sobre declaraciones de Hemingway en círculos privados y sus expresiones desfavorables hacia nuestro proceso. Es cierto que las fuentes de donde proceden son poco confiables. Y es cierto también que la actitud pública asumida por Hemingway fue de defensa de nuestra revolución. Y esto es algo que siempre hemos apreciado, por la manera en que nos honra. No obstante, hay que comprender que para Hemingway era una situación sumamente difícil. Su país se hallaba en conflicto con el nuestro. Y no podía ser fácil para él. En realidad, no era fácil para nadie. Pero ahí están sus declaraciones, el apoyo que nos brindó. Ahora bien —y esto me interesa aclararlo mucho—: si él hubiese criticado con más o menos aspereza nuestro proceso, eso no lo hubiera demeritado ante nosotros en absoluto. En primer lugar, porque nuestra obra es humana, y, por lo tanto, perfectamente criticable. Y lo hubiéramos aceptado, porque nunca hubiéramos dudado de la lealtad de Hemingway a los valores humanos. No hubiéramos dudado de su lealtad a nuestro país, una lealtad probada durante muchos años. Ni de su lealtad como artista, su lealtad consigo mismo. Y nosotros lo seguiríamos apreciando igual. No hubiese cambiado en nada el aprecio que sentimos por su obra. Además, él era un hombre muy inteligente y su competencia como observador de la política internacional estaba ampliamente reconocida. Así que sus apreciaciones hubieran sido de una utilidad indudable.**

**Norberto Fuentes: ¿No tuvieron oportunidad de ampliar los contactos personales?**

**Fidel Castro: Bueno, si tú supieras…, no tuve el privilegio ese, porque en realidad aquellos días iniciales de la Revolución eran muy atareados y nadie pensaba que Hemingway se fuera a enfermar y hasta a morir tan pronto, y**

**se creía que había tiempo para conocerlo mejor.**

**Norberto Fuentes: Es evidente y comprensible que Por quién doblan las campanas sea de su preferencia. Pero me interesa conocer su opinión de El viejo y el mar.**

**Fidel Castro: Considero que es una obra maestra. Porque es algo extraordinario que alguien sea capaz de escribir una novela tan absorbente con un solo personaje en un bote durante varios días. Ese hombre hablando consigo mismo... Te digo que lo que más me gusta de Hemingway son los monólogos. No conozco ningún otro escritor capaz de lograr esto. Incluso, cuando yo la leí por primera vez... Quizá en aquella época me habría gustado un poco más de acción, fui menos capaz de apreciar todo el valor que tenía esa obra. Pero después, mientras más leo El viejo y el mar, más la admiro, realmente. Y cómo él puede captar la atención del lector, simplemente con el diálogo de un hombre consigo mismo. Y, luego, la frustración final...**

**Norberto Fuentes: Pero Hemingway saca una moraleja de esa frustración. No deja que su personaje se le desmorone por una eventualidad, por muy terrible que esta pueda serle.**

**Fidel Castro: Te voy a decir algo. Es precisamente esa una de las cosas por las que Hemingway ha estado presente entre nosotros en estos años. Ha estado presente porque realmente su obra no habla de hombres hechos con materiales tan duros que se hayan deshumanizado. El héroe de Hemingway nunca tuvo nada que ver con la perfección fascista. Y este puede haber sido uno de los puntos de vista erróneos de sus críticos. Y la confusión se establece por la voluntad férrea que los personajes de Hemingway son capaces de desplegar. El hombre puede enfrentar el medio adverso, debe hacerlo incluso. El final no estará escrito, el triunfo no se obtendrá siempre. Pero lo imperativo es buscarlo, luchar por él. Y este es el mensaje de**

**Hemingway que hemos tenido presente aquí, en Cuba, en medio de una revolución. De verdad que Hemingway nos ha acompañado en momentos cruciales y muy difíciles por los que hemos atravesado. Nosotros también hemos sido vulnerables y hemos estado expuestos durante décadas a la destrucción. Pero los lemas revolucionarios han sido recurrentes y firmes: «convertir el revés en victoria», «podrán destruirnos mil veces, pero nunca vencernos». Esas han sido consignas sobre fondo rojo en mítines y desfiles y han sido gritos de combate en los últimos veinte años de la historia cubana. Hemingway tenía toda la razón: Un hombre puede ser destruido, pero jamás vencido. No fue otro el mensaje que captamos. No ha sido otro el reclamo de los hombres que han luchado en todas las épocas y de su literatura.**

## 36

## Nadie muere nunca

Un homenaje al escritor es el aislador eléctrico de porcelana producido en el taller de cerámica Gilberto León Alfonso, que —por decisión de sus obreros— recibió el nombre de Hemingway. El taller se encuentra en El Rincón, un poblado cercano a La Habana, y sus obreros resolvieron que esta línea de producción se llamara así debido «a la resistencia del aislador de cerámica y a las cargas que es capaz de aguantar». Otro homenaje es el embalse de agua construido cerca de Finca Vigía, que fue nombrado Presa Hemingway. En este caso se trataba de simple admiración; los trabajadores hidráulicos no ofrecieron una justificación para explicar su decisión. Tampoco propusieron un símil entre la vida y la obra del escritor y la cortina de concreto y el agua represada.

Algunos lugares importantes de la geografía hemingwayana han desaparecido, como el Club de Cazadores del Cerro, donde él y su hijo menor Gigi competían en el tiro de pichones, y al que podían llevar a Gary Cooper o a Howard Hawks. El local es ahora un placer* abandonado. El Club Internacional de Pesca, en la bahía habanera, que se construyó en lo que era un playazo para bañar caballos en la época española, ha conocido sus avatares. Ha sido utilizado eventualmente como espigón para submarinos soviéticos y como unidad del Estado Mayor de la Marina de Guerra cubana. El proyecto de volverlo a convertir en un centro turístico ha renacido en los últimos tiempos. Durante alguna época existió la posibilidad de que el Pilar fondeara allí otra vez. La Zaragozana, el restaurante de Hemingway en los años de la guerra, no existe. El Centro Vasco estaba en Malecón y Prado, una encrucijada de calles memorables en La Habana de otros tiempos. Simbad, el cura don Andrés y los otros vascos iban allí con frecuencia. Se lo menciona en la segunda parte de Islas en el Golfo. Un tal Juanito Caizarbitoría, que tenía la contrata de su cocina, hizo dinero y construyó otro

Centro Vasco en la Calle Tercera, en la barriada capitalina del Vedado, que es célebre hoy. The Morro Castle, la tienda de víveres de Zulueta 259, ha sobrevivido en el mismo lugar.

Varios personajes secundarios de la familia hemingwayana vivían en 1980: Ramón Jordán, que tomaba ron y cerveza con Hemingway en El Brillante, bar de San Francisco de Paula; los camareros Luis Blanco, Armando Blanco y Guillermo Ramos, que trabajaron en el Floridita, y Antonio Sánchez, Cotón, el guitarrista del trío típico del Floridita a quien Hemingway obsequió unos cuernos de animales cazados por él. Ana Tsar, la Yugoslava, perdió la razón hacia 1976. Marcelino Piñeiro, el camarero del hotel Ambos Mundos, falleció en 1977.

Ana Tsar fue el último de los empleados de Hemingway que trabajó en Finca Vigía. El inmueble se convirtió en museo, pero ella continuó alimentando a los gatos que sobrevivieron al novelista, luego a sus descendientes y más tarde a todos los que se aparecían por el predio. Se la veía ascender a las doce del día por el sendero de la finca, como un fantasma. Era puntual. Ana cargaba dos latas humeantes, llenas de un mejunje respetable cuyo olor fue descrito como «penetrante y desmoralizador» en un acta de protesta suscrita por centenares de vecinos. El meridiano, el sol en su cenit, y Ana con los gatos devino un problema público. Su visita diaria se llamó «la hora letal» y era la razón que imposibilitaba permanecer por los alrededores y que impedía recibir a turistas y delegaciones extranjeras por el mediodía. Hasta que la administración del museo determinó «el pase a retiro de la compañera Tsar» y el desalojo «a como diera lugar» de unos setenta gatos que ya habían perdido «todo nexo natural con la raza auténtica instituida por Hemingway».

Los escenarios de Cojímar descritos en El viejo y el mar existen: «La tiburonera», fábrica donde se procesan las colas de tiburón; La Terraza, donde Santiago y Thomas Hudson bebían y se alimentaban; la Bodega de Perico y, por supuesto, la playa donde el bote de Santiago recalaba. A un costado de la playa se ha instaurado el Club de Pesca Ernest Hemingway.

Los escenarios y detalles de Islas en el Golfo han sufrido variaciones. Pero es cierto que había un bar de locos cerca de La Habana y que estos infelices, tal y como se describen en la novela, llevaban uniformes de sacos de azúcar. Los caseríos de pordioseros que surgieron en 1933, el último año de la dictadura machadista, y hacen exclamar a Thomas Hudson que «bebe para olvidar la miseria», eran cuatro, estaban más o menos cerca uno de otro y se llamaban Isla de Pinos, Llega-y-pon, La cueva del humo y Las yaguas. Existieron hasta el triunfo de la Revolución.

Los cuadros de la colección de Hemingway, entre los que se encontraban La granja, de Miró; Juego de dados. Composición y Paisaje, de André Masson; Monumento, de Paul Klee, y El torero y El guitarrista, de Juan Gris, se supone que hayan tenido un valor de cinco millones de dólares, cuando fueron sacados de Cuba por Mary Welsh. El guitarrista era una de las obras favoritas de Hemingway. Estaba colocada encima de su cama. En Islas en el Golfo Thomas Hudson dice —en español— que El guitarrista es «nostalgia hecha hombre». La narración explica que «del otro lado de la habitación, sobre la repisa con libros, estaba Monument in Arbeit, de Paul Klee». Y agrega que «encima del otro estante había una de las selvas de Masson».

Los árboles de la finca descritos en Islas en el Golfo, el flamboyán, el mango, el aguacate, permanecen. Y el aguacate, cuyos frutos Hemingway apreciaba tanto como los cubanos, sigue pariendo. Solo hemos perdido la vieja ceiba, emblemática de Finca Vigía incluso desde antes de Hemingway. Se le había dañado la raíz principal. «Parece —explican los curadores del actual Museo Hemingway— que en algún momento, al practicársele cortes en las raíces, se hirió de muerte a la ceiba [sic.]». No se aclara si tales incisiones fatales se produjeron en vida del escritor o bajo la administración revolucionaria. «Aunque atendida por los mejores especialistas del Jardín Botánico Nacional, ya no tenía remedio el daño que había recibido». Y fue talada en el año 1983, durante un proceso de restauración que se desplegó en el enclave, entre 1982 y 1984*.

En Islas en el Golfo Hemingway describe el barrio de Jesús María, la expulsión de las prostitutas francesas en los años treinta, el humo de las altas chimeneas de la Compañía de Electricidad de La Habana, la parte de la bahía donde aterrizaban los clípers y el Castillo de Atares, «donde fusilaron al coronel Clittenden». Describe la bahía: «Este puerto, que ha sido contaminado durante 300 o 400 años, no es el mar, de todos modos... [pero] no está mal, cerca de la entrada. Ni tampoco del lado de Casablanca. Has pasado noches gratas en este puerto y lo sabes».

Un personaje de la familia habanera de Hemingway, Xenofobia, la parroquiana del Floridita, resultó ilocalizable. La muerte en el extranjero de Mario García Menocal, Mayito, el amigo íntimo de Finca Vigía, pasó desapercibida en Cuba.

La sucesión de placas y bustos de bronce, eventos, instituciones y hasta la línea de producción de los aisladores de cerámica del taller de El Rincón garantizan la permanencia de Hemingway por largos años entre los cubanos. Hay una dosis de exageración y de exuberancia, pero también un contenido de entusiasmo y devoción. Solo otro escritor —José Martí— supera a Hemingway por la cantidad de homenajes que recibe en la isla. Pero en su caso el factor político es esencial, y se le venera como el Héroe Nacional. Antes de la Revolución cubana era llamado el Apóstol. Por su parte, el aislador eléctrico «Hemingway», la presa «Hemingway», cercana a San Francisco de Paula, la convocatoria anual del concurso de pesca «Hemingway», la placa conmemorativa en la puerta del hotel Ambos Mundos, el medio centenar de fotos de Hemingway colocadas en la fachada de La Terraza, el busto del Floridita, la Base de Pesca Deportiva «Hemingway», en la playa de Cojímar, la Plazoleta «Hemingway» con una glorieta y un busto del escritor, también en Cojímar, la librería «Hemingway», de La Habana, y el Museo Hemingway, de San Francisco de Paula, celebran al escritor, al americano, cada uno a su manera.

* Campo yermo o terreno plano y descubierto, en el interior o en las inmediaciones de una ciudad.

* Una nueva ceiba fue sembrada el 2 de enero de 1985, «bajo un aguacero atroz» —cuenta Gladys Rodríguez Ferrero, directora por diecisiete años del Museo Hemingway. La «ceibita» tenía 5 años de edad. «En la actualidad [a inicios de 2007] se ha convertido en un árbol precioso que tiene ya 27 años».

## 37

## Las lejanas montañas de Sawtooth

La depresión moral que sumiera a Ernest Hemingway en las tinieblas, tuvo su desenlace fatal a miles de kilómetros de distancia del territorio de Cuba. Hemingway, al igual que los animales indómitos, buscaría el mismo lugar donde nació para morir. Llegó tarde en la noche del viernes 30 de junio de 1961 a su casa de Ketchum. El sábado por la noche, Ernest, Mary y George Brown, su viejo mentor y entrenador de boxeo, fueron al Christiania Restaurant de Ketchum, y cenaron. Terminaron temprano y regresaron a casa. George se despidió. Mientras se preparaban para ir a la cama, en habitaciones separadas —la misma costumbre de la finca—, Mary recordó una antigua canción italiana y la cantó en voz alta: «Tutti mi Chiamano Bionda. Ma Bionda io non sono». Ernest, desde su habitación, se le unió, y le hizo coro con la siguient estrofa: «porto capelli neri...».

—Good night my lamb, sleep well —dijo ella.

—Good night my kitten —respondió él con voz calida y afectuosa.

Temprano en la mañana, Ernest se despertó y descendió por la escalera, tomándose todo el cuidado de que Mary no le escuchara. Sus siguientes pasos estuvieron dirigidos a localizar un juego de llaves, que le habían sido escondidas a propósito. Localizar las llaves, abrir el armario y seleccionar y preparar su arma. El cazador, según su hermano Leicester, empleó una Richardson plateada de dos cañones, calibre 12; pero Carlos Baker describe una escopeta marca Boss,

aunque con la misma cantidad de cañones y del mismo calibre. Ernest apoyó la frente contra la boca de los dos cañones, firme la culata contra el piso, y halló la forma de halar los dos gatillos. Cualquiera que haya sido el arma, esa misma tarde, unos amigos, por indicaciones de la familia, la cortaron con un soplete y la redujeron a pedazos. Los fragmentos fueron enterrados en lugares secretos para evitar que cayera en manos de los coleccionistas de souvenirs.

La noticia sobre la muerte se transmitió por televisión en Filadelfia mientras los Dodgers jugaban. Junior Gilliam estaba al bate. Cortaron el sonido y anunciaron un boletín de última hora. Fue una noticia terse* que informaba de que Hemingway se había matado accidentalmente de un tiro en su casa de Ketchum, Idaho. El juego de los Dodgers continuó de inmediato.

Para otros norteamericanos, la información llegó por radio.

El columnista Leonard Lyons —transmitió un noticiero de Nueva York— había reportado que Hemingway, el escritor, se había matado por accidente. Como en otras ocasiones, se podía pensar en un descuido del escritor.

Las emisoras cubanas, entre las primeras, difundieron el cable la misma mañana del domingo 2 de julio de 1961. A la información se agregaba un epíteto bastante justo: «Ha muerto un amigo de Cuba».

Hubo dos lugares donde la noticia afectó a la gente de manera especial, dos pueblos de los alrededores de La Habana: Cojímar y San Francisco de Paula. Al otro día, lunes, por una costumbre de la prensa cubana, solo circulaba un periódico, Revolución en este caso. El matutino destacó la información en forma grave y sentida. Fue el tono que se mantuvo. Quizás con la retórica habitual de los medios cubanos, se dijo en todo momento que había muerto «un amigo del país». Bueno, aceptemos que retórica no quiere decir falsedad.

Ernest Hemingway fue enterrado el 6 de julio de 1961 en un cementerio cercano a las montañas de Sawtooth. Había cerca de cincuenta personas en la ceremonia, casi todos vecinos de Sun Valley. Mary y los tres hijos de Hemingway solicitaron los servicios del reverendo Robert I. Waldmann, de Our Lady of the Snows Church, de Sun Valley, para que leyera un pasaje específico del Eclesiastés.

«Oh, Dios, concédele a tu siervo Ernest el perdón de sus pecados», dijo el reverendo al comenzar su oración. «Concédele el descanso eterno, Señor...». Pero, al abrir la Biblia, solo leería la primera línea del versículo favorito de Hemingway: «Una generación va, y otra generación viene; mas la tierra permanece para siempre...». Confundido o reticente, el sacerdote omitió la frase que sirvió de bautismo de fuego a la Generación Perdida: «The sun also rises» (El sol también se levanta).

Fue necesario que trece años pasaran y que un hombre de otra generación, un escritor, armado con otras garras y agraviado por otras heridas, comprendiera el significado total de la tragedia. Así lo escribe de forma indirecta, oblicua, Norman Mailer, al referirse a la desaparición de Marilyn Monroe:

Nadie pudo saberlo. Su muerte se cubrió de ambigüedad como la de Hemingway se cubrió de horror, y como la muerte y los desastres espirituales llegaron uno tras otro a las reinas y los reyes norteamericanos, como mataron a John Kennedy, y a Bobby, y a Martin Luther King, mientras Jackie se casaba con Aristóteles Onassis y Teddy Kennedy se desbarrancaba en el puente de Chappaquiddick, de modo que la década que comenzara con Hemingway como monarca de las artes norteamericanas terminaría con Andy Werhol como su regente, y el fantasma de la muerte de Marilyn daba un toque de lavanda al dramático designio de la década del 60, que, al considerársele en retrospectiva, pareció no haber hecho más que llevar a Richard Nixon hasta el umbral del poder imperial.

* Breve.

## 38

## Los vecinos se arman

Como todo verdadero pescador, Ernest era supersticioso y creía que Cuba le daba «buena suerte» para escribir. Una suerte que, al parecer, le dura veintiún años. Veintiuno exactos. El 25 de julio de 1939 Ernest había enviado desde la estación de correos de San Francisco de Paula, a un costado de Finca Vigía, a sus editores en Nueva York el manuscrito de Por quién doblan las campanas. El 25 de julio de 1960 Hemingway desciende por el sendero de la finca. El sol se levanta sobre la colina. Entonces Ernest y Mary se retiran de Finca Vigía y se dirigen al muelle habanero donde abordarán el ferry rumbo a Key West. Los ojos de Ernest Miller Hemingway contemplan el sendero en su descenso hacia el portón de solidas tablas blancas. Viejo soldado que sabe cómo conducirse, Ernest no mira atrás ni una sola vez. Ese mismo día Fidel Castro está viajando hacia las estribaciones de la Sierra Maestra, donde oficiará un acto ante los miles de hombres que integran los nuevos batallones de combate y a los que —bajo el torrencial aguacero que se ha desprendido sobre sus cabezas en la desguarnecida, rústica plaza— ha prometido armar en breve con fusiles automáticos.

Entonces, entre el 17 y el 19 de abril del año siguiente, la batalla. Bahía de Cochinos, según la denominación americana, y Playa Girón, según los cubanos, que se decide a favor de Fidel Castro. La saga de la academia americana demostrativa de que el impulso suicida de Ernest se originó en la victoria cubana tarda poco en cabecear como la Hidra de Lerna. Susan Beegel, profesora de literatura de Yale y editora de The Hemingway Review, comenzó la trova con unos ensayos en los que integraba de modo inapelable elementos de psiquiatría, valoraciones sociopolíticas y un saco de mentiras. Después se convierte en un lugar común en manos de todos los autores que vinieron a continuación. Recrean el hecho de que Ernest hizo el primer intento por volarse los sesos el día que se

anunció el desembarco en Cuba de la fuerza de tarea cubana ensamblada por la CIA (17 de abril de 1961). Otros dicen que fue el 21 y que luego hubo un nuevo intento el 23. Y han descubierto que en un revistero de la cabaña de Ketchum, donde se produjo el suicidio se conserva una publicación del 21 de abril que consigna el fracaso del ataque, es decir, es el día de la humillante derrota americana y, por lo tanto, cuando Hemingway comprendió que nunca podría regresar a Cuba —e intentó suicidarse (¿por primera o por segunda vez?)—. De este modo debemos aceptar la historieta de que con cada avatar de la situación cubana Hemingway se apresuraba a abrir el armario donde alineaba sus rifles de caza. Es desconcertante no solo que Mary le dejara libre el acceso al modesto arsenal, sino que no tomara la previsión de cortarle al aparato de radio (¿o había solo un televisor?) el cable de la alimentación de electricidad*. Pero existe escasa información sobre el episodio que realmente absorbió la atención de Hemingway aquel 17 de abril, y no era algo que estuviese ocurriendo en unas desoladas playas de la costa sur de Cuba. Esa noche, mientras la brigada adiestrada por la CIA era castigada sin respiro por los obuses de las fuerzas fidelistas, Hemingway se hallaba frente a la pantalla de 19 pulgadas del televisor RCA Fleetwood instalado en la cabaña y veía, en la ceremonia de entrega de los Oscar, el momento en que James Stewart sufría un quebranto emocional al recibir la estatuilla correspondiente a Gary Cooper, y quedaba claro que Cooper se estaba muriendo. Stewart advirtió que «Coop» estaba viendo la ceremonia por televisión. «Estamos orgullosos de ti, Coop», dijo Stewart. Hemingway, frente a la misma escena, pero en Ketchum, quedó devastado.

* No es broma, aunque sí una burla a nuestra inteligencia. La academia americana ha exhibido la angustia de Hemingway por la pérdida de Finca Vigía como un factor de condena del proyecto revolucionario cubano. La pretensión era que los cubanos detuvieran la Revolución para que Hemingway fuera feliz. Hubiese sido una situación análoga a que Washington y los padres fundadores arriaran la bandera de la Revolución americana, porque había un escritor inglés que se hallaba muy angustiado por perder su propiedad en, digamos, Vermont. Pero en ese orden de cosas, no muestran ninguna solidaridad con los Bacardí o los Fanjul o los Lobo —para citar tres ejemplos notables de empresarios cubanos —, que estaban perdiendo algo más que una vieja casona colonial comprada en su momento a precio de bagatela.

39

## La fiesta cuando se acaba

Alguien ha comparado al Hemingway que vivía en Cuba con Gauguin. Sus cuadros de la isla, su interpretación, son siempre de alguna manera un reconocimiento y hasta un acto de amor. Un crítico literario, un profesional, tuvo un momento de comprensión al afirmar que las descripciones minuciosas de Cuba aparecidas en la obra de Hemingway podían competir con las mejores que hizo de los bosques del medio oeste norteamericano, las agrestes sierras españolas o los nevados picos de Austria y Alemania. Este legado quizás no podrá acumular polvo encerrado en el museo Hemingway, pero es un perpetuo homenaje a Cuba en el mundo entero. Thomas Hudson, el último héroe hemingwayano, va a morir sobre las tablas de su yate:

El barco se dirigía hacia las sierras azules y ganaba velocidad... Thomas Hudson lo miró. Se sentía ahora muy distante y no había problemas de ninguna especie. Sintió cómo el barco ganaba velocidad y percibió el hermoso latir de sus motores... Miró hacia arriba, y allí estaba el cielo que siempre había amado y miró a través de la gran laguna, que ahora estaba seguro de que nunca pintaría…

En tres de las ocho novelas de Hemingway el escenario principal es Cuba: Tener y no tener, El viejo y el mar e Islas en el Golfo; otras dos novelas transcurren en España: Fiesta y Por quién doblan las campanas; dos en Italia: Adiós a las armas y A través del río y entre los árboles, y una, la peor de todas, obra de un novicio, en Norteamérica: Torrentes de primavera. Hay escenas de Fiesta que se desarrollan en Francia, sobre todo en París, y algunas de Adiós a las armas, en Suiza; del mismo modo hay aleaciones geográficas en Islas en el Golfo, ya que una parte está ambientada en Bimini, y algunos capítulos de Tener y no tener

tienen lugar en Key West. Pero estos resultados varían según otros autores. Un crítico y sociólogo respetable, Robert Escarpit (en Hemingway, Bruselas, 1964), dice que hay diez países representados en la obra hemingwayana. De acuerdo con la frecuencia de menciones, Italia sería el lugar mejor conocido por el novelista, después de su propio país. Le seguiría España. Cuba ocuparía el octavo lugar, compartido por México, en calidad de escenario de una sola obra y con solo dos alusiones directas en el total. En la época del trabajo de Escarpit, Islas en el Golfo no había sido publicada, pero Tener y no tener y El viejo y el mar eran conocidas perfectamente.

Es discutible su afirmación de que solo hay dos menciones directas. En Las verdes colinas de África, Por quién doblan las campanas y La quinta columna hay referencias valiosas a Cuba.

La producción final de Hemingway, a partir de Por quién doblan las campanas, tuvo de una manera u otra que ver con Cuba, porque fueron obras comenzadas o realizadas en la isla. Él elogió dos lugares de La Habana donde pudo trabajar con facilidad: el hotel Ambos Mundos y Finca Vigía.

Una parte considerable de lo que escribe en los años treinta se hace en el Ambos Mundos, especialmente sus crónicas de pesca. Cuando regresa al periodismo, después de no ejercer este oficio durante diez años, en octubre de 1933, entrega «Agujas a la altura del Morro» a los editores de Esquire. El primer párrafo es una descripción de la zona de la Habana Vieja que se ve desde la ventana de su habitación. El tono humorístico revela un estado de ánimo excelente en el cronista. Hemingway va a aprovechar las opciones favorables que le ofrece este emplazamiento en el quinto piso de la esquina nordeste del Ambos Mundos: el paisaje, el fresco que entra por la ventana y el buen servicio del hotel. Aquí va a escribir crónicas y cuentos y hará algunos retoques fuera de hora de su novela sobre la Guerra Civil española, que ha comenzado en otro hotel habanero cercano, el Sevilla Biltmore (aunque existen versiones diferentes, como la de McLendon, quien dice que el inicio fue en Key West, o la de otros autores que lo ubican en París, cuando Hemingway estaba de paso hacia España). Comoquiera

que sea, el hotel Ambos Mundos, y luego Finca Vigía, es donde la novela toma cuerpo y se escribe prácticamente en su totalidad.

Más tarde, propietario de Finca Vigía, termina el prólogo de Men at War, y, al regreso de la guerra de Europa, comienza a escribir sus últimos libros. Empieza los borradores de The Sea Book, que se convertirían en Islas en el Golfo, termina A través del río y entre los árboles, comienza y termina El viejo y el mar, comienza y trabaja la mayor parte del libro de reminiscencias París era una fiesta, inicia y deja inconclusa la novela The Garden of Eden y, por último, con grandes esfuerzos y la ayuda de algunos amigos, entrega «El verano sangriento» a los editores de Life. Esto y las crónicas periodísticas, los prólogos, dos fábulas pequeñas y algunas notas forman su producción cubana, y específicamente la de Finca Vigía.

Es trivial conceder importancia al lugar de actividad de un artista, pero el propio Hemingway era quien parecía prestarle atención. Dijo: «El Ambos Mundos en La Habana fue un buen lugar para trabajar. Esta finca es un lugar espléndido, o lo era. Pero yo he trabajado bien en todas partes. Es decir, he podido trabajar tan bien como soy capaz de hacerlo en diversas circunstancias. El teléfono y los visitantes son los destructores del trabajo».

Hemingway vivió 33 años en su país; pero la estancia en él se divide en tres etapas, de las cuales la más importante duró doce años. La primera, desde su nacimiento, en Oak Park, Illinois, hasta 1918 en Kansas City, como aprendiz de reportero. La segunda, los años de Key West, entre 1928 y 1939. La tercera, los dos años últimos de su vida, entre hospitales y estadías cortas en Ketchum, Idaho. Permaneció temporadas largas en Europa y residió en España, Italia, Alemania y Francia. París lo detuvo, aunque esporádicamente, unos cuatro años, en los inicios de su carrera como escritor. Estuvo en África y Asia; en Canadá, México y Perú. Pero Cuba era el país al que regresaba siempre.

En un ensayo a propósito de un pintor cubano, Gattorno (según los entendidos,

un artista prescindible para la plástica del país), Hemingway intentó explicar sus sentimientos hacia un lugar que estaba descubriendo. Pese a la amargura presente en sus palabras, escritas en una época lejana, estableció su residencia permanente en esta isla. Un fragmento del texto sobre Gattorno:

Cuba es un lugar más para dejarlo que para regresar a él… España es una herida abierta en el brazo derecho que no puede curarse porque le entra polvo, en tanto que Cuba es una bella úlcera en otra parte...

¿Por qué es un lugar para dejarlo? Porque un pintor no puede nunca ver un gran cuadro con que enjuagarse la mente y alentar su corazón; porque si llega a ser un gran pintor, no lo sabrá nunca, ni comprarán bastantes cuadros suyos para darle qué comer. No hay allí ni siquiera quien pueda fotografiar adecuadamente un cuadro ni quien lo reproduzca como debe ser reproducido. ¿Por qué es un sitio adonde se regresa? Porque se nació allí, y todo artista debe al lugar que más conoce el destruirlo o perpetuarlo.

El lugar donde escribió fue La Habana, y enviaba después los paquetes con sus manuscritos a Nueva York. Los pintores carecían de fotógrafos para reproducir sus cuadros, pero él contaba con mecanógrafos eficientes para pasar en limpio sus trabajos. Se levantaba temprano en la mañana, con la salida del sol, y se dedicaba al trabajo. La ubicación geográfica y el amanecer resultaban propicios para su ocupación. Dijo esto siempre, por cierto, y se convirtió en un paradigma de dedicación profesional. Hemingway madruga en La Habana y se somete al trabajo. Afila media docena de lápices, bebe café y se consagra a la literatura. Mas existen opiniones encontradas. Los antiguos sirvientes, jardineros y trabajadores de Finca Vigía recuerdan que él se levantaba tarde a veces y que dormía la mañana con frecuencia y que, en ocasiones, comenzaba a trabajar a las nueve a.m., lo que equivale a una hora bastante alejada de la salida del sol.

Así que no siempre se levantaba en hora, pero había una disciplina férrea en cuanto al silencio que debían guardar los muchachos que jugaban fuera de la

casa. Apenas alzaban un poco la voz, eran rápida y eficazmente recriminados por René Villarreal o por Mary Welsh, quienes recordaban a los jovencitos que el señor Hemingway «estaba escribiendo».

Ernest Hemingway pasó en Cuba la tercera parte de su vida: veintidós años de residencia fija en Finca Vigía. Debido a esta circunstancia se vio obligado a escribir cartas personales y crónicas en épocas diversas para defender su presencia en esta parcela de tierra. Con una vista distante sobre la corriente del Golfo y los pueblos próximos a la ciudad, Finca Vigía, la casa construida a principios del siglo XX en una colina, despertó el celo de críticos y amigos del escritor. ¿Por qué razón no vivía en Estados Unidos y se establecía, al parecer cómodomante, en una aldea cubana, rodeado de casas modestas y cabañas, propiedad de carpinteros, jardineros y operarios de una fábrica de cerveza? Rompía con la tradición gentil de los William Faulkner y los Mark Twain, y escapaba un centenar de millas hacia el sur.

Radicaba aquí y esto era un motivo serio de preocupación. Todavía lo es. Elizabeth Hardwick, al reseñar el libro Ernest Hemingway. A Life Story, de Carlos Baker, se preguntó en 1969: «¿Qué cosa había en la vida estadounidense de la que Hemingway necesitaba alejarse?». Es una pregunta inteligente. El problema no es que viviera en Cuba, la cuestión es que no vivía en Estados Unidos.

Hemingway se defendió con vehemencia, aunque siempre dejó claro su condición de escritor norteamericano. Ni siquiera dejó de ser esencialmente un norteamericano, incluso, muchas veces, con un típico saco a cuadros; un tipo «grande y colorado», capaz de andar en bermuda y sandalias por una ciudad que —todavía hoy— se empeña en vestir a sus habitantes con pesados pantalones largos, camisas y zapatos cerrados, obedeciendo la clásica herencia española.

Para responder a sus críticos, Hemingway utilizaba una variedad amplia de argumentos. Las clases diferentes de mangos que crecían en su jardín, la

posibilidad de tapar el teléfono con papel (aunque esto pueda hacerse probablemente con los teléfonos de todo el mundo), los muchachos con los que jugaba pelota y que corrían por él, las peleas de gallos y el paisaje de insectos y animales minúsculos que vivían al borde de su piscina. Son argumentos inocentes, pero que se convertirían en un cuchillo de doble filo, porque los cubanos, desde luego, entrarían también al combate y argumentarían que la mirada de Hemingway, cuando menos, era la de un turista; «visión turística» en un país que se desangraba en los preparativos de una revolución. ¿Dónde está la política y la interpretación rigurosa de un escritor de su talla? Cero política, pero mucho mango, lagartijas en la piscina, daiquirís y peleas de gallos.

Pero no es por los gallos que vive en Cuba. Las razones parecen ser numerosas, todas atractivas, y él se refirió a ellas en detalle y con entusiasmo.

Fue la reacción negativa de la política exterior norteamericana ante un acontecimiento de importancia extrema, el advenimiento de la Revolución cubana, el que proporcionó la patente de corso para aquellos que necesitaban saldar cuentas con la isla o para los que pretendían justificar el desafío de Hemingway, y provocó de manera inevitable que algunos críticos cubanos recogieran el guante. Así comenzó la contienda. Se inició con Hemingway en su tumba y con una escuadra de biógrafos norteamericanos que hacían los primeros disparos. Un autor bien informado, Carlos Baker, se precipitó en la trampa. Su visión sobre los últimos tiempos de la vida cubana de Hemingway es contradictoria. Tal parece, según se lee en sus páginas, que Cuba es un pasaje exótico y accidentado en la existencia del escritor. Leicester Hemingway y A. E. Hotchner, respectivamente, no han vacilado en presentarnos a Hemingway como un anciano reaccionario y egoísta, preocupado por salvar una colección de pinturas y obligado por las circunstancias revolucionarias a cerrar su casa en San Francisco de Paula. Mary Welsh escribe páginas imponentes. Tampoco titubea en ofrecer un Hemingway desconocido y banal. ¿No quieren creerlo? Busquen los libros.

El espectro de una situación internacional conflictiva, la tirantez de relaciones

entre Cuba y Estados Unidos, que han estado al borde de la guerra en ocasiones, contribuye a remodelar una historia de forma artificial. Mas la preocupación por la estancia de Hemingway en Cuba era anterior al triunfo revolucionario, y muy bien pudiera ser que el desarrollo de acontecimientos políticos posteriores haya dado fuerza a un sentimiento anticubano burdo que, en realidad, debe estimarse como expresión del desconsuelo que produce la interrogante sin respuesta al hecho de que Ernest Hemingway viviera fuera de su país.

Los amigos y los biógrafos no deben olvidar que Hemingway era un exiliado voluntario. Comenzó en una trinchera, en Fossalta del Piave, donde le metieron 277 esquirlas de granada en la pierna derecha; luego, en las buhardillas de la margen izquierda del Sena; y en posadas y hoteles españoles. En París vivió en dos direcciones, cuando se propuso hacerse escritor; primero en el cuarto piso del 74 de la Rue du Cardinal, Barrio Latino, y después en el 113 de la Rue de Notre Dame des Champs (resulta una experiencia conmovedora, al examinar los papeles dejados por Hemingway en Finca Vigía, localizar los recortes con las primeras críticas sobre In Our Time aparecidas en Estados Unidos, que fueron remitidas a su dirección francesa). Cuando regresa de Europa, se instala en Key West, en la mansión de Whitehead Street; más tarde, los veintidós años de Finca Vigía y, por último, la casa de Big Wood River, donde, viejo y gastado, decide dar término a su existencia.

Finca Vigía constituyó el lugar de retiro definitivo y el puesto de mando desde donde partió hacia las grandes batallas de su madurez, como hombre público y literario. El refugio que debió ser apacible y fuera del alcance de personajes indeseables.

Hemingway era sincero y explícito cuando afirmaba que disfrutaba de sus árboles, su crianza de gatos y perros, y de la hermosa, soleada y cercana ciudad; y lo era cuando decía que una de las razones principales de vivir en Cuba era el Gran Río Azul, donde hallaba la mejor y más abundante pesca que había visto. Y había otro factor (nunca publicitado, desde luego, por los pudores inevitables de un hombre de clase media): lo económico de la vida cubana. Los que lo

conocieron aseguran que Hemingway residió en Cuba, porque, además de ser hermoso, era barato. Ya se sabe lo que eso significa, lo mal que suena ahora en un país que se ha debatido entre la vida y la muerte, en el que las tiendas, bares y restaurantes estuvieron cerrados o pobremente abastecidos durante años. La propia corriente del Golfo, donde él pescaba agujas, se convirtió en zona de operaciones. Los yates fueron tomados a los millonarios, artillados y transformados en unidades de caza. Tenían motores poderosos, eran rápidos, y sirvieron para construir los primeros destacamentos de defensa costera (que fueron bautizados al inicio como unidades de Lucha Contra Piratas). El yate de Hemingway, bien acondicionado, y veterano por demás en tales lides, evadió este destino en virtud de una razón sencilla: era el yate de Hemingway. Otro tanto ocurrió con su casa. Un paño de terreno excelente para una guardería infantil, una escuela o un establecimiento militar. Está en una ubicación ideal, en lo alto de una colina, con dominio sobre un amplio sector de campo abierto. Una formidable ubicación estratégica para uso de la defensa antiaérea o contra fuerzas acabadas de desembarcar en la llanura que se desplaza hasta la costa.

Mas, por encima de cualquier otra apreciación, existen tres novelas, una colección de crónicas y un cuento que Hemingway escribió sobre Cuba. (Después aparecieron otros cuentos «cubanos»). Luego de una relación de cuarenta años con la isla, primero como pescador deportivo, después como huésped de un hotel y al final como propietario de una casa, Hemingway echó raíces entre los cubanos. Incluyó a Cuba en su obra, describió sus paisajes y a sus hombres. En un artista de su trascendencia, que ha sido calificado como «el creador del único estilo intrínseco del siglo XX», es significativo. Más aún que su gusto por los frutos del mango o por las refriegas de gallos. El hombre fue ganado para nosotros. Tuvo amigos en Cuba, tomó las bebidas nuestras e hizo un empleo bueno del material cubano en la literatura. ¿Qué otra cosa puede pedir un escritor que un lugar para escribir, y personajes, anécdotas y escenarios a la mano? Vivió en Cuba porque resultaba hermoso y barato. Cierto. Porque le recordaba España. También. Pero no vivía en ninguna otra parte.

La isla larga, hermosa y desdichada permanece y espera.

# 40

## Armisticios

Habían transcurrido 74 días del desastre americano en Bahía de Cochinos cuando Ernest Hemingway se suicida en su cabaña de Ketchum, Idaho. Algunos amigos y su mujer Mary Welsh —sobre todo ella en principio— alegaron que parte de la depresión había sido la situación de Cuba. Fueron bastante lejos con las declaraciones. (Después, como se sabe, siguieron Susan Bailery, Jeffrey Meyers y Michael Reynolds). La pérdida de la Finca Vigía, dijeron, había sido el impulso definitivo para apretar el gatillo de la escopeta Boss calibre 12, aunque nadie le había quitado la casona de San Francisco de Paula ni parecía estar en los planes cubanos y, por el contrario, qué excelente motivo de propaganda hubiese sido la residencia cubana de Papa en medio de la Revolución.

Habrá que esperar más de medio siglo para que —en pleno uso del lenguaje marxista— las condiciones lo propicien, y sobre todo que los políticos vean la oportunidad de sumarse a la caravana y se franquee el acceso a la herencia cubana de Hemingway. Que la finca regrese a un usufructo americano. Aquí tienen a uno de los primeros, y sin duda exitoso: el congresista de Massachusetts James P. McGovern, que comienza a aterrizar en La Habana desde principios de los 2000 con la idea de crear una especie de entente entre los gobiernos de Cuba y Estados Unidos para la restauración y preservación de Finca Vigía. El producto acabado de esa gestión se va a llamar The Finca Vigia Foundation (La Fundación Finca Vigía), establecida para preservar la vieja casona y todo su contenido, papelería, fotos, libros y mobiliario, y tal es el buque insignia de la nueva colonización. Los filántropos Jenny y Frank Phillips y McGovern se ponen al frente del proyecto, con la anuencia de los gobiernos cubano y americano. Fidel Castro, ceremonioso y lisonjero, y en compañía de McGovern, se presenta en la Finca Vigía para firmar los acuerdos de colaboración entre su

gobierno y la Fundación. Es el 11 de noviembre de 2002. Es la quinta —y seguramente última— visita suya a los antiguos predios de Hemingway. (Nunca en vida del escritor). No desperdicia la oportunidad de la ceremonia para convertirla en un acto político y dispara una jugosa diatriba sobre la supuesta amistad que lo unió al novelista, con el cual en verdad apenas sostuvo una conversación de unos minutos de duración aquella tarde del 15 de mayo de 1960 al final de una competencia de pesca.

Es de cualquier manera un avance lento y bajo control. Casi medio siglo después, las columnas de humo de aquella batalla perdida en unas playas del ecosistema de Ciénaga de Zapata resurgen como un fantasma, pese a todos los acuerdos y firmas y protocolos. Y la misma insensibilidad gringa que culpa (al menos en un porcentaje considerable) a los cubanos vencedores en Playa Girón por el suicidio de su escritor emblemático es pastoreada mal que bien por la misma improvisación criolla. De inicio, la bronca estuvo perdida por los americanos. Aquella vez porque no había forma de que dos mil hijitos de la burguesía cubana lograran doblegar a trescientos mil combatientes revolucionarios sobre las armas. En la actualidad, porque son los cubanos los que aún determinan (veremos por cuánto tiempo) qué sale o qué se queda en Finca Vigía*.

* Años después —y con todos los vientos de cola a su favor— será el turno de John Kerry como secretario de Estado. Restauradas las relaciones entre ambos países, va a Cuba el 14 de agosto de 2015 para el izaje de la bandera americana en su embajada —por primera vez desde enero de 1961—. La visita a la finca es inevitable. Kerry se pasea por el lugar apoyado en un elegante bastón con empuñadura de plata que perteneciera a John F. Kennedy. Manosea a su antojo los libros y objetos en exhibición y los celosos custodios de la institución se abstienen de requerirlo por sus malas maneras. Meses después, durante su visita a Cuba (marzo 2016), el presidente Barack Obama pasa por alto el peregrinaje. Elude adrede —por alguna razón desconocida— o ignora que el patriarca de las letras americanas era oriundo del mismo estado de Illinois del cual él sirvió como senador.

## La luz interior

Era un kudú macho, enorme y hermoso, esta vez más muerto que una piedra, caído de costado, con los cuernos formando grandes espirales oscuras, ancho e increíble, mientras yacía muerto a cinco metros de distancia de donde yo acababa de hacer aquel disparo instantáneo. Lo contemplé, grande, de patas largas, de un gris liso y suave con rayas blancas y los grandes y retorcidos cuernos, marrones como la madera del nogal, y punteados de marfil. Sus grandes orejas y el grande y sólido cuello, la mancha blanca que tenía entre los ojos y el blanco de su morro y me incliné para tocarlo y saber que era verdad. Estaba tumbado de costado por donde había penetrado la bala y no había ninguna marca en él y tenía un dulce, agradable olor como el del ganado y el del tomillo después de la lluvia.

Hemingway mató este animal en la región masái, al este de Kondoa, en pleno territorio de Tanganica. La pieza aún se conserva, con los retorcidos cuernos de color marrón y el grande y sólido cuello. Ocupa un silencioso lugar en la pared más vacía que hay aquí, en Finca Vigía. Hemingway describió la cacería y el entusiasmo de la persecución y el empeño por obtener un trofeo como este y la manera en que confundió un pesado bulto gris con el más hermoso —greater— kudú que se pueda obtener. El arma también se conserva. La vieja y bien engrasada carabina Mannlicher, con el pull graduado a 1 000 gramos de presión. Al aguerrido guía de safaris en «La breve vida feliz de Francis Macomber» y al Harry Street de «Las nieves del Kilimanjaro», al míster Pop de Las verdes colinas de África y al Thomas Hudson de Islas en el Golfo los conocimos con la misma carabina en las manos: la Mannlicher Schoenaur 256, de fabricación austriaca; pequeña, manuable, el instrumento de precisión para uso de tiradores profesionales, el arma favorita de Ernest Hemingway, que no volverá jamás a ser

utilizada.

Y en su sitio de siempre, junto a dos lápices de punta afilada y el pedazo de mineral de cobre, se halla la máquina de escribir portátil, de armadura negra, por la que coleccionistas norteamericanos han ofrecido hasta cincuenta mil dólares: la única máquina con la cual Hemingway podía sentir que estaba escribiendo realmente. Y están los libros en sus lugares de siempre, colocados como a él le gustaba, en forma irregular, sin preocuparse por agrupar autores y géneros. Igual se hallan sus fotografías familiares y de amigos, y los proyectiles de calibres diferentes y las insignias que ostentaba o que capturó en la Segunda Guerra Mundial. Las hermosas botas del cazador están en su sitio como esperando el próximo safari que nunca ha de llegar.

Afuera de la casa, visible desde el corredor de cemento que da acceso a la torre, se halla el paisaje que Hemingway describió en sus crónicas, las colinas próximas, los poblados cercanos a la ciudad; y quien mire directamente hacia el norte, por encima de la refinería del puerto, encontrará la línea estable y de color azul púrpura de la corriente del Golfo.

Pero faltan las obras de Paul Klee, Juan Gris y Miró, que Hemingway adquirió en el París de los años veinte bajo la orientación de Gertrude Stein. Aumentaban el valor de Finca Vigía, mas no le restaban su sentido práctico e informal. Los cuadros y las cerámicas, por costosos que fuesen, tuvieron que convivir con casquillos de bala calibre 50, libros de jardinería, guantes de boxeo y veinte gallos de pelea.

## 42

## El regreso del soldado

Toda historia, decía Hemingway, tiene un final.

El hombre de bigotes, con casco de acero y chaleco de paracaidista, un racimo de granadas ajustado al pecho, tres cantimploras a la cintura y una carabina en las manos era el personaje más popular de la Línea Sigfrido en el invierno de 1944. Se le podía localizar en las humeantes ruinas de una granja —a 450 metros de las baterías alemanas— donde se había instalado un puesto de mando avanzado que se reconocía oficialmente como Task Force Hemingway (Fuerza de Tarea Hemingway).

Alemania estaba a punto de capitular y Ernest Hemingway se estaba destacando no solo como un intrépido corresponsal de guerra, sino como un fogueado capitán. Daba rienda suelta —aunque por última vez— a los impulsos de su personalidad. Los oficiales y combatientes de la Cuarta División de Infantería recordarán al «viejo león en orden de batalla» y evocarán la batería de cantimploras del General Papa, cargadas de vino, ginebra o coñac.

Sin embargo, algo había terminado allá. («Volvió muy canoso de la guerra», recordaría Gregario Fuentes).

Inició un virtual regreso al pasado a bordo de un avión plateado, un bimotor de

aluminio de la Pan American, que cubría la ruta entre Miami y La Habana. Desembarcó el 24 de marzo de 1945 en el aeropuerto de Rancho Boyeros. Un soldado con uniforme de gabardina, botas de campaña y una cicatriz en la frente. Aún ofrecía un buen aspecto exterior. «El uniforme le sentaba tan bien como a un oficial de West Point», afirma José Luis Herrera Sotolongo. Pero fue fingida la sonrisa que mostró a los fotógrafos en la rampa, y mantuvo involuntariamente un puño cerrado mientras descendía por la escalerilla del DC-3.

El hombre envejeció en la guerra: el hombre que, según sus propios cálculos, nunca iba a morir. La vejez duró dieciséis años.


PAN AMERICAN

*Diario de la Marina, La Habana, 25 de marzo de 1945: «El famoso novelista Ernest Hemingway, corresponsal en los campos de batalla de Francia durante algún tiempo, acaba de llegar a La Habana en el clíper de la Pan American World Airways. El novelista permanecerá una temporada entre nosotros».*

## 43

# Yo tuve una finca en Cuba

*Y así seguimos, luchando como barcos contra la corriente,*

*atraídos incesantemente hacia el pasado.*

SCOTT FITZGERALD: EL GRAN GATSBY

Los huracanes, las borrascas, los malos momentos pasan, y la tranquilidad retorna a Finca Vigía; se vuelven a proyectar películas y el tedio familiar se instala en la sala, o lo que es peor, después de la cena se propone la celebración de un campeonato de canasta. Con discreción, Hemingway se retira a su poltrona. Lleva una copa con el vino que sobró en la cena y un libro, un dedo entre las páginas a modo de marcador. Deja el campeonato en manos de Mary, Herrera Sotolongo y alguno de los muchachos: Sinsky o el cura don Andrés.

Pero, ¿qué otra cosa ocurría en el interior de esta casa, además de las charlas y juegos inocentes y la obsesión ocasional de un literato que jura una extravagante venganza contra el marine aparecido en un lejano, impreciso fotograma? Nada. Las cosas que van a ocurrir no son muchas más. De acuerdo con el testimonio de los pocos elegidos que traspasaban esas puertas, lo que acontecía en Finca Vigía no era excepcional en modo alguno. La apariencia de fiesta constante en lo alto de la colina, en la casa del americano, es parte de una leyenda.

Solo que Hemingway ha tenido su día: Hemingway escribiendo la historia de amor de Renata y el coronel Cantwell o el relato desesperado de Thomas Hudson, o el de Santiago, el viejo de Cojímar. Su jornada ha sido intensa en la mañana, moviéndose a veces como un boxeador, recargando un pie, después el otro, bañado en sudor mientras escribe las palabras en una cuartilla que está sujeta sobre una tablilla. Hemingway frente a su trabajo, en busca de una prosa inglesa limpia y precisa.

Sus tres hijos están quizás de visita, o solo alguno de ellos, y Ernest Hemingway, con un extraño, confuso sentimiento escribirá una historia en la que un hombre llamado Thomas Hudson debe arrostrar toda la soledad del mundo después de enfrentarse a una pequeña hoja de papel: un telegrama con la noticia de que sus dos hijos menores han muerto en un accidente automovilístico en una carretera francesa (meses después, el mayor de ellos, el piloto, va a caer en suelo francés, derribado por el fuego antiaéreo alemán). «Jugaremos nuestras cartas para salir adelante lo mejor que podamos», es lo que Thomas Hudson dice entonces. Hemingway, con su trabajo, está saliendo adelante lo mejor que puede.

Tuvo a Robert Jordan en una colina, cumplida la misión de volar un puente, y al teniente Berrendo que se aproximaba mientras Jordan lo encentraba en la mirilla de su fusil automático; ahora tiene a Santiago en su bote, cercado por los tiburones, pero luchando por su pez, mientras comprende que la posibilidad de la destrucción existe, pero no la de la derrota; o brega con el coronel Cantwell, enamorado de una muchacha, abatido el corazón, pero intentando lograr algo, y buscar más allá del río y de los árboles.

Tal vez Adriana Ivancich visita Finca Vigía, y él, queriendo halagarla, le buscará un nombre, Renata, para el alter ego de su heroína. Acaso alguno de los viejos amigos ha enviado una carta o está presente y él necesita escribir sobre la fraternidad de unos tipos en apariencia rudos y decididos que se enfrentan a la astucia de la dotación de un submarino alemán. Siempre el combate, siempre el enfrentamiento, siempre el riesgo («Quien busca el peligro perece en él», se advierte en el Quijote).

En su novela de romanticismo fallido, el coronel del ejército norteamericano Richard Cantwell, con viejas y gastadas coronarias que no le permitirán vivir más que un breve espacio de tiempo, ensaya fórmulas diferentes para perpetuar los lugares donde Dante, Giotto, el Tiziano y Piero della Francesca crearon sus obras, y Hemingway, en conversaciones con sus amigos, expuso la tesis de que los lugares habitados por Dante debían ser conservados para siempre. ¿Qué se hace entonces con esta esquina de una habitación de una casa cubana donde Ernest Hemingway forjó algunos de los personajes más memorables de nuestra época?

Mary Welsh dijo que el lugar no valía nada sin la presencia de Hemingway. Su opinión es justificable. También se comprende la reserva de Herrera Sotolongo y su deseo expreso de no visitar este sitio, aunque alguna que otra vez se decida a hacerlo para ver «cómo andan las cosas», y esa añoranza compartida por casi todos los que estuvieron allí: Luis Villarreal, Pichilo, Gregorio Fuentes, Kid Mario, Pancho Castro, Gilberto Enríquez. El tiempo se ha detenido en Finca Vigía. «Congelado» es el adjetivo que debe emplearse.

Gertrude Stein, que enseñó a Hemingway, y le reveló algunas contraseñas del arte, nunca estuvo aquí, y Scott Fitzgerald, el otro amigo de los años en París, tampoco. ¿Hubiese reconocido la Stein que Finca Vigía era, en efecto, un buen lugar para vivir y comer? Si Hemingway no tuvo el olfato para encontrar este sitio, tuvo al menos la decisión de no irse nunca. En cuanto a Scott, el mentor del hombre duro de la generación perdida, ¿qué hubiese hecho aquel hombre tímido, de mirada estrábica y sonrisa contenida, en este bosque de helechos gigantes, flamboyanes y tamarindos?

Scott murió el 21 de octubre de 1940, apenas unos días antes de que Hemingway recibiera el título de propiedad de Finca Vigía. Nunca tuvo noticias de la existencia de este lugar, pero, de haber venido, hubiese obtenido información conveniente. Hemingway fue cruel en la descripción de su antiguo amigo. En París era una fiesta relató la visita efectuada al apartamento del matrimonio

Fitzgerald, en un piso de la Rue de Tilsit, y dice que Scott le mostró un enorme libro de contabilidad, con la lista de todos los cuentos que había publicado, año tras año, y la indicación de lo que había ganado con cada uno: «Nos lo enseñó con una especie de orgullo impersonal, como si fuera un conservador de museo». Entre los objetos y documentos de Finca Vigía no se encontrará un libro de contabilidad semejante, pero sí, entre los compartimentos del archivo, papeles escritos por Hemingway en los que aparece la relación de sus libros y sus precios en el mercado. El autor de El gran Gatsby, según se desprende del recuerdo de quienes lo conocieron, era un hombre reflexivo y más resignado que Hemingway. Sin duda, hubiese sonreído al conocer la existencia de estas listas.

Hemingway exigió que sus papeles personales no le sobrevivieran, aunque tuvo la añoranza por el futuro inaccesible.

Cuando Gregorio Fuentes le dijo que si él moría primero, iba a ordenar una estatua «más grande y verdadera que la del Floridita», para colocarla en la proa del yate, a Hemingway le agradó la idea y le hizo jurar que cumpliría su promesa. Ese día los dos viejos compañeros de guerra habían consumido algunas botellas suplementatrias.

François Mauriac, el novelista francés, declaró en cierta ocasión que no temía ser olvidado después de su muerte, sino, más bien, que no se le olvidara lo suficiente. El rumbo de las preocupaciones de Ernest Hemingway era diferente. El hombre, al final débil y errático, con su última batalla perdida ante los dos cañones plateados de una escopeta de cartuchos calibre 12, luchó por mantener un control absoluto sobre cada detalle de su existencia. Pero habría de llegar inexorablemente el instante en que toda pretensión se torna imposible.

Nadie puede ser estoico todo el tiempo, ni estar en plan de lucha permanente, ni es necesario tampoco. El descanso es parte del programa. La muerte y la destrucción también. A lo mejor Finca Vigía debió desaparecer con su último dueño. Si Hemingway no hubiese sido su propietario, quizás habría aguantado

de todos modos, pero convertida en otra clase de instalación, quizás en un campamento militar o en parte de la secundaria Fernando Chenard Piña. Sin embargo, ahí permanece, desafiante: una casa sólida, blanca, sobre sus recios cimientos españoles.

## CODA:

### EL PEZ EN EL POLVO

Hemingway haciendo el signo en el suelo. Con el dedo dibuja un pez frente al león muerto por su propia mano, que acaba de matar. Está en True at First Light, que existe gracias a su hijo Patrick, el guía de safaris. A veces se nos olvida Hemingway. Después resurge en algún libro que faltaba por publicar o sale a flote en una película. Un cuarto vate de la literatura hablando en el lenguaje de los pescadores y también en el de los santeros cubanos. Es el libro de los secretos, el de los códigos ocultos, el de los cazadores, el de los iniciados, el de las sectas.

*All the time I was stroking him and talking to him in Spanish...*

Nunca sabemos qué le dice en español al león, porque no lo explica.

Las grandes botas de cazador aún se conservan en su casa habanera. Pero Cuba no es un país de praderas y por eso tenía que buscar sus presas en el mar, en la extensión del océano. O África.

Tampoco era un país de una gran literatura y los dos ejemplos barrocos, Alejo Carpentier y José Lezama Lima, le hubiesen complacido poco. No es fácil salvarse de la abulia de las pequeñas colonias, pero los cubanos que ya Hemingway no pudo conocer por pocos años de diferencia fueron los de las fuerzas expedicionarias en África e invadieron sus antiguos cotos de caza.

*I drew a fish in front of him with my forefinger in the dirt and then rubbed it out with the palm of my hand.*

Qué específico Hemingway hablándole en español a su león —y no en inglés, que era su lengua perfecta y de la que sacaba las palabras, al decir del poeta Archibald Mc Leish, como guijarros frescos de un arroyo—.

Pero en Las verdes colinas de África evocó la isla en uno de sus párrafos más largos y poderosos, y ahora, en True at First Light, la isla es el lugar de donde él viene, donde se abastece antes de sus viajes, y del español que le habla al león muerto, que no es el de España, el de Cuba, de donde es paisano (no hacía falta papeles), donde tiene su vecindario y donde Juan Pastor, su chofer, además de ofrecerle oportunidad de convertirlo en objeto de sus insultos, lo pone en contacto con la santera Lucía, su mujer.

Entonces le está hablando en español al león muerto cuando las moscas aparecen como los tiburones que comienzan el acoso sobre el hermoso castero de Santiago. El signo del pez sobre el polvo es la ofrenda que Ernest le dibuja antes de partir.

Cumple puntualmente con un rito que un americano ya viejo y pesado solo pudo aprender en Cuba.

«El nombre de Yemayá», dicen los que saben, «no debe ser pronunciado por quien la tenga asentada*, sin antes tocar la tierra con las yemas de los dedos y besar en ellos la huella del polvo».

Ernesto.

Dejemos su espíritu libre.

Está navegando.

Y el paisaje húmedo y remoto de Cuba en The Green Hills of Africa y La Habana sórdida y aún enrarecida de To Have and Have Not y la mar cubana en la que Santiago sabía que no se podía perder, era la fiesta portátil, su moveable feast, la isla que navegaba con él, y hacia la que siempre quiso regresar.

* De asentar, que ha sido ungido por la deidad, una especie de acto de iniciación, según el lenguaje y los ritos de la santería, uno de los principales cultos sincréticos afrocubanos.

El libro está compuesto con la fuente Sabon.

Es considerada una de las fuentes tipográficas más legibles de las destinadas a la composición de libros. Esta tipografía fue creada a principios de los años sesenta por Jan Tschichold, teniendo en cuenta la modernización de los nuevos sistemas de impresión.